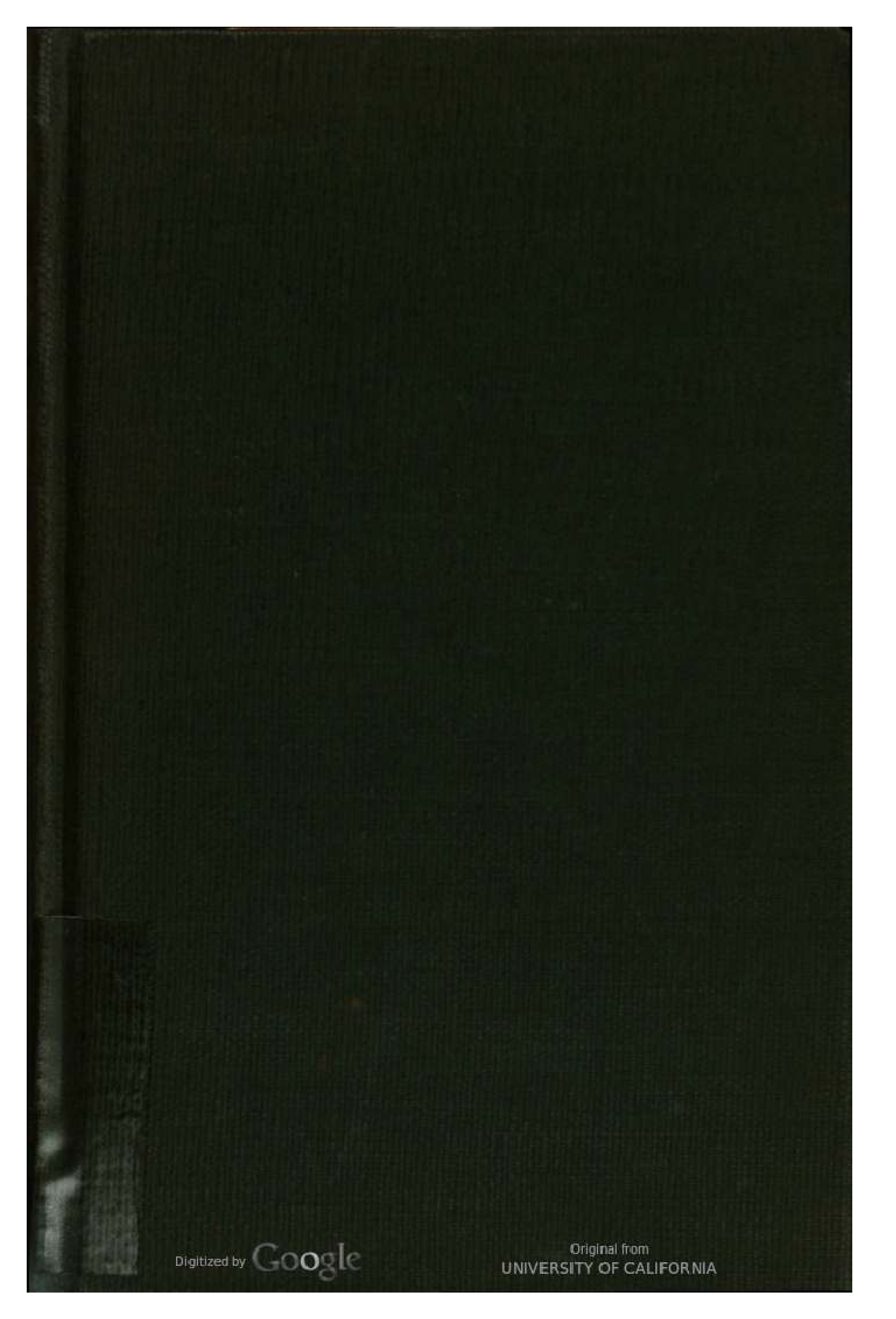
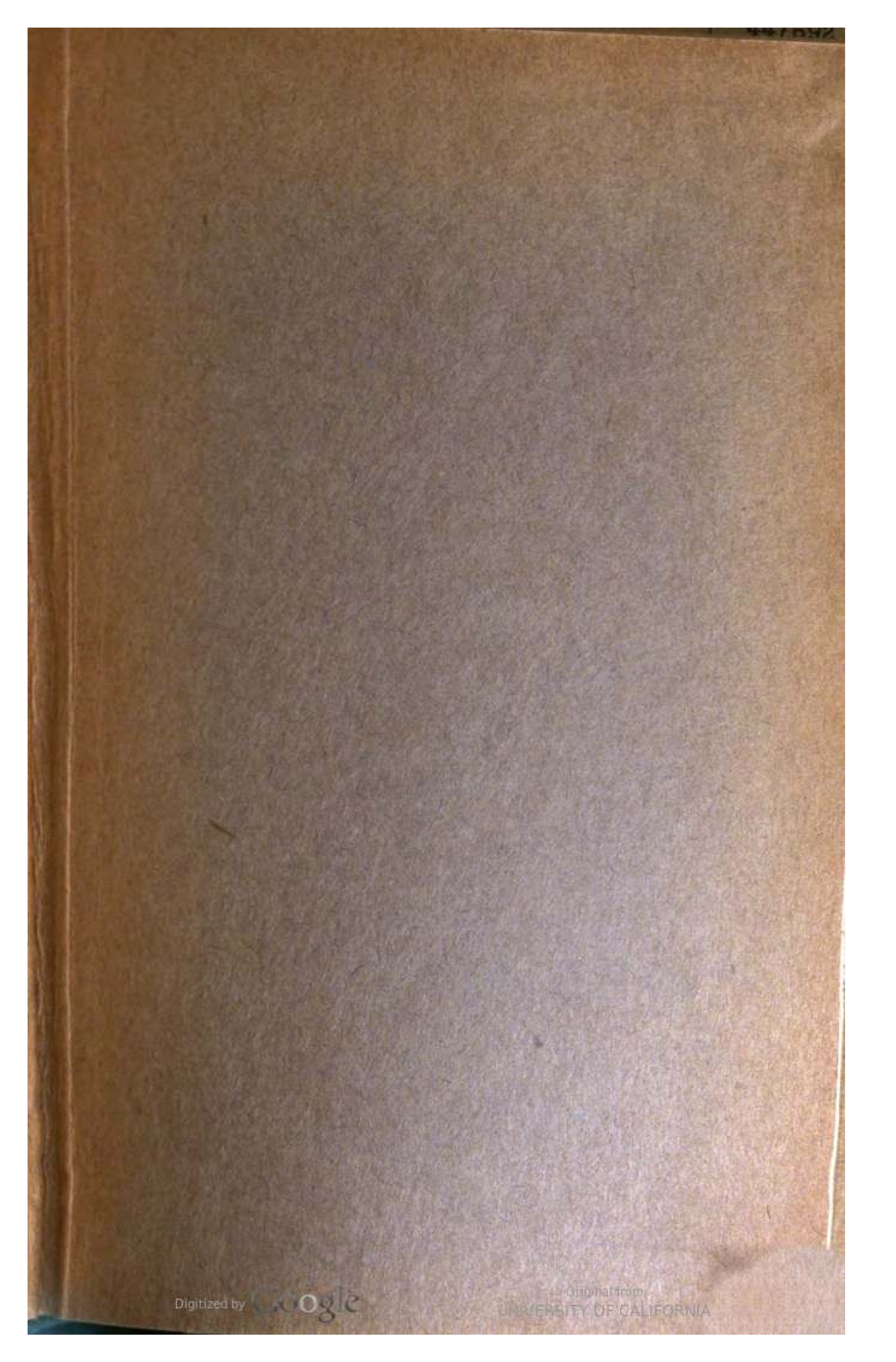
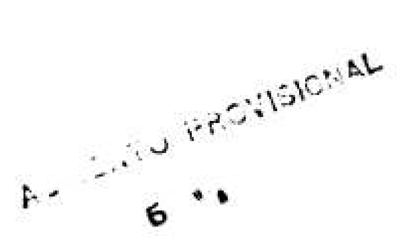






La Epopeya de Artigas





Monumento de Angelo Zanelli que será erigido en Montevideo

Al Doctor Juan Zorrilla de San Martín, en cuya grande obra me he inspirado para mi modesto trabajo. En prenda de homenaje reverente.

Roma, 2 de Julio de 1916.

ANGELO ZANELLI

Juan Zorrilla de San Martín

LA EPOPEYA
DE
ARTIGAS

Historia de los tiempos heroicos de la
República Oriental del Uruguay

Segunda edición
corregida y ampliada por el autor

TOMO I

LUIS GILI, Librero-Editor
Clarís, 82, BARCELONA
MCMXVI

M. GALVE, impresor

ORIGEN DE ESTE LIBRO

MINISTERIO
DE
RELACIONES EXTERIORES

Montevideo, mayo 10 de 1907.

Considerando:

1.° Que honrar a los héroes sirve, a un tiempo, de premio, de estímulo y de ejemplo;

2.° Que es un anhelo del alma nacional el pensamiento de levantar una estatua al GENERAL ARTIGAS, libertador y mártir, héroe por la abnegación, por el denuedo y por el infortunio;

3.° Que no es posible retardar por más tiempo el advenimiento del día en que, según dijera el DOCTOR CARLOS MARÍA RAMÍREZ, los niños, el ejército y el pueblo se inclinarán ante la estatua del gran calumniado de la Historia de América, del héroe infortunado cuya póstuma glorificación ha de ser perdurable estímulo de las abnegaciones patrióticas, que sólo reciben de sus contemporáneos la ingratitud, el insulto y el martirio;

4.° Lo dispuesto en la LEY DE 5 DE JULIO DE 1883, y

en el inciso E del artículo 1.° de la LEY DE 23 DE MARZO DE 1906;

El Presidente de la República

DECRETA:

Artículo 1.° Erijase en la plaza de la Independencia un monumento a la inmortal memoria del GENERAL JOSÉ ARTIGAS, precursor de la nacionalidad oriental, prócer insigne de la emancipación americana.

Artículo 2.° Llámese a concurso para la presentación de bocetos, al que podrán concurrir los escultores uruguayos y extranjeros que lo deseen, instituyéndose dos premios en dinero, el primero de dos mil pesos, y el segundo de mil. Con el propósito de asegurar la concurrencia de escultores de fama mundial, se pedirán bocetos a cuatro grandes artistas, abonándoseles por cada uno de ellos, embalado en el taller, la suma de mil doscientos pesos.

Artículo 3.° Cuando todos los bocetos se encuentren en Montevideo, se nombrará un jurado, compuesto de personas competentes, encargado de determinar cuál deberá aceptarse.

Artículo 4.° Desígnase al DOCTOR JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN para que, de acuerdo con las instrucciones del GOBIERNO, prepare una Memoria sobre la personalidad del GENERAL ARTIGAS, y los datos documentarios y gráficos que puedan necesitar los artistas.

Artículo 5.° Solicítese por el MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES el concurso de los escultores, formúlense las bases correspondientes, hágase saber a quienes corresponda y publíquese.

WILLIMAN

ALVARO GUILLOT — JACOBO VARELA ACEVEDO



MINISTERIO
DE
RELACIONES EXTERIORES

Montevideo, mayo 16 de 1907.

Remito a usted copia del Decreto por el cual el Gobierno resuelve erigir una estatua al General Artigas, y lo designa a usted para preparar una Memoria sobre dicha personalidad, y los datos documentarios y gráficos que puedan necesitar los escultores.

Confiando en que usted prestará al Gobierno, y al País, el concurso de su notorio buen gusto y preparación en historia y en artes, aceptando la honrosa distinción de que se le ha hecho objeto, aprovecha la oportunidad para saludarle atentamente.

JACOBO VARELA ACEVEDO

Al doctor don Juan Zorrilla de San Martín.

Montevideo, 27 de mayo de 1907.

Excmo. señor Ministro de Relaciones Exteriores, doctor don Jacobo Varela Acevedo.

Señor Ministro:

Con satisfacción sólo comparable al temor que me infunde la desproporción entre mis fuerzas y la magnitud de la honrosa tarea que se me confía, acepto agradecido la de dar a los artistas, de acuerdo con las instrucciones del Gobierno, el canon del monumento que se levantará, por fin, en Montevideo, a nuestro grande Artigas.

Quiera V. E. hacerse intérprete de mi gratitud ante el señor Presidente de la República, por el que considero el más alto honor que pudiera discernírseme como ciu-

dadano, y dígnese aceptar también V. E., personalmente, las protestas de ese mi cordial reconocimiento, con las muy afectuosas de mi grande estimación.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

Montevideo, marzo 1.° de 1912.

A la Asamblea General:

Por decreto de 16 de mayo de 1907, el Gobierno confió al doctor Juan Zorrilla de San Martín el encargo de redactar una Memoria sobre la personalidad del General Artigas, con motivo del concurso promovido para su monumento.

El doctor Zorrilla de San Martín cumplió el encargo, escribiendo una obra que la crítica nacional y extranjera han consagrado como completo y brillante estudio sobre el fundador de la nacionalidad uruguaya.

El Gobierno considera que esa Memoria sale de las proporciones de una Memoria común, y merece la retribución que le ha fijado, no tanto teniendo en cuenta precisamente su valor absoluto, sino para dar al autor una recompensa por el tiempo que le dedicó, substrayéndolo a otras ocupaciones reproductivas.

En consecuencia, el Poder Ejecutivo pide a V. H. la autorización para poder disponer de la suma de cinco mil pesos, que el Gobierno ha creído oportuno asignar al doctor Zorrilla de San Martín, según el adjunto proyecto de Ley.

Saludo a V. H. con la mayor consideración,

BATLLE Y ORDÓÑEZ

JOSÉ ROMEU



Montevideo, 24 de abril de 1912.

Señor:

El Poder Ejecutivo ha puesto el «Cúmplase» a la siguiente Ley:

«PODER EJECUTIVO

El Senado y la Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, reunidos en Asamblea General, decretan:

Artículo 1.° Autorízase al Poder Ejecutivo para entregar al doctor Zorrilla de San Martín la cantidad de cinco mil pesos, por la obra sobre Artigas que escribió en cumplimiento del encargo que le confiara el Gobierno por decreto de 16 de mayo de 1907.

Artículo 2.° La expresada suma se imputará a gastos generales.

Artículo 3.° Comuníquese, etc.

Sala de Sesiones de la Honorable Cámara de Representantes, en Montevideo, a 16 de abril de 1912.

EUGENIO LAGARMILLA
Presidente

M. CLAVELLI
Secretario»

Saludo a usted atentamente,

A. ROMEU
Oficial Mayor

Al doctor don Juan Zorrilla de San Martín.

CARTA CONFIDENCIAL

AL SEÑOR MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES.

Mi estimado señor Ministro:

Tras largo pensar en la mejor forma, y más adecuada, de preparar mi Memoria sobre la personalidad de Artigas, y ofrecer a los escultores los datos gráficos a que se refiere el decreto de 10 de mayo de 1907, llegué a persuadirme de que, en vez de redactar un cuaderno de informaciones, libro documentado, o cosa por ese estilo, era mejor que yo hablase directamente con los artistas a quienes debo instruir, y, sobre todo, inspirar.

El signo escrito, así fuere el más expresivo, nunca lo es tanto como la viva voz. Esta consiente una discreta familiaridad que juzgo muy propicia a la transmisión de la enseñanza, pues se compadece con alguna difusión o insistencia en los conceptos esenciales, que, si grave defecto en lo escrito, no lo es tanto, me parece, y hasta puede constituir una cualidad en lo hablado. Por otra parte, la afectuosa conversación, bien que fácil y sencilla, es susceptible de aquella dignidad que, según Emerson, pertenece a los objetos naturales, y que no se halla en los artificiales, mantiene la atención sobre los asuntos más serios y difíciles, y, con el calor del aliento personal, transmite, como ningún otró signo humano, la emoción estética.

Si usted comparte mi opinión, le ruego quiera recorrer estos apuntes, que pongo en sus manos, en cumplimiento de la tarea que sobre mí he tomado. Eso es, palabra más, palabra menos, lo que yo diré a los artistas, si usted juzga que es eso lo que más conviene inculcarles o sugerirles.

He cuidado, ante todo y sobre todo, como usted lo advertirá, de decir la verdad histórica más auténtica y depurada; pero, no echando en olvido el objeto que debo perseguir, he procurado que la verdad no permanezca inerte, como materia amorfa, en el entendimiento de mis oyentes, sino que, penetrando en la interna sensibilidad, se transforme en IMAGEN, *y, llegando con ésta hasta el corazón, despierte en él* SENTIMIENTOS *o* EMOCIONES. *Que son éstas las que reciben forma o expresión, en el proceso psicológico, que todos conocemos, de la creación estética.*

No creo que deba preocuparme más de lo justo el temor de que, por ello, me moteje alguno de POETA, *y, por ende, califique esta mi obra de mera fábula o ficción. Nada fuera más hacedero que conjurar ese peligro: con no hacer uso sino de los vocablos y frases impersonales, y de una sola pieza, del dialecto o* ARGOT *profesional, sin omitir algunos apéndices con documentos, mi obra resultaría verdaderamente venerable y seria, porque nadie la leería, si ya no fuese algún investigador paciente.*

Pero yo he debido despojarme de todo respeto humano, y, al darme a mí mismo la libertad, dar a los otros lo que más tienen derecho a exigirme en este caso, y es lo más serio y respetable que hay en el mundo: la sinceridad.

Todos o casi todos sabemos que no es cierto que la verdad muera o se destruya por ser colocada en el corazón de los hombres, bien así como no se aniquila la semilla por ser depositada en el de la tierra. Precisamente

es ese, y no otro, el destino de ambas, el de la verdad y el de la simiente: transformarse, en su entrañable abrazo con el alma o con la tierra; dar flores y frutos en ésta; despertar pasiones y prácticas virtudes en aquélla.

Por ley de nuestra humana naturaleza, la percepción de la verdad va siempre acompañada del deseo (tanto más vivo cuanto aquella percepción es más intensa y clara) de hacerla prevalecer. Y hacer prevalecer la verdad no es otra cosa, si bien se mira, que convertirla, no tanto en simple noticia o término de conocimiento, cuanto en objeto de amor y en motor de la humana voluntad.

En estos, y otros análogos razonamientos, se fundan los que sostienen que la finalidad primordial de la historia de los pueblos no es otra que la formación del patriotismo, es decir, del sentimiento RACIONAL *de amor a la patria y el culto de sus héroes.*

Y si ese debe ser el objeto práctico de la historia en general, ¿qué mucho que lo persiga la que narra y comenta los pasados hechos para mover precisamente la facultad creadora de un artista, y sugerirle un patriótico monumento?

Ahora bien, sólo hay un recurso, según se me alcanza, para llegar, con la verdad triunfante, hasta la fantasía o el corazón de los humanos: el celeste poder de la belleza. VIS SUPERBA FORMAE.

¡La Belleza! ¡La divina Armonía! Yo la he llamado en mi auxilio, y ojalá que no en vano, al dictar estas lecciones. Hube de buscarla, inconscientemente primero, al sólo predisponer mi espíritu al estudio, por aquello de que quien vió una vez a Helena no puede vivir sin ella; pero he recurrido también, y muy especialmente, al amparo de la potente diosa, para no defraudar la esperanza de los que han creído que yo podría transmitir a otros corazones la pasión de la patria reflejada en el mío,

con respecto al héroe cuyo monumento vamos a erigir.

Porque debo manifestar aquí esa ingenua convicción. Usted me dice, en su comunicación oficial, que he sido designado para la tarea que sobre mí he tomado, a causa de una preparación en historia y en artes que generosamente me atribuye. Va a permitirme un cuasi desacato. No, no es esa la causa principal, o mucho me equivoco, de la ventura que me ha cabido en suerte: nuestra historia está escrita, y bien escrita y documentada; en cuanto a la preparación en artes, debemos suponer que los artistas la tienen tanto o más que yo.

Lo que acaso faltaba, para inspirar a éstos el monumento, era una fórmula, no sólo veraz, sino imaginativa y pasional, de nuestra fe cívica; la expresión, no tanto de lo que sabemos o conocemos, cuanto de lo que sentimos y amamos los orientales en nuestra historia.

Me parece que fué la esperanza de que pudiera ser yo el rapsoda de aquella fe, el móvil del artículo 4.º del decreto de 10 de mayo de 1907. Se me ha elegido porque he creído; porque mi vida entera ha sido una constante comunión, instintiva al principio, reflexiva y científica después, con los fieles del triunfante dogma cívico que en ese hombre Artigas, a quien usted llama, y no sin mucha causa, el GRAN CALUMNIADO DE LA HISTORIA AMERICANA, *ha visto el hombre orbital de nuestro tiempo heroico. Se ha esperado hallar en mí una de tantas almas sonoras, capaces de condensar, más o menos íntegramente, el alma colectiva de este pueblo: la tradición nacional, el conjunto de imágenes amadas, y de emociones sentidas, y de nombres pronunciados, y de líneas y colores y expresiones preferidos, cuya comunidad constituye, más aun que el territorio, y hasta más que la raza y la lengua, la entidad moral que el hombre llama patria.*



He dicho MÁS O MENOS ÍNTEGRAMENTE, *y podría agregar* MÁS O MENOS FIELMENTE, *porque no es posible coincidir en absoluto, y en todos los detalles, con todos y cada uno de nuestros hermanos, en el comentario de la patria histórica. Ese reflejo integral del espíritu del pasado, que se refunde en absoluto con el del presente y se proyecta sobre el del futuro de una nación; esa reencarnación del alma de los hechos pretéritos, en un organismo literario, fuerte y perfecto, que es lo que constituye la suprema y veraz historia, eso no ha podido esperarse, ni se ha esperado de mí, porque esa es obra de Genio. Y todos sabemos que yo no lo soy, ni mucho menos.*

A falta de genio, se recurre en estos casos, y se ha recurrido en el actual, al creyente sencillo y comunicativo, que es quien más puede aproximarse a la fiel y sentida expresión de lo que es esencial, invulnerable, en las tradiciones nacionales; de lo que es necesario conservar incólume para que la patria exista.

Respetuoso de mí mismo; depositario de una misión que me ha parecido elevadísima, he procurado dar lo que he juzgado que de mí se esperaba: hacer desaparecer mi propio yo, hasta donde ello puede ser compatible con la sinceridad, a fin de que la patria toda entera piense y sienta en mí, se escuche a sí misma, se reconozca en mis palabras, y las halle dignas de vincular su pasado con su presente, y de animar el bronce que legaremos a los futuros hombres.

Se me ocurre que alguien podrá decir que estas lecciones son demasiado largas para su objeto, más extensas de lo que los artistas escultores pueden soportar. No debo tener por hombre avisado a quien tal piense, y me guardaré muy mucho de compartir ese dictamen. Ningún artista, que se respete a sí mismo, se aventuraría a emprender el monumento de Artigas con una



preparación menor que la de estas conferencias, si ya no fuese que apareciera un vidente extraordinario, a quien nada habría que enseñar. Bien es verdad que tal pudiera presentarse entre los escultores, que, con la simple lectura de una cartilla o ligera información, se juzgara habilitado para poner manos a la obra, y aun para darle cima; pero no sería yo quien calificara de artista, ni siquiera de hombre de bien, a quien de tal suerte procediera. Las obras así realizadas más son objeto de granjería que de culto, y el arte es cosa seria y casi sagrada. El pueblo oriental reclama, y, sin pasarse de exigente, puede reclamar del artista que ha de ser su elegido, algo más que un producto suntuario o decorativo de sus manos expertas; le exige conocimiento perfecto, imagen luminosa, inspiración honrada. Yo he hablado lo que he juzgado necesario para dar eso a los artistas; ni más ni menos. Y, sin presumir haber salido con mi intención, no desespero de llegar a producir, en quien con pureza de alma me escuchare, la vibración inicial, siquiera, de una noble armonía y perdurable.

El decreto a que obedezco, en que se llama a concurso a los artistas, no limita el número de los que pueden acudir al llamado; éstos, los que han de escucharme, pueden ser muchos, infinitos, todos los hombres capaces de interesarse por los bellos espectáculos. Esos son, en resumidas cuentas, los ARTISTAS *con quienes hablo.*

Y he aquí cómo y por qué de estas históricas conferencias, tan ingenuas y tan fáciles, puede llegar a formarse un libro sano en su moralidad, amable acaso en su estructura estética, y plazca al cielo que no del todo fugaz o inconsistente.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN



PREFACIO
DE ESTA SEGUNDA EDICIÓN

I

Un prólogo o prefacio en esta segunda edición de LA EPOPEYA DE ARTIGAS es menos inútil de lo que parece. No se trata de hacer el elogio de la obra, cuyo autor es conocido; trátase sólo de que sus nuevos lectores, los extraños sobre todo, sepan, a ciencia cierta, si van a leer o no un libro auténtico. Auténtico, en este caso, vale tanto como decir épico u objetivo, es a saber, evocador del espíritu o vida interior, no de un hombre, sino de un pueblo o nación.

Que fué ese el propósito del autor, es fuera de duda; él afirma que lo que quiso fué «realizar una forma o símbolo, no sólo veraz, sino imaginativo y pasional, de la fe cívica uruguaya»; la expresión, no tanto de lo que saben, cuanto de lo que sienten y aman los orientales del Uruguay en su historia; deseó llegar hasta «hacer desaparecer su propio yo, en cuanto ello es compatible con la sinceridad, a fin de que la patria toda pensara y sintiera en él, se escuchara a sí misma y se reconociera en sus palabras».

Conviene, pues, que los que esta edición leyeren sepan a qué atenerse, sobre si el autor ha salido o no con su intento.

T. I.-2

El Gobierno de la República dice, en el *Mensaje* incorporado a esta edición, que Zorrilla de San Martín, para llenar el encargo que le confirió, *ha escrito una obra que la crítica nacional y la extranjera han consagrado*. Y, juzgándola merecedora de recompensa, pide a la Asamblea Legislativa la sanción de una ley especial que la autorice, y conceda los recursos. La Cámara dictó la ley, de acuerdo con la Comisión respectiva, que, constituída por los diputados Jaime Ferrer Olais, José Enrique Rodó, Ubaldo Ramón Guerra, Alberto Zorrilla y Joaquín de Salterain, se creyó «en el deber de repetir, con el Poder Ejecutivo y con la Comisión Informante del Honorable Senado, que la indicada remuneración no era más que una modesta recompensa al autor de una obra de valor absoluto evidentemente superior».

Dejar constancia, pues, de dónde y cuándo ha recibido este libro la consagración extranjera, y ante todo *la nacional*, a que gobierno y legislatura se refieren, es el objeto del prefacio que va a leerse.

A dos clases de crítica ha dado ocasión hasta ahora La Epopeya de Artigas: a la general española, que la ha juzgado como obra de arte (la historia lo es ante todo), y a la ríoplatense, que la ha apreciado también como vindicación del héroe. En esta última conviene distinguir dos impresiones: la de los platenses *orientales*, compatriotas del autor, y la de los *occidentales* del Plata y del Uruguay, que han conservado el nombre genérico de *argentinos*, y que, si bien hermanos de aquéllos en el origen y en los ideales patrios, tienen que sentirse sorprendidos, cuando menos, ante esta corrección de la que ellos, con general buena fe, han tenido por veraz historia de ambos pueblos.

También es el caso de consignar la consagración

recibida por este libro de parte de los que podríamos llamar *septentrionales del Plata y del Uruguay:* de los paraguayos. La acogida de éstos, entusiasta y unánime, es, en sí misma, un dato histórico.

Falta todavía conocer la impresión que este libro puede despertar en el resto de la América española. Ésta no lo conoce aún, pues la primera edición, provisional, puede decirse, y entorpecida por su alto precio, ha caminado poco; la presente, más ágil y andariega, llevará a esos pueblos la noticia de su existencia, y ellos hablarán.

II

No sería fácil encontrar un intérprete más autorizado de la crítica española que el insigne Marcelino Menéndez y Pelayo, hoy ya inmortal, porque ha muerto. Su juicio sobre LA EPOPEYA DE ARTIGAS es acaso el último veredicto, sobre producción literaria, que nos ha quedado de aquel clarísimo ingenio. Muy poco antes de morir, escribió desde Santander al autor de esta composición histórica:

«Mi querido amigo:

»Recibí, en Santander, a principios del año, LA EPOPEYA DE ARTIGAS, que es, en efecto, una verdadera epopeya en prosa, una evocación histórica, realizada por un gran poeta. No tengo suficientes datos para juzgar de aquel período crítico de la América del Sud, y confieso que la lectura de los escritores argentinos, apasionadamente hostiles a Artigas, había creado en mí una disposición desfavorable al caudillo oriental. Pero creo que usted *ha adivinado su pensamiento*



político, y ha conseguido poner en clara luz su extraña y vigorosa personalidad.»

Lo que, en boca de Menéndez y Pelayo, significa ese título de epopeya en prosa, o evocación histórica, o adivinación de pensamiento, sólo puede ser apreciado por quien sepa lo que aquel maestro, tan avaro de sus consagraciones, generalmente definitivas, entiende por inspiración épica, contrapuesta a la lírica o subjetiva, o a la simple narración documentada. El gran crítico español ha explicado ese su concepto de la creación épica, en varias de sus obras magistrales, y su veredicto sobre la de este historiador de Artigas es una muy seria ratificación de lo que la Asamblea y el Gobierno uruguayo afirman, de la crítica extranjera, con relación a este libro.

También Miguel de Unamuno, que ha hecho de él un estudio muy recomendable, ha puesto de relieve su carácter épico, coincidiendo con Menéndez y Pelayo hasta en los términos. «Epopeya, dice, y así es: una epopeya en prosa; pero en prosa poética.»

«Se ha escrito esta obra, agrega, ante todo para los artistas, para los escultores, si bien sea ello *un pretexto para haberla escrito*. Y la epopeya es ya un monumento, *aere perennius*, más duradero que el bronce. Dudo mucho que artista alguno del cincel pueda erigir, al culto y a la memoria de Artigas, un monumento, en mármol o en bronce, más sólido que éste. El monumento que el presidente Williman decretaba está ya en pie, y canta como una estatua no puede cantar.»

. . . .

«El modo de hacer Zorrilla su Artigas en nada se parece al modo de hacer Taine su Napoleón. Taine era un crítico y un filósofo sistemático, muy grande en su campo, pero no, en rigor, un historiador. Zo-

rrilla es, ante todo y sobre todo, un poeta. ¿Y un historiador? Paréceme que con poesía se llega mejor a la entraña, *a la verdad verdadera de la historia*, que no con filosofía sistemática. Michelet es más verdadero que Taine; no depende de la documentación.»

....

«De frases *Carlylescas* está llena LA EPOPEYA DE ARTIGAS; pero lo está mucho más de frases *Sanmartinescas*, de frases del mismo Zorrilla de San Martín, de aquellas sonoras y henchidas que vienen rodando por sus escritos desde el *Tabaré*. Hay frases de esas que valen un poema, y descripciones, digo, no, narraciones, narraciones poéticas, que justifican ampliamente lo de epopeya. Aquella marcha de Artigas con su pueblo; aquellos sus últimos años en el Paraguay; aquel retrato poético, no pictórico, de don Gaspar Rodríguez de Francia...»

III

Podemos pasar al segundo aspecto crítico: al efecto producido por este libro en la conciencia argentina, que, malgrado el apasionamiento hostil a Artigas, advertido por Menéndez y Pelayo, no puede considerarse extranjera.

Los escritores argentinos han guardado silencio hasta ahora ante LA EPOPEYA DE ARTIGAS; pero todo autoriza a creer que es un silencio respetuoso y respetable. Sin embargo, una personalidad muy llena de carácter, el doctor don Enrique B. Moreno, Ministro Plenipotenciario de la República Argentina en la Oriental del Uruguay, ha roto aquel silencio, en estos términos valientes y precursores:



«Montevideo, agosto 23 de 1912.

Señor doctor don Juan Zorrilla de San Martín.

Mi ilustre amigo:

Termino en este momento la lectura de su libro monumental, y le escribo estas líneas bajo la impresión profunda que deja en mi espíritu.

Diríase que el recuerdo de Artigas flotaba impalpable en la atmósfera de nuestra historia, casi esfumado después de su voluntario destierro, cuando usted emprendió la tarea magna, patriótica, de levantar la lápida de su sepulcro, y mostrar la extraña personalidad de aquella figura colosal, a la luz de documentos históricos desconocidos hasta hoy.

¿Vendrá la controversia?

Tal vez.

Si así fuera, yo formulo un voto, que es al mismo tiempo un augurio. Que el libro o los libros que se escriban, comentando su EPOPEYA DE ARTIGAS, se inspiren en los altísimos sentimientos de justicia que han dictado las páginas de su monumento literario.

Mi mano en la suya, con la expresión de mi admiración por su talento,

ENRIQUE B. MORENO.»

Esa serena carta, que parece salir en una sola pieza, como la instintiva exclamación de un espíritu sincero y honrado, da la nota ajustada al diapasón de este libro. Ningún elogio hubiera podido conmover más hondamente a su autor, puede decirse sin reserva, que ese rápido estrechón de manos del representante de la patria más amada y más servida por Artigas, después de la que lo proclama su padre y fundador.

Y más querida, después de la propia, por el mismo vindicador del héroe.

IV

En cuanto al juicio del Paraguay, éste se expresó sin reservas, con ocasión de la visita hecha por Zorrilla a ese país, en el que fué objeto, por parte del Gobierno y del pueblo, de manifestaciones tales y tan unánimes, que bien puede afirmarse, con el Gobierno oriental, que este libro de historia uruguaya, tan identificada con la del Paraguay, quedó allí consagrado por la crítica. Los más reputados intérpretes de su pensamiento, Moreno, O'Leary, Báez, Pane, lo fueron de su impresión sobre esta obra, como lo fueron la prensa periódica y la juventud.

«Zorrilla de San Martín, dice el doctor don Cecilio Báez, es el pensador más alto de la América Latina; es el primer orador del Río de la Plata...»

«LA EPOPEYA DE ARTIGAS, agrega en su estudio *El doctor Zorrilla historiador*, es un poema en prosa, en que vibran al unísono el aliento poderoso del tribuno y la fuerza creadora del poeta. Así como en el alma de *Tabaré* palpita la leyenda indiana, el alma pura y fuerte, inspirada y cálida del adalid oriental resplandece en esa epopeya civil de sus proezas.

»Tal es la concepción histórica de Zorrilla de San Martín: es el marco y el plan de la historia del Uruguay. Bajo este punto de vista, él confirma el aserto de Aristóteles, que dice: el poeta es superior al simple narrador de sucesos, porque la poesía es la substancia y el alma de la historia.

»Gracias a sus geniales creaciones conocemos, pues,



el alma de una raza extinta y la complexión moral de la nación uruguaya.

»Es que los hombres superiores tienen una visión más clara de la realidad que los demás mortales; poseen, por decirlo así, la intuición de las cosas ocultas; cierto instinto de adivinación que les permite contemplar mejor que otros los aspectos diversos de la verdad. Esa es la cualidad de los espíritus sagaces y de los genios. Los mejores historiadores son los que nos hacen conocer el pasado de la humanidad en toda su variedad y plenitud orgánica, y, especialmente, el genio de cada pueblo. A ese grupo selecto de historiadores pertenece el bardo oriental, quien, por la índole de sus creaciones, es un psicólogo y un soberbio evocador del pasado.»

El doctor Pane dice a Zorrilla: «Habéis completado la trilogía: *La Leyenda Patria,* vuestra oda por excelencia; el *Tabaré,* vuestra epopeya o alegoría epopéyica; LA EPOPEYA DE ARTIGAS, vuestras nueve musas juntas.

»Seguid hablándonos de Amor y de Poesía, esto es, de Tabaré y de Artigas. Porque así como esos dos amores, sexual el uno y patrio el otro, se confunden en el seno materno de la misma inspiración, así ambos amores orientales se hermanan con nuestro amor patrio: *Tabaré* es el amor del Paraguay; *Artigas* es el amor al Paraguay.»

Y el doctor don Fulgencio Moreno, por fin, para no multiplicar las citas demasiado, decía a su auditorio: «Este huésped uruguayo es realmente un amigo nuestro; es un antiguo y leal amigo, que ha vivido algo de nuestra vida, a pesar de todas las distancias; porque dentro de su corazón han resonado también los acordes lejanos de nuestro pasado, que hemos sentido

vibrar, de un modo inconfundible, en las estrofas de sus cantos y en los períodos armoniosos de su prosa».

Con esas notas, extraídas entre muchas de igual naturaleza, está llenado el objeto de este *Prefacio* con relación a la república paraguaya.

V

Parece ahora innecesario decir que la autenticidad de LA EPOPEYA DE ARTIGAS ha quedado popularmente ratificada por el pueblo oriental; conviene, sin embargo, que quede aquí la voz de algunos de sus intérpretes. La más propicia de las ocasiones de hacerse oir se ofreció al aparecer el libro. Éste precedió de cerca la solemne conmemoración, en mayo de 1911, de la batalla de *Las Piedras*. Gobierno y pueblo celebraron entonces el centenario de la patria; erigieron en el campo de la batalla un bello obelisco, y, en los días de la fiesta, el entusiasmo de las multitudes dijo sus verdades.

Ahora bien, en esos actos se vió cómo el autor de este libro ha logrado su intento de rapsoda; cómo aquel pueblo pensaba y sentía en él, y se escuchaba y reconocía en las palabras de su boca. Acaba de aparecer (diciembre de 1912) un libro, *El Centenario de la Batalla de Las Piedras*, publicado por la Dirección General de Instrucción Primaria, y nada más conducente al propósito de este *Prefacio* que reproducir algo de lo que en aquél se dice.

La forma, en primer lugar, en que el autor de LA EPOPEYA DE ARTIGAS hizo pasar su espíritu por sobre las cabezas de sus conciudadanos está descrita así: «Dictadas las leyes y decretos que ordenaban la ce-

lebración de aquel glorioso aniversario, faltaba que la palabra humana despertase, por la evocación de los grandes recuerdos, el sentimiento y entusiasmo populares. Esa hermosa misión correspondió, entre otros, al doctor Zorrilla de San Martín, que pronunció la primera y la última conferencias, siempre elocuente, sincero e inspirado. Él dió su palabra, sin limitación, cada vez que le fué reclamada, y sin imponer plazos ni condiciones. Bien es verdad que no necesitaba para ello de preparación, y que no le era difícil satisfacer su propio anhelo y el de sus compatriotas. El doctor Zorrilla acababa de escribir el libro que le había sido encomendado por el Gobierno; su espíritu, lleno de las ideas, de las verdades, de los recuerdos, de las nobles pasiones que animan esa su EPOPEYA DE ARTIGAS, conservaba la vibración inicial que la había inspirado, y el verbo que sacude multitudes brotaba de su boca, como el agua de la fuente, con sólo abrirla. Su palabra fué, pues, la más copiosa en las fiestas del Centenario de *Las Piedras;* pronunció la primera, que fué la despertadora del sentimiento nacional, en la conferencia que, invitado por el magisterio, dió, en el Ateneo de Montevideo, el 27 de abril. El 25 de mayo, en la inauguración del monumento erigido en el mismo campo de la batalla, pronunció, en representación de la comisión oficial del centenario, de que formaba parte, el discurso que clausuró aquel acto; en la manifestación organizada por la juventud de Montevideo, fué encargado por ésta de dirigir al pueblo la palabra, y lo hizo en la plaza de *Cagancha,* ante una multitud que lo aclamaba. En la gran velada social que el Comité de la Juventud organizó en el teatro de Solís, el discurso en honor de los vencedores en el concurso estaba encargado a un distinguido orador; éste se

inhabilitó la víspera del acto, y la juventud organizadora recurrió, una vez más, a Zorrilla de San Martín; era el único que, en tales circunstancias, de la noche a la mañana, podía salvar la situación. Zorrilla la salvó, pronunciando un resonante discurso... Además de eso, habló en distintas ocasiones, con motivo del centenario: dió una elocuente lección de historia patria al profesorado y alumnos del colegio seminario de Montevideo; tomó parte en el acto de apoteosis realizado en el *Club Solís* de Las Piedras; habló varias veces, desde su domicilio particular, al pueblo que lo acompañaba hasta él, después de sus conferencias; prodigó, según se ha dicho, como un fuerte obrero del pensamiento, su palabra y su concurso, sin limitación ni condiciones, siempre y cuando le fueron reclamados, para honrar, y hacer conocer y sentir y amar las tradiciones de la patria.»

Numerosos fueron, en la prensa y en la tribuna, los órganos de esa consagración nacional de este libro. Debe consignarse, en primer término, el testimonio del mismo Inspector Nacional de Instrucción Pública, doctor don Abel J. Pérez. En el bello estudio con que precede la publicación antes recordada, el doctor Pérez, después de rendir justo homenaje a los obreros de tres décadas en la obra de la vindicación de Artigas, Carlos María Ramírez, Justo Maeso, Francisco Bauzá, Clemente Fregeiro, Isidoro de María, Eduardo Acevedo, adjudica su puesto épico a esta composición histórica, diciendo:

«Realizada la obra reivindicadora con el esfuerzo combinado de tantos ciudadanos eminentes, el proceso histórico, con toda su preciosa e irrefutable documentación, estaba terminado; pronto a pronunciarse el fallo triunfador. Pero si a la mirada de la ciencia



todo se había hecho; si todo se había acumulado para la solución sincera y amplia de un litigio siempre latente, siempre en suspenso, faltaba, en cambio, a esa obra, la suprema caricia de la santa poesía, que da vida al mármol y al bronce, que engrandece la acción humana, y que, volando sobre las pasiones de un minuto, *es la única capaz de condensar, en su acción deslumbradora, el alma de cada pueblo, el espíritu de cada patria;* ella alienta a la lucha, cuando la defensa propia le impone el sacrificio; llora y consuela en los dolores con el himno de las esperanzas; canta y perpetúa los triunfos inmortalizados en estrofas, y, tomando en sus alas a los héroes que caen en la contienda, los lleva, al través de las edades, reverdeciendo perpetuamente sus laureles, engrandeciendo sus nombres y sus acciones, poetizando su último sueño, y atrayendo sobre sus tumbas, con sus cantos, el holocausto de las generaciones nuevas, que realizan y consagran las apoteosis.

»Esa ha debido ser, y esa ha sido, la noble misión de Zorrilla de San Martín, el poeta nacional por excelencia, el cantor inspirado, cuya lira parece tener por misión mantener el culto bendito de nuestros lares patrios, y el fuego sagrado del alma nacional.»

Oiremos ahora a los intérpretes de la nueva generación. Pérez Sánchez, por ejemplo, dice en su discurso:

«Para las almas que sienten; para los que elegimos la vida en que vamos, con sus risas y llantos de placer o dolor, antes que la vida de las regiones heladas en que hasta las lágrimas se congelan al caer; para los que no dudamos de Artigas, porque vimos en él al verdadero padre, que, abandonado en el antro de la selva, esperó, hasta morir, la vuelta de sus hijos

pródigos; para todos, en fin, para la humanidad entera, ahí queda el ARTIGAS de Zorrilla de San Martín, la palabra cálida, el acento vibrante, la prédica generosa del más grande orador del habla castellana.»

Y dijo el doctor José Pedro Segundo a la sociedad congregada en el teatro *Solís:*

«Sería curioso seguir la rehabilitación artiguista, desde la leyenda adversa hasta la gloria de hoy... Le veríamos, por ejemplo, en Carlos María Ramírez, héroe digno de laurel, pero todavía contrabandista y antipatriota en el abandono del segundo sitio de Montevideo; en Francisco Bauzá, personal e impulsivo en extremo, pero, sobre todo, inferior, puesto que no supo morir...; en Lorenzo Barbagelata, limpio de toda mancha en su juventud, que era el período más tenebroso; en Eduardo Acevedo, moral e históricamente superior a todos los hombres de Mayo; en Héctor Miranda, redactor personal de las famosas *Instrucciones*, para llegar, por fin, a LA EPOPEYA de Zorrilla de San Martín, donde el guerrero alcanza las alturas del «Héroe» de Carlyle, motor del mundo, y necesario en la historia para la revelación del secreto destino de su pueblo.»

Oigamos, para terminar, al doctor Héctor Miranda, autor del estudio sobre las *Instrucciones del año 13* a que José Pedro Segundo se refiere, y que, arrebatado prematuramente por la muerte, es hoy objeto de apoteosis por parte de la juventud americana:

«Artigas es el hombre completo, el tipo clásico del hombre afirmativo y dinámico... El concepto de Artigas pensador y fundador (fundador de la patria y precursor de la independencia absoluta), héroe provincial, nacional y continental, el de vistas más claras y visiones más altas, se hace cada día más nítido,



CONFERENCIA PRIMERA

INTRODUCCIÓN

ORIGEN Y CARÁCTER DE ESTAS CONFERENCIAS.—EL DIOS INTERIOR. LA— CIUDAD DE IS.—EL PASADO ANTE EL PRESENTE.—EL GRAN CALUMNIADO DE LA HISTORIA AMERICANA.—LA MISIÓN DE LOS RAPSODAS.—EL ATRACTIVO DE LA FRIVOLIDAD.

I

Amigos artistas:

El Gobierno de la República ha querido que hable en su nombre con vosotros, los que os disponéis a satisfacer la necesidad que experimenta el pueblo oriental de dar forma artística perdurable al más alto exponente de su vida y de su gloria. Tengo que haceros conocer y sentir, sentir sobre todo, por medio de palabras musicales, el personaje que vais a interpretar.

Debo reunirme, pues, con vosotros, no tanto para investigar sucesos o controvertir problemas históricos, cuanto para suministraros datos, elementos gráficos, síntesis cronológicas, y, sobre todo, para hablar de nuestra historia, de modo que mis palabras penetren vivas en vuestras almas, dejen en ellas impresiones sinfónicas, despierten imágenes visibles, evoquen personas reales, y hagan surgir en vuestra

imaginación un monumento habitado por un espíritu.

Bueno será que establezcamos, según eso, la naturaleza y el carácter que van a tener nuestras conversaciones. Al hablaros de un héroe, yo no podré menos de sentir, lo confieso, la influencia de Carlyle, el intenso pensador inglés, que es quien más sinceramente, me parece, nos ha hablado de los tales héroes.

Y dice ese insigne maestro: «Aquel que, de cualquier manera, nos hace ver, mejor de lo que antes sabíamos, la hermosura de un lirio de los campos, ¿no nos lo presenta como un efluvio de la fuente de toda belleza, o como la escritura visible del Gran Hacedor del Universo? El ha cantado para nosotros, y nos ha hecho cantar con él, un versículo de un sagrado salmo. ¡Cuánto más no hará el que canta, el que cuenta, o el que inocula en nuestros corazones los nobles hechos, los sentimientos, los dolores y las grandes hazañas de uno de nuestros humanos!»

Creo que, pues tratamos de la erección de un altar cívico, es esa mi misión para con vosotros; tal es, cuando menos, la que me propongo desempeñar.

No es tanto la de mostraros el lirio de los campos, cuanto la de haceros notar y sentir intensamente su expresión estética; no tanto haceros conocer de cerca, y con la más escrupulosa verdad, a Artigas, cuanto haceros advertir su forma homérica, la revelación de un principio espiritual que hay en su carne de hombre, y la virtud, en grado heroico, que lo hace objeto de nuestro culto nacional.

Os veo a todos a mi lado, atentos, dispuestos a recoger las ideas e inspiraciones que puedan encenderse en mi boca; os miro y os hablo como a amigos íntimos, como a hermanos identificados conmigo, y



con mi tierra, en un común sentimiento de amor a un ideal de verdad y de belleza, que forma el culto cívico de una nación amable, y que busca forma en mis palabras primero, y la buscará en el mármol, o en el bronce en que vais a inocular vuestro espíritu, después.

¿Y cómo realizar esa identificación, si os miro a los ojos, y sólo reconozco a algunos de vosotros, a los que son mis hermanos en la patria, y que, como yo, aman y sienten la tradición materna americana, y, dentro de ésta, con mayor intensidad, la fe tradicional de la nación *oriental* o *uruguaya*?

Sois europeos la mayor parte de vosotros, los grandes, los indiscutidos; estáis compenetrados de vuestra historia secular; sentís el tipo heroico de vuestras patrias respectivas; también, por vuestra educación clásica, os es conocido el ambiente romano, y el griego, y el egipcio, y el caldeo, y el árabe. Veis los héroes de hierro de la reconquista española, las armaduras de plata de los Nibelungos, los blancos alquiceles o albornoces sobre el fondo de los arcos de herradura, o sobre el ocre del desierto; vuestra formación estética os hace familiares los héroes de Homero, y las visiones de Dante, y los hombres vivos de Shakespeare, y los guerreros muertos de Ossián. Pero nuestra América, sus tradiciones, sus héroes, sus leyendas, con ser como son tan recientes, y acaso por eso mismo, son para vosotros algo exótico, que miráis quizá con indiferencia (iba a decir con desdén) y que no despierta en vuestras almas el dios interior que emerge de la sombra, en las entrañas del artista, cuando éste siente moverse en ellas el nuevo ser, engendrado en el misterio de la vida por el pensamiento germinal.

Y sin embargo, es preciso que ese dios aparezca en vosotros, si habéis de realizar una obra digna de vosotros mismos y del pueblo que ha contado con vuestro ingenio. Esa es mi misión: evocarlo con palabras que sean soplo de espíritu, ráfagas de vientos sonoros y sagrados, saturados del polen de desconocidos estambres. Y sólo así realizaréis obra sincera, obra de fe. Y el espíritu no se retirará jamás de vuestro bronce, ni convertirá vuestro monumento en idolátrico emblema. Tengo la esperanza de haceros creyentes, hombres de fe milagrosa; confío en lograr despertar vuestra triunfante visión interna, cualquier que sea el nombre de vuestra patria; cualesquiera vuestros dioses y vuestros mitológicos altares. Tengo fe absoluta en la intensidad del tipo que se ofrece a vuestra creación, en su carácter original, en sus proyecciones, en su obra, en el nimbo de luz que lo envuelve y compenetra. Vais a estar en presencia de un héroe: un creador, un mensajero. Con sólo mostrároslo, yo removeré en vosotros la idea absoluta de patria; y ésta es la misma en todas las regiones y en todos los hombres, sea cual fuere la forma en que se ofrezca. Vais a ver cómo nace una patria entre los cortinajes de nubes tempestuosas que envuelven su cuna, y recordaréis la frase de Job, el viejo enorme, dirigida a Dios: «Tú envolviste la tierra en sus nieblas, como se envuelve un niño en sus pañales». Vais a verla nacer, como el árbol de su simiente casi imperceptible, con el solo concurso del cielo y de la tierra: aire, sol, humus, fuerza o ley misteriosa de universal germinación. Voy a mostraros a Artigas, que se proyecta, como un mito, sobre el fondo obscuro de nuestros tiempos heroicos; a haceros conocer su época y su ambiente, con la mayor plasticidad po-

sible; su significado; la enorme proyección de su sombra en el cuadro espléndido de la revolución de América, y su perpetua palpitación subterránea bajo el suelo sagrado que los orientales pisamos, y amamos, y sentimos latir en nosotros mismos.

«El mármol tiembla ante mí», decía el escultor Puget. Yo tiemblo ante el mármol, al pretender desempeñar mi misión; miro de alto abajo la figura monolítica del héroe del Uruguay, y entro en un temeroso recogimiento.

II

«Cada botón, dice Amiel, no florece más que una vez, y cada flor no tiene más que un minuto de perfecta belleza. Así, en el huerto del alma, cada sentimiento tiene su momento floreal.» Yo quisiera, mis queridos artistas, poneros en contacto con mi espíritu, sólo en los momentos cenitales, en que, como todo espíritu de hombre, tiene relámpagos de faro; pero esos momentos brillan y pasan. No podemos sentarnos a esperar el paso de esos frágiles instantes. No hay tiempo que perder. Hablemos, pues.

Recuerdo que, no hace muchos años, me cupo también el honor de dar el canon de la estatua de Lavalleja, que, modelada por nuestro pujante artista nacional Juan Ferrari, que me escucha entre vosotros, se levanta hoy en la plaza de la ciudad de Minas.

Yo os aseguro que no sentí entonces lo que ahora; mi tarea fué muy sencilla; no vacilé un momento: un rato de introspección; media hora de conversación con el artista; una docena de páginas escritas, fueron bastante. Lavalleja fué un soldado, un sol-

dado instintivo, temerario, heroico, al que los sucesos arrastraban a la gloria; Lavalleja es un grito de batalla. Montadnos a caballo un héroe, artista amigo; aquí tenéis su uniforme y su figura física; montádnoslo en un caballo nutrido del trébol y de la gramilla de la patria, nervudo, inteligente, sofrenado por un brazo de hierro; poned ese jinete en medio del combate por la tierra nativa; hacedle alzar la cabeza para que se le vea bien una luz que lleva en la frente, como una cicatriz; hacedle salir de los labios de bronce un grito perdurable, y habréis creado a Lavalleja.

Hoy tengo que dar el canon de Artigas.

¡Oh! Artigas es otra cosa. Os equivocaríais si vierais en él un soldado, una batalla, un grito, un ejecutor. Artigas, oh hermanos, ha sido un enigma; fué un silencio, un enorme silencio. Se ha dicho que el silencio y el reposo son el estado divino, porque toda palabra y todo gesto son pasajeros.

Los orientales creemos poseer, en ese hombre Artigas, no sólo al héroe de la patria, sino al de la América Española independiente; al del Río de la Plata sobre todo. Él es la personificación más alta y más genuina del nacer tempestuoso del continente que descubrió Colón, a la vida de la independencia política, y, sobre todo, a la de la democracia triunfante, la verdadera, la sola independencia. Él es la fe en el *pueblo americano*.

Artigas está sentado entre un sepulcro y una cuna; entre el morir de la soberanía del hombre sobre el pueblo, y el nacer de la soberanía del pueblo, instrumento de Dios, sobre el hombre en sociedad; él encarna en absoluto lo segundo. Veréis, en torno y al lado suyo, figuras encendidas, pero crepusculares, mezcla de luz y sombra, con vestigios del pasado y

reflejos del porvenir, con ideas monárquicas heredadas y anhelos de independencia, es decir, la apariencia, la no entidad. Artigas es el *héroe autóctono*, la realidad: en él no hay crepúsculo; el sol naciente le da en la cara, y dibuja con fuego sus contornos rígidos. Veréis, pues, en él, los rasgos propios del mensajero, del héroe: la soledad, la visión profética, la revelación del mensaje divino, el secreto manifiesto, que acaban todos por entender. Veréis, por consiguiente, al lado de la admiración rayana en culto, el desconocimiento, la contradicción, la persecución, el odio; la corona, por fin, que, como la de todos los héroes, será de espinas. Y la resurrección.

III

El monumento que vais a crear, hermanos artistas, se erigirá en Montevideo, en un alto promontorio; será el altar cívico de la Patria Oriental. Pero, además de eso, él va a representar una sideral aparición en nuestra América, que aun no ha fijado bien las estrellas polares en su celeste planisferio histórico. Como esos astros cuya luz aun no ha llegado a la tierra, Artigas no ha sido visto, ya no digo en el mundo, pero ni siquiera en América. Su aparición va a sorprender a muchos; pero acabará por imponerse a todos.

Por causas que os haré meditar, una leyenda venenosa, una fatal conspiración histórica ha pesado, hasta no hace mucho tiempo, sobre la memoria de este nuestro Artigas, y sobre el corazón de la Patria Oriental, por consiguiente; una maligna conspiración de irracionales odios y de rencores injustos, que nos

ha hecho padecer muchas congojas. La historia americana ha sido un sepulcro, más que un sepulcro, un infernal cerco dantesco, para ese altivo desdeñoso de la gloria. No sin mucha razón, el Gobierno de mi país, en el elocuente decreto en que me encarga que os instruya de su intención, llama a Artigas *el gran calumniado de la historia americana.*

Acaso recordaréis la leyenda de aquella *Ciudad de Is,* de que nos habla Renan en sus *Recuerdos de infancia y juventud;* aquella ingenua historia de una villa tragada por el mar, narrada por los pescadores de la comarca bretona. Éstos aseguran que, en los días de tempestad, se ven las puntas de los campanarios de la villa sumergida, en el hueco de las olas. Y, en los días de calma, sube desde el abismo, y se oye vagamente, el lejano son de sus campanas melodiosas.

Así ha estado resonando, para muchos americanos, mis amigos artistas, el nombre de este Artigas, en medio de las sombras y de las olas que amontonaron sobre él, cometiendo un grande error, los que hablaron primero, y en voz más alta, de la historia de los tiempos heroicos del Río de la Plata.

«El error más odioso, dice Renan, al contarnos la leyenda bretona, es creer que se sirve a la patria calumniando a los que la han fundado. Todos los siglos de una nación son las hojas de un mismo libro. Los verdaderos hombres de progreso son aquellos que tienen, como punto de partida, un profundo respeto hacia el pasado. Todo cuanto hacemos, todo cuanto somos, es el resultado de un trabajo secular. En cuanto a mí, jamás me siento más firme en mi fe liberal que cuando pienso en los milagros de la antigua fe, ni más ardiente en el trabajo del porve-

nir que cuando paso las horas escuchando las campanas de la Ciudad de Is.»

Ese pensamiento predispone a la magna inspiración, como el otro de Carlyle, según el cual los bárbaros viejos reyes del mar de la leyenda heroica inglesa, que desafiaban al océano embravecido y a todos sus monstruos, son los abuelos de Nelson, y tienen parte en el gobierno de la Inglaterra actual. ¡Cuánto más cerca está Artigas de nosotros, que lo que están esos abuelos de Nelson de los ingleses contemporáneos!

Lo que seamos nosotros para el pasado, amigos míos, eso será para nosotros el porvenir. Cuanto mayor sea nuestra nobleza para juzgar a nuestros padres, tanto más noble será la disposición que legaremos a nuestros hijos, para ser juzgados por ellos. Y esa será la grandeza de la patria. Que las patrias, más aun que de sus hijos vivos, se forman del conjunto de sus grandes hijos muertos.

El odioso error de que habla Renan va pasando en nuestra América, que ha incurrido en él más de una vez; por todas partes están surgiendo, como las puntas de sonoras torres sumergidas, las lanzas de caudillos desterrados, y se echan a volar sus voces, como las de musicales campanas, que aparecen en el aire sonando a gloria.

Ninguno puede resurgir, sin embargo, a la faz de América, con el altivo gesto marmóreo de este Artigas, a que vais a dar vida perdurable.

Vamos a crearlo precisamente en el momento propicio, en su verdadero día: en el centenario de la Revolución de mayo.

Yo tomo sobre mí el haceros comprender, sentir intensamente sobre todo, cómo Artigas es el hombre que personifica la revolución de 1810; cómo es él,

quien, desde su promontorio oriental, verá salir el sol del mes de Mayo, sin que su luz le ofenda los ojos.

IV

Escuchadme con alguna atención, amables amigos míos; leeremos el menor número posible de documentos comprobantes; pero conoceremos los indispensables, y los más sugestivos. No en ellos, sin embargo, sino en nosotros mismos, veremos proyectada la verdad, hija luminosa de la niebla; ella brotará, en marmórea desnudez, sin saber cómo ni cuándo, del fondo del agua removida por nuestro espíritu, como el ángel de la piscina probática.

Concretemos, pues, de nuevo, nuestro propósito. No nos reunimos a estudiar historia, sino a hablar sobre ella, y a condensar, en forma estética, su aliento melodioso. Si la música es el vapor del arte, según Víctor Hugo, la poesía y la tradición legendaria son, en cierto modo, el vapor de la historia, dice Joaquín González, brioso artista. Creo que eso está bien dicho. Y es eso lo que vamos a hacer nosotros: condensar, cristalizar, en divina forma, ese melodioso vapor.

Pero como yo no debo presumir en todos vosotros, con ser quienes sois, el conocimiento de los hechos, así sean los más notorios y sencillos, he aquí que me veré en el caso de hacer algo que sirva hasta de lectura para los niños (el hombre es un niño de cuatro mil años), una especie de historia gráfica; algo de aquello que decía René Doumet, cuando hablaba de *l'art de prêter aux idées sérieuses l'attrait de la frivolité.* Eso es lo que hacía a maravilla aquel griego, niño por lo semibárbaro, que llamamos Homero sin conocer

a ciencia cierta su nombre; y algo de eso tiene también, a lo que yo entiendo, en sus cuentos o historias vivas, el otro bárbaro de Shakespeare, el inglés, al que podríamos agregar el italiano que hizo la historia infernal y divina, llena de verdades seculares, que llamó *Divina Comedia*. ¡Comedia! Creo que más comediante que todos esos era el otro insigne contador de historias esenciales, el español que nos contó la vida de Don Quijote. Un verdadero caballero, por cierto, este Don Quijote, lo que se llama un caballero.

Pero esos épicos historiadores son escasos indudablemente. Si no lo fueran tanto, estoy completamente seguro de que este Artigas, de que voy a hablaros, tendría el suyo.

Lo tendrá, en corriendo que corra su ciclo histórico; pero entretanto, fuerza nos será contentarnos con ser muy sinceros y verídicos. Que, no pocas veces, en la sincera verdad llega a encontrarse la suprema belleza.

Escuchadme, pues, oh hermanos artistas, con fértil atención; yo os diré la verdad estética, la suprema; yo he leído, en alguna parte, que Sócrates decía que sólo los artistas son verdaderamente sabios. Os hablaré a los ojos y a los oídos; las luces más expresivas, los colores más armoniosos, los sonidos más substanciales y vivientes que encuentre en mi memoria, para vosotros serán; para transmitir, por simpatía, a vuestro organismo, la pasión o conmoción orgánica más noble y más intensa de la patria uruguaya, que espera vuestra obra. Y haré que améis a Artigas, como nosotros lo amamos, para que podáis comprenderlo.

Os confieso que me siento ufano y feliz con esta misión, que me ha cabido en suerte, de profetizaros



el pasado, y daros el ritual de nuestro culto cívico; la de ser el rapsoda que recitaba al pueblo griego los poemas homéricos, mediante el salario de un cordero.

Puedan mis palabras, amigos míos, que quisiera llenar de sol y de ritmos ágiles, alumbraros la senda, haceros amable y no difícil el camino, y conduciros al amor y a la posesión de la belleza inviolada.

CONFERENCIA II

EL TEATRO

Origen de los pueblos de América.—El continente americano.—Su estructura.—Su reparto entre España, Portugal e Inglaterra.—La línea de Alejandro VI.—La América del Sur.—El mundo atlántico y el mundo andino.—El lote de España y el de Portugal.—La cuenca del Amazonas.—La del Plata y sus tributarios.—La región andina.—La atlántica tropical.—La atlántica subtropical.—Buenos Aires y Río de Janeiro.—Montevideo.—La tierra de Artigas.—Su carácter.—Descripción de su territorio.—Geología, etnología, fauna, flora.—Sus límites naturales.

I

Amigos artistas:

Hemos hablado de Artigas, como del héroe de la independencia americana. Es preciso, pues, que hablemos algo sobre los pueblos de América, sobre su origen, y sobre su emancipación de las metrópolis o naciones europeas que descubrieron el continente, lo conquistaron de sus primitivos habitadores, y lo repoblaron y colonizaron. Es indispensable que hablemos hoy especialmente de eso, siquiera sea en somera forma.



Me habéis de perdonar si yo os considero, oh mis hermanos artistas europeos, más ajenos acaso de lo que realmente estáis a las cosas de este mundo nuevo. Quizá, sin merecerlo, tenéis que pagar vosotros la ignorancia, muy parecida al desdén, que advertimos los iberoamericanos en hombres y publicaciones de Europa, cuando tratan de nuestra geografía y de nuestra historia. Mal de vuestro grado, habéis de escucharme, por tanto, con resignación, así os diga las cosas más corrientes y vulgares; mi deber es procurar que no sólo las conozcáis, sino que también las sintáis y las améis. Yo espero poder sugeriros algunas ideas grandes, dignas de la forma perdurable, si predisponéis vuestro espíritu a la resonancia musical. La palabra arrojada al oído del alma, he dicho yo en alguna parte, tiene el sonido de la piedra arrojada al abismo: toman ambas las proporciones de la capacidad en que sus ecos se difunden. Ensanchad, pues, la noche atenta de vuestro espíritu, y entre mis palabras se harán algunos silencios armoniosos y habitados por nuevos seres.

Conozcamos, ante todo, el teatro en que va a desarrollarse la acción; tomemos una carta geográfica, y miremos un rato nuestro continente americano. Hagamos uso de la carta más sencilla, de la que más nos aleje del concepto científico, y mejor nos vigorice el estético; ésa, que nos da la silueta de nuestro continente, sus grandes sistemas orográficos e hidrográficos, montañas y ríos, y nos indica las simples latitudes y longitudes: los polos arriba y abajo, la línea del Ecuador en el centro, los trópicos o paralelos equidistantes del Ecuador, al Norte y al Sur de éste, correspondientes a los puntos solsticiales,

y distante cada uno de ellos 26 grados y minutos de la línea ecuatorial. Más de 52 grados geográficos entre ambos. Ahí tenéis los dos trópicos: el de Cáncer, al Norte del Ecuador, en el hemisferio boreal; el de Capricornio, al Sur, en el austral; la región del calor, cuyo centro es el Ecuador, entre ambos trópicos; la de los fríos que van hacia los polos, al Norte y al Sur de esa gran franja caliente que circunda la tierra.

Este nuestro continente, como lo veis, ocupa la tercera parte del planeta que habitamos; caben en él todos los climas, todos los hombres de la tierra, todos los productos; se extiende de polo a polo; toca allá arriba los hielos del polo ártico; adelanta hacia la línea del Ecuador, la cruza, y se aleja de nuevo hacia el Sur, para hundirse allá, en los otros fríos, en los hielos del polo antártico. Tiene casi cuarenta millones de kilómetros cuadrados, sin contar las tierras árticas.

Su silueta es simplicísima, sin embargo; son dos enormes triángulos unidos. Pero observad algo fundamental por lo que dice a mi propósito: el del Norte apoya su dilatada base allá en el polo boreal; toma su mayor ensanche, entre el Atlántico y el Pacífico, en la zona fría y templada, al Norte del trópico de Cáncer, ahí, donde leéis Canadá, Estados Unidos, y se va adelgazando a medida que se acerca al Ecuador, ahí, donde leemos Méjico, Centro América, Antillas, hasta hundir su vértice, adelgazado por la rotura del golfo de Méjico, en las proximidades ecuatoriales, en el istmo de Panamá. El triángulo del Sur, por el contrario, apoya su base en el Ecuador; cobra su mayor amplitud en la zona cálida, al Norte del trópico de Capricornio, ahí donde se lee Brasil, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay;



y, a medida que se aleja del trópico, se va estrechando, Uruguay, Argentina, Chile, hasta aproximar su vértice patagónico al polo austral, en el Cabo de Hornos. Las tres partes de esta América del Sur, 14 millones de kilómetros, están en la zona tórrida; sólo una cuarta parte, algo más de cuatro millones, vive en la templada.

Este mundo nuevo, ignorado del antiguo hasta hace cuatro siglos, ayer no más, como quien dice, y habitado por hombres y por razas sin historia, fué descubierto y repoblado por la raza europea, al rayar el siglo XVI. Y os digo *repoblado*, porque es preciso observar que la conquista de Europa, en el Nuevo Mundo, no fué lo que la de Roma, pongo por caso, en el antiguo, en que cada región conservó su raza predominante, sus costumbres y su tipo, y formó su lengua. La conquista europea fué una *repoblación*, una substitución de un pueblo por otro pueblo, como base sociológica. Los aborígenes de América han subsistido, y subsistirán, hasta que se consume la definitiva evolución de la estirpe americana; ya los veremos dar su sangre a nuestra independencia, como da el sándalo su perfume al hacha que lo hiere; regar con ella un árbol de cuyos frutos no comerán; entonces les atribuiremos su significado estético, y aun social. Pero los indios sólo existieron como entidades humanas, que ejercieron su influencia antropológica más o menos persistente o fugaz; la entidad colectiva no aparece, ni interviene para nada. La civilización de este nuestro Nuevo Mundo es, desde su origen, la civilización europea, la cristiana; no la azteca, ni la incásica, ni la guaranítica. En América continuó, pues, la historia, no de los aborígenes descubiertos, que casi no la tenían, sino la de los euro-



peos descubridores; allí debían servir de piedra angular a las nuevas sociedades las ideas cristianas, depuradas, en la lenta evolución progresiva del linaje humano; de las escorias que a ellas se adhieren, desfigurándolas, y ofreciendo como substancias los simples accidentes.

II

Pues bien, hermanos artistas: ese gran hallazgo del genio navegante; ese nuevo mundo que salió al paso de Colón, *que descubrió a Colón,* cuando éste corría en sus carabelas, al final del siglo XV, en busca del Oriente asiático, tocó en suerte, en resumidas cuentas, a tres pueblos europeos, que se lo dividieron: España, Portugal e Inglaterra. Cada uno de esos pueblos llevó a su pedazo de mundo su sangre material; pero, más que eso, llevó lo que constituye su vida íntima: su lengua, como base de la civilización que allí establecía. Vosotros sabéis que la lengua es, para un pueblo, lo que la sangre para un organismo. Como ésta determina la constitución del hombre, aquélla establece el temperamento de una nación, su idiosincrasia, su carácter. El lenguaje, producto vivo del hombre interior, como dice Schlegel, es una perpetua sugestión; la misma asimilación de las ideas extrañas tiene que hacerse previa traducción de ellas a la lengua del que las absorbe, y la traducción es, en sí misma, una transformación en substancia propia, una adaptación a nuestro modo de ser.

Se distribuyeron, pues, el continente, no varias razas, como ha solido decirse (no hay tal raza latina ni tal raza anglosajona), sino tres pueblos de la mis-

ma raza caucásica o europea, pero de lenguas diferentes: *english spoking folk,* dicen los británicos, «pueblos de lengua inglesa». Hubo, pues, tres Américas: la de lengua española, la de lengua portuguesa y la de lengua inglesa.

España, con Colón y sus sucesores, tomó posesión, a contar del año 1492, del núcleo de su lote en las Antillas, a 17 grados de latitud Norte, precisamente sobre el trópico de Cáncer. Algo se dilató más tarde hacia arriba, hacia el frío, pero no mucho; su expansión se realizó hacia abajo, hacia el Ecuador. La primera tierra continental en que pisó fué la embocadura del Orinoco: ahí tenéis su delta, a 10 grados del Ecuador, sobre el mar de las Antillas.

Portugal que, después de doblar, con Vasco de Gama, el Cabo de Buena Esperanza, insiste en circundar el Asia hacia la India, es llevado, con Alvarez Cabral, el año 1500, a la punta más oriental del continente, al Brasil, en el grado 17 de latitud austral, sobre el trópico de Capricornio. Precisamente a la misma distancia del Ecuador de la tierra ocupada por España en el otro hemisferio.

Inglaterra, que había sido la primera en reconocer las costas de la América del Norte, pasa casi un siglo sin reservarse en ella su parte.

Sin contar las primeras expediciones de Gilbert y Raleigh en 1578 y 1581, es sólo en 1606, un siglo después de España y Portugal, cuando el rey Jacobo I celebra acto de estable soberanía sobre su lote, que divide en dos partes iguales de costa y tierra, entre los grados 34 y 45 de latitud Norte.

Esa circunstancia ha hecho decir últimamente al ex presidente de Estados Unidos, Roosevelt, algo que revela su tendencia a penetrar en el fondo de las co-

sas, y a revelar novedades viejas. Al colocar en Washington, en mayo de 1908, la piedra fundamental del Palacio de las Repúblicas Americanas, en el que se levantará la estatua de Artigas, el héroe hispanoamericano por excelencia, como lo veremos, decía a las de origen ibérico, en nombre de la grande de cepa inglesa, que él representaba: «Vosotras sois, en cierto sentido, nuestras hermanas mayores, pues representáis civilización más antigua en este continente; nosotros somos los jóvenes. Vuestros padres, los exploradores españoles y portugueses, conquistadores, legisladores y arquitectos de repúblicas, habían conseguido una civilización floreciente en los trópicos y en la zona templada del Sur, mientras que toda la América al Norte del Río Grande permanecía todavía sin delinear y en estado primitivo».

Esa es la verdad: América es el mundo de Colón, el latino. Si queréis, podemos llamarla el *Nuevo Lacio*. Y también podemos llamar a Colón el nuevo Eneas, si os es grato.

Fijaos ahora, hermanos artistas, en la forma en que se reparten ese *Nuevo Lacio* sus descubridores. Notad primeramente el lote del inglés, el llegado más tarde: es la parte más amplia del continente; está en el mismo hemisferio y en la misma latitud de Europa, en plena zona supertropical; es la región americana más próxima a las costas europeas; se extiende de océano a océano, del Atlántico al Pacífico: cinco mil kilómetros, una superficie de nueve millones de kilómetros. Creo que es esa, y no otra, la razón principal porque la América anglosajona se ha adelantado a la ibérica en la conquista del bienestar: su proximidad a Europa y su clima; no una supuesta superioridad de raza. En ese mundo se hablará inglés por los siglos de los siglos.

Inglaterra y España se dividen, pues, la América del Norte. Pero la parten a lo ancho, de Oriente a Occidente; la porción supertropical amplísima, la más cercana a Europa, para Inglaterra; la parte inferior, más estrecha, más apartada del mundo antiguo, para España.

La América del Sur, que es la que debemos estudiar especialmente, se reparte entre España y Portugal; pero no a lo ancho, como la del Norte, sino a lo largo. El papa Alejandro VI, encargado por ambos pueblos de designar el lote que a cada uno debe corresponder, traza con su báculo la línea divisoria. Esa línea cortó el continente, de arriba abajo, en dos partes: la de la derecha, bañada por el Atlántico, y que tiene por núcleo geológico el gran macizo orográfico del Brasil, y por cuenca hidrográfica la enorme del Amazonas, pertenecerá a Portugal; la de la izquierda, que se recorta sobre el Pacífico, y tiene por núcleo la formación andina, a España.

Pero observemos aquí una circunstancia más, la fundamental, la que más dice a nuestro propósito, y en la que deseo fijéis vuestra atención toda entera.

Como hemos advertido, la espléndida herencia de Portugal tiene por cuenca la del suntuoso Amazonas; pero notad que éste corre de Occidente a Oriente; sigue el mismo paralelo, el del Ecuador; atraviesa, por consiguiente, la misma tierra, con el mismo clima, idénticos productos, café, algodón, azúcar, cacao, selvas tropicales. El Amazonas es un enorme río interior.

Observad ahora, más al Mediodía, esa otra formación hidrográfica, que, arrancando del Brasil, casi confundiendo sus fuentes con las de los tributarios meridionales del Amazonas, en la zona tórrida, corre



hacia el Sur: son los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay, que van a perderse allá en el Río de la Plata, a los 35 grados, en la zona templada. Esos ríos corren de Norte a Sur, atraviesan diferentes latitudes, distintos climas; en sus fuentes crecen los naranjos, los algodoneros, los bananos, el café; en su desembocadura, el trigo, el maíz, las gramíneas; recorren 20 grados geográficos. Y observad esto, sobre todo: *ellos parten en dos, de Norte a Sur, el continente sudamericano;* determinan la línea de separación, el tajo, digámoslo así, entre la formación geológica atlántica y la andina. Esos dos macizos orográficos, el del Atlántico y el del Pacífico, no son, como se ha dicho, ramificaciones de los Andes, ni cosa que se le parezca; son dos mundos distintos. El primero, completamente apagado, sin un solo volcán, es millares de años anterior al segundo, que está en perpetua ignición, que es un rosario de cráteres en actividad, como no hay otro en el planeta. Los cíclopes trabajan aún en esas fraguas subterráneas, y quitan más de una vez el sueño a los hombres de la costra terrestre, con sus fuelles endiablados y sus estentóreos martillazos; es un mundo en construcción.

En cambio, los que trabajaron en el subterráneo atlántico, nos dejan vivir en paz hace diez o quince mil años, felizmente; han terminado la labor milenaria.

Seguidme con alguna atención, amigos artistas, para fijar esta idea con el mayor cuidado; tomemos, una vez más, la carta geográfica que nos sirve de guía. Seguid esa línea trazada aproximadamente por el báculo de Alejandro VI de Norte a Sur, y veréis cómo ella, arrancando de las proximidades del Orinoco, allá en el Norte, a 10 grados del Ecuador, cruza el continente, siguiendo la cuenca de los ríos que lo par-

ten en dos, y se pierde en el océano, allá a los 30 grados de latitud Sur.

No se imaginaba el Pontífice, seguramente, que la línea que él marcaba sobre un planisferio equivocado, si bien no se identificaba con la que traza la ciencia geológica moderna en las profundidades de la costra terrestre, se aproximaba bastante a ella. La América del Sur está formada por una enorme llanada entre la cordillera de los Andes y la del Brasil. Si bien existen dos cordilleras atravesadas, la *transversal,* en el centro, que separa la cuenca del Plata de la del Amazonas, y la de *Parima,* allá en el Norte, que divide la del Amazonas de la del Orinoco, esos son accidentes. Lo son tanto, que esos tres grandes ríos se confunden en sus fuentes. Día vendrá en que un barco, entrando por el Orinoco, en el mar de las Antillas, saldrá al Atlántico por el Plata. Ese barco navegará por el fondo, entre dos verdaderos continentes.

Pues bien: yo creo, con una luminosa hipótesis científica, que la cuenca del Amazonas, y sobre todo la del Plata, estuvieron, en un día sin historia, ocupadas por el océano. El Brasil era una isla colosal en el Atlántico, un verdadero continente, si ya no es que formaba parte del que engranaba en Africa, quizá en Europa; de la soñada *Atlántida.* ¿Qué sé yo? Sea de ello lo que fuere, me parece evidente que el Brasil era un mundo distinto del que tenía por núcleo la cordillera de los Andes.

No importa que nos engolfemos un poco en estas observaciones científicas, mis amigos artistas; yo quiero que os deis cuenta de lo que significa esa enorme grieta inferior de la América del Sur, por donde sale al mar el *Río de la Plata,* y a donde van a parar el *Paraguay,* el *Paraná* y el *Uruguay.* La hipótesis

que os ofrezco no es nueva. Ya en 1832, Carlos Darwin, calculando la edad de los restos fósiles de los terrenos pampeanos, vió en el Plata un gran brazo de mar que, en época remotísima, cubría la provincia de Entrerríos. Esas conchas que allí se ven, sólo viven en el mar. D'Orbigny confirmó y amplió esa hipótesis, diez años después: hizo llegar el océano hasta el medio Paraná. Herbert Smith, recientemente, en 1886, con su imaginación científica, vió al Atlántico penetrar e inundar las pampas, hasta el extremo septentrional de Corrientes, y recibir las aguas del Paraguay, del Paraná y del Uruguay, que allí desembocaban, separados por centenares de kilómetros. Estos tres ríos emprendieron la obra muchas veces secular de expulsar al océano y terraplenar esa cortadura inmensa, acarreando a ella, disueltas en sus aguas, las mesetas del Brasil central y del bajo Perú oriental. Aun hoy, esos ríos depositan en el estuario ochenta millones de metros cúbicos de aluvión por año. Se formaron las primeras bandas arenosas; aparecieron las primeras sirtes, las primitivas dunas; las marejadas de casquijos se amontonaban, se esparcían o se disolvían a merced de los vientos, hasta formarse las islas, los archipiélagos más o menos adheridos a las puntas de las costas recién nacidas; se levantaban por un lado los territorios, mientras por otro se abrían profundísimas honduras, que llenaba el mar, y de que aun son testimonio las lagunas saladas de Córdoba y la Rioja... En resumen: todo aquello fué cubierto por la gran planicie fluvial que ocupa la hondonada arrebatada al Atlántico: la cuenca del Plata y sus tributarios.

No son incompatibles estas hipótesis, aunque lo parezcan, con la última que debe la ciencia al ilustre

Florentino Ameghino. Rectificando conceptos clásicos, este sabio platense coloca en América, en su región patagónica, que llega a suponer unida a la de Australia al través de la Oceanía, el núcleo cósmico del globo terráqueo, y la cuna de la humanidad. Pero esa remotísima conjetura científica, si bien atribuye a la región del Pacífico la mayor antigüedad, es conciliable con la que, suponiendo nuevas convulsiones geológicas en épocas posteriores, ve con claridad, en nuestro continente, esas dos formaciones de que os hablo y sus influencias sobre el hombre: la apagada del Atlántico y la incandescente del Pacífico.

Según eso, el límite inferior de los dominios portugueses, si éstos habían de obedecer a la ley geológica, hubiera debido ser esa gran cortadura primitiva: el Río de la Plata y los grandes ríos Paraná, Paraguay y Uruguay, que en él desaguan, y que son los que, en esa latitud, determinan la separación entre la formación andina y la atlántica. Con esos límites, Portugal, partiendo de sus dominios tropicales, en que coloca el núcleo sociológico de su conquista atlántica, que será Río Janeiro, hubiese penetrado con su lengua en la zona subtropical, en la tierra del trigo, del maíz, de las gramíneas; su límite arcifinio hubiera sido el Río de la Plata, y algunos de sus afluentes que vienen de las entrañas mismas del Brasil, el río Uruguay seguramente, porque me parece indudable que son las costas orientales del Uruguay y del Plata, de formación más antigua y más firme que los declives de la margen occidental, las que trazan el borde inferior del gran macizo brasileño. Ese fué el sueño secular de Portugal y del Brasil: llevar sus dominios hasta el Plata y el Uruguay.

Pero no fué así. En ambas márgenes del estuario

había de hablarse español por los siglos de los siglos; la línea de Alejandro VI, que limitó el dominio portugués, pasaba más al Norte de la embocadura del Plata. Ese macizo atlántico no iba a pertenecer todo él a Portugal; debía ser partido a lo ancho, allá en las latitudes subtropicales, entre Portugal y España. En su extremo inferior, en el otro extremo del ocupado por Río Janeiro, puerto suntuoso del trópico, debía fundarse una ciudad española, Montevideo, puerto luminoso de la zona templada, que, hablando en castellano, había de impedir la llegada hasta el Plata de la influencia sociológica de la ciudad portuguesa del Norte; Montevideo debía arrastrar a su órbita de rotación el ángulo inferior del gran macizo orográfico del Brasil.

Al llegar aquí, se me ocurre que acaso pudiera ser oportuno el deciros ya el por qué os estoy dando todos estos datos. Pero no quiero detenerme demasiado en esta idea. Bien comprendéis que, en estos repartos entre las metrópolis europeas, están los fundamentos de las que serán distintas naciones americanas. Os estoy ofreciendo, por consiguiente, la genealogía de éstas; necesito de toda vuestra paciencia, quieras que no.

Quedaba, pues, una región atlántica, precisamente la que se desarrolla en el comienzo de la zona subtropical y termina en la curva que forma la entrada del gran estuario, que debía pertenecer a la numerosa familia hispánica, pero sin perder su carácter étnico diferencial.

A España, descubridora del Río de la Plata, le estaba reservado todo el lote subtropical de la América del Sur; toda la región equivalente a la que cupo en suerte a Inglaterra en la América del Norte, si bien incomparablemente menor que ésta, por la estruc-

tura del continente austral, que se adelgaza a medida que penetra en la zona templada.

De esa manera, en la región austral de la América del Sur se formaron tres grandes lotes bien definidos: uno andino, perteneciente a España, con su núcleo en Buenos Aires de un lado de los Andes, y con Santiago de Chile del otro. Y dos atlánticos: el del Norte, con su núcleo sociológico en Río Janeiro, para Portugal; el del Sur, con su centro en Montevideo, para España.

La metrópoli española no comprendió entonces lo que significaba esa su propiedad en ambas márgenes del estuario meridional.

El Río de la Plata no tenía oro; el oro estaba allá arriba, en los Andes, en las altiplanicies del Perú. «Vale un Perú, vale un Potosí», se decía para expresar riqueza, riqueza rápida, de aventurero.

La metrópoli española desdeñó el territorio oriental del Plata. Pero allí dejó su lengua; con su lengua, su espíritu; y con éste, unido a las fuerzas de las leyes geológicas y étnicas, el germen de un pueblo independiente por naturaleza de los demás hispanoamericanos: el pueblo oriental, la patria de Artigas. Ésta, separada de la occidental andina por razones geológicas y geográficas, que neutralizaban las sociológicas que a ella la unían, está también separada de la septentrional atlántica por causas sociológicas y climatéricas, que neutralizaban las geológicas y etnológicas que a ella la hubieran vinculado.

Si bien lo meditáis, encontraréis en eso la causa más remota, pero no la menos profunda, de la formación de nuestra Patria Oriental, independiente de la argentina y de la brasileña. No es obra de los hombres; es ley de la naturaleza, voluntad de Dios.



III

Dueña, en el Norte, de la región occidental de la América Meridional, España cruzó con Balboa el istmo de Panamá, y descubrió el mar Pacífico; siguió hacia el Sur, descubriendo y conquistando las costas andinas, el imperio de los incas, la región de los araucanos; pasó el Cayambé, el Chimborazo; llegó al Aconcagua, que arde sobre los Andes. Había, pues, cruzado el trópico de Capricornio, y tomado posesión de Chile, en la zona templada, pero haciendo centro de sus conquistas al viejo imperio del Perú, la región de los hijos del Sol, la de los incas, la del oro. Allí pondrá el puerto, el único puerto de América: en Panamá, en Puerto Bello. Sólo por allí tendrá entrada el mundo viejo a la nueva Hispania.

Pero al mismo tiempo, por el lado del Atlántico, España navegaba hacia el Sur, hacia la zona tropical, en busca del estrecho que debía unir el Atlántico con el mar de Balboa; descendía, con Juan Díaz de Solís, a lo largo de las costas del Brasil; atravesaba el trópico de Capricornio; navegaba 2.000 leguas, y, tomando entonces rumbo de Este a Oeste, llegaba al Río de la Plata, del que tomaba posesión.

Pero, escuchadlo bien: España cree que su pedazo de mundo americano no tiene por núcleo la formación atlántica, sino la andina; será dueña, pues, del continente que, en tiempo remotísimo, estuvo separado, por el mar, del que ha tocado en suerte a Portugal. Funda la Asunción primeramente, y, sobre todo, Buenos Aires, que será la cabeza de su dominio en el Sur. Pero hace todo eso con intención de incorporar

el Río de la Plata a su lote andino, cuyo núcleo principal es el Perú, con Lima, *la ciudad de los reyes*, por capital.

Su afán es el de poner en contacto a los conquistadores del Plata con los del Perú, a los del Atlántico con los del Pacífico; hacer un gran bloque de todo eso, con entrada por el Norte. Mientras los conquistadores del Perú bajan por los contrafuertes de los Andes en busca de los del Plata, y fundan a Tucumán, éstos suben hacia el Norte y el Oeste, y, por allí, se encuentran.

Así va España tomando posesión de este mundo, y plantando en él sus jalones, que son ciudades. Pizarro funda Lima en 1535; en el mismo año, don Pedro de Mendoza abre los cimientos de Buenos Aires, que don Juan de Garay radica definitivamente, en 1580; Quesada funda Santa Fe de Bogotá, en 1538; Valdivia se fija en Santiago, en 1547; Lozada funda Caracas, en 1567; Ayolas la Asunción, en 1534.

Todos piensan en la región que se extiende entre el Plata y el Pacífico, con los Andes por columna vertebral. En cuanto a ese otro pedazo de tierra entre el Plata y el Atlántico, apenas si se alzan las murallas de la Colonia, sin más propósito que el de conservar la posesión, disputada por Portugal; se le considera otra cosa distinta.

Miremos nosotros, oh amigos artistas, con mayor intensidad que sus descubridores, ese pedazo de América que, determinado hacia el Sur por la curva que traza el Plata al derramarse en el Océano, llega hacia el Norte, por el Atlántico, hasta la línea divisoria, trazada por el Pontífice y por los tratados posteriores, de los dominios españoles y portugueses; ése, que no pertenece a la formación andina sino a la at-

lántica, al levantamiento del Brasil, pero se desarrolla en la zona templada, que corresponde, en los Estados Unidos del Norte, a la Georgia, a la Carolina del Norte y del Sur; ése, que, casi olvidado por España, pertenece al macizo geológico del Brasil, al lote de Portugal, *pero habla español.* Forma una unidad geográfica perfectamente definida; constituye una entidad étnica y sociológica imposible de confundir. Para fijaros más esa idea, os quiero hacer advertir desde ahora una circunstancia fundamental, que más tarde examinaremos más: todos los dominios españoles que formaron el virreinato del Plata, el mundo andino, dependían de un solo puerto de salida, al que convergía toda la región: Buenos Aires. Pero ese pedazo ultraplatense u oriental del Plata era independiente de Buenos Aires en ese sentido; independiente por naturaleza. Sólo él tenía salida propia, comunicación amplia y libre con el mundo, puertos en el Plata y el Atlántico, incomparablemente superiores al de la capital del virreinato: la Colonia, Montevideo, Maldonado, Coronilla, toda la profundísima costa atlántica, la más cercana a Europa, la más accesible, la verdadera puerta de entrada y de salida para toda la región subtropical del continente.

Veréis cómo, más tarde, ese territorio no será brasileño ni será argentino, porque ni Buenos Aires, ni Río Janeiro pueden ser su cabeza. Lo veréis desprenderse independiente, como un desgarrón de la tierra, teniendo por núcleo el puerto de Montevideo. España casi no pensará en él: durante más de un siglo, los habitantes de Buenos Aires van allí a cazar vacas; los faeneros cruzan el Plata, acampan a orillas de algún arroyo, matan animales, los desuellan, secan al sol sus cueros, y regresan al mundo habitado, *al vi-*

rreinato, dejando la carne a merced de las fieras salvajes. Ese territorio será sólo, como dice Mitre, una servidumbre de Buenos Aires; *la vaquería de Buenos Aires* se le llamó.

Será preciso que los portugueses pretendan, por repetidas veces, pasar la línea divisoria de Alejandro VI, para que España se acuerde de que allí se habla, y debe hablarse, su lengua; será menester que surja, por fin, allá en 1726, dos siglos después de fundado Buenos Aires, un gobernador español, don Bruno Mauricio de Zabala, que se dé cuenta del problema y, obedeciendo a reiteradas órdenes del rey, funde a Montevideo, para que todos los elementos sociológicos embrionarios de esa tierra característica se agrupen y comiencen a tomar cohesión, a ser un organismo, a sentir, a pensar, en torno de una ciudad nueva, distinta de las demás metrópolis hispánicas, hasta por sus pequeños monumentos arquitectónicos coloniales, que son de la restauración, mientras los otros son de la decadencia.

IV

Ahora bien, mis amigos: ese trozo de América, el único que había tocado a España en la región atlántica del Sur, era «el pedazo más envidiable, dice el sabio Martín de Moussy, el rincón más admirable del Nuevo Mundo, por su topografía, por su clima, por su hidrografía y su fertilidad».

Tomad de nuevo un momento la carta geográfica para mirarlo, mis bravos artistas, porque es preciso que lo observemos un buen rato. Yo quiero que vivamos juntos en él algunas horas. Seguid el relieve de

esas costas oceánicas, en que se estrella el Atlántico; ved en seguida, del otro lado, el inmenso caudal de agua que viene de los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay, que se derraman en ese océano por intermedio del Plata, cuyas aguas, de un verde esmeralda, se diluyen en el azul del mar. Pero advertid, sobre todo, los perfiles de las costas.

El navegante deja, allá en el Norte, los puertos tropicales, cuyo tipo excelso es la bahía de Río Janeiro, sin igual en el mundo, y costea en seguida el continente, hallando muy pocos puertos de fácil acceso en un trayecto de doscientas leguas; la montaña ciclópea, con su piel de bosques verdinegros, es ceñuda y poco sociable. Al llegar, en cambio, a la región templada, las costas oceánicas y las del estuario, más amigas y menos altaneras, ofrecen a cada paso su hospitalidad a los que llegan: la rada profundísima de *Coronilla*, ya en territorio Oriental, sobre el Océano; la de *Maldonado* en seguida; la graciosa de *Montevideo*, por fin, son las puertas obligadas de entrada de la región subtropical de América para quien llega del Atlántico.

Miremos ahora el territorio encerrado en ese marco. Todo en él es homogéneo, armónico y expresivo; parece modelado, por un artista, con la quintaesencia del humus fecundo o del limo plástico de nuestra América. A diferencia de la región que se extiende, en la misma latitud, del otro lado de la cuenca fluvial, región plana, de terrenos blandos de aluvión, con grandes pampas o con bosques mediterráneos, la tierra oriental está formada por una serie de graníticas colinas, en que la espesa alfombra de vegetación herbácea, compuesta de más de quinientas especies de gramíneas, abriga el cuerpo de esa tierra, como la

piel de un animal sobre la que pasan estremecimientos vitales.

Por la superficie, corre también la vida por una red circulatoria de arterias hidrográficas, que dan a esas colinas el aspecto de los lóbulos de un cerebro irrigado por sangre copiosa. Las tres grandes vertientes que van, ya hacia el Uruguay, ya hacia el Plata o el Atlántico, forman la cuenca del río Negro, que atraviesa el país de parte a parte, de oriente a poniente, como el centro del estremecimiento arterial, y abren el lecho de catorce ríos, de centenares de arroyos caudalosos y de millares de pequeñas corrientes que se mueven y dan la nota de la vida carminosa en todas las hondonadas. En el fondo de éstas se encuentra siempre el reflejo del árbol sobre el agua: en el remanso quieto, o en la corriente rumorosa y ágil.

Sus mayores alturas no llegan a seiscientos metros; y aun en ellas, la espiga del trigo puede germinar hasta en las cumbres. Son sólo ondulaciones más altas de una sinuosa superficie intacta. En algunas parcelas del territorio, la osamentación granítica rompe la piel que la recubre, y asoma en grandes bloques pétreos heteroformes, que son largas sierras, o cerros aislados como bloques erráticos, y que cobran formas arquitectónicas, semejantes a torreones cilíndricos o a edificios ciclópeos derrumbados. Esos bloques parecen más bien caídos de lo alto que brotados de la tierra; no matan, por consiguiente, la rica vegetación que los circunda, y trepa por sus grietas, y forma, en las honduras, lujuriantes manchones de vegetación arbórea, en medio a los tupidos matorrales. Si se penetra en esas zonas ásperas excepcionales; si se cruza por el fondo de la sierra, o se trepa el cerro, se expe-

rimenta la sensación estética de lo grandioso, del paisaje de montaña, con tanta intensidad como en las excelsas cordilleras: la eminencia y la sima; el peñón abrupto cortado a pico; la mole granítica suspendida en el vacío; el precipicio; el largo desfiladero inaccesible; el breñal-madriguera en las honduras; el árbol tortuoso agarrado a la roca con sus tentáculos de raíces color de piedra; el nacer y el morir del sol tras la mole fantasma; la proyección de la montaña en la llanura.

Pero allí lo grandioso es sólo efecto de lo relativo en nuestra sensación; la sierra aparece grande, porque las largas colinas en que se levanta de improviso son pequeñas; lo grandioso está en nosotros, aunque sugerido por la expresión del mundo exterior, en que nada es enorme.

Ese paisaje no imprime carácter al territorio; la montaña no cierra ni recorta sus dilatados horizontes sin orillas; la vegetación arbórea natural es escasa. La región de los árboles gigantes americanos, como la de la montaña excelsa, está más arriba de la línea divisoria entre España y Portugal, en la región que se acerca al trópico, en la zona brasileña, en que crecen los palmares y los bananeros resonantes, y se produce el café y el algodón y el añil. En la tierra que observamos, la colina granítica, envuelta en su mantillo vegetal, produce el trigo y el maíz, como en región alguna del mundo; las flores del peral y del manzano y del durazno, importados de Europa, anuncian sus primaveras, llenas de sol fresco y coloreado con vigor. La flora indígena es escasa: árboles y arbustos tortuosos, y de frutos agrios en su mayor parte, que no cobran las proporciones de los tropicales. Ellos bastan, sin embargo, para formar, con los

matorrales y las enredaderas salvajes, largos bosques impenetrables, sobre cuyos árboles pequeños emergen de trecho en trecho algunos colosales, en que anidan águilas, y fabrican las cotorras, innumerables y chillonas, sus colgantes viviendas espinosas. Pero esos bosques crecen siempre a lo largo de los arroyos y los ríos, y se extienden más o menos en sus márgenes y en sus confluencias, según es más o menos rápido el declive de las colinas en cuya convergencia corre el agua, entre los árboles y marañas. Si hay allí una llanura, las aguas que permanecen forman el *bañado,* el extenso pantano cubierto de juncos y plantas acuáticas, en que anidan los patos innumerables, se levantan las bandas de garzas blancas como nubes del poniente, pasean las cigüeñas, nadan las nutrias, y lanzan los *chajás* sus gritos estridentes. Fuera de esos bajos, en que se deposita el humus, arrastrado por las lluvias al borde de las corrientes, no existen arbolados naturales; las colinas y los valles son el dominio exclusivo de la gramínea rastrera e invasora, salpicada de trecho en trecho por el cardal de flores azules, o por el matorral de *chircas* verdes. Alguno que otro *ombú* solitario se levanta en la cumbre de las lomas; manchones de palmares, copiosos y agrupados los unos, ralos y dispersos los otros, dan su nota original en las costas atlánticas, o a orillas del Uruguay, y recuerdan que esa tierra es la extremidad del macizo orográfico brasileño; todas las variedades de palmeras viven alegres y sanas en este suelo, lejos del trópico. Pero todo eso es accidente: el perpetuo ondular de la colina, de un bermellón verde característico, es lo que imprime su sello a la tierra; los horizontes se ensanchan y se renuevan, modificando la línea curva de las lomas elás-

ticas que se reproducen sin cesar; aparecen y se levantan las más lejanas en la convergencia de las que descienden en primer término; suben y bajan; ondulan en el espacio, como enormes turgencias de senos núbiles que respiran dormidos. Muchas de estas feraces colinas, las más extensas, son achatadas: una larga meseta o llanura se ofrece a la vista, una vez escalada la pendiente; una llanura granítica, exuberante de vida vegetal; un lago verde, de brillante inmovilidad fecunda.

El insigne botánico Augusto de Saint Hilaire, que recorrió estos campos en 1821, me salva del peligro de transmitiros, como verdad objetiva, lo que pudiera ser sólo impresión subjetiva con relación a mi tierra. Saint Hilaire se expresa así sobre ella: «Aunque poco variado, el aspecto de estos campos no fatiga como el de los inmensos desiertos de Goyaz y de Minas. El aire de alegría que reina en todo este país depende acaso de la idea de riqueza y de abundancia que dan estos tan excelentes pastos; pero más todavía del color del cielo, de un azul tierno, en extremo agradable a la vista, y de la luz, que, sin deslumbrar, como en los trópicos, tiene una vivacidad y una fulguración desconocidas en el Norte de Europa».

La fauna indígena no era más rica que la flora arbórea. Los seres cálidos, que habitan innumerables las regiones tropicales; las fieras; los reptiles deformes; los habitantes de la misteriosa selva mediterránea, en que cuelgan los racimos enormes que destilan los azúcares hipnóticos, en que se enrosca el boa y cantan los suntuosos pájaros extáticos sus himnos al sol, no hallan en esta región su ambiente propicio. Aquí, la calandria y el zorzal cantan a la aurora, en coro con los tordos y los mirlos negros;

el águila traza en el aire su espiral silenciosa; el *terutero* lanza gritos de guerra o de sorpresa; el *venado*, de pie sobre la loma, recorta su silueta delicada, sobre los amplios horizontes de larguísimos crepúsculos anaranjados; el *avestruz* recorre las llanuras, en las que deja el montón de sus enormes huevos amarillos; el *carpincho* sale del río a pastar en la orilla; la *perdiz* corre silbando entre los pastos olorosos, o llena el viento de los temblores musicales de sus alas.

Tales eran las notas características de la vida orgánica de esa región, que, no ofreciendo asilo propicio a las semillas ni a los seres animados que vienen del trópico, y que se detienen en sus fronteras, parecía estar a la espera de sus verdaderos dueños en el reino animal. Cuando éstos llegaron, con la colonización europea, la nota de la vida propia, esperada por la gramínea exuberante, dió su carácter definitivo a la comarca: el toro y el caballo, al pisar aquella tierra intacta, dura; al sentir el olor de la vida, en el de sus pastos azoados; al ver aquellas colinas ilimitadas, abiertas al fogoso correr de la yeguada y al pastar de la vaca y del rebaño innumerable, sintieron la alegría y la pujanza del vivir; vivieron y se reprodujeron en forma tal, que, en muy pocos años, los animales vacunos y caballares llegaron a tomar las proporciones que en otros países cobran las plagas; llenaban las colinas del Sur y subían hacia el Norte, hasta encontrar la línea en que se detenían los seres vivos que venían del trópico.

El caballo, sobre todo, transformó el aspecto de la tierra y las costumbres de su habitador. El habitante prehistórico de esta región, el indio nómada, no tenía caballo, andaba a pie; no poseía, pues, la tierra. Al llegar aquel animal, como si se fundie-

ran los dos seres, apareció el centauro, el ser habilitado para ser dueño de aquellas colinas ilimitadas, que, con sus pastos y sus ganados, nutrían al hombre nuevo: el hombre a caballo.

¡Qué vinculada está la historia de los animales a la historia de los humanos!

Cuando se buscan símbolos de la independencia de América, se recuerdan aquellos doce potros maravillosos de la *Iliada*, que galopaban sobre las espigas sin doblarles los tallos, y sobre las aguas sin mojarse los cascos; se piensa en Poseidón que, golpeando la roca con su tridente, ve surgir el caballo, nacido de una grande ola marina y dotado del cuello ondulante y de la blanca espuma de la ola. En la mitología de la América libre, el caballo hubiera sido el animal sagrado.

Con esos elementos, amigos artistas, tenéis el ambiente de que ha de estar compenetrado el héroe oriental: colinas ilimitadas y solitarias, bajo un cielo de esplendente azul; bosques en las corrientes; ganados innumerables en las laderas verdes; inmensas yeguadas que recorren las sinuosas llanuras; rebaños de ovejas, y, dominándolo todo, «el hombre domador de caballos», como llama Homero al héroe troyano, el alma de aquella expresiva naturaleza, el hombre fuerte, capaz de pensar sin apearse del corcel, y de oir su propia voz interna en medio del ruido de las grandes voces.

Os he descrito todo esto, porque yo creo que la creación escultórica, aun la estatua personal aislada, tiene un fondo invisible poblado de infinitos seres, un ambiente amplísimo que la compenetra, y que irradia de sus propias líneas expresivas y sonoras. En una actitud se refleja una montaña, y una puesta

de sol, y hasta una tempestad. Yo debo, no sólo haceros conocer, sino haceros ver, y sentir, y amar. Es preciso que viváis en esta tierra; que, llegado el caso, no os limitéis a saber lo que hicieron Artigas y sus soldados, sino que los veáis cruzar esas colinas que os he descrito, jinetes en sus potros desnudos, todavía sin domar; descender a los bajos o bañados montuosos, en busca del vado escondido entre los árboles; cruzar a nado las corrientes; refugiarse en la sierra abrupta o en el bosque impenetrable; proyectarse sobre el horizonte anaranjado por el sol poniente.

Si aun quisierais daros cuenta de dónde comienza, y adónde termina esa tierra, como entidad geográfica, de límites geológicos bien perceptibles, podéis advertir que ella es la punta subtropical del gran macizo orográfico cuneiforme del Brasil, el vértice inferior del dilatado triángulo formado por la línea horizontal del Amazonas, y por las dos líneas convergentes de las costas atlánticas, por un lado, y de los ríos que vienen del Norte a unirse en el estuario del Plata, y desembocar con él en el Océano, por el otro. En ese vértice inferior está Montevideo. De este núcleo social, como de un centro luminoso, cuyo chorro de luz se va ensanchando y debilitando a medida que se aleja del foco, hasta fundirse en la obscuridad, subía hacia el Norte el espíritu de la nación española. Algo así como lo que pasa en el fenómeno físico, ocurría en el étnico y sociológico, con respecto a los límites naturales de la *Banda Oriental.* Estos eran precisos, inconfundibles, en el ángulo inferior: el mar y el fondo de los ríos son sus lados, imposibles de borrar; pero la línea superior, como la que divide la luz de la sombra en el extremo del cono



luminoso, era difusa, indeterminada. Como se diluyen la luz y las tinieblas, se fundían allí el límite superior español y el inferior portugués; el radio de acción que desciende de Río Janeiro y el que sube de Montevideo. Era, pues, preciso trazar convencionalmente esa línea, y eso dió origen a la guerra tres veces secular entre España y Portugal, que trasladó a América el divorcio que existía, y existe aún en Europa, entre los dos pueblos ibéricos.

Las metrópolis trazaron varias veces aquella frontera, y la escribieron en sus tratados de paz, que eran la sentencia de sus enconadas guerras, o el sometimiento a las resoluciones de las potencias o monarcas europeos. Entonces era más fuerte España, y la luz del foco hispánico subía hasta muy arriba. Alvar Núñez Cabeza de Vaca atravesó de Santa Catalina a la Asunción por territorio español; las *Misiones* se fundaron a esa altura; Ceballos, el primer virrey de Buenos Aires, las trazó allí por la fuerza; pero la diplomacia artera las borró desde los lejanos gabinetes. Esa era la línea indicada por la naturaleza, la que hemos visto distinguir a los seres animales y vegetales en su marcha migratoria, y que el *homo sapiens* suele percibir menos claramente que la planta y que el bruto. Veréis cómo ésa fué la que tuvo Artigas trazada en su pensamiento como límite septentrional de su patria; la que hubiera trazado en la realidad, salvando todo el lote hispánico para la nación atlántica española, a no haber sido hostilizado por hombres insensatos de su propia estirpe.

Pero, pasado el período colonial, cuando los hijos se emanciparon de los padres, hispánicos y lusitanos volvieron a luchar por el trazado de esa frontera artificial. El hijo atlántico de España, la *Banda Orien-*



tal, era entonces el más débil de la familia hispánica; había sido abandonado por sus hermanos; era, en ese momento, menos fuerte que el hijo de Portugal, el inmenso Brasil independiente. Y fué éste quien, con previsión inteligente y sagaz, impuso la frontera. Una gran parte de la región subtropical atlántica, que fué española, y debió ser nuestra, quedó incorporada a la opulenta herencia portuguesa. Pero no importa; esas líneas, más o menos arbitrarias, que trazan los hombres, por la fuerza, en la superficie de la tierra, jamás podrán borrar las que están trazadas por la naturaleza en sus entrañas. Ellas adelantarán más o menos, por otra parte, en la zona indefinida, achicarán más o menos la esfera de acción política del núcleo inconfundible, pero jamás apagarán a éste.

Se achicó, sin duda alguna, la del núcleo hispánico; se la achicó todo cuanto fué posible arrebatar a la debilidad del heredero de España; pero no tanto que se le quitasen los elementos de vida; no tanto que se arrancara la raíz al vigoroso retoño atlántico del árbol español, que hoy es nuestra uruguaya patria.

Se ha dicho que lo que quedó es pequeño. ¡Pequeño! Jamás tendré por hombre de buen sentido a quien tome en cuenta esa circunstancia para juzgar de la razón de ser de un pueblo, de la vida de un organismo: su tamaño. Ese territorio no es pequeño: tiene doscientos mil kilómetros cuadrados; cuatro o cinco naciones europeas caben en él; puede contener ochenta millones de habitantes con menos densidad que Bélgica. Pero no creo que valga la pena hablar de eso. Lo que interesa es que os deis cuenta, mis buenos amigos, de la conservación de esa región, independiente por naturaleza, como la sede de un pueblo ne-



cesariamente distinto de los demás pueblos, chicos o grandes, que lo rodean. Acaso lo que perdió en extensión hacia el Norte, lo ganó en intensidad en su núcleo meridional.

Se ha quedado con lo más homogéneo, con lo indiscutible, con lo inconmovible. Si el mapa de la América del Sur no fuera aún definitivo, la República Oriental del Uruguay será centro de atracción, nebulosa espiral, jamás satélite. La geografía manda en la historia.

Y llegamos, por fin, a nuestro propósito. En esa región, en la margen oriental del Plata, nació Artigas, nieto de un hidalgo y de una dama españoles; nació en su núcleo urbano, en Montevideo, y casi con éste, cuarenta años después de fundado por sus abuelos. Artigas es la encarnación de todas esas leyes de que os he hablado; él es la transformación de esos elementos vitales en forma humana inteligente, en visión imperiosa, en dinamismo heroico, en núcleo de rotación que envuelve la nebulosa generatriz de un cuerpo luminoso de luz propia, centro de días y de noches.

Ese pedazo de nuestra América tenía en ella su misión propia, como la pequeña Grecia en el mundo antiguo. El cómo la llenó constituye nuestra historia.

CONFERENCIA III

EN LA REGIÓN DE LAS MADRES

LA GEOLOGÍA Y LA HISTORIA.—LA «ENTELEQUIA» O EL ALMA DE LAS NACIONES.—LA CIUDAD.—LAS CIUDADES AMERICANAS COMO NÚCLEOS DE ESTADOS INDEPENDIENTES.—BUENOS AIRES, MONTEVIDEO Y RÍO JANEIRO.

I

Amigos artistas:

En mi conferencia anterior yo pretendí, como os lo decía, haceros penetrar hasta las vísceras de la Patria Oriental, llevándoos hasta las entrañas de la tierra, y hasta las más profundas quizá de los problemas sociológicos, en busca de la más remota razón de ser de la patria evocada por Artigas. Tal era llevado Fausto a la región silente de las *madres* o de las *causas*. En esa subterránea región, según Paul de Saint Víctor, la antigüedad reverenciaba las raíces sagradas de todas las cosas: tesoros de metales y de piedras preciosas, frutos y plantas en germen, cultivos y sepulturas, efluvios de antros y de trípodes proféticos, leyes inmutables que desenvuelven el mundo y le sirven de bases sustentadoras. Confieso que eso es demasiado horadar; meterse acaso en demasiadas

honduras. Quizá encontremos en ellas, sin embargo, alguna línea, y hasta alguna vigorosa nota de color para vosotros.

Pero si bien yo quisiera haceros extraer, de las mismas entrañas ígneas de la tierra americana, el hierro y el cobre de que formaréis el bronce de vuestra estatua, no pretendo con ello presentaros las influencias geológicas, y étnicas, y climatéricas, como el único factor determinante de la formación de los Estados; ni siquiera me atrevo a clasificar, por orden de importancia relativa, los múltiples agentes, sociológicos históricos, geográficos, térmicos, que concurren a conglomerar las células o unidades primitivas de las naciones.

Federico Amiel, el melancólico ginebrino de alma germánica o germanizada, hubiera dado, me parece, una importancia muy grande, en nuestro caso, al factor geológico que yo os indico. «Juzgar nuestra época, dice en su *Diario Intimo,* desde el punto de vista de la historia universal; la historia, desde el punto de vista geológico, y la geología desde el punto de vista de la astronomía, es una emancipación del pensamiento.» Yo no llegaré a tanto. Esas teorías de conjunto, a que se adhiere tan firmemente el pensamiento del Norte; esos métodos comprensivos, de donde han salido, según la opinión de Bourget, tantos sistemas, desde el de Schelling hasta el de Hartmann, pasando por Hegel y Schopenhauer; esa tendencia a salir de la realidad sensible, para vivir sólo en la abstracción, en lo absoluto, cuando estamos rodeados por todas partes de lo contingente, no se compadece con nuestra naturaleza heleno-latina, imaginativa y pasional. Pero, sin afirmar que ello sea indispensable para que nuestro pensamiento se eman-

cipe, yo creo que la influencia de los factores *externos*, la constitución geológica del suelo, la temperatura, la fauna, la flora, sobre los factores *internos*, caracteres físicos, morales e intelectuales, de los hombres que constituyen una sociedad política, es un elemento de importancia capital en el estudio de los orígenes de un pueblo. Y lo es en el de los del pueblo oriental del Uruguay.

Acabo de leer un interesante ensayo de don Miguel de Unamuno, insigne amigo mío, y para conmigo siempre generoso, a pesar de nuestras fundamentales disidencias, en que ese ilustre escritor examina el problema de que ahora tratamos: el por qué, una vez desmembrada naturalmente la América española de su metrópoli, se formaron en ella diversos estados, independientes entre sí; por qué fueron estos diez y seis, y no veintiséis, o catorce, o siete.

Unamuno toma en consideración un discurso que yo pronuncié al inaugurarse la estatua de Lavalleja, de que hemos hablado. Enuncié yo allí, efectivamente, con la fugacidad exigida por la oración popular esparcida a voces en el viento, algo de lo que ahora estoy diciendo: el por qué de la emancipación necesaria del Uruguay, no sólo de España, sino también de los otros pueblos americanos; el agente dinámico, por consiguiente, que estaba en la subconsciencia de Artigas, y hace de éste *un héroe*, un poseído del espíritu regulador de las grandes fuerzas que rigen el universo.

Unamuno, que, *rara avis*, sabe lo que escribe cuando lo hace en la prensa periódica europea sobre cosas de América, después de afirmar que yo sostengo en mi discurso, que el Uruguay tuvo que ser una nación independiente por constituir una unidad geográ-



fica subtropical y atlántica, se aparta de esa opinión, como disiente de la que, siguiendo a Carlyle, designa a los héroes como núcleo de conglomeración sociológica. El cree y sostiene que lo que ha constituído principalmente esos centros de rotación, en la América española, cuya conquista hemos esbozado, han sido las ciudades que se fundaron. El sentimiento de patria, de persona internacional, es de origen ciudadano, dice; civilización deriva de *Civis*, de donde también viene *ciudad, Civitas*. Montevideo hizo al Uruguay, como Buenos Aires a la Argentina, y Lima, Bogotá, Caracas, Quito, hicieron a los estados de que son capital. Güemes o López, caudillos argentinos, hubieran hecho lo que Artigas, a haber existido, en las regiones que acaudillaron, ciudades *con las condiciones requeridas*.

Como lo veis, el erudito pensador español no niega en absoluto la influencia étnica; discute sólo en cuanto a su importancia relativa. Yo le atribuyo, es verdad, alguna mayor importancia que él en la formación de las naciones, de la uruguaya especialmente. En cuanto al innegable influjo de las ciudades, problema angular es ése en nuestra historia, que Unamuno ha entrevisto; es todo el de Artigas, precisamente; viejo y largo y universal problema: la pugna entre el principio que atribuye a la ciudad la potencialidad casi exclusiva de *hacer la patria*, la ciudad-república, y el que halla tal virtud en toda la nación, en la influencia racional de todos y cada uno de los que la componen. Veremos cómo es el primero de esos agentes el que inspira y mueve a los émulos del héroe rioplatense; defender la capital, salvar la capital es todo para ellos, como para las abejas salvar la reina en la colmena; como para ciertos animales escon-

der o inmunizar la cabeza. Artigas es lo contrario: todo, para él, es salvar el principio, *el sistema*, como entonces se decía, el alma popular que, como la individual, reside toda en todo el cuerpo y toda en cada una de las partes. Eso es todo Artigas.

Si miramos bien en ello, podremos fácilmente percibir en esos dos instintos, más que doctrinas, la remota generación o principios anímicos de las dos tendencias políticas contrapuestas: la aristocrática monárquica, y la democrática que busca su forma en la republicana. Y, sin disimularnos los escollos propios de cada una de ellas; sin siquiera dar por resuelto dogmáticamente ese problema de las formas, bien podemos afirmar que la humanidad cree hoy lo que Artigas creyó; tiende a la difusión, y no a la concentración del agente creador y conservador de la vida en las naciones; ve en la democracia el ideal de libertad, de justicia y de paz a que aspira, y en la forma representativa republicana el camino más racional, entre los conocidos, para alcanzarlo.

Nuestra América, cuando menos, hija predilecta de la democracia, piensa así con unánime criterio, y ése será el nuestro, por lo tanto, para juzgar a Artigas ante la Historia. Nada, pues, más oportuno, para disponernos a asistir a ese proceso interesante, que aceptar la meditación, a que nos mueve la del publicista español, sobre la influencia de las ciudades en la formación de los estados.

La ciudad es, efectivamente, el núcleo de civilización; pero no de vida; como no lo es la cabeza en el organismo humano, por más que en ella resida especialmente el pensamiento. No es causa; es también efecto. Yo creo que, al revés de lo que pasa en lo inanimado, en que las partes preceden al todo, y lo de-



terminan siguiendo un orden mecánico, en el ser vivo (y una nación lo es a su manera) el todo parece preceder a las partes, y determinarlas según una ley progresiva de finalidad. *Es un fin que crea sus medios.* Existe, o mucho me equivoco, un principio interior, cuya actividad precede a la manifestación del ser social vivo, mantiene su unidad, su identidad permanente, al través de las transformaciones perpetuas, y dirige su evolución, según el tipo que debe realizarse, sin obstar a la libertad de la persona humana, cuyo destino es el fin de la sociedad. Todo concurre a la formación de los estados: el agente de vida forma la capital conjuntamente con el pueblo a que ha de servir de núcleo inteligente, como se forma el cerebro y el corazón, al par de los últimos filamentos nerviosos, en el organismo sensible.

No creo que sea intempestivo penetrar un poco más, aunque sea muy poco, en este interesante problema. Hagámoslo, mis queridos amigos, siquiera sea por esta vez. Yo os prometo corregirme, en adelante, de esas vagas ideologías. No puedo resistir a la tentación de haceros compartir mi visión clara sobre la aparición de la patria de Artigas, de Artigas mismo, como el cumplimiento de leyes o el producto de fuerzas providenciales, incontrastables, más fuertes que el libre querer de los hombres que edifican capitales. Sin esa convicción, jamás percibiríais, en todo su carácter y magnitud, al hombre que es el agente heroico de aquellas fuerzas, y que es arrebatado por ellas, como el profeta por el espíritu del fuego. Bien me doy cuenta de vuestra impaciencia por llegar cuanto antes a la historia concreta; pero no hay remedio: tengo que poner a prueba vuestra virtud. Dadme media hora de atención; sólo media hora.

Hipólito Taine, el orfebre del diáfano estilo, en su *Filosofía del Arte*, pronunció, para juzgar de la civilización helénica, la palabra *entéléchie*, que él escribe en caracteres griegos, que no conozco, desgraciadamente. Nosotros diremos *entelequia*, si os parece. La palabra es lo de menos; vamos al concepto. Entelequia, en la lengua de Aristóteles, es, en un ser vivo, *el principio de su organización, de su unidad y de su vida;* es su *forma*, su principio informador, por oposición a su *materia*.

Ese concepto del filósofo griego fué visto por Leibnitz; pero éste, como intérprete del espiritualismo monístico, que ve en la materia el espíritu con el pensamiento amortiguado, consideró esa llamada *entelequia* como el principio dinámico de los *mónadas* o seres primitivos. La misma doctrina moderna de la evolución cuenta con esa entidad empírica, que me parece muy interesante. El plan arquitectónico que sigue cada individualidad orgánica, según la ley llamada de *unidad de composición*, obliga a reconocer un principio interno, director de las transmutaciones que estudia la morfología moderna. Según eso, la doctrina aristotélica de la entelequia se parece mucho a lo que Claudio Bernard llama *idea directiva de la vida*, y mucho más todavía a la *idea-fuerza*, de que habla Fouillée, en su *Evolucionismo de las Ideas-fuerzas*. Llámesele como se quiera, yo creo que existe un principio ordenador y regulador de todas las energías, que se reúnen en un centro, para formar la individualidad viva concreta.

De ese concepto saca Aristóteles su definición del alma, del alma en general, en todos los seres animados: «la entelequia de un cuerpo natural orgánico».

Taine se apasiona por esa definición; «ella hubiera



podido ser escrita, dice, por todos los escultores griegos; es la idea madre de la civilización helénica». Aceptadla vosotros, si ella os inspira, mis amigos artistas. Pero Taine la aplica especialmente al alma humana, y de ahí deduce, como es obvio, que el ser moral no es sino el término y como la flor del animal físico. En eso se equivoca, como yerra también al atribuir tal aplicación a Aristóteles. Éste, lo mismo que los filósofos cristianos, aunque ve en el alma del hombre la *entelequia* de su cuerpo, el principio de su organización, de su unidad, de su vida (su *forma substancial,* dicen los escolásticos), también descubre en ella, y sobre todo, un orden de funciones hiperorgánicas. Las operaciones del pensamiento y de la virtud son algo más que la flor terminal del cuerpo humano. Aristóteles las atribuye al alma, que es substancia, que es en sí y se concibe por sí, que es espiritual, porque lo son muchos de los objetos de sus operaciones privativas, que sobrevive a la destrucción del cuerpo, y que es simple, indisoluble, inmortal. Y creada por Dios para informar el cuerpo, dice la filosofía cristiana.

Pero si ese concepto de *entelequia,* o como queráis llamarle, no es aplicable al organismo del hombre, se me ocurre que lo es, en cierto modo, al social y político que llamamos estado o nación, como lo es a los organismos puramente sensitivos, en que el alma, aunque simple, desaparece con el organismo. A mí me sirve, cuando menos, a maravilla, para dar forma musical a mi concepto de patria. Tomadlo siquiera, mis amigos, como una sonora imagen, cualquier que sea vuestro criterio filosófico. Existe, me parece, un principio de organización, de unidad, de vida, constituído por múltiples elementos, geológi-

cos, étnicos, biológicos, climatéricos, históricos, que informa los organismos sociológicos o colectivos, y que, no teniendo más misión que la de informarlos, desaparece con ellos. Las patrias concretas no son espirituales; no son, pues, inmortales; viven en el tiempo; éste las transforma, las aniquila. A ellas, por lo que difieren del hombre, es aplicable la doctrina moderna del transformismo, de la selección, de la conservación de la vida por la muerte. Pero esas patrias, en tanto viven, en cuanto conservan el principio informador que constituye su *yo permanente*, que les da carácter, unidad, vida orgánica. Y ese principio es tanto más enérgico y persistente, tanto más inmortal, si me permitís la paradoja, cuanto más se identifica con el orden o divina ley del universo, y es una nota de su recóndita armonía. O mucho me equivoco, o el patriotismo no es otra cosa que la fe en ese principio con relación a la propia tierra; es la creencia en la relativa inmortalidad de ésta, basada en la identificación del principio que la informa con las leyes más enérgicas e inmutables.

Por eso y para eso, para hacer razonable, inquebrantable, la fe patriótica de esta nación de Artigas, yo os he hecho conocer, mis amigos, los agentes geológicos que hacían, de la región oriental del Plata, un territorio capaz de imprimir diferencias étnicas a los seres humanos que en él constituyeron un pueblo, de dar existencia a un *Genio de los Orientales*, como dirá el ilustre Monterroso; por eso no puedo pensar, con Unamuno, que la entelequia, el principio vital de la Patria Oriental, haya sido sólo la ciudad de Montevideo, como no lo fué en la platense la de Buenos Aires; tampoco la aparición de un héroe, sea personal o colectivo.

Veréis cómo no nació el Uruguay porque existía Montevideo; sino que existió Montevideo, y se desarrolló, *con las condiciones requeridas para ser núcleo de civilización,* porque existía el Uruguay, porque el principio vital, complejo, indescifrable, hijo de la madre naturaleza, preexistía en aquella región atlántica subtropical, cuyos habitantes, desde los aborígenes hasta nosotros, han estado y están bajo el influjo misterioso de la tierra, del factor étnico.

Era ese principio vital el que animaba a Artigas, el que creó su figura heroica, con su carácter y su visión o mensaje. No sólo no consagró éste, al crear la patria, el predominio absoluto de su ciudad natal, Montevideo, como querían hacerlo sus rivales con Buenos Aires, sino que impuso a aquélla el de toda la región, sin perjuicio de darle la influencia y el significado que le eran propios. Artigas no se radicó jamás en Montevideo. Veréis cómo la primera capital de esta nuestra República Oriental del Uruguay fué *Purificación,* el caserío primitivo, no Montevideo. Desde allí, Artigas dirigió toda la patria, Montevideo inclusive, y aun la región occidental, sin excluir el pueblo de Buenos Aires, que vió en él, tanto como la oriental, el solo conductor heroico. Montevideo no hubiera hecho al Uruguay; todo lo contrario; ya veréis cómo, si la idea de patria democrática sufrió quebrantos, éstos los sufrió en Montevideo, como los padeció de muerte en Buenos Aires. Sólo vivió íntegra en el pensamiento de Artigas, que concentraba el espíritu de toda su tierra germinal.

Oportunamente hemos de medir la distancia inconmensurable que hay entre el héroe del Uruguay, y Güemes, y López, y otros agentes, más o menos enérgicos, pero secundarios, de la independencia ame-

ricana, que obedecían a aquél. La hay mayor acaso entre Artigas y San Martín o Belgrano, por ejemplo; son cosas muy distintas, completamente distintas. Difícilmente se dará, como lo veremos en nuestras conversaciones, un cúmulo de circunstancias más adversas a la conquista de la independencia, que las que rodearon el nacer de la República Oriental del Uruguay; nadie hubiera visto en aquel pedazo de América atlántica, con una población total de setenta u ochenta mil habitantes, la región de un pueblo independiente, distinto de los demás, y mucho menos el eje de la revolución democrática en el Plata. Pero ese trozo del continente era *casi toda la región atlántica subtropical de la América del Sur*, fuera de la costa patagónica; su equivalencia en la del Norte, a igual latitud, tiene dos millones de kilómetros. Y allí había un alma, la *entelequia* de un pueblo, un carácter, que aun hoy persiste, y es observado, y fácilmente distinguido, como nota diferencial de una persona colectiva.

II

Pero existe un error, radicalmente contrario al de Unamuno, y en él incurriríamos, con gran menoscabo de nuestra preparación para la comprensión de Artigas, si no atribuyéramos a esa ciudad de Montevideo la influencia que le corresponde, en la formación de la patria de que hoy es capital. Sí, la tiene y grande. Artigas, el héroe de esa tierra, nació en Montevideo, como hemos dicho; en Montevideo recibió las primeras indelebles impresiones de la vida y la primera educación. Y, sin entrar a profundizar demasiado el



problema de las influencias recíprocas entre el hombre, primer factor de progreso, y la sociedad en que vive, no es posible negar la existencia de ese doble influjo. El hombre es más hijo de su tiempo que de su madre.

Incurre, pues, en un error, el historiador Mitre, por ejemplo, cuando sostiene precisamente todo lo contrario de Unamuno: que, en la formación del Uruguay, no obró el influjo de la ciudad. Para Mitre, el Uruguay no tenía una ciudad que pudiera servir de núcleo a una nación. En el Plata no había más que Buenos Aires. «La insurrección de la Banda Oriental, dice, nacida en las campiñas, *sin un centro urbano que le sirviese de núcleo,* privada así de toda cohesión y de todo elemento de gobierno regular, fué el patrimonio de multitudes desagregadas, emancipadas de toda ley, que al fin la hicieron política y militarmente ingobernable, entregándola desorganizada al arbitrio del caudillaje local, que, convirtiéndola en insurrección contra la sociabilidad argentina, le inoculó ese principio disolvente.»

Pues bien: el historiador argentino tampoco tiene razón al afirmar que Montevideo no era un centro urbano que sirviese de núcleo, al rayar la era de la independencia americana. No sólo era eso, sino que, desde su fundación, fué, no una de tantas ciudades coloniales secundarias con tendencias autonómicas, sino una metrópoli importante, característica, y rival de Buenos Aires. En el curso de nuestras conversaciones veréis la importancia política y social que adquirió Montevideo, los hombres que en él descollaron y fueron colaboradores de Artigas, y lo que era su población cuando llegó el momento de la independencia. El brigadier don Cornelio Saavedra, primer pre-

sidente de la Junta revolucionaria formada en Buenos Aires el 25 de mayo de 1810, vió mejor que Mitre lo que era Montevideo. Leed este fragmento de sus Memorias póstumas: «Todos saben cuánto se trabajó a fin de que Montevideo se uniformase al nuevo sistema adoptado; mas bastaba que Buenos Aires hubiese tenido la iniciativa en aquella empresa, para que aquel pueblo se opusiese y lo contradijese; él fué siempre, para Buenos Aires, lo que Roma para Cartago». El parangón es ingenuo, no hay duda; Cartago no formaba parte del mundo romano, como Montevideo del español; pero el recuerdo del buen Saavedra no deja de ser sugestivo. No fueron, pues, las campiñas orientales, no las solas multitudes, las que obedecieron al *principio disolvente;* éste partió de Montevideo, de su ingénita rivalidad con Buenos Aires. Y ese fenómeno, que es cierto, y que ha sido permanente, no puede ser efecto del capricho de un hombre ni de varios hombres; y, sin el conocimiento de sus verdaderas causas, jamás podríamos comprender el alto significado de Artigas. Es preciso que las examinemos.

Montevideo no fué el principio vital, hondo, complejo, de nuestra patria; pero fué, no hay lugar a duda, uno de sus productos; acaso el más importante. Esa su rivalidad con Buenos Aires, que advierte ingenuamente Saavedra, tenía raíces, que este esclarecido patricio no pudo percibir, pero que vosotros comprenderéis ahora, y profundizaréis mucho más, a medida que adelantemos el curso de nuestras amables conversaciones. Buenos Aires se opuso a la fundación de Montevideo; miró con ojeriza el nacimiento del hermano legitimario que iba a dar núcleo ur-

bano a lo que era servidumbre o *vaquería de Buenos Aires*, y a arrebatar a éste el monopolio del comercio del Plata, como puerto único. Una vez fundada la ciudad, entorpeció cuanto pudo su prosperidad, se opuso al reparto de tierras en la región oriental, al establecimiento de un faro en Montevideo, a la habilitación de su puerto, y, después de habilitado, a sus mejoras, a la construcción de recobas en la plaza, etc. Todo eso era natural: aquella ciudad recién nacida al otro lado del Plata, con puerto propio superior a Buenos Aires, con territorio separado del virreinato, no era Córdoba ni Tucumán que, si bien tuvieron su espíritu local y su autonomía, eran miembros de un gran cuerpo geográfico, de que Buenos Aires tenía que ser puerto y cabeza. Montevideo, por el contrario, era núcleo de otra región, cabeza de otro organismo, producto de otra vida, materia de otra forma substancial, de otra *entelequia*, si no os ha molestado demasiado la palabra griega. Y bien conocemos el error económico de entonces, del que no estaban exentos, por cierto, los mismos americanos que se lo imputaban a España. Por eso la nueva ciudad pugnó, a su vez, por su emancipación de Buenos Aires, desde muy poco después de su fundación. Esa tendencia ingénita cobró forma radical con ocasión de la reconquista de la capital del virreinato contra los ingleses, que la conquistan en 1805. Entonces, el cabildo y el comercio de Montevideo, que han iniciado con el gobernador aquella reconquista, envían directamente a Madrid un agente o embajador, con la misión de reclamar para su ciudad, en pugna con la trasplatina, la gloria principal de aquella hazaña. La obtiene, por fin, y consigue que ella se consagre en su escudo colonial y en su título

de *Reconquistadora*. Pero el embajador lleva muy especialmente el encargo de obtener de España «la independencia de esta Gobernación del virreinato de Buenos Aires»; pide, en consecuencia, «la creación de un consulado o tribunal en Montevideo, en virtud de la rivalidad y de las *tendencias opresoras* del de Buenos Aires».

Todo eso, y mucho más que no cabe en la índole de nuestras conversaciones, os convencerá de que no puede afirmarse que Montevideo no fuera un centro urbano que sirviese de núcleo a la Región Oriental del Plata.

Pero lo que sí puede y debe afirmarse, porque constituye, mucho más que los intereses materiales, la causa de la rivalidad entre ambas ciudades, y explica el carácter y la acción de Artigas, el hijo por excelencia de Montevideo, es que la ciudad oriental, fundada dos siglos después de la occidental, tuvo un carácter, si no antagónico, muy distinto del de su hermana mayor, y que, unido a las causas étnicas que hemos notado, le señalaron distinto destino histórico. Montevideo fué una plaza fuerte, un bastión; era una ciudad menos señorial, menos suntuosa que su hermana ultraplatense; sintió menos el influjo del abolengo; no tuvo el carácter de semicorte colonial de otras ciudades más antiguas; fué la sede de una especie de democracia foral ingénita, en contraposición de las aristocracias reflejas de que fué asiento Buenos Aires, y que allí engendraron esas tendencias opresoras a que se refiere el embajador de Montevideo en España, y que veremos después confirmadas.

Y como la independencia americana, de que ya es tiempo que comencemos a hablar, no será otra cosa

que el espíritu surgente de la democracia en el Nuevo Mundo, he ahí cómo y por qué Montevideo, más aun que Buenos Aires, está llamada a ser el núcleo urbano, no sólo de la región oriental, sino de todos los pueblos del Plata, en el proceso sociológico de la emancipación democrática de América. Y por qué Artigas, hijo de la plaza fuerte oriental, será el indiscutido caudillo popular en todo el antiguo virreinato.

Si don Cornelio Saavedra hubiera pensado en eso, acaso se hubiera percatado de por qué Montevideo fué la Cartago de la Roma occidental, en la lucha, que vamos a estudiar, de la independencia de estos pueblos.

III

Y bien; ya es tiempo, mis amigos artistas, de que comencemos a hablar algo de eso: de la emancipación de este continente. Os creo ya, gracias a vuestra amable paciencia, más que debidamente preparados.

Hemos visto cómo se dividió la América entre Inglaterra, España y Portugal, y cómo, en esos repartos de los colonizadores europeos, se echaron los cimientos de los futuros estados americanos. Ha llegado, pues, el momento de ver a éstos nacer.

Finaliza el siglo XVIII, y comienza el XIX.

Dos siglos ha durado la dominación inglesa en América; tres la española y la portuguesa. Creo que pensaréis conmigo que es bastante, para dominación de estados sobre continentes, al través del Océano Atlántico, con todas sus aguas. Eso no podía ser eterno; había de tener un término, como todas las cosas de este mundo; las contrarias a la naturaleza, sobre todo.



Para justificar la independencia de la América española, se ha levantado muchas veces el proceso de la colonización de España. No hay para tanto, me parece; basta el sentido común, de que era intérprete Montesquieu, cuando profetizaba la emancipación del Nuevo Mundo, diciendo en el *Espíritu de las leyes:* «Las Indias son lo principal; la España es lo accesorio. Es en vano que la política quiera someter lo principal a lo accesorio». «Un mundo no puede ser rebelde», decía también un ministro de la Gran Bretaña.

El juicio contra el sistema colonial de España es serio, no hay duda alguna; pero yo os haré gracia de él. Creo que, para glorificar nuestra independencia, ese proceso huelga.

La colonización española no fué ni podía ser buena, sin por eso afirmar que fuese peor que cualquier otra en aquella época. Creo que fué menos mala que las otras, sin excluir algunas de las modernísimas. Si la hubiéramos de juzgar por las *Leyes de Indias,* tendríamos que calificarla de perfecta. Esas ordenanzas, pese a sus defectos inevitables, son un monumento de gloria para España; el testamento de Isabel la Católica es una página conmovedora. No fueron las leyes, pues, sino su infracción por los hombres que aquí vinieron, lo que debe llamarse malo. Pero así hubieran venido a este Nuevo Mundo colonias de arcángeles o serafines, en vez de aventureros, soldados y funcionarios de la corona, no por eso hubiera sido menos justificada la emancipación de los hombres de este continente de los del otro.

Aquellos hidalgos y soldados españoles que, al quedar sin empleo por la terminación de la guerra secular contra los moros, vinieron a la conquista de América en busca de aventuras, de gloria y de riquezas,

de riquezas sobre todo, fueron hombres animosos, extraordinarios; las fabulosas hazañas de Hércules y de Teseo no superan a la realidad de sus proezas. Nosotros mismos las recordamos con orgullo, como gloria de nuestra estirpe. Somos de española raza; aquellos héroes fueron nuestros padres, los nuestros precisamente, los de los que hemos nacido en América, no de los españoles que han vivido y viven en Europa. De ellos arranca, por otra parte, nuestra nacional genealogía; ellos fueron los primeros arquitectos de estas nuestras patrias americanas. Cuando los legisladores de este mi país independiente mandaron que se alzase la estatua de Artigas, que vais a modelar, ordenaron al mismo tiempo, y ordenaron bien, que se levantara la de don Bruno Mauricio de Zavala, el hidalgo español que fundó a Montevideo. ¡Gran caballero, insigne capitán, incólume magistrado este don Bruno Mauricio de Zavala! Levantaremos, sí, su estatua, en Montevideo, cerca de la de Artigas. Artigas es un héroe de la gente hispánica. No quiso ser *políticamente* español; pero amó y glorificó su raza, de la que nunca renegó. Y don Juan Díaz de Solís, descubridor del Río de la Plata, es progenitor soberbio de esta tierra. Y lo es Garay de la Argentina, y Valdivia de la chilena... ¡Oh, los bravos, los buenos arquitectos vestidos de hierro! ¡La tres veces heroica España, madre de estirpes, la más noble de las madres!

Siempre recordaré que fuí yo, como embajador de mi país, quien interpretó este sentimiento de América, con aplauso de todos sus representantes, cuando nos reunimos, en 1892, a conmemorar, en torno del convento de la Rábida, como en una Tierra Santa, el cuarto centenario del descubrimiento. Y dije allí:

«El descubrimiento de América, su conquista, su colonización, fueron un desgarrón de las entrañas de España; por esa herida enorme se derramó su sangre sobre el otro mundo... Hoy hace cuatro siglos, ganó la raza hispánica; pero perdió la nación política de Europa; y lo que ella perdió fué nuestra vida, fué nuestra herencia.

»No seremos nosotros, los americanos, los que le reprochemos la genial locura que nos engendró: la decadencia es gloria en estos casos, como lo es la sangre perdida en la batalla, las cicatrices en el pecho, la santa palidez de la mujer convaleciente después de haber sido madre dolorosa de un hombre, que es también un mundo.»

....

Pero una vez realizada la obra magna de fundar estas nuevas sociedades cristianas, que tanto enaltece a España, se ofreció el problema más natural que ofrecerse puede: ¿para quién fueron fundadas?

Pues, ¿para quién habían de serlo, sino para sus propios miembros? ¿Puede tener acaso la sociedad civilizada otro objeto que el bien de sus propios miembros?

Ahora bien, mis amigos: aquellos soldados de hierro y funcionarios de la corona, que aquí venían a hacer la voluntad del rey, o la propia, porque el rey estaba lejos; aquella servidumbre del pueblo, y sobre todo del indio, que en vano procuraba defender el misionero, y aun el mismísimo rey; aquel orgullo, sobre todo, aquel desdén del español que venía de ultramar, hacia el nativo o criollo, al que, yo no sé por qué, consideraba de especie inferior, aunque fuera su propio hijo, provocando en él una irresistible rebelión, según lo observó Azara; aquel monopolio comer-

cial de la metrópoli; aquella prohibición, en América, de toda industria o cultivo que pudieran hacer competencia a los de la península; aquel aislamiento de las colonias entre sí, y con lo demás del mundo que no fuera España... en fin, creo que no es necesario demostrar la existencia de la noche a medianoche.

Bien sabemos que todo ello era defecto de la época, no sólo de España; pero es indudable que eso no podía ser, y despertaba el natural irresistible instinto de emancipación. La independencia étnica precedió, de mucho tiempo, en América, en la española, no en la inglesa, a la independencia política, no hay punto de duda. Estas sociedades coloniales no tenían por objeto único, ni siquiera predominante, el bien de sí mismas, de sus habitadores; el hombre era para la autoridad que se le remitía desde el otro hemisferio, no la autoridad para el hombre; el bien particular, que no deja de ser tal por llamarse quien lo disfruta rey de España o Corte de España, estaba sobrepuesto al bien común, sobre todo al de las clases que deben ser preferidas, las más humildes e indefensas; las colonias eran consideradas *cosas*, propiedades, medios de que disponía la metrópoli para sus fines; no *personas*, sociedades instituídas en orden a la felicidad de su pueblo...

Hemos dado, al fin, mis amigos, con lo esencial, en todo esto: el *pueblo*, el *pueblo americano*. Todo lo demás es accidental.

En esos tres siglos de coloniaje, imperceptiblemente, como el capullo del gusano de seda tejido de invisibles hebras de substancia vital, se había formado de este lado del Atlántico esa entidad: el pueblo americano. El *pueblo americano*, entendedlo bien: no el pueblo español residente en la tierra que conquistó.



El hombre no es un accesorio de la tierra, ni puede ser materia de conquista; la tierra, en cambio, se inocula en él y le imprime su carácter. Aquí, en la América española, mucho más que en la inglesa, pese a lo dicho en contrario, y dicho sea en honor de España, había nacido esa entidad biológica, mezcla de persistencias y transformaciones, de persistencia indígena y de transformación caucásica, fruto de influencias recíprocas, substráctum de progreso evolutivo, sin soluciones de continuidad: una masa nativa, autóctona en cierto sentido, con fuerzas de asimilación predominantes; el pueblo americano civilizado, una verdadera persona. Y vosotros bien sabéis lo que es eso, *una persona,* en contraposición a una cosa: algo que es fin de sí mismo, no medio para que otros realicen o consigan el suyo.

Pues bien: el que más crea en la existencia de esa entidad colectiva, *pueblo americano;* el que dé conciencia y orientación humana a ese fenómeno sociológico producido por las fuerzas misteriosas y constantes de la vida universal, ése será *el héroe de la independencia de América.* Yo os prometo demostraros que ese hombre fué Artigas: eso es Artigas: *el nexo, el gran nexo personal,* inteligente, fuerte, de aquellas transformaciones y persistencias.

Excusado me parece decir que el régimen monárquico absoluto, que había sido la base de las naciones modernas europeas, lo fué del gobierno de sus colonias. El poder real había sido un progreso, sin duda alguna, sobre el feudal; las unidades nacionales se conglomeraron, en la Europa occidental, en torno del rey absoluto, feudal de los feudales y señor de los señores. Este apareció entonces, a los ojos de los pue-

blos, no como una entidad terrestre que ascendía, sino como algo celeste que había bajado a la tierra, con su corona en la cabeza y su cetro en la mano. No se vió en él una entidad que surgía de la masa social y se elevaba sobre ella por sus servicios reconocidos, y que debía ser acatada porque servía, y mientras servía, sino una entidad celestial, un hombre sagrado, mejor dicho, que debía ser venerado, y aun amado, por los siglos de los siglos, con prescindencia de sus actos, así fueran éstos los más opuestos al bien común. Ese fetichismo tomó en España forma legal en la ley de Partidas, según la cual «el pueblo debe ver e conoscer como el nome del Rey es el de Dios e tiene su lugar en la tierra, para facer justicia e derecho e merced; e ningun ome non podria amar a Dios complidamente sinon amase a su Rey».

De ahí que el monarca era considerado «como el Vicario de Dios sobre la tierra, y como el propietario de todos los países sujetos a su cetro».

No era, pues, la autoridad, la que tenía su origen en Dios; era el primogénito de la familia A o B. No era la esencia del poder público la que brotaba de fuente divina; era el accidente, la forma en que ese poder se ejercía: el Rey Nuestro Señor de carne y hueso, elefante blanco hecho nacer expresamente por los dioses inmortales para representarlos. Hoy miramos esa creencia, en nuestra América, como se mira una interesantísima vetusta ruina; como el bello almenado castillo que ya no sirve; como la vieja armadura que ya no asusta.

La substitución de ella por la racional creencia de que el hombre-autoridad no es una cosa distinta por naturaleza de los demás hombres, sino el primero entre los iguales, y que el dueño de los países no es el

que ejerce la autoridad, así tenga un cetro en la mano o deje de tenerlo, así se llame rey o presidente o como quiera llamársele, sino el país mismo compuesto de gobernantes y gobernados, es decir, el pueblo constituído en organismo vivo, que crea sus propios medios de transformación espontánea; la aparición de esa entidad *pueblo*, persona colectiva formada de personas humanas con todos los atributos esenciales de la persona, igualdad de especie, libertad, propiedad, dignidad, fe en sí mismo, aptitud natural, divina por consiguiente, para imprimir a su organismo la estructura política más conducente a su fin, y todo lo demás que conocemos; el nacer, pues, de la democracia congénita, es decir, del orden civil, en que todas las fuerzas jurídicas y económicas cooperan proporcionalmente al bien, no de un hombre o de una familia o clase o ciudad privilegiadas, sino a la felicidad común, y tienden, en último resultado, al bien preponderante de las clases inferiores; la aparición, en una palabra, del pueblo americano viable, dueño de sí mismo, eso y sólo eso es lo que va a determinar el desgarrón sangriento de las entrañas ibéricas, producido por el desprendimiento de la América emancipada.

Bien comprendéis, por consiguiente, que independencia y caducidad de la monarquía europea serán, en América, la misma cosa.

Todo esto os parecerá, sin duda, muy claro y sencillo; lo es hoy indudablemente. Pero al estallar la revolución no lo era tanto. Eran pocos los que veían eso tan claro como hoy se ve. La vieja doctrina, que ataba con vínculo sagrado las colonias a su rey y señor, dominaba entonces en muchas almas, y tenía tanto más arraigo en éstas, y en los sentimientos y

costumbres de las ciudades o núcleos de sociabilidad, cuanto más antiguas y más señoriales fueran esas ciudades.

Buenos Aires, dos siglos mayor que Montevideo, estaba más compenetrado de ella, como Méjico o Lima; sus hombres más descollantes, formados muchos de ellos en la Europa monárquica, la sentían circular en sus arterias.

Como hemos dicho antes, España concentró todo su interés en su gran virreinato andino, cuyos centros fueron, al Norte, Lima, la ciudad que fué llamada de los Reyes, y, al Sur, sobre la margen occidental del Plata, Buenos Aires, dependiente del virrey de Lima hasta el año 1776, en que, organizado el virreinato del Plata, y transformada su capital en residencia también de virreyes, comienza a sentirse con algo de reina. A las viejas poblaciones de esos virreinatos andinos lleva España sus elementos sociológicos; en ellas forma sus hombres, sus aristocracias tributarias; en ellas, en Lima, en Chuquisaca, en Córdoba, en Buenos Aires, funda las universidades reales, en que se educan los togados coloniales y los sacerdotes regalistas, que custodiarán el fuego sacro de la doctrina real. Los veréis sostenerla por instinto, aun en medio de las luchas del pueblo por su independencia democrática; la primera idea que tiene Belgrano, antiguo alumno de Salamanca, en Buenos Aires, y con él muchos otros, al vislumbrar la independencia, es ofrecer el trono del Plata a la princesa Carlota, hermana de Fernando VII. Ni siquiera conciben, pues, la idea de independencia plena que animará a Artigas.

Tres clases de elementos ve José Manuel Estrada en la revolución argentina: «el gaucho, hijo de la encomienda; la muchedumbre urbana, condenada a la



miseria, y la *aristocracia criolla,* conocedora de las cuestiones sociales, *pero impregnada con los ejemplos de arrogancia en que había sido educada*».

«Las aspiraciones de la masa a la soberanía, agrega el pensador bonaerense, se estrelló contra la impotencia de la sociedad para establecer la democracia bajo formas regulares, porque la colonización de España traía estos dos grandes caracteres: *la idolatría realista; la desigualdad civil.*»

En todo eso hay mucho de verdad.

Pero existía esa región oriental, separada de los virreinatos por el Río de la Plata, y, muy especialmente, esa nueva ciudad de Montevideo, sin más brillo que el del bronce de sus cañones, adonde no llegaron, o llegaron muy atenuadas, las grandezas, y donde, al lado de algunos pocos patricios análogos a los de Buenos Aires, puede distinguirse, con mucha claridad, un elemento que le imprime todo su carácter: una selección criolla intelectual, a la que pertenece Artigas, y que se identifica con la masa popular. La idolatría realista venía a Montevideo en los españoles; pero no contaminaba a los nativos; de éstos no procedían los ejemplos de arrogancia.

La *aristocracia criolla* fué desconocida en este lado del Plata; sus pobladores fueron todos hombres de trabajo; no hubo marqueses orientales, como los hubo en otras regiones americanas.

Montevideo no tuvo universidad real, ni claustros regalistas. Una aula de latinidad dirigida por los padres franciscanos, que se hacen cargo de ella desde la expulsión, en 1768, de la Compañía de Jesús, y que, en 1787, establecen el primer curso de filosofía y teología, es todo su núcleo intelectual. Ese convento será el foco revolucionario; esos frailes francisca-



nos, los solos maestros, no son doctores de Salamanca; no han venido de España; son nativos, orientales en su mayor parte; entre ellos está Monterroso, que será el precursor y secretario de Artigas; Lamas, que será su capellán. Y todos ellos serán expulsados en masa de Montevideo por los españoles, como *amigos de los matreros*, en cuanto estalle la revolución. De esas aulas saldrán Pérez Castellano, y Larrañaga, y Rondeau, y el mismo Artigas. Los hombres de pensamiento, en la tierra oriental, emanan de la masa popular; son el mismo pueblo que piensa.

El ambiente de Buenos Aires, con sus sesenta o setenta mil habitantes, y su Corte, y su Audiencia, y su Junta Superior de Hacienda, y su Intendente, y su Virrey, su Virrey sobre todo, y sus ejemplos de arrogancia, no podía menos de producir la aristocracia criolla de que habla Estrada. Y la majestad sagrada del rey, alma de toda aristocracia, tendrá que aparecer, como un Mefistófeles blanco, en el pensamiento de los grandes hombres bonaerenses, cuando sientan moverse en sus entrañas, como la palpitación de una hija de pecado, la idea de independencia. El blanco espíritu enervará nacientes energías, y separará a sus poseídos de la masa popular. Y ésta será llamada la barbarie, la legión infernal. Y *genio infernal*, su caudillo heroico.

Creo, mis amigos artistas, que, sin dar por agotado este tema, de suyo inagotable por lo complejo, ya estáis pasablemente iniciados en el carácter y la misión de las dos márgenes del Plata, y, en especial, de las ciudades tan candorosamente llamadas Roma y Cartago por el bravo y noble hidalgo don Cornelio de Saavedra.

Éste hizo ese ingenuo parangón a falta de otro mejor; pero bien comprendemos lo que quiso decir. Era una gran verdad entrevista.



CONFERENCIA IV

WASHINGTON

La independencia de América.—La América inglesa.—El indio.—Washington y Artigas.—Washington, Franklin y Lafayette.—El apoyo de Francia.—Los Estados Unidos de América.—El primero en la paz y en la guerra y en el corazón de sus conciudadanos.

I

¿Cómo ofreceros, oh amigos artistas, en forma marmórea, el cuadro trágico, que debo haceros sentir, de un mundo núbil, vestido de hierro, que se arranca de los brazos de su madre, para acogerse a los de una joven diosa, que brota desnuda, ceñida de su casco de oro, y con su tirso de laureles?

¡Dejarás a tu padre y a tu madre, y seguirás a tu amada, oh espíritu del mundo americano, valiente espíritu!... Y tu beso será fecundo, como el amor del sol que baja del cielo. Y, como los retoños en torno del olivo, crecerán tus hijos numerosos, renuevos de diosa, que serán inmortales.

Las madres resistirán, se aferrarán a sus hijos, y sus manos se convertirán en garras, que se hundirán en las carnes. Y correrá mezclada la sangre de las generaciones abrazadas.

¡Amor de fiera!... ¡La hembra del león, encelada ante

la pubertad de sus cachorros, que han sentido la revelación de la vida!

Escuchad, oh amigos artistas, el rugir de la independencia de nuestra América; ese grito tiene que hacerse substancia musical en vuestro bronce sonoro; tiene que brotar de abajo, de las hondas armonías, y elevarse y subir hasta la frente de vuestro Artigas pensativo.

Yo debo imponeros de las dos faces del suceso: el desprendimiento total del mundo americano del europeo, y los desgarrones parciales que en aquél se hicieron; sobre todo el de la región que yo os he presentado casi desprendida del conjunto: la que baña el Plata y el Atlántico en las zonas subtropicales: la tierra de Artigas.

Si recordáis el reparto del nuevo continente, que os narré en una de nuestras conferencias anteriores; si tenéis presente el lote adjudicado al descubridor británico allá, en el Norte de las latitudes supertropicales, las más próximas a Europa; si conocéis, por fin, el origen libre, y no oficial, de la colonización inglesa, y el camino que en Inglaterra habían hecho los principios que han de servir de base a la democracia americana, bien comprenderéis cómo y por qué la primer frase de amor dirigida a la visión surgente de la luz había de ser pronunciada en inglés, y por qué ha de ser un inglés quien ha de hablar las primeras palabras germinales. Es éste un varón del que tendremos mucho que hablar al hablar de Artigas. Tenemos que mirarlo ahora, aunque sea de paso: es preciso que miremos a Washington.

Las colonias inglesas comienzan a sentir su pubertad, y a realizar obra de varón, como lo hacen más



tarde las españolas: en defensa de su propia metrópoli; en la de su propia lengua. La independencia angloamericana comienza en la guerra colonial contra los franceses, que se creen dueños del curso del Misisipí, y que pretenden cortar el continente del Norte como se cortó el del Sur — de arriba abajo—, para darle dos dueños. No: toda la zona supertropical de aquella América hablará inglés.

En esa guerra, que comienza en 1752 y termina, por la toma de Quebec, en 1759, y por el tratado de París de 1763, que incorpora el Canadá al dominio de la Gran Bretaña, ya figura y descuella, en defensa del pabellón británico, ese joven militar de Virginia llamado Jorge Washington.

Así veréis surgir a nuestro Artigas, en defensa de su lengua, cuando, cincuenta años más tarde, Inglaterra ataque los dominios españoles en el Plata. También él es un militar español; Montevideo, su ciudad natal, será la que más esfuerzos haga por expulsar al inglés, y defender la zona de acción de su lengua castellana. Muchos émulos de Artigas, por el contrario, verán en eso un accidente; lo mismo querrán hablar en español que en inglés o en francés.

Pero el espíritu americano que encarna Washington al defender la lengua inglesa contra el francés, como el que encarnará más tarde Artigas, en el Sur, al defender la española contra el inglés, no era, ni podía ser, el de conservar eternamente aquella región para la corona o la dinastía de Inglaterra. Algo más que eso se había incubado en el tiempo; para algo más grande había de hacer el pueblo americano su gran revolución: iba a realizarla para hacerse dueño de sí mismo, no para conservar sus anteriores dueños, ni mucho menos para cambiarlos por otros.



Algunos creyeron esto último, sin embargo, en la América inglesa; muchos en la española. Hubo monarquistas aquí y allá.

Washington no lo creyó así; Artigas no lo creyó así. Ambos eran hijos de su tierra; brotaron de ella, crecieron en ella. Y creyeron en la *personalidad* del pueblo americano.

Ni un momento solo de vacilación en Washington; ni uno solo en Artigas. Son dos caracteres; *los dos caracteres* en las dos fuertes familias.

Tanto sobre el uno como sobre el otro se ejercía la influencia de las tradiciones coloniales, más libres, sin duda alguna, en el Norte que en el Sur; pero esas tradiciones no fueron las que infundieron en esas dos almas el mismo pensamiento: fué la visión genial, cuyo origen, en que intervienen cielo y tierra, es complejo y misterioso.

La América de Washington proclama su independencia el 4 de julio de 1776; treinta y tantos años antes que la española tropical de Bolívar y que la subtropical de Artigas. Pero el espíritu que engendrará en la libertad, el espíritu creador, era llevado sobre las aguas, en la América inglesa, cien años antes de encarnarse. Era distinto, sin embargo, en ambos mundos, y nada puede caracterizar más enérgicamente al héroe del Uruguay que el parangón entre esos espíritus: Washington es el primero; Artigas el segundo.

Los angloamericanos eran ingleses nacidos o residentes en América. Al principio de la revolución contaban una población de dos millones; una quinta parte era formada de negros esclavos de las colonias del Sur; el resto, de ciudadanos ingleses. Éstos no mezclaron su sangre con la del indio, como lo hicieron los españoles; los colonizadores ingleses impor-

taban mujeres de la metrópoli, mujeres buenas o malas, pero anglosajonas de pura sangre; las luchas religiosas y políticas arrojaban también familias enteras al otro lado del mar. Los indios aborígenes, los hijos primitivos de la tierra, no formaban parte de la población; la colonización británica los extinguía; fué con ellos más cruel que la española y la portuguesa, pese a todo cuanto se ha dicho para confundir a España. Hubo gobernadores ingleses que pagaban algunos dólares por cada cabeza de indio, como se paga la de un lobo. Si alguien utiliza más tarde al hombre aborigen en la guerra, como podría utilizar un rebaño de fieras para lanzarlo sobre el enemigo, será el inglés contra el angloamericano. Éste no pedirá al indio su sangre para emanciparse: Washington mandó soldados ingleses; mandó también franceses; no mandó indígenas. La América inglesa no los necesitaba para su independencia, que, a pesar de lo dicho en contrario, fué, más aún que la hispánica, un gran episodio de la evolución política europea.

La América española sí necesitaba del pueblo, de todo el pueblo, del indígena especialmente, que formaba, con el europeo, una sola estirpe; sin él no hubiera habido independencia. Con sólo combinaciones políticas, por más sutiles e ingeniosas que fueran, la América española no hubiera sido libre; mucho menos republicana. El pobre indio, el hombre americano, amó a Artigas. Y Artigas lo amó también; lo creyó hombre, compatriota; lo hizo soldado.

Esa es la causa quizá del punto más negro de la independencia angloamericana: la conservación de la esclavitud.

Y la de la gloria de nuestro Artigas, al lado del

mismo Washington: Artigas no conoció esclavos: los indios americanos le dieron su última sangre; un negro fué su último amigo.

II

La independencia *étnica* estaba, pues, más hecha en la América española; pero la *política* lo estaba más en la inglesa. Ésta, al llegar su separación de la metrópoli, era ya independiente, puede decirse; era democrática y republicana. «En el carácter de los americanos, escribió el inglés Burke, en 1775, el amor a la libertad es rasgo predominante. Este espíritu de libertad es probablemente más poderoso en las colonias inglesas que en ninguna otra parte de la tierra.»

El pueblo tenía allí, en efecto, una conciencia colectiva, que flotaba, no sólo en sus masas populares campesinas, sino, sobre todo, en la de las ciudades; formaba sus asambleas provinciales elegidas por él; estaba persuadido de que el rey de Inglaterra no era ni podía ser el dueño de América; ésta pertenecía a los americanos ingleses, que aceptaban su autoridad de gobernante, mientras él aceptara la dignidad y los derechos de sus gobernados. *Y si non, non.*

«Las cartas dadas por los soberanos a las colonias, dice Stevens, eran cartas de corporaciones comerciales. Por otra parte, los artículos de dichas cartas, en lo referente al gobierno de las colonias, seguían de muy cerca las líneas del gobierno inglés, lo que ayudó poderosamente a las colonias a establecer en su seno las instituciones sajonas. Los colonos no se limitaron a los artículos de dichas cartas; llenaron los vacíos que en ellas encontraron, copiando textualmente las

instituciones inglesas originales; y el resultado fué que, por iniciativa del pueblo mismo, cada gobierno colonial fué una reproducción fiel del gobierno de la metrópoli... Las asambleas legislativas no fueron creadas desde luego; pero tomaron nacimiento ellas mismas, porque estaba en la naturaleza de los ingleses el reunirse en asambleas.»

Hay, pues, una diferencia fundamental entre los pueblos de origen inglés y los de origen español: éstos querían la independencia para *conquistar* sus libertades; aquéllos para *conservar* las ya conquistadas.

Entre los derechos que los angloamericanos proclamaban estaba, sobre todo, el que es base de toda democracia: es el pueblo quien paga los impuestos, y es él quien debe votarlos; ese dinero sale del pueblo, y debe volver al pueblo en forma de servicio al bien común, incluído en éste el mismo sostenimiento de la autoridad, así se llame autoridad real. ¿La colonia no tenía representantes en el Parlamento inglés? Pues entonces, el Parlamento inglés no podía votar impuestos para las colonias.

Ese principio era claro e inconcuso para el angloamericano; su negación era la tiranía. Y la tiranía era la disolución de la autoridad. Y, caducada ésta, ¿quién ha de tomar posesión de esa entidad moral *res nullius*, la autoridad, sino el pueblo mismo? Esa es la base de toda la revolución americana, base angular.

¡El rey! La majestad real estaba ya muy quebrantada, por muchas causas, en el mundo inglés de América. Ya en 1765, con motivo de un impuesto no consentido por la nación, suenan, en la asamblea provincial de Virginia, como un toque de llamada, las palabras de Patricio Henry: «César tuvo un Bruto; Carlos I un Cromwell, y Jorge III...»



Ese delito de lesa majestad no hubiera sido cometido en las grandes ciudades de la América española. Ésta hizo su independencia al grito de ¡Viva Fernando VII! Fué Artigas, sólo el bárbaro Artigas, quien, antes que nadie soñara en articularlas en el Río de la Plata, pronunció palabras semejantes a las de Patricio Henry. «Yo no defiendo *a su rey*», dirá al virrey de Lima, cuando el momento se presente.

La metrópoli inglesa quiere imponer una nueva contribución, y el pueblo americano dice que no, que no quiere. Recurre la primera a la fuerza, y a la fuerza recurre el segundo. Los primeros choques entre los ciudadanos y las tropas ocurren en 1770; corre la primera sangre inglesa. Todas las clases sociales resisten el impuesto, todas, las altas y las bajas. Los prácticos se rehusan a conducir al puerto los buques conductores de te, que es el artículo gravado; el pueblo impide su venta; ataca, por fin, en la rada de Boston, a los barcos que lo conducen, y arroja al agua la mercancía.

«Nadie debe vacilar en emplear las armas, para defender intereses tan preciosos», escribe Washington.

¿Qué intereses?—No era ciertamente el puñado de te arrojado al agua. No; Washington no podía defender con las armas un puñado ni muchos puñados de te. Aquel te era símbolo de la opresión del hombre sobre el hombre, del menoscabo de un atributo esencial de la personalidad humana, o de la colectiva de un pueblo: de su derecho a ser dueño de sí mismo, y de las cosas en que, con su trabajo, inocula su personalidad inalienable. Eso se llama derecho de propiedad, y es lo que hace intolerable el impuesto arbitrario, porque es la aplicación de un hombre, o de un



pueblo, a la consecución del destino de otro pueblo, o de otro hombre. Y eso era lo que Washington calificaba de precioso interés.

Un Congreso general, al que concurren todas las provincias, reconocidas como autónomas e iguales, reunido en Filadelfia (1774); una primera batalla campal en Lexington; un nuevo Congreso en la misma ciudad, en 1775, que se dirige al rey y al pueblo de la Gran Bretaña, y anuncia al mundo las razones que tiene para apelar a las armas, y emite moneda, y ordena la formación de un ejército de veinte mil hombres; y nuevas y resonantes batallas, en que corre la sangre inglesa, todo eso es la revolución americana. Pero es todo eso... y Jorge Washington. Éste es elegido general en jefe de los ejércitos americanos. Los conducirá hasta el fin, hasta dejar a su patria hecha en su torno, condensada en él, refundida en él, con todas sus grandes obras, con sus vitales ideas.

«Las cosas han llegado a tal punto, que nada tenemos que esperar de la justicia de la Gran Bretaña», dice Washington.

Y la pluma de Tomás Jefferson traza, sin vacilar, las cifras del evangelio cívico americano, proclamado el 4 de julio de 1776 en la cumbre de un Sinaí: «Nosotros, reunidos en Congreso general, después de haber invocado al Juez Supremo de los hombres, en testimonio de la rectitud de nuestras intenciones, declaramos solemnemente que estas Colonias Unidas tienen el derecho de llamarse Estados Libres e Independientes».

No cabe en los límites de estas conversaciones, oh amigos, el trazaros ni siquiera las líneas fundamentales del hombre Washington; yo he buscado sólo la ocasión de nombrároslo: su solo nombre es luminosa



sugestión. Él es el *caudillo*, en la grande, en la verdadera acepción de la palabra; es el núcleo que arrastra su *cauda* luminosa; él es pensamiento; es fe, sobre todo, *fe en la pubertad de América*, al par que nervio y acción.

Al lado de esa figura de oro, yo voy a ofreceros, sin envidia y sin temor, la de hierro de nuestro caudillo, de nuestro profeta. La luz ofenderá los ojos de los que han estado sentados en la obscuridad; pero vosotros, que veis la lumbre interior que circula en el mármol, al parecer opaco y muerto, vosotros aceptaréis el parangón, que no comprenderán los que sólo viven en las apariencias de las cosas, entre la luz solar meridiana que envuelve la forma del suntuoso héroe del Norte, y la luz de aurora, hija del mismo sol, que compenetra la sombra del héroe pobre que el Uruguay ofrece como arquetipo a la América española.

La revolución de la independencia angloamericana es, como antes os lo he dicho, el desarrollo natural en América del principio democrático; pero su estallido puede considerarse como un gran episodio de la política internacional europea; allí no lucha sólo el mundo nuevo contra el antiguo: éste libra también sus batallas intestinas, y todo se funde, y casi se confunde, en un solo problema político.

Después de los primeros triunfos de Washington, Franklin es enviado a Francia, a buscar la alianza de ésta, enemiga a la sazón de Inglaterra.

Fijaos bien, mis amigos, en la figura de este hombre, Franklin, que es lo que yo llamo un hombre, una persona, un pensamiento, un carácter. Él habla con los reyes absolutos como tal persona, es decir, como la persona de los Estados Unidos. Y no ha de hablar de



arreglos y concesiones que comiencen por poner en duda los atributos esenciales de la persona de su patria. El rey Luis XVI vacila al principio; no se atreve a arrostrar la empresa; no reconoce al enviado en carácter oficial. Pero el pueblo lo reconoce bien; varios señores franceses se declaran en favor de la independencia de América, y uno de ellos, el marqués de Lafayette, carga un buque de armas y pertrechos, y se embarca a ofrecer su espada al pueblo americano.

El Congreso de Estados Unidos lo nombra mayor general (1777).

De eso al reconocimiento oficial hay sólo un paso, y éste se da meses después, tras nuevos triunfos de la causa nueva. Francia reconoce la independencia de los Estados Unidos, en un tratado con Franklin. Es ese un tratado de alianza, que hace estallar la guerra entre Francia e Inglaterra, arrastrando a la Europa casi entera. Inglaterra tiene en su contra a Luis XVI; tiene también a España, que ha aceptado la alianza francesa; tiene a Holanda; tiene, por fin, la liga de la neutralidad armada: Rusia, Suecia, Dinamarca. Notad eso, de paso por ahora, amigos míos: es Luis XVI, el nieto de Luis XIV, el rey de indeleble origen, quien da la mano a Washington, de soberano a soberano; son las banderas blancas flordelisadas y el oriflama hispánico los que flotan unidos al tricolor democrático, en la lucha contra el otro rey antiguo.

¡No importa!... El fiero leopardo inglés, que pareció inclinado a reconocer la independencia de los Estados Unidos, para evitar una conflagración europea, se sintió herido en su orgullo, y se rebeló. No, no había de ser indigno de sus cachorros americanos. Sus zarpazos atruenan la tierra; levantan espuma en los

mares, sobre todo. Una escuadra francesa, al cargo del almirante d'Estaing, ha partido para América; setenta navíos aliados amenazan las costas inglesas; los corsarios hostilizan, en los mares de América y de Europa, el comercio de Inglaterra. Ésta defiende sus costas, arrebata a los franceses sus colonias de las Antillas, aferra con las garras crispadas a Gibraltar, amenazado por los esfuerzos combinados de Francia y España, y lucha con tales bríos en territorio americano, que sólo la entereza de Washington sostiene la causa. Washington se agiganta, al proyectarse sobre el fondo pálido de los desfallecimientos de su pueblo. Hay momentos en que se queda casi solo; los soldados reclaman sus sueldos, desertan de las filas; los enganches no dan resultado; faltan tiendas de campaña, y ese es un grave inconveniente. Washington es desconocido, es tratado de inepto, de bárbaro y aun de ladrón y facineroso, como lo será Artigas.

Pero *permanece, es.*

Lafayette ha pasado a Francia, a pedir auxilio al rey. Luis XVI nombra a Washington teniente general de sus ejércitos, y pone a sus órdenes un cuerpo de seis mil franceses. La Europa batalla en América. Una nueva escuadra cruza el mar, y la guerra continúa encarnizada y heroica: luchas, combates, campañas con suerte varia, traiciones, desfallecimientos y, sobre todo, el pensamiento de Washington, que flota sobre las aguas, la espada de Washington que, al salir de la vaina, brilla y desaparece, como un meteoro sobre el fondo de una noche sin estrellas.

El leopardo inglés se echa, por fin, en la arena, ensangrentado y jadeante, pero sin perder su actitud de noble fiereza. No está rendido, pero está cansado;



comprende, por otra parte, sin duda, que la que lo ha vencido es su propia sangre. Mira a Washington, y ruge sin odio.

Inglaterra trata, por fin. El 3 de septiembre de 1783, los agentes de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña firman el tratado de Versalles, en que se reconoce la independencia del pueblo angloamericano.

La gran nación del Nuevo Mundo ha surgido, y va a emprender su marcha triunfante hacia el porvenir.

Pero también hay allí incrédulos, como los veremos más adelante en los émulos de nuestro Artigas. «Sólo la monarquía, dijeron algunos, puede consolidar la patria recién nacida.» Eso fué dicho por muchos oficiales del ejército; y uno de ellos, en nombre de sus compañeros, se dirigió a Washington, exponiéndole la ventaja de la coronación de un rey.

En caso de haber rey, ¿quién sino Washington había de serlo?... El hombre, Washington no tuvo un momento de vértigo; era un inmune. Y escribió: «Ningún suceso, en el transcurso de esta guerra, me ha afligido tanto como saber que tales ideas circulan en el ejército. Busco en vano en mi conducta qué es lo que ha podido alentaros a hacerme una proposición semejante, que me parece preñada de las mayores desgracias que puedan caer sobre mi país».

Después, al rechazar una tercera elección de Presidente de la República, se retiró a Mont Vernon, y allí murió, simple ciudadano de un pueblo dueño de sí mismo: *First in War, First in Peace and First in the Heart of his Countrymen.*

Eso fué el hombre Washington: una fe, un carácter, una virtud.

Busquemos a su hermano, mis amigos artistas, en



la historia de la independencia ibérica, si es que ésta lo tuvo; busquemos al creyente en el pueblo americano; al que fué, entre nosotros, el carácter, y la virtud, y la fe; *al primero en la paz, al primero en la guerra, al primero en el corazón de sus conciudadanos.*

CONFERENCIA V

MIL OCHOCIENTOS DIEZ

La América española.—Los Estados Unidos hispánicos no eran posibles.—La desmembración total de la metrópoli y las desmembraciones parciales.—La región oriental del Plata.—La doble lucha con España y Portugal.—España ante la emancipación de sus hijos.—Sus títulos y sus pretensiones.—Su derecho imprescriptible.—Toma de Buenos Aires por los ingleses.—La reconquista.—Napoleón.—El rey prisionero.—La independencia española.—La independencia americana. — 1810.— Los dos núcleos. — *Venezuela.* — *Bolívar.* — El Río de la Plata. — El 25 de mayo de 1810.—El espíritu de Mayo.

I

Amigos artistas:

Allá queda, en el Norte, constituída en torno de Washington, la gran federación angloamericana, con medio continente por territorio: de los 30 a los 60 grados geográficos de latitud.

El resto de América continúa bajo las dominaciones española y portuguesa, que se la han dividido a lo largo.

¿Permanecerá todo eso español?

Había quien así lo creía muy seriamente. Debía ser de España por los siglos de los siglos. Los títulos



de esa propiedad eran imprescriptibles, por lo sagrados: el descubrimiento, una guerra justa, la Bula de Alejandro VI. Hasta la palabra divina, la del profeta Isaías, según Solórzano, aseguraba el dominio de España sobre América para siempre jamás. Esa palabra decía: «Palomas con tan arrebatado vuelo como cuando van a su palomar; las ya salvadas arrojarán saetas a su predicación, a Italia, a Grecia y a las islas más apartadas, y le traerán en retorno su oro y su plata juntamente con ellos». ¿Puede darse nada más claro? Isaías hablaba de América, sin duda alguna. Esas palomas *(columba)* no son otras que Colón *(Colombo)* el descubridor. Mientras exista, pues, un solo español, allá o aquí, aquende o allende el Atlántico, ése, y nadie más que ése, será, por derecho divino y humano, el dueño de América con todos sus hombres, en representación del rey, supremo dueño.

No es necesario desvanecer todo eso, me parece.

¿Se formarán entonces los Estados Unidos de la lengua española, como se formaron, en el Norte, los de la lengua inglesa?...

Advertid muy mucho, mis amigos, la siguiente circunstancia, que no se suele tener en cuenta: los Estados Unidos se hicieron independientes, en 1776, con trece estados, limitados por el Misisipí: con la tercera parte del territorio que hoy poseen; ahí se formó en sentimiento de nacionalidad. En 1803 compraron a los franceses la Luisiana, que les duplicó el territorio; en 1848 compensaron a Méjico por la conquista de Tejas, Nuevo Méjico y California, que lo triplicó. Así se formó la enorme plataforma de la nación americana, de nueve o diez millones de kilómetros cuadrados, y extendida de uno a otro océano;

su dominio territorial no es, pues, *herencia de la metrópoli*, sino en pequeña parte; es *expansión, absorción*, debidas a la fuerza orgánica de aquel pueblo que creyó en sí mismo, que no invocó el derecho de ajenos reyes para cimentar el propio. Pero advertid, mis amigos, que ese enorme territorio, que se dilata entre los 70 y los 130 grados de longitud; que tiene 50 grados geográficos de ancho, de Este a Oeste, del Atlántico al Pacífico, sólo tiene 30 de largo de Norte a Sur, entre los 30 y los 60 grados de latitud, *en la misma latitud de Europa*, de España, Francia, Austria, Italia. Aquello es un continente concentrado. Fijaos bien en vuestra carta geográfica.

Aun así, la tendencia a la desmembración sacó la cabeza en la guerra de Secesión; pero no tuvo suficiente energía: el enorme bloque supertropical no perdió su cohesión.

Notad ahora lo extenso de la América española; tomad vuestra carta. Tiene 30 grados geográficos de longitud en el hemisferio Norte, y 55 en el Sur: 85 grados de largo, con un ancho medio que no alcanzará a 20 grados: lo ancho ahí es el mundo portugués tropical: el Brasil. El español es una enorme serpiente que ondula en el mar, y cuya espina dorsal son los Andes; comienza en el trópico de Cáncer, en la América del Norte, allá en el hemisferio boreal, cruza el Ecuador, atraviesa el trópico de Capricornio, penetra en la zona subtropical, y hunde su vértice, por fin, allá en las profundidades del polo antártico. Los montes, los ríos, el clima, la estructura, la extensión, la extensión sobre todo, son barreras naturales insuperables. En ese mundo, por otra parte, las diversas inmigraciones formaron distintos núcleos de sociabilidad absolutamente incomunicados que se fun-

dieron con la estirpe indígena; la lengua común no les servía de vínculo, porque no se hablaban, ni se cambiaban productos, ni ideas, ni nada; las regiones que ocupaban, de clima y de estructura diferentes, creaban costumbres, intereses y tendencias discrepantes.

No es, pues, posible concebir estados unidos contra esa desunión, hija de la geología, de los elementos étnicos, del clima, de la distancia enorme, de las costumbres e intereses diferentes, y de la falta de un cuerpo con fuerza centrífuga suficiente para conglomerar todo aquello.

No se formarán, pues, los Estados Unidos Hispanoamericanos; sólo nacerá oportunamente una solidaridad de causa y de acción, una federación más o menos informe e instintiva, pero transitoria, contra el enemigo común, y cuya base *sine qua non* tendrá que ser el respeto mutuo de las soberanías parciales, más o menos embrionarias, como lo era toda la sociabilidad de América.

Comprender eso, era comprender la revolución de independencia; desconocerlo, era violentarla, aniquilarla.

Dos problemas, pues, ofrecerá la independencia de la gente ibérica del continente: el desprendimiento inevitable de todo éste, y la formación, no menos inevitable, de los diversos estados soberanos a que aquél dará ocasión. Para lo primero, todos los estados hispanoamericanos tendrán que luchar con una metrópoli, la española; para lo segundo, la lucha intestina no podrá evitarse.

Pero había uno, el Estado Oriental del Uruguay, cuya posición os he precisado en mis conferencias anteriores, que tenía un carácter especial. Esa comarca,



que hablaba español, y que, como el Paraguay y Bolivia, estaba unida en cierto modo al virreinato español del Plata, como Buenos Aires y Chile lo estaban anteriormente al del Perú, y el Ecuador y Venezuela al de Nueva Granada; esa comarca, digo, tendrá que luchar también con la madre patria española, en unión de sus hermanos; pero eso no le será bastante para hacerse independiente con su lengua y sus costumbres, si no combate también contra la metrópoli portuguesa, que, si no la posee, la amenaza desde dos siglos atrás, y cuya pretensión secular es traspasar la línea divisoria entre los dominios portugueses y españoles, penetrar en la zona subtropical, y dar por límite a su vasto territorio la margen oriental del Plata y del Uruguay. Esa pretensión es causa de rencillas entre Portugal y su hermana España, cuando se trata de la partición de la herencia común; pero Portugal y España son una misma cosa cuando se trata de la conservación de aquélla para la corona ibérica; son aliados forzosos contra la emancipación americana. La lucha con Portugal será *rasgo característico,* sin embargo, de la independencia oriental; sólo ese Estado Oriental, *él sólo,* defenderá a la América entera de aquel aliado natural de todo dominador europeo del continente, y que, más aun que España, es, en la costa atlántica, el enemigo protagonista de la independencia del continente.

II

España, como hemos visto en nuestra anterior conferencia, fué aliada de los Estados Unidos; coadyuvó a su esfuerzo contra la metrópoli británica; reconoció



sin vacilar su independencia. Proclamó, pues, el derecho de la gente inglesa, en América, a dejar a su padre y a su madre, y a seguir su visión de libertad.

¿Había de reconocer otro tanto en su propio mundo?...

¡Ah, no! La madre España no reconoció, desgraciadamente, tal derecho en sus hijos; no concedió a sus entrañas bastante fuerza para haber terminado, en tres siglos, lo que la madre inglesa había terminado en dos; no creyó haber concebido varones. Y, para su honor, los había engendrado, y los parirá con dolor, con desgarramiento de sus vísceras. Es la ley de la vida universal.

Como las bellezas marchitas, que se juzgan incólumes al mirarse en el espejo, sin darse cuenta de que sólo se ven los ojos llenos de recuerdos, la España, con el pensamiento fijo en sus pasadas glorias, no podía convencerse de que estaba muy quebrantada, al rayar del siglo XIX.

Vosotros conocéis mejor que yo, amigos artistas, el camino que se ha seguido para llegar a esa declinación. Las naciones tienen sus ciclos. La España del siglo XVI, la del descubrimiento y conquista de América, estaba ya muy lejos. Bien sabéis que, en el siglo XVII, desapareció su hegemonía y surgió la de Francia con Luis XIV, *le Roi Soleil*. Francia era entonces la señora del mundo, moral y materialmente; su rival ya no será España, sino Inglaterra, que ha realizado su gran revolución en 1688. Luis XIV coloca en el trono de Recaredo a su nieto Felipe V; substituye la dinastía de los Austrias, que de Carlos V y Felipe, su hijo, ha venido a parar en el infeliz Carlos II, por la de los Borbones. Este Borbón, Felipe V, con que se inicia el siglo XVIII, y que da su nombre a nuestra

ciudad de *San Felipe de Montevideo*, es el predecesor del pobre Carlos IV, con quien vamos a encontrarnos al finalizar ese siglo, y comenzar el XIX. Y Carlos IV es el padre de Fernando VII.

El siglo XVIII de España está, pues, como estrujado entre Luis XIV y Napoleón Bonaparte. Lo han consumido los reinados, llenos de intrigas palaciegas, de Felipe V y de sus hijos y nieto, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV, mientras que, en Francia, se ha pasado de Luis XIV a la Revolución Francesa y a Napoleón, al través de Luis XV y Luis XVI. España ha tenido que someterse a las exigencias de las combinaciones continentales, hasta figurar sus reyes como aliados de la revolución; de la misma revolución francesa que decapitó al rey. Y he aquí a Bonaparte, que, surgido de esa revolución, viene también a España, por la corona del nieto de Luis XIV.

Confesemos que la patria de Carlos V está muy lejos; y más aun la de las Cortes de Castilla, y las del férreo Justicia de Aragón.

Pero España se mira en sus glorias pasadas; no puede convencerse de que es madre; rechaza la idea de una emancipación amistosa de sus hijos americanos, que algún grave pensador insinúa, como fenómeno inevitable, en tiempo de Carlos III. ¡No... jamás! La América ha de permanecer sometida, perpetuamente sometida; nunca será persona.

A los primeros síntomas de emancipación, España sintió un espasmo de fiera; su zarpazo fué terrible; su rugido espantoso. Un indio, Tupac-Amarú, pretendió alzarse en el Perú, en 1780, precisamente cuando los angloamericanos, con la protección de España, se levantaban contra la madre Inglaterra.

Después de ver matar en su presencia, y entre su-



plicios, a su mujer, a sus hijos y a sus parientes más cercanos, cuatro caballos, atados a las cuatro extremidades del rebelde, tiraron hacia los cuatro vientos; tiraron mucho rato, porque el cuerpo era muy duro; pero éste al fin estalló, como un odre de sangre. Sus pedazos fueron repartidos, para servir de escarmiento.

Pero muy pronto, otro síntoma de gravísimo pronóstico aparece. Ya no es un indio, ni nada que se le parezca, quien pretende alzarse con la América, arrebatándola a su dueña; es Inglaterra, que, no perdonando a España sus forzados contubernios con los enemigos de la Gran Bretaña, con Luis XVI primeramente, y con la revolución y Bonaparte después, quiere desquitarse de la pérdida de su América del Norte, con la conquista de toda la española, que de tiempo atrás preparaba, pues tanto en Venezuela como en Buenos Aires tenía agentes rentados con ese objeto. El general venezolano Miranda, grande figura exótica, era la cabeza de esa conspiración británica. Artigas será el reverso de este tipo genérico. Artigas no buscará a Inglaterra ni a nadie; no cambiará el dominio español por nada de este mundo que no sea la libertad, el dominio de América sobre sí misma. Ese, notadlo bien, será el rasgo *característico* de Artigas entre los libertadores americanos.

Inglaterra rompe con España en 1804. Acude ésta, en mala hora, a Napoleón, y, en esa peligrosa compañía, va, con su aun poderosa escuadra, a *Trafalgar*. Bien sabe el mundo cómo cayó España, el 21 de octubre de 1805, en aquella jornada. No en vano se creía sin quebranto en su belleza heroica, al mirarse los ojos. La raza no ha declinado... Trafalgar es hermana de Lepanto.

Pero allí se sumergió el poder naval de España.



Inglaterra, vencedora, se lanza sobre América; los mares son suyos; en sus innumerables barcos aun humean las mechas de los cañones de Trafalgar. Y con ellas encendidas, penetra, segura de sí misma, en el Río de la Plata, puerta principal, sin duda alguna, de los dominios españoles en América. Allí están, a ambos lados de esa puerta, Montevideo, en la margen izquierda meridional, y Buenos Aires, en la derecha del grande estuario, con sus banderas españolas enarboladas.

La escuadra del comodoro Popham, con tropas de desembarco, al mando de Beresford, mira de lejos los cañones de las fortalezas de Montevideo, y pasa de largo, a velas desplegadas. Cruza el inmenso río; desembarca en las inmediaciones de Buenos Aires. Suenan en tierra sus clarines; baten las alas rojas en el aire sus banderas de rapiña.

Y de un vuelo, de un solo vuelo atrevido, van a posarse, como dueñas, en el alcázar de la capital del virreinato, que ve substituir asombrada el pabellón español por el inglés.

El marqués de Sobremonte, virrey español, ante el amago de la invasión, ni siquiera pensó en la defensa; huyó hacia el interior, y dejó abandonada la capital. Unos dicen que fué cobarde, otros que no; que se retiró al interior, en procura de más eficaz defensa. Pero eso no hace al caso. El hecho es que Buenos Aires despierta asombrado, al verse inglés de la noche a la mañana. Aquello es un sueño de oprobio; la vieja sangre española hierve en sus venas; es preciso volver por el honor de la estirpe. Liniers y Pueyrredón son el núcleo; Liniers, sobre todo. Piensan en la reconquista.

Y entonces aparece la otra metrópoli del Plata:



Montevideo, el Montevideo que, según el historiador Mitre, no constituía un centro urbano de cohesión.

La convulsión heroica que entonces se apoderó de la población oriental fué una revelación estupenda. Todas las fuerzas vitales de aquel organismo se condensaron en un esfuerzo inverosímil, bajo la dirección de don Pascual Ruiz de Huidobro, bizarro gobernador de Montevideo, hidalgo español. Se organiza una expedición reconquistadora; se la coloca al mando de Liniers, que ha venido de Buenos Aires en busca de apoyo; el pueblo armado cruza el río en barcas, en botes, por el aire, yo no sé cómo; toma tierra en la otra margen; recoge los elementos occidentales que allí lo esperaban anhelantes; corre hacia la plaza de Buenos Aires, como un enjambre irritado; rodea el baluarte inglés; lo expugna hasta con el pecho de los caballos, que se estrellan en él; arranca el pabellón extraño; repone el español. Os aseguro, mis amigos, que aquella fué realmente una gran mañana.

El memorable suceso se consumó el 12 de agosto de 1806. Los ingleses, los vencedores de Trafalgar, se han ido sin banderas; éstas quedan cautivas, como recuerdo perpetuo.

Pero no es tanto el hecho cuanto su espíritu lo que más reclama aquí nuestra atención. Esa reconquista de Buenos Aires, que inicia Montevideo, es *el primer acto llevado a término por libre resolución de un pueblo americano, con prescindencia y desacato de un virrey,* en defensa, no tanto del rey, cuanto de la estirpe española en América, de la religión, de la lengua, de las tradiciones paternas. El virrey Sobremonte huyó, como hemos visto, de la ciudad, ante el ataque inglés; pero, en la esperanza de reconquistarla, dirigió una circular a todas las provincias, pidiéndoles contingentes. El



gobernador de Montevideo recibió la suya, con orden de remitir inmediatamente la tropa veterana y la artillería de campaña. Ruiz de Huidobro contestó que no, «que había tenido por conveniente suspender la publicación de la circular, *por hallarse autorizado por el Cabildo de Montevideo para la reconquista*»; y, en cuanto a la tropa solicitada, «no podía enviársela, porque debía marchar en la expedición».

Y así fué, efectivamente; marchó en la expedición reconquistadora.

He aquí, pues, al Cabildo de la ciudad de Montevideo, de la que será declarada *la Muy Fiel y Reconquistadora,* que, por sí y ante sí, se erige en autoridad. Y ese Liniers, precisamente, a quien el pueblo de Montevideo arma caballero de su derecho, será el nuevo virrey del Río de la Plata, designado por el pueblo.

Caro tenía que costar a Montevideo esa su fogosa reconquista de Buenos Aires. He ahí a Inglaterra que vuelve por su honor. Una nueva y formidable escuadra inglesa, al mando de Auchmuty, penetra en el Plata, y se une a la del comodoro Popham, que ha ocupado Maldonado, no sin heroica resistencia. Esta vez es Montevideo el blanco primero de las iras británicas; iras temibles, si las hay.

Montevideo se apresta a la defensa, al sacrificio. El inglés desembarca en el Buceo: 100 cañones y 5.700 hombres rodean la ciudad. El virrey Sobremonte que, expulsado de Buenos Aires, se ha refugiado en Montevideo, inicia una resistencia en las afueras, pero pronto se retira. No así los vecinos de la ciudad; éstos salen imprudentemente al campo, y una batalla encarnizada y desastrosa se libra en el

Cardal, el 20 de enero de 1807. El inglés avanza; la escuadra dirige sus fuegos sobre la ciudad; ésta es batida por mar y tierra; un círculo de fuego la envuelve; sus cañones rugen.

Se abre, por fin, una brecha en las murallas, que los defensores cierran con todo cuanto encuentran: fardos de cuero, bolsas, muebles, con sus propios cuerpos sobre todo; allí luchan y mueren.

Llenos están nuestros recuerdos de la defensa de esa *brecha* dantesca; aquí encuentro, entre mis papeles de familia, el recuerdo del abuelo de mis hijos, don Juan Benito Blanco, joven de quince años, que, después de haber asistido a la reconquista de Buenos Aires, cae mortalmente herido en esa brecha de Montevideo, su patria. Aun después de abierta brecha, y de penetrar por ella el torrente invasor, Huidobro hace fuego de cañón desde la ciudadela hacia el centro de la plaza; los vecinos, desde las ventanas, desde los tejados, desde las esquinas, disparan sus armas, arrojan agua hirviendo; el ejército inglés avanza, haciendo fuego por compañías como una máquina; el pabellón español flota ceñudo en los baluartes, entre el humo que sube lentamente.

Los ingleses, pasando por sobre 400 cadáveres de montevideanos, tendidos en las calles, al lado de los muertos rubios vestidos de colorado, se hacen dueños, por fin, de la ciudad oriental, el 3 de febrero de 1807.

Y van a reconquistar Buenos Aires: son 12.000 hombres, al mando de Whitelocke, que ha llegado con imponentes refuerzos.

Pero ya no es posible; Buenos Aires se ha hecho soldado, y está de pie. Liniers, nombrado popularmente gobernador, en reemplazo de Sobremonte, les sale al encuentro, pero es rechazado; los ingleses



siguen tras él, y atacan la ciudad el 5 de julio. Alzaga, español bizarro, organiza la defensa; el choque formidable se produce, y el inglés queda vencido por el animoso pueblo bonaerense. Whitelocke ha capitulado el día 6; ha pactado con Liniers la evacuación completa del Río de la Plata, la de Montevideo inclusive, por más que no han faltado quienes han querido prescindir del rescate de Montevideo como condición del pacto, Liniers entre ellos. Es Alzaga quien impone la evacuación de la ciudad reconquistadora.

Y es bastante, amigos artistas, para que os forméis una idea de esas invasiones inglesas. Huelga el comentario. El pueblo se ha dado cuenta de que es varón. Y de que puede vencer sin virreyes.

Sólo os haré notar dos detalles sugestivos.

Recordaréis que, en la lucha colonial de Inglaterra con Francia, que precedió a la independencia de los Estados Unidos, comenzó a figurar, en defensa de su metrópoli, un joven capitán llamado Jorge Washington. También en estas invasiones inglesas al Río de la Plata nos encontramos con un capitán o ayudante mayor, José Artigas, quien, hallándose enfermo, al ver que su regimiento se queda de guarnición en Montevideo cuando sus camaradas han partido a la reconquista de Buenos Aires, ruega al gobernador Huidobro que le permita incorporarse a la gloriosa cruzada. Huidobro accede; le da un pliego para Liniers. Artigas cruza solo el río; alcanza la expedición, cuando ésta va a expugnar a Buenos Aires; pelea en los *Corrales de Miserere*, en el *Retiro*, en la *Plaza Victoria*. Rendido el inglés, es él quien se presenta a Huidobro en Montevideo con el parte de la victoria; ha repasado el río en una barca; ésta ha naufragado, y el animoso tripulante, desnudo como

el heraldo de Maratón, ha ganado la orilla a nado, con la feliz noticia.

Corre con su escuadrón a defender a Maldonado de la agresión inglesa; vuelve a Montevideo, y, con las tropas de Sobremonte, se opone al desembarco del enemigo en el Buceo; Sobremonte huye, pero él se repliega a la plaza amenazada; lucha en el *Cardal* «con el mayor enardecimiento, sin perdonar instante ni fatiga». Asaltada y tomada la ciudad, él no se rinde; se embarca para el Cerro, y hostiliza sin cesar a los ingleses, durante los seis meses de su primer dominio... Barbagelata nos ha narrado todo esto muy bien, con muchos documentos comprobantes. El Artigas caudillo comienza allí, cuando lucha prescindiendo de Sobremonte.

Otro detalle final, y pasaremos a otra cosa.

Las dos ciudades del Plata han quedado, y con razón, igualmente orgullosas de sí mismas, con la expulsión de los ingleses; pero se miran con celo. Buenos Aires agradece oficialmente a Montevideo su concurso; pero va a España, a reclamar para sí la gloria de la reconquista. La ciudad oriental no lo consiente: la reconquistadora es ella, y sólo ella; suya, y de nadie más, es la gloria. Montevideo invoca en España su derecho preferente a los laureles; cuenta allí la historia; discute con Buenos Aires; presenta sus pruebas; triunfa, por fin. El rey de España le documenta para siempre ese triunfo: concede a Montevideo «el título de *Muy Fiel y Reconquistadora*, con la facultad de agregar a su escudo las banderas que apresó en aquella reconquista, con una corona de oro sobre el Cerro, atributo heráldico de aquel escudo, atravesada con otra de las reales armas, palma y espada».

Está bien. Coronas de oro, palmas, reales armas...



abalorios que valen por su significado histórico; valen indudablemente. Pero esos pueblos han ganado, me parece, algo más que una palma simbólica y una espada pintada. ¿No se pensará, siquiera, en su derecho a un principio de emancipación?

Eso, jamás: la América debía continuar como propiedad de su madre, mientras ésta se conservase dueña de sí misma. Mientras exista un español, un nacido en la península, éste, y nadie más que éste, debe mandar en América. Y aun más: como el pueblo portugués a doña Inés de Castro, según la leyenda, el americano debe permanecer fiel, no sólo a España, sino a la monarquía española; besar la mano a su esqueleto, y acatar su sombra cadavérica.

Comprenderéis, mis amigos, que eso no pudo ser. La América española, desde Méjico hasta Patagonia, ha sentido el estremecimiento de su pujante pubertad. Ese rechazo de las invasiones inglesas, que hemos visto, no ha sido una causa, ni siquiera una ocasión de independencia; ha sido un efecto de la étnica ya consumada; falta sólo la accidental, la política.

Ved cómo ésta se manifiesta, por fin, en su plenitud.

Napoleón, que, a principios del siglo pasado, recorre triunfante la Europa, y traza con su espada nuevas fronteras arbitrarias en el antiguo continente, y regala coronas reales a sus deudos y capitanes, resuelve apoderarse de la península ibérica y de los reyes, nuestros señores. España es aliada de Napoleón, como lo eran entonces los aliados: estaba amarrada a él. Portugal lo es de Inglaterra; es enemigo del César, por consiguiente. Éste, Bonaparte, a pretexto de pasar sus tropas a Portugal—cuyo rey huye al Brasil ante el amago, y establece su corte en Río

Janeiro, — las hace penetrar en España, con anuencia del rey Carlos IV, su aliado, que, temeroso del partido político que se ha formado en torno de su hijo Fernando, cree hallar apoyo para su corona en el flamante emperador francés. Aquella corte española es una miseria, una verdadera miseria; aquellas majestades de todo tenían menos de majestuosas, preciso es confesarlo. Y de sagrado, o divino, mucho menos.

El pueblo español, grande a pesar de sus reyes, se alarma ante la invasión francesa; el partido de Fernando asalta la casa del ministro Godoy, y obliga a Carlos a abdicar la corona en su hijo. Pero Napoleón, a título de arreglar las rencillas de la familia real española, la invita a pasar a Bayona, donde, tratados los infelices monarcas como entidades despreciables, son obligados a poner la férrea corona de España en manos de Bonaparte, que así tendrá una más de que disponer. El pueblo se levanta airado y heroico; el de Madrid se hace fusilar en las calles, el 2 de mayo de 1808, lo que da por resultado el coronamiento de José Bonaparte, como rey de España. En seguida, el pueblo todo, como un solo corazón de león, se revuelve contra el usurpador de su propia soberanía. En ejercicio de ésta, instintivamente, prueba que es un organismo vivo, capaz de crear sus propios medios de existencia; elige *Juntas Provinciales* primero, que, en representación del rey ausente, acaudillan la resistencia de la nación; un *Consejo de Regencia* después; se reúne, por fin, en las *Cortes de Cádiz*, y, bajo el fuego de los cañones franceses, dicta leyes al porvenir: sanciona la Constitución de 1812. Y el pueblo español reconquista, en lucha homérica, su independencia, agregando al catálogo de sus glorias seculares los nombres de Bailén, de Zaragoza, de Gerona...

III

¿Y América? ¿Qué hará América mientras en España el rey está prisionero, y el pueblo—sólo el pueblo español, no sus reyes ni sus Consejos reales—combate por su independencia?

¿Aguardar, impasible y resignada, a que en Europa se resuelva de sus destinos, y se le haga saber cuál es el dueño, nuevo o viejo, que en definitiva le ha tocado en suerte, y si ha de hablar en francés, o en español, o en inglés?

Eso es lo digno y lo justo, en el concepto de la metrópoli, y de sus agentes en América; eso es lealtad.

Pero el pueblo americano ya no puede hacer tal cosa; sería indigno de su propia madre. Él también luchará por su vida, por su independencia, como el español; con el mismo título, con el mismo brío.

¿En España está el rey Fernando VII prisionero, y las *Juntas*, emanadas del pueblo español, lo representan?... Pues los virreyes de Fernando en América deben considerarse también prisioneros, y dejar su puesto a *Juntas* emanadas del pueblo americano, que no tienen por qué ni para qué ir a reunirse en Cádiz; Cádiz está demasiado lejos de América, y demasiado cerca de Bonaparte y de la corte española fugitiva.

¿Las Juntas españolas conservan la soberanía para el soberano, es decir, para el rey prisionero Fernando VII, el legítimo, el sagrado, el dueño?... Pues otro tanto harán las americanas para el soberano de América, prisionero a su vez hace mucho tiempo; también lucharán por esa causa, con el mismo heroísmo con que lucha el pueblo español.

Pero... he aquí que se nos ofrece el problema, todo

el problema: el soberano prisionero ya no es, en América, aunque lo parezca, Fernando VII ni sus sucesores; eso es lo que hay aquí de más grave y serio. Cuando, debelado Napoleón en Waterloo, vuelva Fernando a su trono de Madrid, después de su cautiverio, a restaurar el gobierno absoluto tambaleante, ya habrá nacido en esta América, por la ley de la universal germinación, por la de la constante renovación de la vida, otro soberano legítimo, más legítimo que el prisionero de Bonaparte por cierto.

El nacimiento, en estas tierras, de ese príncipe heredero de los reyes presos, de todos los reyes caducos, no ha sido notificado, es verdad, a las naciones, con la solemnidad del ceremonial sagrado; no ha sido presentado un niño a la corte en una bandeja de oro; pero ciego hubiera sido quien no se hubiera dado cuenta pe su venida al mundo. Fué él, precisamente, quien expulsó a los ingleses conquistadores, hace dos años. Sin él, ¿qué hubiera sido del dominio, no sólo de la nación, pero aun de la lengua española en el Plata?

Y los virreyes, y sus delegados, y sus cortes coloniales no eran ciegos; tampoco lo eran los españoles residentes en las colonias. Bien veían que el herédero de Fernando estaba ya en la tierra americana, y que ese tal heredero no era ni podía ser un rey español. El derecho imprescriptible que creían poseer en su propia sangre les impedía, sin embargo, reconocer al nuevo soberano recién nacido; tenían que estrangular a ese bastardo en su cuna; no podía haber más rey que el rey.

Y la cuna eran esas *Juntas*, que, emanadas del pueblo, de que eran núcleo los cabildos, y con presidencia de virreyes, y gobernadores, y capitanes generales,



se forman en América como en España, y se disponen a reconocer, y conservar, y defender, los derechos del soberano legítimo contra el usurpador.

¿El soberano legítimo se llamaba entonces Fernando VII, y Napoleón I el intruso?... Pues las Juntas americanas se constituirán al grito de ¡Viva Fernando VII!...

El nombre es lo de menos, como es lo de menos lo que puedan pensar individualmente tales o cuales promotores de aquel movimiento, ignorantes de su esencia. Hasta hubo virreyes españoles que presidieron la formación de esas Juntas.

Los virreyes, y gobernadores, y peninsulares residentes en América oyeron, sin embargo, generalmente, en aquel grito, un clamor de rebelión. Se dieron cuenta, pues, de la realidad oculta en las apariencias. Y los unos, los americanos, se lanzaron contra los otros, los españoles, e iniciaron una lucha que duró quince años, al final de los cuales se verá que el soberano legítimo, llamado Fernando VII por los primeros, no era ni podía ser el fruto concebido por el tiempo en la antigua monarquía, sino el que palpitaba en las entrañas del pueblo de América, que, como todo organismo vivo, tenía que formar de su propia substancia, *y no de elementos ajenos*, su cabeza, al par que su corazón y su brazo; el soberano que se aclamaba era, pues, el héroe o caudillo que surgiera del pueblo, fuente inmediata de autoridad soberana.

IV

Eso es lo que significan, mis queridos amigos, las efemérides consagradas por los estados americanos:

el 21 de septiembre de 1808 en Montevideo; el 10 de agosto de 1809 en Quito; el 25 de mayo del mismo año, y el 16 de julio, en Chuquisaca y La Paz; el 19 de abril en Caracas; el 22 de mayo de 1810 en Cartagena de Indias; el 25 de mayo de ese mismo 1810 en Buenos Aires, y también en Montevideo, y el 20 de julio en Bogotá, y el 18 de septiembre en Santiago de Chile, y el 14 de mayo de 1811 en la Asunción, y el 16 de septiembre, por fin, de 1810, con el 14 de mayo de 1811, Junta de Zitácuaro y Grito de Dolores, en Méjico. Tales cifras, amadas de los pueblos, conmemoran la formación de *Juntas de Gobierno* americanas, en substitución del virrey, para mejor custodiar los derechos *del rey.*

Esas regiones constituían las subdivisiones, más o menos arbitrarias, del dominio español, al iniciarse la independencia. Allá, en la América del Norte, estaba el virreinato de *Méjico* o *Nueva España,* el mundo de los aztecas, entre uno y otro océano, y alrededor del golfo enorme, con la *Capitanía General o Provincia de Guatemala;* en la América Meridional, que es la que vamos a examinar especialmente, se encontraba el *Virreinato de Nueva Granada,* en el Norte, con su punta en el Istmo de Panamá, y con su sede en Santa Fe de Bogotá; y la *Presidencia de Quito,* más al Sur, sobre el Pacífico; y a la derecha, sobre el mar de las Antillas, la *Capitanía General de Venezuela.*

El *Virreinato del Perú,* que había comprendido todas las posesiones españolas de la América del Sur, hasta Santiago de Chile, hasta Buenos Aires y Montevideo, estaba allá, también en el Pacífico, con su remedo de opulenta sede en Lima, la gran ciudad colonial; de él se había desprendido, y formaba una capitanía general, *Chile,* la tierra de los araucanos, tendida a lo largo de

los estrechos contrafuertes de los Andes, con su centro sociológico en la ciudad de Santiago. Y, por fin, desprendido también del Perú en los últimos tiempos de la colonia, estaba el *Virreinato de Buenos Aires*, que había arrastrado consigo, hacia el Atlántico, hacia el Plata, un territorio de más de la mitad de Europa: todo el que se extiende entre los Andes y la cordillera del Brasil, desde las altiplanicies del Perú meridional, hasta el Río de la Plata. Este virreinato comprendía el Alto Perú; la actual *Bolivia*, con su ciudad de Charcas y su cerro de Potosí; las actuales *Provincias Argentinas*, tributarias geográficamente de la ciudad de Buenos Aires, único puerto de esa región; el *Paraguay*, con su vieja Asunción, dormida en sus bosques de naranjos; y, por fin, del otro lado de la gran cuenca, con los caracteres originales que os he descrito, la *Gobernación Oriental*, con la plaza fuerte de Montevideo, puerto magnífico de la margen izquierda del Plata, como núcleo sociológico.

Como bien lo comprendéis, mis amigos artistas, esas agrupaciones arbitrarias de territorios heterogéneos, habían de disolverse o rectificarse con la disolución del régimen colonial; en ellas no se tenían para nada en cuenta los intereses, y mucho menos los derechos, de los distintos pueblos esparcidos en ese inmenso territorio, sino, como lo hemos dicho antes, las conveniencias de la dueña y señora de todos ellos. Abrir el juicio testamentario de la madre común significaba, por consiguiente, iniciar, *ipso facto*, la partición de su herencia entre sus distintos hijos varones, herederos todos ellos al mismo título, los menores, lo mismo que los mayores, Chile y el Uruguay y el Paraguay, lo mismo que el Perú o Buenos Aires. Las divisiones del coloniaje no daban ni

quitaban derechos; no los constituían, sobre todo, superiores a las leyes étnicas, geográficas, sociológicas, biológicas, si queréis, que determinan la voluntad de los pueblos, y que forman las distintas personas colectivas.

V

En 1810 se creyó en América que España iba a caer por fin, toda entera, en poder de los franceses de Napoleón; el ejército invasor había pasado Sierra Morena; la Junta Central se había refugiado en la isla de León; habíase formado un Consejo de Regencia. La autoridad de los virreyes había caducado, por ende, en América. Sin rey, ¿cómo concebir al virrey? La autoridad era aquí, por consiguiente, *res nullius*, cosa de nadie. Pertenece, en tales casos, como antes hemos dicho, *al primer ocupante*, y éste puede serlo el pueblo entero, que se erige en fuente inmediata de soberanía, y consagra, con su designación o su aceptación, al hombre o a los hombres en que debe residir. Ese es el origen de la democracia republicana. Y ese fué el espíritu autóctono, creador de la revolución de América. Ese principio es el orden, la divina armonía.

Llegó, pues, el momento: toda la América se levantó de una vez a gobernarse a sí propia. El fuego central es el mismo en todo el continente; los cráteres que se abren son varios. Allá en el Norte, después de Quito, aparece el volcán principal en Caracas, en la Capitanía General de Venezuela, Virreinato de Nueva Granada. En el Sur, tras la gran conmoción de Cochabamba y La Paz, ahogadas en sangre, estalla el nuevo fuego en Santiago de Chile; pero, sobre todo, y

como núcleo principal, en Buenos Aires. Entre ambas zonas incandescentes, la del Norte y la del Sur, hay una apagada: el Perú. Lima, su gran capital, será el último baluarte español, al que convergerán encrespadas las olas del Plata y las del Orinoco.

Era el mes de mayo de 1810. El pueblo de Buenos Aires, a quien el mismo virrey había revelado francamente, el día 18, la desastrosa situación de España, hervía en la Plaza Mayor; quería Junta, como la metrópoli; Junta que gobernase en ausencia del rey. Pero aquella gente quería más: clamaba por la deposición inmediata del virrey. ¡Una barbaridad! Aquel organismo estaba con fiebre; elaboraba o reponía instintivamente un miembro que le faltaba. Y era nada menos que la cabeza.

Era virrey a la sazón don Baltasar Hidalgo de Cisneros, quien, designado tal por la Junta de España, en substitución de Liniers, el héroe de la reconquista que fué levantado por el pueblo y apoyado por las tropas, había ocupado su puesto en julio de 1809. El 1.º de enero de ese año noveno, Liniers se vió en el caso de sofocar, con el apoyo de las milicias, presididas por el americano don Cornelio Saavedra, nacido en Potosí, una conspiración fraguada contra él por el español Alzaga, alentado por Elío, gobernador de Montevideo, que, en 1808, le había ya negado su obediencia. Los españoles miraban de reojo a Liniers, por su origen francés; lo creían accesible a la influencia de Bonaparte, cuyos emisarios trabajaban en el Plata.

Pero otra conspiración estuvo por producirse en cambio, en favor de Liniers, cuando Cisneros llegó, poco después, de España, a substituirlo: se intentaba recha-

zar al virrey enviado por la metrópoli, y sostener al designado por el pueblo. La lealtad de Liniers, hombre de bien a carta cabal, y la indecisión de las tropas, retardaron la hora magna, y abrieron el camino al último virrey, que ocupó su puesto, como hemos dicho, el 30 de julio de 1809. Todo anunciaba, sin embargo, que aquella hora estaba a punto de sonar. Una heroica sublevación, que fué ahogada en sangre, estalló, después de la llegada de Cisneros, en Cochabamba y La Paz; en Buenos Aires y Montevideo se formaban núcleos de conspiradores, cuyos trabajos secretos se sentían en el aire.

Una diferencia fundamental había entre estos trabajos, sin embargo: en Buenos Aires, el espíritu se concentraba en la ciudad; los jefes de fuerzas militares formaban parte de los conspiradores; don Cornelio Saavedra, jefe del Batallón de Patricios, era su principal exponente, y presidirá la primera Junta; el espíritu predominante, sin excepción, era monárquico; doña Carlota de Borbón, hermana de Fernando VII, era el astro del nuevo día, al parecer.

En Montevideo, por el contrario, el espíritu palpita difundido en todo el pueblo de la Banda Oriental; los conspiradores se reúnen, generalmente, fuera de los muros; no esperan nada de las tropas; se alejan de ellas. Entre esos conspiradores, Suárez, Larrañaga, los Vázquez, Barreiro, Pacheco, etc., está Artigas. Éste, que será el hombre, comenzará por abandonar los viejos soldados que manda, para acaudillar la masa popular de la que saldrán los nuevos, y que, como lo veréis, es, en ambas márgenes del Plata, la verdadera autora de la revolución de Mayo. Ésa no ha pensado en doña Carlota; no la conoce.

Es indudable que Cisneros, mejor que nadie, se dió



cuenta de que su autoridad estaba allí como un medio en la puerta de una escuela, según suele decirse. Bajo la presión popular, y ante la actitud de los jefes militares, que salieron garantes de la seguridad pública, hubo de autorizar la convocación, por el Ayuntamiento, de una asamblea plebiscitaria o *Cabildo abierto*, que determinase la voluntad del pueblo sobre lo que debía hacerse, en caso de una pérdida total de la península. Bien es verdad que el virrey autorizaba eso «a condición de que nada se haga que no sea en obsequio del amado soberano Fernando VII, o no respete la integridad de sus dominios, pues la monarquía es una e indivisible»; pero bien comprendéis, amigos artistas, que lo que el pueblo quería, pese a todo cuanto hicieran y dijeran los cabildos o asambleas, o promotores académicos, no era propiamente eso, ni cosa parecida.

El *Cabildo abierto* se reunió el 22 de mayo; sus miembros fueron elegidos por el Ayuntamiento, y convocados personalmente por esquelas.

Ese acto fué el decisivo de la revolución, por más que allí, según dice Groussac, no había nadie con la visión, ni siquiera confusa, del edificio futuro. No importa: ya aparecerá quien la tenga.

Se sentaron en la sala, presididos por el Cabildo, 249 de las 450 personas que habían sido convocadas; votaron 224. Allí estaban los representantes del clero y la milicia, alcaldes, empleados, abogados, escribanos, comerciantes, catedráticos, vecinos distinguidos. Era una asamblea de privilegiados; no había delegados directos del pueblo. Pero tampoco eso importa gran cosa; también el pueblo aparecerá cuando llegue el caso. El Cabildo, que se decía su representante, no lo era, ni por su origen, ni por sus ideas:

recomendó a la asamblea que evitase toda innovación o mudanza, por peligrosas; la amenazó *con las miras absorbentes de Portugal;* le advirtió que sus resoluciones tenían que nacer de la ley, o del consentimiento de todos los pueblos o provincias interiores del reino. En fin: se ve claro que el propósito esencial de aquel Cabildo era uno ante todo: que no se tocase al virrey. Y era lo contrario, precisamente, lo que el pueblo quería: quería tocarlo; deshacerse del virrey, como primera providencia.

Me parece excusado detallaros los votos de ese célebre Congreso; los hubo innumerables. Desde el que quería la continuación del virrey, tal cual estaba, o asociado a otras entidades; desde el que optaba porque el Cabildo gobernase, mientras no se organizara un gobierno emanado de España, hasta el que proponía la creación de un gobierno emanado de la nación; desde la doctrina del derecho ingénito radicado en la persona del monarca, hasta la más extrema que consagra el derecho popular, todos los pareceres tuvieron allí su intérprete. De todo aquello surgió, por fin, la resolución siguiente: «Consultando la salud del pueblo, y, en atención a las actuales circunstancias, debe subrogarse el mando superior en el Excmo. Cabildo de esta capital, con voto decisivo del señor Síndico Procurador General, ínterin se constituye, *en el modo y forma que se estime por el Excelentísimo Cabildo,* la corporación o Junta, que debe ejercerlo, y sin que quede duda de que es el pueblo quien confiere la autoridad».

Bien cabía, como se ve, dentro de esa resolución, el vuelco reclamado por el pueblo; pero todo dependía de la ejecución de lo resuelto, y ésta quedaba, según vemos, al arbitrio del Cabildo. El Cabildo no



sólo no la ejecutó, sino que la desfiguró por su cuenta y riesgo; declaró, al día siguiente, que el virrey *había cesado en el mando;* pero que no por eso quedaba separado de él en absoluto, sino que se le nombrarían asociados en el ejercicio de sus funciones, hasta que se convocara la Junta General, que debía proceder de todo el virreinato.

En esa resolución se modificaban dos puntos esenciales de la del 22: se suprimía la última cláusula, que consagraba el origen popular de la autoridad, y se apelaba a los demás pueblos del virreinato, no por respeto a éstos ciertamente, sino porque de las provincias se esperaba la reacción contra lo resuelto en la capital. Veréis cómo será el mismo Liniers quien la intentará en Córdoba.

El virrey aceptó lo acordado, como era de esperarse; pero indicó la conveniencia de consultar a los comandantes de la guarnición. Éstos dijeron que lo que el pueblo quería era la cesación del virrey en el mando.

Muy bien; el Cabildo no se desorientó: creó entonces una Junta provisoria de cinco miembros, entre los que figuraban dos promotores patriotas, Castelli y Saavedra; pero esa Junta estaba presidida por Cisneros. El virrey no era virrey; pero era presidente de la Junta; no podía dar orden eficaz sin la rúbrica de los otros; pero conservaba su dignidad. Y así se esperaría lo que dijeran las provincias interiores.

Eso fué aceptado por los patriotas: por los comandantes militares, por los patricios. Los miembros de la nueva Junta, Castelli y Saavedra entre ellos, prestaron juramento solemne el día 24 de mayo; juraron conservar estos dominios para Fernando, y acatar en un todo las leyes del reino. Desfilaron solemne-



mente entre el pueblo silencioso, y tomaron posesión de sus puestos en la fortaleza.

La revolución estaba, pues, terminada; se había desvanecido. En ese día, dice Groussac, en ese 24, los conductores del movimiento de Mayo habían abdicado.

Pero, entre el 24 y el 25, apareció la otra entidad, la que vamos a ver aparecer muy a menudo en esta historia; la que hallará en Artigas su cabeza genial y su conciencia personal: el pueblo anónimo. Éste, acaudillado por algunos agitadores, entre los que descuellan French y Berruti, no ratificó lo hecho por los patricios y letrados; no quería nada con el virrey. El hervor de la muchedumbre llegó hasta la nueva Junta. Ésta juraba el día 24, a las tres de la tarde, y a las nueve de la noche, instigada por Saavedra y Castelli arrepentidos, devolvía al Cabildo, en lacónica comunicación, el poder que de él había recibido, y que le quemaba las manos. Es preciso nombrar otra Junta, le decía, para calmar la efervescencia popular.

En ese estado de cosas rayó el día 25 de mayo de 1810. El Cabildo no se daba por vencido. Se reunió en las primeras horas de ese día, e intentó rechazar la renuncia de la Junta, y conminarla a sostener su autoridad por la fuerza. El populacho, la barbarie, invadió entonces la casa capitular; algunos individuos anónimos gritaron, en nombre de esos bárbaros, protestando contra el nombramiento de Cisneros, e increpando al Cabildo por haber violado lo resuelto el 22. ¡Si hubiera sido posible castigar el desacato! El Cabildo convocó a los jefes militares con ese objeto, y éstos declararon que ellos mismos no se consideraban seguros contra el pueblo. Éste, mientras ellos



hablaban, golpeaba las puertas de la sala capitular, y daba voces endiabladas.

¡Pues que el diablo cargue con él! se dijo el Cabildo. Y envió una diputación al virrey, indicándole la conveniencia de su renuncia. Ésta no se hizo esperar; llegó verbalmente.

Todavía se pensaba en una nueva componenda. Castelli y Saavedra proyectaban el mantenimiento de la Junta con el simple cambio de presidente, cuando un grupo tumultuario penetró hasta la sala del Ayuntamiento, y declaró, a su modo, que el pueblo reasumía la autoridad, destituía la Junta nombrada, y proclamaba una nueva. Ésta se había formado, no se sabe dónde a ciencia cierta, ni importa nada el saberlo; el pueblo anónimo la hacía propia, y la imponía *porque sí:* Presidente: Saavedra, el jefe del Batallón de Patricios; Vocales: Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Alberti, Matheu y Larrea. Moreno y Paso, Secretarios.

El Cabildo, desde los balcones de la casa consistorial, pactó con el pueblo que, en escaso número, estaba reunido en la plaza. «¿Dónde está el pueblo?» preguntó. «Sonad la campana y aparecerá», le fué respondido.

El Cabildo no sonó la campana: pactó con aquel grupo, en el que no se veía a ninguno de los promotores del motín, y reconoció el nuevo Gobierno: el que estaba escrito en la lista anónima.

Poco después, tronaban los cañones en sus troneras antiguas; se estremecían las campanas en las altas torres venerables, y daban gritos; flotaban en el aire, como pájaros recién salidos del nido, las escarapelas bicolores, blancas y azules, que llevaban los hombres a guisa de distintivo, y éstos se abrazaban, como quien



celebra la llegada de un viajero que se esperaba, y que, al fin, estaba allí. La primera *Junta de Gobierno* está, pues, formada; la primera autoridad, emanada de la nación, que destituye a un virrey.

Eso es, reseñado ligeramente, el 25 de Mayo y sus equivalentes en América, mis buenos amigos: la mañana de un largo día de la historia. Una espléndida mañana.

VI

Trátase ahora, amigos míos, de designar el héroe de esa gran revolución que se inicia: del 25 de Mayo y sus consecuencias.

¿Quién había realizado aquello en Buenos Aires? ¿Había allí un hombre? O mejor dicho: ¿estaba allí *el hombre*, la conciencia humana depositaria del pensamiento fundamental de la persona colectiva que allí nacía? «El Cabildo abierto del 22 de mayo, dice Groussac, señala el acto decisivo de la revolución argentina. A él concurrieron, para combinarse o combatirse, las fuerzas varias, afines o refractarias, que, de años atrás, venían trabajando el complejo organismo... En todos estaba la conciencia de un cambio necesario; pero en nadie la visión, siquiera confusa, del edificio futuro que de los escombros coloniales podía y debía surgir.» «...Todo monumento con inscripciones nominativas en que se consagre «a los autores» de la revolución de Mayo, tiene que cometer la enorme injusticia de desconocer a sus verdaderos héroes, que son anónimos.»

«Aquel movimiento no tuvo caudillo, dice el maestro don José Manuel Estrada. En el Río de la Plata



la revolución se desarrolló por la coincidencia de todas las pasiones populares; y sabéis que el *populacho* de Buenos Aires, llamado en horas de desaliento, salvó la naciente nacionalidad, y puso sobre las cumbres de la historia su ídolo y su lámpara.»

Y dice otro maestro, don Domingo F. Sarmiento, en su *Facundo*: «Buenos Aires, en medio de todos estos vaivenes, muestra la fibra revolucionaria de que está dotada. En Venezuela, Bolívar es todo. Venezuela es la peana de esa colosal figura; Buenos Aires es una ciudad entera de revolucionarios; Belgrano, Rondeau, San Martín, Alvear y los cien generales que mandan sus ejércitos, son sus instrumentos, su brazo; no son su cabeza ni su cuerpo. En la República Argentina no puede decirse «el general tal libertó al país», sino «la Junta, el Directorio, el Congreso, el Gobierno de tal o cual época mandó al general tal que hiciese tal cosa».

Observemos aquí, de paso, que lo que dice Sarmiento no es del todo exacto; veréis cómo ese general Rondeau, recordado por él, continuará el segundo sitio de Montevideo, que dará en tierra con el dominio español en el Plata, *a pesar* de las órdenes del gobierno de Buenos Aires, que le imponen levantar el asedio; sabréis oportunamente cómo el otro, Belgrano, librará la batalla de Tucumán, a ruego angustioso de los tucumanos, pero *contra las instrucciones* del triunvirato de Buenos Aires, que lo llama premiosamente a la capital; veréis, por fin, cómo el tercero, San Martín, el más grande de los tres, realizará la expedición al Perú, *violando mandatos expresos* del gobierno central, cuyos planes entorpece con ella. Pero Sarmiento tiene razón, no cabe duda, cuando juzga que en ninguno de esos generales estuvo el pensamiento integral

de la revolución, ni la visión remota del edificio futuro, ni la acción, por consiguiente, del héroe, del arquitecto de patrias. Ésta estuvo sólo en otro, que no era general de Buenos Aires, ni su enviado, y que vais a conocer muy bien.

Por ahora, para que os deis cuenta, mis amigos, de lo que significa eso que dice Sarmiento, y os iniciéis en el conjunto de la revolución hispanoamericana, es menester que sepáis quién es ese Bolívar de que aquél nos habla, porque, efectivamente, es una figura colosal.

Y, antes que a Bolívar, bueno es que conozcamos al mismo Sarmiento, porque es un voto de calidad cuando se trata de Artigas. Sarmiento fué su detractor encarnizado; pero tiene mucho de aquel profeta Balaam que bendecía al pueblo de Israel, cuando, montado el buen vidente en una burra, iba con el propósito deliberado de echarle maldiciones y conjuros. Lo indeliberado era en Balaam la profecía; lo indeliberado es en Sarmiento la verdad. Hombre de lucha, escritor inspirado, diplomático, general, y hasta, a ratos perdidos, presidente de la República Argentina, este Sarmiento fué un varón insigne por muchos conceptos; pero lo fué, sobre todo, porque vió más de una vez verdades intrínsecas que no se veían, y las habló con sinceridad casi infantil. No era papelófilo; no se sometía más de lo justo a la tiranía de los documentos, ni rendía gran culto a los manuscritos viejos, ni a los nuevos; pero leía dentro de sí mismo con claridad, y decía cosas reales, casi inconscientes. Por eso hubo quien lo llamó loco, y por eso hoy le llaman genio, y no sin causa. En Buenos Aires le han erigido una bella estatua marmórea. Se le erigirán otras probablemente.

Y, conocido Sarmiento, pasemos a Bolívar.



VII

Ya hemos dicho que el fuego central revolucionario hizo erupción al mismo tiempo en toda América; por todas partes se abrieron cráteres.

En Caracas, lo mismo que en Bogotá y en Quito, la invasión de Napoleón, y la prisión de Fernando VII, determinan algo semejante a lo que hemos visto en Buenos Aires. También es el pueblo quien allí se levanta: depone al virrey o gobernador, crea una Junta de Gobierno, aclama a Fernando VII, etc., etc. Y se empeña en una lucha homérica. Allí, lo mismo que en Chuquisaca la mártir, y al revés de Buenos Aires, donde nunca se oyó un tiro español, la represión es inmediata y espantosa. Venezuela es la tierra de la *guerra a muerte*, la más sangrienta de la revolución americana. Pero de en medio de aquellos *populachos*, tan briosos como el de Buenos Aires, surge un caudillo (tiene razón Sarmiento), que, más aun que por su genio militar, por su arraigo en el pueblo, puede ofrecerse como el espíritu de aquellas multitudes, inflamado en una conciencia de hombre.

Es el mismo Sarmiento el que precisa el carácter de ese hombre Bolívar. Dice, criticando una biografía que sobre él se escribió: «En esa biografía, como en todas las otras que de él se han escrito, he visto al general europeo, a los mariscales del imperio, a un Napoleón menos colosal; pero no he visto al caudillo americano, al jefe de un levantamiento de las masas; veo un remedo de la Europa; nada que me revele la América.

»Colombia tiene llanos, vida pastoril, vida bárbara,



americana pura, y de ahí partió el gran Bolívar; *de aquel barro hizo su grandioso edificio...*

»La manera de tratar la historia de Bolívar de los escritores europeos y americanos conviene a San Martín, y a otros de su clase. San Martín no fué caudillo popular; era realmente un general. Habíase educado en Europa, y llegó a América, donde el gobierno era revolucionario, y pudo formar a sus anchas el ejército europeo, disciplinarlo y dar batallas regulares, según las reglas de la ciencia. Su expedición sobre Chile es una conquista en regla, como la de Italia por Napoleón. Pero si San Martín hubiese tenido que encabezar *montoneras*, ser vencido aquí para ir a reunir un grupo de llaneros por allá, lo hubieran colgado a la segunda tentativa.»

»...A Bolívar, al verdadero Bolívar, no lo conoce aún el mundo; y es muy probable que, cuando lo traduzcan a su idioma natal, aparezca más sorprendente, y más grande aún.»

Todo eso tiene mucho de verdad. Vosotros debéis tenerlo muy en cuenta cuando tracéis la figura de Artigas. Pero acaso no es toda la verdad.

Es preciso que conozcamos a Bolívar, como hemos conocido a Washington, para llegar a Artigas. Nos hace falta para apreciar a éste por contraste.

Simón Bolívar fué grande, efectivamente, por eso que dice Sarmiento: *porque de aquel barro, del pueblo americano, hizo su grandioso edificio.* Aparece en la historia, muy joven aun, cuando se constituyen las primeras juntas en Caracas; es enviado en una comisión a Inglaterra, y regresa cuando está empeñada la lucha; llega a Nueva Granada, y de allí pasa a Venezuela, su patria, como libertador; da batallas; cae en la pri-



mera jornada; emprende una nueva, y triunfa; pasa los Andes septentrionales, empresa que no tiene superior en la historia humana, y se abre camino, con victorias estupendas, hasta Bogotá. De la fusión de Venezuela y Nueva Granada constituye la primera patria colombiana, la Gran Colombia; refunde en ésta la provincia de Quito; triunfante en el Norte, desciende, en busca del baluarte español, al bajo Perú, y lo domina; se encuentra en el camino con San Martín, excelso capitán ríoplatense que sube victorioso del Sur, y San Martín se desvanece a su contacto, como luz que en luz mayor se disipa; persigue al enemigo hasta el Perú alto; acaba con él en *Junín*, en *Ayacucho*, donde Sucre, el mariscal sin tacha, brilla a su lado como estrella acompañante.

Para que os deis cuenta de lo que todo eso significa, como empresa militar, básteos saber que Bolívar dirigió como jefe treinta y seis batallas, de las que ganó diez y ocho; fué derrotado en seis, y se retiró en doce. La guerra que él sostuvo fué la más encarnizada de América; guerra a muerte, sin cuartel, llena de horrores y de martirios.

Pero si el guerrero genial y fulgurante aparece en él, no pasa otro tanto, ni mucho menos, con el pensador. Todo en él son vértigos, tinieblas, resplandores intermitentes. Mientras al golpe de su espada hace brotar la patria de la roca, Bolívar procura encauzarla hacia un porvenir que él ha soñado, pero que no ve con claridad: una gran monarquía criolla bajo el protectorado de Inglaterra; una república aristocrática; una confederación americana, especie de magno imperio, o de algo así. En todo eso pensó. Nunca creyó en la posibilidad de una república democrática. Se juzgó a sí mismo el hombre necesario.

Que os baste saber, para daros cuenta de esto, que, de los veinte años que duró su vida pública, fué, durante diez y ocho, jefe supremo, presidente o dictador de la compleja nación primitiva que surgía de su cabeza volcánica, y que lo aclamaba como a un dios.

Pero más que la historia, yo quiero que conozcáis el carácter, el significado de esa especie de meteoro. Bolívar no es Washington; es mucho más grande y mucho más chico que Washington; es su contraste. Veréis cómo no es tampoco Artigas: el contraste con éste es todavía mayor, si cabe. Bolívar fué una llamarada en las tinieblas, agitada por el viento huracanado; Artigas, como lo veremos, fué una luz fija, fija como la mirada de unos grandes ojos desconocidos; no disfrutó jamás las delicias del triunfo en las ciudades; no tuvo ambición de rey; se ignoró a sí mismo.

Bolívar es un vástago de sangre azul; es hijo de noble; se casó en Madrid con una sobrina del marqués del Toro. Es un hombre de letras; ha estudiado, viajado por Europa, donde ha vivido en contacto con príncipes; jugó con el mismo Fernando VII; asistió en París a la coronación de Bonaparte. Ha formado parte de los núcleos revolucionarios constituídos por Miranda en Inglaterra, para envolver la independencia americana en los problemas políticos europeos y hacerla brotar de ellos, aunque fuera entregándola a la Gran Bretaña. Ha presenciado las convulsiones internas de la Europa revolucionaria; las ideas flotantes en el aire europeo resuenan en su cabeza, sin llegar a formar una armonía; la aturden algunas veces.

Pero su enérgica personalidad no es arrastrada por esas formidables influencias; se sobrepone a ellas: es original, completamente original; tiene un pensamiento propio, no aprendido, sino *aparecido en él.* Hay



momentos en que Bolívar es el tipo del montonero americano, un criollo de alma y cuerpo; piensa y obra como caudillo heroico. Hay otros en que no se distingue en él al hombre de esta tierra, ni siquiera al de tierra alguna; vive en los vapores o en el fuego, como la salamandra; sube y baja, como llama vibrátil y policroma en forma de lagarto. Pero no por eso se ve en él al hombre europeo; es Bolívar. Es escritor, verdadero escritor, inspirado, grandilocuente, hasta crítico de su propio cantor Olmedo; y buen crítico. Es poeta, orador, habitante del país de ensueño; es estadista empírico, filósofo intermitente; sus proclamas y arengas son batallas; son poemas sus combates. Es grandioso; no lo llamo teatral, aunque lo parece, porque es sincero. La ambición de gloria, de poder, de mando militar, es el motor inmediato de aquel espléndido instrumento, formado para las triunfales sinfonías. Quería refundir en su propia persona a Washington y a Napoleón; no quería ni podía ser ninguno de los dos. En cuanto a Artigas, no lo conocía; no lo veía.

Pero en él, a la vera de las visiones que flotan aladas en el alma y la libertan, vivían rampantes las pasiones que hormiguean en la carne, el gusano brutal del espíritu. ¡Las pasiones de Bolívar! Nadie las ha sentido más altas, ni más bajas. Y las pasiones son las enemigas del carácter. Era orgulloso, impetuoso, irritable; las palabras se derramaban de su boca, como la sangre de una herida, cuando montaba en cólera; pero era rápido en deponer la ira. El movimiento, la perpetua transición, la satisfacción inmediata y rápida de sus apetitos eran su vida. El reposo en un sitio o en un afecto era para él la muerte; no se veía a sí propio con intensidad; se ausentaba de sí mismo a cada paso, ya por abstracción, ya por dis-

tracción. Amaba con los sentidos, es decir, no amaba. El incienso de la adulación y de la lisonja cortesana, que lo envolvieron como a nadie; la garra de los deleites voluptuosos; los hombres y las mujeres, todos tenían poder sobre él, y hacían intermitente la luz de aquel genio, que pasaba de las grandes claridades a las tinieblas sin orillas. En sus épocas de pobreza y de angustia piensa en el suicidio; en las de ambición, sueña en su propia corona imperial; en las de desaliento, se vuelve a Fernando VII, y le llama el más grande y glorioso de los monarcas de la tierra, el único padre y dueño de América. Un día dice a su amigo íntimo, el inglés Sutherland, entre bromas y veras, al despedirlo: «Cuando yo me encuentre desembarazado de los españoles, y usted venga a visitarme, lo tendré a usted de rodillas para besarme las manos». Mr. Sutherland repetía a su hijo Roberto esa frase, que por algo quedó tan grabada en su memoria, como lo comprendéis. Es muy conocido el brindis que pronuncia Bolívar en el banquete que ofrece a San Martín en Guayaquil: «Por los dos hombres más grandes de la América del Sur: San Martín y yo».

La fiebre que lo agotaba, y le conservaba, al mismo tiempo, la existencia y el genio, lo mató, por fin, en la plenitud de su vida y de sus desencantos; murió a los cuarenta y siete años, después de ver destrozada, por sus propios tenientes, la soñada Unión Colombiana que él legisló; después de más de una tentativa de asesinato contra él; desalentado y devorado de pesar; «menos intrépido contra la calumnia que contra los puñales», dice don José Tomás Guido. Y de su obra quedó sólo la realidad intrínseca; los sueños se diluyeron en la aureola dorada que circunda su cabeza.

Y la realidad intrínseca de Bolívar, la permanente al través de las variaciones, era eso que dice Sarmiento: la fe en el pueblo, en el barro; la parte que él tenía de común con ese mismo barro germinal; lo que tenía de común precisamente con Washington y con Artigas, en medio de las enormes distancias aparentes de esos tres hombres, que ocupan los tres ángulos del gran polígono histórico americano. Bolívar tuvo fe en América, aunque la tuvo mayor en sí mismo; se sentía las alas, y las juzgaba de fuerza ilimitada. No existen de esas alas en el mundo; por eso su misma fe en América sufrió congojas; el héroe no murió en aquella fe como veréis morir a Artigas, que se negó a sí propio por confesarla. Ese mismo desencanto, sin embargo, nos revela en Bolívar la existencia *del encanto,* del ideal entrevisto en medio de las tempestades.

Bolívar creyó sinceramente en la existencia orgánica del pueblo americano recién nacido; se refundió en él, se identificó con él, con sus grandezas y sus miserias. Quiso ser su cabeza, es cierto; pero cabeza articulada, irrigada por la misma sangre de todo el organismo. Después de realizada la independencia, pensó en organizar aquello, y se sintió confundido, y con razón. La república no es una semilla: es un fruto. Aquello, allá como acá, era una materia cósmica caótica. Pensó, como hemos dicho, en la monocracia, en el gobierno del hombre necesario, en senados vitalicios y aun hereditarios, en cualquier cosa que conjurara el peligro de disgregación de aquellas moléculas hirvientes; él aprobó el coronamiento de Itúrbide en Méjico, a título de que, «no pudiendo hacerse otra cosa, ello era preferible a la coronación en América de príncipes Borbones de Francia o Es-

paña, o austriacos, o de otra dinastía». Así lo dice su secretario Pérez en nota oficial. Pero todo eso, y todo lo demás que quiera atribuírsele con ese objeto, hasta su propia tiranía, había de salir del pueblo mismo, del organismo americano, cuyo definitivo desprendimiento de la metrópoli era el alma de su pensamiento o visión proféticos. «Me ruborizo al decirlo, dice en uno de sus mensajes al Congreso; la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de todos los demás; pero ella nos abre la puerta para reconquistarlos.» Él vió lo grosero, lo primitivo de aquel barro; pero no renunció a él, como materia prima de la obra que su genio entreveía; llegó a hablar hasta de *una nueva casta americana,* formada *de la fusión de todas nuestras razas,* en que se fundía su propia sangre hidalga con la del indio, con la del negro. Todo menos volver a la antigua servidumbre. «Venezuela no ha solicitado ni solicitará jamás su incorporación a la nación española, ni la mediación de potencias; no tratará jamás con España, sino de igual a igual, en paz y en guerra», dice en el Congreso de Angostura. Es el ideal que reaparece como la luna entre las nubes.

Allí se pensó en una monarquía; pero, como en los Estados Unidos, el monarca había de ser el héroe, Bolívar. Santander, uno de sus generales, escribe a éste una carta en que le dice que aceptaría la monarquía si el monarca fuese él, el Libertador. Bolívar rechaza; no se resuelve a echar mano a esa corona que pasa tentándole ante sus ojos, y que él mira con avidez. Lo vemos gestionar expresamente el establecimiento en Colombia de una monarquía inglesa; pero en todo eso se percibe su propósito de ser él, y sólo él, *el Inca.* No quiere ser el instrumento de Inglaterra; sueña en hacer de ésta su instrumento contra España,



y en favor de la libertad de América. Sueños, sueños, sueños. El general Páez le propone el cetro, encargándole el secreto. Bolívar contesta con estas palabras: «A la sombra del misterio no trabaja sino el crimen».

Terminemos este rápido esbozo; no hay nada que más desoriente que el seguir la rotación de ese vértice central de nuestra historia; yo, cuando menos, confieso que, no pocas veces, ese hombre fosforescente me hace perder la cabeza. Hay momentos en que no se sabe si uno está viendo pasar por el cielo la sombra de un águila que viene del sol, o si es la de una mariposa enorme que revolotea en torno de una hoguera que puede ser un astro; pero de lo que no cabe duda es de que se está en presencia de una criatura inflamada de luz propia o muy cercana al foco de que procede el día. Bolívar tuvo maestros; pero no precursores; fué un espíritu autóctono, una nebulosa espiral.

Y eso, la aparición en él de *un carácter nuevo,* distinto de los preexistentes, y que sólo en América pudo entonces formarse, eso, más aun que sus condiciones intelectuales o imaginativas, es lo que hace de Bolívar el glorioso exponente de la revolución americana en el Norte. Sus otras condiciones, educación, elocuencia, imaginación, teorías empíricas, genio militar, son simples accidentes, que sólo toman ser unidos a la substancia; ceros gloriosos que parecen nimbos triunfales, pero que son aureolas de humo sin la unidad que los preside.

VIII

La revolución americana tuvo, pues, mis amigos artistas, un héroe, allá en el Norte, lo que se llama un héroe, es decir, un protagonista, una concien-



cia humana depositaria de su pensamiento integral, más o menos claro: fe en el pueblo, independencia de toda dinastía europea.

¿No existirá algo semejante en esta América subtropical? ¿No vivirá el *héroe* de Carlyle, el hombre de carne y hueso, no una fórmula, una abstracción, ya que, según Víctor Hugo, la multitud tiene demasiados ojos para tener una mirada, y demasiadas cabezas para tener un pensamiento?

Como hemos visto, Groussac no encuentra a nadie con la visión, siquiera confusa, del edificio futuro, entre los hombres del 25 de mayo de 1810; Estrada está en el mismo caso; Sarmiento dice que tampoco lo ve allí, ni lo reconoce en ninguno de los cien generales, San Martín, Belgrano, Rondeau, Alvear, que mandaron ejércitos argentinos.

El héroe de la revolución de Mayo existía, sin embargo, mis amigos artistas; existía felizmente. Y por eso, porque también aquí tuvo la sociedad energías bastantes para formarlo de su propia substancia, por eso triunfó el pueblo, a despecho y pesar de todos los hombres de poca fe, y de las multitudes incapaces de pensar. Nosotros lo vamos a encontrar, lo vamos a reconocer entre mil, sin que pueda confundírsele con hombre alguno.

Pero demos a cada cual lo suyo. Fué ese extravagante de Sarmiento quien, antes que nosotros, y pese a las tinieblas de sus preocupaciones, entrevió la realidad y pronunció su nombre, cuando nadie lo pronunciaba; es él quien, al hablar de Bolívar lo que hemos leído, nos dice en su *Facundo*, el año 1840: «*Si los españoles hubieran penetrado en la República Argentina el año XII, acaso nuestro Bolívar hubiera sido Artigas,*



si este caudillo hubiera sido, como aquél, tan pródigamente dotado por la naturaleza y la educación».

¡Nuestro Bolívar hubiera sido Artigas! ¡Oh profeta Balaam!

¿Por qué Artigas, y no alguno de los otros bravos caudillos de esta tierra, ingenuo Sarmiento, siendo así que los hubo tan heroicos? ¿Por qué no San Martín o Pueyrredón o Güemes?

¿Y qué tenía de común el caudillo oriental con el venezolano (ya que algo de común, y muy esencial, había de tener para ser su equivalente), no siendo, como no lo eran, ni los estudios en Europa, ni la naturaleza, ni la educación, ni el aparato exterior?

Eso es lo que no podía percibir Sarmiento con claridad, y lo que ha ignorado la historia rioplatense, y aun americana, hasta ayer no más; y es eso lo que voy a haceros ver yo, mis amigos artistas: lo que hay de común entre Artigas y los pocos videntes de las cosas futuras; lo que hay en él de idéntico con el genio, que, en la región de los iguales, aparece con su visión, y que, como el Proteo poliforme de la fábula, se viste con la túnica de Moisés, o con la armadura de Juana de Arco; se envuelve en la clámide de César, o en el capuchón de Dante; se pone el uniforme de Washington, o la chaquetilla de capitán de blandengues de este caudillo americano.

Y eso es lo que debemos convertir en bronce sonoro, amigos míos.

¡Acaso nuestro Bolívar hubiera sido Artigas!

¡Oh viejo Sarmiento, hombre de bien! ¿Mirabas por el ojo de la cerradura?

Sí, era eso lo que estaba allí dentro: Artigas fué el Bolívar del Sur, como éste, con ser la antítesis de Washington, fué el Washington del Norte, porque era

el solo *caudillo*, es decir, el solo núcleo de cohesión orgánica, el principio substancial, inmanente, de vida propia, en estos pueblos. Era un Bolívar menos ígneo o fulgurante que el otro, como que nació en una tierra fría y sin volcanes; menos tentado de exóticas apariciones, como que, encerrado en su pobre tierra americana, no aprendió doctrinas enciclopédicas, no se creyó todo en su patria, como Bolívar lo creyó de sí mismo y Sarmiento de Bolívar; no se codeó con príncipes, ni conoció grandezas señoriales, ni pudo pensar en emular a Bonaparte, ni a ningún César coronado; menos poeta, menos elocuente, como que su visión era silenciosa, de ojos de sibila, inaccesible al carnal deleite. Pero fué más autóctono, incomparablemente más autóctono que Bolívar, más creyente en el pueblo americano, más carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos, más atento y obediente a la voz de su dios interior, y tan distinto como aquél, en el carácter, de todo lo preexistente. Artigas es el equilibrio, la ponderación, la plenitud. Él es el grande. Y es más difícil ser grande que ser sublime.

Por él, y sólo por él, mis amigos, podemos afirmar que la revolución en el Río de la Plata tuvo un pensamiento, y fué, desde su origen, una verdadera revolución, mucho más republicana que la del Orinoco. Él es, pues, el hombre del 25 de mayo de 1810, si establecemos esa cifra como el primer día de la patria que hoy existe en este mundo austral americano.

IX

Porque eso es lo que debemos dejar establecido, y con mucha precisión, una vez por todas, en nuestra



conversación de hoy, amigos míos: si el rey que se aclamaba en la plaza de Buenos Aires el 25 de mayo con el nombre de Fernando VII, era realmente el Fernando VII de carne y hueso, ludibrio a la sazón de Bonaparte, o era el nuevo rey, el pueblo americano; si el movimiento de 1810 era una simple evolución política, es decir, la aparición de una fuerza progresiva que, combinada con la conservadora existente, dará una resultante análoga intermedia, o si era, como hoy se proclama a grito herido, y se canta en los himnos patrios, el levantarse de «una nueva y gloriosa nación»; si se trata, en una palabra, de la reforma del coloniaje, o de su abolición; si el camino que había de emprenderse, por consiguiente, era el de la línea curva, suave y armoniosa, cuya dirección está indicada en cada instante por la del momento que la precede, o el de la línea recta, rígida y dura, brutal si queréis, que no cambia de rumbo sin estallar y romperse.

Hoy parece todo eso muy sencillo; para quien sólo conociera la historia por los cantos y los mármoles, sería una verdad inconcusa que todos y cada uno de los próceres de Mayo creyeron lo segundo, y no pudieron creer otra cosa.

Pero eso, como la existencia de América, era el secreto manifiesto revelado al genio, mis amigos; eso fué sentido por Artigas; sólo él lo creyó, cuando menos, con la obstinación del poseído de un dios. Él fué el *bárbaro*, en el sentido clásico de la palabra: *extraneus*, el distinto de los demás, el *extraño*.

Son muy fáciles de distinguir las tres entidades clásicas en la gestación de nuestra vida: la del que quiere *la continuación del dominio europeo;* la del que aspira *al condominio o participación* del pueblo americano; la



del que proclama, por fin, la caducidad de aquél y *el pleno dominio* de éste sobre sí mismo.

Los patricios de la revolución de Mayo, sometidos a las leyes biológicas que antes hemos estudiado, fueron grandes y gloriosos; pero eran *el hombre viejo;* no podían abrigar aquella fe de los ingenuos, transportadora de montañas; no la abrigaron.

Se estudian esos varones ilustres, uno a uno, Belgrano, Moreno, Pueyrredón, Castelli, Rivadavia, García, para encontrar al hombre de suprema sinceridad, o, lo que es lo mismo, de convicción clara y propósito fijo, y yo os aseguro, mis amigos, que tienen razón Estrada y Sarmiento y Groussac y todos los que dicen que no se le encuentra en la plaza de Buenos Aires. Se busca entonces al hombre de ciencia eminente, que pueda suplir, con una convicción muy arraigada, la falta de inspiración creadora, y tampoco se da con él; allí no había un sabio.

Si alguno de entre ellos pudiera reclamar la primacía, ése no sería otro, me parece, que el joven secretario de la Junta de Mayo, don Mariano Moreno, al que se designa generalmente con el predicado de *Numen de la Revolución.* Él era, no hay que dudarlo, el *alma mater,* el maestro de aquella Junta, que lo reconocía «*como el solo capaz, por sus vastos conocimientos y talentos*», de trazarle su rumbo.

Bueno será que conozcamos, siquiera sea someramente, a ese joven héroe; hoy podemos penetrar hasta el fondo de su pensamiento, a la luz de sus escritos que poseemos, y darnos cuenta del lugar que ocupaba en las tres categorías de que antes hablamos.

Moreno fué el fundador y director de *La Gaceta de Buenos Aires,* órgano de la revolución; el redactor de los manifiestos, decretos y comunicaciones

de entonces; el encargado por la Junta de la redacción de un *Plan de las Operaciones que el Gobierno Provisional debe poner en práctica para consolidar la Grande Obra de nuestra libertad e independencia*, Se lee todo eso, y mucho más, y uno se convence de que, si bien el joven revolucionario era una altiva figura, descollante en su medio, no era el hombre nuevo de América, ni tampoco un estadista de gran preparación científica. Abogado formado en la Universidad colonial de Chuquisaca, ejercía Moreno su profesión en Buenos Aires; poco antes de estallar la revolución, había defendido, en una exposición memorable, las buenas doctrinas sobre libertad de comercio de las colonias, por más que su visible tendencia a mantener el monopolio de Buenos Aires, le hace incurrir en los mismos errores que combate en la metrópoli. No era, sin embargo, un economista; sus conocimientos eran mucho menos vastos, menos profundos sobre todo, de lo que juzgaban sus compañeros; sus ideas económicas rudimentarias, frágiles y vacilantes. No lo eran menos las políticas: casi no tenía noticia exacta de la revolución inglesa, ni de la angloamericana; le era desconocida la constitución de los Estados Unidos, que había de ser el modelo de la de su patria. Había estudiado alguno de los enciclopedistas franceses; su oráculo era Rousseau; pero si bien Moreno sintió que los principios en que se había formado se conmovían al nocivo influjo del filósofo ginebrino, no se dejó dominar por él en absoluto; quiso conciliar lo inconciliable; divulgó el *Contrato Social*, pero suprimiendo el capítulo en que se atacan las doctrinas religiosas, que el prócer profesaba, y conservó incólumes. El año 1810 lo encontró en ese momento de crisis: nada estaba maduro en él.

Leamos algunos párrafos, siquiera, del interesante estudio de Paul Groussac, apologista de Moreno, sobre la preparación científica de éste. Me parece que Groussac acierta en su semblanza.

«Mariano Moreno, dice, estaba imbuído en *algunos* escritores del siglo XVIII, especialmente filósofos y enciclopedistas; a éstos los sabía de memoria, puede decirse, entretanto que parece ignorar a los demás, y, entre ellos, al más grande e ilustre de todos... *El Espíritu de las Leyes,* la magna obra política del siglo, la sola que contuviera algo más que peligrosas utopías, hipótesis inverificables o apasionadas declamaciones, no se encuentra citada en los escritos de Moreno, ni parece que le pida nada, a no ser lo que se le alcanzaría por el reflejo de Filangieri.

»Este brillante y especioso napolitano, discípulo de Montesquieu, y sublevado algo ridículamente contra su maestro, sí que ejerció, junto con Jovellanos, una marcada influencia sobre Moreno...

»Pero éste muy pronto... deja correr su verbo torrentoso, que arrastra en su carrera, mezclados con ideas y frases propias, detritus y astillas innumerables de Mably, Volney, Rousseau; sobre todo de Raynal, el fogoso y desmelenado historiador del *Comercio europeo en ambas Indias...*

»Villemain ha señalado esta preponderancia y presencia visible del *Contrato Social* en los debates de la América latina, siendo así que casi nunca se le cita en las asambleas de los Estados Unidos.

»Para Moreno no existe nada entre la Asamblea Nacional y el Imperio: las leyes, las constituciones, los *Derechos del hombre,* las arengas de los Girondinos y Jacobinos, son letra muerta para el revolucionario argentino. ¡Ninguna experiencia ni enseñanza pueden



extraerse de los triunfos y catástrofes, de las conquistas y excesos de la Convención! El caso es tan extraordinario, que señalo este nuevo punto de vista a los historiadores futuros. Sin reparar para nada en que, de las tempestades y cataclismos contemporáneos, ha surgido a la historia un mundo nuevo, como una Atlántida del seno del océano, el pensador colonial continúa extractando de Rousseau y Mably sus abundantes referencias a las constituciones de Esparta y Atenas, y suministrando copiosos ejemplos de Minos y Licurgo a los diputados de Santiago, Jujuy, Tarija y demás provincias, que ya se ponen en camino para derrocarle.»

Creo que con esto tenemos bastante para comprender que el Numen, el verdadero Numen de la revolución de Mayo, no había aparecido en Mariano Moreno, sin por eso negar que había algo en aquella noble cabeza de treinta años, y mucho en aquel ígneo corazón atormentado.

Su pensamiento integral, en cuanto al fin de la revolución americana y a los medios que debían emplearse para su triunfo, está consignado en ese *Plan de Operaciones*, que os he dicho le fué encargado por la Junta. Este largo documento era desconocido hasta hace muy poco; su aparición produjo un estupor parecido al pánico; los principios en él adoptados, el despotismo sobre todo, son contrarios a la revolución de Mayo; los medios, proclamación engañosa de Fernando VII, crueldad, terror, exterminio, doblez, traiciones, son contrarios a la naturaleza. Hasta se aconseja allí la cesión de la isla de Martín García a Inglaterra, en cambio de su protección; hasta se proyecta la conquista del Brasil... Ilusiones o atrocidades.

Groussac ha hecho inteligentes esfuerzos por demostrar que ese estupendo documento es apócrifo. No vacilo en afirmar, tras detenido estudio, que Groussac tiene razón: ese documento no es de Moreno; ha sido escrito con posterioridad a su fecha, y por un detractor de la revolución de Mayo. Pero este ignorado autor ha impreso tal verosimilitud a su obra, que el Ateneo de Buenos Aires, que es quien la ha divulgado últimamente, lo ha hecho creyéndola perfectamente auténtica. Si se estudian, efectivamente, los actos y decretos de la Junta de Mayo, inspirada por Moreno, se concluye en que, si bien esos actos no se ajustaron al documento apócrifo, éste se ajusta de tal manera a aquellos actos, que sólo una mirada muy experta puede percibir el engaño. Veremos cómo se recurrió al terror, y a muchos otros de los medios que ese documento dice aconsejados por Moreno; en cuanto a la proclamación, sincera o engañosa, del rey, la Junta decía, en un manifiesto de agosto de 1810, redactado por su ilustre secretario, que «la capital había jurado solemnemente fidelidad a su amado monarca Fernando VII y la guarda constante de sus derechos; y desafiaba al mundo entero a que descubriera en su conducta un solo acto capaz de comprometer la pureza de su fidelidad». La biografía de Moreno, escrita por su hermano Manuel, confirma también ese concepto.

No quiero hablaros demasiado, mis amigos, de ese *Plan de Operaciones;* ni siquiera os aconsejo que lo leáis... por si es realmente apócrifo. Fijémonos, sin embargo, en la contestación que en él da Moreno, o quienquiera que sea, cuando se le consulta sobre los medios de incorporar la Banda Oriental a la revolución, sometiendo su capital, Montevideo, que, como

lo veréis, fué necesario arrebatar por la fuerza al dominio extranjero. «Sería muy del caso, contesta, atraerse a dos sujetos, por cualquiera interés y promesas, así por sus conocimientos, que nos consta son muy extensos en la campaña, como *por sus talentos, opinión, concepto* y *respeto:* son el capitán de dragones, don José Rondeau, y el capitán de blandengues, don José Artigas, quienes, puesta la campaña en este tono, y *concediéndoles facultades amplias, concesiones, gracias y prerrogativas,* harían en poco tiempo progresos tan rápidos, que antes de seis meses podría tratarse de formalizar el sitio de la plaza.»

Esa visión atribuída a Moreno sobre Artigas nos daría mucho que pensar, amigos míos, mucho, sin duda alguna, y mucho que hablar. Moreno fué el hombre, de la revolución argentina, que hubiera podido, acaso, comprender y aun secundar a Artigas; él fué quien más participó de su visión democrática, aunque sólo la percibía al través de exóticos preconceptos que la desfiguraban. Pero si no hemos de perder el sentido de la proporción en nuestras conferencias, es menester que nos limitemos a lo dicho sobre este punto.

El doctor Moreno fué un relámpago; brilló y se apagó en el océano. A fines de 1810 se vió extrañado de su patria, y murió en el viaje; hay quien dice que envenenado.

Que tanta agua era necesaria para apagar tanto fuego, dijo Saavedra, al saber la muerte del luminoso joven en el mar.

¿Quién puede ofrecerse a nuestro examen como su substituto en Buenos Aires? ¿Quién como *el hombre* representativo, que queda allí, del pensamiento de



Mayo, y que, por su sinceridad, tenga *derecho*, lo que se llama *derecho*, a ser creído y obedecido por los demás hombres?

Allí estaba don Manuel J. García, persona de talento y de vasta ilustración; pero de éste no hay que hablar, por ahora; él será el agente de restauración monárquica más apasionado del Plata; no hay en él, ni remotamente, una persona. ¿Hablaremos de don Bernardo de Monteagudo, el Marat de la revolución americana, que termina también renegando del principio republicano, o del amable Belgrano, que conoceremos más adelante, o del doctor Agrelo, grandilocuente orador? No; no es posible vacilar: el gran personaje que descuella en Buenos Aires, aun sobre Belgrano, es don Bernardino Rivadavia. Éste sí que era un hombre de Estado; sus ideas eran firmes y maduras. Tócanos averiguar cuáles eran esas ideas sobre la revolución de Mayo.

A juzgar por sus primeros actos, se hubiera dicho que este Rivadavia era realmente el hombre de la nueva fe, el *bárbaro*, el *numen*, ya que en ese orden de simbólico lenguaje hemos entrado. Entre otros gestos expresivos, podemos observar uno, que lo es mucho, de este rígido personaje.

Asistía a un banquete que, a fines de 1812, se ofrecía a San Martín, llegado recientemente de Europa, y que era coronel de los granaderos a caballo. San Martín brindó por el establecimiento de una monarquía en el Plata. En mala hora lo hizo. Rivadavia se alzó como una furia; estaba poseído de tal indignación, al parecer republicana, que amenazó a San Martín con una botella. Y se la hubiera arrojado a la cabeza, dice el testigo ocular que el incidente nos narra, sin la interposición del brazo de Alvear, joven recién llegado también.



Convengamos en que fué muy oportuna y feliz la interposición del teniente Alvear. Y lo fué, mis amigos, no sólo porque salvó la cabeza de San Martín, preciosa cabeza por cierto, del aleve golpe del fiero Rivadavia, sino porque éste no iba a tardar mucho tiempo en ser más realista que San Martín, y que Alvear, y que todos los demás miembros de la Junta de Mayo, pues iba a serlo más que el mismo Fernando VII.

Debo adelantaros aquí, por muy conveniente a la formación de vuestro criterio, el conocimiento de la opinión de este Rivadavia sobre la revolución de Mayo. Está consignada en la exposición que él, en compañía del no menos insigne don Manuel Belgrano, presenta al rey destronado don Carlos IV, padre de Fernando VII, en 16 de mayo de 1815. Rivadavia y Belgrano, como Diputados y Plenipotenciarios del Gobierno de las Provincias del Plata, van a pedir a Carlos IV, al infeliz Carlos IV, «que ceda en favor de su hijo, don Francisco de Paula (otra innocua persona), el dominio y señorío natural de aquellos pueblos, constituyéndole rey».

Es muy original el fundamento de esa actitud, y es eso lo que yo quiero haceros notar especialmente. Según esos plenipotenciarios, la revolución del 25 de mayo, si bien aclamó y seguía aclamando y jurando a Fernando VII, en todo pensaba, menos en sostener los derechos de éste, por la sencilla razón de que Fernando no los tenía, ni por pienso. Quien los tenía, según Rivadavia en 1815, era Carlos IV. Éste era el rey legítimo de América, pues su derrocamiento por Fernando VII había sido una verdadera iniquidad, *que sólo apoyaban los españoles residentes en América, pero no los americanos.* Éstos habían perma-

necido y permanecían fieles, como debían, a su amado rey don Carlos IV, a quien Dios guarde.

Rivadavia y Belgrano establecen, entonces, en nombre de América, los tres principios siguientes: «1.º A aquellos pueblos no es adaptable otro gobierno que el monárquico. 2.º Ningún príncipe extranjero prometía la seguridad y las ventajas de uno de la familia de Vuestra Majestad. 3.º En caso de no poderse conseguir ésta, que se ha tenido siempre por la mayor ventaja, debía preferirse la integridad de la monarquía.»

No entraré, mis amigos, en las intenciones o reservas mentales de esos hombres, cuando tales cosas hacían y decían; mucho menos a condenarlos porque así pensaban; pero yo os aseguro que si, en aquel tiempo, no hubiera habido algo más que eso que vemos en Buenos Aires; si no hubiera existido *el pueblo argentino,* oriental y occidental, y, sobre todo, el órgano inteligente de esa nueva persona internacional, el hombre plenamente sincero en obras y palabras, y con *derecho,* lo que se llama *derecho,* a ser obedecido, ya que sólo la verdad lo tiene, poco o nada hubiera sido la revolución de Mayo.

Aquellos ilustres próceres ganaron la gloria de despertar al pueblo; ello basta para que los llamemos grandes. Pero lo despertaron en la prudente esperanza de llevarlo más o menos lejos, según las circunstancias. No bien se dieron cuenta de que lo que habían iniciado era una colosal revolución, no supieron qué hacer con ella, y quisieron volver atrás; cuando advirtieron que lo que habían concitado contra el león hispánico era un cachorro de león, que sentía en las entrañas el salto fisiológico de la pubertad y el estallar de sensaciones ignotas, no se sintieron de su es-

pecie; comprendieron que, lejos de arrastrarlo, tenían que ser arrastrados por él; pensaron en prevenirse contra sus zarpazos, en domesticarlo cuando menos... y hasta en matarlo, en último caso.

No era posible. *Alea jacta est.*

No se vencen los leones sino con leones. Y no se les acaudilla sin serlo.

No es exacto, felizmente, que ese león caudillo no hubiera nacido en nuestro Río de la Plata, aunque no se le haya visto en la plaza de Buenos Aires: él estaba entre nosotros, os aseguro que estaba entre nosotros, y que voy a hacéroslo reconocer, a poco que tengáis ojos para mirar y oídos para oir.

CONFERENCIA VI

LA FECHA INICIAL

LA REVOLUCIÓN DE MAYO EN MONTEVIDEO.—EL CABILDO ABIERTO DE 21 DE SEPTIEMBRE DE 1808.—EL ENVIADO DE BUENOS AIRES ANTE EL CABILDO DE MONTEVIDEO EN 1810. — LAS EXPEDICIONES AUXILIARES.—AL ALTO PERÚ.—AL PARAGUAY.—A LA BANDA ORIENTAL.— SUIPACHA.— DON GASPAR RODRÍGUEZ DE FRANCIA.—LA REVOLUCIÓN DE MAYO EN LA ASUNCIÓN.—EL DOCTOR FRANCIA EN SU GUARIDA.—INDEPENDENCIA DEL PARAGUAY.—EL DESPERTAR DE LA BANDA ORIENTAL.—EL PUEBLO MATINAL.

I

Amigos artistas:

El 25 de mayo de 1810 ha sido consagrado, y no sin verdadera causa, como la cifra inicial de independencia en nuestra América austral. El sol de nuestra bandera es el de ese día, el de Mayo, el mismo que alumbra a la argentina.

Bien es verdad que no ha faltado quien quiera reivindicar, para Montevideo, la gloria de haber proclamado, antes que nadie, no sólo en el Plata, sino en América, en 1808, la fórmula de independencia; pero creo que es ése un detalle de significado más sociológico que político.



No falta razón, sin embargo, para fundar esa acción reivindicatoria, que, cuando menos, serviría para confirmar lo que dijimos antes, sobre la importancia de Montevideo como *centro urbano*.

El movimiento del 25 de mayo de 1810, en Buenos Aires, fué precedido, efectivamente, de uno muy análogo que tuvo lugar dos años antes, el *21 de septiembre de 1808*, en Montevideo, donde se ve reaparecer el espíritu que, en 1806, animó a Ruiz de Huidobro para iniciar la reconquista de Buenos Aires contra los ingleses. Gobernaba entonces en la capital, como virrey, don Santiago Liniers, el mismo Liniers a quien Montevideo había confiado su expedición reconquistadora, y al que vamos a ver fusilado, en defensa de su rey, por la expedición que los hombres de Mayo enviarán al Alto Perú. Mandaba en Montevideo, como gobernador, el general don Francisco Javier de Elío, noble y empecinada persona, designado por el rey Carlos IV, en 16 de julio de ese año 1808, para recibir la plaza de los ingleses desalojados del Plata. Acaecida la invasión de Napoleón en España, Elío cree que Liniers, por su origen francés, no ofrece garantías a la defensa de la patria española contra Bonaparte, y mucho más después de sus relaciones con un señor Sassenay, enviado por Napoleón al Río de la Plata; le pide, en nota oficial, que renuncie el mando; se resiste a secundar sus órdenes, como se había resistido Ruiz de Huidobro a secundar las de Sobremonte en 1806. Liniers decreta entonces la separación de Elío, enviándole como substituto a un capitán de navío de la real armada, Michelena, «que tenía fama de valentón y aire de matamoros», con orden de reducirlo a prisión. Elío, en plena rebelión contra el virrey, rechaza a Michelena, «después

de haber enarbolado el uno una pistola, y recurrido el otro a los puños, en la primera entrevista».

Y hete aquí que el pueblo de Montevideo, unido a los jefes militares, se levanta amotinado; rodea, sostiene y aclama a Elío; se reúne en tumultuoso plebiscito; celebra el clamoroso *Cabildo abierto de 21 de septiembre,* formado de cincuenta y cuatro miembros, *entre los cuales hay veinte delegados directos del pueblo;* expulsa a Michelena; proclama a Fernando VII, y, rompiendo sus vínculos con Buenos Aires, y aun con el gobierno de la metrópoli, se separa del virreinato, y *forma una Junta de Gobierno independiente, para custodiar los derechos del rey prisionero.* Todo se hizo, según las actas capitulares, «*por ser ese el voto del pueblo*».

Los detalles que esas actas nos ofrecen son preciosos, para apreciar aquel suceso y vivir en aquel ambiente; para darnos cuenta, sobre todo, de lo que esa ciudad de Montevideo, cuna de Artigas, representa en la emancipación de América. Michelena llegó a Montevideo el 17 de septiembre con sus credenciales, que presentó al *Cabildo Justicia y Regimiento* de la ciudad; éste lo reconoció en su carácter de gobernador reemplazante de Elío, por acuerdo unánime, que firmó en su presencia en la noche del día 20. Pero he aquí que, no bien ha terminado el acto, se oye en las puertas y ventanas de la «casa de la ciudad» una de gritos infernales, y golpes y amenazas, que suspende a todo el mundo. Algunos capitulares se asoman a las ventanas. Es el pueblo de Montevideo, el *populacho,* que, informado de la resolución que acaba de adoptarse, viene a ponerle su veto. Las voces se oyen claramente: ¡Viva Elío! ¡Viva Fernando VII! ¡Abajo Liniers! ¡Cabildo abierto! ¡Cabildo abierto!

Es la escena que tendrá lugar dos años después, el 25 de mayo de 1810, en Buenos Aires: el despertar del *populacho.*

Se hace advertir a Michelena lo que pasa afuera. Era un inmenso pueblo, dice el libro capitular, que se difundía por la plaza Mayor. El equivalente, pues, del que, *en pequeño número,* apareció en Buenos Aires. No había más remedio que suspender el acto; darlo por no consumado; aplazar para el día siguiente la resolución. Y al día siguiente, *21 de septiembre,* se repite la misma escena: el pueblo afuera «con grande algazara y otras demostraciones», dice el acta; los municipales adentro; crujen las puertas y ventanas; las voces, claras y distintas, penetran por ellas; el pueblo, dice el libro, repite los clamores de la noche anterior, e insiste en sus pretensiones. Y, para no excitar más al pueblo exaltado, agrega, los señores capitulares adoptaron el temperamento de permitir que eligiese de su albedrío un determinado número de sujetos que explicase sin confusión sus instancias. Fueron designados veinte ciudadanos, cuyos nombres son los más ilustres de nuestra historia. Elío, que se encontraba en la sesión, quiso entonces retirarse; pero no se le permitió, «porque su presencia no obstaba a que cada uno expresase lo que concibiese ser la voluntad expresa o tácita del soberano». Algunos cabildantes se asoman personalmente a las puertas, y piden al pueblo que las despeje, que guarde moderación, que espere tranquilo.

Y se resolvió: «Que la orden del virrey *debía obedecerse, pero no cumplirse»;* que era el caso de recurrir, contra su resolución, a la Audiencia territorial, y aun a la Junta de Sevilla; que Elío había de quedar mientras tanto como el legítimo gobernador de Montevideo,

por ser ese el voto del pueblo, a cuya instancia se habían todos congregado; y que, por fin, la Junta que allí se formó y organizó, a ejemplo de las formadas en España, debía subsistir como la particular de aquel pueblo».

La muchedumbre que aguardaba en la plaza, al ser notificada de esa resolución, estalló en clamores de entusiasmo, que se repetían cada vez que se incorporaba a ella, saliendo de la «casa de la ciudad», cualquiera de los que habían sido intérpretes de su veto: Magariños, el guardián del convento de San Francisco, fray Carvallo, Salvañach, Pereira, Vilardebó, Chopitea, Murguiondo, Diago, Illa; Pérez Castellano, sobre todo, autor de la fórmula adoptada.

Eso fué el *Cabildo abierto de 21 de septiembre de 1808*. La primera Junta de origen popular nacida en la América española quedó constituída allí. No sin causa, pues, se conmemora en nuestra República Oriental del Uruguay, como cifra gloriosa, ese 21 de septiembre de 1808.

Liniers hizo responsable a Elío «de las fatales consecuencias que pueden venir a estas provincias del escandaloso y abusivo medio adoptado en el Cabildo abierto»; pero hubo de someterse al hecho; el pueblo de Montevideo había procedido con la misma espontánea energía y con la misma independencia del virrey, con que muy poco antes, de acuerdo entonces con Liniers, había iniciado la reconquista de Buenos Aires contra el inglés.

Esto es muy análogo, casi idéntico, como lo veis, a lo realizado el 25 de mayo de 1810 en Buenos Aires, salvo la representación directa del pueblo, que en la Junta de Mayo no existió; el derecho del pueblo a organizarse sin intervención de la metrópoli, y la

autonomía regional, basada en la igualdad de los pueblos, quedaron allí consagrados. El presbítero oriental doctor Pérez Castellano, miembro de la Junta de Gobierno de Montevideo, decía entonces a su obispo, el de Buenos Aires, que lo censuraba por su participación en ella: «Los españoles americanos somos hermanos de los españoles de Europa... Los de allá, viéndose privados de nuestro muy amado rey, han tenido facultades para proveer a su seguridad común, creando Juntas, y creándolas casi al mismo tiempo, y como por inspiración divina. Lo mismo podemos hacer, sin duda, nosotros, *pues somos igualmente libres...*

»Si se tiene a mal que Montevideo haya sido *la primera ciudad de América que manifestase el noble y enérgico sentimiento de igualarse con las ciudades de su madre patria...* la obligaron a ello circunstancias notorias. También fué la primera ciudad que despertó el valor dormido de los americanos.»

Esa es la fórmula, como lo veis, de la revolución de Mayo. Pérez Castellano fué su autor, sin que por eso podamos atribuirle una visión más clara del porvenir que la que atribuimos a los hombres de Buenos Aires, a quienes el ilustre presbítero oriental miró siempre con malos ojos.

Mitre, López, Florencio Varela, el deán Funes, historiadores argentinos, son los que han adjudicado a ese suceso carácter fundamental. «La Junta de Montevideo, dice Mitre, es un punto hacia el cual convergen las líneas de la historia, y de que parten todos los que de él se han ocupado, sea que lo hayan interpretado del punto de vista jurídico, o en sus relaciones con el desenvolvimiento futuro de la revolución, que él contenía en germen, y que debía producir la descomposición del gobierno colonial, como

acertadamente lo establece el señor López, al asignarle su importancia causal en el momento preciso en que se produjo.»

«La creación de la Junta de Montevideo en 1808, agrega Mitre, a imitación de las que se habían formado en España... fué la primera repercusión de la revolución de la metrópoli sobre su colonia, que sugirió la teoría y dió el tipo de la revolución que debía producirse más tarde.

»Instrumento de intereses extraños, movido promiscuamente por pasiones propias y ajenas, Montevideo, sin embargo, fué el primer teatro en que se exhibieron, en el Río de la Plata, las dos grandes escenas democráticas que constituyen el drama revolucionario: el Cabildo abierto, y la constitución de una Junta de propio gobierno nombrada popularmente.

»Este suceso tuvo gran repercusión en América, y su alcance no se ocultó a la observación de los espíritus perspicaces, que presentían la revolución y la independencia.

»La Junta del 25 de Mayo de 1810, sería, con otros elementos y tendencias, la repetición de la de 1808 en Montevideo, y la abortada en Buenos Aires en 1809...»

En nuestra conferencia anterior os hice conocer la exposición de Belgrano y Rivadavia a Carlos IV. En ella, esos diputados y plenipotenciarios del Gobierno de las Provincias del Plata, denuncian al gobernador Elío, de que ahora hablamos, como el verdadero y único revolucionario contra la metrópoli; es él, según aquéllos, quien, con los españoles residentes en el Plata, ha conspirado contra el único legítimo soberano y rey de la monarquía española, que no

es otro, según los plenipotenciarios, sino don Carlos IV, que Dios guarde; es Elío quien ha apoyado a Fernando VII, contra la lealtad del pueblo americano hacia su rey. Recordando entonces Belgrano y Rivadavia el momento en que Elío se rebela contra Liniers y tiene lugar el Cabildo abierto de Montevideo, de que estamos hablando, dicen lo siguiente: «Pero don Javier Elío se separó entonces de la obediencia de todas las autoridades de la capital, y *formó un Gobierno independiente, en una Junta que fué la primera de toda la América*».

En esas razones, pues, muy dignas de consideración, por cierto, y en muchas otras que huelgan aquí, se apoyan los que reclaman, para Montevideo, el título de cuna de la revolución en la América austral. Pero yo atribuyo a todo eso, con ser tan importante, una secundaria importancia: recordemos que también se ha reclamado para los normandos, para los irlandeses, y hasta para los chinos, la gloria del descubrimiento de América.

No; el que descubrió la América no era tal chino ni normando; fué Cristóbal Colón, el genovés que todos conocemos. Y fué Buenos Aires, la gran ciudad ríoplatense, capital del antiguo virreinato, fué su valeroso pueblo, *su populacho,* como dice Estrada, quien pudo marcar, y marcó con eficacia, el 25 de mayo de 1810, la hora prima de nuestra vida independiente. Allí estaba el virrey, y sólo allí tenía que ser depuesto, como lo fué. Aun suponiendo que Montevideo hubiese llegado hasta destituir a su gobernador español, lo que no sucedió ni se pretendió, ese acto no hubiera tenido la trascendencia de la destitución del virrey en Buenos Aires. ¿Quién puede dudarlo? Nada importan las intenciones o sospechas

sobre el porveni que los instigadores de esos plebiscitos pudieron abrigar; las de los principales de Montevideo en 1808 no eran más claras, por cierto, que las de los de Buenos Aires en 1810. Artigas estaba en la sombra todavía. Ese nuestro doctor Joseph Pérez Castellano, por ejemplo, autor de la fórmula célebre, era un sabio y virtuoso ciudadano, que no sin causa glorificamos; pero no podemos hacerlo porque tuviese una visión más precisa que la de Rivadavia o Belgrano, por ejemplo, sobre el espíritu de la revolución que provocaban. Pérez Castellano fué tan sincero como Rivadavia; cuando, en substitución de los héroes anónimos, aparezca Artigas, el héroe personal, con su visión profética, el sabio doctor oriental, anciano de setenta años, no podrá ya comprenderlo ni recibir su revelación; mirará de reojo sus alianzas con Buenos Aires, porque sólo verá en éstas una defección de la buena causa, de la oriental española; creerá ver por eso en el gran caudillo, y así lo dice en alguno de sus escritos, *el Don Julián Oriental*, que, por odio al rey, al don Rodrigo moderno, da entrada en nuestra tierra *a los moros*. Los moros son, para él, los hombres de Buenos Aires, «violadores, dice, del juramento más solemne que jamás se le hizo a Dios en favor de su rey».

Si debemos, pues, atribuir al Cabildo abierto de Montevideo su importancia sociológica, no cabe equipararlo, en sus consecuencias políticas, con el plebiscito de Mayo que, en la capital del virreinato, da en tierra con el virrey.

Aquel golpe audaz fué decisivo desde el primer momento; fué el disparo certero que rompe el ala izquierda, la del corazón, al pájaro de osamenta férrea. Toda la lucha que seguirá a ese golpe ten-

drá por objeto la ya imposible reconquista de Buenos Aires por parte de España; su conservación por parte de América, *de toda América*. Allí debía, por lo tanto, radicarse el pensamiento de la revolución general; esa ciudad era el depósito de los recursos, el centro de operaciones, por otra parte, y de allí debían distribuirse los elementos de acción, de que eran dueños todos los pueblos platenses.

Buenos Aires tuvo la gloria de ser el heraldo o mensajero de la diosa Libertad; pero, por eso mismo, desde ese momento, dejó de pertenecerse a sí propio, para pertenecer a la divinidad, cuyo era el mensaje que aceptaba. Era preciso que no volviese allí el virrey, y mucho menos el rey; pensar en restaurarlo, era delito de lesa América. Buenos Aires mismo no podía hacerlo ya. El propósito de ratificar, de perpetuar lo hecho en su plaza pública, el 25 de mayo de 1810, es el alma de la guerra de independencia que allí se inicia; si así no fuera, esa consagrada fecha sería una mentira. No lo es, felizmente. De una parte, estará el pueblo americano; de la otra, todos cuantos pretendan volver un paso atrás de la deposición del virrey de España en Buenos Aires. Eso es lo que se llama la revolución de Mayo.

Desgraciadamente, la idea contraria anidó en los hombres dirigentes, ya que no en el pueblo, de la ciudad iniciadora.

No era Buenos Aires, según aquellos hombres, quien debía pertenecer a los pueblos que la defendían; eran los pueblos quienes debían pertenecer a Buenos Aires. He aquí el grande y funesto error, que hizo imposible la unidad política de la nación hispánica independiente en el Plata.

La idea de que esa capital continuaba siendo la



sede nata de toda soberanía y autoridad, por el solo hecho de haberlo sido como sede colonial, y por voluntad del Rey Nuestro Señor; el concepto de que todo debía someterse al arbitrio y dirección, no ya del pueblo ríoplatense, sino de los hombres que en Buenos Aires ocuparan el poder, y dispusieran, pública o secretamente, secretamente sobre todo, de los destinos del pueblo americano, se hizo carne en los hombres de Mayo.

«Tu miedo aumenta el número de mis enemigos», dice Macbeth. Esa idea aumentaba el número de los enemigos de América, y con ellos morirá.

Pero no por eso el 25 de mayo de 1810 deja de ser la cifra inicial de la gran revolución, ni la ciudad de Buenos Aires su capital gloriosa, *nuestra* capital gloriosa, si así lo queréis.

II

Una de las resoluciones adoptadas el 25 de mayo, además de la convocación de todos los pueblos del virreinato para que enviaran representantes, a fin de resolver libremente de sus destinos, fué la formación y el envío inmediato de ejércitos, que difundieran el movimiento por todo el territorio de la nación, y sofocaran las resistencias que a sus propósitos se opusieran. Esas expediciones se llamaban *auxiliares*, es decir, colaboradoras o centro de apoyo de los elementos populares que se adhirieran al impulso de emancipación, reconociendo la *Junta Provisional* de Buenos Aires.

Una de aquéllas se dirigió hacia el Noroeste, hacia la provincia del *Alto Perú*, que será más tarde una na-

ción independiente; esa expedición debía cruzar, en línea diagonal, el territorio argentino. La otra, bajo las órdenes de Belgrano, se dirigió hacia el Norte, a la provincia del *Paraguay,* que también formará un estado soberano. Más tarde se dirigirá otra hacia el Este, hacia el otro lado del Uruguay y el Plata, a la *Provincia Oriental,* que, como el Alto Perú y el Paraguay, será también nación, y cuya capital, la plaza fuerte de Montevideo, es el núcleo principal de resistencia a lo iniciado el 25 de mayo en la capital del virreinato. Esos cuatro núcleos sociológicos, Alto Perú, Paraguay, Región Occidental y Banda Oriental, forman la nación platense. Trátase, pues, no de conquistarlos, sino de conglomerarlos, de substituir la fuerza colonial, que les daba cohesión forzada, por la fe que debe darles, con una conciencia, una cohesión orgánica, vital, permanente. He ahí el problema.

Mucho nos convendrá saber, antes que todo, y aunque sea a la ligera, quién resiste en Montevideo, y por qué resiste. Veamos lo que es el 25 de mayo de 1810, en la futura capital de la República Oriental del Uruguay. El punto es tan interesante como complejo, y reclamo para él vuestra atención toda entera.

Montevideo, como todo el pueblo oriental de que es cabeza, no sólo se adherirá entusiasta, dentro de ocho meses, a la iniciativa de Mayo, sino que, conducido por Artigas, le imprimirá su verdadero significado, independencia, le dará sus primeras glorias, y conservará su espíritu, cuando los mismos iniciadores renieguen de él, o pierdan su fe, dado que la hayan tenido. Resiste, sin embargo, en los primeros momentos, la iniciativa de Buenos Aires. Y es muy de notar que el rechazo es unánime; no son sólo los es-



pañoles, que han de sostener empecinados la causa del rey, quienes se oponen a lo hecho; son también los nacionales, que, mañana no más, serán sus más obstinados sostenedores.

¿La causa de ese fenómeno?... Fijaos bien en esto, amigos artistas, porque mucho se vincula con lo que hemos hablado y con lo que vamos a hablar para comprender a Artigas.

Los españoles de Montevideo resisten el movimiento de Buenos Aires, porque dudan, y no sin alguna causa, de la fidelidad al rey de España, que sus iniciadores proclaman. Los orientales, porque dudan, también con fundamento, de la fidelidad y del respeto a los pueblos que aquél debe entrañar.

Los españoles temen ver substituído el virrey, y el rey por consiguiente, por el pueblo americano. Los orientales temen ver substituído un virrey por otro virrey, el español por el bonaerense.

Producido el movimiento de Mayo, Montevideo no permanece impasible, ni mucho menos; se conmueve profundamente, observa lo que pasa en el otro lado del Plata, y se dispone, no a obedecer la autoridad de la capital, así se llame Junta o Virrey, pues, desde que acordó por sí y ante sí la reconquista de Buenos Aires, no reconoce más autoridad que la del rey, sino a adoptar una resolución propia, libre y consciente, como lo hizo en el Cabildo abierto de 1808.

Tanto el virrey Cisneros como la Junta, que conocen bien el carácter de aquel pueblo, le envían sus representantes.

El virrey, antes de su caída, y al sentirla inminente, le pide adhesión y apoyo, por intermedio de su secretario, que llega fugitivo a Montevideo el



24 de mayo. La Junta le reclama el reconocimiento, y el envío de un diputado, después de depuesto Cisneros; pero no lo hace por simple comunicación escrita, como a los demás pueblos del virreinato, sino enviándole un comisionado especial, el capitán don Martín Galaín, que llega a la ciudad oriental, el 31 de mayo, con toda clase de explicaciones.

Al enviado de Cisneros, de cuyos actos no quiere hacerse más solidario que de los de Liniers antes de conocerlos y juzgarlos, contesta Montevideo, después de larga deliberación, «que está dispuesto a tomar todas las medidas conducentes a la conservación del orden, y de los derechos sagrados de Fernando VII»; pero le ordena que salga inmediatamente de Montevideo.

Al enviado de la Junta ¿qué le contestará? El caso es arduo. Montevideo no tenía por qué sorprenderse ante lo hecho, pues la Junta de mayo de 1810, en Buenos Aires, no era sino la repetición, como hemos visto, de la de septiembre de 1808, en Montevideo, y mucho más si tenemos en cuenta que, con los pliegos que conduce Galaín, viene uno del mismo virrey Cisneros, el depuesto, en que exhorta al Cabildo de Montevideo al reconocimiento de la nueva Junta, pues ésta acata sinceramente al Rey Nuestro Señor. El Cabildo delibera, y no se cree habilitado para resolver el punto. Convoca al pueblo, llama a *Cabildo abierto*, es decir, se integra con los principales vecinos. El Cabildo se realiza el 1.º de junio, bajo la presidencia del gobernador Soria, que ha substituído a Elío. Éste se ha ido a España, de donde pronto volverá con el carácter de nuevo virrey.

Veamos, pues, lo que pasó en ese Cabildo de 1.º de junio. En él se discute larga y acaloradamente; los



ánimos están muy agitados; hay allí muchas reservas mentales. Se llega, por fin, a una solución por simple mayoría, con grande oposición: la Junta de Buenos Aires será reconocida, pero condicionalmente, con ciertas limitaciones; éstas serán fijadas por una comisión especial, que les dará forma, y las someterá de nuevo a la aprobación del Cabildo.

Pero en esos precisos momentos, el 2 de junio, llega a Montevideo un buque, el bergantín *Filipino*, con la noticia de haberse instalado en Cádiz, en reemplazo de las Juntas, un Consejo de Regencia, y con comunicaciones de éste. Era lo que deseaba el gobierno, el Cabildo, el pueblo montevideanos: una ocasión cualquiera, así fuera la más inconsistente, para proceder por sí mismos, y para no verse obligados a consagrar el derecho, que parecía arrogarse Buenos Aires, de someter a su autoridad a Montevideo, no teniendo la delegación directa del rey. De rey abajo ninguno. No se vacila; se lee en voz alta, en la plaza Mayor, la proclama de las nuevas autoridades españolas, que invitan al pueblo americano a reconocerlas; se las reconoce sin pérdida de tiempo, y se aclama el Consejo de Regencia. Salvas de artillería, repiques de campanas, juramento solemne de las tropas, aclamaciones del pueblo. Y siempre, eso sí, ¡Viva Fernando VII!, el augusto *Comodín prisionero*.

Es claro que la contestación a la Junta de Buenos Aires se imponía, y el Cabildo la acuerda el 2 de junio: que Buenos Aires reconozca, ante todo, como Montevideo, el Consejo de Regencia; que se declare, a la par de Montevideo, vasallo del rey, sin pretender substituirlo, y entonces se hablará del envío de diputados, etc.

El Cabildo resolvió, pues, suspender su deliberación, hasta conocer la actitud de la Junta de Mayo ante los nuevos sucesos de España.

La Junta de Buenos Aires insiste premiosamente, y en la forma que cree más eficaz. No sólo contesta en una larga y bien fundada comunicación, sino que desprende de su seno a su propio secretario, el doctor don Juan José Paso, uno de los varones más conspicuos del movimiento de Mayo, y lo envía a convencer a Montevideo con su influjo y elocuencia. El Cabildo resuelve darle audiencia inmediatamente, el mismo día. El mensajero habla con pasión; relata los sucesos ocurridos; da las razones por las cuales no es el caso de reconocer el Consejo de Regencia, que en Montevideo ha sido proclamado. El Cabildo, después de oirle, le intima se retire *a su alojamiento de extramuros*, y resuelve que, «desde que la diputación venía al pueblo, debía convocarse a éste, en la parte más respetable del vecindario, para que, instruído por el diputado, delibere lo que estime justo».

El Cabildo abierto tiene lugar el 15 de junio. Allí está todo el pueblo. Las personas más caracterizadas se sientan al lado del gobernador y de los cabildantes: allí están Soria el gobernador, y don José de Salazar, jefe de la marina, y las autoridades eclesiásticas, Larrañaga y Pérez Castellano. Y don Nicolás de Herrera, ministro de la Real Audiencia, y Elías, tesorero de Gobierno. Y los miembros del Cabildo: Salvañach, Aramburú, Vidal, Illa, Ortega, Mas de Ayala, de la Peña, Pérez, Vidal y Benavides. Y los ciudadanos Lucas José Obes, y Mateo Magariños, y Juan J. Durán, y Acevedo, y de las Carreras, y Costa, y Gómez Neira, Méndez, etc., etc. Es realmente un senado de gran respetabilidad; tiene personalidades como las

más ilustres del movimiento de Mayo: Herrera, Obes, Larrañaga, Pérez Castellano, Magariños... Es tan *ecléctico* como el de Buenos Aires. El diputado de la capital exhibe sus credenciales, en que la Junta le da plenos poderes, y lo presenta, por su inteligencia y su pureza de intenciones, como la mejor prueba de su vivo anhelo porque la unión de ambos pueblos se realice; porque pueda la patria «presenciar el tierno espectáculo que prepara Buenos Aires a la entrada del representante de Montevideo en compañía del de la Junta».

Paso hace esfuerzos por arrastrar el Cabildo a su opinión; sus razones son las mismas que ha consignado la Junta en su notable comunicación, redactada por su secretario Moreno, pero realzadas por el brío del orador. Y son razones poderosísimas, irrefutables. La Junta organizada el 25 de mayo no ve, en las noticias recién llegadas, en la formación del Consejo de Regencia, nada que pueda conmover los fundamentos en que descansa. El fundamento principal de su constitución es la carencia, en España, de una entidad que sea representante genuina del rey prisionero. Si las Juntas no lo eran, ¿cómo ha de serlo el Consejo que de ellas procede?

¿Pero Montevideo cree que ese Consejo de Regencia representa efectivamente al rey?

Sea, contesta Buenos Aires. Eso no debe obstar a nuestra unión. Nosotros también lo hemos acatado tácitamente, y lo proclamaremos, desde el momento en que estemos seguros de que ese Consejo entraña la voluntad del rey que hemos jurado, y cuyos derechos defenderemos hasta morir. «Lo substancial, agrega Buenos Aires, es que todos permanezcamos fieles vasallos de nuestro augusto monarca don Fernan-



do VII, indiscutible para todos; que cumplamos nuestro juramento de reconocer al gobierno de España, legítimamente constituído, y que, entretanto, estrechemos nuestra unión, para socorrer a la metrópoli, defender su causa, observar sus leyes, celebrar sus triunfos, llorar sus desgracias.» Con ese motivo, el orador habló de los peligros que corrían los pueblos del virreinato, si no se unían reconociendo la Junta de Buenos Aires. Dijo, repitiendo la idea del Cabildo bonaerense en el Cabildo abierto del 22 de mayo, que *esa alianza* era necesaria *para precaverse de posibles ataques de la corte portuguesa*, etc., etc.

Todo eso, y mucho más, escribía Buenos Aires en su nota, y expresó con animada elocuencia su representante ante el Cabildo de Montevideo.

Y todo eso era de lo más concluyente que puede imaginarse; nada mejor fundado ni más lógico.

¿Pero conocéis algo más inconsistente que la lógica en ciertas ocasiones, mis amigos artistas? ¡La lógica de las palabras! La palabra es un huevo, de donde puede salir lo mismo un caimán que una paloma. ¡La fidelidad al rey! ¿Quién es el rey? Los españoles de Montevideo, tanto los venidos de España cuanto los nacidos en América, creían que era uno; los americanos que era otro. Pero españoles y americanos montevideanos estaban absolutamente conformes en una cosa en su inmensa mayoría: en que el rey no debía ser Buenos Aires. Eso era allí lo esencial; lo demás se resolvería entre españoles y americanos de Montevideo. Y eso fué lo que allí predominó, teniendo por órgano principal a don Mateo Magariños, que llevó al Cabildo el eco del pueblo de Montevideo, que, como el de Buenos Aires el 25 de mayo, y como él mismo el 21 de septiembre, se agitaba frenético en la plaza, mientras el Cabildo

deliberaba. Magariños, españolista radical, dominó la asamblea «con su elocuencia tempestuosa». «El pueblo sostiene, decía Magariños, que no se debe aceptar la Junta de Mayo, porque ella pretende ejercer su poder, como sucesora de los derechos del virrey; y Montevideo, en esa solución, no reconoce sino sus propias y legítimas autoridades.» Como lo veis, amigos artistas, en todo esto os estoy haciendo ver los gérmenes sociológicos de la independencia de a Banda Oriental, después de haberos hecho conocer los étnicos y geológicos.

El comisionado de la Junta del 25 de mayo fué rechazado. El Cabildo abierto resolvió: «que, entre tanto la Junta no reconociese la soberanía del Consejo de Regencia que había jurado el pueblo de Montevideo, éste no podía ni debía reconocer la autoridad de la Junta de Buenos Aires, ni admitir pacto alguno de concordia o unidad».

Ahí tenéis, mis amigos, lo que fué el 25 de mayo de 1810 en Montevideo: algo así como la repetición del Cabildo abierto en 1808. He aquí que aparecen *la Roma y la Cartago* de don Cornelio Saavedra, sin haber aún aparecido la figura de Artigas.

Después de eso, los españoles se aprestaron a defender por sí mismos a su rey, y los orientales a hacer lo propio con el suyo, que no era el mismo, por más que ambos llevaban el nombre de Fernando VII. La misma cáscara, el mismo huevo, al parecer; pero del uno saldrán los empecinados españoles; del otro... del otro saldrá Artigas, el hombre absolutamente sincero, el héroe republicano de la revolución de Mayo.

III

Entretanto, sigamos a las expediciones auxiliares que la Junta de Buenos Aires ha enviado para difundir el movimiento: la que se dirige al Norte, hacia el Alto Perú, la que va al Paraguay, y, por fin, la que vendrá a la Banda Oriental.

La primera expedición emprende su marcha. En el camino tropieza con una conspiración en pro de la reacción puramente española, encabezada por Liniers en Córdoba, y la ahoga en la sangre de la primera tragedia que mancha el territorio. Las instrucciones de Moreno, las del apócrifo *Plan de Operaciones* de que hemos hablado, comienzan a ponerse en práctica: los ilustres conspiradores, tomados prisioneros, son fusilados en la *Cruz Alta,* por orden expresa de la Junta Central de Buenos Aires, que, inspirada por el espíritu funesto, se presenta implacable ante el clamor social que pide clemencia. No hubo clemencia; aquella sociedad quedó consternada, y la idea de que era *el espíritu de conquista,* más que ningún otro, el que venía de Buenos Aires, echó allí sus raíces.

Preciso es confesar que, para justificar ese holocausto, será necesaria mucha consecuencia en los sacrificadores. Si Liniers y sus compañeros merecieron la muerte por defender a su rey, ¡ay de los que pretendan reponerlo en su trono! Que sólo la convicción heroica distingue al héroe del criminal.

El ejército sigue su marcha hacia el Norte, pues del Perú, de la gran capital del dominio español, tiene que venir el enemigo. Y es preciso cerrarle el paso hacia Buenos Aires. La expedición sigue bajo las órde-

nes de Balcarce y de Castelli, sucesores de Ocampo y de Vieites, que resistieron el sacrificio de Liniers y sus compañeros. Ese Castelli es de una severidad con los demás, que causa escalofríos. Iba como *Representante de la Junta.*

El ejército auxiliar cruza por territorio indiferente. El sol del 25 de mayo no aparecía por aquellas soledades. La noche era profunda y sin estrellas; la aurora estaba lejos. La expedición no era, pues, auxiliar de nadie; era conquistadora del desierto.

Sólo al llegar a Salta, allá en el Norte, encuentra el concurso popular; allí vive un caudillo local, Martín Güemes, que ha reunido milicias y caballos y ganado, con los que acrece, por intermedio del gobernador intendente, los elementos del ejército conductor del mensaje de libertad. Esa expedición sigue hacia el Norte; penetra en el Alto Perú; llega a *Cotagaita,* y allí choca con el ejército español, al mando del general Córdoba, que rechaza al de Buenos Aires (27 de octubre de 1810).

Se rehace éste, con algunos contingentes recibidos de Jujuy, y los dos ejércitos vuelven a encontrarse de nuevo, algunos días después, el 7 de noviembre, en los campos de *Suipacha.* Sólo media hora duró la lucha en esta acción campal de las armas argentinas, que obtuvieron allí la primer resonante victoria. Cuarenta muertos, ciento cincuenta prisioneros, toda la artillería enemiga, una bandera y los bagajes, quedaron en poder del vencedor.

Éste no fué generoso; tampoco fué aquí clemente, por desgracia. El intendente de Potosí, y los generales vencidos, Córdoba y Nieto, fueron fusilados en la plaza de aquella ciudad, lo que provocó terribles represalias. ¡Maldito espíritu infernal que entene-

brece la gloria! Tampoco fué grato el recuerdo que dejó el vencedor en la sociedad del Alto Perú; no fué popular. La conducta licenciosa de Castelli, sobre todo, dejó allí un recuerdo desastroso. No quiero hablaros de eso. Pasemos. Ese recuerdo había de reforzar el germen de inevitable desmembración de aquella región andina, que, a no haber intervenido el espíritu disolvente de la ciudad virreinal, hubiera formado parte, como estado soberano, de la grande unión hispánica del Plata. Esa provincia formará la república de Bolívar, *Bolivia*. Su libertad no vendrá, pues, a ella, de Buenos Aires; vendrá del Norte. Bolívar, Sucre, serán sus héroes.

Como consecuencia de la batalla de *Suipacha*, el dominio de la Junta se extendió hasta el *Desaguadero*, límite de los dos virreinatos. Las cuatro intendencias del Alto Perú, núcleo vivo de emancipación que, aunque lleno de energías intelectuales y sociales, tiene que buscar su centro de relación en Buenos Aires, el solo puerto, se declararon por la revolución. Pero la posesión fué fugaz; seis meses después (20 de junio de 1811), los ejércitos libertadores, al mando de Balcarce, serán deshechos por los españoles en los campos de *Huaqui*.

IV

La segunda expedición, la dirigida hacia la provincia del Paraguay, a las órdenes de Belgrano, penetró también allí en territorio enemigo; pero de un enemigo capaz de desorientar al mismo diablo, cuanto más a Belgrano. Éste debía encontrarse allí con el caso más extraordinario de patología social que presenta la



historia americana: un pueblo vigoroso, conducido, como un autómata, por un monstruo extraño, mezcla de arcángel y de gato furioso, de mirada suave y siniestra, llena de fuego frío, de luz obscura, del eterno contraste, de la eterna negación; un híbrido de Ariel y Calibán. ¡Qué extraño personaje este que vamos a conocer! Tenía alas, debemos creerlo, alas de piel membranosa; pero llevaba también una zarpa escondida en la piel llena de escalofríos, y blanda como una caricia mortal. No fué el enemigo español; fué ese extravagante troglodita paraguayo, con el pueblo en las garras, quien, al sentir el paso de Belgrano, sacó la cabeza de entre la cálida selva y salió al encuentro del ejército auxiliar, para destrozarlo en un abrir y cerrar de ojos. Se llamaba don Gaspar Rodríguez de Francia.

No es tarea fácil, antes la creo en extremo difícil, si no imposible, averiguar de qué procedía, cuándo y cómo había sido engendrado tan extraño y contradictorio ser, en aquella región apartada, con la que nada tenía de común; pero de lo que os narre y diga, mis amigos artistas, sacaréis vosotros las consecuencias que os parezcan más razonables. Sobre este don Gaspar Rodríguez de Francia, que es preciso conozcáis, para el contraste por ahora, como conocimos a Bolívar en el otro extremo y significado, se ha escrito mucho, como no podía menos; cada cual ha pensado según su leal saber y entender. Carlyle se extasiaba ante el fenómeno éste, que apenas entrevió al través de informaciones deficientes, y en el que quería ver algo de su Cromwell. A mí me recuerda, quizá, aquellas marmóreas esfinges, descritas por Gautier, que afilan sus garras en el ángulo de sus pedestales, que nos miran con los ojos en blanco, con una intensidad que asusta, y

sobre cuyos lomos leonados se ven como estremecimientos; su cuello de mujer palpita, como si allí latiese un corazón.

Resumamos los hechos: Belgrano y su ejército de 1.000 hombres, entre los cuales descolló por su bizarría un primo hermano de Artigas, Manuel, que pronto morirá por la patria, fué inmediatamente destrozado por el ejército enemigo en *Paraguarí,* el 19 de enero de 1811. Se fortificó aquél 60 leguas más abajo, en la margen izquierda del *Tacuarí,* y allí sufrió el descalabro definitivo; capituló, prometió retirarse al otro lado del Paraná, y se retiró para siempre de aquella tierra intangible.

¿Quién lo había hecho pedazos? Se dice en las historias generales de América, malas como toda enciclopedia, que el ejército que venció era el de don Bernardo de Velazco, gobernador español del Paraguay. Eso es no ver sino las apariencias, y repetir lo que dijo el primero que habló de historia paraguaya sin conocerla, o poniéndola al servicio de otras historias.

No hubo tal: Velazco abandonó el campo; allí concluyó su autoridad, como la de Sobremonte ante las invasiones inglesas. Quien venció a Belgrano fué el Paraguay, el ejército paraguayo, conducido, en primer término, por el coronel don Manuel Anastasio Cabañas. Al lado de éste, lucharon también allí, como jefes bizarros, Gamarra, Juan Antonio Caballero, Pascual Urdapilleta, Fulgencio Yegros, Luis Caballero y muchos otros, todos bravos paraguayos, que figurarán en su tierra.

Pero todos esos combatientes obraban ya dentro del círculo mágico de la esfinge, o dragón, o como queráis imaginarlo, que ha de tragárselos a todos.



Fué el aliento de fuego de esa esfinge o dragón quien allí venció a todo el mundo: a españoles, a argentinos y a los mismos paraguayos: don Gaspar Rodríguez de Francia.

Es menester que aclaremos esto.

Recordad, mis amigos, la repercusión del 25 de mayo en Montevideo; la resistencia de esta ciudad a someterse a Buenos Aires, etc., etc. El mismo sentimiento de los orientales hacia la capital del virreinato, y por causas análogas, existía en el Paraguay. Éste se sentía persona distinta de las demás, y no sin razón, por cierto. El Paraguay, lo mismo que la Banda Oriental, no fué jamás, como se ha dicho, provincia argentina; fué una gobernación dependiente del virrey del Río de la Plata en los últimos tiempos del virreinato. Así como la Banda Oriental vivió abandonada y siendo *la vaquería de Buenos Aires* durante el coloniaje, el Paraguay existió casi aislado de las demás provincias, cuyas influencias sobre él fueron nulas; pero la ciudad de la Asunción experimentó, tanto como la de Montevideo, y por causas análogas, el efecto de los celos de Buenos Aires, que obstó siempre a sus progresos: obstaculizó el comercio paraguayo gravando sus productos; impidió su expansión; formó y enconó la rivalidad entre ambos pueblos. He aquí que se nos ofrece *otra Cartago*. Por otra parte, el paraguayo se consideraba de un origen étnico distinto del argentino; hasta la conservación del idioma guaraní, pues allí no se hablaba o se hablaba muy poco el castellano, constituía una barrera fundamental, que no la fuerza, sino la discreción y el genio hubieran podido salvar, en obsequio a la grande unión.

No queriendo, pues, substituir un gobernador extranjero por otro tan extranjero como él, no vió en



la expedición de Belgrano sino el espíritu de conquista de Buenos Aires, de la *Roma* platense, y rechazó esa expedición, con el propósito de conquistar por sí mismo, y para sí mismo, la independencia. Y no se equivocaba, por cierto; Belgrano llevaba la misión expresa de deponer al gobernador español Velazco, para quedar él en su lugar como representante de la Junta de Mayo, a la que enviaría diez mil hombres paraguayos. El espíritu vital de conservación se despertó allí.

Pero ese espíritu, que en la Provincia Oriental animaba a muchas almas, en el Paraguay, bien que difundido en el pueblo inconsciente, y sentido por algunos hombres de pensamiento, estaba concentrado, como principio de acción política, en las soledades negras de un alma sola, y de un alma que de tal manera absorbía a todas las demás, que se las devoró a todas, y se llevó la causa de la independencia a sus profundidades psíquicas, guarida llena de noche glacial, y habitada por varias familias de serpientes y otras sabandijas.

Vais a ver, mis amigos, cómo los esfuerzos de Artigas por evitar el injusto predominio de la oligarquía o comuna porteña en su patria oriental, lejos de llevarlo a matar el nervio popular con la tiranía, o a separar a su pueblo de la defensa común, lo induce a ser el primer capitán de esa defensa, a buscar alianzas con todos los pueblos libres, incluso el de Buenos Aires, a ponerlos por testigos y jueces de la santidad de su causa, a despertar en ellos el sentimiento de su propio ser y del respeto mutuo, a luchar animoso por la felicidad de todos los americanos, que considera una sola nación, a difundir, a la faz del mundo, y *a hacer prácticos,* los más amplios principios de

libertad, de democracia, de gobierno propio, a los que da forma con el concurso de los hombres más ilustres de su tierra, que respeta y tiene a su lado.

Don Gaspar Rodríguez de Francia es todo lo contrario: él, unido a sus compañeros de las primeras horas, sinceros y candorosos, proclama el principio vital, la independencia; pero con reservas mentales y tortuosidades solapadas. Lo vemos aparecer y desaparecer en la vida pública; sacar la cabeza y esconderla como la araña; adherir con los demás al pensamiento y a la obra y a la alianza de Artigas mientras no ha asegurado su predominio propio, y renegarlo, y abandonarlo después, cuando no le conviene su proximidad. Francia realiza así la independencia del Paraguay; pero no para el pueblo paraguayo, que no educa ni quiere educar. Una vez conseguida, separa a ese su Paraguay, no sólo de España, y de Buenos Aires, y de los orientales, y de los argentinos, sino del mundo entero; se lo lleva en las garras, una vez aniquilados sus compañeros, a quienes mata o encarcela para siempre; lo secuestra del contacto de los vivientes, poniéndole por muralla la distancia, el desierto, y la misma guerra sostenida por Artigas en defensa del derecho de todos. Nada sería eso, si se lo llevara para hacerlo feliz en alguna manera, mientras evitaba, por medio del aislamiento, los ataques posibles a su independencia. Pero, no: lo encierra en la obscuridad de su tiranía, y allí se entretiene, durante treinta años, en matar en él, con deleite felino, todo germen de vida: hombres y principios de civilización, relaciones exteriores e interiores.

Oportuno es recordar aquí que no ha faltado quien, suponiendo que en el Paraguay no respiraba más hombre de pensamiento que el doctor Francia, ha

dicho que, sin éste, la independencia paraguaya no existiría. ¡Gran majadería la de confundir el héroe con el tirano, que es su negación! En el Paraguay, lo mismo que en toda América, ni más ni menos, flotaba sobre las aguas el grande espíritu; sin él, la nada hubiera persistido. En cuanto al núcleo de hombres de pensamiento, necesario para que aquél cobrara su forma inteligente, existía también allí, con los mismos caracteres que en los demás pueblos, con las mismas aptitudes y deficiencias. No es del caso un análisis detallado de aquellos malogrados próceres; pero basta examinar los actos y documentos de las Juntas que nacieron de la revolución, para convencerse de que no es sólo Francia quien allí piensa y escribe, ni mucho menos; es precisamente cuando él está ausente, cuando esas Juntas nos ofrecen los documentos y actitudes más definidas y más fuertes.

La casi desconocida figura de don Fernando de la Mora, por ejemplo, secretario de la primera, equivalente a la del Moreno bonaerense, o a la del Larrañaga oriental, a la del Martínez Rozas chileno, descuella entre aquellos hombres con interesantísimo relieve. Fué, como Moreno, un relámpago; como él fué tragado por el mar; la tiranía es mar. Era de la Mora un joven abogado, inteligente, ilustrado, lleno de luminosas inquietudes; he tenido ocasión de conocer algunos de sus manuscritos, y, entre ellos, una copia fragmentaria, de su puño y letra, de la constitución de los Estados Unidos que, concordada con alguna cita a oradores angloamericanos que leemos en comunicaciones de la Junta, son una interesante revelación para la historia que está por hacer.

Lo que caracteriza, pues, al Paraguay no es la ausencia de hombres de fuerza en el pensamiento ó

en el propósito; es la concentración, en un hombre solo, sin nada heroico, de la fuerza de acción excéntrica, que, en otros pueblos, se distribuyó entre varios, y formó personas colectivas, o dió nacimiento al héroe fulgurante, hijo de diosa al fin, que debió mucho, pero pagó su deuda en inmolación y en gloria.

Sólo un héroe de verdad, opuesto al tirano, hubiera podido servir allí de núcleo de cohesión; pero el que lo fué de los demás pueblos platenses, sin excluir el de Buenos Aires, Artigas, no pudo penetrar en el Paraguay.

V

Así como os dije lo que fué el 25 de mayo en Montevideo, es preciso que os haga saber lo que fué en la Asunción, capital del Paraguay. Aquí, como allá, el gobernador español Velazco, al recibir la comunicación de la Junta Revolucionaria de Buenos Aires, convocó un Congreso popular; pero esa asamblea no era como la de Montevideo: estaba constituída por doscientos hombres, analfabetos en su casi totalidad... y don Gaspar Rodríguez de Francia, que miraba ya de reojo a los otros, Yegros, Caballero, de la Mora, de la Mora sobre todo, y les buscaba el punto vulnerable.

Ahí lo tenéis sentado, con su figura tenue y distinguida, con su cara caucásica, pálida y aquilina, con sus cabellos castaños obscuros que empiezan a blanquear, pues tienen 45 años, sus labios muy finos, sus manos de dedos muy afilados, su actitud de perpetuo acecho, y sus ojos, sobre todo, sus ojos negros o policromos, sin patria ni sexo, cuyas miradas bri-

llan y se apagan, se van a las profundidades del alma a recoger algo, y vuelven de ella de repente, transformadas en un relámpago mortal, que se hunde en los otros ojos humanos y los hace cerrar. Había nacido en la Asunción; otros dicen que en el Brasil, en San Pablo; que su nombre era *França,* de origen portugués. Ello es que, de la Asunción, se fué a estudiar a Córdoba del Tucumán; de allí volvió a su tierra con los grados de maestro en filosofía y doctor en Sagrada Teología; se aplicó especialmente al estudio del derecho; fué, en el Seminario de la Asunción, profesor de latinidad y de teología; llevaba traje talar, y leía y estudiaba los enciclopedistas franceses, Rousseau especialmente, y la historia de Roma de Rollín. Aquel hombre, en el Paraguay, era un exótico; su superioridad, no tanto en inteligencia y preparación literaria, cuanto en carácter y fuerza de fascinación siniestra, era allí aplastadora. Allí no había contrapeso posible; Francia no tenía raíces de ningún género en aquel pueblo americano, indígena en sus siete octavas partes, que hablaba en guaraní.

Sigámoslo, pues, en la asamblea convocada por Velazco, el gobernador español, para apreciar el 25 de mayo de 1810. Él lo hace todo, y lo seguirá haciendo todo, directa o indirectamente, en la luz o en la sombra, hasta dentro de treinta años, en que el pueblo paraguayo, al oir decir que el *Señor* ha muerto solo y encerrado, a los 84 años de edad, no se atreverá a escuchar la noticia, menos a darle crédito, y menos aun a entrar a ver el cadáver, por temor de que abra los ojos y derrame la mirada, más llena de muerte que cuando estaba viva. Y llorará, con supersticiosos gritos lamentables, la muerte de su dragón sagrado.



En esa asamblea de que hablamos, celebrada el 24 de julio, ya sugirió Francia la idea de la caducidad del poder español y la independencia absoluta del Paraguay; pero, eso no obstante, se resolvió «guardar fidelidad al Consejo español, de Regencia, como en Montevideo, que se tuvo en cuenta expresamente, y conservar amistad con la Junta de Buenos Aires, *pero sin reconocerle superioridad*».

Llega entonces la expedición de Belgrano, y es destrozada por los paraguayos. El gobernador Velazco, que ha desaparecido del campo de batalla, puede darse por caducado, como el virrey Cisneros en Buenos Aires. Conviene y es necesario saber que este Velazco, como Cisneros, ha estado viendo el nublado en el horizonte, y, como lo hará Elío en Montevideo, ha acudido por auxilio al aliado inmediato y natural de su rey: al de Portugal. Éste es el verdadero paladín, fuera es de duda, del dominio europeo sobre nosotros en el Atlántico; su solo enemigo en América ¡el solo! fueron Artigas y los pueblos que él condujo, sin embargo. Aliados suyos fueron, como lo veréis, los émulos de Artigas. Y la independencia definitiva de la patria de ese Artigas se conquistará en lucha con el heredero de Portugal, por la estirpe y por la lengua españolas, emancipadas y republicanas. El portugués ha acordado su auxilio a Velazco, como lo prestará a Elío; pero su órgano es el general Souza, con quien Velazco se concierta en una larga correspondencia que conservamos. Y Souza es el caballero armado de la princesa Carlota, presunta reina del Plata. Velazco, pues, a trueque del urgente socorro portugués que necesita, se ha comprometido a incorporar el Paraguay a los dominios de la futura reina, cuyos partidarios en Buenos Aires son, como lo sabéis, los prin-

cipales hombres de mayo: Belgrano, Pueyrredón, etc.

Pero el nublado descargó en el Paraguay más pronto de lo que pensaba el buen gobernador; en la noche del 14 de julio de 1811, precisamente cuando éste, Velazco, se disponía, con sus parciales, a hacer la proclamación solemne de Carlota, una conspiración encabezada por don Pedro Juan Caballero, pero hecha por Francia, depone a aquel gobernador, y lo substituye por don Valeriano Zeballos y el doctor Rodríguez de Francia. Imaginaos quién mandaría allí. Los que realizaron el movimiento, todos los prohombres del Paraguay, Yegros, Caballero, Estigarribia, etc., etc., declaraban que su propósito era unirse a Buenos Aires en una alianza que creían posible; pero Francia pensaba de otro modo; tenía sus propósitos *in pectore*. Convocó un Congreso de la Provincia, que presidieron él y Zeballos; pronunció un larguísimo discurso empírico, empapado en las doctrinas de Rousseau. El Congreso acordó crear una Junta de Gobierno de cinco miembros, de que era secretario el don Fernando de la Mora de que hemos hablado, y formar, con Buenos Aires, una sociedad fundada en principios de igualdad. Pero el doctor Francia, contra la resolución del Congreso, se dirigió a Buenos Aires en una nota célebre, de 20 de julio, firmada por los cinco gobernantes, en que le notificaba la absoluta independencia del Paraguay. En ella establecía la doctrina que hubiera debido unirlo con Artigas y los pueblos que éste va a acaudillar; pero esa doctrina, al abrigarse en su espíritu, como si se muriera en él de terror y de frío, pierde toda su virtud. Allí decía la Junta que el Paraguay había resistido la expedición de Belgrano, buscando su natural defensa; que, caducado el poder supremo, éste recae en la nación; que la confederación de la

Provincia del Paraguay *con las demás de nuestra América* era natural y conveniente; pero que las desgraciadas circunstancias ocurridas entre Buenos Aires y la Asunción la habían dificultado; que, en consecuencia, había sido preciso que la provincia recobrara sus derechos usurpados, para salir de la antigua opresión, *y ponerse a cubierto de una nueva esclavitud de que se sentía amenazada*. «Se engañaría, concluye, quien imaginase que la intención de la Provincia del Paraguay había sido entregarse al arbitrio ajeno, y hacer dependiente su suerte de otra voluntad. En tal caso, nada habría adelantado, ni reportado otro fruto de su sacrificio que el cambiar una cadena por otra, y cambiar de amo.»

Con ser esto tan claro, Buenos Aires no acabó de comprenderlo: la conciencia de su derecho virreinal hereditario, tan irracional y funesto, lo indujo a substituir la conquista por la diplomacia, para dominar al Paraguay. ¿No existía allí un Congreso con tendencias a la unión? Envió, pues, una misión diplomática, formada de los doctores Belgrano y Echevarría: dos conspicuos personajes.

«¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos y a tales horas? Pues por Dios que han de ver esos señores que acá los envían, si soy yo hombre que se espanta de leones.» Así hablaba el Caballero de la Triste Figura.

Buenos Aires no sabía, indudablemente, con quién se tomaba. Francia encerró a sus diplomáticos en un círculo mágico; no vieron otra cosa que él; fueron muy agasajados. Aquél los visitaba durante la noche; les hablaba contra sus propios compañeros de Gobierno, a quienes denunciaba como amigos de los españoles; se les presentaba como el solo hombre, como el héroe amigo; ellos le pagaban sus visitas en su estudio,

donde lo encontraban rodeado de libros, y frente al retrato de Franklin, que allí tenía; pasaron por todo cuanto él quiso: reconocieron, en un tratado, *la independencia de la Provincia del Paraguay de la de Buenos Aires*, sin perjuicio de consignar el deseo de estrechar los vínculos que unen y deben unir *ambas provincias en una federación y alianza indisoluble*, que las obliga a auxiliarse mutuamente, contra cualquier enemigo de la común libertad. El Gobierno central aprobó todo lo hecho por sus embajadores, y calificó de *interesante federación* el arreglo con Rodríguez de Francia; sólo objetó la demarcación de límites, que también se había acordado. Todo eso era una doblez, por supuesto. ¡Dobleces con Rodríguez de Francia!

Desde ese momento, se sigue con facilidad e interés el vuelo de aquel negro moscardón que zumba dando vueltas; desaparece de la Junta de Gobierno en 1812, para ver si se siente su ausencia, lo que no consigue, pues las cosas marchan sin él, como lo hemos dicho y lo veremos; reaparece en 1813, para aniquilar a sus compañeros, a de la Mora sobre todo, y prepara entonces un *gran Congreso*, en que se hace aclamar por los *mil ciudadanos que lo componen*.

¿Queréis creer, mis amigos, que, después de esto, todavía tentó Buenos Aires un nuevo esfuerzo de conquista diplomática en aquella tierra, con ocasión de ese Congreso fabricado por Francia para sus fines propios? ¡Todavía mandó al doctor don Nicolás Herrera, un nuevo leoncito, con el objeto de tentar la conquista de la amistad de aquel ogro, y obtener el envío del representante paraguayo al Congreso General de las Provincias unidas! ¡Representante paraguayo! Lo que allí se hizo fué: confirmar la declaratoria de independencia; romper la alianza celebrada con

Buenos Aires; cambiar el título de *Provincia del Paraguay* por el de *República del Paraguay;* adoptar armas y colores nacionales, y... poner todo eso en manos de su autor y dueño. Se creó, como gobierno, un Consulado de dos miembros: Francia y Yegros. Como el de Bonaparte y Sieyes. Francia se desembarazó de su compañero cónsul, al que fusilará en oportunidad, como a los demás, y, al año siguiente, 1814, se hizo aclamar dictador temporal primeramente, y vitalicio, perpetuo, eterno, después.

Veréis más adelante cómo, hasta ese momento en que Francia cobra su forma real de genio satánico, los gobiernos colectivos que allí se suceden cultivan con Artigas relaciones íntimas, reconocen en su visión la de todos los americanos, combinan con él la acción común. Francia se aparta del gobierno en 1812; cuando, en 1813, vuelve a compartirlo con los otros, también comparte, al principio, la adhesión colectiva al héroe oriental; pero no bien se queda solo y dueño absoluto, toda relación del Paraguay con Artigas termina para siempre; para nadie como para él, mientras sea capaz de acción, quedarán tapiadas las puertas de aquella casa de los silencios.

Y don Gaspar Rodríguez de Francia envolvió en sus alas membranosas articuladas a las calladas muchedumbres.

Y se llevó el Paraguay a su guarida. Y así lo tuvo, ausente de la tierra, durante treinta años. El mundo sólo sabía de él, por los lamentos que, de vez en cuando, se oían salir de allí; encarcelamientos perpetuos, ejecuciones precedidas de suplicios; espantos pálidos en el aire. La gente no podía mirar al dictador cuando pasaba, rodeado de su escolta, por las calles solitarias; ponía la cara contra la pared.

Eso fué, mis amigos, la expedición *auxiliadora* enviada por la Junta de Mayo al Paraguay, a las órdenes de Belgrano.

VI

Quédanos por conocer la otra expedición auxiliadora, enviada por esa Junta de Mayo: la que, formada de los restos del ejército del Paraguay, unidos a regimientos destacados en Entrerríos, fué destinada a prestar auxilio a la región oriental del Uruguay y el Plata, bajo el mando del mismo Belgrano, y a expugnar a Montevideo, el baluarte español en el Atlántico.

Al fin hemos llegado, oh artistas que me escucháis, al fin hemos llegado al núcleo popular, vivo, de independencia republicana, y que debió serlo de unión entre los pueblos libres españoles.

Penetrad en esa región, amigos míos, y allí veréis otro mundo. Allí sí que la expedición pudo llamarse con propiedad *auxiliadora,* aliada de un pueblo lleno de sol, movido en sus propias entrañas por el espíritu de Mayo directamente, deseoso de una *alianza indisoluble* con sus hermanos; de la *interesante federación* que hallaba Buenos Aires en la unión propuesta por Rodríguez de Francia. Allí iba a encontrar una nación homogénea, característica, nutrida de libertad: el pueblo y la región que os he hecho mirar con tanta intensidad en todas mis conferencias, a fin de que los reconocierais en este momento histórico.

Allí encontraréis, por fin, a la cabeza de ese pueblo, no a personas colectivas anarquizadas y discrepantes, ni al tirano excéntrico, hosco, sombrío, exótico,



encerrado en sí mismo, sino al hombre fuerte más directamente iluminado por el sol meridiano, al personaje representativo de todos los pueblos platenses, incluso aquel anónimo que, el 25 de mayo de 1810, se presentó en la plaza de Buenos Aires a deshacer lo que habían hecho los próceres: Artigas, el héroe.

¡Artigas y Rodríguez de Francia!

El supremo contraste.

Belgrano mismo manifestaba su entusiasmo ante el espectáculo del levantamiento en masa del pueblo oriental. «Siendo Montevideo la raíz del árbol, decía, debemos ir a sacarla; añadiéndose que, para ir allá, *tenemos todo el camino por país amigo,* cuando aquí, en el Paraguay, todos son enemigos. Para esta empresa necesitamos fuerzas de consideración, y los auxilios prontos; y aun cuando no se consiga más que desviar a Elío de todas sus ideas en contra de la capital, habremos hecho una grande obra.»

En esa ingenua frase del gran Belgrano, hermanos artistas, está condensada la historia política de nuestra independencia en sus relaciones con la platense. He ahí la idea de que ya una vez hablamos: desviar el ataque contra la capital es *la grande obra;* salvar la ciudad, la reina de la colmena; inmunizar la cabeza. Era ese, en Belgrano, un error sincero. Que todo era sinceridad y abnegación en aquella alma sana, que hemos de conocer y amar. Pero, no: ya sabrá el pueblo oriental hacer algo más que salvar la capital del virreinato; está dispuesto a salvarse a sí mismo ante todo. Y bien sabe que es él mismo quien tiene que salvarse si ha de llenar su misión propia: la de núcleo de vida democrática en todo el Río de la Plata.

Al llegar Belgrano, el pueblo oriental está ya levantado en masa, al grito de libertad; en su cielo ha

lucido, a la par que en Buenos Aires, y acaso antes, el sol del mes de mayo. Ese pueblo, y no la expedición auxiliadora, será el que, conducido por un hombre que tiene la visión del porvenir, librará, contra los españoles unido a sus hermanos, y contra los portugueses solo, completamente solo, las batallas campales de la independencia, casi las solas que se libraron contra el extranjero en las márgenes del Plata; dominará, con la rapidez del relámpago, todo el territorio de la patria, y dará a la causa del 25 de mayo su más resonante victoria. Ésta, la de *Las Piedras*, levantará su espíritu, y encerrará el dominio español, como en un calabozo de hierro, en su propia formidable ciudadela, en cuyo torno, como en el de Troya, se jugará la suerte de la raza aquea.

Ese pueblo es el que os he ido describiendo hasta en sus raíces, amigos artistas, y el que os pide forma para su alma heroica; ese hombre que concentra su espíritu y lo conduce, es Artigas, nuestro férreo Artigas, el inspirado *mediador* entre el alma libre, recién creada, y el cuerpo que la espera. ¡Si yo consiguiera que lo amarais, para que pudierais comprenderlo! ¡Que lo vierais pasar siquiera, en el fondo de mis palabras, como una visión de lo invisible!

Artigas, como os he dicho, ha sido muy calumniado, amigos míos; muy duramente injuriado. Se aprovechó el desamparo en que quedó su recuerdo, y contra él se envenenaron las fuentes de la historia. En él se nos ha ofendido a nosotros mismos, a los orientales; se nos ha querido arrancar el abolengo, la honra de la estirpe. Y sentimos una sed muy grande de agua de montaña, de vindicación y desagravio.

Vuestro mármol tiene que ser vengador y resonante; más resonante que medio siglo de palabras insen-



satas; más que el coloso aquel de Memnón, que cantaba al ser tocado por el sol. Tiene que disipar la noche con su blancura luminosa.

Es preciso que ese mármol haga el día.

El día es la proximidad de una estrella.

CONFERENCIA VII

ARTIGAS

SU ORIGEN.—SU CARRERA.—SEMBLANZA DE ARTIGAS.—ICONOGRAFÍA.—SU HISTORIA ANTES DE LA REVOLUCIÓN.—EN LOS CIMIENTOS DE SU PATRIA.—LA TRADICIÓN DOMÉSTICA.—EL DEÁN FUNES. — EL CAPITÁN DE BLANDENGUES. — ARTIGAS ANTE EL MOVIMIENTO DE MAYO.—SU ADHESIÓN A LA REVOLUCIÓN DE MAYO.—SU INCUBACIÓN EN LA BANDA ORIENTAL.—LOS ENEMIGOS DEL URUGUAY.—ESPAÑA Y PORTUGAL.—BUENOS AIRES.

I

Mis amigos artistas:

Artigas, a quien ya habéis visto aparecer un momento en las invasiones inglesas de 1806 y 1807, tiene 46 años en el momento en que os lo muestro; tiene ya algunas canas. Ha nacido en la ciudad de Montevideo, y casi con ella, el 19 de junio de 1764: menos de cuarenta años después de su fundación. Ahí está la casa solar en que nació; es solar verdaderamente, si los hay. El abuelo del héroe, don Juan Antonio Artigas, hidalgo de Zaragoza, viene de España a Buenos Aires, en 1716, después de larga y honrosa carrera militar, tradicional en su familia. Según Menéndez Pelayo, la voz *artiga* significa *adoctrinado*. Quizá no sea del todo aventurado suponer,



según eso, que la familia de Artigas procede de árabes o moros convertidos.

Don Juan Antonio Artigas, que forma parte de la Compañía de Caballos Corazas del capitán don Martín José de Echauri, es uno de los fundadores de Montevideo en 1726. Lo vemos figurar entre sus primeros vecinos, declarados «de casa y solar conocido»; se le adjudica una de las treinta manzanas que forman la planta de la ciudad recién nacida.

Pero aun antes de fundada ésta oficialmente, ya estaba allí avecindado el abuelo de Artigas, con su esposa y sus cuatro hijos; esa familia es la primera agrupación de hombres civilizados que se fija en Montevideo. Aquí viven, «con casa de firme, con edificios de piedra cubiertos de teja y otras oficinas, con plantíos y arbolados, y con estancia de ganados mayores en los campos», las familias de Artigas, Carrasco, Burgues y Callo, que son una misma (la esposa de Artigas era Carrasco), y que allí estaban cuando los otros pobladores llegaron a fundar la ciudad. Con ellas residían, desde 1723, dos misioneros de la Compañía de Jesús, que evangelizaban a los indios tapes.

Fué, pues, la familia de Artigas, la primera que encendió hogar estable en Montevideo; ella es, en ese sentido, la fundadora de la ciudad, como lo será de la nación el nieto del hidalgo soldado de coraceros, natural de Zaragoza. Éste forma parte, como alcalde, del primer Cabildo o gobierno municipal constituído por Zavala en 1730; y tanto él, como su hijo mayor, don Martín José, padre del fundador de la patria, prestan buenos servicios militares a la colonia, dejan honroso vestigio de su paso por los más encumbrados puestos de nuestra vida cívica incipiente, y son miembros conspicuos del primitivo patriciado oriental.



Es bueno que conozcáis, por razones que yo me sé, y que ahora me reservo, ese abolengo de Artigas.

Os lo presento en 1811, al adherirse a la revolución de Mayo, ocho meses después de iniciada en Buenos Aires.

Es capitán de caballería; ayudante mayor del *Regimiento de blandengues;* el grado más alto al que pueden aspirar los criollos en el ejército colonial.

Ha ingresado en la milicia a los 32 años, en 1797; lleva, pues, catorce años de servicios militares. Muy bueno será que precisemos esta fecha, porque ella nos permite dividir su historia en tres épocas características: su vida privada, desde su nacimiento en 1764, hasta ese año 1797; sus 14 años de carrera militar, que terminan en 1811; y, por fin, su grande historia.

Las viejas patrañas, malignas unas, apologéticas otras, en que se ha presentado a Artigas como un ente mitológico desde la infancia, se han desvanecido. No hay tales aventuras extraordinarias. Artigas no fué velado por águilas en su cuna, ni amamantado por ninguna loba. Su buena madre, doña Francisca Antonia Arnal, le dió su leche. Su padre, don Martín José, es también militar; ha prestado excelentes servicios; pero tiene el pecado original: es criollo, y, como su hijo, no ha podido ascender sino a lo que éste ascendió: a capitán de caballería. Bueno es que advirtamos eso: que Artigas es *segunda generación de americanos nativos.* La posición de su padre es holgada y decorosa, gracias a su trabajo: tiene su casa en la ciudad, una barraca o depósito de frutos, campos y ganados; posee tierras heredadas de su padre en *Chamizo,* otras denunciadas por él en *Casupá,* y las de su esposa en el *Sauce.* Puede dar a sus hijos, en el con-

vento de los franciscanos, la mejor instrucción que entonces se adquiría, y que, si no era grande, era la que entonces constituía un hombre culto. La que recibe el cuarto de sus hijos, el que a nosotros nos interesa, es más esmerada que la de sus hermanos. Éstos se consagran muy pronto al trabajo de campo; aquél permanece en la ciudad, y es compañero de estudios de Nicolás de Vedia, Rondeau, Melchor de Viana y otros.

Os ofrezco el manuscrito más auténtico que he encontrado, para que deduzcáis la primera educación de Artigas por el carácter de su letra, mucho más correcta, como lo veis, que la de muchos próceres civiles, cuanto más militares, de entonces. En ese documento veréis también la letra y la firma de Manuel Francisco, el mayor de los hermanos.

Su abuelo materno, don Antonio Arnal, ha advertido sin duda esas tendencias literarias de su nieto predilecto, e instituye una capellanía en su favor, creyendo ver en él un futuro sacerdote, un prelado acaso. En cuanto al concepto que de él tuvo siempre su padre, baste decir que le donó en vida el usufructo de un solar, en que Artigas construyó su casa, y lo designó después albacea en su testamento. Aquí tenéis, además, el documento en que da su consentimiento para el matrimonio de su hijo, y deposita la suma de tres mil pesos, como fianza o dote militar; aquí tenéis las partidas en que figura como padrino de sus nietos.

Imaginemos a Artigas a los veinte años; ha de pensar en su porvenir. No son amplios, por cierto, los horizontes que se abren ante él. Los puestos de la administración pertenecen a los españoles; la iglesia



y la milicia son las dos únicas carreras. Él no se siente inclinado a la carrera eclesiástica; no utiliza la capellanía instituída por su abuelo. Nada más visible que su vocación y sus aptitudes militares; pero... el militar no se hace en América; pertenece al rey, se forma a su lado, viene armado y galonado de ultramar. Uno se imagina lo que hubiera llegado a ser este capitán de blandengues, si, dejando su pobre tierra, se hubiera incorporado a los ejércitos de Europa, como lo hicieron otros americanos que allí se educaron. No la dejó, felizmente: no dejó su tierra... Y a eso debemos el haber tenido en él algo más que un gran general, recamado de oro y ganador de batallas.

Aquí quedó, encerrado en la plaza fuerte de Montevideo, aprisionada a su vez en su granítico cinturón de murallas y cubos artillados, con su formidable ciudadela por broche, y erizado de las púas de sus trescientos cañones o más. La vida, de portones adentro, era sencilla y monótona: funciones religiosas, corridas de toros, revistas militares; saraos de vez en cuando, honrados por la presencia del gobernador, don Joaquín del Pino, futuro virrey del Plata; paseos por las murallas o las costas. Las puertas de la ciudad se cerraban al anochecer, y nadie entraba ni salía. Sabemos de la vida del joven Artigas en esa época; de sus aficiones y costumbres. Era afable y atencioso; muy dado a la sociedad; vestía con esmero, *a lo cabildante,* como entonces se decía, con su coleta y su casaca bordada, o su chaquetilla de alamares o trencilla fina en el pecho, y su pino en la espalda.

Pero lo que constituía el lujo de los jóvenes de entonces, y les ofrecía ocasión de ostentar elegancia y bizarría, era el caballo. Poseer y montar caballos briosos, casi indómitos, y bien enjaezados; salir al



campo, en alegres cabalgatas, y entrar de regreso por el Portón de San Pedro, con aventuras que contar, devolviendo con arrogancia el saludo de ojos amables, era el triunfo de los elegantes criollos, que estaban convencidos de su innata superioridad, como jinetes, sobre los europeos o *chapetones*, y lo juzgaban rasgo distintivo del americano.

Artigas iba a menudo a los campos de sus hermanos y parientes; compartía sus faenas como deporte atlético; se adiestró en ellas; desarrolló su sano organismo, se hizo gran jinete: domaba un potro, enlazaba un toro salvaje, boleaba un avestruz.

Se resolvió, por fin, a consagrarse seriamente a los trabajos del campo, convencido de que la carrera de las armas, a la que se sentía inclinado, era inaccesible para él.

En esos trabajos invirtió diez o doce años: de los veinte a los treinta y dos de su vida. Su actividad fué extraordinaria: trabajó y negoció en Misiones, en el Arapey y Queguay, en Soriano especialmente; recorrió y dominó todo el territorio de la provincia; conoció bien su tierra: hombres y cosas; formó entonces esa *imaginación topográfica* que será su rasgo característico; fué pastor, cazador, más bien, de animales bravíos, y conductor de hombres, más fieros aun. Esas faenas de campo, en aquel tiempo, eran una conquista del desierto, una constante y peligrosa aventura. Artigas adquirió, por su honradez, su inteligencia y su valor, la autoridad, el prestigio, la nombradía, que serán el fruto verdadero de esos sus diez años de labor y de prueba.

En cuanto a los productos que acopiaba, cueros, astas, grasa, crin, eran remitidos por él a su padre, que los depositaba y negociaba en su barraca; mu-

chas veces eran llevados por él mismo a Montevideo, donde descansaba algún tiempo, cultivaba sus amistades, y, sobre todo, sentía renacer su vocación a las armas.

Se encuentra precisamente en Montevideo, en 1797, cuando se crea un nuevo regimiento, llamado *Cuerpo Veterano de Blandengues*, destinado principalmente *a defender las fronteras contra los portugueses* y los contrabandistas, y a proteger, contra los salvajes y malhechores, los vecindarios de los campos que reclamaban amparo. Artigas, estimulado por hombres influyentes, se resuelve, por fin, a seguir su vocación: ingresa en el nuevo regimiento, como simple soldado meritorio o cadete. El 10 de marzo de 1797, en que tal sucede, es el día inicial de su nueva vida.

Se ha dicho, con aviesa intención, que ingresó en el ejército con el grado de capitán. Nada más inexacto. Fué simple soldado distinguido. Se le confiaron, es cierto, las funciones de teniente, pues ya gozaba de un alto concepto; pero el grado no se le otorgó sino un año después, en 1798. En cuanto al de capitán, con que lo encontramos al iniciarse la revolución, trece años de labor y de méritos le fueron necesarios para obtenerlo. Fué capitán el 5 de septiembre de 1810. No necesitó Artigas más experiencia que la propia, para comprender que, sin patria independiente, no había ni podía haber patria para los americanos.

Los méritos contraídos por él en su carrera militar están amplísimamente documentados. Lo vemos, en todas partes, desempeñar las comisiones más laboriosas, importantes y difíciles: en los dos solos primeros años de servicio, recluta, por sus prestigios, doscientos hombres para su regimiento; persigue contrabandistas y malhechores, y guarnece las fronteras



contra las invasiones portuguesas. Su presencia es orden, autoridad, garantía. Leemos en un proceso uno de tantos casos reveladores de su carácter. El teniente Artigas recibe orden de prender a un sargento; éste se resiste; se atrinchera en una casa. Artigas no pasa adelante, no se atropella; da cuenta del caso al gobernador; le dice que sólo dando muerte a aquel hombre será posible arrestarlo, y pide autorización expresa para ello, como si deseara dilatar, y esquivar por fin, ese recurso extremo. No fué necesario: el rebelde se rindió por persuasión al noble teniente. En 1803, la Comisión representativa de los hacendados del país pide al virrey Sobremonte que se sirva enviar al teniente de blandengues José Artigas, y sólo a él, en protección de los campos. «Éste se ha portado, dicen los hacendados, con tal celo y eficacia, que, en breve tiempo, experimentamos los buenos efectos a que aspirábamos, viendo substituído el temor y sobresalto por la tranquilidad de espíritu y seguridad de nuestras haciendas.» Los hacendados se comprometen a abonar de su propio peculio los sueldos de Artigas, y, algún tiempo después, «en manifestación de su justo reconocimiento», le acuerdan espontáneamente un donativo o gratificación extraordinaria de quinientos pesos.

Recordaréis, mis amigos, lo que hemos dicho sobre las tendencias y empresas de Portugal en la frontera del Norte. Si no se pone remedio inmediato a sus avances, la región oriental será arrebatada a España. Don Félix de Azara, el ilustre sabio, que se da cuenta del problema, propone, el año 1800, como remedio, un vasto plan de fundación de pueblos en esa amenazada frontera. El virrey lo aprueba; nombra al mis-



mo Azara Comandante General de la Campaña, y pone a sus órdenes al teniente Rafael Gascón, y, por pedido del mismo Azara, al ayudante José Artigas, «en quienes, dice, concurren las cualidades que al efecto se requieren». Azara pensó en levantar el mapa de la región fronteriza; pero, a fin de evitar demoras, confió a Artigas la tarea de dirigir el reparto de tierras, asistido del agrimensor o piloto de la Real Armada, Francisco Mas y Coruela.

Yo atribuyo grande importancia a ese contacto de Artigas con Azara; a la activa participación de aquél, sobre todo, en la obra y el alto pensamiento de éste. Estoy persuadido, sin embargo, de que el problema, en toda su extensión, era dominado con mayor intensidad por Artigas que por el mismo Azara.

Artigas tenía en la imaginación el mapa de una patria futura; es fuera de duda. Lo estaba trazando, al realizar el plan del ilustre sabio; veía sus fronteras en las que entonces lo eran del dominio español: allá en las Misiones, limítrofes con el Brasil. Era un gran territorio; toda la América subtropical atlántica. La visión del que será fundador de esa patria se transparenta en la pasión con que lucha entonces contra los avances del portugués, y aun contra la desidia o indiferencia de sus propios jefes españoles, en la defensa del territorio. Esa desidia, que en algunos llegaba al pacto venal con el enemigo, lo desespera, lo desalienta, pone la increpación en su boca. La actividad y la pasión que vemos entonces en Artigas se explican. ¿Qué podía importar a los españoles un pedazo más o menos de tierra colonial en estas Américas? Ellos tenían su tierra, su verdadera tierra, del otro lado del Atlántico. Una plaza fuerte en Europa

compensaba con creces la cesión de un millón de kilómetros de desierto americano.

Artigas es otra cosa; él no tiene más tierra que ésta que defiende: este germen de su futura patria independiente es todo para él; no conoce ni ama más que esa patria. Se ve claramente que él ya no es, desde ese período de su vida, el simple ejecutor del pensamiento español, que trata y contrata en Europa sobre el destino de estas regiones; que cede las Misiones Orientales, con todos sus hombres y contra la voluntad de éstos, al portugués, como se cede una jaula de pájaros, y que lo hubiera cedido todo, sin excluir Montevideo, si así lo hubiera exigido la política europea. Es evidente, para él, que la defensa eficaz de esa región española, limítrofe del portugués, no puede venir del otro lado del Atlántico, ni siquiera del otro lado del Plata. O la defienden los orientales, o desaparece fundida en el dominio portugués. Ya veremos eso con meridiana claridad.

Artigas ha pensado mucho en ello; ha aprendido en la observación de hombres y cosas, en la honda comunicación consigo mismo, lo que no se aprende en libros; lo que no hubiera sabido, si, formado en Europa, hubiese regresado con entorchados y condecoraciones reales. Notad esto bien, amigos míos; no existe en América un arquitecto de la propia patria, *desde sus cimientos*, que pueda compararse con este Artigas; él defendió a España de España misma; vió y amó a su Patria Oriental desde el claustro materno, y custodió su difícil gestación. Y conservó su herencia. Y le dió, por fin, sus títulos y su bautismo, que imprime carácter.

Nos encontramos, en este momento, con una crisis en la vida del héroe. El 10 de marzo de 1803 está



éste en Montevideo, y gestiona su retiro del ejército; pide, en una larga y fundada exposición, ser agregado a la plaza, con sueldo de retirado. Invoca sus servicios, que enumera, y el estado de su salud. El rey, bien que reconociendo aquéllos, le niega el retiro, porque no quiere privarse de su concurso. El bizarro teniente (pues sus méritos no lo han hecho ascender en su carrera), vuelve a campaña, como ayudante del coronel don Francisco Javier de Viana, hijo del antiguo gobernador, honesto caballero, que lo distingue especialmente; pero, en marzo de 1805, desde su campamento de Tacuarembó, a cien leguas de la capital, reitera su solicitud de retiro. Lo obtiene, por fin. Vuelve a Montevideo, donde el gobernador Huidobro lo nombra oficial del Resguardo, con jurisdicción del Cordón al Peñarol.

¿Qué es eso? ¿Abandona Artigas la carrera militar? ¿Estaba realmente enfermo?

Lorenzo Barbagelata, en un precioso estudio que le debemos, nos ha revelado la causa de esa crisis. El 31 de diciembre de ese año 1805, Artigas, a los cuarenta y uno de su edad, contrae matrimonio con su hermosa prima Rafaela Villagrán, a quien amaba con pasión. El teniente retirado soñaba en la dicha doméstica. No pudo ser. La felicidad no era para él, porque no es compañera de la gloria. Dos años después, al nacer su segundo hijo, Eulalia, que nace el 12 de diciembre de 1807, y muere muy pronto, la joven madre, atacada de enajenación puerperal, es arrebatada para siempre de los brazos de su esposo.

Éste se queda solo con su hijo primogénito, José María, y vuelve a la vida de soldado, con esa herida en el alma. Herida incurable. La soledad será su compa-



ñía; la patria su solo amor fecundo. Ya hablaremos, si la ocasión se presenta, que sí se presentará, de esas tristezas del héroe.

Así le encontraron las invasiones inglesas de que hemos hablado: vestido de teniente de blandengues.

Cuando, en noviembre de 1805, se supo en Montevideo que un convoy inglés andaba por las costas brasileñas, se tomaron precauciones; se formó un nuevo escuadrón de caballería. El gobernador Huidobro lo puso a las órdenes de Artigas, el teniente recién casado, lleno aún de sus casi juveniles ilusiones.

Aquel convoy precursor atravesó el Atlántico, y cayó sobre el Cabo de Buena Esperanza, que fué arrebatado a los holandeses; pero ya sabéis cómo, al año siguiente, en 1806, el nublado descargó también sobre el Río de la Plata, y cómo se proyectó, sobre sus relámpagos, la figura bizarra del teniente Artigas; lo vimos en la reconquista de Buenos Aires, en el Cardal, en la brecha de Montevideo.

No es nada aventurado el afirmar, mis amigos artistas, que, en el momento en que nos encontramos, el de la revolución de Mayo, José Artigas es el oficial más discreto y mejor conceptuado del ejército colonial; era un protagonista en la sociedad de Montevideo; su opinión se escuchaba en las tertulias que hablaban de política; cuando él pronunciaba sus pocas palabras, se hacía silencio, y se le miraban los ojos. Ya tuvimos ocasión de conocer el concepto que de él tenía Mariano Moreno. Don Rafael Zufriategui, que en 1811 informaba, como diputado de América en las Cortes de Cádiz, sobre la situación del Río de la Plata, relataba la angustia experimentada en Montevideo al saberse que Artigas y Rondeau habían abra-

zado la causa americana: «Estos dos sujetos, decía con ese motivo, en todos tiempos habían merecido la mayor confianza y estimación de todo el pueblo y jefes en general, por su exactísimo desempeño en toda clase de servicios; *pero muy particularmente don José Artigas*, para comisiones en la campaña, por sus dilatados conocimientos en la persecución de vagos, ladrones, contrabandistas e indios charrúas, que causan males irreparables, e igualmente *para contener a los portugueses*, que, en tiempo de paz, acostumbran usurpar nuestros ganados y avanzar impunemente dentro de nuestra línea».

El año 1818, el mariscal de campo don Gregorio Laguna proyecta y presenta al rey, que lo aprueba, un plan de reconquista del Plata insurreccionado, y dice en sus instrucciones: «Será uno de los primeros cuidados del general atraerse a su partido al guerrillero don José Artigas... Este Artigas era, el día de la revolución, ayudante mayor de un regimiento de caballería, y tomó el partido de los insurgentes; después el rey, conociendo el mérito de ese oficial, le indultó y ascendió al grado de brigadier... He aquí uno de los puntos más esenciales para la reconquista, y en el que el general debe emplear todo su talento para ganárselo... colmarle de beneficios, graduaciones y mando, pues haciéndolo así, no solamente le sobrará todo a nuestro ejército, sino que, con su ayuda, *se conseguirá la destrucción de todos los rebeldes de aquel hemisferio*».

II

Eso era, pues, José Artigas, mis hermanos artistas, en el momento en que os lo tengo que hacer conocer personalmente.



Ahora os debo su retrato, es decir, el alma de ese capitán, hecha visible en un cuerpo.

Toda la iconografía que poseemos se reduce al apunte de viajero, que generalmente se atribuye al sabio francés Bompland, y que figura en el atlas de la obra de Demersay, *El Paraguay*. Os ofrezco ese recuerdo gráfico del héroe casi nonagenario, que, como lo veis, no es más que la silueta de una ruina. He verificado, sin embargo, en la Asunción, personalmente, su parecido, de boca de don Gregorio Narváez, que conoció a Artigas, y que lo reconoció sin vacilar en ese dibujo. Juan Manuel Blanes, nuestro insigne artista nacional, lo ha restaurado con inteligente penetración, y nos ha legado el gran retrato, que también os ofrezco, fidelísimo en su indumentaria, como toda obra de Blanes. Tras él han venido otros artistas, más o menos afortunados: Juan Luis Blanes siguió de cerca a su padre en la tela inconclusa de la *Batalla de Las Piedras*, que existe en nuestro Museo, y que también os muestro; Diógenes Hequet ha evocado al héroe, con amor y discreción, en sus numerosos lienzos; pero es Carlos María Herrera quien me parece haber sentido con mayor intensidad la persona de Artigas, en el valiente cuadro que asimismo os presento, y de que él me llama inspirador para regalarme una parte de su triunfo. Podéis mirar también, si os place, el busto modelado por mi hijo José Luis. Es obra de niño; pero algo expresa, me parece, en su balbuciente ingenuidad.

Vosotros, mis amigos, nos debéis ahora vuestro Artigas, el vuestro, la revelación, en un hombre de hierro, del hombre vivo que se levante en vosotros al llamado de mis palabras, si éstas tienen el poder de llamar. Espero que me creeréis, si os digo que yo

he visto a Artigas en alguna parte, y aun en más de una; bien sabéis con cuánta precisión se ven esas cosas.

Artigas me ha mirado, se ha movido en mi presencia, me ha revelado su carácter, sus actitudes, y hasta el color de sus ojos, en lo mucho que escribió. También conozco su voz; la he oído como estoy oyendo la vuestra; no la confundo con voz alguna.

Por lo que os dije de su educación, comprenderéis que ese alumno de los Padres Franciscanos no era un literato. Es evidente, sin embargo, que el gran caudal de documentos que poseemos con su firma han sido redactados por él personalmente. Eso no lo equivoca el hombre medianamente experto en achaques de hermenéutica literaria. Esos documentos son suyos, exclusivamente suyos. En ellos se le ve luchar, como casi todos sus contemporáneos americanos, con la falta de técnica; pero, en medio de sus énfasis y redundancias, propias de la época por otra parte; al través de lo que Carlyle llamaría *su dialecto*, aparecen su fisonomía y su carácter permanentes, invariables, con nitidez perfecta. Mucho nos servirán, pues, esos papeles, en nuestra obra de *retratistas*.

Para ver bien a Artigas, contamos, además, con las descripciones que de él nos han hecho los que lo vieron. Todos, Larrañaga, Vedia, Cáceres, Díaz, Funes, Robertson, todos los que lo trataron, se sintieron movidos a ensayar el retrato o semblanza de aquel hombre singular.

El sabio Larrañaga, que amaba al héroe, nos dice que «era hombre de estatura regular y robusto, de color bastante blanco, de muy buenas facciones, con nariz aguileña, pelo negro y con pocas canas».

El mayor Vedia nos lo describe así, en una memoria

inédita: «Era o es Artigas de regular estatura, algo recio y ancho de pecho. Su rostro es agradable; su conversación afable, y siempre decente. Comía parcamente; bebía a sorbos; jamás empinaba los vasos. No tenía modales agauchados, sin embargo de haber vivido siempre en el campo...» «En el sitio se le vió siempre montar en silla, y vestir de levita azul, sobre la cual se ceñía el sable.»

El armador y propietario de la goleta francesa *La Celeste*, M. Grandshire, que vió a Artigas, nos lo describe, en una nota de 1817, que acaba de leer Hugo Barbagelata en los archivos de París: «Artigas, dice en ella, tiene de 42 a 45 años de edad; es de muy hermosa presencia, de mirada segura y noble, y revela en sus modales el hábito de mandar a los hombres».

Don Vicente Fidel López, el historiador argentino más brillante y menos concienzudo, que odiaba a Artigas con miedo cerval, dice que «el óvalo de su cara era perfecto, tirando a ser agudo, aunque no mucho; pero lo bastante para ser pronunciado. Su cabeza muy regular, bastante desenvuelta, y enteramente conforme al mejor tipo de la raza caucásica; su perfil era sumamente acentuado y clásico...» Todo eso y nada, me parece que es la misma cosa. Es ése un pobre retrato impersonal.

Y no hay por qué extrañarse. Es oportuno aquí un recuerdo auténtico sobre ese retrato que el señor López hizo para su *Historia Argentina,* en substitución de otro que acababa de imaginar y escribir, en momentos en que entraba en su gabinete de estudio el general don Antonio Díaz. — Hombre, llega usted a tiempo, le dijo López suspendiendo su tarea... ¿Conoció usted a Artigas? — ¡Y tanto!, le contestó el recién llegado. López le leyó la semblanza que había

escrito; era la de un hombre cetrino, de ojos y cabellos negros, de mirada penetrante y fiera, de musculatura férrea... un fiero personaje.—¡Qué ha de ser eso!, gritó Díaz, con una carcajada. Si Artigas era todo lo contrario: blanco, rubio, de ojos claros, más débil que fuerte, de mirada y modales afectuosos...—El historiador argentino borró entonces con pena su Artigas. Y nos dejó el otro.

Veamos de penetrar en lo interior.

«Su conversación, nos dice Larrañaga, tiene atractivos; habla quedo y pausado; no es fácil sorprenderlo en largos razonamientos, pues reduce la dificultad a pocas palabras, y, lleno de mucha experiencia, tiene una previsión y un tino extraordinarios.»

Cuando yo leía esa auténtica descripción, sentía moverse en mi memoria la magna página en que Carlyle nos retrata su Mahoma:

«Sus compañeros le llamaban el *Amín*, el creyente, un hombre de verdad y fidelidad; verdadero en todo cuanto hacía, en todo cuanto hablaba y pensaba. También notaban que, en todo lo que decía, daba siempre a entender alguna cosa. Hombre más bien taciturno, y, cuando nada tenía que decir, silencioso; pero oportuno, discreto, sincero cuando hablaba, y siempre esclareciendo la cuestión: único modo digno del discurso. Carácter grave y franco; pero, al mismo tiempo, cordial, amable y hasta jocoso y amigo de la risa de vez en cuando.»

Salvo lo de *taciturno,* yo veo mucho de Artigas en ese árabe Mahoma, conocido de Carlyle. No me gusta lo de taciturno, porque nos desvía del carácter que buscamos; nos sugiere la idea de sombrío, ceñudo, montaraz, en el sentido de insociable o bravío; la de impasible, sobre todo.

Y no es eso lo que vió en Artigas el inglés Robertson, por ejemplo. «Pienso, dice, que si los negocios del mundo entero hubieran pesado sobre sus hombros, hubiera procedido de igual manera. Parecía un hombre abstraído del bullicio, y era, bajo ese punto de vista, semejante al más grande de los generales de nuestra época, si se me permite la alusión.»

Eso ya es otra cosa: abstraído, pensativo, en comunicación constante consigo mismo. Eso sí: eso es perfectamente suyo: era un ambulante, un viajero silencioso de soledades psíquicas. Eso le daba una seriedad clásica, y un sereno laconismo; permanecía siempre a alguna distancia de los demás; algo quedaba siempre guardado en él; entre sus palabras se formaban silencios, largos algunas veces.

Pero no era un impasible; nada más ajeno al carácter de aquel hombre estoico, pero de gran corazón, de intensa vida afectiva, y también imaginativa. Me han llamado mucho la atención las persistentes referencias a su sensibilidad, que hallamos en los que lo vieron. Artigas, aunque no desprovisto de cierta afectuosa jovialidad, con los humildes especialmente, reía poco; sólo de vez en cuando, y moderadamente, sin carcajada; he notado, en cambio, que los observadores de su vida interna nos hablan con frecuencia de su llanto. Yo encuentro muy interesante el llanto en ese solitario intrépido y fuerte. Don Joaquín Suárez, por ejemplo, al hablarnos de su honradez, y de que jamás faltó a su palabra, nos dice que era *muy sensible* con los desgraciados; el deán Funes advierte su *extrema sensibilidad;* el general Díaz nos lo pinta conmovido en alto grado; «he regado su sepulcro con mis lágrimas», escribe él mismo, al comunicar la muerte de Blas Basualdo, su capitán y amigo predilecto. Pero, más que

todo eso, me ha interesado lo que dice el coronel Cáceres en sus Memorias: «Se acordaba, *con lágrimas en los ojos,* de Valdenegro y Ventura Vázquez; decía que eran hombres que hubieran sido muy útiles al país, si no hubieran sido venales y ambiciosos».

Juzgo que hallaréis en todo esto motivo de meditación.

Venales y ambiciosos...

Cuando sepáis que Artigas vivió y murió en la mayor pobreza, como un anacoreta; cuando lo veáis preferir el honor a los honores, desdeñar el renombre y la gloria personales, elegir funcionarios entre sus propios adversarios, cuando los juzgaba aptos para el cargo, mientras separa de él a sus amigos y parientes, y hasta impedir que se levantaran las calumnias que contra él forjaban sus enemigos, no podréis menos de convenceros de que estáis en presencia de un alma solitaria, original y misteriosa, si las hay. En ese odio a todo lo que es ambición y venalidad, que arranca lágrimas a Artigas; en ese desprendimiento de todo interés humano, veréis la fuente de una fortaleza y de una tenacidad en el propósito y la acción, que sólo los insensatos confundirán con la estúpida soberbia, o con la vanidad de los prepotentes.

Artigas no fué un soberbio; no había en él ni un átomo de lo que puede constituir un tirano o un déspota; pero era de una altivez inflexible; todo lo hubiera soportado antes que el menoscabo de su dignidad. Ese rasgo de su carácter, que encontramos en los otros miembros de su familia hidalga, de antiguo cuño español, determina en gran parte su fisonomía moral. Fué enemigo de las apariencias ostentosas; si bien siempre vistió con decencia, y hasta con esmero,

nunca usó insignias ni entorchados; el deleite del predominio, el abuso de autoridad, la insolencia, el placer de menospreciar a los hombres, a los humildes o caídos sobre todo, eran tan ajenos a su carácter, como el servilismo o la humillación ante quien pretendía erigirse en autoridad sin derecho. Nadie ha sido más respetuoso y sumiso que él de toda superioridad real y verdadera; pero nadie más altivo ante las falsas grandezas. Se inclina ante el sabio Larrañaga, y se yergue ante el virrey de Lima.

Y yo os aseguro, mis amigos, que, si no fué el orgullo el móvil de su vida, mucho menos lo fué el deleite sensual. Sus costumbres fueron morigeradas y sencillas; era muy sobrio en la mesa; no bebía alcohol, y sí, muy a menudo, la infusión de *hierba mate* del Paraguay; fumaba moderadamente; detestaba el juego; no se le conoce drama alguno pasional, ni siquiera afecciones vehementes o privanzas.

Con esos elementos, pues, y con mi largo trato con el Artigas invisible que me es familiar, obtendremos un retrato bastante fiel de aquella interesante persona, es decir, de aquel cuerpo informado primeramente y modelado después por el espíritu de Artigas. Porque yo os invito, para hacer en este caso obra de arte, a que distingamos en el hombre tres elementos: el alma, el cuerpo y *la persona*. No entremos a definir eso con demasiada precisión. Si se hubiera exigido a Virgilio que definiera aquel su *lacrimae rerum*, lágrimas de las cosas, que la humanidad aun repite, no sé si hubiera podido salir del paso.

Como el correr de los ríos abre su cauce natural, y los aluviones dejan su huella, y como toman los cuerpos su propio color según su composición química, así el correr de las pasiones, las operaciones de

la inteligencia, las vicisitudes de la vida van amasando y dando sus coloraciones y formas a este barro plástico de que se forma nuestro cuerpo pasajero, y dejando en él la historia del alma persistente. La impasibilidad, por ejemplo, es superficie intacta en la frente, línea sinuosa en la boca, trazo seguro en el perfil, en la recta de la nariz, en las curvas de las mejillas o de la barba. De ahí procede aquella impersonalidad soberana de las estatuas que nacieron en Grecia; eran dioses impasibles, inmortales, inaccesibles a las ofensas del tiempo. No bien se hacen hombres, las estatuas comienzan a padecer; la sangre afluye a la superficie; la comisura de los labios se les estría o retuerce; la piel se arruga; el músculo contraído perturba su ondulación serena; la actitud y el andar olvidan la divina euritmia; la frente y los ojos se atormentan; la desnudez se avergüenza. Algo de eso pasará más tarde con las figuras del Renacimiento: las candorosas actitudes, las coloraciones ingenuas, las simplicidades celestes y rosadas se hundirán para siempre en las grises realidades; vivirán más la vida del tiempo; pero, precisamente por eso, nos sacarán menos de la realidad, es decir, nos llevarán menos a lo desconocido.

Vosotros, mis graves artistas, tenéis que plasmar en vuestro Artigas un hombre que padeció; pero creo que saldréis tanto más con vuestro intento, cuanto más consigáis conciliar esa misión con la de darnos todo lo de impasible que pudo existir en aquella noble criatura; cuanto más logréis detener en el bronce aquella forma corporal modelada por la vida: la influencia recíproca del cuerpo y el alma coexistentes, consubstanciales.

Veamos, pues, la arcilla en que aquel Artigas fué modelando su obra corporal. Era de estatura mediana;



no tenía contextura atlética, ni siquiera muy robusta; su aspecto parecía más bien delicado. No era erguido de cuerpo; aquel «aspecto imperioso» de que nos habla Grandshire, el marino francés, más que de su estructura ósea, dependía de las varoniles proporciones de los miembros, unidas al reposo de las actitudes y movimientos habituales. Hubo quien lo vió de grande estatura; lo parecía, no hay duda, en ciertos momentos, sobre todo cuando montaba a caballo; pero no había tal. Tenía la cara ovalada, ligeramente aguileña la nariz, los ojos claros, pardos azulados, muy serenos y fijos, de larga mirada inmóvil. Era fina la comisura de sus labios, pero el superior muy amplio; fuerte el maxilar inferior, pero sin tendencia al prognatismo; poco salientes los pómulos; la tez pálida, linfática, casi enfermiza; poco poblada la barba, que él se rasaba, conservando sólo su arranque sobre las mejillas; tenía el cabello escaso y fino, ligeramente ondulado, de color castaño; en su vejez, le caía en rizos blancos sobre los hombros. Una depresión característica de los temporales y parietales, unida a la calvicie precoz hereditaria, hacían muy aparente la amplitud de su bóveda frontal, y daban a su cabeza los caracteres jerárquicos que, según la craneología topográfica, constituye, como dice López, el mejor tipo de la raza caucásica: amplitud del diámetro ánteroposterior del cráneo con relación al transversal, fuerza en las órbitas, reducción de los pómulos, corrección del ángulo facial. Si a todo esto agregamos una delicadeza en las manos que alguno observó, no sin sorpresa, en él, tendríamos bastante, me parece, para restaurar el retrato que de aquella interesante persona nos dejó Bompland, su consecuente amigo. Quiero, sin embargo, como complemento y comprobación al mismo tiempo de lo que os he dicho,

que leáis conmigo una encantadora tradición doméstica, que debemos a una anciana sobrina de Artigas, doña Josefa Ravía, que todavía llamaba *tío Pepe* al héroe de Las Piedras, y que, a los 93 años de edad, dictaba sus recuerdos en la forma ingenua que veréis, y es preciso conservar. Tengamos presentes esas páginas, transparentes como el agua que corre.

«Por relaciones de familia, dice la anciana, sé que, en sus primeros tiempos, tío Pepe se ocupaba en sus estudios aquí en Montevideo; sus hermanos, don Manuel y tío Cucho (don Cirilo), se ocupaban en las estancias de su padre, don Martín Artigas, que se sentía cada vez más achacoso, y había confiado los quehaceres de campo a esos sus hijos.

»Tío Pepe iba a las estancias por vía de paseo; en ellas adquirió relaciones de familia con los Latorre, de Santa Lucía, y los Pérez, del valle del Aiguá. Repitió esas visitas al campo, y fué tomando afición a sus faenas; pero como no tuviera en las estancias de su padre una colocación estable, se ponía de acuerdo con los Latorre y los Torgueses, con don Domingo Lema y don Francisco Ravía, y salían a los campos de don Melchor de Viana, con autorización de éste y del gobernador de Montevideo, a hacer cuereadas, utilizando también las gorduras y las astas.

»También tenía autorización del gobernador para sacar de Montevideo medias-lunas (cuchillos curvos) con que desjarretaban los animales, pues los paisanos no estaban avezados a desjarretar con los cuchillos, y el que lo hacía era muy aplaudido por los compañeros.

»Las medias-lunas eran hechas por el herrero don Francisco Antuña; y como hacía muchas más de las que tenía autorización para llevar al campo, las pa-

saba clandestinamente don Francisco Ravía por el Portón. *Tío Pepe decía que esas medias-lunas eran para armar a los paisanos, y defender a la patria.* Con ese mismo fin, sacaban continuamente para el campo cuchillos de marca mayor.»

Suspendo un momento la lectura, caros artistas, para haceros notar que esas medias-lunas y cuchillos de marca mayor, enastados en cañas, que Artigas sacaba *clandestinamente,* serán las lanzas de las caballerías orientales, en las primeras batallas de la independencia; las vencedoras en San José y Las Piedras. Tened en cuenta que Artigas preparaba este parque primitivo, mucho antes de la revolución de Mayo. Es muy útil que lo tengáis en cuenta.

«En cuanto al carácter personal, continúa la anciana, lo tengo muy presente, porque desde niña he estado oyendo grandes diálogos de tía Martina Artigas, hermana de tío Pepe, con mi tía Josefa Ravía, sobre el carácter, hechos y costumbres de aquél, hasta la época que voy refiriendo. Todos decían que tío Pepe era muy paseandero, y muy amigo de sociedad y de visitas, así como de vestirse bien, a lo cabildante, y que se atraía la voluntad de las personas por su modo afable y cariñoso.

»Su traje era análogo al de cabildante; su fisonomía abierta, franca y hasta jovial. Era de estatura regular y de cuerpo delgado; usaba buen pantalón y buena bota; nunca quiso usar espuelas grandes, que eran las de moda entre los mozos de campo, ni llevar el cuchillo a la cintura, pues fué de los primeros que lo usaron entre caronas (piezas de la montura del caballo). Usaba el sombrero sobre el redondel de la cabeza; pero cuando galopaba a caballo o entraba en las lidias de campo, se lo echaba a la nuca. Su fi-

sonomía era simpática, y ya en esa época, y ocupado en las labores referidas, las jóvenes de Montevideo se disputaban su persona. Tío Pepe y tío Martín eran muy blancos y tenían el cabello castaño; tío Cucho y tío Manuel eran morenos.

»Sus antecedentes en la familia eran excelentes, hasta el punto de que todos los parientes lo consideraban como el jefe de ella.

»La casa de don Martín Artigas era visitada por todos los parientes, y estaba situada en la calle Washington (de *San Diego* se llamaba entonces), inmediata a la plaza de toros, en que aquél tenía un sitio de preferencia y concurría con su familia.

»Como una prueba de la vida holgada que en aquella época tenía la familia de Artigas, está el gran número de ganados mansos que poseía antes de la guerra de la patria, y las grandes ventas que hacía don Manuel, su hijo mayor, quien entregaba a su padre fuertes cantidades de onzas de oro, que contaba hasta en presencia de las visitas.

»En cuanto a la afirmación que se ha hecho de que tío Pepe haya abandonado la casa paterna contra la voluntad de su padre, que lo quería a su lado en Montevideo, para entregarse a los trabajos del campo, baste saber que don Martín Artigas era el que recibía en Montevideo las carretas de cueros que mandaba tío Pepe del campo. Eran conductores de ellas, don Francisco Ravía, don Domingo Lema y don Manuel Latorre con sus esclavos. Don Martín vendía la carga, la metalizaba y repartía su importe.

»He citado el traje habitual y el modo de vivir honrado de tío Pepe Artigas. Ahora hablaré del traje que usaba desde que fué nombrado oficial del regimiento de blandengues. Parece que hubiera tenido de ante-



mano vocación para la carrera militar, pues desde el primer día que se puso la casaquilla de blandengue no se le vió otro traje en Montevideo, pues además de la que había recibido en su regimiento, se había mandado hacer otras iguales, una que guardaba en el Cordón, en las casas que hoy llaman de Lomba, y que entonces se llamaban de Artigas, y otra que guardaba en la Aguada, para mudarse a cada paso, e ir a los bailes con su compañero inseparable, el buen patriota don Manuel Pérez, a cuya esposa, tía María del Carmen Gomar, acostumbraba Artigas dar bromas por esos bailes, por más que don Manuel era un excelente y fiel esposo, aunque de genio jovial y amigo de diversiones.

»Don José Artigas, en la época que fué oficial de blandengues y comisario de la Unión y de la Aguada, por el año 1806, vestía lo mejor posible; usaba lujosa camisa de hilo de Holanda, chaleco de raso y ricos pañuelos de seda de bolsillo, muy en uso entonces.»

La anciana que nos da estos ingenuos y preciosos recursos para la evocación del héroe oriental, vivo y bien visible, dice también «que recuerda haber visto los fracs con que su tío Pepe concurría a los bailes, y que, otras veces, el traje que llevaba, como el de todos los jóvenes decentes de su tiempo, era, cuando no usaba casaca larga, una chaquetilla ajustada al cuerpo, con más o menos bordados de trencilla fina en el pecho, y un gran pino bordado en la espalda; pantalón ajustado sobre la caña de la bota, rico chaleco de raso y corbata».

Demos gracias, amigos artistas, a la buena nonagenaria que nos ha dejado el tesoro de esos sus áureos recuerdos, que nos permiten ver tan de cerca al gentil capitán de blandengues, que algunos amables



historiadores han presentado como un salvaje troglodita.

Pero es preciso que os lo haga ver mejor todavía, para terminar. Busquemos a alguien que lo haya mirado con mayor intensidad que la buena anciana. Encontramos al célebre deán Funes, prócer de la independencia argentina, doctor de la Universidad de Córdoba, e historiador de autoridad única acaso en su época, que parece haber visto algo en el fondo de los ojos claros del libertador oriental. El retrato que de éste nos hace es magistral, en su intensa sobriedad de tonos fundamentales. «Artigas, dice, es un hombre singular, que reúne *una sensibilidad extrema*, a una indiferencia al parecer fría; una sencillez insinuante, a una gravedad respetuosa; un lenguaje siempre de paz, a una inclinación innata a la guerra; un amor vivo, en fin, por la independencia de la patria, a un extravío de su verdadera dirección.»

No hay duda, amigos artistas: Artigas era un hombre singular, un hombre extraño. El historiador argentino vió su rasgo heroico: era un solitario; estaba ausente de los demás, porque jamás lo estaba de sí mismo. Y no es ésta una simple frase; la veréis comprobada en su vida entera; tenía un extravío clásico, con relación al ilustre deán Funes, y a los togados coloniales que con él sentían y pensaban, respecto de la independencia. No la había aprendido, ciertamente, en Bentham, ni en Rousseau, ni en la revolución francesa; la supo en sí mismo, en su yo americano. Fué un enigma para su época, como lo son todos los hombres sin época, absolutos, objetivos; el historiador argentino don Bartolomé Mitre, recogiendo palabras precipitadas que dijo en hora menguada, condensa sus vacilantes opiniones sobre él en estas palabras escritas

el año 1881: «Artigas es hoy *una especie de mito*, del que todos hablan y ninguno conoce, y cuyo significado histórico es más complejo de lo que a primera vista parece». ¡Un mito! ¡Un enigma! Sí, lo fué... pero ya no lo es; está descifrado, amigos míos, está plenamente descifrado.

III

Tal era el personaje que esperaba su hora en la Banda Oriental, cuando, en el mes de mayo de 1810, el virrey Cisneros fué depuesto en Buenos Aires. Vigodet, el gobernador de Montevideo, primero, y Elío, el virrey enviado a suceder a Cisneros, después, repudiaron a la Junta de Mayo, como sabemos, e hicieron de la ciudad oriental el centro de resistencia monárquica absoluta.

Artigas, por su parte, clavó los ojos en el movimiento de Buenos Aires, y, si bien se sintió arrastrado a él, no reconoció del todo su visión en las declaraciones del 25 de mayo. No: la libertad por él soñada de tiempo atrás, y para cuya conquista formaba su arsenal de lanzas primitivas, no se llamaba Fernando VII; el objeto de la revolución no era ni podía ser el «conservar esta parte de América a su Augusto Soberano, el Señor Don Fernando, y sus legítimos sucesores», como lo decía el juramento a que se habían ligado los primaces de la revolución, y era la fórmula, más o menos sincera, adoptada en toda América. Él, que era un hombre real, sentía gran repugnancia hacia todo lo que no era verdad. Y no era tal el mensaje del dios interior de que era depositario, y que sonaba en su oído al dar todas las horas. Desfigurarlo le pa-



recía una profanación. Fuera de la nota que Artigas, hablando en nombre de la Junta de Buenos Aires, escribe después de la batalla de Las Piedras, no hay, en toda su vida, una sola palabra de reconocimiento al rey; ni una sola. Y él es el primero que desconoce tal entidad expresamente, bárbaramente; el primero, como lo hemos dicho, que pronuncia las palabras de Henry, el angloamericano: «César tuvo un Bruto; Carlos I un Cromwell, y Jorge III...»

Por otra parte, en el movimiento iniciado por Buenos Aires él no veía perfectamente garantido lo que constituía la esencia de su pensamiento: la conservación y la autonomía del pueblo oriental, en la familia española; la supresión, y no el cambio de dueño para la patria, cuyos límites había estudiado con Azara. Él veía con toda nitidez en ésta un estado, una *provincia*, como entonces se llamaba a tales estados (Provincia de Chile, Presidencia de Quito, Gobernación de Caracas, etc., etc.); un organismo íntegro, una persona colectiva, con todos los atributos esenciales de la persona: con pensamiento y voluntad; con libertad, propiedad, dignidad, destino propio, y no supeditado a otros destinos, fin de sí misma, y no medio para que otros consiguieran el suyo. En ese concepto, la Provincia Oriental era exactamente lo mismo que la Provincia Occidental del Uruguay, o la Provincia de Chile: hermanas que se emancipan; unidas, pero distintas.

Nadie mejor que Artigas conocía y sentía, sin embargo, la incompatibilidad de caracteres entre las dos hermanas del Plata, fundada en las causas profundas que os he hecho notar en mis anteriores conferencias: estructura étnica y geológica, edad, tradiciones, educación, fortuna, intereses, relaciones con



la madre común. Él sentía la tendencia de Buenos Aires a considerar como dependencia suya a Montevideo; a mirar a su hermana con cierto altivo desdén que la ofendía; a arrebatarle sus glorias privativas, y hasta a perjudicar sus intereses, favoreciendo el puerto de Buenos Aires, puerto único, a expensas del de Montevideo, simple plaza fuerte.

Nadie mejor que Artigas conocía, pues, la resistencia del pueblo oriental, desde la capital hasta el último confín del territorio, a compartir, con su opulenta y altiva hermana occidental, la casa común, y a no tener la propia, por más modesta que fuera. Puede afirmarse que la resistencia de Montevideo hacia Buenos Aires no era inferior a la que le inspiraba España misma. El pueblo no hubiera sacudido el yugo de ésta para cambiarlo por el de aquélla; no sé si hubiera preferido ser español. «Sería muy ridículo, dice Artigas, que el Estado Oriental, no mirando ahora por sí, prodigara su sangre frente a Montevideo, y mañana ofreciera, a un nuevo cetro de hierro, el laurel mismo que va a tomar sobre sus murallas. La Provincia Oriental no pelea por el restablecimiento de la tiranía en Buenos Aires.»

He ahí, mis amigos artistas, el problema planteado, no por Artigas ciertamente, sino por la misma naturaleza de las cosas.

¿Debía Artigas, a pesar de todo eso, despertar a su pueblo, para adherirlo al movimiento del 25 de mayo? ¿O debía hacer lo que el doctor Rodríguez de Francia en el Paraguay?

Artigas no vaciló: debió hacer lo primero, y lo hizo. Él vió, desde el primer momento, una garantía que le permitía prometer la libertad a sus compatriotas



sin engañarlos; la vió, con toda precisión, en la analogía de costumbres, de ideales, de estructura sociológica, entre los diferentes pueblos argentinos, con excepción de los togados de Buenos Aires, y el oriental. Ese vínculo entre los pueblos occidentales y el oriental era mucho mayor que el que ligaba a aquéllos con la capital del virreinato. Si bien en aquéllos no concurrían las condiciones necesarias, como en Chile o en Bolivia o en el Paraguay, para formarse estados independientes; si bien constituían con Buenos Aires una entidad geográfica casi imposible de disgregar, pues era Buenos Aires el puerto único de aquella inmensa región, había en ellos energías bastantes para rechazar toda imposición de la capital que significara la substitución del despotismo. El fenómeno que advertimos en el Uruguay, existía también en las otras provincias argentinas: no rechazaban éstas menos el yugo de Buenos Aires que el de España. Era preciso, sin embargo, empezar por sacudir éste, y, para ello, la unión se imponía por la ley natural. Pero el único vínculo posible de unión era la *alianza federal*, o, para que las malhadadas palabras dialécticas o técnicas no nos sugestionen, digamos el respeto mutuo entre las unidades sociológicas, más o menos embrionarias, pero vitales, que allí estaban formadas.

Es de advertir, y os pido lo hagáis con grande empeño desde ahora, que, entre los pueblos o provincias con que Artigas contaba, figuraba, en primer término, y con caracteres muy salientes, la Provincia del Paraguay, limítrofe al Norte, como el Uruguay al Sur, de los dominios portugueses, y geológicamente unida al macizo orográfico brasileño, al continente atlántico. El peligro portugués los vincula, pues, especialmente. Artigas conoce bien a los caudillos para-

guayos y es por ellos conocido y respetado, pues, como sabéis, ese capitán de blandengues, ayudante de Azara, ha recorrido mucho aquellas regiones fronterizas; tiene allí formado su prestigio; ha sido compañero de armas, en la defensa de Montevideo contra los ingleses, de aquellos caudillos, enviados, con soldados paraguayos, por el gobernador español Velazco, en auxilio de la ciudadela platense amenazada; ama a aquel pueblo; comprende, sobre todo, la importancia vital de su concurso, como limítrofe del portugués, en el plan político que tiene trazado en su cabeza. Ya desde entonces, Artigas vió en el Paraguay su triunfo o su sepulcro. Estaban las dos cosas.

En esa idea, pues, de federación o autonomía provincial, se encontraba la garantía de la independencia oriental, si ella llegara a peligrar por obra de la capital del antiguo virreinato. No era imposible que ésta, dándose cuenta clara de la esencia de la revolución y de su misión en ella, supiera conciliar el esfuerzo común con la conservación de la estirpe, con la autonomía regional y con la democracia; pero si así no fuera, y Buenos Aires, como no era tampoco imposible, llegara a pretender substituirse a los odiosos virreyes, o a traicionar la causa de la familia española o de la independencia, Artigas siempre tendría apelación para ante aquellos pueblos, que acudirían a él, y al hermano oriental, movidos por afinidades naturales, en defensa de sus derechos. Artigas y su nación serían entonces, y no Buenos Aires, el verdadero núcleo de la revolución hispanoamericana de Mayo. Lo fueron.

No entregaba, por ende, a su pueblo, completamente desarmado, a su rival; cuando menos, estaba firmemente resuelto a no entregarlo: le juró fidelidad en el fondo de su alma y no fué perjuro.



IV

Pero no era eso todo: otro peligro, otro enemigo, que ya hemos señalado y caracterizado, iba a caer sobre su patria al rebelarse contra España y desprenderse de ésta: el enemigo secular, mucho más odioso para el pueblo oriental que España misma, mucho más odioso: Portugal.

Portugal, durante dos siglos, no había cesado, como hemos dicho, de hacer tentativas para pasar la maldita línea divisoria, y dar a sus dominios por límite arcifinio el Uruguay y el Plata; su obra había sido lenta y eficaz; sólo restaba una pequeña parte de lo que había sido y debía ser español en la región atlántica. Vanos eran los esfuerzos, heroicos muchas veces, que aquí se hacían para conservarlo. España, sin tino ni criterio, lo cedía al portugués, en sus tratados, por cualquier cosa, por un abalorio. El centro de cultura de Portugal estaba muy lejos, allá en Río Janeiro. Al Uruguay llegaban sólo las incursiones de sus paulistas bandoleros y de sus contrabandistas, que habían hecho abominable al enemigo portugués. Artigas precisamente, con sus milicianos orientales, había sido, como lo sabéis, el defensor de vidas y haciendas contra esos invasores; el defensor de las fronteras, sobre todo, de lo último español que quedaba en el Atlántico: la *Banda Oriental*.

Y Portugal, que sólo esperaba la ocasión de repetir sus tentativas y terminar su obra inteligente, creyó que el alzamiento de las provincias platenses contra España había marcado esa hora. El rey don Juan VI, regente entonces del reino, por incapacidad de su

madre doña María de Braganza, y perseguido por Napoleón, había establecido su corte en Río Janeiro; era aliado de Inglaterra, que tenía acreditado en la corte a lord Strangfort, como agente diplomático. La mujer del rey portugués, la princesa Carlota Joaquina de Borbón, persona muy poco recomendable, dicho sea de paso, era hermana de Fernando VII; era la hija primogénita de Carlos IV, y la heredera legítima, por consiguiente, según algunos, del trono de España y de sus Indias. Había, pues, aquí en América, una más que mediana propiedad de la sangre real, disponible para esos monarcas: las tierras platenses, que parecían escapar al dominio español, y sus accesorios: hombres, pueblos, tierras y cosas.

Ambos príncipes pensaron en hacerla propia: don Juan y su esposa, cada uno por su lado, porque no vivían en buenas relaciones. La princesa Carlota, a título de ir a «conservar aquellos dominios para su augusto hermano», pensó en hacer un reino para sí misma en la región platense. Ése había sido el primer pensamiento de Belgrano y otros, como sabéis; Pueyrredón fué a Río Janeiro con ese objeto. Para ello, la princesa envió emisarios al Uruguay, proponiendo su regia instalación en Montevideo y su apoyo contra Buenos Aires cuando éste formó su primera Junta en 1810; mandó sus propias joyas, para que fueran vendidas; regaló la primera imprenta que llegó al país, con el objeto de defender los derechos del rey, su augusto hermano, y secundar sus propósitos.

El rey don Juan, por su parte, ofreció también su concurso, sus armas portuguesas, para defender, por supuesto, los derechos de España, los sagrados intereses de Fernando. Las armas estaban prontas; un ejército se acercaba ya a la frontera uruguaya. De-



fendería así todo el virreinato, pero recogería, como gaje de la victoria, el territorio oriental, su ensueño. La bandera portuguesa substituiría a la española en la ceñuda ciudadela de Montevideo; España, en cambio, conservaría la suya en las fortalezas del Callao, y en los alcázares de Buenos Aires y de Santiago de Chile. Otra idea inteligente era complemento de ese plan de Portugal en América: dividir el bloque español, conservando lo más compacto posible el portugués.

Artigas, el capitán de blandengues, el compañero de Azara en la defensa de la frontera española, contra las irrupciones portuguesas, sentía todo eso con más intensidad que nadie. El Uruguay estaba amenazado de ser portugués; lo hubiera sido, sin duda alguna, en definitiva, como lo fué transitoriamente, si allí no hubiera estado ese bárbaro de Artigas; si éste no hubiera substituído la línea imaginaria de Alejandro VI, por un foso de sangre de su pueblo, inmolado a la patria, a la común independencia ríoplatense, y a la conservación de la familia hispánica en toda la entrada del gran río.

Y no había tiempo que perder; era urgente la resolución de adherirse, o no, a la iniciativa de Mayo; el movimiento insurreccional contra la metrópoli española palpitaba en Montevideo y en los campos; la simiente, esparcida por el mismo Artigas, brotaba ya de la tierra; las medias-lunas y largos cuchillos almacenados por él se movían solos.

El gobernador de Montevideo, Vigodet, había sido substituído por Elío, bravo caballero sin miedo y sin tacha, que llegó de España en enero de 1811, nombrado virrey por la Junta de la península, en substi-

tución de Cisneros, depuesto en Buenos Aires, y estableció su sede en Montevideo. De aquí se dirigió a la Junta de Buenos Aires reclamando su obediencia. La consideraba rebelde, olvidando, sin duda, que él mismo había encabezado la de Montevideo en 1808, y que ésta no fué condenada por España, por más que desconoció al virrey de entonces.

La Junta no reconoció al virrey Elío. Y estalló la guerra.

El elemento nacional, con todos los síntomas de la fiebre americana, se agitaba de tiempo atrás en Montevideo; pero con el carácter diferencial del de Buenos Aires, que notamos oportunamente. El principio de acción o agente dinámico esencial en el movimiento de Buenos Aires fueron los jefes militares. El pueblo los secunda; pero aparece en segundo término. En Montevideo las cosas pasan al revés: el pueblo está en primer término; son los hombres doctrinales los que han de secundarlo; el jefe no puede ser allí un togado transformado en militar. En la Banda Occidental del Plata, es la ciudad la que conquista los campos; en la Oriental, son los campos los que expugnan y recuperan la ciudad.

Hubo un momento en que se creyó poder hacer en Montevideo lo que en Buenos Aires: un motín militar manejado por los próceres civiles, y tras el cual se levantara el pueblo. Se creyó encontrar el equivalente de don Cornelio Saavedra, el comandante del batallón de Patricios, en los comandantes de dos cuerpos de infantería de Montevideo, don Prudencio de Murgiondo y don Juan Balbín de González Vallejo, que, instigados por los hombres de Mayo, fraguaron, en julio de 1810, la conspiración de que habla Mariano Moreno en su *Plan de Operaciones* que conocéis. Pero



no pudo ser: el gobernador Soria descubrió esa tentativa de motín; sus jefes fueron desterrados, y el agente instigador huyó a Buenos Aires. El proceso levantado en España a esos conspiradores se lee, inédito todavía, con detalles muy llenos de color, en los archivos de Madrid.

El elemento nacional o patriota existía en la Banda Oriental como en Buenos Aires; pero no concentrado en la cabeza, sino difundido, como la sangre, por todo el organismo. Desde que, en 1809, había sido disuelta la Junta que nació del Cabildo abierto de 1808, y substituída por el gobernador delegado de España, ese elemento nacional se había separado del español y organizado; sus primeros directores habían sido don Joaquín Suárez, don Pedro Celestino Bauzá, don Santiago Figueredo, cura de la Florida, don Francisco Melo, y varios otros. Pero eso no se concentraba en Montevideo, ni contaba con sus fuerzas militares; unidos a los Barreiro, Larrañaga, Araucho, y a los frailes franciscanos, se movían los García Zúñiga, en Canelones; y los Bustamante y Pérez Pimienta y Aguilar, en Maldonado; y los Escalada, Haedo, Gadea y Almirón, en el litoral del Uruguay; y los curas párrocos de Colonia, Paysandú, Canelones, San José, San Ramón, Colla, las Víboras, Soriano, etc., en sus regiones respectivas. Y, en todas partes, los Artigas: Manuel Francisco, Manuel... y el otro, el capitán de blandengues, todos ellos instigados y acompañados por sus ancianos padres.

Era eso, y no los batallones, lo que era preciso mover y organizar. Y para ello era menester una cabeza; pero cabeza viva, parte integrante del organismo, irrigada por su sangre; cabeza pensante, sobre todo.

Fué, pues, un error suponer, como se supuso un



momento, que esa cabeza había aparecido en la persona del doctor don Lucas Obes, asesor letrado del Cabildo, joven brioso y elocuente, entidad muy análoga a los promotores del movimiento de Mayo, y, como ellos, partidario de la coronación de Carlota y de las soluciones de ese género. Precisamente por eso el doctor Obes estaba allí contraindicado.

El virrey Elío no vió eso; ni siquiera lo sospechó, me parece. Creyó que don Lucas Obes era el peligroso; lo encerró en la fortaleza, y lo desterró a la Habana.

Los patriotas que quedaban eran vigilados y perseguidos; Larrañaga, Suárez, Lamas, los mismos frailes franciscanos en su claustro, sólo vivían a fuerza de precauciones. Muchos de ellos acudían a la protección del bien conceptuado capitán de blandengues José Artigas, que intercedió por algunos; pero se hizo sospechoso.

¡El capitán Artigas!

Todas las miradas se dirigían a él, las recelosas de los españoles y las anhelantes de los patriotas. Los primeros no quieren manifestar sus recelos por no precipitarlo; los segundos ocultan sus esperanzas por no comprometerlo. ¿Cómo piensa?... ¿Qué hará?... Desde los hombres de letras, que han sido sus compañeros de estudios y amigos de infancia; desde los oficiales de la guarnición, y los jóvenes de la sociedad culta, hasta los habitantes casi nómadas de los campos, todos sienten que el capitán Artigas es el hombre. Pero él permanece impenetrable, sólo con su dios interior.

Con él va a la Colonia, de guarnición con sus *blandengues*, a las órdenes del coronel Muesas. De allí dará su contestación, acordada en la comunicación consigo mismo; la que esperan en Montevideo. La



forma en que contestará estará de acuerdo con el carácter que os he descrito, y con el que reveló toda su vida: el que distingue a los hombres intensos que llamamos héroes, a los depositarios de la realidad que está en el fondo de todas las apariencias. La acción y la palabra coexisten en esos hombres; el verbo es carne.

Una noticia, que fué un trueno, cayó de repente en Montevideo, y se difundió por los campos: Artigas se había fugado de la Colonia; se había adherido a la revolución de Mayo. La del Uruguay tiene, pues, su cabeza.

Ya os hice saber, por los informes de Zufriategui en las Cortes de Cádiz, y por los del mariscal Laguna, entre otros, la impresión que produjo, en la causa española, la defección de aquel simple ayudante mayor de blandengues.

Veremos después los esfuerzos que se harán para recuperar al desertor; pero bueno es que conozcáis, desde ahora, la contestación de Artigas a la primera tentativa que hace Elío para reconquistarlo, no bien regresa de Buenos Aires, como conductor de su pueblo: «Vuestra Merced sabe muy bien, contesta Artigas, cuánto me he sacrificado en el servicio de Su Majestad; que los bienes de todos los hacendados de la campaña me deben la mayor parte de su seguridad. ¿Cuál ha sido el premio de mis fatigas? El que siempre ha sido destinado *para nosotros*. Así, pues, desprecie Vuestra Merced la vil idea que ha concebido, seguro de que el premio de mayor consideración *jamás será suficiente a doblar mi conducta*, ni hacerme incurrir en el horrendo crimen de desertar de mi causa».

He ahí, mis amigos, el temple de la resolución que mueve a ese capitán que se fuga de la Colonia. En esa frase *el premio que siempre ha sido destinado para nosotros* están sus agravios; no los personales, sino los de *nosotros*. Personalmente puede obtenerlo todo; todo se le ofrece y se le ofrecerá; pero los *derechos* del pueblo americano no serán reconocidos. Como Washington, cuando dijo «nada puede esperarse de la justicia de la Gran Bretaña», Artigas está convencido de que nada hay que esperar *para nosotros* de la metrópoli española, nada. Por eso ha tomado su resolución. Y ésta será inquebrantable.

El ayudante mayor Artigas había llegado a la Colonia, procedente de Paysandú, con su resolución adoptada, y también revelada a sus parciales, no sólo de la Banda Oriental, sino de Entrerríos, en la otra margen del Uruguay, donde su nombre y sus proyectos, mucho más que los de Buenos Aires, corren por campos y poblados. Su situación es insostenible dentro de los muros de la Colonia; sus trabajos por sublevar los sargentos y soldados de la guarnición trascienden; Muesas los siente en el aire; los pasos del sospechoso ayudante mayor son vigilados; los ceños se arrugan. Llega, por fin, el hecho determinante: la noticia de que Elío, el 13 de febrero, ha declarado la guerra a Buenos Aires. El 15, Artigas, caudillo de los Orientales, está a caballo en el campo.

De acuerdo con el cura de la Colonia, doctor Enrique Peña, su amigo y confidente, y con el teniente Ortiguera, su compañero de armas, resolvió lanzarse a la empresa. Hablan las historias de una disputa entre Muesas y Artigas; afirman otros que el Libertador fué preso y se evadió. No lo creo, porque la firma

de Artigas figura, el mismo día de su defección, en la lista de su regimiento.

Ese día fué el 15 de febrero; no el 2, como también se ha dicho. Acompañado del doctor Peña y de un negro esclavo de éste, *tío* Peña, abandonó la Colonia; recorrió nueve leguas, y fué a refugiarse en un bosque de la estancia de don Teodosio de la Quintana, situada en la costa del *Arroyo San Juan*, entre el *Paso del Hospital* y el *Cerro de las Armas*. Desde su refugio en el monte, por intermedio del cura, se puso en relación con de la Quintana, rico propietario de aquellos campos, que le prestó todo su apoyo; le proporcionó un *baqueano* o experto conductor, Chamorro; puso a sus órdenes algunos hombres, a cuya cabeza iban sus dos hijos, Pedro y Pablo, que lo acompañaron hasta la costa del Uruguay, y le regaló cincuenta onzas de oro y una tropilla de excelentes caballos.

El capitán de blandengues, transformado en Libertador del Uruguay, emprende su primera marcha con el primer ejército de la patria, un puñado de negros lanceros; se dirige hacia el Norte, hacia el Río Negro; atraviesa éste por el paso de Tres Árboles, y busca la costa del Uruguay. En el trayecto anuncia a sus amigos la buena nueva: su próximo regreso; les da la cita de la patria, los llama a la gloria. Cruza el departamento de Soriano; pasa por Mercedes y por Paysandú, y deja allí a Ramón Fernández, gobernador militar de aquella región, y ardiente partidario suyo, la orden del inmediato levantamiento. Esa orden es cumplida a los pocos días, pues, como lo veréis, ocho o diez días después de pasar por allí el Libertador, tiene lugar el GRITO DE ASENSIO, dirigido por Fernández, que acababa de recibir la consigna, y que comu-

nica inmediatamente el suceso al caudillo que lo determina, y que es su verdadero protagonista.

Artigas cruza entonces el río Uruguay, y pisa territorio occidental de Entrerríos, donde continúa la obra que allí tiene comenzada: incita al pueblo entrerriano a la insurrección, y consigue que se levante, acaudillado por Ricardo López Jordán, Vicente Zapata, y, sobre todo, por el joven y valiente paisano Francisco Ramírez, su protegido y apasionado secuaz. En las primeras comunicaciones que envía Zapata a la Junta de Buenos Aires, dándole cuenta de su levantamiento, ya se la da de haber procedido con el apoyo «de veinte blandengues y un sargento del capitán Artigas». Allí comienza ya a ser éste el alma de todos aquellos pueblos que despiertan a su voz, a la misma hora; dispone de la insurrección de Entrerríos enviando, desde Nogoyá, ochenta soldados de ésta a unirse a los orientales que han cumplido sus instrucciones en Asensio, y de allí se dirige a Buenos Aires, donde anuncia a la Junta su resolución, y el levantamiento en masa de su pueblo, del pueblo oriental que, para ser dueño de sí mismo, ofrece su alianza al occidental, su hermano en la raza, en la lengua, en los destinos, por intermedio del que será *el hombre de nuestra América atlántica,* la forma personal de aquel *héroe anónimo* autor, según Estrada y Sarmiento, de la revolución, y que apareció, en la plaza de Buenos Aires, el 25 de mayo de 1810.

CONFERENCIA VIII

EL HOMBRE Y LOS HOMBRES

ARTIGAS ANTE LA JUNTA DE BUENOS AIRES.—EN BUSCA DE LA INDEPENDENCIA REPUBLICANA.—¡JEFE DE LOS ORIENTALES!—ESTADO DE LA JUNTA DE MAYO.—LAS DISCORDIAS.—LA EXTINCIÓN DEL ESPÍRITU DE MAYO.—DOSCIENTOS PESOS Y CIENTO CINCUENTA SOLDADOS.—TENIENTE CORONEL.—EL LIBERTADOR.—EN EL SUELO DE SU PATRIA.—LA «CALERA DE LAS HUÉRFANAS».

I

Mis amigos artistas:

Creo que estáis habilitados para apreciar, en todo su significado, la escena en que el protagonista de este drama se presenta ante la Junta revolucionaria, y le ofrece su espada. Es un cuadro lleno de color y de movimiento; un acto de exposición, en que las figuras cobran su tono relativo. Confesemos que la de Artigas, que vemos en el primer plano, se nos ofrece muy llena de carácter en su simplicidad.

Bien se ve que quien ha llegado a Buenos Aires es un héroe, es decir, un sincero, un ingenuo. Él ofrece «llevar el estandarte de la libertad hasta los muros de Montevideo», y pide auxilio de municiones y dinero para sus compatriotas. Pero desde el primer momento se advierte que aquel hombre de la



región oriental es un *extraviado clásico,* como lo dijo el deán Funes; un elemento extravagante. Un héroe tiene siempre algo de bárbaro, indudablemente; los de Homero no son otra cosa: son la Naturaleza.

Todos los miembros de la Junta, que tienen sus proyectos y ambiciones propias, clavan los ojos en los ojos claros, llenos de pensamientos impenetrables, a fuerza de evidentes, de aquel altivo y sereno capitán de blandengues, mezcla de hijodalgo y de pechero, de patricio y de centauro americano. Dice que busca la independencia de su patria. Pero eso dice poco... o dice demasiado. ¡La independencia! También afirmaba el deán Funes, insigne jefe intelectual de una de las fracciones de la Junta, de la predominante, y hombre experto en libros muertos, «que Artigas tenía un amor vivo por la independencia, pero con un extravío clásico de su verdadera dirección».

¿Cuál era la verdadera?

He ahí el gran problema, que, lejos de ser claro, se presentaba más que medianamente obscuro.

Nadie menos que la Junta, cuyos miembros miraban al recién llegado, podía resolverlo, porque en ella no había un pensamiento, ni sobre el modo de obtener la independencia, ni aun sobre la independencia misma. Ya hemos estudiado todo eso con detenimiento. Ya sabemos que allí no estaba el *hombre.*

Y Artigas se presentaba lleno de entusiasmo, como si se tratara de la cosa más sencilla del mundo. La voz *entusiasmo* viene de *en theos,* un dios interior. «El hombre puede embriagarse de su propia alma, dice Víctor Hugo; y esa borrachera se llama heroísmo.» Víctor Hugo suele ser un poco enfático en sus imágenes; pero creo que ésta, con no carecer de énfasis, no deja de tener su intensa verdad. Hay una



embriaguez de alma en la idea fija, en la obsesión del hombre inspirado, héroe, genio, poeta, vate o como queráis llamarle, que todo es uno. Artigas tenía algo de esa embriaguez; no podía darse cuenta de que se presentaba en un momento inoportuno; allí no había nada que se pareciera a entusiasmo.

Precisamente en el momento en que aquél ofrecía su esfuerzo heroico y el de su pueblo, el espíritu revolucionario sufría congojas en Buenos Aires, y quebrantos de muerte.

El *Mefistófeles blanco,* de que os hablé días pasados, soplaba en los oídos de los próceres: éstos comenzaban a creer que acaso aquella rebelión, iniciada sin orden expresa del Rey Nuestro Señor, era sugestión diabólica, o cosa parecida. La idea de un acomodamiento, en cualquier forma, ganaba terreno. La fe en el pueblo, de que Artigas estaba poseído; la esperanza de hacer de él la base de «una nueva y gloriosa nación»; el pensamiento del 25 de mayo, en una palabra, si es que 25 de mayo significa independencia democrática, es decir, aurora del día en que hoy estamos, era una llama que, si había estado encendida en aquellas almas, se estaba muriendo en ellas, soplada por un pálido fantasma.

Eso sólo vivía, y vivirá, para siempre jamás, en la mirada tranquila de aquel extraño capitán de blandengues, ebrio de alma, que busca ingenuamente la independencia de la patria republicana. Y nada más.

Aquel hombre se llama *Jefe de los Orientales.*

¡Jefe de los Orientales! ¿Es decir, jefe de una provincia del virreinato, que debe someterse al destino de las demás, de Córdoba, de Cuyo o del Paraguay, y recibir, por consiguiente, la libertad que Buenos Aires quiera darle, o someterse a perderla si éste no



se la otorga? Sólo así podría aceptarse a ese *Jefe de los Orientales*. Y si así fuera, aquel militar veterano, inteligente, lleno de autoridad y de prestigios, sería una inapreciable adquisición. Era precisamente ese jefe el hombre indicado por Mariano Moreno como el árbitro de la Banda Oriental. ¿No sería el general que aun no había aparecido en Buenos Aires? Porque era indudable que allí no había aparecido un general; Saavedra no lo era; San Martín no había llegado todavía... Era menester improvisar hombres de guerra con abogados, con guardias nacionales, con milicianos valientes. ¡Si aquel militar que llegaba se conformara con ser un simple general de la Junta de Buenos Aires, y estuviera persuadido de que su misión no podía ser otra que la de secundar los planes de quien en ésta predominara!

Pero Buenos Aires no se equivocaba al mirarle los ojos. Ese capitán de blandengues no parece convencido de tal cosa; viene resuelto, y resuelto a todo, con una convicción madura, que parece sincera e inquebrantable. Jefe de los Orientales quiere decir, para él, no el simple militar graduado por la Junta de Buenos Aires, sino el conductor de un pueblo de varones, que se desprende, no de otro pueblo americano, sino de la madre europea, y que, para la consecución del propósito común, ofrece su alianza a un hermano, que ha proclamado el primero, animosamente, aquel propósito, y que ya no puede volver atrás.

Es, pues, un hombre peligroso por lo ingenuo y de buena fe; un alucinado quizá. Y es fuerza usar de muchas precauciones para con él, hasta estar bien seguros de su docilidad.

II

¿Y a cuál de las tendencias de la Junta hubiera debido someter sus intenciones ese Jefe de los Orientales, para ser persona grata?

Esa Junta, que no se paraba en barras, como lo probó la muerte de Liniers y sus compañeros, ya había decretado la destitución del Cabildo de Buenos Aires, y el destierro de sus miembros, y la confiscación de los bienes de éstos, y hasta la pena de muerte contra los que contrariaran sus propósitos. Allí estaba la fracción de Saavedra, que éste presidía, y tenía sus partidarios, y predominaba. Allí la de Moreno, su ilustre secretario, que, habiendo combatido a Saavedra, por atribuirle tendencias a rodearse de la majestad real, había sido vencido en la pugna y acababa de ser extrañado del país, y había muerto, sabe Dios cómo, en el mar, pero dejando en Buenos Aires sus parciales.

¿Debía ser Artigas de los *saavedristas* o de los *morenistas*, que serán más tarde *federales* y *unitarios*? Belgrano, miembro insigne de la primera Junta, había aceptado el mando de la expedición al Paraguay, para huir, según su propia confesión, de las irremediables disensiones del cuerpo de que formaba parte. Pero esas disensiones lo siguieron: el 5 de abril de 1811, antes de cumplirse un año de la revolución de Mayo, una revolución intestina, o asonada, o motín militar, estallaba en Buenos Aires, y se imponía a la Junta de Gobierno. Los vencedores, entre otras imposiciones, llamaban a Belgrano a juicio de responsabilidad, so pretexto de haber sido desgraciado en

su expedición al Paraguay, le arrebataban el despacho de brigadier general con que había sido honrado, y dejaban acéfala la expedición destinada a prestar auxilio a la región oriental. En octubre de 1812, tendremos otra revolución que pondrá patas arriba lo existente; los revolucionarios serán los nuevos militares precisamente: San Martín, Alvear, etc., que se alzarán contra el gobierno no bien lleguen de Europa.

Para que os deis cuenta, hermanos artistas, de la naturaleza del núcleo dirigente ante el cual Artigas ofrece su espada a la patria, buscando independencia para ella, dejadme leeros siquiera esta página de la *Historia de Belgrano*, del general Mitre. Así veréis la realidad de Artigas, que ha sido tachado de anárquico, porque no se sometió *a la unidad* de que Buenos Aires era cabeza. «Apenas había transcurrido un año, y ya la arena revolucionaria se veía abandonada por sus más esforzados atletas. Moreno, el numen de la revolución, había expirado en la soledad del mar. Alberti, miembro de la Comisión de Mayo, había muerto antes de ver consolidada su obra. Berruti y French, los dos tribunos del 25 de mayo, estaban expatriados como unos criminales. Rodríguez Peña, el nervio de la prédica patriótica en los días que precedieron a la revolución; Azcuénaga, que tan eficazmente había cooperado a su triunfo; Vieytes, el infatigable compañero de Belgrano en los trabajos que prepararon el cambio del año 10, todos ellos eran ignominiosamente perseguidos, y calificados, por sus antiguos amigos, con los epítetos de fanáticos, frenéticos, demócratas furiosos, desnaturalizados, inmorales, sedientos de sangre y de pillaje, infames, traidores, facciosos, almas bajas, cínicos, revoltosos, insurgentes, hidras ponzoñosas y corruptores del pueblo.»

Esa pugna continuará sin cesar, encarnizada, implacable, mis amigos artistas; allí no aparecerá *el hombre,* hasta que no surja el tirano; las revoluciones, los motines, las asonadas, las conspiraciones políticas se seguirán sin interrupción en el seno de aquel núcleo, en el que subirán y bajarán los *caudillos políticos,* gracias muchas veces a la intriga, y con prescindencia de los altos intereses de la causa americana.

No es, pues, posible que el capitán de blandengues, el hombre sincero que os estoy haciendo ver en presencia de la Junta de Buenos Aires, tome partido en ella, ni jure allí la sumisión incondicional de su pueblo a ninguna de esas fracciones. Él es el orden: viene a pedir recursos para libertar a su patria, y aceptará los que le den y de quien se los dé, pues está dispuesto a libertarla con esos hombres, sin esos hombres, y contra esos hombres si es preciso. Pero tampoco es posible que, en la obra a que lo ha precipitado Buenos Aires, prescinda de éste. Buenos Aires no se pertenece ya a sí mismo; no puede volver atrás. Artigas *tiene el derecho,* lo que se llama *derecho,* de intimarle que no vuelva atrás.

III

Se acepta, por fin, su ofrecimiento; le dan doscientos pesos y ciento cincuenta soldados. No es munificiente el socorro, fuerza es confesarlo; pero Artigas toma los soldados y el dinero. Le confieren el grado de teniente coronel. No es muy excelsa la graduación, que digamos; él es mucho más en el ejército español, y pronto podrá ser lo que quiera. Pero acepta el gra-

do; también Washington aceptó el de general francés, sin dejar por eso de ser Washington, el americano. Lo ponen a las órdenes de Belgrano, a quien confían la expedición a la Provincia Oriental, dando a éste por segundo a Rondeau; y a las órdenes de Belgrano se coloca Artigas, sin reservas mentales. No será él, por cierto, quien, por ambición personal, inicie las disensiones. Estalla en Buenos Aires la revolución o asonada de Abril, de que acabo de hablaros, la primera subversión, que obliga a Belgrano a dejar el ejército, para responder, en Buenos Aires, de sus actos en el Paraguay; se nombra, en su reemplazo, para mandar la expedición de la Banda Oriental, a Rondeau, camarada de Artigas, y nombrado, como él, teniente coronel, pero más moderno, con menos servicios y sin arraigo ni prestigio alguno en el pueblo uruguayo... No importa; Artigas ha sido testigo de las disensiones que hierven en Buenos Aires; las ha mirado con pena por sus propios ojos; pero acepta lo que le dan, sin observación, con tal de acudir donde la patria lo espera. Comprende que entre Rondeau y él, Buenos Aires no puede vacilar; Rondeau está dispuesto a ser un simple general. Todo lo acepta, todo lo obedece, y parte para Entrerríos, a situarse en la costa del Uruguay, dispuesto a cruzarlo, en cuanto reúna los elementos necesarios para pisar el suelo de la patria. Eso es lo que él quiere; está sintiendo, como el ruido de la marea, el rumor del pueblo oriental, que se levanta a su voz, y que confía en él, y cuenta con él. Y es preciso que vaya a ponerse a su cabeza.

El 7 de abril de 1811 cruza Artigas el río, burlando los cruceros españoles, y pisa el suelo que busca. Desembarca, por fin, en la *Calera de las Huérfanas*, donde su pueblo lo rodea y lo aclama.



La independencia de la República Oriental del Uruguay ha comenzado, amigos artistas. La revolución de Mayo no puede ya volver atrás; su pensamiento integral habita la conciencia de un soldado caballero, y es en ella acción heroica.

CONFERENCIA IX

LAS PIEDRAS Y EL ÉXODO DEL PUEBLO ORIENTAL

MIL OCHOCIENTOS ONCE.—EL GRITO DE «ASENSIO».—EL LEVANTAMIENTO EN MASA.—EN TORNO DE ARTIGAS.—EL COLLA.—SAN JOSÉ.—LA VICTORIA DE «LAS PIEDRAS».—EN LAS PUERTAS DE MONTEVIDEO.—EL PRIMER SITIO.—NEGOCIADO CON PORTUGAL EN RÍO JANEIRO.—EL PLAN MONÁRQUICO.—ARTIGAS, EL SOLO INMUNE.—TENTATIVAS DE SEDUCCIÓN.—EL AUXILIO DE PORTUGAL A ESPAÑA.—LA INVASIÓN PRIMERA.—TRATADOS.—EL ARMISTICIO. —ABANDONO DEL PUEBLO ORIENTAL.—FERNANDO VII RESTAURADO.—EL PUEBLO EN TORNO DE ARTIGAS.—EL CONGRESO DE OCTUBRE O DEL MIGUELETE. — CON LA PATRIA A CUESTAS. —EL ÉXODO DEL PUEBLO ORIENTAL. — ESQUEMA DEMOGRÁFICO.—HORDA DE CONFESORES Y DE MÁRTIRES.—EL GAUCHO.—EL CAMPAMENTO DEL AYUÍ.—ARTIGAS MIRA AL PARAGUAY.—LOS PUEBLOS OCCIDENTALES VEN DE CERCA AL HOMBRE ORIENTAL, Y RECONOCEN A SU CAUDILLO.

I

Amigos artistas:

El momento en que Artigas pisa de nuevo tierra del Uruguay, en la *Calera de las Huérfanas,* es un momento solemne de nuestra historia. El año 1811 es el año clásico de la patria. El levantamiento en masa, el *Grito de Asensio,* el *Colla, San José, Las Piedras,* el primer sitio de *Montevideo,* el primer Congreso



soberano, el abandono del pueblo al enemigo, su emigración en pos de su profeta, que va envuelto en su nube... Tomad todas esas cifras, oh amigos artistas, porque tenéis que hacerlas pasar por el fuego lustral en que se funda el hierro de las entrañas de América; de ellas tiene que brotar el pujante acorde inicial del himno que cantará vuestro mármol; de ellas la línea palpitante, el movimiento y la expresión perdurables.

Al desembarcar el Libertador, el pueblo oriental afluye a él, como acuden las moléculas hacia el centro que debe darles cohesión, y distribución, y funciones orgánicas.

La multitud se presenta a su esperado conductor armada ya, y con sus primeras obras realizadas: obras de varón.

Sepamos, ante todo, lo que llamamos el *Grito de Asensio* en nuestro país; es una cifra inicial, consagrada por el mismo Artigas y por la posteridad.

La partida del Jefe de los Orientales para Buenos Aires había dado la señal, como antes lo hemos dicho, del levantamiento espontáneo. Artigas partió el 15 de febrero. El 28, su espíritu animaba un grupo de algo más de un centenar de hombres, encabezados por dos campesinos, Pedro Viera y Venancio Benavides, quienes, incitados por don Ramón Fernández, gobernador militar de la región, y ferviente secuaz de Artigas, que acababa de recibir las órdenes del caudillo, se congregaron a orillas del arroyo de *Asensio,* allá en la costa del Uruguay, y, entre gritos de entusiasmo y agitar de lanzas primitivas, proclamaron la independencia de la patria e iniciaron la lucha.

Ramón Fernández, que estaba de guarnición con 22 blandengues en la villa de Mercedes, se adhiere,



con sus fuerzas, a los sublevados en *Asensio;* toma el mando de aquel grupo armado o pequeño enjambre, que aumenta de hora en hora con la adhesión de todos los hombres válidos que afluyen a él vitoreando la patria; desde la capilla de Mercedes, en que fija su cuartel general, envía a Viera, a quien designa como su segundo, con una pequeña fuerza, a intimar al Cabildo Justicia y Regimiento de Soriano, cabeza de la región, el inmediato reconocimiento de la Junta de Buenos Aires, y la entrega a discreción de la plaza; la intimación va en una nota imperiosa y amenazante, subscrita por Fernández, del mismo 28 de febrero. El Cabildo, en acta de la misma fecha, declara inútil toda resistencia; entrega la villa. Las autoridades españolas son depuestas, y substituídas por la primera americana independiente que se forma en tierra oriental, la primera impuesta por las armas que se constituye en el Río de la Plata.

Eso es nuestro *Grito de Asensio:* el primero de Artigas dado por boca de Ramón Fernández, su protagonista inmediato; el toque de llamada que el pueblo estaba esperando y que al punto reconoció.

En ocho días, Fernández, Viera y Benavides se encuentran al frente de un ejército de más de quinientos hombres, brotados de la tierra, que siguen aumentando de día en día. Es el núcleo equivalente, pero diferencial, del batallón de Patricios de Saavedra en Buenos Aires. Viera se dirige al Norte; Benavides al Sur, hacia la *Colonia,* que tomará más tarde. En *Paysandú* se realiza una reunión revolucionaria, que es sorprendida y deshecha; *Maldonado* se subleva allá en el Sur, sobre el Río de la Plata, casi en el Atlántico; los sublevados, entre los que figuran don Manuel Francisco Artigas, hermano del Libertador, y don Juan Antonio

Lavalleja, toman por asalto la plaza, rinden la guarnición, y capturan a su jefe, que ponen luego en libertad. A las puertas de Montevideo, a cuarenta kilómetros de la ciudadela, se alza en armas *Canelones;* y allí cerca, *Casupá* y *Santa Lucía*. Aquí preside el pueblo otro Artigas, don Manuel; otro prócer, don Joaquín Suárez. *Durazno,* en el centro del país; *Tacuarembó,* más arriba; *Cerro Largo,* allá en el Norte oriental, sobre la frontera portuguesa; el *Pantanoso,* junto a Montevideo, a cuyas puertas llegan los rebeldes con Otorgués, primo hermano de Artigas; las *Misiones,* también las *Misiones,* allá en el otro extremo del Norte occidental, todo se alza sacudido por una ráfaga de viento: es un espíritu que pasa.

Y todo eso se realiza en menos tiempo del que yo empleo en narrarlo.

Y por todas partes surgen capitanes, caudillos, conductores. Los unos son gérmenes de futuros próceres de la patria; los otros, formas inconsistentes y fugaces, como los mismos Viera y Benavides, caudillos inmediatos en *Asensio,* que no perseveran, y muy pronto se disipan; como Ramírez, el entrerriano, que, satélite de Artigas, con Zapata y López Jordán, acabará por apostatar de su fe en el héroe. La gloria es de los que quedan. Son éstos los Artigas, Latorre, Lavalleja, Rivera, Blas Basualdo, Larrañaga, Oribe, Suárez, Barreiro, Escalada, Otorgués, Bicudo, Baltavargas, cien y cien nombres que se encienden, y que representan la larga escala de todos los elementos de aquel país, desde el prócer caballero, vestido del frac colonial; desde el sacerdote, revestido de su túnica sagrada, hasta el indio semidesnudo; desde el militar identificado con su uniforme y devoto de la disciplina, hasta el cabecilla o caudillejo montaraz e indómito; desde el

artillero que vive con el alma de su cañón, hasta el gaucho armado del lazo y de la boleadora de piedra, o de la lanza entonces más usual: un cuchillo o una rama de tijera de esquilar, aquellas medias-lunas o cuchillos de marca mayor que Artigas sacaba clandestinamente de Montevideo, enastados en una caña de *tacuara*.

Pero en todo ese fermento heterogéneo hay una homogeneidad casi absoluta de pensamiento; allí está pura la idea de la igualdad de los hombres, de la aptitud natural del pueblo para darse sus mejores gobernantes, aptitud que se identifica con el instinto social, ingénito en el hombre: la idea republicana nativa, sin influencia extraña, hija legítima de la naturaleza humana no contaminada.

Hay también otro sentimiento instintivo, indeliberado, en esa multitud: el primado indiscutible del Conductor que se esperaba, y que es aclamado al llegar: Artigas.

II

Artigas, al desembarcar en las *Huérfanas,* mira todo eso que le rodea, desde lo alto de su caballo de guerra, y con la cabeza sobre el pecho. Mira también largamente su propio pensamiento.

La llegada del héroe dió nuevo empuje a las operaciones del pueblo armado. El 20 de abril, Benavides, al frente de su división, rinde un destacamento español de ciento treinta soldados en el *Colla,* y toma prisionero a su jefe. Su triunfo resuena en el aire, como un grito; todo el mundo, en Buenos Aires sobre todo, mira sorprendido hacia ese lado del horizonte que se ilumina.



Tengamos en cuenta, amigos artistas, para apreciar el efecto producido por esa primera hazaña de la revolución de Mayo en el Plata, que nos encontramos entre la pasada victoria de *Suipacha,* allá en el Norte lejano (7 de noviembre de 1810), y el próximo desastre de *Huaqui* (20 de junio de 1811), que la hará estéril. Recordemos que Belgrano ha sido rechazado en el Paraguay; que el español se refuerza en el Alto Perú y amaga descender a darse la mano con el que lo espera en Montevideo; y, por fin, no olvidemos el cuadro de la política interna en Buenos Aires: aquello es un caos; los hombres y los prestigios suben y bajan; no se ve *el hombre;* falta el eje de rotación. El desaliento domina los espíritus.

El suceso del *Colla,* y los triunfos que van a seguirlo, concentran en la Banda Oriental toda la atención. Pero no es el triunfo en sí mismo lo que tonifica la esperanza; es la aparición de un hombre, del hombre acaso, que nadie puede dejar de ver: de un prestigio y de una autoridad intrínsecos. Benavides, al comunicar a Belgrano, que ha llegado con la expedición auxiliar, su victoria, termina así: «Los presos europeos y los soldados prisioneros se los remití *al segundo general interino don José Artigas,* con una lista de todos ellos». Y Belgrano mismo, al hacer saber el suceso, el 21 de abril, a la Junta de que es miembro y delegado, le dice: «Dirijo a V. E. el parte y demás documentos de don Venancio Benavides sobre la rendición del pueblo del *Colla.* Mañana sale el teniente coronel don José Artigas, *segundo jefe interino del Estado,* con una partida, a estrechar a los enemigos.»

Notad eso, pues; Artigas ha llegado a su tierra con el solo grado de teniente coronel de Buenos Aires;

Belgrano lo ha nombrado «segundo jefe del ejército auxiliar del Norte»; pero el otro carácter, el que emana de otra fuente más segura y alta, es sentido y reconocido, no sólo por Benavides, que ve en él el *general de hecho,* sino también por Belgrano, que le reconoce el carácter de *segundo jefe del Estado.*

Pero he aquí que ya desde este primer momento, a raíz de la primera victoria oriental, aparecen los dos genios cuya pugna llenará nuestro drama. No piensan ni proceden como Belgrano, desgraciadamente, los oficiales que con él vienen como auxiliares de este pueblo, llenos del espíritu que en Buenos Aires impera; la ruptura entre orientales y bonaerenses es inmediata; parece fatal. El sargento mayor don Miguel Estanislao Soler, que viene a las órdenes de Belgrano, desobedece a éste, desconoce y menosprecia a Artigas, y procede de tal suerte, que obliga a este último a recurrir al general auxiliar, denunciándole las depredaciones, los desacatos, los desórdenes, la barbarie de sus subordinados, y que parecen repetir lo que aconteció en el Alto Perú, en que Castelli dejó tan triste recuerdo. «Nada importa, dice Artigas a Belgrano, el aje de mi persona, cuando está de por medio la felicidad de la Patria; he considerado deber sufrir los insultos que aquél (el sargento mayor Soler) ha hecho a mi carácter, antes que dar lugar a una disensión... Pero el desorden en estos pueblos ha sido general, y éste se aumentó en la acción de Soriano, que comandó el señor Soler, en cuyo pueblo ha sido tan desmedido el saqueo por nuestras tropas, que varias familias han quedado completamente desnudas; por lo que he determinado mandar una partida...»

La Junta de Buenos Aires, la que acababa de sur-

gir del motín de 5 y 6 de abril, no estaba más habilitada, por cierto, que Soler, para estimular las victorias de Artigas; los hombres políticos estaban allá absorbidos por sus ambiciones. En esos momentos, precisamente, el 19 de abril, el gobierno triunfante destituía a Belgrano, su adversario, y lo llamaba a responder de sus fracasos en el Paraguay; dejaba, pues, sin cabeza la expedición auxiliar de la Banda Oriental; sin jefe el ejército, frente al enemigo... No queda sin jefe, felizmente; allí está el que tiene su grado más firmemente refrendado que el emanado de esas reyertas políticas. Será él, y no Rondeau, nombrado poco después, como el hombre de confianza del nuevo gobierno, para suceder a Belgrano, será él, Artigas, quien probará que aquel ejército no ha quedado sin cabeza, y que también la tiene la revolución de Mayo.

Rondeau ha llegado, como Belgrano al Paraguay, con instrucciones expresas de serlo todo en la Banda Oriental; pero la realidad se impone. Artigas, como una fuerza de la naturaleza, sigue su marcha; va en derechura a su objeto, encerrado en sí mismo, fija en el horizonte la mirada. Va a cumplir su promesa de arriar el pabellón español de la ciudadela de Montevideo; a arrebatar, de todo detentador injusto, la capital de su patria, y el baluarte de América en el Atlántico.

Una fuerza española de ciento veinte hombres, con un cañón, se encuentra en el *Paso del Rey,* cerca del pueblo de *San José,* a las órdenes del teniente coronel Bustamante. Era el núcleo formado por el virrey Elío para impedir, desde un punto céntrico, la reunión de los patriotas. Artigas conoce el hecho, y ordena, desde Mercedes, a su primo hermano don Manuel, que,



uniendo a sus fuerzas todas las partidas de los distritos inmediatos, vaya a ocupar *San José*.

Don Manuel va a buscar allí su doble victoria: el triunfo y la muerte.

Reúne sus tropas a las de Baltavargas, y ataca a Bustamante. La lucha es encarnizada y tenaz por ambas partes.

Los españoles ceden; son desalojados del *Paso del Rey*, y huyen a atrincherarse en el pueblo de San José, donde reciben refuerzos, hasta formar una división bien armada y municionada. También Manuel Artigas ha recibido el contingente de Venancio Benavides, y ambos se preparan a tomar el pueblo por asalto. Lo expugnan en la mañana del 25 de abril.

El fragor de ese combate resonó en todo el Plata como una aclamación; aun resuena en las estrofas del himno que cantan los argentinos a su patria. Imaginaos, amigos, la impresión que todo eso producía en Buenos Aires; el efecto de esa inesperada batalla de San José. Allí corrió la primera sangre de Artigas: el caballeresco don Manuel cayó herido sobre las trincheras enemigas; murió por la patria. Buenos Aires, entusiasmado ante aquella revelación, decretó que su nombre fuera escrito en la Pirámide de Mayo, erigida en su plaza principal. Allí está escrito.

Cuatro horas duró la encarnizada lucha. Bravos eran los veteranos españoles, y veteranos parecían los bisoños soldados del Uruguay. Éstos triunfaron por fin: penetraron en el pueblo, desalojando al contrario de sus posiciones avanzadas, en que resistía bizarramente; se apoderaron de las trincheras; pusieron en derrota al enemigo. Cien prisioneros, dos piezas de artillería, gran cantidad de armas y municiones quedaron en poder del vencedor. *¡San José!*...

Artigas sentía todo aquello a su alrededor, y, con la cabeza sobre el pecho, marchaba, al paso de su caballo, en línea recta hacia el Sur, en que clavaba de vez en cuando los ojos. Allá, en la falda de su cerro, estaba *Montevideo*, su ciudad natal, ceñida de su cintura de cañones. Artigas veía su granítica ciudadela, en que flameaba el pabellón español, sus cubos artillados, su larga muralla, sus fuertes destacados, su foso profundo. Era un modelo de arquitectura militar aquella ciudadela; uno de los baluartes principales del dominio colonial de América.

Artigas marchaba tranquilo a cumplir su promesa: *arriar ese pabellón de la ciudadela de Montevideo.* Caminaba en línea recta, seguro de sí mismo.

Sólo 450 soldados lo seguían; el resto de las milicias orientales, que ascendía a más de 2.000 hombres, estaba diseminado por el país. Era necesario, sin embargo, que él personalmente entrara en batalla.

El español le ofreció la ocasión que buscaba; salió de las murallas de Montevideo, y se atravesó al paso del Jefe de los Orientales.

El capitán de fragata don José Posadas, con un ejército de 1.230 soldados, con buenas armas y abundantes municiones, y con cinco piezas de artillería, se había acuartelado y fortificado en *Las Piedras*, pequeña población situada a tres o cuatro leguas de Montevideo.

Artigas pide a Rondeau, quien, en substitución de Belgrano, ha pasado de Buenos Aires con el ejército auxiliar, según hemos dicho, dos compañías de infantería, para librar un combate. Rondeau le envía las dos compañías: 250 hombres del batallón llamado de Patricios.

Artigas acampa en Canelones, el 12 de mayo, con



700 hombres, los 250 patricios entre ellos, y dos piezas de artillería. Con fuerzas tan inferiores no debe jugar la suerte de sus armas, empeñando una batalla en que, como en casi todas las de América, desde esta primera de *Las Piedras* hasta la última de *Ayacucho*, será el hombre a caballo, las pujantes cargas de caballería, los que resolverán de la suerte de los combates. Artigas ordena a su hermano Manuel Francisco, destacado en Maldonado, y en camino de Pando, se le incorpore a marchas forzadas, con 300 jinetes que le siguen.

Inútiles fueron los esfuerzos de Posadas por evitar la incorporación, aunque tuvo por aliada una copiosa lluvia, que empezó a caer desde la noche del 12, hasta la mañana del 16; la junción de los dos Artigas se realizó el 17 a la tarde, y *el día 18 de mayo,* casi en el primer aniversario del movimiento de Buenos Aires, salió el sol de la batalla de *Las Piedras,* sol de Mayo en su plenitud.

No os describiré la batalla, mis amigos artistas, con el tecnicismo militar; eso anda en los libros, y yo no escribo un libro. El terreno es allí ondulado; el que ya conocéis como característico del Uruguay: pequeñas colinas; los horizontes abiertos; el cielo azul. El arroyo de *Las Piedras,* festonado de bosques, aparece y desaparece en el fondo de las colinas, como una cinta verde. Los orientales miramos ese campo, mis bravos artistas, con infantil soberbia, como cosa de simplicidad homérica.

Artigas triunfó en *Las Piedras;* dió a la revolución su primera victoria en el Plata, muy superior, por sus proporciones y trascendencia, a la brillantísima que hemos visto obtener por el ejército auxiliar

hace pocos días en *Suipacha,* allá lejos, en el Alto Perú.

En Suipacha se luchó media hora. Todo el día se combatió en Las Piedras; hasta la puesta del sol. Artigas reveló en esa función de guerra las condiciones de un gran capitán, como las mostró en el resto de sus campañas. Pero yo tengo empeño, mis bravos artistas, en no haceros ver en él al general. Hay muchos generales. Y Artigas es Artigas.

No: no pongáis a nuestro héroe en la batalla, como en su principal teatro de acción; no lo imaginéis, ni aun en el momento en que, muerto su caballo por un casco de granada y siendo el blanco exclusivo de toda la infantería enemiga, avanza a pie, para mostrar a sus soldados la inmunidad que comunica el valor, y señalando con la espada el sitio desde donde lo mira intensamente con sus ojos negros la victoria.

Artigas no mandó muchos combates; eso es un accidente de su persona. No era un lancero. Eran proverbiales su destreza y su valor; pero todo hombre, por el hecho de serlo, tiene el deber de ser valiente. Artigas tenía un deber muy superior a ése: el de revelar a los hombres su mensaje.

¿Queréis, sin embargo, verlo un instante en el campo de batalla, una vez por todas siquiera, aquí en Las Piedras? Miradlo en el momento en que, ya entrada la tarde, Posadas, el jefe enemigo, que ve a su alrededor 97 de sus soldados muertos y 61 heridos; que está herido él mismo de un sablazo; que se encuentra envuelto por los patriotas triunfantes y se siente desmoralizado, hace levantar bandera de parlamento. Tan estrechado estaba, que es Artigas personalmente quien, envainando la espada, le intima a voces que se rinda a discreción, prometiéndole la vida y la de



todos. Así lo hizo el bizarro jefe español. Pero Artigas no recogió personalmente la buena espada de aquel hombre de bien, leal a su patria y a su rey. Como tributo de hidalgo respeto, envió un sacerdote, el capellán don Valentín Gómez, a recoger como objeto sacro aquella espada.

Posadas se entregó a discreción, con 22 oficiales y 342 individuos de tropa. Del resto de su ejército, una parte quedaba postrada en el campo; la otra se dispersó. Las pérdidas de los patriotas fueron 11 muertos y 23 heridos. En poder de Artigas quedaron 462 prisioneros, con sus jefes y oficiales, y cinco piezas de artillería, armas, municiones y bagajes.

Para juzgar de esas cifras, mis queridos artistas, es necesario que las consideréis con relación al teatro de la acción. Son muy grandes. La batalla de San Lorenzo, primera resonante victoria de San Martín, el gran capitán americano, se libró entre 200 ó 300 hombres por ambas partes. Y es un fasto glorioso de la revolución de América.

Notemos un rasgo final de este combate de Las Piedras, que consuela las congojas provocadas en el espíritu por la ejecución de Liniers y la de los vencidos en Suipacha: ni una gota de sangre manchó las manos del vencedor. Artigas personalmente defendió a los fugitivos, e hizo de ello siempre un título de honra; lo consigna expresamente en el parte de la victoria. Después de la batalla, se verificó el canje de los prisioneros, el primero realizado en América, de acuerdo con las leyes de la humanidad y de la guerra. La humanidad, mis queridos artistas, fué el rasgo característico de ese hombre de bien. Nadie lo superó en esa virtud; muy pocos lo alcanzaron. En esta acción de guerra, como en todas, sin una sola excepción,

el héroe oriental pudo incluir su victoria entre sus buenas acciones.

III

La batalla de Las Piedras retempló en toda América el espíritu de la revolución de Mayo. La Junta de Buenos Aires se sintió compensada de los desastres de Belgrano en el Paraguay, y del descalabro de *Huaqui,* que acaece casi en el mismo tiempo (junio de 1811), confirió al vencedor el grado de coronel, y le decretó una espada de honor. El nombre de su victoria, como la del otro Artigas en San José, suena, junto con los de San Lorenzo y Suipacha y Tucumán, en las estrofas del himno que hoy canta el pueblo argentino, y enseña a cantar a sus niños al recordar sus efemérides de gloria.

Pero el triunfo de Artigas y de su pueblo ofrecía un aspecto incómodo. Como vamos a verlo, la Junta gestionaba ya un arreglo con las cortes; quería volver atrás, permanecer a la defensiva, hacer de la acción militar *sólo una preparación de la diplomática.* Y aquel vencedor de Las Piedras parecía querer ir solo adelante. Era una pieza extraña al tablero en que Buenos Aires jugaba su partida; una pieza de hierro demasiado pesada. Aquel hombre comenzaba ya a estorbar, y era de presumir que estorbaría, en los planes políticos, tanto más cuanto más necesario se hiciera en la acción militar. Una autoridad que no emanaba de Buenos Aires radicaba en su persona, como hemos dicho, y era de presumir que la espada de honor que se le había regalado, y el grado de coronel, no fueran bastantes para imprimirle la docilidad necesaria.

Y así era, efectivamente: Artigas reclamaba otro premio para el animoso esfuerzo de su pueblo, que no se había levantado en masa para retroceder. El precio de la batalla de Las Piedras debía ser las llaves de Montevideo, y fué inmediatamente por ellas. El 21 de mayo, tres días después de la victoria, hace acampar su ejército en el *Cerrito,* colina inmediata a la plaza, y él golpea con el puño de su espada la puerta herméticamente cerrada de la ciudadela, cuyos cañones sacan la cabeza de los agujeros de sus troneras, y miran silenciosos y asombrados a aquel hombre audaz, que así interrumpe el sueño secular de sus bronces taciturnos...

Para darnos cuenta, amigos artistas, de la resonancia de esos golpes del vencedor de Las Piedras en las puertas de Montevideo, leamos esta carta que, en 30 de mayo, escribe a España un vecino de la plaza: «... las consecuencias de esta desgraciada batalla han sido las más funestas. Envalentonados con esta victoria, y habiendo armado con nuestras armas 800 hombres más, se han presentado delante de esta plaza 1.500 a 2.000 hombres; de modo que hemos tenido que poner los cañones para defensa de la Aguada, sin que podamos conducir los trigos de las panaderías que están bajo tiro de cañón, y, al fin, se han cerrado los portones, sin que tengamos otra cosa que el casco de la ciudad». Conozcamos ahora la siguiente comunicación que, sobre tales sucesos, dirige don José María Salazar, comandante del apostadero, al ministro de Marina, y que hallamos en el Archivo de Indias: «El enemigo tomó 500 quintales de pólvora que estaban en la falda del Cerro, y todo el trigo del pueblo de la Aguada, hallándose toda la ciudad consternada, por hallarse desprovista de todo, pues nadie

había pensado en que podía llegar tal caso, y mucho menos el señor virrey, que, con un tono de desprecio y burla, me preguntó el 26 de abril si yo creía que *los gauchos* se atreverían a presentarse a la vista de los muros de esta plaza... La sola noticia de que las tropas de Buenos Aires tenían sitiado al baluarte de esta América, reanimó el entusiasmo de las Provincias en favor de la independencia, el de Chile, y no dudaré en afirmar que hasta el mismo reino de Lima se ha resentido de tan funesta prueba; pero lo que no puede dudarse es que ella ocasionó que el Paraguay adoptase el unirse a Buenos Aires, como lo hizo. Si por defuera consiguieron los enemigos estas grandes ventajas, en esta Banda lograron atraer a su partido a todos los pueblos, y, quitándonos cuantos auxilios sacábamos de ellos, reducirnos al solo recinto de la plaza y a la mayor miseria y pobreza por mucho tiempo».

En cuanto a la proyección de tales sucesos sobre la figura del mismo Artigas, podemos leer a Guerra y Larrañaga en sus *Apuntes Históricos:* «Don José Artigas, dicen, ganó, el 18 de mayo, la victoria de *Las Piedras,* en que quedó prisionero el capitán de fragata Posadas, jefe de los vencidos, y casi toda la tropa de marina y de milicias que mandaba. *Eso contribuyó sobremanera a la grande sublimación, autoridad y concepto de que gozaba Artigas en la Banda Oriental*».

El vencedor de Las Piedras tiene la persuasión de que la caída de la ciudad es inevitable; nadie mejor que él conoce sus fortificaciones, sus elementos de resistencia, el modo eficaz de expugnarla; mil veces, desde su primera infancia, ha cruzado aquel puente levadizo, reco-



rrido aquellas murallas, oído tronar aquellos 310 cañones, que ahora, echados en las almenas, con las fauces abiertas hacia el campo, lo miran silenciosos. Se sentía seguro del éxito; allí debía terminar el dominio español en el Uruguay. El pueblo oriental, dueño de sus destinos por su propio esfuerzo, será el más poderoso aliado de su hermano occidental; el núcleo de independencia en el extremo austral del continente.

Se dirigió, pues, a Rondeau, pidiéndole, a fin de aprovechar la desmoralización del enemigo y los pocos elementos con que éste contaba—sólo 500 hombres y las dotaciones indispensables para la artillería,—apurara su marcha, o le enviara refuerzos, armas y municiones sobre todo, para asaltar la plaza. Artigas está seguro del triunfo; lo manifiesta en una nota memorable; completamente seguro. Una lucha terrible se libraba en su espíritu; sentía impulsos de proceder por sí solo; ya comenzaba a recelar de los propósitos secretos de su aliado occidental; pero no debía romper con éste; la alianza le era necesaria, y, sólo por no romperla, dirige, en este momento, al gobernador español, como representante de la Junta, la única comunicación de su vida en que invoca a Fernando VII; lo hace para exigirle la entrega de Montevideo.

Rondeau rechazó la idea del asalto, aunque 5.000 voluntarios orientales acompañaban su ejército, y los patriotas de la plaza reclamaban el golpe. El jefe del ejército auxiliar llegó al Cerrito, y tomó el mando de las fuerzas sitiadoras, dejando al de los orientales en segundo término, y con escasos elementos; lo más escasos posible.

Ya os explicaré ampliamente, mis queridos artistas, la razón de ésta y de muchas otras postergacio-



nes de Artigas, por más que ya las habéis penetrado. Rondeau era un patriota, un animoso capitán; era un conductor de soldados, pero no un conductor de hombres; y de ideas, menos. Si tuvierais que modelar su estatua, os bastaría con plasmar la de un bizarro jefe impersonal, la de un noble uniforme. Era de carácter apacible; había cursado la carrera de letras; prisionero de los ingleses en la toma por éstos de Montevideo, es conducido a Inglaterra, y devuelto después a España, donde obtuvo el grado de capitán español. Ahora es un número pasivo del ejército; será en Buenos Aires personaje político; lo será todo, menos caudillo revolucionario. La de Rondeau es una brillante carrera *oficial*. Fué un hombre de bien.

Artigas, que era coronel de Buenos Aires sólo como Washington era general francés, comprendía que, precisamente por eso, debía ser Rondeau, y no él, quien mandara el ejército sitiador. La tierra y el pueblo que aquél conducía, a pesar de las causas que os he hecho tocar hasta en las entrañas de aquella tierra, no eran reconocidos por el dueño del ejército auxiliar.

Y eso era natural. El patriciado predominante en Buenos Aires no podía reconocer a Artigas; le faltaban atributos o apariencias, y le sobraban realidades; era demasiado. «El escéptico, dice Carlyle, no es capaz de reconocer un héroe, aunque lo vea y lo toque; el doméstico espera ver en él carrozas, mantos de púrpura, cetros de oro, cuerpos de alabarderos, séquito de magnates y la banda correspondiente de trompas y chirimías. En el fondo, tanto el doméstico como el escéptico esperan lo mismo: la pasamanería y las chirinolas de algún vástago *de reconocida realeza*. El rey que se les presente sencillamente, y de ruda y no fantástica manera, que llame a otra puerta: no será rey.»

Artigas hubo de someterse, pues. A las órdenes de Rondeau, formó con su pueblo en la línea del sitio que se puso a Montevideo, viendo desvanecerse en el aire la visión de gloria que lo llamaba desde lo alto de las murallas; pero el problema inevitable del porvenir se ofreció claro a sus ojos, y el héroe meditó en su corazón.

Lejos de mí, oh amigos artistas, el intento de deprimir a los próceres de Mayo, cuando, al enseñaros esta historia, me vea en la necesidad de contraponerlos a Artigas; pero ese conflicto es toda la historia del Río de la Plata. El problema nos saldrá al encuentro a cada paso, y, quieras que no, es fuerza que lo miremos de frente.

Buenos Aires y Artigas eran dos rivales, desgraciadamente; éste era la independencia republicana, la idea fija, el propósito genial inquebrantable, la realidad futura; aquél era el tanteo, la desconfianza en el propio pueblo argentino, siempre heroico, y que, como lo veréis más tarde, no halló más jefe que el mismo Artigas. Buenos Aires era el simple cambio de dueño, la idea negativa: la expulsión de España, si las circunstancias lo permitían, para substituirla por una monarquía más o menos tributaria, por un príncipe cualquiera *de reconocida realeza* como dice Carlyle. Y si las cosas se ponían mal, dejarlas para mejor ocasión. Artigas era la idea positiva con su resolución heroica: la independencia absoluta, la coronación del verdadero rey prisionero: el pueblo americano.

Y es preciso resolver, oh amigos míos, sobre en cuál de esas dos entidades está la realidad de la revolución de América; cuál de ellas puede resistir, para cobrar la forma perdurable, el baño lustral del hierro sometido al fuego.

Artigas se ha adherido de buena fe, sin ambiciones, a la revolución de Mayo; ha comprometido en ella a su pueblo; pero eso no significa que haya aceptado, ni pueda aceptar, el puesto de ejecutor del ajeno pensamiento, cuando se trate de los destinos de ese pueblo.

Y eso era lo que Buenos Aires no reconocía: la personalidad del pueblo oriental; sus destinos tenían que someterse al de los demás, y no había de tomar intervención decisiva, ni mucho menos, en su resolución, que sólo incumbía a los habitadores de la ciudad capital; a los que en ésta predominaran.

IV

En esos momentos, precisamente, se estaban jugando esos destinos en la corte de Río Janeiro, donde la Junta de Buenos Aires tenía acreditado, como agente, a don Manuel de Sarratea, el más escéptico de todos sus miembros.

Allá en la corte estaba el rey de Portugal, don Juan VI, vástago de reconocida realeza, con la ambición secular de esa su realeza en el alma: llevar al Plata la frontera de sus dominios coloniales; su ministro e inspirador era el conde de Linares. Allí estaba la princesa Carlota, esposa de don Juan, hermana de Fernando VII, con su ambición de formarse un reino para sí propia en el Río de la Plata; su brazo era el capitán general de Río Grande, don Diego de Souza. Allí estaba el marqués de Casa Irujo, personaje innocuo, representante de las Juntas españolas. Allí vivía, sobre todo, Lord Strangfort, agente diplomático de Inglaterra, aliada de España contra Napoleón, y que

velaba por los intereses políticos y comerciales de su patria: conservación, por ahora al menos, del dominio español en América, y ventajas comerciales en ésta para la Gran Bretaña. Lo único que allí no estaba eran los pueblos que derramaban su sangre por la libertad; el pueblo oriental, sobre todo. Y es precisamente de los destinos de éste de lo que allí se trata, en primer término, pues es éste el que se ha levantado en masa, y jugado el todo por el todo: la vida por la libertad.

La Junta de Buenos Aires, desde el mes de abril, antes de la batalla de Las Piedras, negociaba un arreglo con Portugal, tendente a sacudir el yugo absoluto de Fernando VII, pero echándose en brazos de doña Carlota de Borbón, que presidiría en el Plata un gobierno monárquico constitucional; os explicaréis, pues, por qué no quería el predominio del antiguo capitán de blandengues, defensor de la frontera española contra el enemigo portugués.

Para realizar ese plan, se había nombrado, como agente, a ese don Manuel de Sarratea, caballero cortesano, muy dado a la intriga, anheloso de hacer figura entre los grandes, que presentó sus credenciales el 22 de abril, y llevaba instrucciones dobles: o pedir la mediación de Inglaterra y Portugal, para el cese inmediato de la guerra civil, admitiendo la Junta la obligación de hacer propuestas para reincorporar a la monarquía española las provincias revueltas, o negociar con Portugal la erección de una monarquía bajo el cetro de doña Carlota, que resignaría la corona en su hijo de trece años, don Pedro de Braganza, el futuro emperador del Brasil independiente.

Portugal entrevió una vez más, en esta última gestión, la realización de su ensueño: el Río de la Plata como frontera; estimuló, como puede presumirse, la



negociación. Pero allí estaba el embajador inglés, que discutió con Buenos Aires, y con Portugal, y con el mismo representante de las Juntas españolas, para quien el caballo de Troya, que Portugal quería introducir en el Uruguay con su ejército, era invisible. Strangfort se opuso imperiosamente, en defensa de España, su aliada, a los planes del portugués, su amigo y protegido. Éste, vencido por la diplomacia inglesa, comunicó a Buenos Aires que, a menos de someterse a España, debía perder toda esperanza de protección portuguesa. Sarratea se adhirió en absoluto a la tendencia inglesa, en manos de cuyo embajador puso su representación, e hizo saber a todos que la Junta estaba dispuesta a celebrar un armisticio, sobre la base del reconocimiento sin condiciones de Fernando VII.

La Gran Bretaña triunfaba, pues, en defensa de España, aunque no por amor a ella; triunfaba de Portugal, de Carlota, de Buenos Aires, del mismo atolondrado representante de las Juntas españolas: debía restablecerse el orden.

Pero alguien había de quien no se había triunfado: Artigas, el pueblo oriental, a quien nadie representaba en Río Janeiro.

Artigas estaba allí, en el extremo Sur, con ese pueblo oriental, palpitante como un corazón. Y aquello era algo, ¡vaya si era algo! Aquello era todo; os aseguro que os convenceréis de que aquello era todo. El héroe libraba la batalla de Las Piedras, y daba grandes golpes con el pomo de la espada en las puertas de Montevideo, que vacilaban en sus quicios, y sonaban a rotas. Renunció al asalto de la plaza, como hemos visto; pero no a su propósito de libertad. Era el rebelde, el pensativo rebelde, que amontonaba piedras



para escalar el Olimpo; rebelde a España, a Inglaterra, a Portugal, a Carlota, a Buenos Aires, al mundo entero; era la revolución de Mayo; la de América, la Naturaleza activa.

¡Rebelde!... Sí, lo será toda su vida; pero rebelde sin ira, reflexivo. Él era la realidad rebelada contra la apariencia; la verdad alzada contra la mentira; era el rebelado olímpico, encadenado por ladrón del fuego sacro. Las ondinas bajarán del cielo a acompañar su divina soledad.

El virrey Elío, que veía las cosas de más cerca, quiso vencerlo también a él, y acudió al recurso satánico, a la tentación. Envió a Artigas, nombrado coronel por Buenos Aires después de la victoria de Las Piedras, dos comisionados que le hicieron las ofertas que ya conocemos: el grado efectivo de general, el gobierno militar de toda la campaña uruguaya, todos los honores del caso, una gruesa suma de dinero, etc. Artigas contestó «que consideraba aquello como un insulto hecho a su persona, tan indigno de quien lo hacía como de ser contestado». Y envió el mensajero a ser juzgado en Buenos Aires. Él no sabía de las gestiones que Buenos Aires tenía pendientes.

La situación de Elío en Montevideo se tornaba cada vez más premiosa. Vigodet había sido desalojado de la *Colonia*, caída en poder de Benavides, que la sitiaba. También esa toma de la Colonia es cantada en el himno nacional argentino, como primicia de gloria.

Toda la esperanza de Elío, perdida la que cifró en la seducción de Artigas, se basaba entonces en la protección que había demandado y obtenido de Río Janeiro. La princesa Carlota había acudido a su demanda, y conseguido del rey don Juan, su esposo, una orden

para que el capitán general de Río Grande, don Diego de Souza, invadiera sin demora el territorio del Uruguay, «en defensa de los derechos de su augusto hermano», según decía. Souza llevaba, además, el cometido de invitar a la Junta de Buenos Aires a aceptar la mediación negociada por Sarratea, a fin de hacer cesar las desavenencias con España. Es claro que, estando allí Lord Strangfort, el objeto ostensible era defender al amado Fernando VII; pero Portugal decía reservadamente, por otra parte, a Buenos Aires, «que estos dominios no volverían al yugo español, aunque Fernando recuperara el trono de sus padres».

Souza, agente apasionado de la política de Carlota, enemigo de España, y de Buenos Aires, y de Artigas, y de la revolución americana, invadió el territorio del Uruguay con su *ejército pacificador*, que constaba de 3.000 hombres y dos baterías montadas, el 17 de julio de 1811, dos meses después de la batalla de *Las Piedras*.

Los orientales sitiadores de Montevideo, ignorantes de los manejos de la Junta y del desaliento que en ella acababa de causar el desastre de *Huaqui*, allá en el Norte, que anuló el éxito de *Suipacha*, pensaban en oponerse al paso del portugués y en apresurar la toma de la plaza. Pedían recursos a Buenos Aires; éste prometía, pero los recursos no llegaban. Y el portugués avanzaba, devastando el país. Las poblaciones huían ante el invasor odiado, incendiaban sus viviendas, arreaban sus ganados, hacían el vacío al conquistador y afluían en torno de Artigas. Comenzaba el éxodo del pueblo oriental.

Y Elío perfeccionaba las fortificaciones, y retemplaba a los suyos, y enviaba una escuadrilla a bloquear a Buenos Aires, y a simular un bombardeo:

arrojó sobre la ciudad algunas bombas inofensivas, pero que alarmaron mucho a la gente.

El gobierno de la capital mandó entonces comisiones que tratasen con Elío; que le revelasen, sobre todo, el objeto verdadero de la invasión portuguesa. Pero en esos momentos llegó a Montevideo la noticia de haber sido derrotada en *Huaqui*, en el Alto Perú, la expedición que había vencido en *Suipacha*, y todo arreglo que no fuera la completa sumisión fué rechazado. Vino, poco después, la noticia de que las autoridades realistas habían sido derrocadas en el Paraguay, donde se había formado un gobierno propio, dispuesto, al parecer, a entenderse con Buenos Aires, y esa noticia quebrantó de nuevo los bríos de los españoles montevideanos. Por fin, apareció resuelto el embajador inglés en Río Janeiro. Éste articuló un ultimátum: era necesario concluir con aquel tejemaneje: intrigas de doña Carlota, tanteos de Buenos Aires, invasiones de Portugal. Y todo terminó. Reconocimiento de Fernando VII; retiro inmediato de los ejércitos portugués y bonaerense, que ocupaban la Banda Oriental; cesación del bloqueo de Buenos Aires; abandono, en manos de Elío, de todo el territorio oriental, y aun de una parte del occidental; suspensión completa de hostilidades. Eso quería el inglés. Y eso se hizo. Elío se dispuso a ejecutarlo.

V

Lo único en que no se había pensado fué en el modo de deshacerse de ese extravagante Artigas, que allí estaba con su mensaje en el alma y con su fe de niño bárbaro. ¡Y vaya si era el caso de pensar en eso! Fué



el punto que quedó en ignición; el que renovó el incendio, como lo veréis.

El pueblo oriental, armado, había salido al encuentro del portugués invasor, al que tenía la convicción de poder repeler. Pero, también en esa resistencia, Artigas se vió maniatado por la necesidad de conservar sus buenas relaciones con Buenos Aires: libraba sus batallas en todas partes, mientras las familias seguían huyendo ante aquél; el país se despoblaba.

En esa situación, el centro directivo de Buenos Aires, que, desde el 25 de mayo de 1810, había ya sufrido dos modificaciones, reveladoras de su anarquía y de su impotencia, dejó el puesto a un triunvirato. El 25 de septiembre se formó éste, y en él estaba Sarratea, que volvía de Río Janeiro: mandaba allí, por consiguiente, la influencia de Strangfort. Se envió a Montevideo, sin demora, una comisión, encabezada por don José Julián Pérez, para ajustar con Elío el armisticio convenido en Río Janeiro; se impartieron órdenes a Rondeau, para que se preparase a retirar inmediatamente las tropas sitiadoras. Elío recibió con gran deferencia al comisionado; Rondeau, *soldado de orden,* se dispuso inmediatamente a obedecer...

Pero entonces apareció la entidad con que no se había contado: el pueblo oriental, es decir, *el desorden,* la revolución de América. Entonces se vió que no era posible restituir a sus hogares, bajo la protección del virrey español y del invasor portugués su aliado, a aquel pueblo, que había vencido en la Colonia, en el Colla, en San José y Las Piedras; que, buscando sinceramente su libertad, se había levantado en masa, y estaba resuelto a morir si no vencía. Entonces tocó Buenos Aires el error de haber creído que Artigas era un coronel de su ejército;

que aquel territorio que estaba al otro lado del Plata y del Uruguay era una provincia que le debía obediencia, cuando *no era eso*, sino el núcleo providencial incontaminado de libertad que os he descrito en mis conferencias anteriores. Y lo vais a ver, oh amigos artistas, en su momento eterno. Buscaréis mármol para detener ese instante en la forma heroica, y no lo hallaréis bastante perdurable.

En cuanto supo que se trataba de su abandono a la tiranía española y portuguesa, un escalofrío recorrió las carnes de aquel pueblo. Se crisparon sus nervios; se hincharon sus arterias; sintió zumbar en sus oídos la voz del vacío, y sus ojos, abiertos y encendidos en una enorme interrogación, se clavaron en Artigas. Éste bajó los suyos, y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Él era quien había instigado a aquel pueblo a levantarse; él el gran responsable. Ya había hablado con el agente de Buenos Aires, y le había dicho «que *se negaba absolutamente a intervenir en aquellos tratados, que consideraba inconciliables con las fatigas del pueblo oriental*».

Pero eso no era bastante; aquel pueblo quería y debía decir expresamente que estaba en eso con su caudillo, y más allá de su caudillo; debía rechazar aquellos tratados porque no eran suyos, porque no los quería. Como las gruesas gotas que preceden y anuncian los grandes aguaceros de verano, las palabras tempestuosas caían allí de la nube popular. Aquel pueblo decía a grito herido que, si era su destino quedar abandonado a la tiranía de Elío y de los portugueses, aceptaba el abandono, pero no la tiranía; la muerte gloriosa era también un término hábil.

Artigas, por su parte, no quería tampoco determinarse a una tal resolución, sin que la de su pueblo



fuera concreta, plenamente consciente, y, con ese objeto, un gran congreso, convocado a su pedido por Rondeau, tuvo lugar en el *Miguelete*, frente a los muros de Montevideo.

Jamás acertaría a encareceros debidamente, amigos artistas, el relieve y la trascendencia de ese *Congreso de octubre* o *Congreso del Miguelete*, que fué nuestra primera asamblea nacional. El pueblo que, fundido aún con el español, realizó el *Cabildo abierto* de 1808, se congrega solo, solo por fin y dueño de sí mismo, a dictar su primera ley. Y ésta es la de su propia inmolación a la libertad.

La referencia más auténtica que de ese congreso tenemos nos la ofrece el mismo Artigas, su presidente, cuando al presidir, dos años después, el no menos memorable del *Peñarol*, comienza su discurso inaugural diciendo: «Tengo la honra de volver a hablaros *en la segunda vez que hacéis uso de vuestra soberanía...*» Ésta es, pues, la primera en que el caudillo se siente a la cabeza, no ya de un ejército que combate, sino de una nación, dueña del mismo ejército, que delibera y legisla.

En cuanto a la composición de la asamblea, a falta de acta escrita, que no ha llegado a nosotros, sírvanos lo que de ella escribe uno de sus miembros, el coronel Cáceres, en su *Reseña Histórica:* «Se hizo entonces una Junta, dice, para tratar sobre ese asunto, en el *Miguelete;* a ella asistieron todas las personas más notables y de consejo que había en aquella época». Y para saber quiénes eran éstas, recordemos que en la línea sitiadora estaban los Orientales todos, pues el gobernador Elío, después de la batalla de Las Piedras, expulsó de la ciudad a todo aquel que pudiera tener atingencia con *los matreros* o rebeldes, hombres, mujeres, niños.



En cuanto a la actitud de Artigas en aquel congreso, será el mismo Cáceres quien nos haga sentir, más aun que conocer, la serena firmeza con que aprueba, estimula y afianza la heroica resolución de sus conciudadanos.

«Don Francisco Javier de Viana, dice Cáceres, objetando a Artigas por su tenacidad, le preguntó con qué recursos pensaba resistir a los portugueses, que venían tan bien fardados, armados y equipados. Artigas le contestó que *con palos, con los dientes y con las uñas.*»

Advirtamos que esos relámpagos iluminan muy a menudo aquella sombra, serena generalmente. Cuando, ocho años después de esto, vencido por el número y agotado de recursos, reciba del enemigo portugués proposiciones de honroso sometimiento, lo veremos alzarse, y decir al mensajero, clavándole los ojos: «*Diga usted a su amo que, cuando no me quede un soldado, lo pelearé con perros cimarrones*».

Lo acordado por el Congreso del Miguelete, la inmolación, fué aclamado por la multitud; las mismas mujeres iban por leña para la hoguera del holocausto.

El delegado de Buenos Aires vió una verdad encendida, como una brasa, en el fondo de los ojos de aquellos hombres; aquel fuego sagrado no mentía. Manifestó entonces que la situación del ejército sitiador era comprometida..., que se hallaba entre dos enemigos..., que se esperase la resolución de Buenos Aires..., que se enviarían toda clase de socorros...

«¿Es entonces una medida estratégica?..., dijo el pueblo oriental respirando, y queriendo acaso engañarse a sí mismo. ¿Se trata sólo de luchar por la patria en otra parte... lejos de las murallas?...»

«¡Pues sea!, gritó. Que se levante el sitio. Que el ejér-



cito auxiliar se vuelva a su capital, a Buenos Aires, pues así se le ordena; el ejército auxiliar es sólo ***auxiliar***. Pero el pueblo oriental, que ya no tiene casa, se queda; se queda armado aquí, en el campo, aunque se levante el sitio de la ciudad; se queda aquí, agarrado a su tierra, abrazado a su tierra, como a su madre, que le tiende los brazos.

Y la gente miró a Artigas. Y Artigas, alzando al fin la cabeza, dijo serenamente que sí, que él también se quedaba...

Y el pueblo, proclamando en aquel momento a Artigas *Jefe de los Orientales*, protestó «no dejar la guerra en la Banda Oriental, hasta extinguir a sus opresores, o morir, dando con su sangre el mayor triunfo a la libertad».

El delegado de Buenos Aires, convencido de que aquello era realmente una voluntad, determinó tratar el asunto en una conferencia con Artigas. En ella le prometió el concurso del Gobierno central, para el logro del propósito de los orientales; le ofreció toda clase de socorros, a fin de llevar adelante la guerra; le protestó la admiración del gobierno hacia su pueblo.

VI

Pero el sitio de Montevideo se levantó; se levantó cuando la plaza sólo tenía víveres frescos para quince días, y doscientos pesos en las arcas públicas.

El ejército sitiador emprendió su marcha hacia San José. Artigas y los cinco mil soldados que lo seguían marchaban resueltos; solos o acompañados, iban a combatir; iban, pues, a vencer; creían ver despuntar



de nuevo en el horizonte el sol de Las Piedras; el armisticio no sería ratificado en Buenos Aires.

Pero lo fué; lo fué inmediatamente, en Montevideo y en Buenos Aires. Ese 23 de octubre de 1811, en que se ratificó el tratado, es recordado por Artigas, en una de sus comunicaciones, como un día nefasto, que él contrapone al 28 de febrero, en que se dió el *Grito de Asensio*, calificado por él mismo de «*memorable día de la Providencia*, que no puede ser recordado sin emoción». Los tratados lo contenían todo, todo lo triste: reconocimiento pleno «a la faz del universo, ahora y para siempre jamás», de Fernando VII y su descendencia legítima; «unidad indivisible de la nación española, de que forma parte *toda la América*, bajo Fernando»; desocupación completa de la Banda Oriental, hasta el Uruguay; restablecimiento exclusivo de la autoridad de Elío... y todo lo demás. Y, para mayor garantía, esa autoridad de Elío salvaba el río Uruguay: la provincia de Entrerríos, Arroyo de la China, Gualeguay y Gualeguaychú entraban también en su dominio; también ellos, levantados contra España con el apoyo de Artigas, quedaban a merced del gobernador español. La revolución de América debía, pues, aguardar a mejor ocasión; todo estaba terminado, como en la noche del 24 de mayo de 1810, antes de la aparición del *héroe anónimo*. Aquí aparecerá el *héroe personal*.

Al saber eso en San José, la indignación del pueblo oriental cobró un carácter sombrío; vió al ejército auxiliar levantar su campo y dirigirse silencioso con Rondeau a la Colonia, donde se embarcó para Buenos Aires. Se fueron con él los habitantes fugitivos que pudieron hacerlo, los más pudientes, los más afortunados: trescientas personas.

Se fueron, y el pueblo oriental, que no podía ni quería dispersarse, se quedó solo en torno de Artigas. Éste no se fué, oh, éste no se fué. ¡Qué se había de ir!...

¿Y qué debía hacer, entonces?...

¿Dirigirse, cubierta la cabeza de ceniza, a las puertas de Montevideo, a pedir a Elío, el dueño y señor, alguna compasión para con aquel gentío indigente y abandonado?... ¿Aconsejar a éste que fuera a reconstruir, bajo la protección del enemigo enconado, sus miserables casas incendiadas, y a recoger sus ganados dispersos?...

Ésa era, no cabe duda, la actitud que correspondía a la Banda Oriental, según el plan de la comuna de Buenos Aires, y la que realmente hubiera procedido si la revolución americana hubiera sido lo que Buenos Aires entendía. Pero éste es el momento, amigos míos, que es preciso dominéis enérgicamente, en que se percibe con claridad cómo esa Banda Oriental no es un miembro del organismo político vivificado por la capital del virreinato, sino un cuerpo y un alma distintos; es ahora cuando vemos aparecer, en Artigas, el personaje épico, lo que se llama épico, de la revolución de Mayo, es decir, la conciencia personal de todo un pueblo o raza con destino propio.

Yo, que os lo he hecho mirar sólo de paso en el campo de la batalla gloriosa, amigos artistas, quiero que le miréis ahora largamente, con reposo. Aquí, especialmente, comienza a tomar el carácter original y grande que lo distingue de todas las otras figuras coetáneas: el de portador de una revelación o mensaje casi sagrado; el de fundador de patrias nuevas.

Cuando el pueblo sintió el frío de su abandono, una idea, como un inmenso latido, se movió en todos los

corazones, y subió de ellos en un acorde de cuerdas vivas. No fué una idea personal de Artigas ni de nadie; lo fué de otra persona que estaba en la multitud; de la misma que, el 25 de mayo de 1810, apareció con su revelación en la plaza de Buenos Aires.

Y la idea palpitaba, viva como un astro: todo, menos retornar a la esclavitud.

Se resolvió abandonar el suelo nativo, para volver por él; salvar la patria, aun sin tierra; el espíritu aun sin cuerpo, esperando la resurrección.

Y Artigas tomó entonces a su pueblo, a todo su pueblo, y lo cargó en sus hombros de gigante. Y dijo: ¡Vamos!

Y se lo llevó a cuestas, al través del territorio oriental, hasta encontrar, allá en el Norte, un sitio en que vadear el río Uruguay, y poner a salvo, como el tigre sus cachorros, aquel nido lleno de garras. Y marchó al través de los enemigos que invadían la patria. Y que, a pesar de los tratados de octubre, seguían dueños del territorio oriental, mientras las familias campesinas inermes huían ante el invasor, como un rebaño, y afluían a la sombra del profeta.

Y Artigas cruzó, con su preciosa carga, el patrio río del Uruguay.

Y la banda migratoria de los héroes fué a posarse allá, del otro lado del caudaloso río, en el arroyo del *Ayuí*, en otra tierra, en la provincia occidental de Entrerríos.

Y los héroes eran mujeres, y eran niños, y eran viejos, muy viejos algunos. Y eran soldados, y eran familias, la misma familia de Artigas, sus ancianos padres, su hermana primogénita doña Martina.

Y eran indios semisalvajes, y eran próceres, Suárez Barreiro, Bauzá, Monterroso. Y eran los curas de las



parroquias, y los franciscanos expulsados de Montevideo por amigos de los matreros... y era Artigas.

La población del Uruguay quedó reducida a la tercera parte; a menos de la quinta parte de sus moradores, decía el gobernador español.

Porque es preciso recordar que el gobernador de Montevideo, como represalia de la batalla de Las Piedras, ordenó, una vez establecido el asedio por el vencedor, que fueran arrojadas de la ciudad sitiada las familias de todos los patriotas en armas, con sus viejos y sus niños. Y fueron arrancadas de sus casas, y echadas al campo, y dejadas en una noche gélida de invierno, junto al foso de las murallas, sin llevar otra cosa que lo puesto: ni ropas, ni abrigos, ni enseres, ni recurso alguno. Vanas fueron las reclamaciones de Artigas en nombre de la humanidad. La larga procesión de señoras y niños y viejos traspuso, volviendo atemorizada la cabeza, las puertas de la ciudadela, que se cerraron tras ella, y cruzó el campo desierto, y se acogió al campamento de los sitiadores, que la recibieron con los brazos abiertos, e infundieron el valor heroico hasta en el corazón de las mujeres que daban de mamar a sus hijos.

Y ahí van esas familias, incorporadas a la grande emigración.

Las gentes de los campos, que huían desde el Sur ante el invasor portugués, que todo lo arrasaba, se plegaban al núcleo caminante. Y lo engrosaban las que venían del Norte y del Oeste. Y como los arroyos van al río y el río va hacia el mar, por todos los caminos se veían venir las pobres caravanas: una carreta conducida por una mujer, cubierta con un poncho, que allí lleva el grupo de sus hijos desnudos, todo cuanto le quedaba en el mundo; un viejo que, montado en



su caballo transido, golpea en vano con los talones los ijares del animal; un grupo de gente sobresaltada que camina a pie, que cruza anhelante y exhausta los campos sin sendas, que busca rumbo, mirando las lejanías impasibles y mudas; una tropa de ganado arreada por sus dueños; y otra más allá; y un rebaño de ovejas conducido por un muchacho; y otra carreta destechada, seguida de un grupo de perros, los fieles amigos de los niños fugitivos; y otro de jinetes, que miran los horizontes sobre las colinas solitarias, por ver si se aproxima el invasor...

No han faltado quienes, dudando de la sinceridad con que Buenos Aires aseguraba a Vigodet que aquello era un acto libérrimo, incontrarrestable, del pueblo oriental, se han resistido a creer en la espontaneidad de ese desalojo de una patria; lo han creído inverosímil, y han afirmado, con el gobernador español, que aquel pueblo obró forzado por Artigas. Más que como probanza de que lo que Buenos Aires decía era la verdad, para ver bien al héroe en este momento, leamos dos papeles inéditos que acaban de llegarnos del Archivo de Indias de Sevilla. Son dos cartas originales, dirigidas por Artigas a don Mariano Vega.

Dice la una, fechada en el *Cuartel General del Perdido,* en 19 de noviembre de 1811: «Sostener los hombres el primer voto de sus corazones es lo que da dignidad a sus obras. Usted obra con carácter, cuando declara ser permanente en seguir nuestra causa. *El Gobierno de Buenos Aires abandona esta Banda a su opresor antiguo;* pero ella enarbola, a mis órdenes, el estandarte conservador de su libertad. *Síganme cuantos gusten, en la seguridad de que yo jamás cederé.*»

Y dice la otra carta, datada en el *Cuartel General de Cololó,* el 3 de noviembre: «Todo individuo que



quiera seguirme, hágalo, uniéndose a V., para pasar a Paysandú, luego que yo me aproxime a ese punto. No quiero que persona alguna venga forzada. Todos voluntariamente deben empeñarse en su libertad. Quien no lo quiera, deseará permanecer esclavo.

»En cuanto a las familias, siento infinito no se hallen los medios de poderlas contener en sus casas; un mundo entero me sigue; retarda mis marchas. Yo me veré cada día más lleno de obstáculos para obrar. Ellas me han venido a encontrar; de otro modo, yo no las hubiera admitido. Por estos motivos, encargo a V. se empeñe en que no salga familia alguna; aconséjeles V. que les será imposible seguirnos; que llegarán casos en que nos veremos precisados a no poderlas escoltar, y será peor el verse desamparadas en unos parajes en que nadie podrá valerlas. Pero si no se convencen con estas razones, déjelas que obren como gusten.»

Las familias no se convencieron; lo que las movía era más fuerte que la razón humana. Como lo veis, amigos, Artigas quería poner en salvo sólo un ejército voluntario, custodio de la libertad de su pueblo; éste le demostró que todo él era un ejército.

Es este el momento, pues, amigos artistas, de verificar, en presencia de ese suceso juzgado por algunos inverosímil, la existencia, en esta región oriental, de *un espíritu*, que no sólo lo hace posible, sino que nos lo presenta como el cumplimiento de alguna de aquellas leyes sociológicas emanadas de *la región de las causas o de las madres*, de que hablamos alguna vez. El recuerdo de la aparición, en los tiempos antiguos, del admirable pequeño pueblo griego, que llena la misión de poner al mundo occidental la valla de libertad en que se detiene la barbarie asiática, se ofrece

aquí, a muy poco que meditemos, como se ofrecía, hace ochenta años, al ilustre fraile franciscano don José Monterroso, hombre de grande ilustración y fuerte entendimiento, que fué secretario de Artigas. Monterroso, expatriado en Marsella en 1835, se planteaba en la soledad aquel problema, como pudiera hacerlo un sociólogo moderno. Dando al clima, a la raza, a la posición geográfica, la influencia del caso, llegaba al reconocimiento de un *Genio de los Orientales,* como la sola solución filosófica de tal problema. Y escribía al diputado Gadea:

«Por más exageradas que parezcan estas líneas, ellas envuelven una verdad más digna de admiración que de explicarse. Aun antes de la revolución, se notaron esos síntomas en la Banda Oriental: la reconquista de Buenos Aires fué obra de sus manos; la Junta representativa de Montevideo, en 1808, indica sus ideas; en la revolución, ¿qué podrá decirse? ¿que la Banda Oriental no siguió el rol común? Su causa está justificada por los mismos que la combatieron...

»¿Podrá negarse el *Genio de los Orientales?* ¡Personificarlo!... La oposición, en 1811, al tratado de paz entre Buenos Aires y Elío, reconociendo a éste como capitán general hasta el Paraná, *no fué el voto de un hombre, sino el de un pueblo;* la oposición a la entrada del general Souza inviste el mismo carácter... Si se miden las proporciones, no fueron los griegos más gloriosos en Maratón, ni los españoles resistiendo a los franceses. La historia desarrollará estas ideas, y dará al tiempo lo que es del tiempo.»

Estamos, pues, en el previsto por Monterroso, amigos artistas; tenemos la obligación de pensar tan seriamente como él, cuando menos, en la presencia del



genio de un pueblo inspirado, al mirar el cuadro que nos ofrece Artigas en marcha por el desierto. Miremos, ante todo, el aspecto de nuestra tierra, mientras todo lo que en ella siente y piensa se acoge al caudillo, quiere caminar a su lado y seguirlo, vaya donde vaya: a la vida o a la muerte.

En las lomas, o allá en los bajos, humeaban de trecho en trecho, a largas distancias, las viviendas abandonadas, el rancho de barro y paja incendiado por sus dueños, o las sementeras, que nadie recogerá; el sol alumbraba la soledad; las noches parecían dobles, al envolver el suelo del Uruguay; el *ombú*, árbol guardián, solitario de las *taperas*, de las pobres ruinas criollas, quedaba al lado de éstas pensativo; los ganados innumerables, yeguadas, millares de vacas multicolores, ovejas blancas, manchaban los declives de las colinas, las orillas de los arroyos; el *terutero* gritaba en los aires, y el *hornero*, que fabrica de barro su redonda casa, la conservaba y defendía, de pie sobre ella, con el pico abierto y las alas amenazantes, y lanzando chillidos a las golondrinas usurpadoras; el avestruz y el venado dominaban la tierra; la cigüeña se alzaba del juncal, y era señora del cielo azul... Sólo faltaba el hombre; sólo el hombre abandonaba el nido y la tierra en que nació.

Mirad un cuadro auténtico entre mil: el general portugués invasor comunica su impresión al ministro en Río Janeiro. «Llegué a la villa de Paysandú, dice; sólo encontré allí dos indios viejos. Todo este pueblo es de Artigas.» Imaginaos, amigos artistas, esos dos indios viejos sentados en la soledad; no han podido caminar. El cuadro es sencillo, pero intenso: hace inclinar la cabeza. No sé si tiene cierta paradójica analogía con el de aquellos augures de barba blanca que



estaban sentados, inmóviles, en los pórticos de Roma abandonada; los bárbaros invasores los creyeron estatuas, símbolos; se apearon de sus potros, se acercaron; tocaron las barbas de los viejos. Los augures, irritados por aquella profanación, golpearon a los bárbaros con los báculos. Los invasores no se atrevieron a matarlos. ¡Esos dos indios viejos de Paysandú! ¿No les halláis algo de pájaros augurales, lechuzas, o ratones, o lagartos de sepulcro?

El cuerpo de la Patria Oriental ha quedado inmóvil, como el de una muerta desnuda; sus ojos no brillan, su pulso no late. No está muerta, sin embargo; hagamos silencio, y, si ponemos el oído sobre su corazón, lo sentiremos latir con fuerza extraordinaria. Es una interesante historia la que os prometo contaros en la de esa vida, amigos míos; una interesantísima historia, os lo aseguro.

....

....

El gobierno de Buenos Aires, al subscribir el tratado de Octubre, se dió cuenta de la responsabilidad en que incurría al abandonar a aquel pueblo, después de haberlo incitado al levantamiento heroico; pero nunca se imaginó lo que iba a suceder; estaba asombrado de verlo. Nombró a Artigas, como si ya no lo fuera, jefe principal del ejército en armas, y de las familias que abandonaban el país; dejó a sus órdenes el cuerpo veterano de blandengues, y ocho piezas de artillería; lo designó gobernador del territorio de Misiones, con residencia en Yapeyú; en todas sus comunicaciones, lo mismo que en la *Gaceta*, comenzó a llamarle espontáneamente, y sin decreto alguno ni resolución concreta, *General Artigas;* lanzó, por fin, un manifiesto de admiración hacia el pueblo que lo seguía, cuya he-

roica resolución y sacrificios, escribe en nota dirigida a Artigas, es digna de consideración, y cuya memoria será tierna a los ojos de la posteridad».

«Pueblo y conciudadanos de la Banda Oriental, decía la Junta al publicar el tratado con Elío, *la patria os es deudora de los días de gloria que más la honran*. Sacrificios de toda especie, y una constancia a toda prueba, harán vuestro elogio eterno. La patria exige, en estos momentos, el sacrificio de vuestros deseos...»

VII

¡El pueblo y los ciudadanos de la Banda Oriental!

Ningún momento más oportuno que el actual, mis amigos artistas, para que conozcáis y veáis lo que es eso, *el pueblo de la Banda Oriental*, de quien tan deudora se reconoce, y no sin causa, por cierto, la patria toda argentina, patria común entonces a las dos *bandas* del Plata. Nada más propicio, para formar su esquema demográfico, que sorprender y fijar con energía la mancha de color que nos ofrece la multitud que camina en pos de Artigas. Ahí va todo: tipos, indumentaria, enseres, razas, caracteres, costumbres, estado social; familias, soldados, próceres, muchedumbres anónimas, animales; líneas, colores, expresión, movimiento, vida colectiva; toda la gama, toda la lira. Con verlo, sabréis más que estudiando muchos libros de estadística.

Distinguid las tres razas que formaban nuestra escasa población; ahí van. La blanca o europea, la superior, destinada a prevalecer, tiene su exponente en Artigas mismo, en sus padres y hermanos, en sus acom-



pañantes inmediatos, Suárez, Barreiro, Lamas, Monterroso, Anaya, Rivera, Lavalleja, Otorgués, Bauzá; en las familias salidas de Montevideo; en los campesinos altivos, de barbas y cabellos negros o rubios, de ojos horizontales, de tez curtida por el sol, pero irrigada por limpia sangre caucásica, que se ven en la multitud, mezclados a otros tipos lampiños, color de cobre, de pómulos salientes y frentes estrechas, de ojos pequeños y casi oblicuos, de cabellos rígidos y negros, de mirar hosco, huraño...

Aquéllos son los hijos de los hidalgos conquistadores, los *criollos*, los españoles nacidos en América. Los otros denuncian la segunda raza; son los indios aborígenes conquistados, la desgraciada estirpe extinguida, que fué dueña de esta tierra.

Esas dos razas no se odiaron aquí a muerte, como en la América inglesa; muchos indios permanecieron salvajes, y fueron devorados por el desierto; pero no pocos se redujeron a la civilización. Y la mujer indígena fué la compañera del hombre blanco; encendió el fuego del hogar campesino. Y ahí van los *mestizos*, que nacieron al calor de ese fogón. En unos predominan los rasgos antropológicos europeos; en la mayor parte, los americanos: la materna sangre indígena enciende miradas negras en el fondo de ojos azules; el medio es el aliado de la raza que él mismo forma, y conforma, y defiende por regresión atávica.

Observad, por fin, mis amigos, los tipos de la tercera estirpe, de la etiópica; ved esos pobres negros que pasan, mezclados a los demás jinetes, o como servidores de las familias; son ochocientos, que han huído de sus amos, y que, a pesar de las reclamaciones de Vigodet, hallan amparo en Artigas; el blanco de los ojos y el marfil de los dientes brillan en la piel negra,

y en las bocas pulposas; el apretado y crespo vellón de los cabellos redondea las cabezas de hierro forjado; en la masa obscura de la carne clarean las palmas, casi blancas, de las manos. Ésos no son hombres de esta tierra; fueron arrancados a su sol africano, e importados como esclavos. Se les pudo robar la libertad; pero no el privilegio de ser hombres, y también héroes, seres de nuestra especie, hermanos de los ladrones que los trajeron. Y padres o madres de los hijos de éstos; también padres y madres. La sangre africana se fundió con la europea y con la americana. Todos los matices del hibridismo antropológico van, pues, en esa masa que, con el nombre de Pueblo Oriental, camina en torno de Artigas.

Y todos ellos reclaman su puesto en la apoteosis del ciclo heroico.

Bien es verdad que ese cuadro se ha borrado en el tiempo; la gota aquella de sangre indígena o africana, mucho más escasa en el Uruguay que en los otros pueblos de América, se ha diluído ya, y casi perdido, en el aluvión de sangre caucásica que ha inundado nuestra tierra; pero el pasado no obra menos que el porvenir sobre el presente; lo que fué, es; como es lo que será. ¡El pasado! ¿Acaso es otra cosa que un presente que está en segundo término? El pasado no está detrás de nosotros, como suele creerse, sino delante; lo que ha muerto nos precede, no nos sigue.

La gloria, de quien sois sacerdotes, amigos artistas, es la dominadora del tiempo, el eterno presente. Mirad, pues, con intensidad, ese pueblo que va pasando al través de los caminos, cruzando ríos, atravesando bosques. Lo veréis envuelto en una nube enorme de polvo, llena de ruidos, que flota al ras del suelo, siguiendo lentamente las ondulaciones de las colinas.

La punta o la cabeza penetra en el monte que franjea el río; reaparece del otro lado, sobre la loma opuesta, mientras la multitud se arremolina en el vado, y la larga cola va descendiendo a él, desde el lejano horizonte en que se pierde.

Y tramonta nuevas colinas, y atraviesa nuevas selvas, y vadea nuevos ríos.

La marcha es penosa y lenta, por lo complejo de los órganos locomotivos; unos van a caballo, otros a pie, los otros en vehículos más o menos groseros: carros destechados o cubiertos de cuero, rastras tiradas por caballos, acémilas cargadas. Una estridente sinfonía de voces y ruidos sale de aquello: la carreta primitiva se mueve oscilante, dando tumbos y crujiendo; parece que, con sus ejes de madera y sus ruedas macizas, se lamenta dolorida, largamente, de la dura tracción de los bueyes. En sus convulsiones, sacude todo cuanto lleva dentro, hombres y cosas; en ellas van los mejor parados: las familias expulsadas de Montevideo, los viejos y los niños, los rendidos por el cansancio, los enfermos. Los conductores a caballo clavan sus largas picanas en los lomos de las bestias, cuatro, seis, ocho bueyes, y las azuzan con gritos que parecen quejidos o risas. Los pelotones de ganado salvaje, novillos, vacas, caballos, carneros, que mugen, balan, entrechocan los cuernos con ruido de granizo, o hacen retemblar el suelo bajo el martilleo de los cascos innumerables, pasan arreados por jinetes que galopan, que cierran la huída a los que amagan dispersión, reincorporan a los dispersos, empujan hacia un paso difícil a los que se resisten y arremolinan. Los perros acosan al ganado, ladrando. Los muchachos, negros, blancos, cobrizos, alternan con los hombres y con los perros en la faena; se ven jine-

tes de diez años, y aun de menos, casi tan desnudos como el potro que montan y rigen con destreza; cachorros de centauro alado. Van también mujeres a caballo, con sus hijos en brazos; y mujeres armadas de lanza, con sombrero en la cabeza, y cubiertas con el poncho o capa americana: una tela con un agujero en el centro por el que se pasa la cabeza, y que cae en largos y graciosos pliegues, desde los hombros hasta el anca del caballo. Los hombres visten como pueden; se cubren a medias: una *vincha* o lienzo blanco, atado a la frente, les retiene los cabellos como un vendaje, que les da un aspecto de fieros convalecientes; una camisa de lienzo les cubre el cuerpo; un pedazo de jerga o de bayeta de color, ceñido a la cintura, el *chiripá*, les envuelve los muslos, dejando libres las piernas, desnudas, o defendidas por una especie de guante de piel de caballo sobada, *la bota de potro*, que no envuelve los dedos, agarrados al estribo; en la cintura llevan ceñidas las *boleadoras*, y atravesado a la espalda el cuchillo. Un viejo con un niño en brazos y una mujer a la grupa; jinetes con un caballo de tiro o de repuesto; cargueros o animales en cuyos lomos se amontonan los utensilios que se han podido salvar: ropas, monturas, trebejos; destacamentos de gente armada de lanzas, de sables o trabucos, o fusiles de formas varias; los escuadrones de blandengues, uniformados; las ocho piezas de artillería; nuevas carretas, tambaleantes y quejumbrosas... todo camina lentamente, camina hacia el Norte.

Los días caniculares, con su viento soplado por el trópico, tostaron los átomos de aquella sofocante polvareda; las noches tempestuosas, llenas de pánicos flotantes, se aparecieron en el camino; las lluvias torrenciales de noviembre y diciembre inundaron la



caravana sin amparo, empaparon las ropas, los enseres, desbordaron los ríos, que se presentaban invadeables, *campo afuera*. Se esperaba entonces a que las aguas bajaran lo suficiente para dar paso. Y caía la multitud al vado: un declive cenagoso entre los árboles, una corriente profunda, una barranca salvaje del otro lado. Descendían las carretas por la pendiente resbaladiza y áspera, sostenidas por largos *maneadores* o cuerdas de cuero trenzado, para evitar el derrumbe, y tiradas, desde la orilla opuesta, por otros jinetes, en previsión de un estancamiento de los bueyes en medio de la corriente. Y la carreta descendía, se hundía en el fango, en el agua, se tumbaba o no, trepaba, por fin, tambaleante, la barranca, entre los gritos de los arrieros y los clamores de las mujeres.

Las penurias de aquellas jornadas fueron muy grandes. Muchos murieron por el camino; las cruces que quedaban solitarias, detrás de la caravana, marcaban la sepultura de los rezagados para siempre; también nacieron niños en las carretas ambulantes, o debajo de ellas, y comenzaron a mamar a caballo.

Pero la muerte y el dolor no engendraban desaliento; la tradición nos ha transmitido fielmente el espíritu que, como el dios propicio en los poemas primitivos, descendía sobre aquella multitud: la fe en Artigas, que era en ella entusiasmo y fortaleza. ¡Oh, la buena primera patria peregrinante! Se la ve hacer alto, tras los días de fatiga y sufrimiento, en la margen montuosa de algún arroyo, y se piensa en los cantos de Ossián, en los sacrificios de Ulises o Eneas a los dioses inmortales, o a las divinidades tutelares de la raza.

El cuadro es homérico.

Se han desuncido los bueyes, desensillado los ca-

ballos, que pastan atados en estacas, o en las matas de *flechilla* bien arraigadas; se han enlazado y abatido los novillos que han de comerse, encendido los fogones. Éstos llamean entre el humo, bajo los árboles, junto a las carretas, en la orilla del arroyo, en una extensión de dos leguas: los costillares de la res salvaje, o los trozos de carne extraídos con el cuero, se asan a fuego lento, ensartados en los asadores de hierro, o en ramas aguzadas, y clavados en el suelo; en las calderas hierve el agua; las familias, servidas por negrillos o indiecitos o *chinas*, toman *mate*, la infusión de hierba que suministra todo el alimento vegetal; los hombres cortan con los cuchillos los trozos de carne que primero se asan; los bueyes rumían lentamente, echados en la loma; las caballadas pacen dispersas; los *teruteros* gritan en el aire; el olor del *zorrino*, mezclado al humo de los fogones, flota en el ambiente; del suelo sube el fresco olor de los pastos húmedos.

La multitud siente el consuelo de la tarde declinante, y ve encenderse las estrellas, entre los copos de pequeñas nubes, o en las soledades celestes, de las que descienden, como lluvias, los silencios. Y en algunos fogones se oyen punteos de guitarra... y algún canto de voz humana, triste como un quejido. Y todo se duerme, por fin.

Yo miro, mis artistas, a esa patria recién nacida, dormida a la luz de las constelaciones amigas. El espectáculo es sagrado; la Cruz del Sur resplandece amable en un extremo del cielo; el Alfa del Centauro, Sirius, y Canope, y Orión, con sus Tres Marías, en el cenit; Venus declina, como un cirio bendito, en el horizonte del Norte, sobre la última colina.

Algunos hombres rondan el ganado, y custodian las caballadas, en previsión de alguno de esos páni-



cos nocturnos de las bestias, que las convierten en avalanchas espantosas; en el remanso del río, iluminado por la luna, dos jinetes que pasan detienen sus caballos para que beban; uno que otro pájaro nocturno grita, de vez en cuando, y se calla en el silencio del bosque, lleno de sombra; los centinelas velan, esperando la aurora, con el caballo de la rienda, o con los brazos sobre el recado y la cabeza entre los brazos...

Pero el que vela día y noche, y está en todas partes, es Artigas. Todos lo ven, todos lo oyen. Artigas casi no duerme; es el espíritu de las horas. Aparece casi impensadamente en todas partes: en medio de las faenas, en el vivac de los soldados, en el rodeo, en el fogón de las familias; tiene para el campesino una fiera palabra criolla de aliento, una amable de consuelo para las señoras amedrentadas y para los enfermos; ofrece un pedazo del *churrasco* o carne asada que él come, a los que van a verlo a su tienda de ramas; acepta el mate que le ofrecen en los diferentes fogones a que llega. Todos le llaman *«mi General»*. Él está a caballo antes de brillar *el lucero;* antes de que suenen los clarines el toque de aurora; antes de que el crujir de las carretas, y las voces del rodeo, y el grito de los *teruteros,* y el canto de los *venteveos* y las *calandrias,* despierten la multitud para reemprender la jornada.

Él era el *baqueano,* el conocedor del terreno y del rumbo, al mismo tiempo que el pensador; sabía cómo debía uncirse una carreta, evitarse el peligro en un paso difícil, enfrenarse un potro, enlazarse o desjarretarse un novillo, repararse la cureña de un cañón. Él era, por fin, quien primero trepaba a las colinas más lejanas, y, desde la altura, observaba los horizontes, como rastreando al enemigo con la mirada...

Porque es preciso no olvidar que los portugueses,



que habían invadido el territorio oriental, so pretexto de auxiliar a los españoles, lejos de acatar el armisticio de que hablamos, celebrado con Buenos Aires, continuaban en la posesión de la tierra, y salían al paso de aquel pueblo que, como una selva que arrastra sus raíces, se ponía en salvo con Artigas, llevando el Arca de la Alianza, la ley del Sinaí, el maná sagrado. El español, a su vez, ante la actitud manifiesta de Artigas y la sinuosa de Buenos Aires, lejos de intimar el desalojo al portugués, lo protegía y estimulaba, contaba con ese su natural aliado. El caudillo formaba el cuadro protector de la ambulante patria con sus soldados veteranos, con sus *blandengues*, su artillería. Y lanzaba contra el agresor injusto, por su frente, por sus flancos, por su retaguardia, sus pelotones de *gauchos*, que, luchando y muriendo, despejaban el camino, arrojando al portugués. Lo desalojaron de Mercedes, Concepción, Salto, Belén, Curuzú-Cuatiá, Mandisoví...

¡Los gauchos! He aquí, mis amigos artistas, que se nos presenta el hombre representativo: el *gaucho*. Os debo hacer sentir con grande intensidad esa figura, porque es nuestro tipo homérico; es el mismo que vemos en la *Ilíada*, junto a las *huecas naves* de los aqueos, o al pie de las murallas de la sagrada Ilión, conducido por Aquiles, el de los ligeros pies, o por Héctor, el domador de caballos.

El gaucho fué, con los potros, y los toros, y los avestruces, el habitador de nuestros campos ilimitados, sin más fruto que el espontáneo de esos ganados innumerables, ni más vivienda humana que el rancho aislado en el desierto. No es la raza lo que lo distingue: lo mismo es el hombre caucásico de barba negra, que el hijo engendrado por él en la mujer india, que com-

parte la soledad de su choza de tierra y paja. Tampoco es la posición social; si bien es pobre, se le concibe propietario de campos y ganados, sin perder por eso su carácter. Lo que imprime al gaucho su sello es el medio, la naturaleza, amiga o enemiga, que lo envuelve; el momento histórico; el método de vida. Es el hombre andante, el que, como personero nuestro, tomó posesión real de nuestra tierra; es el cazador de ganados en los campos abiertos, sin más arma que las *boleadoras,* serpiente alada de túrdigas de cuero trenzado, y de tres cabezas de piedra, que se agarra, como un grillo, a las patas del animal. Caza caballos salvajes, que monta a medio domar; sobre el lomo de éste, caza el toro montaraz, la vaca y el novillo, a los que detiene de los cuernos con el *lazo,* y abate y desuella y despedaza con el cuchillo. El acto de apropiación del ganado por el hombre se reduce a *traerlo a rodeo,* es decir, a rodear al galope trozos de millares de reses, a fin de separarlas de la gran masa sin dueño, e impedir su dispersión en la extensión ilimitada, o su refugio en el bosque.

El gaucho pertenece a la tierra por intermedio de su caballo, que modifica hasta la estructura de sus órganos: le levanta los hombros, le encorva las espaldas, le arquea las piernas, le regula los movimientos. Como se ven las alas en el pájaro que camina, se percibe el caballo en el gaucho que anda a pie. La nómada faena determina, por otra parte, la índole de sus ideas, las imágenes de su fantasía, su vocabulario, los giros de su lengua, los temas únicos de su conversación; le imprime el instinto de libertad, le limita las necesidades, le determina la industria. Ésta se reduce a levantar y *quinchar* o techar con paja el *rancho* de tierra cruda; a fabricar los *aperos* o arneses rústicos

del caballo; a *estaquear* o estirar las pieles secadas al sol; a trenzar las largas túrdigas de cuero del lazo, o las cuerdas de las boleadoras; a coser con *tientos* la vaina del cuchillo; a cortar las *caronas* de suela, o sobar las pieles de carnero o *cojinillos* que cubrirán la montura de los jinetes, o las de yegua que les envolverán las piernas.

Cuando el gaucho no está a caballo, no hace nada, generalmente. ¿Y qué ha de hacer? Toma *mate* junto al fogón; hace sonar en la guitarra algunos *punteos* melancólicos con que acompaña sus *tristes*, o *relaciones;* juega a la *taba*, el dado primitivo, formado por una choquezuela de vaca, que da o quita la suerte según caiga en un sentido o en otro. Su fe en lo sobrenatural se transforma fácilmente en superstición: cree en *ánimas en pena*, en *duendes* y *aparecidos*, en *luces malas*, en el destino fatal; las supersticiones españolas, mezcladas a las indígenas, forman su símbolo de fe mitológico; la lechuza que canta a deshora, es claro que anuncia muerte; el séptimo hijo, en una serie de varones, es el *lobison;* si la serie es de mujeres, nace la *bruja*. Ese lobison se transforma en *chancho*, en perro, en caballo, en carnero; pero sólo en ciertos días, los viernes generalmente, y al caer de la tarde; la bruja es la misma de las consejas españolas: desdentada, con la nariz que todos le conocemos, con los ojillos penetrantes.

Con esos elementos, fácil es determinar la pasión dominante o el motor de esa ambulante vida. El hombre se une a la mujer por amor, sólo por amor; conquista su corazón con la ostentación de su destreza, de su valor, de su capacidad para grandes hazañas, en la guerra o en las carreras de caballos, en las *domas*, en los *rodeos*. Os imaginaréis los trágicos idilios de

esos amores nómadas. Se oyen punteos de guitarra y choques de puñal. El hogar así formado no retenía al hombre; éste lo arrastraba, más bien, consigo, como lo vemos en el éxodo. La mujer sigue al soldado cuando es posible; es la cantinera gaucha, y llega también a ser combatiente: ya la hemos visto armada entre la muchedumbre. Cuando no puede seguir, se queda con sus hijos, en el rancho abandonado, a la luz de las estrellas; muere con ellos de miseria, mientras el padre muere voluntario por la patria.

¡El pobre gaucho!

En el cuadro heroico que estamos trazando, en el *Exodo del Pueblo Oriental,* ese hombre es todo: él es el que arrea y *carnea* los ganados, y asa la carne, y la distribuye a la muchedumbre hambrienta; es el que conduce las caballadas, y se arroja a nado en los pasos profundos, y construye las chozas o enramadas con las horquetas del monte, para que en ellas se asile el grupo de las familias patricias, nuestras abuelas, que vieron en ese hombre, en el buen gaucho, en el buen *paisano,* al amigo, al poderoso amigo; es el que queda aplastado bajo el potro que rueda; el que cae atravesado por la lanza enemiga, y degollado al caer; el que muere, luchando con el cuchillo, dentro del cuadro enemigo en que cayó desmontado en la carga homérica, como un pájaro herido en las alas... Todos esos que veis en el éxodo, mis amigos, todos esos van a morir así; morirán por la patria que no verán, y a la que nada pedirán por su sangre...

«Si Esparta hubiera combatido en Maratón, dice Paul de Saint-Victor, hubiera entregado a los buitres los cuerpos de los ilotas muertos en sus filas. La noble Atenas concedió una tumba de honor a los esclavos que perecieron por su libertad.»

El gaucho americano, amigos míos, no fué un esclavo; no será alimento de las aves de rapiña. Tendrá su tumba, más grande que la de Atenas, o no merecemos tenerla nosotros.

Él no fué la civilización, es cierto; pero jamás reconoceré como hombre de juicio a quien no vea en él otra cosa que la barbarie. ¡Oh, no! nuestro gaucho no es el bárbaro, el destructor exótico; mucho menos el ilota, la carne para buitres. Él es nuestro hombre, el hombre nuevo, el germen de la nueva patria hispanoamericana, que, si tiene un rasgo diferencial entre todas, es ése precisamente: el no haber tenido, por fundamento sociológico, ni el bárbaro, ni el siervo, sino el gaucho libre, la célula autóctona de su democracia ingénita.

Ese hijo de la naturaleza, con ser un primitivo, un inconsciente, no fué la plebe antigua, el siervo de la gleba poseído por la tierra; no fué el vasallo que debía tributo a su señor; por eso la esclavitud, en la América española, desapareció con la dominación colonial. Sus defectos, porque no pudo menos de tenerlos, fueron los inherentes a su excelsa cualidad. Seguirá al caudillo; pero no como la mesnada a los ricos hombres o señores feudales; no porque le da pan, o librea con escudo señorial, sino como soldado voluntario, porque ofrece un empleo a su prurito de libertad, y hasta le hace sentir la dignidad de una vaga misión, surgente en su nebulosa subconciencia. Y es en esa subconciencia de los pueblos donde, como las semillas en el misterio de la tierra, germinan las apariciones de la historia.

El gaucho vió en Artigas un ser superior, pero de su especie, carne de su carne. Bien se dió cuenta de que Artigas lo amaba sinceramente; sintió la diferencia



entre ese hombre y los que, no teniendo con el campesino americano otro vínculo que el del menosprecio, lo reniegan, para no contaminarse, después de utilizarlo. Ése, y no otro, es el secreto del culto profesado a Artigas por el gaucho de todo el mundo argentino: el vínculo de amor, alma de todo lo que se engendra, espíritu del universo... En los tiempos primitivos lo hubieran adorado como a un dios. Los Prometeos, los Odinos, los semidioses del Norte no fueron otra cosa: benefactores del hombre; raptores del fuego de Zeus para los mortales; genios o divinidades protectoras de la estirpe desamparada.

Os lo repito, amigos: todos esos que veis, todos esos esforzados gauchos, van a quedar muertos en el campo. Pero sus cuerpos no serán alimento de los cuervos; tendrán tumba en esta tierra, y no de esclavos, porque no lo fueron.

No otra cosa es el monumento de Artigas, que os manda alzar la patria de aquellos gauchos. Ser un homérida, aunque sea el último, es bella cosa, dice Goethe en un verso célebre. Nosotros lo seremos de esa legión de combatientes que caminan con el profeta; ella fué la primera guardia noble de la patria recién nacida; ella acompañó sus primeros desamparos; le dió a mamar su sangre, como la hembra del tigre da su leche; ella, la pobre turba campesina, ha continuado esa lactancia de fiera hasta agotarse; se va hundiendo en la nada, substituída por otros hombres, mientras la patria crece nutrida de anónimos heroísmos, de heroísmos gauchos.

Hoy, al ascender Artigas en la historia heroica, sale con él, por la puerta de las visiones estéticas, esa su primitiva guardia de caballeros, vestida de sus harapos. Glorificado y transfigurado por la muerte,

aparece aquel hijo ambulante y sin codicias de la soledad y del desierto, pan ácimo de sangre que comió nuestra victoria, y vino nuevo que bebió para ser diosa; soldado, holocausto, desnudo y altivo cortesano del rey futuro.

Yo quiero que sintáis, y que améis, y que saludéis conmigo, mis bravos artistas, a ese pobre gaucho de mi tierra. Si es cierto que se va; si ya se ha ido para siempre, que los últimos que queden contemplen la resurrección en bronce de su raza. Que escuchen mi despedida; que me oigan a mí, el rapsoda, el homérida, que quiero inocularos, amigos míos, todo mi amor a esa figura de otros tiempos; a mí, pobre soldado de la aurora, que rinde el tributo de la patria a aquel héroe misterioso de la sombra:

Moi, soldat de l'aurore,
A toi, héros de l'ombre.

VIII

El tratado de Octubre había sido celebrado de mala fe por todos: españoles, portugueses, bonaerenses; por todos. Ni los españoles de Montevideo, realistas empecinados, estaban dispuestos a dejar de considerar como reos de lesa majestad a los americanos, ni doña Carlota, que protestaba contra el armisticio, abandonaba su ilusión de ser reina del Plata, ni Portugal renunciaba a su ensueño secular, ni Buenos Aires decía verdad ni mentira al proclamar a Fernando VII, o a Carlos IV, si era Carlos IV, como decía Rivadavia, y no Fernando VII, como decían los otros, el rey legítimo proclamado.



Lo único que allí había de sinceridad plena era aquel hombre que, buscando libertad, cruzaba con su indigente pueblo las colinas de su tierra. Él y su caravana, eran la sola intrínseca realidad, la sola simiente viva. Seguir su historia es conocer la del Río de la Plata; sin él queda descentrada: es como un cuento.

La multitud llegó, por fin, al sitio en que debía cruzarse la anchura del Uruguay, para dejar la patria. Y allí lo cruzaron lentamente; los hombres a nado, o agarrados a la crin o a la cola de los caballos; las familias en hombros, o en balsas, o en pelotas de cuero. Se echaron al agua las caballadas, los ganados; se pasó todo cuanto se pudo; el resto quedó amontonado de este lado del río. Cruzaron el cauce las familias primeramente; las tropas después; Artigas por fin, con su Estado Mayor.

Allí, antes del pasaje, nos dejó Artigas la primera revelación escrita, perfectamente definida, de la visión que lo inspira y lo conduce de la mano. En una nota memorable, se dirigió entonces al gobierno del Paraguay, con el que cultiva correspondencia asidua, directa, de estado a estado, y que estudiaremos más adelante; le narró todo lo acaecido; el nacer de la Patria Oriental, el levantamiento en masa de su pueblo, sus abnegaciones y heroísmo, su abandono; le mostró al enemigo portugués, como el peligro común a orientales y paraguayos; le propuso la natural alianza de ambos pueblos, la alianza *directa*, como paso previo a la federación de los estados platenses; le reveló, también a él, su mensaje. El pueblo aquel oyó, en la voz de Artigas, su propio verbo, la forma entrevista de su supremo anhelo, por el que ya había luchado contra Belgrano. La comunicación del Jefe de los

Orientales fué leída públicamente en la Asunción, entre aclamaciones; el Cabildo, en sesión especial, acordó los términos de la respuesta.

Esa nota, del 7 de diciembre de 1811, mis amigos, es nuestro primer rescripto de emancipación; todo el profético pensamiento de Artigas está consignado allí. En ella habla él; no el agente de Buenos Aires, sino el Jefe de los Orientales. Y allí está trazado todo su programa: caducidad de toda dinastía, de toda corona; independencia democrática, con forma republicana, de todo el virreinato; y, dentro de ella, independencia de la Provincia Oriental, aliada o confederada con las repúblicas hermanas; expulsión de todo poder extranjero. Hay allí toda una doctrina, todo un plan político; muy pronto veremos a su autor trazar su plan militar en consonancia.

«Cuando las revoluciones políticas, dice Artigas en ese memorable documento, han reanimado los espíritus abatidos por el poder arbitrario, temerosos los ciudadanos de caer de nuevo en la tiranía, aspiran a concentrar la fuerza y la razón en un gobierno inmediato, que pueda, con menos dificultades, conservar ilesos sus derechos.

»La sabia naturaleza ha señalado los límites de los estados. *La Banda Oriental tiene los suyos. Esta es la aliada, la hermana de Buenos Aires.* Los orientales han jurado un odio irreconciliable a toda clase de tiranía; han jurado no dejar sus armas, mientras todo extranjero no evacue el país...»

Pero ese documento no sólo consigna principios; da también a su autor la ocasión de ponerlos por obra, y, sobre todo, la de manifestar la sinceridad con que ha abrazado, y cree abrazada por sus hermanos, la fe democrática. El Jefe de los Orientales envía al



Paraguay con aquel su mensaje a don Juan Francisco Arias, «mi primer edecán, dice, capitán del ejército, a quien he comisionado cerca de V. S.».

Ese edecán Arias va, pues, con el carácter de un agente confidencial; lleva sus credenciales, sus instrucciones subscritas por Artigas, el encargo de hacer conocer reservadamente el plan militar concertado con Buenos Aires. En ese concepto, Arias debe hacer saber al Paraguay las fuerzas con que cuenta el Jefe de los Orientales, así como los elementos de que carece, y que pueden ser suplidos por aquél en cambio de los que pueden serle suministrados por el Estado Oriental, ganados, caballos, etc. «Aunque nuestra fuerza, dicen las Instrucciones, no está bien examinada aún escrupulosamente, podemos contar con *seis mil hombres útiles*, y sobre tres mil fusiles. Esto se considera bastante para intentar una acción; pero puede no serlo para continuar las operaciones dejando guarnecidos los puntos de la frontera y costas...» Y agregan aquéllas: «La Junta de Buenos Aires se ha comprometido, por medio de su diputado don Julián Pérez, a darnos toda clase de auxilios, incluso las tropas necesarias; pero los vecinos de esta Banda están resueltos a no admitir éstas, sino en caso de extrema necesidad».

Es muy de advertir, por fundamental en nuestra historia, que nada hay clandestino en esta actitud de Artigas; él ha recibido del triunvirato bonaerense la instrucción expresa de entenderse y obrar de consuno con el gobierno paraguayo; le hace conocer, en consecuencia, la forma en que procede, enviándole copia de sus comunicaciones; le da cuenta detallada de la misión con que ha enviado a su edecán Arias. El Paraguay, que ha recibido, a su vez, de Buenos

Aires, la orden de acordarse con Artigas y de prestarle su concurso, da noticia también al triunvirato (Chiclana, Sarratea y Paso, con Rivadavia de secretario), en 12 de enero de 1812, de sus relaciones con el Jefe de los Orientales. «Le hemos contestado, dice, que esta Provincia queda unida íntimamente a su ejército; desde el momento feliz de nuestra dichosa reunión con ese gran pueblo, dijimos con más sencillez que el orador americano: «Hemos plantado el árbol de la paz, y enterrado bajo sus raíces el hacha de la guerra; en adelante, descansaremos bajo su sombra y haremos que resplandezcan las cadenas que han de unir a todo el continente». Le hemos asegurado, agrega, que estamos prontos a la confederación y ataque, para cuya ratificación hemos enviado al capitán graduado don Francisco Laguardia.» Y, al dar cuenta de algunos recursos enviados a Artigas, llama a éstos «demostración sensible de la unión y firme alianza que hemos jurado con esa Excelentísima Junta, no menos que un pequeño índice de gratitud a las sinceras ofertas con que nos ha honrado el general Artigas, ese gran jefe...»

El Paraguay, que en todo esto procede de acuerdo con los tratados que celebró con Belgrano, contesta, efectivamente, a Artigas su mensaje, por intermedio de Laguardia, «que va, dice en su nota, con las credenciales y misión de cumplimentar a V. S., dar razón de la actual situación ventajosa y oir de su boca el plan que haya de concertar y poner en ejecución contra los portugueses».

Todo eso es una ilusión por parte del Paraguay; por parte de Artigas sobre todo. Éste presume ingenuamente que, si alguien debe compartir su idea fundamental, nadie con mayor energía que los hombres



de Mayo, que la consagraron en sus tratados con el Paraguay; pero nada más distante de la realidad. Si bien el pueblo de la provincia de Buenos Aires, de la capital sobre todo, el *anónimo* del 25 de mayo de 1810, vive de ese espíritu, ese pueblo será absorbido por una entidad *colectiva*, la que ahora está procediendo con reservas mentales, y que es la negación de todo principio republicano. Y, en cuanto al Paraguay, será a su vez devorado por una entidad *personal*, equivalente a aquella colectiva, don Gaspar Rodríguez de Francia, que, también con reservas mentales, forma ahora parte de los triunviratos que fraternizan con Artigas. Artigas y su pueblo son, pues, una ilusión, a fuerza de ser la sola realidad.

Cuando conozcáis, amigos artistas, los escepticismos, los desfallecimientos, las negaciones de los promotores de la revolución en Buenos Aires; cuando sepáis que, diez años después de este momento, todavía negarán al pueblo americano esa aptitud que le atribuye Artigas de ser el germen de una vida nueva, y trabajarán por traerle un monarca europeo que supla su ineptitud, entonces os daréis cuenta de lo que significa, en la historia americana, ese hombre todo verdad, colocado entre dos mentiras; todo libertad, acosado por dos despotismos.

Su verdad hará la patria, sin embargo; todo lo que hagamos en adelante, hasta el triunfo de nuestra democracia americana, no será otra cosa que la solidificación en el caos, tras las convulsiones cósmicas, de ese pensamiento escrito por Artigas en su nota del 7 de diciembre de 1811.

Y fué dicho al profeta bíblico por Jehová: *Tibi dabo frontem duriora frontibus eius:* Y te daré una frente más dura que sus frentes.



IX

Artigas, poseído por el espíritu, está, por fin, del otro lado del Uruguay, entre las palmeras, algarrobos y quebrachos de los bosques de Concordia: en el *Campamento del Ayuí*, frente al *Salto Chico* del Uruguay. El patriarca y su pueblo permanecerán allí catorce meses, después de los cuales regresarán a la patria, por el mismo camino que llevaron, y conducidos por la misma visión.

El cuadro que ofrecía ese *Campamento del Ayuí*, especie de enjambre volador posado en un árbol del camino, no puede menos de llamar la atención. Pensad, primeramente, en que *diez y seis mil personas* era mucha gente en aquella época; mucha gente, os lo aseguro. Meditad especialmente en el carácter sociológico de esa muchedumbre.

El agente confidencial que el gobierno del Paraguay envía entonces a Artigas describe aquello en cuatro palabras: «Toda la costa del Uruguay, dice, está poblada de familias que salieron de Montevideo, unas bajo las carretas, otras bajo los árboles, y todos a la inclemencia del tiempo; pero con tanta conformidad y gusto, que causa admiración y da ejemplo».

Con los elementos que ya poseéis, podéis desarrollar ese cuadro. Allí se permaneció todo el verano de 1811, el crudo invierno de 1812 y el nuevo verano que precedió a 1813. Todo lo que hemos visto en el viaje se ofrece aquí en una nueva interesantísima actitud. Las familias ocupaban el primer plano; los soldados tenían sus cuarteles, y hacían ejercicios militares; como escaseaban las armas, los soldados de

infantería que no las tenían se adiestraban con palos a guisa de fusiles; los de caballería fabricaban sus lanzas, enastaban en cañas puntas de cuchillos u hojas de tijera. Todos obedecían a sus jefes, Rivera, Lavalleja, Manuel Francisco Artigas, Otorgués, Blas Basualdo, Ojeda. Los indios acampaban a lo lejos en sus aduares.

Aquel campamento, colonia, colmena, o como queráis llamarle, ocupaba una extensión de varias leguas; bajo los árboles, en las carretas, en chozas de paja y barro, vivía el pueblo oriental. Una choza, mayor que las demás, era el templo, en que los sacerdotes celebraban los divinos oficios ante la multitud, y enseñaban a los niños la doctrina cristiana; delante de ella se alzaba una horqueta de madera, de la que colgaba una campana, cuyas voces se unían a las lejanas de los clarines, en la aurora, a mediodía, al caer la tarde. El *Angelus* aquel tenía también su melodía, su original melodía. Yo, por mi parte, le encuentro insuperable belleza. ¡El *Angelus* del Ayuí! Era la primera oración de la patria bajo la bóveda estrellada.

La vida fué de labor, de angustias, de miserias; faltaba abrigo en invierno; escaseaban los alimentos; hubo hambre, desnudez, desamparo. Pero un principio ordenador circulaba por aquel organismo de nueva especie, y le conservó, sin el más mínimo quebranto, su cohesión vital y el carácter de sociedad civilizada. Allí se protegía el derecho; se administraba justicia; se hacía caridad.

Para daros una idea del orden que en todo aquello supo inocular Artigas, quiero que conozcáis el bando que pregonó, al aplicar, con un dolor que se revela en sus términos, la pena de muerte, a dos delincuentes



debidamente juzgados, en el comienzo de aquella emigración.

Dice así:

«Si aún queda alguno mezclado entre vosotros que no abrigue sentimientos de honor, patriotismo y humanidad, que huya lejos del ejército que deshonra, y en el que será, de hoy más, escrupulosamente perseguido. Que tiemblen, pues, los malvados, y que estén todos persuadidos de que la inflexible vara de la justicia, puesta en mi mano, castigará los excesos en la persona en que se encuentren. Nadie será exceptuado, y en cualquiera, sin distinción alguna, se repetirá la triste escena que se va a presentar al pueblo, para temible escarmiento y vergüenza de los malhechores, satisfacción de la justicia y seguridad de los buenos militares y beneméritos ciudadanos.»

Los orientales dejaron una huella bien profunda de su paso en aquel pedazo de tierra argentina, en la que veían reproducida la propia. Una nota característica entre varias, y al parecer insignificante, les denunciaba, sin embargo, que no estaban en su tierra.

Quiero detenerme a haceros notar, especialmente, esta nota pintoresca que se presenta a mi imaginación, y que parece cosa de risa. No lo es del todo; ella os recordará cosas serias, de que hablamos al principio. Los orientales expatriados, los niños sobre todo, miraban con curiosidad, en aquella tierra, un habitante que les era desconocido: la *vizcacha*. Es éste un animal, un extraño roedor, algo mayor que un conejo, que vive en la banda occidental del Uruguay. Y aquí está lo interesante del caso: ni uno solo cruza el río del Uruguay.

En la tierra occidental, en la andina, esa *vizcacha* es una plaga; sus excavaciones invaden el suelo por todas partes, y todo lo destruyen; en la oriental es extranjera; no se ha conocido una sola que haya sentido el instinto de ir a taladrar con sus diabólicos dientes la tierra que se extiende del Uruguay al Atlántico; también hay árboles y plantas que viven en una tierra y no arraigan en la otra. Salen las vizcachas de su cueva al caer la tarde; se posan en los bordes de su excavación, esperando la luna; se ríen con ésta, cuando aparece, mostrándole sus incisivos blancos; caminan lentamente, silenciosas, a pequeños saltos; parecen visiones grises y negras, brujas sardónicas. La lechuza llamada *vizcachera* las suele acompañar, y grazna o chilla, como un demonio de ojos amarillos, en la puerta de las cuevas, posada en el montón de tierra de la excavación; salta de vez en cuando en línea recta, y, clavada en el aire, vuelve a chillar, agitando las alas. Y cae de nuevo, como una saeta que rebota en el suelo como si fuera elástica. Esa figura de animal extranjero, la *vizcacha*, parecía estar allí para recordar a los orientales, a los niños especialmente, que aquella tierra, si bien amiga hospitalaria, no era su tierra; que eran allí viajeros, pasajeros, desterrados; les hacía advertir que el olor de los pastos no era allí exactamente el mismo que el del otro lado, ni la lengua en que se hablaban los árboles, uno con otro, ni las canciones que cantaban los pájaros al sol.

Y los punteos de las guitarras pensaban en la otra patria que quedó abandonada, y sonaban, entre las notas de la gran naturaleza, fieramente nostálgicos, y anunciando el regreso libertador.

Yo siento en eso un gran motivo sinfónico, un ori-

ginal *Nocturno del Ayuí*, que el arte recogerá. Me guardaría bien de decir estas cosas nimias, si no hablara confidencialmente, y con artistas; pero vosotros sois bien capaces de comprender que ese motivo sinfónico no es menos interesante, ni menos serio, que el sociológico que voy a exponeros. Dejemos, pues, las niñerías, y hablemos de lo que todo el mundo entiende, porque es más grosero.

X

También el gobierno de Buenos Aires envió su comisionado, como el del Paraguay, a ver el campamento de *su General del Norte;* lo envió cuando, como veremos más adelante, comenzó a entrever que aquel hombre, en quien entonces cifraba sus esperanzas, *podía llegar a ser demasiado*. El agente, que lo fué don Nicolás de Vedia, cuenta, lleno de asombro, lo que allí vió, y describe el mismo cuadro que el enviado paraguayo. «*Allí está toda la Banda Oriental*», dice en su informe. Y, notando los efectos de éste, nos dice: «La viveza con que pinté al gobierno *las buenas disposiciones que yo había notado en Artigas,* y en la multitud que lo circundaba, fué oída con sombría atención. Después supe que el gobierno no gustaba que se hablara en favor del caudillo oriental».

Con no menor atención debemos nosotros, amigos artistas, analizar desde ahora el origen de esa actitud sombría que advierte Vedia en el gobierno, no en el pueblo, por cierto, de Buenos Aires con relación a Artigas. Ese hombre se aparecía allí como un fantasma; era un sincero, y en Buenos Aires las ambiciones y las rivalidades de los políticos, con las dobleces

consiguientes, prevalecían. Este año 1812, pasado por Artigas con su indigente pueblo en el *Ayuí*, es en la capital una tempestad; arrecia la que nos describía Mitre; la Junta de Mayo de 1810 había invitado a los pueblos a enviar sus representantes; éstos llegaron y se incorporaron a la Junta, formando con ella un solo cuerpo: un Ejecutivo plural deforme, imposible. Surge de allí un primer triunvirato... y un segundo... y un tercero... Y nada es permanente, no hay allí prestigios ni autoridades; existen, al parecer, dos partidos, pero sin nombre ni programa, personales, fluctuantes; las cabezas, como las casas desalquiladas, están dispuestas a recibir malos inquilinos. El primer triunvirato, Sarratea, Chiclana y Paso, con Rivadavia, Pérez y López de secretarios, es modificado, a los tres meses, con la entrada de Pueyrredón en substitución de Paso. El predominio de Rivadavia, el personaje más importante, con don Nicolás Herrera, de aquel bloque político, es calificado de despotismo; Pueyrredón lo combate; lo fustiga, como un energúmeno, el fiero Monteagudo; lo atacan sin cuartel los diputados de las provincias, y esto provoca la expulsión de todos ellos a sus regiones respectivas, en el término de veinticuatro horas, y la difusión, por consiguiente, del odio contra la capital, en todas y cada una de esas regiones o provincias interiores. Y la instintiva mirada de todos hacia Artigas, que es *un hombre*, una realidad.

San Martín y Alvear, que llegan a la sazón de Europa, se enrolan en la lucha política; preparan el motín; lo llevan a ejecución en octubre; echan abajo el segundo triunvirato, y hacen surgir el tercero: Paso, Rodríguez Peña, Alvarez Jonte... Y todo eso nada representaba, nada que no fuese las ambiciones

de los que se creían los primeros. Y todos se creían tales; todos, como es natural, querían, en los ejércitos, generales sumisos y adictos a sus personas.

Y he aquí que ninguno de ellos podía ver en Artigas semejante cosa; todos miran de reojo, por consiguiente, aquella extraña figura que se impone como hombre de guerra necesario; pero que no puede aceptarse si pretende tener un pensamiento.

¡Las buenas disposiciones de Artigas! Vedia las expuso bien, probablemente: Artigas quería la unión; estaba dispuesto a respetar toda jerarquía que a tal unión propendiera; pero no se resignaba a no ver en el pueblo que lo seguía un mero instrumento de quien venciera entre los hombres de Buenos Aires. Éstos, por su parte, no podían creer en Artigas ni en su pueblo; aquella muchedumbre congregada en el *Ayuí* no era nada; no debía serlo, cuando menos, pese a las impresiones de Vedia.

El caudillo oriental quiere hacerse perdonar el delito de tener un pensamiento; desea ser persona grata en la capital, no estorbar a nadie en ella. No interviene en sus pendencias; mira sus disensiones como el desarrollo de la política interna de un estado amigo y de primera importancia entre los platenses; acata sin observación los hechos consumados. Más aun: reconoce y obedece al que Buenos Aires le señala como general conveniente, pues nadie como él reconoció la necesidad de que Buenos Aires llenara su misión de ser cabeza *viva, articulada,* de aquel fuerte organismo *vivo* recién nacido; nadie como él pugnó por ese vital principio de orden y de verdad. Todo es inútil; precisamente por eso, el ceño sombrío que advirtió Vedia se arruga cada vez más ante el nombre de Artigas; por esa su serena impasibilidad, precisamente.



Pero si los gobiernos de la capital miraban a Artigas de reojo y comenzaban a meditar su ruina, los pueblos argentinos, sin excluir el mismo de Buenos Aires, y agregado el paraguayo; los de las provincias de Entrerríos y Corrientes; los de Santa Fe y Córdoba, del otro lado del Paraná, y los del centro de la gran planicie, y los que vivían en la falda de los Andes, todos miraban aquello del *Ayuí*, y sentían como una misteriosa revelación; allí estaban formados dos núcleos cósmicos, indudablemente: el oriental y el occidental; Artigas y Buenos Aires; la vida inmanente y la extraña o refleja. Los pueblos argentinos creyeron en sí mismos, por obra de Artigas.

Claro está que, entre todos esos pueblos, la adhesión a Artigas de los ribereños occidentales del Urus guay, los que vivían entre los ríos Uruguay y Paraná, tenía que ser la más estrecha; ellos, como lo- orientales, se habían levantado a la voz y bajo la protección del gran caudillo, y, también como los orientales, habían sido dejados a merced del español por los tratados de Octubre. «Los entrerrianos, dice José Ignacio Yani, hijo de aquella provincia, creyéronse traicionados, y adhirieron al caudillo fuerte que, del otro lado del Uruguay, se resistía a entregar su pueblo al enemigo, por más que a él se le diera un importante destino...» «La actitud del caudillo oriental, agrega, solidarizado en absoluto con Zapata, Ramírez y López Jordán, explica sus vinculaciones posteriores con los entrerrianos... Para los pueblos que el armisticio entregaba maniatados en manos del odiadísimo virrey, Artigas representaba, en ese momento preciso de nuestra historia ribereña, la fidelidad a la causa americana.»

Eso es mucha verdad; los ribereños, que veían y

oían a Artigas, estaban más que nadie bajo su influjo; pero los que no lo veían de tan cerca, empezando por Córdoba y siguiendo hasta las remotas fronteras del virreinato, se sentían arrastrados por la fuerza centrífuga de aquella mole en rotación, y, consciente o inconscientemente, se incorporaban al sistema de que era núcleo. Los que hoy proclaman las glorias privativas de tal o cual provincia argentina como centro de libertad democrática, pero prescindiendo de Artigas, no se dan cuenta de que una gloria inerme, sin casco de oro, o siquier de hierro, que defienda el pensamiento, es una estéril diosa.

El fenómeno sociológico del nacer de la autoridad por acto indeliberado, libre, pero necesario al mismo tiempo, del pueblo, se realizó allí. Artigas era la autoridad... *porque era;* le obedecerán, porque le obedecerán. Los pueblos occidentales, al ver de cerca a ese hombre inspirado, creyeron oir voces dentro de sí mismos. El *légamo sagrado,* que dice Esquilo, sintió el soplo de vida, y palpitó en la primitiva obscuridad, en que pasan los misterios de la generación.

CONFERENCIA X

FRENTE A MONTEVIDEO

La federación y el unitarismo.—Origen de la federación interna en la Argentina.—La federación de Artigas.—San Martín y Alvear.—La «Logia Lautaro».—Ruptura del armisticio.—Las campañas sobre los Andes.—Belgrano.—Tucumán y Salta.—Artigas en el Ayuí.—El triunvirato y Artigas.—El delito de Artigas.—La guerra de Buenos Aires contra él y su pueblo.—Sarratea.—Rondeau.—Batalla del «Cerrito».—Artigas y Rondeau en la cumbre del Cerrito.—El segundo sitio de Montevideo.

I

Hermanos artistas:

Si es intensa la mirada de los pueblos occidentales sobre Artigas y su nación, posados en el Ayuí, no lo es menos, bien que de diferente naturaleza, la que tienen en él clavada, como hemos dicho, los iniciadores de la revolución, residentes en Buenos Aires.

Ese enorme factor, el conductor de enjambres populares, no entraba en los planes de aquellos hombres; los perturba, los desbarata. No hay que hacer con él; es una pieza demasiado grande en aquel tablero.

En Buenos Aires, donde se espera todo de las combinaciones políticas secretas, y no del esfuerzo popu-



lar, se cree que el medio racional de llevar adelante la tentativa iniciada en Mayo no puede ser otro que la completa pasividad de las masas, incluso sus inmediatos conductores, y la juiciosa sumisión de todos a las decisiones de quienes predominen, por la revuelta interna, en la comuna bonaerense. Debía inocularse en el pueblo la fiebre revolucionaria, el furor de los combates, que dice Esquilo; despertarse en él la fiera heroica; pero ésta tenía que ser una fiera virtuosa, continente, amable, dispuesta a dar su sangre y obedecer. Eso era lo justo, lo racional y lo sólo eficaz: domesticar la tempestad, y atar los vientos en el establo.

Aquellos hombres partían, por otra parte, del supuesto de que todo el antiguo virreinato del Plata era, y debía ser para siempre, una sola nación, y un solo compacto estado, dependiente de Buenos Aires, desde el Alto Perú y el Paraguay, hasta la Banda Oriental. Todo lo que no fuera ese concepto empírico era desorden, anarquía, y hasta traición; crimen digno de muerte. Y decretaban la muerte de buenas a primeras.

No es del caso apreciar ahora si eso hubiera sido o no lo más conveniente, ni lo que de eso hubiera salido. Lo veremos después. Pero sí es el momento de adquirir la persuasión de que la realidad *no era ésa*. No había tal nación, en el sentido político, en estos países. Era preciso hacerla, amasarla con su propia levadura de libertad.

Creo que hemos visto con bastante claridad, hasta en las entrañas de la tierra, cómo la Banda Oriental era una nación tan distinta de la occidental trasplatense, como lo era ésta de la trasandina, Chile o Bolivia, cuando menos, o como aquélla lo era de la tropical portuguesa.

No insistamos más en esto; vosotros estáis ya convencidos de que lo que es entre la región oriental y la occidental del Plata no había tal unidad política dependiente de Buenos Aires. Podrá ser odioso que eso fuera verdad, pero era verdad.

Sepamos ahora si era realmente un hecho la tal cohesión natural en la otra banda, entendiéndose por tal la inmensa región situada entre los Andes y el Plata. ¿Existía la unidad social y política en lo que es hoy república federal argentina? Eso es lo que nos conviene precisar.

Convengamos en que allí no concurrían las causas profundas que obraban la separación de los dos pueblos ribereños del estuario, ni las que determinaban la del Paraguay, guaranítico y atlántico. Dice Ramos Mejía, sociólogo argentino: «La nacionalidad argentina resulta así un hecho que tiene el fatalismo y la estabilidad de la causa física, de donde en parte procede. Sin abusar de la metáfora, puede decirse que es un organismo con esqueleto de montañas, y en cuyas venas circula sangre caliente de volcanes». Creo que tiene razón: sangre de volcanes andinos. Es la misma causa física que yo os he indicado como base de la nacionalidad oriental; esa sangre no circula en sus arterias geológicas; no hay un solo nudo volcánico en todo el macizo atlántico. Sí: allí, en la Banda Occidental, existía una enorme unidad geográfica, cuando menos, con su puerto necesario en Buenos Aires; éste, si bien no tan importante como el de Montevideo, lo era en sumo grado para aquella extensa región mediterránea. Por eso sus habitantes fueron y aun son llamados *porteños*, los del puerto, los de la sola puerta de salida.

Pero si allí existía una unidad geográfica y, si queréis, geológica, con sangre de volcanes, nada estaba más lejos de la realidad que la unidad sociológica, y mucho menos política, con su núcleo natural de cohesión en Buenos Aires, que querían ver aquellos hombres del puerto o porteños.

Dado, pues, aunque no concedido, que éstos, *los porteños,* hubieran sido realmente los más ordenados y virtuosos, los incólumes depositarios de la idea madre que engendró la patria republicana; supuesto, siquiera por un momento, que allí residieran efectivamente la gran visión del porvenir, el héroe colectivo, la unidad de pensamiento y de acción, el espíritu de orden y de respeto a la autoridad, la virtud y la ciencia y la civilización ejemplares, el hecho es que los distintos pueblos argentinos *sólo concebían la acción común, conciliada con la propia autonomía;* sin ésta, no entendían la independencia ni podían amarla. Fijad bien en vuestro espíritu, amigos míos, esa verdad, que es angular. Sin ella, la figura de Artigas se disipa; con ella, él, y sólo él, es el héroe. Los pueblos argentinos no hubieran cooperado a la independencia común, sin el estímulo de la vida autónoma; estimulada ésta, no hubiera habido fuerza humana capaz de hacer volver atrás la revolución de Mayo.

¿Acontecía tal cosa porque los tales pueblos eran bárbaros?

No ha faltado quien lo haya afirmado; la federación, en el Plata, no tuvo otra madre, según ellos: la barbarie, la ignorancia. Mucho decir es eso, me parece.

Ha habido historiadores argentinos, y no de los menos afamados, por cierto, que han dicho gravemente, y para deprimir al hombre oriental, que ese con-

cepto de *federación*, en el Río de la Plata, fué sólo *una invención de Artigas;* de don Gaspar Rodríguez de Francia, dicen otros. Vosotros pensaréis lo que os parezca sobre el respeto que merecen esos graves autores. Yo los considero, en este caso, unas pobrísimas personas.

Convengamos, ante todo, en que, si tal concepto hubiera sido realmente una invención de aquel conductor de pueblos, él sería, por ese solo hecho, un hombre extraordinario, lo que se llama un genio, o cosa parecida. Genio es invención precisamente.

Pero bien sabemos que eso no se inventa. Artigas no inventó semejante concepto, si ya no es que tomemos el término *invención* en el sentido de descubrimiento o encuentro de la realidad oculta o confusa. En ese sentido, Cristóbal Colón es el inventor de las Indias Orientales.

Pero bien comprendéis que no es ésa la acepción del título de *inventor* atribuído a Artigas, sino el de propalador de embustes y perturbador o enemigo del orden natural de las cosas. Pues bien, en ese sentido, los verdaderos *inventores*, o perturbadores de la natural armonía, no fueron otros, yo os lo aseguro, sino los que quisieron imponer como realidad, lo que sólo era *ente de razón*, según dicen los escolásticos, hijo inconsistente o de la ilusión o de la soberbia ensimismada: la unidad social y política de aquella tierra, con su centro de cohesión en Buenos Aires.

El inmenso territorio, mayor de la mitad de Europa, que se extiende entre las altiplanicies del Perú y el Cabo de Hornos por un lado, y entre los Andes y el Plata por otro, no constituyó, ni pudo constituir semejante unidad; ésta fué obra del sacrificio, de la gloria común, del heroísmo. Es conveniente que se-



páis, mis amigos, el verdadero origen de la federación argentina, y que os iniciéis siquiera en la génesis de su formación social y política.

Hemos visto que ese magnífico territorio, que hoy forma el suntuoso y bien ganado patrimonio de nuestra nobilísima hermana ultraplatense, fué inventado, y colonizado, tanto por los descubridores del Río de la Plata que subían hacia el Perú, cuanto por los que, viniendo del Pacífico y tramontando los Andes, bajaban, por sus contrafuertes orientales, al encuentro de aquéllos, en busca de una salida por el *Mar del Norte,* como se llamaba entonces al Atlántico. Esos animosos descubridores españoles repartían las tierras que iban descubriendo; fundaban ciudades, la Asunción, Santa Fe, en el litoral; Córdoba del Tucumán en el centro; Mendoza en la falda de los Andes, etc., etc.; levantaban fuertes; creaban los cabildos; nombraban jefes y alcaldes, los unos con independencia de los otros. Esas *gobernaciones* que allí existieron, Paraguay, Tucumán, Cuyo y Buenos Aires, estaban separadas, no sólo por el desierto y la enorme distancia, casi infranqueable entonces, sino por intereses locales, por inclinaciones y necesidades diversas. Se gobernaban por sí mismas; aun dentro de cada gobernación, los Cabildos o Municipios, sin perjuicio de reconocer al virrey, como representante del dueño y señor de todo aquello, obraban con autonomía, se dirigían directamente al rey cuando lo estimaban oportuno, se prestaban mutuo auxilio en las guerras contra los salvajes, se cambiaban recursos; pero defendían celosamente sus franquicias, sus privilegios, su persona colectiva. La defensa del territorio estaba a cargo de jefes militares nombrados por el Cabildo; éste compraba las armas y municio-

nes a otras provincias cuando no las tenía en casa.

Todos custodiaban su propia jurisdicción, hasta el punto de prohibir la extracción, sin permiso de la autoridad local, de criminales refugiados; creaban impuestos, señalaban el valor de las monedas. Las mismas disposiciones reales eran resistidas, cuando menoscababan las facultades de la ciudad; ésta formaba una especie de código propio de las reales cédulas que le acordaban privilegios o franquicias.

Había allí mucho del régimen foral de las provincias españolas, y, si queréis, mucho de las ciudades-repúblicas antiguas o medievales. Era muy de apreciar, no hay duda, la influencia de las causas económicas: el puerto de Buenos Aires, atrayendo a sí el comercio que antes tenían las provincias del Norte con el Perú, mató sus progresos; la falta de intercambio de los productos locales, y otros fenómenos análogos, eran factores importantes de autonomía; pero, dígase lo que se quiera, más que las causas económicas son las sociológicas las que, en éste, como en todos los casos de construcción de un pueblo, ejercen su influencia preponderante, y ellas fueron las que allí engendraron lo que se llamó *artiguismo; veneno artiguista* lo apellidará alguno.

Esas ciudades mediterráneas argentinas no tenían, fuera está de duda, la importancia del *puerto*. Más alejadas del mundo europeo, no contaban con los recursos de que aquél disponía para su progreso material; pero eso mismo hizo que, concentradas en su región, cobrasen un carácter interesantísimo, que aun hoy es el verdadero fermento de esa pujante nacionalidad, que los hijos de Artigas amamos con natural predilección. Hasta la misma lengua común española, que era el vínculo más enérgico que las unía, tomaba

caracteres varios, por la cadencia o acento musical con que era pronunciada en una u otra provincia, y que aun hoy, dentro de la unidad nacional, distingue a los diferentes estados de la federación argentina. Pero los había en que ese rasgo diferencial eufónico o filológico era determinado por el predominio en el pueblo de las lenguas aborígenes, el *guaraní*, el *quichua*. Y era tal y tan poderosa esa influencia, que, cuando, en 1816, el Congreso de Tucumán declare la independencia de las Provincias Unidas, ordenará que la *Declaratoria* sea traducida en las lenguas *quichua* y *aimará*, para hacerla inteligible entre una parte de los nuevos ciudadanos.

No tenían aquellas ciudades la relativa opulencia, sólo muy relativa, por cierto, y muy circunscrita al recinto urbano, de la ciudad de Buenos Aires, y conseguida a expensas del conjunto, que, con razón, se consideraba copropietario de tales opulencias; pero no por eso carecían de un respetable patriciado local, ni de tradiciones seculares, ni de servicios y glorias propias, como agentes de civilización. La familia santafecina, la cordobesa, la tucumana, la salteña, y todas las demás, eran tipo de virtudes, santuario de tradiciones, fermento verdadero de patria. La grandeza de Buenos Aires, sus ricos patricios, sus togados, lejos de inspirarles un sentimiento de sumisión, les despertaba el de nativa altivez del hidalgo pobre, pero de limpia estirpe, doblemente orgulloso ante el desdén o el injusto agravio del hermano mayor o legitimario. Aun en el día de hoy, las provincias argentinas, sin menoscabar su sentimiento nacional, escriben su propia historia; recuerdan su origen y sus glorias locales, sin excluir las coloniales; se enorgullecen de sus héroes; se precian de su antigua cultura social,

de sus grandes virtudes domésticas, de sus costumbres patriarcales, llenas de poético colorido. Y tienen razón.

Algo más es fuerza que consideremos; esos agentes de civilización, los hombres de las provincias, no habitaban sólo las ciudades; también salpicaban, aquí y allá, los campos dilatadísimos, y vivían, con sus honestas familias, de un durísimo trabajo. Con un desdén parecido al del español hacia el *criollo*, el hombre letrado de Buenos Aires no veía en el habitante de los campos otra cosa que el *gaucho*. Y no era así; no era todo bárbaro en aquellos campos. Es cierto que por las inmensas soledades vagaban salvajes de todo género; pero no debe confundirse con ellos a los *estancieros* o *hacendados* de entonces, cuyos derechos, defendidos por Moreno, fueron el primer programa de la revolución de Mayo; tampoco a los *peones*, que con ellos vivían, y que eran los *cow-boys* hispanoamericanos, los únicos hombres de trabajo adaptables a aquel medio, los ciudadanos naturales de aquel momento histórico. Ellos, en lucha inmediata con los salvajes, fueron los *desbravadores* del desierto, los zapadores de la independencia, los mártires, muchas veces, de nuestra civilización incipiente. De la vigorización y conglomeración de aquellos núcleos, sobre todo, debía formarse la nueva nación; y sólo quien haya sabido comprenderlo puede ser llamado su fundador, el constructor de sus cimientos. Quedaréis convencidos de que nadie como Artigas comprendió eso; nadie como él, ni remotamente, lo hizo práctico, sobre todo.

Ayer no más, al celebrarse por todos los argentinos el centenario de la revolución de Mayo, erigía la ciudad de Córdoba, por ejemplo, un monumento al deán Funes, su ilustre hijo. Y decía el doctor don

David Peña, en nombre y representación de la Comisión Nacional del Centenario, al hacer entrega del monumento a las autoridades de la provincia: «En estas reivindicaciones de figuras sobresalientes, advierto la raíz de un federalismo que está en la esencia de las democracias argentinas. Todo podrá impedirlo la fuerza absorbente de la unidad política, menos el arrebatamiento de las unidades provincianas, por más que su acción o su entendimiento se hayan difundido sobre el territorio del país.

»El deán, el general Paz, el viejo Vélez, son figuras nacionales por el resultado de los hechos, por la amplitud de sus trabajos, por la grandeza de sus sacrificios; pero en la historia, y por los siglos, los acompañará el sello genuino que les imprimió esta patria chica, que ellos guardaron, hasta el fin, en sus idiosincrasias, y en el fondo de sus recuerdos.»

Y el gobernador de Córdoba contestaba en idéntico sentido. El deán Funes, según él, conciliaba los ideales patrióticos con la representación de los estados; la entidad «nación», con la de «provincias independientes autónomas».

«Y del unitarismo de la primera Junta, organizada por el municipio de Buenos Aires, agregaba el gobernador, se pasa al federalismo de un Ejecutivo formado por los municipios de las provincias, surgiendo así la idea de la Unión Federal Argentina, que más tarde dará origen a la federación de estados que forman la nación de hoy.»

Ese estudio, artistas amigos, sería interesante, para darse cuenta de lo que Artigas significa en la construcción de la nación argentina; él fué el protector de la vida de esos municipios germinales. Pero temo que, prolongado demasiado, ese estudio perjudique la



proporción en nuestras estéticas lecciones. No lo dejaré, sin embargo, sin antes sugeriros siquiera esta benéfica idea: los sociólogos argentinos, que han comenzado ya a razonar, y a rectificar, por consiguiente, su historia, no sólo desconocen, como Artigas en su tiempo, el derecho que invocaba Buenos Aires a ser acatado y obedecido, sino que le niegan, y no sin fundamento, el carácter de núcleo de la unidad nacional, a la que muchas veces obstó. Si leemos a Ricardo Rojas, por ejemplo, en su *Blasón de Plata*, nos encontramos con esto que vais a leer: «Por yo no sé qué misteriosa tradición, son las comarcas mediterráneas de nuestras dos provincias de Córdoba y Santiago, las que, desde los albores del siglo XVI hasta nuestros días, han constituído el núcleo más firme de la tradición «argentina», y mantenido, a pesar de las vicisitudes de la historia, la continuidad no interrumpida de nuestro nombre fluvial. Entraña de la patria, ellas conservan el núcleo de la conciencia territorial en el espacio, y la unidad de conciencia histórica al través de los tiempos».

Y dice el mismo Rojas, en su estudio sobre *Orígenes del federalismo*, que, si bien la revolución argentina tiene, entre sus *agentes militares*, glorias como las de San Martín y Belgrano, la historia no ha definido aún, entre los *agentes políticos*, sus verdaderos próceres; éstos, los verdaderos héroes de la revolución institucional, deben buscarse en los cabildos provinciales, en sus diputados; las provincias, dice, asumen, desde el primer instante, la obra de organización interna o social que consumaron en 1880.

Bien puede ser eso verdad; pero convengamos en que, para que exista un héroe y podamos encontrarlo, es necesario que haya existido *la persona* en que se concentre la acción total eficiente con el pensamiento;



el héroe es *virtud plena;* es una fuerza pensante y un pensamiento fuerte...

Te vi volar, y llegué a creerte un genio humano... Eras un pájaro.

Y bien: sea de ello lo que fuere, creo que, con lo dicho, tenéis bastante para que podáis daros cuenta del verdadero origen de la federación argentina, que se llamó *artiguismo.*

Lejos de mí el afirmar que, dados tales antecedentes, la organización política federal es una consecuencia fatal o necesaria; bien pueden concebirse, y en el hecho existen, estados unitarios en tales circunstancias; la misma organización interna federal argentina puede transformarse mañana en unitaria, según las fluctuaciones del porvenir. Pero nadie podrá afirmar, reclamando respeto, que el federalismo, en este caso, era una invención o embuste, y mucho menos que lo razonable hubiera sido imponer, *per fas aut nefas,* la unidad política. Para imponer el Corán por la cimitarra son necesarios un Mahoma y un pueblo nómada, aislado del universo, adorador de las estrellas y agrupado en aduares. Y ni en Buenos Aires apareció en los tiempos heroicos el profeta, ni las ciudades mediterráneas eran aduares, ni el pueblo argentino, pese a todas sus imperfecciones, era en absoluto, al rayar la independencia, la masa idólatra de los desiertos árabes.

Si recordáis que Mitre, intérprete fiel del sentir y pensar del patriciado de Buenos Aires, no considera que Montevideo haya sido un núcleo urbano capaz de dar cohesión a la población de la Banda Oriental, fácil os será daros cuenta del concepto en que serían tenidas, por los hombres *del puerto,* las ciudades mediterráneas argentinas. Y más fácil aun el compren-

der cómo y por qué ese hombre Artigas, que cae en la Banda Occidental, con su pueblo a cuestas, y acampa en el Ayuí, es objeto de grande atención primero, y de acatamiento después, por parte de esos núcleos autónomos occidentales del Uruguay. Éstos acabarán por aclamarlo, como los orientales, su gran caudillo, con el título de *Protector de los Pueblos Libres*, y por someterse espontáneamente a su autoridad; *espontáneamente*, y, si queréis un término más propio, digamos *instintivamente, indeliberadamente*, en modo irresistible.

No; eso, que es el verdadero germen de la federación argentina, de la patria argentina, no fué invención de nadie; no era Artigas quien dictaba aquella ley de biología social. El héroe oriental no hizo sino leerla en la esencia de las cosas, y obedecerla, y promulgarla, y defenderla, y hacerla prevalecer, como base de independencia absoluta en la Banda Oriental atlántica, y de independencia republicana y organización federal interna, en la Occidental andina.

Se ha dicho también que Artigas, al dar a los pueblos occidentales la protección que le pedían, buscó *la hegemonía* de la Banda Oriental o de Montevideo en el Plata. Eso de *hegemonía* me tiene muy sin cuidado. Yo desdeño las palabras deshabitadas, y os confieso que aun estoy por saber, a ciencia cierta, el sentido de ese vocablo genérico: hegemonía. Os he expuesto fielmente el fenómeno; podéis llamarle *equis* o *jota*, o como mejor os parezca. Ello es que Artigas fué el depositario, *el héroe* del pensamiento angular, que es hoy la base de la federación argentina; y lo fué, porque todas esas leyes de biología social, que os he sugerido, hallaron habitación, y forma personal, y *fuerza eficiente*, en ese nieto del fundador de

Montevideo, la ciudad democrática; él fué caudillo entre los pensadores, y pensador entre los caudillos; fué el *nexo* entre la fuerza y la materia, la persona autóctona, sincera, el hombre tipo de la raza caucásica, arraigada, como un árbol vivo, en este nuestro suelo americano.

Yo os prometo haceros ver eso, mis amigos, como estáis viendo ahora estas mis manos, y yo veo las vuestras. Veréis entonces cómo, lejos de ser Buenos Aires quien, como se ha dicho candorosamente, dió independencia a la Banda Oriental, fué ésta la que, sin dar ni quitar nada a nadie, porque no se da la libertad a quien no la tiene, constituyó el núcleo verdadero de la común independencia, al serlo de la resistencia contra el escepticismo de los hombres, y al custodiar la fe en sí mismos de los robustos pueblos argentinos, cuya autonomía protegió, *pero sin pretender absorberla jamás.*

Ésta es la gran verdad que debéis encender en los ojos de vuestra estatua, artistas que me escucháis atentos, para que ella, luz buena, luz amiga, nos alumbre a todos la ruta, entre los escondidos escollos de la historia.

II

Para fijar el tono de esa idea, que es fundamental, yo quiero haceros ver bien dos personajes que acaban de desembarcar en Buenos Aires, en el momento en que nos encontramos: mientras Artigas está en el Ayuí: en marzo de 1812. Esos dos hombres, que vienen de Europa a incorporarse a la revolución, y serán

famosos, son el teniente coronel don José de San Martín y el capitán don Carlos de Alvear.

El primero, que tiene treinta y cuatro años, no será ciertamente aquel hombre Washington, la plenitud del hombre, el hermano de Artigas, que hemos visto allá en el Norte, y cuya espada pensaba como un espíritu de acero; no será tampoco ese Bolívar, lleno de relámpagos, que os he hecho conocer; pero será un gran capitán, un excelso capitán heroico. Será el héroe argentino, como es Artigas el platense o el hispanoamericano.

El segundo es un joven oficial de veintidós años, gallarda y exótica persona.

San Martín era hijo de un coronel español, gobernador militar de las Misiones, y de una noble porteña, según la sugestiva frase de López. Nació allí, en *Yapeyú,* en 1778. Pero a los ocho años de edad se fué con sus padres a España, para no volver hasta el momento actual, en que, sin más vínculo con el país americano que su residencia, pisa de nuevo la tierra en que accidentalmente nació. Se educó en el Colegio de Nobles de Madrid; allí formó su espíritu; recogió las impresiones perdurables que siguen al hombre en la vida y forman su carácter y sus anhelos. A los 25 años, pasó a Cádiz, como ayudante del gobernador de esa plaza. Éste fué encargado de una operación militar sobre Portugal, y el joven oficial San Martín le acompañó en esa empresa, donde reveló sus dotes relevantes. En Sevilla, se incorporó al ejército del general Castaños; fué infante ligero en el regimiento de Murcia y en el de Campo Mayor; comandante de caballería en el de dragones de Numancia; estuvo a bordo de la real fragata *Dorotea,* donde se halló en el sangriento encuentro de ésta con el navío inglés

León. Fueron sus generales los más grandes de España: Castaños, el marqués de Compigny, el marqués de la Romana; asistió a la batalla de Bailén, donde su conducta le conquistó una mención honrosa; en el campo de batalla de Albuera alcanzó, por su bizarría, el grado de comandante efectivo. No se encuentra, sin embargo, entre los libertadores de América, un enemigo más tenaz del nombre español que San Martín.

Era reservado y taciturno; su carne era fría: el alma no se transparentaba en ella, acaso porque el cuerpo era opaco, acaso porque el alma no era luminosa; era un militar de raza, un técnico inspirado; pero no una grande inteligencia. No era elocuente, y su instrucción literaria era muy poca. Fué toda su vida, como no podía menos, monárquico; creyó siempre, como brillante satélite, en el resplandor del rey, nuestro señor.

Libertador en el Pacífico, teatro principal de su gloria, todos sus esfuerzos tienden a la formación de una monarquía americana; ofrece lealmente al virrey la solución del conflicto, sobre la base de un príncipe de la sangre, que se pediría a España, para ocupar el trono del Perú, en el que volvería a refundirse Buenos Aires; él mismo está dispuesto a ir a Europa en su busca. Ése hubiera sido el desenlace del esfuerzo americano, si los jefes del ejército español no hubieran rechazado la propuesta. Él se retiró de Lima, manifestando que estaba cansado de oir decir que quería coronarse. No: nada más lejos de su espíritu; San Martín era un caballero leal, un hombre honrado; creía sinceramente, con devoción, en el mito de la realeza de la sangre, y él no la sentía en sus arterias. Se consideraba un hombre, no un rey.

Sarmiento vió bien a San Martín, en el parangón

que hace de éste con Bolívar y con Artigas, y que os hice conocer anteriormente. No era un caudillo americano, sin dejar de ser por eso una esplendente gloria de nuestra América.

Alvear era otra cosa muy distinta; este joven se sentía todo: astro, cielo azul, armonía. Hubiera aceptado la corona de rey, y también la de emperador, como la cosa más natural del mundo. Había nacido en 1789, también en las Misiones, en la Reducción del Santo Ángel Custodio; pero no era un misionero, ni cosa que se le parezca. Su padre, don Diego de Alvear y Ponce de León, de nobilísima alcurnia, con rico mayorazgo en Andalucía, contiguo al de la marquesa del Montijo, madre de la que será emperatriz de los franceses, coronel de ingenieros de Su Majestad, vino al Plata de Comisario Real y Astrónomo, en la demarcación de límites entre España y Portugal, hecha según el tratado de 1777. Desempeñó su comisión, y volvió inmediatamente a Europa, donde su hijo Carlos se educó desde su infancia en la corte, en contacto con los grandes. Era todavía un niño, tenía 17 años, y ya su alta posición y su bizarría le hacían brillar en las batallas, y ganar el grado de alférez de Carabineros Reales, cuerpo de gran distinción, después de tomar parte en los combates de Talavera, de Sevenes y de Ciudad Real. Cuando vuelve a la tierra americana, en que nació por azar, a los 22 años, parece un joven dios, un bello Marte adolescente; los dorados de su uniforme centellean y lo envuelven en luz; tiene los ojos amables y la tez fina; es verboso, y sus palabras cobran el desdén trascendente del Olimpo; ama a la gloria con amor voluptuoso; anhela la inmediata posesión de su belleza helénica; quiere



arrastrarla a sus brazos, besarla en los ojos y en la boca, antes de merecer la caricia de su alma. Tiene la convicción de que, como el rey su carácter sagrado, lleva él, en su sangre, su personal triunfo en América: es un conquistador.

Alvear cree en su propio genio diplomático, que confunde con la doblez; confiesa ingenuamente sus intrigas infantiles; se jacta de los engaños en que hace caer a los pobres hombres de bien, amigos o enemigos, así se llamen San Martín o Artigas; se irrita con facilidad, y es dado a las duras interjecciones españolas, que pronuncia bien, pero escribe muy mal. Porque, como lo comprenderéis, esa rápida carrera nada tuvo de literaria; Alvear no era ni podía ser un hombre ilustrado; escribe con mala letra y con una ortografía que da pena. Bien es verdad que, en esas materias, ni Artigas ni San Martín merecen muchos más puntos de aprovechamiento que él; tampoco la inmensa mayoría de los hombres de armas de aquella época, sin excluir los españoles, como hemos dicho.

Excusado decir que sólo la idea monárquica podía ser digna de tan alta persona. Y así lo fué: buscó la real y áurea corona, como la mariposa a la luz. Cuando predominó en Buenos Aires, a los veinticinco años de edad, rogó a Inglaterra que viniera por la corona del Plata; cuando cayó, un año después, acudió a Fernando VII en demanda de absolución, confesando su culpa, e invocando sus títulos de español leal a la patria y al trono. Él hubiera sido, a no dudarlo, un lord ejemplar. Jamás cabeza alguna hubiera llevado la peluca inglesa con más elegancia; hubiera sido un marqués, y hasta un príncipe español como muy pocos. ¡Oh Apolo, real arquero!

En Buenos Aires había cierto ambiente propicio

para tal hombre. Ya os he descrito el carácter de ese remedo de corte en América. Si no todo lo que acababa de dejar al lado de los infantes reales en Madrid algo podía hallar ese joven efebo en Buenos Aires, que satisficiera sus monárquicas nostalgias; algo de lo que, en concepto de tales hombres, constituye la sola base de una nación: los chirimbolos de que habla Carlyle. Tan superior se juzga, sin embargo, a todo lo que le rodea cuando llega a América, tan superior a sus compañeros de viaje sobre todo, que, al exponer su hoja de servicios, en 1818, dice: «A mi arribo a Buenos Aires, instruído el gobierno del mérito extraordinario de mis servicios, y habiendo obtenido su estimación, fué dirigida mi primera súplica a recomendar la persona de don José de San Martín, que había venido en mi compañía, cuya recomendación le abrió la puerta al mando en la carrera militar, sin embargo de ser un sujeto sin relaciones ni conocimientos en el país».

Pero fuera de la capital, ¿qué había de ver ese joven príncipe en estos países, cuya historia y estructura social le eran tan desconocidas, o más, que las del Japón? ¿Qué destino podía atribuirles en el universo? ¿Qué había de ver, sobre todo, en ese pobre Artigas de cincuenta años, hijo legítimo de la tierra americana, simple hombre honrado, que jamás había visto un príncipe en carne mortal, y que cruzaba las colinas de su patria con su pueblo indigente en hombros, todo manchado de sangre? ¿Había de reconocer un rey en ese pueblo, ni en pueblo alguno?

Comparad, artistas amigos, esas figuras, y no tendré que esforzarme mucho en demostraros las causas, mucho más sociológicas que políticas, de la lucha que vais a presenciar entre ellas.

Ya os creo felizmente habilitados, después de nuestras largas conversaciones, para contestarme sin vacilar la seria pregunta: ¿en cuál de esas entidades antagónicas veis vosotros el verdadero espíritu de la independencia americana iniciada el 25 de mayo de 1810? ¿En cuál de ellas hay luz de astro nuevo, si es que el sol de Mayo lo es?

III

Voy a daros un elemento más de juicio, para vigorizaros en la respuesta: es preciso que lo tengáis.

Recordaréis, quizá, la frase de Bolívar: «A la sombra del secreto no trabaja sino el crimen».

Los militares recién venidos a Buenos Aires adoptan, para comenzar su acción, el procedimiento tenebroso: fundan o reorganizan una especie de logia política secreta, cuyos miembros son reclutados principalmente en el partido que domina la acción popular: se llama la *Logia Lautaro*, y forma parte de un vasto organismo extendido en otras naciones, en Inglaterra especialmente, que es donde más se forja la desaparición, no ya del dominio político español, pero de la lengua, de la estirpe hispánica en el Nuevo Mundo. En los misterios de esa tal logia o conciliábulo se resolverán los destinos de los hombres americanos; los pueblos estarán sometidos a magistrados más lejanos que los de España, a los que nunca han visto. Es claro que el pobre Artigas, simple americano, no tendrá entrada en este Consejo misterioso. Ni Artigas, ni los pueblos.

La logia ha sido siempre y será monárquica; tiene iniciación, neófitos sometidos a un ritual, grados de

revelación política, en que el secreto va rasgando paulatinamente sus velos, hasta descubrirse, en su plena desnudez, al llegarse a la logia matriz. Si un hermano asciende al gobierno de un estado, no podrá tomar resoluciones graves sin consulta de la logia; no podrá nombrar diplomáticos, ni generales, ni gobernadores de provincias, ni jueces, ni funcionarios eclesiásticos, ni jefes de cuerpos militares. Un hermano que llega a general de ejército, o gobernador de provincia, tiene la facultad de crear logias dependientes, compuestas de menor número de miembros. El auxilio mutuo es de regla; la revelación del secreto de la existencia de la logia, por palabras o por señales, tiene «pena de muerte por los medios que se hallen convenientes».

Aquellos Cabildos, me refiero sólo a los Cabildos abiertos, bullentes plebiscitos que fueron el germen de la revolución de Mayo y de la de toda América, se han transformado en conciliábulos; los hombres más conspicuos de la ciudad occidental se afiliarán a la logia; los de la oriental, en cambio, le serán extraños, como todos los de las provincias. Los clubs y las tertulias políticas de Buenos Aires, donde antes se formaba la opinión por la discusión pública, se refundirán en la logia; la juventud bonaerense, sobre todo, caerá en sus fauces.

El primer presidente de ese sanedrín es el joven Alvear; San Martín va detrás, es vicepresidente; el alférez Zapiola, venido de Europa con los dos y con Chilavert, es el secretario; Monteagudo, Sarratea, Pueyrredón, y demás, forman en sus cuadros.

He ahí el viejo espíritu, el del viejo soberano, que viene a ahogar al nuevo recién nacido.

«San Martín, dice Mitre, creyó haber encontrado en la logia el punto de apoyo que necesitaba la polí-

tica. Alvear, con su talento de intrigas y sus ambiciones impacientes, se lisonjeó de tener en su mano el instrumento poderoso que necesitaba, para elevarse con rapidez.»

¡Pobre Artigas, el extranjero, el bárbaro!

IV

Y volvamos ahora a la historia, al momento en que Artigas, después de cruzar con su pueblo el río Uruguay, se posa con él en el *Ayuí*. El armisticio de octubre de 1811, que levantó el sitio de Montevideo y provocó el éxodo del pueblo oriental, se rompió muy pronto. El sitio se reanudó a fines de 1812.

¿Por qué se rompió el armisticio con España?... Es pueril buscar causas en detalle: se rompió porque, como antes os lo he dicho, ninguno de los signatarios obró allí sinceramente; había nacido roto. Para juzgar la historia, es necesario considerar las grandes masas de sucesos, y éstos se presentan muy claros en este caso. España y Portugal eran aliados naturales, como lo comprendéis; defendían su monarquía y sus colonias; pero eran también dos rivales, como lo era de ambas la amable Inglaterra, tan amiga de Fernando VII. «En este malhadado embrollo palatino, escribe Oliveira Lima en *Don Joao VI no Brasil*, cada cual procuraba engañar al otro, adversario o amigo, y el resultado final fué que todos se engañaron a sí mismos.»

Y así era, efectivamente: una *journée des dupes*, como dice el mismo Oliveira. Y es que no contaban con el tipo del caudillo popular, con *el héroe americano*, entidad nueva para ellos. Los portugueses invasores,

al celebrarse el armisticio de que hablamos (el de octubre de 1811), juzgaron que aquella revuelta estaba terminada; que la Banda Oriental, cuando menos, quedaría definitivamente en poder de Fernando el rey. De éste a doña Carlota o a don Juan VI la distancia no era grande, y podía ser salvada por los arreglos en la Santa Alianza, pues el portugués, mejor que nadie, conocía la disposición de Buenos Aires a arreglarse con las cortes, y a no hacer cuestión primaria de la Banda Oriental. Pero no contaron bastante, repitámoslo, con la presencia de Artigas, la realidad viva, el solo que no engañaba a nadie. Cuando vieron que se retiraba con todo su pueblo y con su ejército, con su ceño de soberano sobre todo, concluyendo alianzas con el Paraguay, dando sus órdenes directas a los caudillos populares, hablando a Buenos Aires como jefe de un estado amigo, los auxiliares de España se resistieron a cumplir lo pactado a regañadientes; no sacaban sus tropas de la Banda Oriental; hostilizaban al gran caudillo, que a su vez los rechazaba. Bien se dieron cuenta desde entonces, los muy sagaces, que muy poco o nada obtendrían con ganarse a Buenos Aires, mientras aquel hombre permaneciese en pie.

Los de Buenos Aires, por el contrario, aun abrigaban esperanzas en la docilidad de Artigas; lo llamaban *«nuestro general del Norte»;* le hacían saber la hostilidad de Vigodet y la amenaza del portugués contra él; lo estimulaban a la acción oportuna; lo reforzaban cuando, durante su marcha primeramente, y desde el Ayuí después, repelía al portugués, cruzaba el río en su busca, lo tenía a raya con sus formidables lanceros; concentraban en él, por fin, sus esperanzas y sus recursos.

Vigodet, a su vez, se queja a Buenos Aires de esa su protección a Artigas; el general Souza, el portugués, reclama con insolencia de la actitud de aquél como violadora del armisticio, y permanece en son de guerra en el Uruguay. Pero Buenos Aires, no sólo defendió los procederes del capitán oriental, sino que se dirigió al gobernador de Montevideo, exigiéndole que hiciera cumplir a su aliado portugués lo convenido; que lo obligara a retirarse del territorio. Vigodet, que, amén de su altivez española, ya contaba con una conspiración que Alzaga, su compatriota, preparaba en Buenos Aires, y no desesperaba de que los tercios del Perú se abrieran paso hasta el Río de la Plata, contestó con injurias y hasta envió corsarios a la vista de la ciudad. Esto último fué comunicado a Artigas sin tardanza, como lo fué a Galván, gobernador de Corrientes, para que se precaviese de un ataque fluvial; pero Galván no procedió sin antes pedir instrucciones al general oriental, instrucciones directas, protestándole «que sus deseos no son otros que los del acierto y felicidad de nuestra presente y grande empresa, en cuyo honor, no lo dude V. S., sacrificaré gustoso la existencia».

No había, pues, tal armisticio. Artigas tuvo razón, toda la razón, al no aceptar aquellos insidiosos tratados, y al fundarse sólo en el pueblo y servirle de núcleo.

Ése era el problema, la sola realidad. O se sigue adelante lo iniciado el 25 de mayo con la frente alta, o se vuelve atrás, pero de rodillas.

España tenía que reconquistar su acervo andino, y, para recuperar el virreinato del Plata, debía seguir y siguió el camino trazado por sus descubridores para conquistarlo: salir del Perú, bajar del Norte,



por los contrafuertes de los Andes, a las llanuras argentinas, cruzar éstas, y llegar a Buenos Aires, para reponer su virrey.

Salir de Buenos Aires, trepar los Andes, y llegar a Lima, era el camino contrario que tenía que hacer la patria americana.

En esos choques está el núcleo de las insuperables glorias argentinas. La gran patria occidental se abrirá camino hasta la sede del virreinato del Perú; trazará esa senda con un reguero de sangre de héroes. Ya habéis visto a sus ejércitos, después de la revolución de Mayo, luchar y vencer en *Suipacha*, allá en el borde del Alto *Perú*; los habéis visto después caer víctima de una traición en *Huaqui*, y dejar de nuevo abierto el camino hacia el Plata al invasor. Pero éste encontrará cerrada la senda en *Tucumán* (septiembre de 1812) y después en *Salta* (febrero de 1813), donde Belgrano, uno de los más amables corazones de América, dará a su patria plenitudes de gloria, y abrirá otra vez el paso a sus armas hacia el último baluarte andino.

Es muy grande ese flujo y reflujo de la llanura argentina, que va a escalar la cordillera, y choca en ella, y retrocede, y vuelve a chocar, haciendo espuma de sangre. *Vilcapugio* y *Ayohuma* (octubre y noviembre de 1813), allá en el Alto Perú, y *Sipe-Sipe* después (1815), serán rocas en que se deshará dos o tres veces más la onda de libertad, dejando penetrar de nuevo, hasta Jujuy y hasta Salta, el torrente español que baja de la montaña. Los caudillos argentinos, cuyo arquetipo es el formidable Martín Güemes, formarán entonces un baluarte de arena; gracias a ellos, el ejército español del Norte no llegará al Plata.

Y lucirá la estrella de San Martín, austral estrella.



Él desviará la marea ascendente de su cauce oblicuo hacia la meseta central del Perú, y la encauzará en línea perpendicular al eje de los Andes, que partirá con su espada. La espada de San Martín y la cordillera reflejarán la Cruz del Sur sobre la tierra americana.

Y por esa abra de nueva creación pasará el torrente a Chile, y caerá en Chacabuco (12 de febrero de 1817), e inundará a Santiago de libertad.

Y allí se arrojará en el mar. Y, como los grandes ríos que adelantan en el océano sin confundirse con él, el aluvión chilenoargentino, en el que irán muchos soldados orientales, de los que Enrique Martínez y Pagola serán honra y prez, irá en el mar, y asaltará triunfante el último peñón del dominio español en la América emancipada.

V

No es posible, pues, volver atrás en este año 1812 en que nos encontramos. *Alea jacta est*, como lo dijimos al principio. Es una ilusión del miedo o de la falta de fe toda solución intermedia; Fernando VII no escucha ni perdona. Buenos Aires está por convencerse de ello. Es fuerza continuar la heroica empresa iniciada el 25 de mayo de 1810, y que ahora exige, quieras que no, sin pérdida de momento, dos cosas bien claras: oponer una valla al ejército español que viene del Norte, de los Andes, en busca de su junción con el de Montevideo aliado al portugués; salirle al encuentro, si es posible. Pero, sobre todo, es preciso disponerse a esperarlo en el Río de la Plata, en Buenos Aires, si, como todos lo presumen, no es

posible entorpecer su avance. España viene a castigar.

Para lo primero, para la expedición al Norte, no se ve más hombre que Belgrano, pese a su carácter civil y a sus reveses. Se le confía, por tanto, el ejército que Balcarce ha dejado vencido en *Huaqui*, y cuyos restos, a las órdenes de Pueyrredón, son perseguidos por el general Tristán, sucesor de Goyeneche. Pero lo esencial en ese momento es lo segundo: la espera, a pie firme, del implacable invasor, por si Belgrano no lo detiene, como lo presumen todos. Para ello es preciso recurrir al levantamiento en masa del pueblo, de todo el pueblo rioplatense; es menester un militar; pero sobre todo un hombre, un prestigio, un caudillo popular inteligente. Y todo el mundo está perfectamente convencido de que no hay más que uno, uno solo, en el Río de la Plata: el vencedor de Las Piedras, Artigas, el que está con su pueblo en el *Ayuí*. San Martín y Alvear, recién llegados de Europa, son extraños al pueblo, y se ocupan en preparar la revolución, que pronto estallará; Castelli, Balcarce, Pueyrredón, no son más conocidos de las masas que los recién llegados, y vienen del Norte envueltos en el desastre; Belgrano, que ha ido a recoger los restos del ejército vencido, escribe de allá tales cosas sobre el odio que inspira a las provincias todo lo que huele a *porteño*, y tales sobre el estado de desorden y desaliento de aquellos hombres y soldados, que no quiero leeros lo que escribe, porque hace sangrar el corazón. Es ésta la hora angustiosa y suprema de que nos habla Sarmiento cuando nos dice que, *si los españoles rompen la valla del Norte, nuestro Bolívar hubiera sido Artigas*. Y es indudable que entonces nadie ponía en duda que la valla sería rota; nadie soñaba en el

espléndido triunfo que la abnegación milagrosa de Belgrano va a obtener el 24 de septiembre de ese año doce en *Tucumán*, contra las instrucciones de Buenos Aires, que piensa, ante todo, en defenderse.

El gobierno pone, pues, toda su esperanza en Artigas, en «*su general del Norte*», como le llama entonces, siquiera sea mientras no concluye los arreglos que tiene pendientes; en él concentra sus recursos, y estimula a los pueblos todos, al Paraguay especialmente, a seguir su ejemplo, a auxiliar a Artigas con todo cuanto tengan. Artigas es el vencedor de Las Piedras, y, sobre todo, es la garantía, que todos los pueblos aceptan, de que lucharán por su propia libertad. Él no tiene, por otra parte, el odio *al porteño* que ha visto Belgrano en las provincias del Norte; el pueblo porteño le es tan caro como los demás.

Pero no son sólo los pueblos los que creen en él; el triunvirato, formado por Chiclana, Sarratea y Rivadavia, escribe al capitán oriental, el 2 de enero de 1812, una carta llena de luz. Después de manifestarle el temor de que el español de Montevideo, con infracción de los tratados de Octubre, renueve las hostilidades e impida los trabajos que se están haciendo para enviar auxilios al ejército que aquél conduce, le dice: «*El Gobierno está satisfecho de los conocimientos, actividad y celo de V. S. por la causa de la patria*, y nada tiene que recomendarle, comunicándole solamente estas ideas para que, en presencia de ellas, combine el acierto de sus disposiciones, bien en cuanto al paraje en que haya de fijar su cuartel general, que deja a su arbitrio, bien en cuanto a lo demás correspondiente a su alta comisión, dando cuenta, con la posible brevedad, del plan que adopte

sobre el particular, para el debido conocimiento de esta superioridad».

Artigas está perfectamente penetrado de su alta misión; la siente en su conciencia; reconoce, por otra parte, lo necesario de *una superioridad* central, núcleo de vida y de acción. En cuanto al plan de campaña que se le pide, no necesita tampoco inventarlo; lo tiene escrito en su pensamiento como una obsesión, y lo transmite sin tardanza, el 15 de febrero, al triunvirato. Está fechado en el *Salto Chico*, y parece escrito sobre el arzón, sin apearse del caballo. Conocedlo, amigos; es el mismo que realizará más tarde: la salvación de Roma en Cartago, como le llamará Mitre.

«Ante todo, dice Artigas al gobierno, es preciso obrar sin tardanza; «todo parece gritarnos que ya es tiempo». Debo moverme inmediatamente, para llamar primero sobre mí la atención del español y desviarlo de sus proyectos contra Buenos Aires; pero tengo, al mismo tiempo, que distraer a su aliado el portugués, y, con ese objeto, invadiré antes de quince días el territorio de éste, el de las Misiones Orientales, que él nos detenta; ocuparé todos sus pueblos; levantaré en masa contra él todos sus habitantes. Comenzaré por apoderarme de las dos márgenes del río Uruguay; sin éste, nada pueden los portugueses en la Banda Oriental; con él, por parte de ellos, nunca podrán ser sino muy limitados nuestros proyectos. Con la conquista de las Misiones quitaremos al portugués, por otra parte, para siempre, la esperanza de poseer el Paraguay, cuyo concurso estoy pidiendo premiosamente, y espero conseguir entusiasta.»

«Los portugueses, agrega, tienen hoy el grueso de sus fuerzas en Maldonado, allá en el Sur; mi invasión al Norte los pondrá en un conflicto: o abandonan

nuestro territorio para acudir a mi ataque, o me esperan en Maldonado. Juzgo que optarán por lo primero, «por ser más natural acudir a aquella necesidad, y no mantenerse en territorio ajeno mientras los enemigos hacen la guerra en el propio». Pero si me esperan en Maldonado (y yo los buscaré allí no bien deje guarnecidas las Misiones con fuerzas paraguayas), todas las probabilidades son nuestras, pues allí, en mi tierra, contando como cuento con toda la población, y con el contingente que de Buenos Aires se me remita, no hay una sola presunción a favor del enemigo.»

«Y marcharé luego sobre Montevideo, dice el gran caudillo, que abrirá sus puertas, y no será menester la sangre para levantar en medio el pabellón sagrado.»

«Tal es el proyecto, termina, que presento a V. E.; no hallo en él la menor dificultad, según mis conocimientos de la campaña y de la táctica particular a que sus diferentes situaciones obligan.»

Pero hay en ese plan, que os expongo en extracto, algo que denuncia todo el pensamiento de aquel iluminado, amigos artistas. Ese *general del Norte* no cree que la misión que acepta del triunvirato, pero que tiene más alto origen, se limite a defender el Río de la Plata; él se siente, y se sentirá siempre, libertador de América; Montevideo, en su visión, es sólo un jalón de su jornada heroica, que termina en el Perú.

Para iniciar su plan sin tardanza, Artigas se dirige al gobierno del Paraguay, con el que ha estado y está en asidua correspondencia, y del que recibe apasionadas adhesiones; le pide por todo concurso la guarnición que necesita para conservar las Misiones, una vez que las conquiste, y lanzarse con todos sus ele-



mentos sobre el portugués y el español, dondequiera que se encuentren; le transmite el plan que se ha trazado y que ha comunicado a Buenos Aires; le pide «sólo 500 hombres, para ayudar a la toma de los pueblos de Misiones, primer objeto de mi plan»; le despierta, con frases vibrantes, la idea de la patria común, la de solidaridad de todos los pueblos americanos, la de lo inútil que sería pensar en la defensa aislada del Paraguay contra su natural enemigo, el portugués, y lo indispensable de la unión. Y, con ese motivo, escribe en esa su memorable nota:

«No lo dude V. S.; éste es el último esfuerzo de la América del Sur; aquí se va a fijar su destino... Con desprenderse V. S. de 500 hombres sólo hasta las Misiones, éstos quedarán allí de guarnición, según mi plan, y yo entonces no me veré en la necesidad de desprenderme de otra tanta fuerza, y podré marchar con la bastante sobre Montevideo y sobre el grueso del ejército portugués.»

Y agrega, por fin, para decidir al Paraguay a la acción abnegada y solidaria:

«Yo sé muy bien que la señal de ataque que yo dé es la última que va a oirse en obsequio de la libertad. ¡Momento terrible, pero muy glorioso, señor, si lo aseguramos! ¡Cómo doblarán las rodillas los déspotas! ¡Qué grado de grandeza no tomarán nuestras armas, *para arrancar, con otro solo golpe, la cadena que mantienen los opresores del Perú!*»

Esa nota, amigos míos, *aere perennius*, en la que veis la obra futura de San Martín y la de Bolívar proyectadas en el ensueño de Artigas, esa nota es de 13 de abril de 1812. No me sorprendería si me dijerais que Artigas se os aparece aquí como un alucinado; pero cuando conozcáis la carta que escribirá



a Güemes, en 1816, prometiéndole su apoyo, allá en el Norte, no bien se desembarace del portugués en el Sur; cuando, no sólo sin el apoyo de Buenos Aires y el Paraguay, sino con ambos en contra, realice el plan que ahora propone, y sólo sea vencido por la alianza de sus propios hermanos con el extranjero, entonces os convenceréis de que ese loco sublime es algo más que un loco. No en balde lo entrevió Sarmiento, el otro loco. ¿Conocía Sarmiento estos documentos cuando dijo lo que dijo sobre Artigas? ¿Los conocía Mitre cuando afirmaba primero no ver en éste sino germen de anarquía, y un enigma después?

Pero no podía ser; frente a la persona de Artigas, que es abnegación y fe, está la otra colectiva que hemos estudiado, y que es duda, vacilación, y será, por fin, apostasía. Nada la caracteriza mejor que su severo gesto para con Belgrano en esos momentos precisamente. Es del 10 de febrero de ese año 1812. Belgrano, antes de ser enviado al Alto Perú, es encargado de guarnecer la costa del río Paraná, amenazada siempre de las expediciones navales de Montevideo; y, sintiendo allí un momento el espíritu de Artigas, tiene, también él, una convulsión de locura; la única tal vez de su virtuosa vida: enarbola, en la fortaleza del Rosario, una bandera azul y blanca, la actual argentina, en substitución de la española, y la hace aclamar por sus tropas. El gobierno desautoriza y reprueba tal actitud, que califica de precipitada e imprudente, y le remite, con serios apercibimientos, la bandera que debe enarbolar: el oriflama español.

Nada sería eso, amigos artistas, si fuera sólo un medio de ocultar firmes y recónditas intenciones; pero si éstas existen realmente, que no lo creo, están allí prendidas con alfileres. Si queréis, para convenceros



de ello, adelantar algo en el conocimiento de los hechos, leamos esta carta, una entre mil, que escribe don Nicolás Herrera, que, con Rivadavia, es allí el hombre representativo, al general Rondeau, en 1817: «*He sido republicano mientras creí que la América podía y debía defender su independencia; dejé de serlo desde que conocí la inutilidad de sus conatos*... Sí, amigo, la América no puede gobernarse por sí misma; le falta edad y madurez, y jamás estará tranquila mientras no tenga al frente personas que impongan a los pueblos por la majestad del trono». En esa virtud, aconseja que se capitule con Pezuela, o que se negocie sin tardanza una composición con el gobierno español; que se vuelva a Fernando VII. Esa es la verdad que está en la conciencia de aquellos hombres: independencia es república; pero la república es imposible. Por eso es imposible Artigas. Rivadavia, a su vez, el Rivadavia que en estos momentos colgará al español Alzaga de la horca, escribirá también al ver que el Congreso de Tucumán vacila en sus resoluciones: «Nunca pensé que el Congreso demorara tanto en pronunciar sobre la forma de gobierno». Y aconseja, como Herrera, la monarquía, la vuelta hacia atrás, dada la ineptitud del pueblo americano para la vida.

¿Y qué decir de Alvear, que, después de ser Director Supremo, acude, una vez caído, al representante español en Río Janeiro, se pone a su servicio para restaurar el trono en América, y pide, en cambio, ser de nuevo acogido con indulgencia por el rey?

Aquel Artigas, pues, cualesquiera que sean sus condiciones militares o de prestigio, no sirve para el caso; Buenos Aires se ha equivocado al juzgar que es un Belgrano. Si llega a enarbolar una bandera, no la

substituirá por otra, y es preciso que no enarbole tal bandera. ¿Qué se hará de él si efectivamente triunfa en el campo? ¿Qué de aquellos pueblos vencedores a sus órdenes? La destrucción de Artigas y de su pueblo fué, pues, allí decretada, más aun que por los hombres por la fuerza de las cosas.

Una nueva circunstancia vino entonces a vigorizar el plan militar del general del Norte, pero también el político de sus émulos. España se ha dado cuenta de las miras de Portugal al invadir el territorio de su colonia, y ha acudido a Inglaterra. Interviene entonces de nuevo lord Strangford, el agente diplomático en Río, e incita al príncipe regente portugués a retirarse de veras de la Banda Oriental. Y así se hizo: un embajador de don Juan VI, Rademaker, fué enviado a Buenos Aires; la misma noche de su llegada, en mayo de 1812, concluyó con don Nicolás Herrera, secretario de gobierno, un armisticio, según el cual el aliado de España se separa de la contienda, y se va a su casa en buenos términos con Buenos Aires.

Los portugueses se han retirado, pues, para mejor ocasión. Sólo el español queda de enemigo en la Banda Oriental del Uruguay, tras los muros de Montevideo; es, por lo tanto, el caso de que Artigas y los orientales, con el auxilio de sus hermanos, vayan en busca de su capital.

Pero he aquí que todo ha cambiado, como no podía menos. Artigas, que ha dejado de ser persona grata a la Logia Lautaro, es separado por Buenos Aires del mando del ejército, y debe entregar sus fuerzas, todas ellas, a su sucesor enviado de la capital. Éste, el nuevo general, se presenta de sorpresa en el Ayuí, y diciendo que sólo llega a arreglar con Artigas la ejecución del



plan de éste. Va con el carácter de representante de la Junta, y con estrictas instrucciones, en junio de 1812. El ceño sombrío que advirtió Vedia al hablar de las buenas disposiciones de Artigas se ha clavado en éste directamente.

Pero ¿quién es ese nuevo general que ha aparecido en la capital para substituir con ventaja al vencedor de Las Piedras, y disponer de su ejército, del oriental inclusive? ¿Qué plan ha concebido en substitución del de Artigas?

El nuevo general no es tal general, ni cosa que se le parezca, amigos míos; es don Manuel de Sarratea, presidente de turno del triunvirato, persona civil, y la más menospreciada acaso por sus propios conciudadanos entre las malas personas de nuestra historia. Es el mismo, sin embargo, que, con Chiclana y Rivadavia, firmaba, hace dos meses, las notas a Artigas, las encomiásticas que acabamos de leer. Ya lo conoceremos ampliamente.

En cuanto al plan que lleva, en substitución del recibido de Artigas, se limita a proyectar un nuevo sitio de Montevideo, pero... sin Artigas, sin el pueblo oriental, que debe dejarse abandonado en el Ayuí sin recursos, indefenso si es posible. Montevideo debe ser expugnado por Buenos Aires y para Buenos Aires, que se reserva las prudentes soluciones que los sucesos impongan, que Artigas no aceptará, y que se están ya preparando.

La amarga sorpresa que esa aparición del nuevo general causa en Artigas y en su pueblo está consignada en la nota de aquél al gobierno, pero sobre todo en sus copiosas comunicaciones al del Paraguay; todas ellas destilan amargura y tristeza; no despecho, ni rencor, ni mala voluntad. Artigas se resigna; no



quiere sacrificar la causa de la patria común a sus resentimientos; quiere hacerse perdonar el delito de ser amado de los pueblos y de ser creído. ¿Será realmente su deber heroico para con la América el aniquilarse para siempre, y el entregar esos pueblos, el suyo inclusive, al arbitrio de quien predomine en Buenos Aires, Alvear, Pueyrredón, Herrera, Rivadavia?

Y aquel hombre meditó en su corazón.

En el nuestro debemos meditar nosotros hoy, hermanos artistas, si la historia ha de ser algo más que un cuento de niños. Es indudable que si Artigas se hubiera retirado de la escena en ese momento, la historia de América hubiera sido muy otra de lo que es. Esa su destitución oficial frente al enemigo, y cuando sueña en planes de gloria, tiene su analogía con la de Belgrano, que hemos visto, y con las que veremos de Rondeau y de San Martín y de varios otros; pero sólo analogía accidental. Las destituciones de San Martín, Rondeau, etc., serán sólo consecuencias del predominio del bando político A o B, fruto de las querellas y ambiciones del grupo a que ellos mismos pertenecen; pero ésta de Artigas es otra cosa. Artigas no forma parte de la oligarquía de Buenos Aires; su separación por ésta del mando del ejército, del oriental inclusive, es el primer choque de dos genios o espíritus antagónicos. *Genio infernal* será llamado Artigas en Buenos Aires. Veamos, pues, las manifestaciones del otro, del angélico, de que es conductor el nuevo general Sarratea.

Llegó éste al Ayuí, según dijimos, como capitán general de la Banda Oriental y representante del triunvirato. Con ese carácter, más o menos, había procedido Castelli a fusilar a Liniers y a los prisione-

ros de Suipacha. Eran algo así como aquellos delegados de los directorios de la revolución francesa en los ejércitos. Y bien recordaréis lo que de ellos decían los soldados de Bonaparte en las conversaciones del vivac. «Aquella gente de París, decían, no se entiende; es preciso que les pongamos allá a nuestro *petit caporal.*» Y allá lo pusieron, efectivamente, como sabéis; lo llevaron a París.

También aquí va a repetirse ese cuento, siempre nuevo y siempre viejo: el del tirano engendrado por la anarquía. Pero el *petit caporal* que está incubando la anarquía de Buenos Aires no ha nacido en Montevideo; no es Artigas, ciertamente. Éste no aspira a ser caporal en el estado de Buenos Aires, ni en estado alguno; pero quiere ser jefe del Oriental, porque así lo quiere su pueblo. Es lo único que exige; sólo pide que se respete en él lo que él respeta en los demás: el destino de su patria, cuya misión conoce.

Pero eso es precisamente, eso sobre todo, lo que viene a arrebatarle Sarratea: su carácter de jefe de los Orientales, de representante de un pueblo con misión propia. O sometido en absoluto, o enemigo; enemigo será mejor.

Triste problema es éste, que no han querido mirar de frente los que han pretendido resolverlo con llamar anarquía, caudillaje, barbarie, la obra de Artigas, y orden, patriotismo, civilización, la del áulico caudillaje de la comuna de Buenos Aires. No me parece necesario, amigos míos, analizar el desarrollo de ese proceso psicológico, desde el ceño sombrío con que se reciben los buenos informes sobre el jefe de los Orientales y su pueblo, hasta el momento en que Artigas recoge con pena, cuando ya no puede menos, el guante que se le arroja, para erigirse en

solo caudillo de la revolución de Mayo; pero es indispensable que nos detengamos en ello un momento, por más que ya lo estudiamos al principio.

En el infierno político de Buenos Aires se han esgrimido contra el héroe, para acordar su ruina, una mentira y una verdad: era una mentira que él pretendiera desconocer al gobierno central y arrebatarle la obediencia de los pueblos fanatizados por su enorme prestigio; pero era una verdad, toda la verdad, que, si bien quería ese gobierno como núcleo de unión y de armonía, no se consideraba ni estaba dispuesto a considerarse un simple general de sus ejércitos, obligado, como tal, a poner en manos de quien en Buenos Aires predominara, los destinos de los pueblos que en él confiaban, del propio sobre todo. Lo hubiera juzgado un crimen; todo lo noble que había en su alma se rebelaba ante esa idea de la sumisión incondicional a resoluciones secretas.

Y no ocultaba su pensamiento, por cierto; era éste tan claro antes como después de ser reconocido como «*nuestro general del Norte*». Su actitud ante los tratados de Octubre; su emigración con el pueblo; su plan genial de campaña, todo demostraba a aquellos políticos que ninguno de ellos podía contar con aquel hombre, como simple instrumento. Pero nada alarmaba más al triunvirato que el visible significado de las relaciones que Artigas cultivaba con el Paraguay, y que él mismo comunicaba a Buenos Aires como la cosa más natural del mundo. Buenos Aires había tratado, efectivamente, con el Paraguay, según sabéis, después de las derrotas de Belgrano, y le había reconocido su carácter de estado independiente aliado o confederado; pero eso era insincero y falaz; la oligarquía de Buenos Aires no puede creer en esa

personalidad del Paraguay, ni en la de ningún otro pueblo de su virreinato; aun los destinos de Chile y el Perú serán objeto de sus gestiones en Europa.

Pero Artigas, sí; él cree sinceramente en la soberanía del Paraguay como en la de Chile o el Perú; cultiva con el gobierno paraguayo una correspondencia copiosa y apasionada, en la que lo estimula a la unión y al esfuerzo común, como hemos dicho; lo incita a reconocer y secundar las iniciativas de la capital; le transmite, como a Buenos Aires, su pensamiento, su plan de campaña. El Paraguay, a su vez, de acuerdo en un todo con él, lo aclama como el hombre predestinado, le envía para su pueblo del Ayuí los recursos de que puede disponer: mandioca, hierba mate, tabaco, protestas de admiración y de amor sobre todo. El capitán Laguardia, que es su agente confidencial y conductor de todo, informa a su gobierno de cómo ha sido recibido, y se manifiesta apasionado por Artigas, «que es todo un paraguayo», según dice. «Fué tan general, agrega, la complacencia del ejército con la unión del Paraguay, y el general tan obsequioso y adicto a la provincia, que me tributó los mayores honores, que yo no merecía. A distancia de diez leguas del campamento mandó tres capitanes y a su secretario a recibirme y a acompañarme; a dos leguas, el mayor general y tres tenientes coroneles; y luego, el general con todo el Estado Mayor y la música, a distancia de dos cuadras, a pie, recibiéndome con un abrazo al encontrarnos.»

El ceño adusto de Buenos Aires se frunce cada vez más ante tales espectáculos, por más que los respetos de que es objeto por parte del capitán oriental son tan rendidos como sinceros. Sarratea, presidente a la sazón del triunvirato, se dirige al gobierno del Pa-

raguay y le dice: «La generosidad con que V. S. ha auxiliado a nuestro ejército del Norte, *que tan acertadamente dirige el general don José Artigas*, ocupa nuestra gratitud; pero...» El triunvirato prescribe que las comunicaciones sean directas con el gobierno central, no con el general Artigas, «a fin de no dar pábulo a la intriga y a la mordacidad». El gobierno paraguayo contesta diciendo que, en adelante, se evitarán tales comisiones; pero un nuevo emisario, don Marín Bazán, fué enviado a Artigas, y el triunvirato, después de secuestrarlo y registrarlo, reprochó su envío a aquel gobierno con dureza.

Y he aquí que el gran problema, tuétano de toda nuestra historia, se presenta en busca de un hombre capaz de darse cuenta de él. El gobierno del Paraguay contesta al central «que él ejerce un derecho al enviar sus misiones a Artigas, pues una provincia libre e independiente (y tal ha sido reconocida la del Paraguay en pactos solemnes) puede hacer alianzas y concluir tratados, sin estar obligada a dar cuenta a nadie de sus operaciones y pactos con otras aliadas; que ningún pueblo tiene el derecho de mezclarse en el gobierno de otro, pues sería hacer injusticia a su independencia el ingerirse a ser juez de su administración».

No había nacido, desgraciadamente, en la capital de nuestro virreinato, el hombre capaz de proponerse, cuanto y más de resolver, el tal problema: el de buscar *la resultante* de aquellas fuerzas sociológicas esenciales en desequilibrio. Ése hubiera reconocido en Artigas, si realmente se pensaba en la construcción de una nación nueva, el nexo entre el corazón y la cabeza embrionarios de aquel organismo, y procurado incorporarlo, cuando menos, al ente colectivo

del que, a falta de un héroe personal, se creía poder formar un núcleo de unidad, de continuidad, de vida orgánica.

Pero, no: no era sobre el procedimiento de realizar un propósito común sobre lo que versaba el antagonismo entre Buenos Aires y Artigas; era sobre el propósito mismo. La oligarquía no quiere la federación, porque la célula de que ha de formarse el organismo que concibe no es el pueblo. Si ha reconocido, en sus tratados con el Paraguay, la persona federativa de éste, lo ha hecho sólo para salir de un paso difícil y habilitarse para mejor aniquilarla. Artigas, por el contrario, cree en el pueblo; no cree en otra cosa; quiere *incorporar a él*, como una levadura, el concurso de los pensadores y letrados; pero como una levadura, no como un reactivo.

En cuanto al Paraguay, allí sí que había nacido un hombre; pero era don Gaspar Rodríguez de Francia.

Fué un bien triste momento, os lo aseguro, áquel en que el triunvirato, en la alternativa de reconocer o aniquilar al hombre sincero y fuerte, *al héroe*, optó por lo segundo: por aniquilar a Artigas, decapitando al pueblo. Así lo hizo: envió a Sarratea con tal objeto. Vamos, pues, a ver cómo procede el nuevo capitán general para llenar su deplorable comisión.

El plan de Sarratea es el siguiente: destruir el poder militar de Artigas, diluyendo su ejército oriental en el que aquél lleva de Buenos Aires; marchar con éste a poner sitio a Montevideo, dejando en el Ayuí al pueblo expatriado, sin recursos de vida ni de locomoción, con los pocos restos de ejército que puedan permanecer fieles al caudillo, y que suponen serán insignificantes; aquel pueblo acabaría por morir de

inanición. Se restablecería así el asedio interrumpido por los tratados de Octubre; pero como un medio de renovar éstos con más eficacia que la primera vez; sin el obstáculo de Artigas y de su irreductible pueblo. Era preciso tomar la capital oriental; pero no para los orientales, ni siquiera para América, sino para Buenos Aires, y en apoyo de los planes de su logia.

La actitud de Artigas ante lo que la historia ha llamado «*las intrigas del Ayuí*», fué de una serenidad de esfinge. Bien sabía, cuando llegó Sarratea, que el nuevo general no era su amigo, pues sus agentes en Buenos Aires, cuyas cartas hoy poseemos, lo tenían al corriente de lo que allí pasaba, sin excluir informarlo del partido de que gozaba en el mismo pueblo de Buenos Aires, y de los conatos de revolución que en su favor se sentían en aquel pueblo, y que serán dominados a fuerza de engaños sobre sus ideas e intenciones. Pero Artigas jamás creyó que entre las de su enemigo estuviera también la de atentar contra su vida, lo que confirmó muy pronto. El jefe de los Orientales reconoció, pues, e hizo reconocer por su ejército al nuevo general, y esperó sus órdenes. «Yo pude, escribe después al gobierno central y también al del Paraguay, yo pude, cuando todos me obedecían en el Ayuí, rechazar a Sarratea; pero no lo hice, en obsequio de la causa de América. Sólo exigí entonces que se me dejase al frente de mi pueblo y de mi ejército; sólo eso.»

Muy pronto los hechos denunciaron a Artigas el peligro, y le marcaron su deber con claridad. No era el sitio de Montevideo lo que más preocupaba al nuevo general. Acampado en el *Arroyo de la China*, pasaba los días y las noches en fiestas y diversiones



que contrastaban con las penurias del pueblo del Ayuí; pese a las reclamaciones de Artigas y a las propias instrucciones, no enviaba a éste socorro alguno; aquel pueblo, abandonado expresamente, se moría de miseria. Son conmovedoras las palabras con que Artigas habla de eso al Paraguay. «El hambre, le dice, la desnudez, todos los males juntos han vuelto a señalar nuestros días mezclando las lágrimas en nuestro alimento, al sentir el peso de la ingratitud de los hombres. Nuestros afanes, pérdidas y sangre compraron la tranquilidad de todos; nuestras familias han perecido en la miseria o recibido el decreto de orfandad... Hemos visto ya los frutos, y dado a nuestra historia ese período admirable, que debe estremecer a la posteridad más remota.»

Pero si no llegaban socorros, llegaban, en cambio, al Ayuí las dádivas munificas de Sarratea a los jefes militares que juzgaba predispuestos a la apostasía. «A fuerza de oro, dice Mitre, anarquizó el ejército de Artigas.» Sí, es verdad; veréis a éste llorar más adelante, cuando recuerde esas traiciones de sus amigos, de Vázquez especialmente: lo abandonaron entonces varios de sus capitanes: Valdenegro, ese Ventura Vázquez, que se fué con el magnífico escuadrón de blandengues confiado a su lealtad; Baltavargas, Viera, el que estuvo en el *Grito de Asensio*, y que pronto morirá en las filas españolas luchando contra la patria en la batalla de Salta, y que se llevó 800 hombres...

Vanas fueron las reclamaciones de Artigas; Sarratea se reía de sus iras grandemente. Más que de éstas, estaba preocupado de la política interna de Buenos Aires, en que se incubaba la revolución o motín acaudillado por San Martín y Alvear; pensó en volver, con ese motivo, a la capital; pero estallado el motín,

en octubre de ese año, en que caen Rivadavia y Pueyrredón, declarados «dos monstruos políticos, reos de la patria por haber atentado contra la libertad y aspirado a la tiranía y a renovar sin pudor la más vil y criminal facción», y dueño de la situación el joven Alvear, Sarratea, grande amigo de éste, creyó que el momento de reanudar el sitio de Montevideo había llegado, pues Artigas quedaba destruído. Envió entonces su vanguardia, al mando de Rondeau, a establecer el sitio, y detrás se puso él mismo en movimiento con el ejército.

Pero Sarratea se equivocaba cuando creía que Artigas estaba aniquilado para siempre; se equivocaba de medio a medio. El gran caudillo ha quedado en pie, y en torno suyo están sus fieles, sus escogidos: Rivera, Lavalleja, Manuel Francisco Artigas, Blas Basualdo. Y también Otorgués. Y el pueblo todo, el sacrificado Pueblo Oriental, lo mira y lo aclama a gritos, como si hubiera perdido la razón. Y sigue tras él, en busca de la patria.

Sarratea ha pensado en cumplir hasta el extremo sus instrucciones: apoderarse de Artigas, y, si eso no fuera posible, matarlo; veréis más tarde cómo insinúa a Otorgués la misión de ejecutor de las sangrientas justicias de Buenos Aires. ¡Matar a Artigas! Ni siquiera se atrevieron. Tenían más miedo de matarlo que él de morir. Él lo supo todo; devolvió entonces a Sarratea, con un altivo oficio, los despachos de coronel que había recibido de Buenos Aires, y, con sólo el otro carácter, el de Jefe de los Orientales, emprendió el regreso a la patria, con todo su pueblo, detrás de su enemigo.

Es un espléndido regreso, por cierto, ese del Pueblo Oriental después de su expatriación, detrás del ejér-



cito de Sarratea. Aquellos hombres y mujeres no se acordaban de que eran mortales mientras veían a Artigas con ellos; no se acordaban de que eran mortales, aunque muchos de ellos parecían muertos. Que si penosa fué la ida, la vuelta no le fué en zaga: los mismos sacrificios, pero también la misma resolución heroica. La selva con sus raíces se ha puesto, pues, de nuevo, en movimiento a la luz de las estrellas polares. Artigas, envuelto en su nube, camina, al paso de su caballo, al frente de su multitud; tiene fija la mirada interna en su pensamiento, y sus ojos en las retaguardias del ejército de Sarratea que va delante del suyo, y al que alcanzan sus extremas vanguardias de lanceros.

La de Sarratea, al mando de Rondeau, como hemos dicho, llega, por fin, a Montevideo; acampa frente a las murallas, en el *Cerrito;* detrás va Sarratea, con su ejército y su corte, Valdenegro, Viana, Cavia, Figueredo, el coronel Viera, Vázquez. Y detrás, por fin, siguiéndole los pasos, va caminando Artigas lentamente, como una nube o un remordimiento que truena. Acampa Sarratea en el camino, y en el camino acampa Artigas; reemprende aquél la marcha, y tras él se sienten los pasos del otro; llega el primero al *Cerrito*, donde lo espera Rondeau, y allí cerca, en Santa Lucía, se oyen los clarines orientales que tocan atención, y los caballos que piafan, y la voz de Artigas que ordena.

Sarratea comienza a creer que se ha equivocado. Artigas no está muerto. Cinco mil soldados orientales esperan la voz de su corneta de órdenes.

Y el Pueblo Oriental está vivo también.

VI

Rondeau llegó al *Cerrito*, frente a Montevideo, el 20 de octubre de 1812, y allí encontró ya a Culta, uno de los caudillos de Artigas, que, con un puñado de gauchos, lo asediaba desde el 1.º de junio. Rondeau, reconociendo los servicios de Culta, lo promovió al grado de capitán.

Y allí se libró inmediatamente, dos meses después, la segunda gran batalla del Río de la Plata, la del *Cerrito*, hermana de la de *Las Piedras*, una espléndida batalla, por cierto.

Es preciso que hablemos un rato de ese combate del *Cerrito*, con que se inicia el segundo sitio de Montevideo, antes de la llegada de Sarratea.

Iba a decir, amigos artistas, que lo que allí triunfó fué la ausencia de Artigas. Pero, no: allí triunfó Rondeau; suya es la gloria. ¡El bravo Rondeau, el buen Rondeau! Era casi un grande hombre; en el Cerrito fué un gran capitán, un valeroso soldado de la patria.

Los españoles, sitiados por segunda vez, notaron la ausencia de Artigas entre los sitiadores. Rondeau estaba solo, y lo creían escaso de elementos. Lo suponían también, y no sin fundamento, desprevenido, en la noche del 30 de diciembre de 1812. Y, en la mañana del 31, abrieron las poternas de la fortaleza, y salieron resueltamente, a buscar el desquite de *Las Piedras*, con las banderas desplegadas, y formando tres legiones. Eran 1.600 soldados y ocho piezas de artillería. ¡Los valientes tercios españoles!...

Aún no había salido el sol. Los sitiadores dormían; algunos centinelas tomaban mate. Los animosos si-

tiados sorprendieron y arrollaron las avanzadas orientales; apresaron en ellas a Baltavargas; deshicieron el batallón número 6, núcleo principal de la vanguardia, en la misma falda del Cerrito; barrieron con todo cuanto se opuso a su paso de vencedores, y escalaron la cumbre de la abrupta colina, en la que clavaron el pabellón español.

Las campanas de Montevideo, cuyos habitantes presenciaban la acción desde las blancas terrazas o azoteas, comenzaron a cantar victoria; las salvas de la ciudadela y del cerro saludaron al pabellón triunfante, que se proyectaba a lo lejos sobre el cielo. Pero la canción del hierro cesó pronto; los colores españoles se vieron substituídos por los de la patria en la cumbre del Cerrito. Rondeau, que, enardecido y hermoso como un ágil espíritu del fuego, había conseguido rehacer los batallones dispersos, llevó personalmente una carga a la bayoneta; escaló la cumbre con su bandera. Volvió a ser desalojado por el bravo Vigodet, y volvieron las torres de la ciudad a cantar su aleluya; pero de nuevo enmudecieron, para no volver a sentir alegrías españolas.

Los veteranos asaltantes conservaron su posición largo tiempo; pero los fuegos de la infantería patriota, y las cargas inverosímiles, absurdas, de las caballerías, que volaban como bandadas de pájaros irritados en torno de la colina, los obligaron a desalojar ésta, y a emprender, a las diez de la mañana, una desastrosa retirada hacia la plaza, cuyas puertas se cerraron tras ellos con estrépito. Muchos caídos quedaron en el campo, muchos; entre los muertos estaba Muesas, el bizarro brigadier español, que, envuelto en su noble bandera, y tendido en su lecho de fusiles, recibió los honores del regreso majestuoso. *Gloria victis!*

Aquella colina, que vemos los montevideanos desde nuestras casas, se llama, desde entonces, *Cerrito de la victoria.*

El 26 de febrero, dos meses después de la batalla, llegaba Artigas con sus orientales a la línea sitiadora. Después veremos cómo y por dónde llegó, y cómo y por qué no estaba allí Sarratea felizmente. Artigas y Rondeau se abrazaron en la cumbre del Cerrito, entre el alborozo de la multitud. Eran el Pueblo Oriental, de regreso en la patria, después de su bíblica emigración, y el Occidental, de vuelta a su puesto de honor y sacrificio en pro de la causa americana.

Montevideo, con los codos sobre sus ya tambaleantes murallas, con la cabeza entre las manos, y con los ojos de sus trescientos cañones, mudos y atónitos, clavados en las vagas lejanías azules, miraba aquellos dos hombres que se abrazaban a lo lejos: el inexpugnable Artigas; el buen Rondeau.

Y el Montevideo español, sin perder el brío que tiene en la sangre, y que ha de manifestar en veinte meses de asedio riguroso, ve desvanecerse en el aire su esperanza, como la última estrella, muerta por sumersión en la luz.

¡Las Piedras y el *Cerrito!*

CONFERENCIA XI

EL PENSAMIENTO DE ARTIGAS

Mil ochocientos trece.—Artigas regresa a la patria con su pueblo.—Separación de Sarratea.—Nueva tentativa de seducción.—Artigas emprende la organización del Estado Oriental.—La Asamblea Constituyente de Buenos Aires.—Los diputados Orientales.—Las formas de su elección.—El Congreso del Peñarol.—Discurso de Artigas.—Declinación del sol de Mayo en América.— Las memorables Instrucciones de 1813.—La visión de Artigas.—Rechazo de los diputados orientales en el Congreso.—Se ordena levantar el segundo sitio de Montevideo.—Segundo Congreso en la Capilla de Maciel.—El alcalde de Zalamea.— Artigas se retira de la línea sitiadora.—Salva la democracia.—La bandera tricolor.—El Quijote siniestro.— La sentencia de muerte contra el héroe y su pueblo.—«Segno d'immensa invidia...»

I

Amigos artistas:

El segundo sitio de Montevideo va a durar veinte meses: del 20 de octubre de 1812 al 23 de junio de 1814, en que la plaza caerá en poder de los sitiadores. Artigas lo sostendrá personalmente quince meses, hasta el 21 de enero.

Ya os he hecho mirar especialmente a vuestro mo-

delo, amigos artistas, en sus actitudes marmóreas; he procurado haceros aprovechar los momentos en que adquiere todo su carácter, su expresión intensa, su movimiento estético.

En este año 1813, desde el momento en que se incorpora al segundo sitio, hasta el en que se retira de él, en enero de 1814, cobra Artigas todas sus proporciones. Su pensamiento solar brota, ya conglomerado, de la sombra caótica, y, separando las tinieblas de la luz, empieza a regular los días y las noches.

Pero antes de verlo incorporarse al sitio, donde se ofrece en la plenitud de su significado histórico, conviene sepamos cómo y por dónde desaparece de esta escena el general Sarratea; es un episodio que tiene interés, por lo mucho que nos definirá los caracteres principales de nuestro drama.

La ruptura del agente del triunvirato con Artigas en el *Ayuí*, y su marcha sin él, que conocemos, han producido en la capital una malísima impresión. Uno se convence, al analizarla, de que el pueblo de Buenos Aires, el *héroe anónimo* del 25 de mayo, es tan de Artigas como el que más; así lo comprende y lo dice el gran caudillo, y así lo siente, aunque no lo dice, la logia gobernante. Ésta, ante la clamorosa protesta popular, y noticiada de la fuerza que aquél conserva y acrece cada día, intenta un avenimiento. No lo mueve menos a ello, dicho sea de paso, el temor al español que viene del Norte; el inesperado triunfo de *Tucumán*, obtenido en septiembre de 1812, está muy lejos de haber conjurado ese peligro, que reaparecerá muy pronto, efectivamente, cuando los desastres de Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe cierren de nuevo los horizontes abiertos en Tucumán y Salta.

El triunvirato, pues, el surgido del motín de Octu-

bre, acuerda entrar en negociaciones con el Jefe de los Orientales, desagraviarlo, ofrecerle garantías. Y, con ese objeto, elige como mediador, en hora menguada, al sargento mayor de granaderos don Carlos de Alvear, que, con el coronel San Martín, ha sido el protagonista de la reciente asonada triunfante. El joven hidalgo parte en busca del viejo, *del gaucho Artigas* (que así le llamaba), con la seguridad de reducirlo por el prestigio de su presencia y de su palabra; lleva, además, una carta de Rivarola, amigo personal del prócer oriental, en que aquél lo recomienda «*como enteramente adicto a V. S. y a sus pensamientos*», y le aconseja «entera confianza, pues el pueblo de Buenos Aires es todo de Artigas». El mismo enviado de paz, por su parte, escribe a éste, desde el Arroyo de la China, una carta apasionada: «Tengo que comunicarle cosas que le serán satisfactorias, le dice en ella; espero con ansia el momento de conocer a un patriota como el general Artigas», agrega. Y le pide una entrevista en Paysandú, pues no puede seguir más adelante, a causa de una caída del caballo.

Para que conozcáis, amigos, la impresión que ese envío del presidente de la *Logia Lautaro* no puede menos de causar en Artigas, ved lo que éste escribe con ese motivo al gobierno del Paraguay: «No hay duda de que ellos harán todo esfuerzo por llenar sus miras sobre mí... V. S. conoce bien cuál puede ser el espíritu que anima a esos hombres, guiados sólo por una ambición desmedida».

Bien me sé, amigos, que, por ahora, lo primero que se nos ocurre, al oir esas palabras, es el tachar a Artigas de suspicaz; pero ni un vestigio nos quedará de esa primera impresión. Él no se resistió a tratar con Alvear, por más que, respondiendo a una invitación

del gobierno, había mandado ya a Buenos Aires un representante, el oficial Fuentes, con la expresión razonada de sus agravios y las bases de un razonable arreglo. El gobierno recibió a éste con viva complacencia; el pueblo, con entusiasmo; ese *populacho* exigía como indispensable la incorporación de Artigas al sitio de Montevideo en unión con las tropas auxiliares; reclamaba su concurso como caudillo popular ante la amenaza del español que venía del Norte. Era tal y tan resuelta la actitud de aquel pueblo hacia el que llamaba «brigadier Artigas», que llegó a temerse una revolución, y sólo se le aplacó haciéndole entender que el Jefe Oriental y Sarratea estaban ya reconciliados y unidos.

Pero he aquí que aparece Alvear, el nuncio de paz. No habiendo obtenido con la debida premura la entrevista de Artigas, se volvió despechado a Buenos Aires; ni siquiera tentó la que aquél esperaba en el Salto, y que le fué anunciada por Sarratea; le bastó con saber, como lo supo a ciencia cierta, que jamás llegaría a hacer su instrumento de aquel hombre nuevo para él. Llegado a la capital, pintó al caudillo como a un energúmeno irreductible; nada podía esperarse de aquel bárbaro, que rechazaba toda idea de gobierno; nada debía hacerse que no fuera aplastar en él la anarquía, y sin pérdida de momento. El desatentado joven llegó hasta a exhibir documentos apócrifos de Artigas y de sus comandantes de división, que aquél supone fraguados en el Arroyo de la China o en Buenos Aires; todos iban refrendados por Sarratea, que era una sola persona con Alvear.

Inútiles fueron los esfuerzos de algunos hombres juiciosos, Larrea y el vocal Peña entre ellos, para neutralizar aquella trama mentirosa; Fuentes, el en-

viado de Artigas, fué encarcelado, y consiguió evadirse, llevando a su jefe la noticia de lo acaecido. Es éste quien, en nota al gobierno del Paraguay, nos narra todo eso con amargura.

La misión de Alvear no ha hecho, pues, otra cosa que dar salida a la realidad y precipitar la solución inevitable. Artigas, que sigue de cerca a Sarratea, cuyas intrigas conoce, y que ve crecer su propio ejército de día en día, se siente con fuerzas sobradas para romper hostilidades con el auxiliar; pero, no; ese ejército no es su enemigo, sino su hermano; el enemigo está en la logia. «Si el pueblo de Buenos Aires, escribe, en nota de 21 de septiembre al gobierno del Paraguay, cubierto de las glorias de haber plantado la libertad, conoció la necesidad de transmitirla a los pueblos hermanos por el interés mismo de conservarla en sí, su mérito puede hacer su distinción; pero nunca extensiva a más que a revestir del carácter de *auxiliadoras* a las tropas que destine a arrancar las cadenas de sus convecinos.» «Ahora, *el derecho abominable de conquista* es lo que se presenta por fruto a nuestras tropas, y por premio de servicios que reclaman el reconocimiento de toda la América libre.»

Artigas se limita, pues, en este momento, a hacer sentir su fuerza y a intimar a Sarratea su retiro personal. «El pueblo de Buenos Aires, le dice en nota de 25 de diciembre, es y será nuestro hermano; pero no el gobierno actual. Las tropas a las órdenes de V. S. serán siempre el objeto de nuestras consideraciones; pero no V. S.»

Sarratea tiene que ceder, siquiera aparentemente; promete a Artigas su inmediato retiro, y, para garantir su promesa, y por indicación que le hace don To-

más García Zúñiga, envía al campamento de aquél, sobre el río Yi, una diputación de ciudadanos que convengan con él las condiciones de arreglo. Éste se concluye, el 8 de enero de 1813, «en el alojamiento del ciudadano Jefe de los Orientales, don José Artigas, por los coroneles Cáceres, Báez, Romero y Medina, y los ciudadanos José A. Sienra y Tomas García Zúñiga. Sarratea, según ese *Convenio del Yi*, hará la dimisión del mando, como lo ha prometido; se retirará con sus parciales, Valdenegro, Vázquez, Figueredo, Cavia, Viera, y será substituído por Rondeau; las divisiones todas, sin exclusión de una sola, incluído el regimiento de blandengues, estarán bajo las inmediatas órdenes de Artigas; las tropas de línea venidas de la capital serán consideradas *ejército auxiliar;* la soberanía particular de los pueblos será precisamente declarada y ostentada como objeto único de nuestra revolución; se publicará con toda solemnidad, en uno y otro ejército, la transacción acordada, castigándose con las penas que impone la disciplina militar todo cuanto tienda a renovar el resentimiento pasado».

Artigas juzga terminadas para siempre las desavenencias entre los pueblos platenses; con infantil sinceridad depone todos sus resentimientos; su satisfacción y su esperanza se revelan en la proclama con que comunica el feliz arreglo a sus compatriotas. «¡Gloria eterna, dice en ella, a los bravos orientales! Nuestra horrible desunión ha terminado. Ahora temblarán los tiranos, viéndonos abrazar con nuestros auxiliares... Erijamos un monumento a esta conciliación feliz, que, reuniendo el objeto de todas nuestras pretensiones, sofoca nuestros resentimientos y nos abre la época de presentarnos con dignidad... Ved aquí los tratados que van a sancionarse. Esta

unión sacrosanta hará felices nuestros esfuerzos... Saludemos nuestra unión, fiemos sólo a ella el día venturoso de nuestra dignidad futura, con que tiene la satisfacción de felicitaros vuestro paisano. — José Artigas.»

¡La tenaz ilusión del héroe! ¡Creer que la oligarquía de Buenos Aires puede conciliarse sinceramente con su pensamiento, y mirarlo con respeto! Ese *Arreglo* o *Convención del Yi* es hermano de los *tratados* celebrados por Belgrano con el Paraguay.

La actitud de Sarratea desde ese momento es de una doblez desgraciada. Impuesto de lo acordado en el Yi, dice a Artigas que lo único que considera esencial en tal acuerdo es su retiro personal, y que está dispuesto a cumplir con esa cláusula; que ha presentado su renuncia al gobierno, y «le ha suplicado con reiteración que la acepte y lo autorice a entregar el mando a Rondeau». No era verdad. La anunciada resolución superior no llegaba. Artigas entonces, para urgirla, ordena a Rivera, su capitán, que arrebate al ejército de Sarratea sus caballadas y bagajes e intercepte sus comunicaciones. La medida produjo inmediato resultado. Sarratea diputa apresuradamente a los coroneles French y Rondeau ante Artigas, previo dictamen de todos sus jefes; los nuevos parlamentarios reiteran y ratifican lo acordado en el Yi, saliendo garantes personalmente de su cumplimiento, *al que ligan su honor militar*. Artigas depone de nuevo su actitud hostil; no desea otra cosa.

Pero he aquí que no pasan quince días, y el bueno de Sarratea descubre todo su intento; el 2 de febrero, creyendo haber minado, con nuevas seducciones y sobornos, las fuerzas de su enemigo, hace estallar un bando fulminante contra el Jefe de los Orien-

tales; era en los momentos, precisamente, en que partían para Buenos Aires los comisionados que éste enviaba para dar forma definitiva al concertado arreglo.

«El Gobierno Superior Provisional de las Provincias Unidas, dice el bando, *a nombre del señor Fernando VII*, y, en su representación, el señor excelentísimo general en jefe de la Banda Oriental, don José de Sarratea, en consideración a los grandes perjuicios que ha experimentado este territorio por la bárbara y sediciosa conducta del traidor a la patria José Artigas, ha tenido a bien expedir un indulto general en la forma y capítulos siguientes:...» Se indulta allí a todo el mundo, cualquiera que sea su delito, con la sola condición de que abandone a Artigas y se acoja a las filas de Otorgués... En ese mismo día, 2 de febrero, escribe una carta interesantísima a este Otorgués, segundo de Artigas; en ella lo proclama lleno de las virtudes «de un verdadero patricio», y, en nombre del Superior Gobierno, representante a su vez del señor Fernando VII, lo autoriza a proceder «del modo que halle por más conveniente, y a tomar las medidas que crea mejores *para castigar al rebelde de la patria José Artigas*». Y le promete villas y castillos... Y le regala las pistolas, dos hermosas pistolas, con que ha de castigar a su deudo y general.

Para bien apreciar este episodio, amigos artistas, conviene nos detengamos a conocer bien a este Otorgués, en cuyo soborno busca su apoyo el presidente del triunvirato bonaerense, representante de Fernando VII. La figura de ese capitán de Artigas, su más próximo secuaz, no podía faltar en esta nuestra animada tragedia; en las creadas por el ingenio y la

fantasía interviene siempre ese carácter determinante de la eterna antítesis; Shakespeare hubiera hecho de Otorgués un Macbeth gaucho con ribetes de Yago o cosa así. Lo veis ahora elegido por Sarratea como el más predispuesto a la traición; muy poco después lo buscará y, lo que es peor, lo encontrará Vigodet, el español, como aliado suyo contra Buenos Aires y aun contra la causa americana; será más tarde Pueyrredón, el otro bonaerense, quien lo hallará de nuevo dispuesto al atentado contra su general; hasta el príncipe regente de Portugal, y la infanta Carlota, y el embajador español andarán con él en dimes y diretes.

Fernando Otorgués es un interesante personaje; si bien de origen patricio y de pura cepa española, se ha formado en la vida de los campos, en que casi ha olvidado su primera mediana educación; se ciñe los muslos con el *chiripá* de bayeta colorada, y se calza la *bota de potro* con enormes espuelas *lloronas*. Con las boleadoras o con el lazo que revolean zumbando sobre su cabeza, agitados por su brazo formidable; con el caballo a la carrera detrás del potro salvaje; con el sombrero en la nuca y el barboquejo en la boca resonante, es el *gaucho* clásico de nuestra leyenda, cuya voz atiplada, parecida al grito de un pájaro de presa, conocen y obedecen los potros y los hombres, y hasta el viento de las colinas. Es de elevada estatura; sería esbelto de formas, si su aire *gauchesco* no quebrara la euritmia de su cuerpo flaco y fornido; se trenza el pelo rubio, color de cáñamo; es diestro jugador de *taba*, muy locuaz, muy dado a las interjecciones españolas. Si con la terrible daga, de empuñadura y vaina de plata, hace una raya en el suelo, nadie se atreve a pisarla. Es *payador*, es decir, improvisa coplas que canta en

la guitarra... Cuenta la tradición que, durante el segundo sitio, solía llegarse hasta la reja de su novia, dentro del recinto fortificado, a darle serenatas; y que, en una ocasión, sorprendido allí por una ronda o patrulla, tapó con el poncho la cabeza de su caballo enjaezado de plata, le clavó las espuelas rechinantes y, riéndose a carcajadas de los disparos que sobre él se hacían, saltó el foso de la trinchera de un salto inverosímil, con la guitarra terciada a la espalda, y golpeándose la boca llena de gritos.

Pero bajo esas rústicas apariencias, se agazapa un político instintivo, ambicioso, solapado, inteligente. Es pariente cercano de Artigas, lo que contribuye a su prestigio; siente la superioridad de su deudo, y aparenta respetar como nadie su autoridad; pero, allá para sus adentros, se juzga tanto o más que él. Y nada tan claro como la razón de su juicio. Otorgués, como tantos otros, no ha podido percibir el secreto de aquella autoridad; cree que sólo estriba en lo que él, diestro jinete, formidable lancero, despreciador de la vida propia y de la ajena, puede disputarle con evidente ventaja; está, pues, convencido de que puede substituirlo, y vive en acecho, día y noche, de las ocasiones propicias. Artigas tiene debilidad por su selvático primo; y, sea por eso, sea porque necesita de su brazo, lo reprende y lo considera; lo castiga y lo perdona; ve sus infidencias, y no se decide a creer en ellas. La eterna historia de Sansones y Dalilas.

Otorgués tiene el cabello rubio como Artigas, según dijimos; los ojos más claros, casi incoloros; la tez blanca; pero nada de los modales finos de su deudo, que hacen notar los que conocieron a éste. Es desdeñoso de toda urbanidad; brutalmente imperioso y

sarcástico; su carcajada es un insulto, su sonrisa un puñal. Ostenta exageradas esas cualidades externas, mientras forma su prestigio entre las multitudes semi-bárbaras que conduce; pero cuando sea gobernador de Montevideo, y lo será pronto, lo primero en que pensará será en mandarse hacer una levita, en guarnecer de oro su uniforme de coronel, y en hacerse preparar un alojamiento lujoso en el Fuerte. Bien es verdad que ya entonces habrá estado en correspondencia diplomática, por su cuenta y riesgo, con Vigodet, el gobernador español, con Romarate, el marino, con el príncipe de Portugal, con el embajador de España y con la serenísima infanta de Borbón.

Las ambiciones de Otorgués fueron grandes, no hay duda; este Macbeth gaucho, con sus ribetes de diplomático florentino, vió las tres brujas que le salieron al encuentro de entre los camalotes del arroyo *Pantanoso* o del de *Casupá*. «¡Tú serás rey! ¡Tú serás rey!» Bien sabemos que esas tales brujas por todas partes andan. Las que soplaron en los oídos de Otorgués son las mismas que llenarán de vientos las cabezas de otros capitanes del héroe; la de López, en Santa Fe, por ejemplo; la de Ramírez, sobre todo, en Entrerríos. Y serán ellas, las muy malvadas, las que, con la caída de Artigas, traicionado por fin, determinarán el desenlace de esta humana tragedia como el de tantas otras.

No dejemos de recordar, porque seríamos injustos, que Fernando Otorgués, soldado de la batalla de Las Piedras, combatió mucho al lado de Artigas, y, sobre todo, sufrió mucho por la patria; lo veréis objeto, como ningún otro quizá, de los ultrajes, de los más dolorosos ultrajes, por parte de los jefes de Buenos Aires que ahora intentan seducirlo; pero eso, que

incita a la simpatía y atenúa sus torpezas, pierde mucho de su eficacia cuando uno le ve, dos años después de recibir aquellos agravios, pactar de nuevo con los enemigos y concertarse con Pueyrredón, para *castigar a Artigas*, y colocarse en su lugar. Pero también esto tiene su atenuante: Otorgués no persiste en su pecado; ofrece sus explicaciones a Artigas; vuelve a darle todo cuanto es y tiene, incluso la vida si es preciso; cae prisionero, por fin, a la sombra de su bandera. Es una singular figura la de este simbólico personaje. Ahí queda para que la historia agote su estudio y dicte la definitiva sentencia.

Ése es el hombre, pues, en quien Sarratea ha creído ver su instrumento; ése el a quien llama *gran patricio*, y regala pistolas con bellas incrustaciones de plata.

Tan seguro está del éxito de su plan, que escribe al Gobierno el 11 de febrero: «Artigas no puede adquirir consistencia; su ignorancia para la guerra; la falta de oficiales; el mal estado de su armamento, y otras circunstancias hacen despreciable en todo sentido a don José Artigas... *Muy pocos fusilazos bastarán para lanzar a ese caudillo más allá de las márgenes del Quarey, si se hiciese sordo a lo que resuelve V. E.*... En el ínterin, continuaré del modo que V. E. me ordena, apurando la medida del sufrimiento».

¡Muy pocos fusilazos! Ninguno fué necesario para arrojar de la Banda Oriental a aquel rampante enemigo. El Jefe de los Orientales muestra a Sarratea su carta a Otorgués, clavándole los ojos; le muestra también el bando, con un gesto de interrogación indignada; le presenta, por fin, sus propias comunicaciones a Buenos Aires, la de los «muy pocos fusilazos» inclusive. Y se dirige en seguida a French y

a Rondeau, los últimos parlamentarios. *Tu quoque, Brutus!* ¿También vosotros, los que me jurasteis lealtad sobre vuestra espada, también vosotros estáis en eso?

—No, contestan ambos en voz alta; nada tenemos de común con esa transgresión de la ley de honor.

Y se disponen, de acuerdo con todos los jefes del ejército, a arrojar de allí a Sarratea.

La nota, amigos artistas, con que Artigas, en 11 de febrero, increpa a éste su traición, es un monumento; no me es posible, aunque me tachéis de enfadoso, dejar de detenerme en algunos de sus términos. «He leído, dice, por conducto del comandante Otorgués (a quien V. E. se lisonjeó seducir), el papel en que V. E. me declaró traidor a la patria... V. E. me ha llenado de ultrajes... Sin embargo, el mundo entero vió mi pundonor y delicadeza; V. E. mismo debe haber visto originales las cartas de Elío y Vigodet para mí, y que tuve cuidado de dirigir al momento al Superior Gobierno... Aun en el día en que V. E. hace el último esfuerzo para aburrirme, Montevideo empeña más sus pretensiones sobre mí... Pero yo seré esclavo de mi grandeza; un lance funesto podrá arrancarme la vida, pero no envilecerme. El honor ha formado siempre mi carácter; él reglará mis pasos... Después de mis servicios, de mis trabajos, de mis pérdidas, ¡yo declarado traidor!... Retírese V. E. en el momento. El mundo se halla en estado de justificar los efectos que haga yo tocar a V. E. de su persistencia escandalosa en permanecer en esta Banda.

»Dios guarde a V. E. — JOSÉ ARTIGAS.»

Si os dijera, amigos artistas, que Sarratea, aun después de todo esto, insiste en sincerarse ante el



traidor, acaso lo pusierais en duda. Es así, sin embargo; le dirige una nota en que le pide una nueva tregua; le da las razones de cómo y por qué lo ha mandado matar, esperando que lo hallará justo y razonable. «Es lo menos que he podido hacer», le dice.

Artigas contesta esa nota; pero como ya tiene su sentencia en vías de ejecución, esa su respuesta, más que para Sarratea, es para nosotros, para la posteridad, y no puedo menos de haceros conocer alguno de sus conceptos. El primero que nos llama la atención es el rechazo indignado del cargo que le hace Sarratea de connivencias con los españoles de la plaza; nada subleva tanto a aquel hombre como ese ultraje; jamás lo deja en pie; la retractación de quien lo profiere es siempre *la primera condición* que impone en todo arreglo con sus rivales, a quienes emplaza constantemente *para ante la historia*. En ésta, como en todas las comunicaciones de su especie, parece oirse hasta el timbre de su voz, en frases personalísimas, enfáticas generalmente, que veremos repetidas en el curso de nuestro estudio. Después de desmenuzar uno por uno los cargos de su enemigo, le dice:

«Si porque V. E. erró el golpe me propone ahora una nueva suspensión, yo no estoy dispuesto a admitirla. Nada sirve que V. E. empeñe de nuevo su honor... No hacen al caso sus solicitudes al Gobierno, porque V. E. sabe que no espera su resolución. Lo que interesa es que V. E. se retire sin perder instante. Para ello no es necesario levantar el asedio. Aquí no hay quien mire con celo las tropas al mando de V. E. Es un honor nuestro participar con ellas de las glorias, de los triunfos. Nosotros las miramos como una parte muy recomendable de la familia grande, y sus



méritos ante nosotros son tan preciosos como dignos de nuestra gratitud eterna.»

. . . .

El representante de la Logia Lautaro se fué por fin. French y Rondeau, en nota de 18 de febrero, hacen saber a Artigas que ellos y todos los demás jefes están dispuestos a cumplir con el deber de honor; Artigas mueve sus tropas hacia la plaza sitiada, y penetra en las líneas sitiadoras entre las aclamaciones de pueblo y ejército. Es el 26 de febrero de 1813. Leamos, porque nos dé la nota colorida de ese momento de efímera esperanza, la comunicación de Rondeau a su Jefe de Estado Mayor:

«Señor coronel don Domingo French.

»Mañana es el día glorioso en que realiza su unión a este ejército, con las divisiones de su mando, el señor coronel don José Artigas; tan plausible acto debemos solemnizar con demostraciones públicas... En esa virtud, y cuadrando que dicho señor coronel Artigas haga su entrada hasta su alojamiento por la calle que forma la línea de los campamentos, dispondrá V. E. forme mañana la división de su mando, a la hora que se prevendrá por medio de un ayudante. Al pasar aquél, las músicas tocarán marcha y las tropas echarán armas al hombro, continuando así hasta pasar la retaguardia. El señor comandante de la artillería hará colocar las piezas de a ocho en el Cerrito, para saludar alternativamente con dos descargas. El regimiento de dragones, que llevará la vanguardia de las tropas entrantes, formará en batalla, luego que haya pasado el flanco izquierdo de la línea.

»Dios guarde a V. E. muchos años.

»Cuartel general en el Cerrito, 25 de febrero de 1813.

»José Rondeau.»

El *Exodo* del pueblo oriental ha terminado, pues, amigos artistas; de nuevo están en su tierra los heroicos vagabundos; vienen por su ciudad, por su libertad y la de América. Artigas, al rechazar los tratados de octubre de 1811, tenía razón; la tenía para llevarse a cuestas a su pueblo. Las cosas se han repuesto, como lo veis, al estado en que estaban al día siguiente de la batalla de Las Piedras, en que Artigas daba golpes repetidos en las puertas de la Ciudadela.

Tanto Elío, el virrey, como Vigodet, el gobernador que lo substituye, no han perdido, como lo habéis visto, ocasión propicia de tentar a Artigas, explotando sus resentimientos con Buenos Aires; le han enviado y le enviarán comisionados; le han llamado fiel amigo, hombre de bien, general experto, y hasta hombre santo, según dice Figueroa. Todo se le proponía, todo se le ofrecía en cambio de su concurso: los grados militares que deseara; el carácter de único general de la región oriental, con facultades de formar cuerpos; despachos en blanco para que designara cuantos oficiales fueran de su agrado; recursos de todo género: dinero, gente, armas, municiones, vestuarios... amistades sobre todo, unión con sus hermanos los orientales de Montevideo, y en contra de Buenos Aires. ¡Qué no hubiera dado España por recuperar a su antiguo capitán de blandengues!

Bueno será que sepáis que aquellos gobernantes españoles, al trabajar así por la reconquista del gran caudillo, no obraban sólo por propia inspiración. Leamos juntos el siguiente documento que acabamos de encontrar en el archivo de Sevilla:

«*(Reservado.)*

»Ministerio de la Guerra.

»Noticiada la Regencia de las Españas de que el capitán don José Artigas, por un resentimiento particular, se pasó a los rebeldes de Buenos Aires, cuyas tropas capitanea, aunque ofendido actualmente por aquella Junta subversiva, ha resuelto S. A. que V. S., por cuantos medios le dicten su celo y conocimientos, procure atraer al partido de la justa causa al mencionado oficial, asegurándole que será considerado como antes, si inmediatamente se presentare e hiciere útil su influencia en el país.

»De Real Orden lo comunico a V. S. para su cumplimiento.

»Dios guarde a V. S. muchos años.

»CARBAJAL.

»Señor Capitán General de las Provincias del Río de la Plata.»

Ya hemos visto cómo Artigas remitió *originales* esas comunicaciones, tanto las de Elío como las de Vigodet, al gobierno de Buenos Aires.

Lo que tal capitán hubiera sido, amigos míos, al servicio de España, no es para considerado en este momento; no en vano era ése el fantasma que el miedo hacía ver a los hombres de Buenos Aires en la sombra de Artigas; pero se caerán las estrellas del firmamento antes que tal ocurra; se caerán las estrellas una a una, como gotas de fuego.

El Jefe de los Orientales despachó agriamente al portador de la comunicación. «¿Qué me importa, dijo, el carácter de comandante general de la campaña, si el voto unánime de sus habitantes me señala más altos destinos?» Escribió, sin embargo, en



el margen de la nota en que contestaba las proposiciones de Vigodet, que le fueron comunicadas por Larrobla el 10 de febrero de 1813: «Sirva para la vindicación del Jefe de los Orientales, que rechazó esto en las circunstancias más apuradas».

Y pues vamos a ver ahora a Artigas en el desempeño de ese *más alto destino* a que se siente llamado, quiero, porque conozcáis el carácter en que lo llena con relación a Buenos Aires, haceros conocer el siguiente documento, que poseo original y que es nuevo en nuestra historia. Es una nota dirigida *Al Comandante General don José Artigas*, y firmada, como lo veis, por el triunvirato de Buenos Aires: Juan José Paso, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez Jonte. La subscribe Tomás Guido como secretario.

Notad que es del momento en que nos hallamos: 17 de febrero de 1813, pocos días antes, precisamente, del en que Artigas se incorpora al segundo sitio. Y dice así:

«Habiendo resuelto el Superior Gobierno, de acuerdo con la Soberana Asamblea, dar una nueva dirección a las fuerzas sitiadoras de la capital, por reclamarlo así los sagrados intereses del país, ha comunicado con esta fecha la orden consiguiente al general don Manuel de Sarratea, para que, con la brevedad posible, mueva sus tropas en retirada, y retroceda hasta el punto que se le indica. Mas como sería muy sensible que los enemigos dejasen de sentir las privaciones y miserias a que los había reducido el sitio, es de absoluta necesidad el que V. S., sin pérdida de momentos, pase a ocupar los puntos que hoy cubren las fuerzas de la capital. Y para que V. S. pueda obrar con el lleno de facultades análogas a ese nuevo em-



peño, ha tenido a bien este Gobierno nombrarlo *Comandante General de los Orientales.*

»Es, pues, llegado el tiempo de que V. S., rindiendo cuantos sacrificios reclama la causa santa de la libertad, haga conocer a Montevideo la importancia de los esfuerzos de las tropas de V. S. y la inutilidad de su resistencia...

»Con motivo de haber resuelto la Soberana Asamblea la misión de uno de sus miembros, plenamente autorizado, para transar las dificultades que agitan esa Banda, se espera el resultado de su diputación... y, entretanto, se lisonjea el Superior Gobierno de que V. S. proporcionará al referido Sarratea los auxilios de caballada y boyada que hubiere a su alcance, para que, con prontitud, se emprenda la retirada, contando V. S., y las tropas de su mando, con toda la protección y amparo que le dispensarán este Gobierno y los habitantes de la capital.

»Dios guarde a V. S. muchos años.»

Creo que esa nota os revelará el carácter y representación de Artigas. Éste accedió a todo: dió caballos, y bueyes, y todo cuanto necesitó Sarratea para retirarse. Y él ocupó su puesto de sacrificio en pro de la causa de la libertad, como jefe de su pueblo, reconocido, al fin, por Buenos Aires, como lo veis. Ya no es «nuestro general del Norte»; es el «Comandante general de los Orientales», que puede contar con la protección y amparo de un gobierno y un pueblo amigos. Ese gobierno ya no le ordena; se lisonjea solamente del auxilio que espera de su parte y de la de su pueblo, con el que se propone *transar las dificultades pendientes.* Por eso Artigas, al unirse con Rondeau, dice a éste con entusiasmo: «Yo felicito a la patria, al frente de mis compaisanos, vuelto el período



de la *continuación*. A nombre de ellos, tengo también la honra de felicitar a V. S., viendo en sus manos depositado el bastón del ejército... Nosotros felicitamos también a esos dignos hermanos nuestros. V. S. tendrá la dignación de transmitirles la sinceridad de nuestros votos...»

Ya hemos visto a los vencedores de *Las Piedras* y del *Cerrito* abrazarse frente a los muros de Montevideo, entre las aclamaciones de los dos ejércitos aliados, y del pueblo, dueño de sí mismo. Artigas comienza entonces a pensar en su organización.

II

Sarratea, lleno de rencor exacerbado contra el héroe, se fué a Buenos Aires, donde se incorporó, como miembro conspicuo, a una comisión allí formada con el objeto de convocar y animar la Asamblea General Constituyente, que debía llamar a todos los pueblos del Plata, para darse su organización política, y que se inauguró el 31 de enero de 1813. Inmediatamente será enviado a Río Janeiro y a Europa, en busca de un príncipe real para estos países; lo seguirán, con el mismo objeto, Belgrano y Rivadavia, a quienes Sarratea hará tanta guerra por allá como por acá al mismo Artigas; Rivadavia, sobre todo, será el objeto y la víctima de sus rencores e intrigas.

Es el caso, pues, de pensar en esa *Asamblea General Constituyente*. Artigas la deseaba con sinceridad. No deseaba otra cosa: un sitio elevado, visible de todas partes, en que encender la lámpara de su pensamiento: independencia, reconocimiento de la personalidad y

de las energías de los pueblos para obtenerla. Toda la verdad; todo el porvenir.

Inútil pensamiento. En Buenos Aires está el espíritu de su enemigo, que es legión. No es sólo Sarratea el que allí espera a Artigas en la Asamblea; allí está, como árbitro supremo, aquel joven teniente Alvear, el mediador despechado, cuyo carácter y significado os he hecho conocer; es el presidente de la Logia Lautaro, el derrocador del gobierno, el áureo portador de las grandezas señoriales europeas, el que, dos años más tarde, colocado por la logia en el puesto de Director Supremo, ofrecerá las Provincias Unidas a Inglaterra, suplicándole que las tome, y dos o tres más tarde ofrecerá su sumisión a Fernando VII; allí está don Bernardo de Monteagudo, tribuno de grandes palabras sin habitante, organizador de la logia, que es ahora un demagogo, y será mañana un monárquico apasionado; y don Nicolás Herrera, cuyo espíritu nos es conocido; y don Vicente López, y Vieytes, y Belgrano, y Rivadavia, que, dentro de poco, irán a Europa a rogar a Carlos IV que venga a América por su propiedad; y Posadas, que por nada quiere república, sino monarquía, pues no concibe la autoridad ejercida por hombre con quien se esté familiarizado; allí están algunos, por fin, de los que, tres años más tarde, constituirán el Congreso de Tucumán, que será monárquico. «Esta Asamblea, dice Mitre, el historiador argentino, aunque libremente elegida, componíase, en su mayor parte, de miembros de la Logia Lautaro, que obedecían a un sistema y a una consigna. Con este núcleo de voluntades disciplinadas no era de temerse la anarquía de opiniones que había esterilizado las otras asambleas; pero podía preverse que degeneraría más tarde en una camarilla.»

Como bien lo comprendéis, amigos míos, allí no puede tener representación el pueblo oriental de Artigas. Artigas, en aquel centro, está condenado de antemano; su sentencia está escrita, sentencia implacable, irrevocable. Si el pueblo oriental ha de tener representación en esa Asamblea Constituyente, será necesario buscar otro pueblo oriental, no el de Artigas, es decir, la no realidad.

No es, pues, necesario preguntar qué destino espera a los diputados orientales, cuando se presenten en Buenos Aires, con toda sinceridad, a cooperar a la organización general: están rechazados *ipso facto*. Lo fueron. ¿Sabéis por qué?... Por defectos en la forma de su elección: porque Artigas había influído en ella. ¿Y sabéis lo que son *formas*, amigos artistas? Meditad un poco en eso: *formas*. Ya sabéis cómo andaban esas pobres formas en Buenos Aires, donde, según decía Posadas, y era verdad, todo se hacía por medio de asonadas tumultuosas. Y en cuanto a lo que podía pasar, en materia de *formas electorales*, en las otras provincias, no creo que haya persona seria que presente los poderes de sus diputados como perfectos de forma.

No: el defecto de los diputados orientales no estaba en ellas: estaba *en los fondos*, en las profundidades. Allí no había sinceridad, no había realidad; los historiadores que han tomado eso a lo serio, eso de *formas*, pragmáticas, etc., no han sido tampoco sinceros; digámoslo en honor de su buen sentido.

Yo no sé, mis buenos amigos, si Artigas, en esos momentos históricos, creyó, o no, en la sinceridad del llamado hecho por Buenos Aires a los pueblos, para que se constituyeran libremente. Lo juzgo, sin embargo, muy capaz de creer en ella. Él era, ante todo,

una fe, y bien pudo creer en la aparición de un hombre de fe en la asamblea que se proyectaba en la capital.

Pero no era así, desgraciadamente; desde su primer paso, Artigas tuvo que tropezar con la realidad que se ocultaba en las apariencias; con el escollo del fondo. La malicia de Sarratea ha sido substituída en el Cerrito por la honradez inocente de Rondeau, tan incompatible como aquélla con el pensamiento heroico. Rondeau no tiene la culpa de su mediocridad, es cierto; pero menos la tiene Artigas de su visión genial.

En nota de 27 de marzo de 1813, el substituto de Sarratea dice al Jefe de los Orientales que, «en cumplimiento de las órdenes del Supremo Gobierno para que se efectúe en la Banda Oriental el reconocimiento y jura de la Asamblea Soberana de las Provincias Unidas, ha dispuesto convocar *a todos los jefes del ejército*». Y lo comunica a Artigas, para que haga otro tanto de su parte.

He ahí todo Rondeau.

Y he aquí que todo Artigas se nos ofrece en la inevitable contestación que, mal de su grado, tiene que dar y da el 28: «Han marchado mis invitaciones *a todos los pueblos de esta Banda* con el mismo objeto, para que, por medio de sus diputados, se reúnan aquí el 3 del próximo. Éstas me parecen causas de bastante importancia para que yo, sin negarme, suspenda por ahora el reconocimiento y jura a que V. S. se sirve convocarme. Esto no impide que V. S., con las tropas de línea, verifique el que le corresponde; pero, para eludir cualquiera inducción siniestra, yo ruego a V. S. tenga la dignación de diferirlo también, para poder verificar juntos un acto que fija el gran período de nuestro anhelo común.

»Dios guarde a V. S. muchos años.—JOSÉ ARTIGAS.»



Es muy de advertir que las órdenes a que Rondeau se refería eran traídas por el diputado plenamente autorizado de la Asamblea de Buenos Aires, venido para zanjar las dificultades a que se refiere la nota que hemos leído. Artigas narra sus conferencias con éste al gobierno de Paraguay, en nota de 17 de abril. El diputado pedía, ante todo, el reconocimiento por Artigas de la Soberana Asamblea. «No, le contesta Artigas; usted empieza por donde debemos concluir; he convocado al pueblo con ese objeto.»

Y es aquí muy de advertir que, en esa misma nota, Artigas somete al Paraguay la opinión que sostendrá en la Asamblea que va a convocar, y lo consulta sobre «si le parece bien equilibrado el juego de sufragios en la Asamblea Constituyente con seis diputados nuestros, siete de esa Provincia y dos de la de Tucumán, decididos al sistema de Confederación que manifiesta V. S. tan constantemente».

Fué necesario ceder ante la justa exigencia del Jefe de los Orientales. Rondeau recibió la orden expresa de hacerlo así. Y Artigas convocó a sus conciudadanos para el 4 de abril.

He ahí el alma de nuestro gran Congreso de ese mes, amigos míos; de nuestro *Congreso de Abril*.

Observad, os lo ruego, esa doctrina de Artigas; es toda una doctrina. El soldado de línea puede y aun debe obedecer y jurar; pero él, Artigas, no procede como soldado de línea, porque no lo es del ejército auxiliar; él es el *Jefe de los Orientales*, el caudillo de sus conciudadanos. Y éstos no deben obedecer y jurar por orden suya; ha de ser él, por el contrario, quien reciba y cumpla las del pueblo que preside, mientras su autoridad no esté debidamente constituída.

No es el hecho, amigos artistas, lo que aquí nos

llama la atención; es el principio, el espíritu que conduce a aquel hombre iluminado. Artigas tiende a destruir lo existente, el organismo colonial; pero creando al mismo tiempo el que debe substituirlo, y sin lo cual la obra es todo soberbia y vanidad. No se trata, para él, de reemplazar un feudalismo con otro, ni un virrey con un general, ni una colonia con un cuartel, sino un pueblo muerto con uno vivo, apto para formar sus órganos de su propia substancia.

Eso es Artigas, todo Artigas, amigos, aunque os parezca inverosímil. Lo parece, sin duda, por lo profético de su criterio; no existe nada de ese tamaño en América, os lo aseguro. Y os diré más: no ha reaparecido por acá ese tipo espontáneo de mandatario democrático. No os exijo que me creáis todavía; pero sí que me escuchéis con paciencia. Veamos, pues, a Artigas en ese nuestro *Congreso de Abril,* que ha convocado para reconocer la Asamblea Constituyente, a fin de enviar a ella los verdaderos representantes del pueblo oriental, y para dar vida al organismo político que debe substituir en su patria, sin solución de continuidad, al ya expirante de la colonia antigua.

III

Los diputados elegidos por los pueblos de la Banda Oriental llegaron al campo de Artigas, en el *Peñarol,* el 3 de abril de 1813. El 4 se reunieron para oir las explicaciones del prócer.

Mucho deseo que veáis bien, en este momento, a aquel hombre extravagante, amigos artistas. Va a dar forma al mensaje divino de que es depositario

y tiene que revelar y cumplir; el que transmitió al gobierno del Paraguay, de que antes hablamos; el que regirá los pasos todos de su vida.

Es, pues, el 4 de abril de 1813. Artigas abre y preside la que bien puede llamarse nuestra primer Asamblea constituyente. Está en un modestísimo salón, rodeado de los hombres de pensamiento de la patria: Larrañaga, Barreiro, Suárez, Durán, Méndez, Vidal, etc. Una asamblea bien respetable, por cierto.

Ese segundo Congreso uruguayo, amigos míos, es propicio al relieve luminoso; pero yo me empeño en no distraer vuestra mirada en el conjunto, para que la concentréis en vuestro hombre. Hay una gran diferencia entre esos patricios que constituyen la Asamblea, y ese hombre Artigas que los preside. Aquéllos, como sus equivalentes de la Asamblea de Buenos Aires, son un pensamiento elevado, una doctrina adelantada, una lección aprendida en buenos libros; éste es una fe, una visión brotada del conocimiento de los hombres y las cosas; aquéllos son traductores; éste es conductor de un mensaje interno, recibido en la comunicación consigo mismo, con la vida del pueblo americano, con el dios interior de que os he hablado tantas veces; aquéllos eran idea, pero idea muerta, árbol sin raíces; éste era idea viva, arraigada en el alma, idea y acción compenetradas, pasión, lo que se llama pasión; aquéllos podían cambiar de pensamiento, discrepar de él en la acción, vivir sin él; Artigas no, porque vida y pensamiento son en él la misma cosa; vivirá con su pensamiento, como con su sangre; obrará según él, por la misma razón porque respira, según aquella sangre sale del corazón y regresa a él transformada por la combustión vital. Eso,

y no otra cosa, es lo que se llama un héroe. «Lo que distingue, dice Emerson, a los hombres reputados excelentes oradores, de algún ferviente místico profetizante, semialocado bajo lo infinito de su pensamiento, es que estos últimos hablan *desde lo interior* o por experiencia, *como si fuesen poseedores y cooperadores del hecho,* mientras que la otra clase de personas hablan *del exterior,* como simples espectadores, como si no conociesen el hecho más que por la experiencia de una tercera persona.»

Así es, efectivamente; el pensamiento del grande hombre emana de las profundidades de su conciencia como el árbol de las de la tierra. Así como éste no muestra sus raíces, sino su ramaje, su flor, su fruto, para probar su comunión con el centro de la vida universal, el héroe ofrece su vida en acción, en flor, en fruto, como prueba de su armonía con la armonía de los orbes. Sus razones, las raíces de sus ideas, no son accesibles muchas veces en el presente: sólo el tiempo escarba la tierra y las pone al fin de manifiesto, en el momento floreal de las memorias.

Muy difícilmente hallaríamos un cuadro más propicio al bajorrelieve, para expresar todo eso, que el que nos ofrece Artigas al inaugurar nuestro *Congreso de Abril;* está vestido de su chaquetilla azul de blandengue, sin espada; lee en voz alta, lentamente, el manuscrito de su discurso; toda su acción exterior se concentra en la expresión serena de sus ojos claros, en que se encienden, de vez en cuando, algunos de sus apóstrofes.

Os dije alguna vez que yo he oído la voz de Artigas. Se la oye, efectivamente, no sólo en las constantes referencias de quienes lo conocieron, sino en el



estudio de su carácter, reflejado en sus cartas familiares, en el de su ambiente y educación, en el de la tradición no interrumpida. La modificación eufónica de la lengua española en nuestra América, tan constante y llena de significado, tenía en el capitán de blandengues su genuino intérprete. La hablaba bien, pero con el acento de su región oriental, donde, como en las otras regiones argentinas, cobra un carácter propio que nadie confunde; la igualdad de la articulación de la *c* o la *z* con la *s*, por ejemplo, característica de toda la América española, y cierta pequeña aspiración de las vocales, que acerca acaso el acento americano al andaluz, eran propios de Artigas. No tenía, sin embargo, según lo dicen Vedia y otros, las cadencias *gauchescas* de nuestros campesinos, ni aun cuando hablaba con gauchos y quería acercarse a ellos; aun entonces, una imperceptible superioridad permanecía en su voz y en su estilo. Cuando hablaba, en cambio, con gente culta, como Robertson, Larrañaga, etc., éstos hacen siempre notar sus palabras y modales «de hombre bien educado», como dice el primero.

Vocalizaba con claridad, lentamente, en voz generalmente baja. No hay referencia a un solo grito suyo; no se le oye una interjección descompuesta; la pasión hace silencio en él; se lo lleva a las honduras antes que a la superficie.

Al hacerse oir ahora, en el Congreso de Abril, el timbre de su voz cobra cierta elocuente solemnidad; su cadencia es clara, lenta, isocrónica; no carece de cierto colorido musical; habla desde lo interior, según la frase de Emerson, como cooperador del hecho; el énfasis que caracteriza el estilo de aquella época, y está en el discurso que allí pronuncia, no está en su

voz, cuyo diapasón predominante es el de la firmeza, el de las palabras inconmovibles, «irreparables» ha dicho alguien. Oigámoslo, pues, en su más memorable oración.

«El resultado de la campaña pasada, comienza diciendo, me puso al frente de vosotros por el voto sagrado de vuestra voluntad. Tengo la honra de volver a hablaros en la segunda vez que hacéis uso de vuestra soberanía...»

Conviene advertir aquí que, como os lo hice notar oportunamente, cuando hablamos del *Congreso del Miguelete*, en 1811, Artigas hace arrancar de éste la vida soberana de la nación, y su propia autoridad civil: del momento en que el pueblo, no sólo el ejército, le confía expresamente su representación.

«Diez y siete meses, continúa, diez y siete meses han transcurrido desde entonces; en esos quinientos veintinueve días, la gloria y la miseria nos han cubierto. Ese período formará la admiración de las edades. Nuestra historia es la de los héroes. El carácter constante y sostenido que hemos ostentado en los distintos lances anunció al mundo nuestra grandeza. Sus monumentos majestuosos se levantan desde los muros de nuestra ciudad hasta las márgenes del Paraná. Cenizas y ruina, sangre y desolación, ved ahí el cuadro de la Banda Oriental, y el precio de su regeneración. *Pero ella es pueblo libre.*»

«Navegar es necesario; vivir no es necesario.» Es el mote del viejo escudo de Bremen. Y es eso, más o menos, lo que dice Artigas, como lo veis: ser libre es lo que importa. Pero nada sería su afirmación, si no nos dijera, como nos dice, lo que él entiende por *ser pueblo libre.* «El fruto inmediato de nuestros trabajos de energía y constancia, continúa diciendo,



está obtenido; los portugueses no son ya dueños de nuestro territorio; pero de nada habrían servido tales sacrificios, si no tuvieran por término el triunfo de los principios inviolables, o *del sistema,* como entonces se decía, que hicieron su objeto.»

Y el caudillo da por obtenido tal objeto por el solo hecho de poder decir a la Asamblea que preside estas sus más lapidarias palabras con que continúa:

«*Mi autoridad emana de vosotros, y ella cesa por vuestra presencia soberana. Vosotros estáis en el pleno goce de vuestros derechos. Ved ahí el fruto de mis ansias y desvelos, y ved ahí también todo el premio de mi afán. Ahora, en vosotros está el conservarlo.*»

Ése es, amigos, el exordio de aquel discurso inaugural. Si Artigas hubiera muerto en ese momento de su vida, nada más hubiera sido necesario, me parece, para que dierais bronce a ese molde de caballero de la democracia; pero vivió, felizmente, para demostrar que eran palabras vivas las que se formaban en su aliento.

Consecuente con ellas, el prócer da cuenta al Congreso del comienzo, en Buenos Aires, de la Asamblea Constituyente, «tantas veces anunciada». «Su reconocimiento nos ha sido ordenado, agrega. Y bien: el resolver sobre ese particular ha dado motivo a esta congregación, *porque yo ofendería vuestro carácter y el mío, vulnerando vuestros derechos sagrados, si resolviera por mí mismo una materia reservada sólo a vosotros.*»

En ese concepto, pues, y para ordenar el debate, propone tres puntos: 1.º Si debe procederse a reconocer la Asamblea de Buenos Aires antes o después de la resolución de las reclamaciones confiadas a García Zúñiga, de acuerdo con la Convención del Yi. 2.º Resolver sobre el número de diputados orientales



que deben enviarse, caso de ser aquélla reconocida. 3.° Instalar, en el Estado Oriental, la autoridad o gobierno que, mientras no se dicte la Constitución, debe administrarlo y representarlo.

Artigas juzga que la resolución del primer punto lo concentra todo: hechos y principios; y, para bien ilustrarla, da cuenta a sus conciudadanos de sus actos, hasta el momento en que, como jefe del ejército, y signatario de aquella *Convención del Yi*, envió a García Zúñiga a Buenos Aires con sus reclamaciones; recuerda la reciente historia, que llama «la historia de nuestras confianzas»; reclama la atención sobre cómo esa honrada fe de los orientales en la intención recta de los otros les acarreó las persecuciones del Ayuí, el abandono, el doloroso regreso en medio de la execración injusta, único premio de los servicios a la causa de todos, las nuevas violaciones y traiciones de Sarratea, recibido, sin embargo, en triunfo en Buenos Aires, las reclamaciones pendientes, por fin.

¡Ya no es posible, dice entonces, ya no es posible librar nuestro destino a la sola buena voluntad de los hombres, desgraciadamente; «que si una desconfianza desmedida sofocaría los mejores planes, un exceso de confianza no es menos temible».

«Va a contar tres años nuestra revolución, agrega, y aun falta la salvaguardia del derecho popular. Estamos bajo la fe de los hombres... Y es muy veleidosa su probidad. Sólo el freno de la Constitución puede afirmarla, y, mientras ésta no exista, es preciso adoptar las medidas que equivalgan a la garantía preciosa que ella nos ofrece.»

En esa virtud, Artigas propone allí estas dos cuestiones, y da sobre ellas su dictamen: 1.° ¿Debe reco-



nocerse y jurarse la Asamblea de Buenos Aires antes o después de resueltas las reclamaciones pendientes? 2.º Satisfechas éstas, ¿debe el reconocimiento tener el carácter *de obediencia* o el de *pacto o tratado?*

Artigas contesta con firmeza: Debe esperarse la resolución. Debe reconocerse la Asamblea, pero libremente, como acto soberano de un miembro de la unión federativa, no sólo deseada, pero exigida por el Pueblo Oriental.

Se conmueve el gran caudillo entonces, ante la idea de que su pensamiento pueda no ser compartido, o mal comprendido, por sus conciudadanos; retempla, como en el *Congreso del Miguelete*, su resolución heroica; los precave de la irresolución o el desaliento, de la tentación contra la fe. Pero la idea de que llegue a creerse que pueda él tender a la disolución de la unión de los pueblos platenses, y aun americanos, para la obtención del común propósito de independencia, lastima su conciencia. Él es el primero en consagrar aquel medio de realizar el propósito; pero, ante todo, y sobre todo, quiere definir, confirmar, poner en práctica el propósito mismo. Oid sobre eso las palabras del héroe, firmes, concretas, sin la sombra de una reticencia:

«*Esto no se acerca,* dice, *ni por asomos, a una separación nacional;* garantir las consecuencias del reconocimiento no es negar el reconocimiento; es, por el contrario, hacer compatible nuestra conducta con las miras liberales y fundamentos de la misma Asamblea que vamos a reconocer. Si no hay motivos para creer que la Asamblea pretende vulnerar nuestros derechos, mal puede haberlo para temer que ella vea en nuestra precaución otra cosa que un acto que secunda sus propósitos. Vuestro temor los ultrajaría altamente.»



Una observación nos asalta aquí, tenaz y persistente. Artigas, en ese estupendo discurso, quiere poner a su pueblo, que lo es todo el americano, a cubierto de una tiranía interna. Pero ¿no pasaba entonces por su imaginación la idea de que la logia política de Buenos Aires pudiera pensar, no ya en su propio despotismo, sino en la vuelta de estos países al dominio europeo? ¿No sospechaba siquiera los trabajos monárquicos que allí, de puertas adentro, se incubaban?

Indudablemente, no. Se lee toda su correspondencia, la que mantiene con el Paraguay especialmente sobre sus diferencias con Buenos Aires en esta época, y no se encuentra en ella ni una remota alusión a tal peligro. Uno se convence de que aquel hombre de bien no puede dar asentimiento a tal sospecha, con la que creía inferir una ofensa injusta o temeraria a sus adversarios. Pasarán años antes de que Artigas se convenza de que es verdad; necesitará tocarla con la mano. Y era ése, sin embargo, el enemigo que lo atisbaba desde el fondo de la logia, a él y a los pueblos; el enemigo que lo debelará por fin.

Y concluyamos con su discurso.

«De todos modos, dice el caudillo, la energía es necesaria. No hay un solo golpe de energía que no sea marcado con el laurel. ¿Qué glorias no habéis obtenido ostentando esa virtud?

»Visitad las cenizas de vuestros conciudadanos; que ellas, desde el fondo de sus sepulcros, no nos amenacen con la sangre que vertieron para hacerla servir a nuestra grandeza. Conciudadanos: Pensad, meditad, y no cubráis de oprobio las glorias de 529 días en que visteis la muerte de vuestros hermanos, la aflicción de vuestras esposas, la desnudez de vuestros hijos, el destrozo de vuestras haciendas, y en que



visteis quedar sólo escombros y ruinas, como vestigio de vuestra opulencia antigua; ellos forman la base del edificio augusto de vuestra libertad.»

....

He ahí el extracto de aquella oración inaugural del *Congreso del Peñarol*, que hoy rueda hasta nosotros como un largo trueno. ¿Es de Artigas ese sorprendente discurso? ¿O fué escrito por Larrañaga, Barreiro, Vidal, o por cualquier otro? Punto es ése que estudiaremos después, pero que me parece muy secundario. Cuantos más hayan colaborado en esa obra, tanto más podremos afirmar que el genio que la inspira no es el de un hombre, sino el de un pueblo, como dice Monterroso; de aquel *Genio de los Orientales* de que éste nos habla... Del *Genio de América*, digamos nosotros, amigos artistas, si os parece bien; del Genio de América. Que no era otro el influjo bajo el cual obraba aquel hombre; él no respiró más aire que el de este continente...

Y si la española, y aun la ibérica, reconoce como propias, y las reclama, aquellas *hablas proféticas de Artigas*, no reclamará sino lo suyo. Ahí están, pues; para todos nuestros hermanos en la madre Democracia las tenemos guardadas los orientales, y defendidas piadosamente, de las incurias del tiempo y de los hombres, en el cofre de nuestros caudales; son nuestra riqueza. Los que las reconozcan como propias, desde Méjico hasta Chiloé, los del Río de la Plata especialmente, pueden venir por ellas, y por el abrazo de los hijos de Artigas, el *hombre americano*, el buen hombre americano.

Su potente espíritu fué el de aquel memorable Congreso de Abril, en él se acordó, por unanimidad, reconocer la Asamblea Constituyente de Buenos Aires, e

incorporarse a ella. Ese reconocimiento descansaba en el concepto incontrovertible de que aquella Asamblea era, y no podía menos de ser, la ejecutora del pensamiento esencial de la revolución de Mayo, y, en especial, la garantía de la autonomía oriental, que los orientales no podían poner en discusión. Pero por más que eso podía considerarse tácitamente incluído en la declaración del Congreso del Peñarol, éste quiso hacerlo expresamente. Además de exigir la continuación del asedio riguroso de Montevideo con Rondeau, y la devolución de elementos bélicos, dijo: «Será reconocida y garantida la confederación ofensiva y defensiva de esta Banda con el resto de las Provincias Unidas, renunciando cualquiera de ellas la subyugación a que se ha dado lugar por la conducta del anterior gobierno. En consecuencia de dicha confederación, se dejará a esta Banda Oriental en la plena libertad que ha adquirido como provincia compuesta de pueblos libres; pero queda desde ahora sujeta a la constitución que emane y resulte del Soberano Congreso General de la Nación, y a sus disposiciones consiguientes, teniendo por base la libertad».

Se aclamó a Artigas como el jefe indiscutible del Estado; se organizó éste con todos sus resortes. En ejecución de lo resuelto, Artigas, el 20 de abril, congregó una nueva y grande asamblea de ciudadanos, y, con su voto y elección, organizó, con el título de *Cuerpo Municipal*, el primer gobierno civil del Estado, «que entendería en la administración de justicia y demás negocios de la economía interior del país». Fué aquél el primer ministerio, adaptado a las circunstancias, del primer presidente de nuestra república, elegido tal con el nombre de *Gobernador Militar y Presidente del Cuerpo Municipal:* Pérez con García



Zúñiga, *Jueces Generales;* Sierra, *Depositario de Fondos Públicos;* Durán, *Juez de Economía;* Revuelta, *Juez de Vigilancia;* Méndez y Ra, *Protectores de Pobres;* Bruno Méndez, *Asesor del Cuerpo Municipal;* Barreiro, *Secretario del Gobierno;* Gallegos, *Escribano.* Artigas hizo conocer al pueblo la forma en que había organizado su gobierno, por bando de 21 de abril.

Nadie dejará de observar lo original de ese organismo gubernativo, cuyo origen *vivo* podría precisarse claramente. Se ve, a primera vista, que no es ésa una organización artificial, libresca, sino algo tomado de lo que allí existía, y adaptado provisionalmente a la urgencia del momento; es una cosa viviente, práctica, una realidad. Ese gobierno, que estableció su sede en Canelones, comunicó su constitución a Buenos Aires, el 8 de mayo de 1813; lo hizo en una larga nota, muy razonada, y concebida en términos respetuosos y cordiales; pero no obtuvo ni el acuse de recibo que es de cortesía, ni el simple acuse de recibo.

Pero en aquella *Asamblea del Peñarol* se redactaron, además, las instrucciones que debían regir, en la Constituyente de Buenos Aires, la conducta de los representantes del Pueblo Oriental que allí fueron elegidos, Larrañaga, Vidal, Cardoso, Salcedo, Rivarola, y para eso sí fué necesario adoptar las formas y principios universalmente consagrados.

¡Las *Instrucciones del año 13!* Ellas son, mis amigos artistas, el milagro de aquel momento histórico. Una conjuración, de las cosas antes que de los hombres, las ha tenido ocultas hasta ayer no más, como tantos otros datos esenciales de nuestra historia, a pesar de la gran difusión que en su tiempo recibieron.



Fueron halladas en los archivos de la Asunción, en copia refrendada por el mismo Artigas, hacia el año 1867; se publicaron, por primera vez, en 1878. Los historiadores, amigos o enemigos de su autor, han escrito sin conocerlas.

Recordad que estamos a principios del año 1813. Si tuviéramos tiempo de recorrer las distintas regiones de América en ese momento, y darnos cuenta del estado de la revolución, ese estudio nos sería verdaderamente útil. El sol de Mayo se ponía en todas partes; el triunvirato de Buenos Aires, sin pensamiento ni propósito fijo, andaba a tientas, tropezando en las tinieblas, buscando o esperando al hombre que no aparecía, y a quien debía reconocerse por su corona de oro. En la Asamblea Constituyente brillarán resplandores inconscientes y fugaces. Esa Asamblea Constituyente no constituirá nada, porque no tiene fe firme; no declarará la independencia, ni mucho menos; adopta algunos símbolos, un escudo, una moneda, pero no abandona la bandera española, la bandera real; está atada a la antigua metrópoli por el espíritu tradicional monárquico; no quemará las naves; las calafateará para el probable regreso al puerto de salida; hará reformas importantes, pero reformas en el organismo español; es algo así como la Constituyente de Cádiz; no más. No hay que hacerle cargos por eso ni menoscabarle gloria; era lo natural, lo humano. El genio autóctono no estaba allí; allí no había más que reflejos de espíritus remotos; se percibe en ella lo que nos hace advertir tan profundamente Emerson: «lo que distingue a los hombres reputados excelentes oradores de algún ferviente místico profetizante, semialocado bajo lo infinito de su pensamiento».

Artigas, más vidente que sabio, dicta entonces sus



Instrucciones; traza en ellas, con la misma seguridad que Jefferson y Washington, las cifras del evangelio republicano. No son ellas una opinión; son una evidencia, un grito imperioso, una intimación de luz que vibra en las tinieblas, y proyecta en ellas los colores de una bandera nueva. Son el porvenir, armado de todas armas, que aparece en el presente, como una sombra iluminada que es preciso obedecer.

Esas instrucciones son la primera y la última palabras del hombre de Mayo; en ellas está su visión: la visión que veréis siempre a su lado, mirándolo en los ojos. Comienzan por establecer que los diputados orientales deben pedir «*la inmediata declaración de la independencia absoluta de estas colonias, las cuales quedarán absueltas de toda obligación de fidelidad a la corona de España y familia de los Borbones. Y que toda conexión política entre aquéllas y el estado de España es y debe ser totalmente disuelta. No aceptarán, en substitución del régimen abolido, más forma de gobierno que la republicana, ni más sistema que el de confederación de los distintos estados soberanos del Plata*».

Eso está muy pronto dicho. Hoy nos parece la cosa más natural del mundo, desde que es eso lo que ha sucedido, y debía suceder. Pero en 1813, eso era un desgarrón audaz del velo del porvenir, era el *secreto manifiesto* que todos miran, y sólo los iluminados ven. En ninguna región de la América austral se había hecho una declaración igual ni parecida. Sólo en la región de Bolívar, allá muy lejos, se moría por esa fe; pero ella flaqueará, aun en el alma de Bolívar. Fernando VII seguía reinando moralmente entre nosotros. Belgrano y Rivadavia irán a Europa, antes de un año, a reconocer a Carlos IV; allá se encontrarán con Sarratea, pero no se entenderán, y sólo obtendrán dolo-

rosos fracasos; desahuciados en Europa, Belgrano pensará en coronar un descendiente de los reyes incásicos. Lo esencial es *que sea rey*. Me extendería demasiado si os recordara los casos concretos; pero bástenos recordar que la declaración de independencia de las Provincias Unidas del Plata será hecha sólo tres años después, el 9 de julio de 1816, por el Congreso que se reunirá en Tucumán, después de derrocado el que ahora examinamos; esa fecha es la cifra gloriosa de la República Argentina. La declaración de Tucumán se hizo, sin embargo, tras largas vacilaciones y temores; y los mismos próceres que la sancionaron, lejos de declarar, como Artigas, la substitución del régimen colonial por la forma republicana, pugnaron, entonces y después, por el establecimiento de una dinastía europea en el Plata. Ellos, que hoy son, y no sin causa, glorificados en su patria, no creían, sin embargo, en el pueblo, como fuente posible de soberanía y de organización. ¡Qué no daría hoy la noble República Argentina, qué no daríamos los hijos todos del Río de la Plata, por ver escritas, en las actas de ese *Congreso de Tucumán*, las *Instrucciones* de Artigas!

Eso ha dado ocasión a que, comparándose la historia del Plata con la del Orinoco, donde Bolívar abrigó casi siempre la nueva fe, aunque nunca con la firmeza de Artigas, se haya afirmado que es allá, en el Norte, y no entre nosotros, donde se encuentra el núcleo de la democracia americana independiente. Convengamos en que eso pudiera afirmarse, con más o menos exactitud, si se estudia nuestra historia del Plata sin Artigas. Bolívar fué, efectivamente, el rival, en ese concepto, de San Martín, y éste representaba el espíritu de la comuna bonaerense. Pero la

historia del Plata sin Artigas, amigos míos, no es la historia del Plata; está mutilada, y también calumniada. Esa brecha que algunos han creído ver en nuestros fastos rioplatenses es sólo aparente; es la obra de los que, colocados en la alternativa de tener que confesar a Artigas o negar la esencia popular de la revolución, han optado por lo segundo; han deprimido la revolución por tal de aniquilar al héroe. El pensamiento de Artigas, no el de sus contradictores, fué la pasión de los pueblos todos argentinos, de todos, orientales y occidentales, el motor de su acción heroica. Este Artigas fué el inspirado intérprete y conductor de todos ellos, el mensajero. Estas sus *Instrucciones*, que estamos estudiando, emanaron del alma de esos pueblos, de todos los pueblos rioplatenses. Artigas es y será el héroe; él vió la verdad intrínseca de nuestra vida, la suprema realidad permanente.

Y la vió con tal precisión, que la República Argentina, después de cuarenta años de luchas y tiranías, provocadas por el antagonismo entre la capital y las provincias, que Artigas quiso evitar, sólo ha podido darse su organización definitiva con su Constitución de 1853. Y esa Constitución, amigos artistas, es, en sus líneas fundamentales, la reproducción, ni más ni menos, de las instrucciones que dió Artigas, como Presidente del memorable Congreso del Peñarol, a los diputados orientales, el año 1813.

En ellas se consignaba, además de la declaración angular, lo siguiente: «No se admitirá más sistema que el de confederación para el pacto recíproco de las provincias que formen el Estado.—Se promoverá la libertad civil y religiosa en toda la extensión ima-



ginable.—Como el objeto del Gobierno debe ser conservar la igualdad, libertad y seguridad de los ciudadanos y de los pueblos, cada provincia formará su gobierno sobre esas bases, además del gobierno supremo de la nación.—Así éste como aquél, se dividirán en poder legislativo, ejecutivo y judicial, que siempre serán independientes.—El Gobierno Supremo entenderá sólo en los negocios generales del Estado. El resto es peculiar del gobierno de cada provincia. Quedan abolidas las aduanas interprovinciales.—El despotismo militar será aniquilado para asegurar la soberanía de los pueblos.—La capital se establecerá fuera de Buenos Aires.»

Todo esto se refiere, como lo veis, a la estructura del conjunto de los Estados confederados; pero Artigas estableció la del Estado Oriental de una manera especial y precisa. En esas admirables *Instrucciones* comenzó por trazar las fronteras de su patria, que él veía arraigadas en las entrañas de la tierra y en las de la historia. En su nota de 1811 al gobierno del Paraguay, hemos visto que decía: «La Banda Oriental es la *hermana, la aliada de Buenos Aires; pero tiene sus límites propios, señalados por la naturaleza*». Ahora, en sus *Instrucciones de 1813*, dice: «El territorio que ocupan estos pueblos de la costa oriental del Uruguay se extiende *desde los siete pueblos de Misiones, que hoy ocupan injustamente los portugueses, y que a su tiempo deberán reclamarse, hasta la fortaleza de Santa Teresa. Ese será, en todo tiempo, el territorio de este Estado*».

¡Hoy no lo es, amigos artistas, hoy no lo es! Ya veréis, más adelante, por qué los orientales no poseemos íntegra la legítima herencia del padre Artigas.

«La Provincia Oriental, continuaban las «Instrucciones», *entra en una firme liga de amistad con cada una*



de las otras, para la defensa común, para su libertad, para la mutua y general felicidad; pero retiene su soberanía, su libertad e independencia; retiene todo poder, jurisdicción y derecho que no sean expresamente delegados al conjunto de las provincias, unidas a su Congreso. El Estado Oriental tendrá su constitución territorial, y sancionará la general de las provincias unidas que forme la Asamblea Constituyente. Podrá levantar los regimientos que necesite, nombrar sus jefes, organizar sus fuerzas.»

Por fin, se establece que la Constitución general asegurará a las provincias la forma republicana de gobierno, y garantirá a todas y cada una de ellas sus derechos, su seguridad, su soberanía.

Ahí tenéis, amigos, el pensamiento de Artigas. No me parece indispensable a mi propósito el establecer, de acuerdo con el tecnicismo jurídico, si en ese pensamiento estaba el concepto de un gran *Estado federal*, o el de una *Confederación de Estados*. Héctor Miranda ha escrito sobre eso, y sobre las memorables *Instrucciones* en detalle, un libro lleno de sólida erudición y de mérito. Pero eso es accidente para nosotros. A nosotros nos basta con saber que, en aquel pensamiento, estaba la independencia republicana de todos estos pueblos desprendidos de la metrópoli española; lo mismo la del Uruguay que la de la Argentina; lo mismo la de Bolivia que la del Paraguay. La unión o separación de esos estados, en una forma o en otra, será obra accidental de los sucesos. Lo esencial aquí es la personalidad, la vida de todas y cada una de esas entidades sociológicas. Porque, eso sí, quiero que advirtáis desde ahora, artistas amigos, con grandísima atención, para que percibáis el rasgo característico de Bolívar allá en el Norte, y mucho más el

de este nuestro Artigas en el Sur. Artigas tiene un doble carácter: es el jefe de uno de los pueblos de la confederación que está en su mente, el Estado Oriental; y, al propio tiempo, el creador de la confederación misma republicana, el solo creador. Observad, desde ahora, que él no se incluye entre los representantes de ese Estado Oriental, como no se incluirá entre los de los otros; los pone a todos *en el pleno goce de sus derechos:* en sus *Instrucciones* proclama, no sólo la independencia oriental, sino *la independencia absoluta de estas colonias,* para que formen naciones soberanas confederadas. Él será el Jefe de los Orientales; pero sobre ese carácter, que acaso pudiéramos llamar específico, se siente investido del genérico de *Protector de los Pueblos Libres,* como será llamado. Él es el Libertador del Plata, como Bolívar lo es del Orinoco; pero con una fe republicana más firme que la de Bolívar; con una visión más clara y más imperiosa, como brotada más directamente de la naturaleza, y menos adulterada por extraños artificios.

Y con esa fe, sueña, como lo habéis visto, en llegar hasta el Perú, hasta encontrarse con Bolívar; con ella seguirá anhelante, desde su tierra, los pasos de San Martín, cuando éste cruce los Andes; con ella, por fin, y en ella morirá, y será enterrado de limosna.

IV

Se ha dicho, como antes lo insinuábamos, que no fué Artigas quien escribió las *Instrucciones de 1813.* ¡Como si todos los grandes hombres lo hubieran hecho todo por su mano!

Pero bien: si no fué Artigas el que abrigó, y dió for-

ma, y custodió ese pensamiento, debe haber existido, en la Banda Oriental, *otra persona* a quien debamos atribuirlo, pues no se concibe un pensamiento que no radique en una persona, en una conciencia. Dígase, pues, quién es *ese otro*, y lo proclamaremos el héroe. Pero el hecho es que ese tal *estaba allí, sólo allí*, en el Congreso oriental de 1813, y es preciso encontrarlo; el hecho es que iba con Artigas; en Artigas era conciencia permanente, y verbo, y acción... ¿Dónde está, pues, *ese otro hombre superior*, que se esconde en la cara de Artigas? ¿Cómo se llama?

Ninguno de los estadistas, más o menos preparados, de Buenos Aires, indicó, ni remotamente, esa doctrina, cuyo origen es hoy bien conocido; todos sabemos que ella no es otra que la Constitución de Estados Unidos. Y mal podían aquéllos indicarla, porque no la conocían, como la conocía y estudiaba de la Mora en el Paraguay. Rivadavia, el más ilustrado de todos ellos, era, como lo dice don Andrés Lamas, un discípulo de los filósofos y revolucionarios franceses; no concebía ni conocía más sistema de gobierno que el unitario, el centralismo absoluto: monárquico primeramente, republicano, por fin, cuando no se pudo menos; pero oligárquico. Se ha pretendido atribuir a Mariano Moreno el conocimiento y hasta la adopción del pensamiento de Artigas; para ello, se ha llegado hasta a intercalar en sus escritos un párrafo que no figura en la *Gaceta de Buenos Aires*, de que fueron tomados.

Pero, no; hoy la luz es meridiana; no vino del otro lado del Plata aquel vital espíritu, por más que yo mismo oí decir una vez a Sarmiento que fué su ilustre deudo Fray Justo de Santa María de Oro quien hizo conocer a Monterroso, secretario de Artigas, las



instituciones de Estados Unidos. Héctor Miranda, en el libro que os he citado, examina los hombres que, entre los orientales, pudieron ser los autores de esas *Instrucciones*. ¿Fué Larrañaga? ¿Barreiro? ¿Monterroso? Ninguno de ellos puede ser, dice Miranda. Fué Larrañaga, dicen otros, Larrañaga, que poseía el inglés, y cuyo estilo puede reconocerse en el discurso inaugural de Artigas. No, afirman otros; son de Barreiro, de cuyo puño y letra están escritas en el Archivo Nacional Argentino.

Si tanta importancia tuviera el punto, puedo daros una nueva pieza de convicción, que, más aun que para el caso concreto, nos servirá para juzgar de aquellos tiempos y personas: es el borrador de una carta, que llega original a mis manos, dirigida por Larrañaga al obispo de Buenos Aires en 1837; es de su puño y letra. En ella, el prelado oriental, Larrañaga, pide al argentino, por recomendación «de su distinguido y amable presidente» (Oribe), interponga su sagrada dignidad a fin de obtener del gobierno de Rosas, dueño entonces de la República Argentina, pasaporte para el doctor don Mateo Vidal, que, sospechado de *unitario*, está mal en Buenos Aires. Es la época en que los vocablos «Unitario» y «Federal» tienen un sentido muy distinto del que Artigas les atribuía; pero en el espíritu de Larrañaga, honrado espíritu, lo conservaban, por lo visto. Éste defiende de la peligrosa imputación a su antiguo compañero. «Puedo asegurar, dice al obispo, que siempre he reputado por acérrimo federal a nuestro don Mateo, desde 1813. Ese mismo año fuí electo por esta Provincia, para tomar parte en el Congreso General Argentino; y, habiendo desde luego manifestado hallarme con *instrucciones decisivas* sobre votar por el sistema fede-

rativo, *mi franqueza y mi vigor en proponer y sostener la conveniencia necesaria de tal principio se estimó causa bastante para no ser admitida mi misión en esa capital*... Constándome, de consiguiente, que los principios de Vidal eran, desde aquella época, *idénticos a los míos*, sería extraño que ese amigo mío pudiera de un golpe haber cambiado sus conocidas ideas.»

Y agrega más adelante: «Vidal es un sacerdote súbdito de V. S., y, si ha preferido su establecimiento en esa ciudad a la dulzura de vivir entre sus deudos en su patria, ella es tan luego naturalmente aficionada a ese sistema federativo, *como lo soy yo, y lo he sido siempre a fuer de buen oriental*».

Me parece que esa carta, interesante si las hay, nos permite afirmar que no otro que Larrañaga fué quien dió forma a aquellos principios que *propuso y sostuvo* y conservó hasta el fin como inseparables de su nacionalidad.

Pensad vosotros lo que más os venga en talante; pero convendremos en que, cualquiera que haya sido allí el secretario redactor, no sólo fué Artigas quien proclamó el principio vital, sino que fué él quien lo custodió sin quebranto, al través de las vacilaciones de sus mismos colaboradores, de Vidal, de Barreiro, del propio Larrañaga, de todo el mundo; por mantenerlo fué objeto de persecución y de odio; y él y su patria fueron el holocausto ofrecido a esos principios, *alma mater* de la república triunfante. Lo que en los otros pudo ser una doctrina, en Artigas era una visión; otros podían saber la verdad; él era una verdad.

La visión del hombre oriental, para los hombres de Buenos Aires, era una proterva visión, una Dulcinea del Toboso, pero fatídica; una emperatriz de la Man-



cha, pero no, como la primera, inocente labradora sin pasiones, sino voluptuosa y palpitante, capaz de arrastrar al pueblo a sus brazos y estrangularlo en ellos como una hermosa fiera. Era la anarquía. El caballero que la amara no sería el inocente andante de la Mancha, símbolo de toda abnegación generosa, destinado a ser la burla de arrieros y venteros y Sanchos Panzas; no debía ser tratado por los duques opulentos como objeto de regocijadas parodias caballerescas, sino considerado criminal y peligroso, reo de lesa patria americana, y condenado a muerte.

Artigas era el caballero, el Quijote siniestro. Reo será de muerte.

Inútiles fueron sus esfuerzos porque los diputados orientales se incorporaran a la Asamblea Constituyente, a hacer oir al menos la voz sincera. Ya os he hecho saber quiénes son los que esperan en Buenos Aires a esos diputados orientales: ya sabéis, pues, lo que allí va a acontecer. Eran, sin embargo, bien dignos de respeto. El ilustre Dámaso Larrañaga por sí solo hubiera podido inspirarlo. Y don Mateo Vidal, don Felipe Cardoso, don Marcos Salcedo y el doctor don Francisco Bruno Rivarola, que lo acompañaban, no le iban en zaga. No merecieron consideración, desgraciadamente. Se presentaron por primera vez, y fueron rechazados: había *defectos de forma en la elección.* Artigas convocó al pueblo por segunda vez, para que ratificara los poderes de sus diputados. El pueblo los ratificó. Por segunda vez fueron rechazados en la Asamblea.

Buenos Aires, como antes lo hemos visto, no quería eso, sino la otra cosa. Y no pudiendo obtenerla, y a pretexto de que se anunciaba la llegada a Montevideo de refuerzos de España, resolvió, por segunda

vez, levantar el sitio; abandonar de nuevo la Provincia Oriental a su propio destino, ya que lo quiere propio, distinto del que a todos adjudica la comuna oligárquica.

En el mes de mayo de 1813, se ordenó a Rondeau el retiro inmediato del ejército auxiliar. Rondeau logró paralizar la ejecución de esa inconsiderada medida; pero la orden fué reiterada y confirmada, aun antes de recibirse el parte oficial de la llegada de los refuerzos españoles.

Se ordenó a Rondeau terminantemente que levantara el asedio, y se embarcara con el ejército en la Colonia, donde ya estaban prontos los transportes necesarios. Rondeau insistió, demostró, triunfó. No pudo resistírsele; el sitio continuó. Esta insistencia de Rondeau forma acaso lo mejor de su gloria.

Bien es verdad que el gobierno de Buenos Aires quería destinar las tropas del asedio de Montevideo a reforzar las que, allá en el Norte, resistían la invasión del español que venía del Perú; pero eso demuestra, una vez más, lo que antes os he hecho ver con claridad: que la Provincia Oriental no era necesaria para la integración del gran virreinato españolandino; que éste era lo principal y aquélla lo accesorio; que la región oriental sería siempre abandonada, si así lo exigían los intereses de la occidental; que eso era lo que se pretendía de Artigas ante todo: el sacrificio de la Patria Oriental, siempre y cuando así lo reclamara la existencia de la Occidental, y cualquier fuese la forma que para ésta adoptara su oligarquía. Y Artigas no debía querer, ni quiso jamás tal cosa. Él es, ante todo y sobre todo, el Jefe de los Orientales; ése fué su crimen: el buscar, en la Banda Occidental, los aliados o auxiliares sinceros de la Oriental, los ani-

mados del grande espíritu común americano. Y los halló, por cierto; los halló en todos los pueblos argentinos, sin excluir el de Buenos Aires.

El triunvirato consintió, por fin, en que el sitio de Montevideo continuase esa vez. Pero era necesario entonces que la condición *sine qua non* se cumpliese: ordenó a Rondeau que enviase representantes a la Asamblea Constituyente; pero que fuera él, el jefe de los bonaerenses, y no el Jefe de los Orientales, quien presidiese la elección, *según sus instrucciones*.

Artigas hizo entonces el último esfuerzo.

¿Vivía aún en su alma fuerte la esperanza de conciliar la soberanía oriental, y la soñada patria republicana, con el núcleo dirigente de Buenos Aires, con el *buen* Sarratea, con el espléndido joven Alvear, con el enfático Rivadavia, con el siniestro Monteagudo?

Cuesta creerlo; pero el hecho es que, invitado por Rondeau, accedió a subscribir con éste la nueva convocatoria al Pueblo Oriental.

¡Inútiles tentativas! Rondeau, de acuerdo con sus instrucciones, hizo de aquella asamblea, que reunió bajo su propia presidencia e inmediata dirección en la *Capilla de Maciel*, y no en el campo de Artigas, como estaba convenido, el más poderoso recurso para aniquilar a éste, presentándolo ante sus mismos compatriotas como un espíritu díscolo e irreductible. Un miembro del Congreso, García Zúñiga, se atrevió a insinuar que aquella asamblea civil no debía ser presidida por el jefe militar de Buenos Aires; pero la mayoría juzgó que sí, que debía ser encabezada por Rondeau, «cuya moderación y prudencia eran conocidas». Y así era la verdad. Nada más conocido que la prudencia de Rondeau; pero nada más desconocido

de aquella gente honrada que las *instrucciones* de que aquél es instrumento pasivo. Es éste, amigos, como lo veis, uno de tantos casos de la pugna entre la realidad percibida por un hombre solo y las apariencias visibles al común de las gentes. Nada más fácil que presentar al primero como un irracional a los ojos de los segundos. Fué ésa siempre la situación de Artigas, ante sus contemporáneos primero, y ante la historia provisional después: la del vidente lapidado que, en posesión de la realidad futura, no puede rendirla ante las presentes engañosas: es lo que se llama un carácter, un hombre intenso, ausente de todas partes, menos de sí mismo.

El carácter de ese Congreso de la Capilla de Maciel está trazado por el ilustre Pérez Castellano, actor en él, y persona cuyo significado debemos advertir aquí. «En la puerta del salón, dice, estaba de facción un ayudante que, a la menor señal, podía llamar ocho o diez dragones, que no hubieran dejado títere con cabeza...» «En la elección de diputados no se tuvo por objeto el bien de la Provincia Oriental, sino presentar un documento de subordinación al gobierno de Buenos Aires.» Y concluye diciendo que «en el seno de la Asamblea se echaba bien de ver, por el general silencio que se hacía en torno de las cuestiones importantes, que entre los concurrentes no había la libertad necesaria para tales casos, y que sólo enmudecían de terror y espanto».

Este sentir del doctor Pérez Castellano sobre el Congreso de Maciel tiene, como la propia personalidad de ese anciano clérigo oriental, un significado que debemos detenernos a considerar para entender bien a Artigas. Vosotros os habéis encontrado ya con aquél, cuando os lo presenté, como autor de la fórmu-



la de Mayo, en el Cabildo Abierto de Montevideo en 1808. Confirmaréis aquí, al verlo protestar contra las imposiciones de Rondeau y sus dragones, lo que entonces os dije sobre lo que tan ilustre persona representa. Pérez Castellano es un desorientado como tantos otros, y no es digno por eso de reproche. Comprende, no sin pena quizá, que el rey viejo ha muerto; pero no acaba de reconocer al nuevo que ha nacido; echa de menos los atributos. No lo ve en Buenos Aires, por supuesto, y en eso disiente de don Valentín Gómez, verbigracia, capellán de Artigas en Las Piedras y agente después de las ambiciones bonaerenses; pero tampoco lo ve ni puede verlo en Artigas, su compatriota, por más que comparta su pensamiento con relación a la antigua capital. *De rey abajo, ninguno,* dice el valiente clérigo, como el leal vasallo antiguo.

«Lo que yo sé, escribe en alguna de sus obras, es que el mismo derecho que tuvo Buenos Aires para substraerse al gobierno de la metrópoli española tiene esta Banda Oriental para substraerse al gobierno de Buenos Aires. Desde que faltó la persona del rey, que era el vínculo que a todos nos unía y subordinaba, han quedado los pueblos acéfalos, y con derecho a gobernarse por sí mismos.»

Ya lo veis, pues: para el doctor oriental, mezcla de aurora y de crepúsculo, las cenizas del viejo fénix se han dispersado; pero no se ven los filamentos orgánicos del nuevo, como dice Carlyle; rota la sumisión al rey de España, no encuentra vínculo alguno entre los pueblos del continente; para combatir la tendencia de Buenos Aires, que sólo encuentra tal vínculo en su propia corona comunal, Pérez Castellano quiere la independencia de cada pueblo por su

lado. Tanto el uno como el otro son la anarquía, precisamente, como lo veis; la impotencia común.

Artigas, no; Artigas es otra cosa; es todo lo contrario; él es el orden. Está tan distante del ilustre clérigo, su compatriota, como de los otros; cree en la existencia de un nuevo y potente vínculo de vida entre los pueblos americanos: la independencia continental, obtenida por todos ellos, unidos o confederados; por los platenses en primer término.

Pérez Castellano es el *antiporteño* clásico, el *cartaginés* colonial; Artigas, no, y, precisamente por eso, por demasiado amigo de Buenos Aires, es mirado de reojo por su ilustre compatriota, que ve en él *un conde don Julián,* un traidor a su rey, y un aliado *del moro.* El moro, para Pérez Castellano, es el porteño.

Yo podría enseñaros aquí, amigos míos, cómo esa unidad o confederación impuesta por Artigas a la ciudad de Buenos Aires en nombre de los pueblos, y la resistencia de ésta en nombre de sus privilegios virreinales y de su superioridad inalienable, constituye la historia de la república argentina anterior a su organización definitiva; ésta se consuma sólo con la ejecución del programa de aquel vidente obstinado: con la entrega de la capital de Mayo a los pueblos todos argentinos, sus verdaderos dueños. No cabe tal estudio en este momento; pero vosotros tocaréis con la mano esa verdad, que brota ya clarísima de la infrahistoria, a medida que las verdades se van encendiendo en las tinieblas.

Rondeau procedía con sinceridad, sin embargo, al presidir con sus dragones el Congreso de Maciel; él creía en la soberanía de Buenos Aires como en el solo vínculo posible. Ya sabéis que él no veía sino las apariencias; nadie hablaba dentro de él; todo le venía

de afuera. Sólo más tarde, cuando los hechos le hagan tocar con la mano la realidad que ve Artigas, se rebelará contra Alvear; pero en este momento—y nada tiene de extraño—no cree, ni puede creer en el héroe. Rondeau, que ha recibido nuevas instrucciones de Buenos Aires, se dirige a Artigas el 16 de abril, precisamente cuando éste acaba de realizar el Congreso. «Después de las fatigas, le dice, y agitaciones de espíritu que tanto tiempo ha sufrido V. S. con generosa constancia, por precaverse de que algún nuevo género de política mezquina o ambiciosa intentase ofuscar, en los primeros días de nuestra libertad naciente, la dignidad del Pueblo Oriental, que, en parte, milita bajo su esclarecida conducta, yo tengo la singular satisfacción de poder informar a V. S. que el Superior Gobierno Ejecutivo, adoptando de buena fe los medios más liberales y eficaces para remover del concepto de V. S. cualquier duda o incertidumbre en aquel respecto, me autoriza e instruye suficientemente, por sus últimas comunicaciones del 6 del corriente, para oir y tratar con V. S. en el asunto de sus solicitudes y las del Pueblo Oriental.»

Lo invita, en ese concepto, a tratar con él, en la seguridad de que «descansará (igualmente que la Provincia) de los celos que le hacían mirar por su dignidad y por el decoro debido a sus derechos».

«Nada para mí más lisonjero, nada más satisfactorio, nada más glorioso que la comunicación estimable de V. S. data de ayer», contesta Artigas. Y, exponiéndole ampliamente sus fundamentos, le remite lo que el Pueblo Oriental ha sancionado, como la sola garantía del derecho de todos, en el reciente Congreso del Peñarol.

Rondeau debió quedar como quien ve visiones ante



aquellos documentos; él tenía preparadas para Artigas, no cabe duda, las palmas de oro de brigadier de la nación, y hasta la esperanza de llegar adonde él mismo llegó: a ser Director Supremo de las Provincias Unidas... ¡Pero declaración de independencia! ¡Régimen republicano federal, con división de poderes, y respeto de la autonomía de los pueblos!... Aquello era una barbaridad. Aquel hombre era un loco de atar.

Rondeau no pudo menos, el pobre, de romper con él. En una de sus comunicaciones posteriores llega a decirle: «Son muy dignas de V. S. las reflexiones que me hace. ¡Ojalá que bastaran a acallar pretensiones, si no injustas, intempestivas e inoportunas, cuando menos, y que ellas tuvieran poder para refrenar la imprudente licencia con que algunos díscolos, llenos del espíritu de discordia que los anima, se complacen en sembrar imposturas, con la idea de fomentar la desconfianza y la división, teniendo el descaro de zaherir los respetos de un gobierno que los llena de beneficios, *gobierno del que dependemos, y sin el cual ni aun respirar podemos!*»

Este bravo de Rondeau era un hombre ingenuo, indudablemente; *alieni juris*. No pasarán dos años, sin embargo, como lo veréis, sin que él mismo haga lo que Artigas, aunque inducido por otros: se rebelará contra ese gobierno, y seguirá respirando... sólo respirando. Pero cuidemos mucho de no tener ahora ni un solo pensamiento, que no sea de glorificación para el hombre honrado que venció en el Cerrito.

Sí, bravo amigo, candoroso amigo; el Pueblo Oriental puede respirar también sin el gobierno de Buenos Aires. Prescindirá de éste, y buscará directamente al pueblo occidental, al pueblo argentino, su hermano,

su aliado, que lo llama y le pide protección contra la comuna de la capital, sin la cual también quiere respirar, respirar cuando menos. Éste sí que reconoce a Artigas; lo descubrió en Las Piedras, y lo vió de cerca y lo reconoció en el Ayuí. Y ahora, sobre todo, ahora que ha visto su pensamiento escrito en sus *Instrucciones*, distingue y aclama en él al solo intérprete de la revolución de Mayo, al solo conductor que lleva a lo que todos anhelan con más o menos precisión.

V

No, Rondeau no veía claro ni mucho menos; el Jefe de los Orientales no es un díscolo; es más bien un ingenuo, casi un inocente. Artigas tiene su plan de acción; pero, como aun cree posible la unión entre el gobierno central y los pueblos argentinos vivos, no se resolverá a prescindir de aquél para acudir a éstos sin antes agotar todo humano recurso de razonable conciliación. Él quería y esperaba ser el *nexo*, como lo hemos dicho, entre aquella cabeza y el resto del organismo, todo nervios y corazón.

Era imposible, por desgracia, fundamentalmente imposible. Y no por causa de Artigas a buen seguro, ni de aquellos pobres pueblos que lo llamaban en su auxilio por irresistible instinto. Vosotros sabéis lo que Rondeau no sospechaba: las causas sociológicas de ese fenómeno. La oligarquía, no el pueblo, tampoco, de Buenos Aires, si bien era parte del nuevo organismo, lo era mucho más del viejo, del colonial; no creía, por consiguiente, en la existencia de un alma nueva, con potencias y facultades propias, creada

para informar substancialmente aquel cuerpo recién salido del útero español; sólo veía en él un conjunto de energías movidas o determinadas por ajena fuerza, incapaz, por consiguiente, de derechos y deberes consubstanciales. No concibe, por ende, más acción eficaz que imponer el Corán por la cimitarra, como hemos dicho.

Los tratados que le hemos visto celebrar con esos pueblos, con el Paraguayo primero, tras los desastres de Belgrano, y con el Oriental después, tras la expulsión de Sarratea, han sido falaces; le han sido arrancados por quien, según ella juzga, no es capaz de derechos, y no se cree en la obligación moral de respetarlos.

En cuanto a los demás núcleos populares que aun no han podido imponerse, los provoca con una falta de tino que da pena; les envía sus delegados, especie de procónsules romanos, que parecen empeñados en enconar aquellos pueblos. Desde Charcas y Potosí, en el Alto Perú, que será la República de Bolivia, y en donde tan tristes recuerdos dejó la primera expedición *auxiliadora*, con Castelli a la cabeza, hasta Córdoba y Tucumán y Santa Fe, que pronto se refugiarán en Artigas, todos los gobernadores-intendentes son delegados de la logia que el joven Alvear preside. Así lo hará con la Banda Oriental, no bien consiga ser dueño de su capital, Montevideo; y así ha querido y quiere hacerlo con el Paraguay, y lo hubiera hecho, a no haber escapado con él a su guarida el buen doctor don Gaspar Rodríguez de Francia.

Era un gravísimo error. Aquellos sembradores de vientos, lo mismo el deán Funes que Rivadavia, tanto Nicolás de Herrera como Pueyrredón, no sabían otra cosa que libros, y no muchos, que digamos; no

sabían nada, pues, para el caso. Eran lo aprendido, y la negación de lo heroico, por consiguiente. El que quiera ser héroe personal (y los héroes lo son siempre) tendrá que desprenderse de ese centro de anarquía. Si San Martín ha de ser tal, una persona heroica (y sí que lo fué), se verá obligado a rebelarse contra esa logia de semisabios; a abrazar el *artiguismo*, como será llamado ese espíritu. El mismo sumiso Belgrano tendrá que desobedecer para triunfar en Tucumán. Güemes será el héroe del Norte; pero al grito de: ¡Mueran los porteños! Estudiaremos todo eso; lo estudiaremos detenidamente, pues vale la pena.

Pero deploremos entretanto el empecinamiento de aquella oligarquía, en obligar a Artigas a separarse de ella, malgrado su buena voluntad, para poder llenar su misión heroica. Él y su patria, como núcleo que son del alma nueva, forman el objeto principal de las aversiones de la antigua; es preciso, si se ha de hacer obra práctica, deshacerse del uno y de la otra. Si no se puede con la propia cimitarra, se recurrirá a la ajena, a Portugal, a Inglaterra, al mismo demonio, si el demonio está dispuesto a cargar con ellos.

La guerra contra este héroe es implacable; debe ser previa a la de España; condición *sine qua non* para que tenga la solución racional: la coronación de un príncipe independiente, de legítima sangre real.

¡Cómo se empeña entonces el honrado caudillo, antes de resolverse a la acción propia, cómo se empeña en convencer a aquellos hombres de que la unidad que buscan es irreal; de que la tiranía no puede engendrar libertad; de que no es posible desdoblar en sus inseparables componentes la substancia vital sin aniquilarla; de que la verdadera anar-

quía no está en los pobres pueblos vivos, que obedecen a una ley más fuerte que su voluntad, sino en esa logia muerta, muerta de vanidad, de mediocridad libresca, que ha quedado en Buenos Aires como vestigio del coloniaje!

Contamos hoy con su copiosa correspondencia: con la que envía y recibe de los otros pueblos, del Paraguay especialmente, identificado con él en los agravios y los anhelos, y unido a su acción mientras no llega la plena tiranía del doctor Francia; la que le dirigen sus agentes en Buenos Aires, denunciándole lo que allí se piensa y trama contra su vida; la que él sostiene, por fin, con el gobierno central, ya rogando, ya intimando, ya dando voces más o menos suplicantes o desesperadas.

No podemos leerla toda, desgraciadamente; ahí está completa en el archivo de Mitre. Pero detengámonos un momento en ésta, seguida con el Paraguay, que nos sale al paso. El gobierno colectivo de aquel Estado, en el que aun vemos a Rodríguez de Francia unido a Yegros, Caballero, etc., le protesta su adhesión, le aplaude sus procederes, le tributa sus homenajes, le asegura su alianza inconmovible, le expone sus derechos y sus agravios contra el gobierno central. Son éstos los mismos de los orientales, los mismos de los otros estados. «Buenos Aires ha violado, le dice, sin la menor consideración, los tratados que celebró con un pueblo levantado espontáneamente en favor de América; ahora nos reclama imperioso nuestros auxilios bélicos contra el extranjero, mientras nos obliga a conservarlos para estar prevenidos contra su propio despotismo, que nos amenaza en substitución del otro; pretende que sometamos nuestros derechos a su Asamblea Constituyente, y ésta

no es más que el instrumento de su voluntad; quiere que enviemos representantes a esa Asamblea, cuando el rechazo de los representantes de los orientales nos enseña el destino que pueden esperar los nuestros si no son sumisos...»

Artigas está seguro, pues, de su razón y de su fuerza; pero tiene miedo de ésta. Su palabra alienta a los pueblos; pero contiene sus impaciencias y calma sus rencores, con la esperanza de una razonable conciliación. Su correspondencia con el gobierno central, en que expone los derechos de su pueblo, y sus quejas, y sus esperanzas, y las pruebas de que puede y no quiere guerrear con sus hermanos, llega a cobrar un tono doloroso, mezcla de súplica y amenaza, que, frente al olímpico desdén de Buenos Aires, no puede menos de recordarnos aquel Pedro Crespo, *Alcalde de Zalamea,* que creó, para este caso y sus análogos, el genio español del siglo de oro.

Toda esa correspondencia es trágica, lo que se llama trágica; pero toda ella pudiera condensarse quizá en la nota de 29 de junio de 1813, de que es conductor a la capital el ilustre Larrañaga. «Señor, dice Artigas en ella al Supremo Poder Ejecutivo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, señor, conservemos la paz y la unión que habíamos creído cimentada en nuestro arreglo de febrero. Todo lo en él convenido, expulsión de Sarratea que me declaró traidor, reconocimiento del pueblo oriental como aliado, facultad de éste para formar su gobierno propio, todo se está violando. El comandante de la Quintana, que ha acantonado V. E. en Entrerríos, es mi enemigo; ha sido puesto allí contra mí, sólo contra mí; no contra el español; el comandante Planes ha sido colocado, con el mismo objeto, en Co-

rrientes, sobre la frontera paraguaya; ese agente de V. E. me intercepta mis comunicaciones con aquel gobierno amigo; ha pasado por las armas, sin forma alguna de proceso, mis oficiales; me hace guerra implacable. En esa capital todo está enconado injustamente contra mí y contra mis compatriotas, contra «los que mayores glorias han dado a la patria», según V. E. lo reconoció. No sólo se han rechazado sus diputados, «a pretexto de unos defectos absolutamente cuestionables», sino que se ha desconocido y menospreciado el gobierno que presido, tan legalmente formado como el central, y que no busca otra cosa que su unión sincera con él, dentro de una razonable federación.»

Y todo eso era la verdad: Sarratea predominaba; os jefes a que Artigas se refiere estaban, efectivamente, en armas contra él, y pronto serán vencidos por él; el vicepresidente en ejercicio del gobierno civil oriental, que había establecido su sede en Canelones, se había dirigido, como antes dijimos, al Gobierno central en respetuosísima nota, que ni siquiera fué contestada.

«Señor, señor, grita Artigas, que no sospechaba las gestiones que se seguían en el extranjero, ¿hasta cuándo la moderación nuestra ha de servir de garantía a la intriga? Este pueblo aliado, sinceramente aliado, quiere su vida, su libertad razonable y la de todos sus hermanos; por ella se ha sacrificado y está dispuesto a sacrificarse; acudirá a cualquier parte en que se atreva el enemigo; pero deje V. E. que sea, que viva... Desista V. E. de su empeño; entre al templo sagrado de la confederación, y evitemos que el llanto y la amargura vengan a ofuscar nuestro brillante destino.»



«El ciudadano Dámaso Larrañaga, termina esa nota, está encargado de concluir esta gestión. *Mis conciudadanos esperan de rodillas el resultado.* La orfandad de sus hijos, el clamor de sus mujeres, el abandono de sus haciendas, sus lágrimas, el cuadro más imponente de la humanidad constatan su grandeza. V. E. va a decidirla.»

Advirtamos muy mucho, amigos míos, que esta angustiosa nota precede sólo seis meses al momento en que Artigas va a resolverse, por fin, según veréis, a separarse *personalmente* del segundo sitio de Montevideo; advirtamos eso con la mayor intensidad de que seamos capaces.

Duramente, por cierto, lo más duramente posible rechazó el triunvirato bonaerense aquella súplica; su nota-contestación, de 25 de julio, que hizo subscribir a su secretario, es desolante. Fernando VII no era más severo con sus súbditos insurrectos de América que lo que fué Buenos Aires con aquel alcalde arrodillado, cuyas instrucciones secretas a Larrañaga comenzaban así: «Preguntará al Gobierno qué es lo que exige de los Orientales. Que por Dios entre a garantir la unión».

«El Gobierno ha visto, escribió entonces el secretario del triunvirato a Larrañaga, el Gobierno ha visto *el papel de don José Artigas, que estuvo usted encargado de presentarle...»* Y así sigue. Y concluye: «El Gobierno ha escrito al general don José Rondeau para que, reuniendo a los hacendados propietarios... se establezcan las justicias, etc. Ellos serán los jueces, y ellos serán los primeros interesados *en rechazar las agresiones de los perversos, que, no poseyendo cosa alguna, viven a costa de los demás...»* Y, por fin: «El Gobierno quiere que se expresen así sus verdaderos

sentimientos, para que pueda usted cumplir los encargos de don José Artigas».

Larrañaga se volvió con ese recado, que sólo en extracto transmitió a su acongojado comitente.

¡Oh viejo labrador, villano alcalde de Zalamea! ¿Conocéis a ese alcalde de Zalamea, amigos artistas?

Si no me motejarais de superficial, yo os invitaría a dejar de mano los tontos documentos, y a que leyéramos juntos, para conocer la esencia de esta verídica historia, los bellos versos españoles de la tragedia de Calderón. Hay quienes no creen que se pueda decir verdad en bellos versos; pero vosotros, que la decís de mármol o de bronce, bien podéis creer en la palabra marmórea.

Aquel honrado alcalde, puesto de rodillas ante el capitán que le ha robado la honra con la de su hija, y al que puede ahorcar, porque es autoridad en la aldea... y porque es justo, porque es justo sobre todo, es una de las grandes creaciones del genio humano; el inglés, con tener a su magno Guillermo, no concibió tipo más noble que ése de pura cepa española. Vosotros, los artistas de la estirpe, sobre todo, no podéis menos de recordar aquella temblorosa escena, en que el alcalde de cabeza blanca se pone de rodillas ante el capitán que lo ha ofendido en lo más hondo, y, después de ofrecerle todo cuanto tiene, su hacienda, la de su hijo, su libertad, su vida, a cambio del respeto que le implora, le dice, ¿lo recordáis?:

Restaurad una opinión
Que habéis quitado... No creo
Que desluzcáis vuestro honor;
Porque los merecimientos
Que vuestros hijos, señor,



Perdieran por ser mis nietos,
Ganarán, con más ventaja,
Señor, por ser hijos vuestros...

«¡Dadme mi honor!, grita sollozando el viejo labriego; ¡dadme mi honor!...»

Mirad que puedo tomarle
Por mis manos, y no quiero
Sino que vos me lo deis...
Mirad que soy
Alcalde en Zalamea hoy...

Es trágica, indudablemente, esta escena; es muy graciosa; me recuerda a Artigas a cada paso... es muy graciosa. Y lo es más la contestación que da al viejo el arrogante capitán, aquella de:

¡Viejo cansado y prolijo!...
Si vengar solicitáis
Por armas vuestra opinión,
Poco tengo que temer;
Si por justicia ha de ser,
No tenéis jurisdicción.

¡No tenéis jurisdicción! Bien dicho está eso, me parece. Y aquel villano soberbio que, sin jurisdicción, sin documentos en buena forma, y sólo porque tiene razón, acaba, el muy bárbaro, por colgar o agarrotar a un capitán del rey en medio de sus soldados, y casi en presencia del mismo rey, es un tipo de lo más extravagante que conozco. Ningún momento más propicio de la historia americana que éste en que estamos de la de Artigas, para perder un rato leyendo versos célebres como esos, aunque sean versos...

Amigos: ese alcalde de Zalamea es la dignidad humana, la libertad, el heroísmo. Él se desprende de su hija, la entrega a Dios; pero agarrota al capitán, en el que quedan agarrotados para siempre todos los capitanes, habidos y por haber, que consideran eterno el predominio de las jurisdicciones o formas sobre las justicias o recónditas esencias.

Pedro Crespo, el alcalde, decía, el muy anárquico:

Al rey la hacienda y la vida
Se ha de dar; pero el honor
Es patrimonio del alma;
Y el alma sólo es de Dios.

Y el mismo rey, el mismísimo Felipe II, que allí aparece un momento, asiente a esa barbaridad, como lo recordaréis:

Vos, por alcalde perpetuo
De aquesta villa os quedad.

¡De aquesta villa! El viejo Pedro Crespo lo es perpetuo del mundo entero; allí donde él exista, no habrá capitanes irresponsables, dueños del honor ajeno y de la libertad. En nuestra América, amigos míos, hubo algunos de esos tales alcaldes. Y por eso, sólo por eso, fué lo que fué. Y sobre todo, será lo que ha de ser: la sede de la gran democracia, virtud, honor, abnegación.

Artigas ha agotado, como habéis visto, todos los recursos para conservar los intermediarios entre el Pueblo Oriental y el Occidental del Plata. Ha llegado, pues, el momento de recurrir directamente a éste.



Va a tomar en hombros a su patria; de nuevo va a hacerla cruzar el Uruguay; pero ya no para pedir protección, sino para darla; para constituirse en núcleo de todos los pueblos argentinos acogidos a su bandera tricolor.

En enero de 1814 el sitio de Montevideo puede darse por terminado. Artigas presume que la plaza caerá en manos de los sitiadores: cayó, efectivamente, cinco meses después.

Pero está convencido, por otra parte, ya no puede menos de estarlo, de que, si los pueblos no se imponen, el nuevo dueño no será menos tirano que el viejo, y de que, entrando él, en ese momento, como uno de tantos números del ejército vencedor, los calabozos de la ciudadela le esperan con sus mandíbulas muy abiertas. ¡Si antes de entrar su propia vida está en peligro, como hemos visto!... ¡Si en esos momentos está Sarratea, el *general* Sarratea, nada menos, en Río Janeiro, gestionando con lord Strangford un nuevo armisticio, para entregar el Uruguay al dominio español, y una alianza para aniquilar a Artigas, cuya resistencia a tal entrega será segura!...

¿Debe el Jefe de los Orientales resignarse, y acatar incondicionalmente la oligarquía de Buenos Aires, y librarse inerme a sus enemigos, con su ejército, en su propia tierra, entrando con ellos, como entidad secundaria, en Montevideo?...

¿O está en el caso, por el contrario, de romper hostilidades con Rondeau, y precipitarlo a cumplir su reiterada amenaza de levantar el sitio como en 1811?

La alternativa parece de hierro. ´ sus dos extremos funestos. El primero no puede ser... porque no puede ser; el segundo, porque el Jefe de los Orientales quiere la continuación del asedio, y ésta exige la



alianza con América, interesada toda ella, al par de los orientales, en que éstos se hagan dueños de su ciudad. El retiro de los actuales *auxiliares* colocaría al caudillo de nuevo en la situación en que se vió después de levantado el primer sitio. El esfuerzo aislado, lo mismo aquí que en todo el continente, no es posible; no es juicioso tentarlo, cuando menos.

Pero Artigas ha visto y preparado la tercera solución de aquel problema: ir él solo, personalmente, como plenipotenciario de hecho, en busca de quien ha de reemplazar el instable y falaz auxilio de la oligarquía. Irá en busca del pueblo todo argentino, del paraguayo inclusive, del paraguayo especialmente, con quien ha estado en constante relación. Volverá, sin pérdida de momento, a la línea del sitio; terminará éste con los actuales auxiliares, si aun están allí, y si ello es posible; si no lo es, dará cima a su empresa sin ellos, y aun contra ellos; pero con los pueblos y para los pueblos libres; con y para la causa de Mayo sobre todo. Y si el sitio ha terminado, si la ciudad ha sido tomada, la reclamará *eficazmente* para su dueño, que tiene que llenar su misión histórica.

Adopta, pues, la resolución que ha retardado en vano; la más inspirada entre todas las suyas. En la noche del 20 de enero de 1814, Artigas se retira de la línea sitiadora, llevándose su bandera; se va solo, disfrazado de gaucho, a fin de que las divisiones que lo obedecen permanezcan en sus puestos.

El plan de Artigas tuvo al principio su tropiezo; los leales del gran caudillo, no bien se dan cuenta de su ausencia, corren en su busca; el ala izquierda de la línea se conmueve y amenaza dispersión; comienzan las divisiones de caballería a desfilar hacia



el campo. Rondeau quiere evitar aquel desbande por la fuerza, y los escuadrones que envía con ese objeto son arrollados con pérdidas sensibles. Artigas es el primero en deplorarlo. No le es dado rechazar a los que se le presentan resueltos a seguir con él, y sólo con él; pero consigue reducir a muchos, a los más disciplinados, a permanecer en la línea sitiadora; en ella quedaron, efectivamente, por su intimación expresa, muchas divisiones, la de su hermano Manuel Francisco, la de Pagola, entre ellas. Su propósito hubiera sido que todas quedaran en sus puestos, como él mismo lo dice al gobierno de la Asunción, y como lo hace saber Rondeau al de Buenos Aires; para su objeto, era bastante una escolta y una bandera, su bandera sobre todo; pero hubo de reducirse a lo que la naturaleza imponía: se puso a la cabeza de sus soldados.

La nueva aurora lo fué de un nuevo día en esta nuestra epopeya; alumbró la escena del sitio de Montevideo sin Artigas. El espíritu del héroe vuela en su cuerpo hacia el Norte; de allá descenderá de nuevo a restablecer los equilibrios, después de armar caballeros de su ideal a los pueblos todos argentinos. Comienza, pues, aquí un nuevo ciclo en nuestra historia.

Son muchos los papeles que poseemos en que Artigas, con palabra llena de sinceridad, nos dice todas esas sus intenciones de aquel momento; pero mucho más que las palabras escritas serán los hechos los que nos convenzan de que nada estaba más lejos de su ánimo que el pensamiento de entorpecer o debilitar con su ausencia el asedio de su capital, así cayera en manos de sus más enconados enemigos americanos, con tal que fueran americanos. Nada de eso ha

obstado, por supuesto, a que los que han escrito la historia como si levantasen un sumario con el código en la mano, hayan clasificado aquel acto del héroe entre los delitos catalogados: es una *deserción*, dicen en forma sentenciosa. Sí, deserción. Ya veremos dónde están aquí los desertores, si los hay. El sistema solar o planetario no se inquieta mucho ni poco de su reputación entre los sabios, y Washington era general del rey Luis XVI; pero, como lo dijimos ya una vez, si mal no recuerdo, Washington era general francés, y además... Washington.

Otros, no tan mal inspirados, pero no mejor informados, han creído distinguir *el punto obscuro* de la vida de Artigas en esa su retirada del sitio. Parece, efectivamente, un punto negro; pero franjeado de luz. Como el que deja en la retina un resplandor intensísimo.

No vacilo, por mi parte, en afirmar que es ése el momento más luminoso e inspirado de la vida de Artigas; su *alea jacta est*. Él ha adoptado su resolución en la soledad, completamente solo con su visión; ha meditado bien en sus consecuencias, y las ha aceptado; en aquella cabeza los pensamientos de demolición y de reconstrucción son un solo pensamiento. Es el proceso de la vida, de lo que se llama vida.

Marquemos, pues, con una piedra, este día, amigos artistas: este 20 de enero de 1814, en que Artigas se separa del sitio; marquémoslo como el del nacimiento, el del bautismo, mejor dicho, de la bandera tricolor, blanca, roja y azul, con que aquél se va hacia el Norte; la veremos enarbolada, desde este momento, como pabellón patrio, no sólo por la Provincia Oriental en que ha nacido, sino por las Occidentales republicanas; entrará triunfante, en Montevideo primero,

a la cabeza de los Orientales, y en Buenos Aires después, a la de todos los pueblos argentinos; será el pabellón republicano en porfiada lucha con el monárquico, el americano por excelencia, el de la federación del porvenir acaso, el de la *federación ibérica,* si ésta llega a adoptar un pabellón histórico.

Pero ¿dónde y cuándo ha sido inventada esa bandera, que aun no ha figurado en nuestro colorido relato?

La historia se ha encontrado con ella a cada paso, pero no se ha propuesto hasta ahora ese problema. Está resuelto, sin embargo. El poeta oriental Acuña de Figueroa, que escribía, dentro de los muros de Montevideo, un *Diario Histórico del Segundo Sitio,* anotó los sucesos del 16 de enero de 1814 en estos términos:

El campamento sitiador retumba
Con salvas de cañón en el Cerrito,
Y su bandera tricolor flamea
Del fuerte de Rondeau sobre el rastrillo.

Es, pues, una bandera *tricolor* la que sitia a Montevideo. Ahora bien: en la Banda Occidental, presidida por Buenos Aires, no existe más bandera enarbolada que el *bicolor* español, el *oriflama,* oro y llama; otra, de que hablaremos más tarde, fué ensayada por el general Belgrano en el Rosario, en 1812; pero también era *bicolor,* blanca y azul, y fué inmediatamente arriada por orden del gobierno, que, reprendiendo la imprudencia de su general, le remitió, para que la izase en su fuerte, la sola insignia lícita: la bandera real española.

¿Cuál es entonces esa *tricolor* que ve Figueroa en el rastrillo de Rondeau?

No puede ser otra que la de Artigas, aunque los documentos que a ella se refieren no han llegado aún hasta nosotros; ha sido inventada, no cabe duda, en el *Congreso del Peñarol*, y ha nacido con las *Instrucciones*, para simbolizarlas y darlas al viento; Rondeau la ha adoptado con el pensamiento de Artigas, que aceptó al principio, como sabemos, y la ha enarbolado en el rastrillo en que la ve flamear Figueroa. Cuando, obediente a su gobierno, reniegue del pensamiento y lo combata, no arriará su símbolo, por falta de orden expresa; lo dejará flotante en su rastrillo. Y allí quedará, cuerpo muerto. Como los *huesos áridos* esparcidos por el campo, que vió el profeta Ezequiel revestirse de su carne y recibir el espíritu, aquellos colores se han levantado a la voz profética de Artigas, y han echado a volar hacia el sol.

Según después lo sabremos, sólo en junio de 1814 aparecerá, frente a Montevideo, la otra bandera, la bicolor de Belgrano; vendrá en los mástiles de una escuadra como un enigma, y, más enigmática aun, en las manos de Alvear; pero hasta este momento en que Artigas se va del sitio, el Río de la Plata no ha visto ni conoce más pabellón americano que ese tricolor arrancado por aquél del reducto de Rondeau.

Ese retiro del Jefe de los Orientales, con una parte de su ejército, del sitio de Montevideo, tiene mucha analogía con el que realizó con su pueblo en el éxodo. Allí salvó al pueblo entero; aquí salva al ejército republicano; salva su pabellón tricolor. Hoy se ve eso con claridad meridiana. Vais a ver, amigos míos, cómo quien entrará en Montevideo, dentro de cinco meses, no será Rondeau, el vencedor del Cerrito, sino Alvear, el joven príncipe, con su armadura de

plata, con su nimbo de estrellas áureas, con su bandera propia. Se presentará a recoger las llaves de hierro de la patria ciudadela, expugnada por los hombres de Las Piedras y el Cerrito; despojará a Montevideo de todo elemento de fuerza; lo tratará como enemigo; lo dejará desarmado y sojuzgado, y volverá a Buenos Aires a recoger aclamaciones. Allí soñará con arrebatar a San Martín su visión de gloria: su expedición al otro lado de los Andes. Y correrá a la empresa y fracasará en ella, porque el ejército, a las órdenes de Rondeau precisamente, de ese Rondeau que imputaba a Artigas su desobediencia, lo rechazará. Y volverá de nuevo a Buenos Aires, donde se constituirá en un dictador de veinticinco años. Entonces ofrecerá a Inglaterra el cetro del Plata, como solución del problema de Mayo de 1810, lo que no obstará a que, más tarde, invocando su título de español bien nacido, diga a su soberano y señor Fernando VII que todo cuanto ha hecho lo ha hecho con el solo intento de devolverle sus dominios.

Pero allí estará Artigas, y la solución será otra. Para evitarla se ha retirado del sitio, como lo veréis: para evitar aquella solución y asegurar la toma de Montevideo por sus verdaderos dueños, que no lo entregarán a Inglaterra ni a España ni a Buenos Aires, estemos seguros.

Si Artigas hubiera permanecido hasta el fin del asedio en la línea sitiadora; si se hubiera resignado a penetrar en Montevideo, caballero en un cisne, entre la nívea escolta y el suntuoso séquito de Alvear; si no hubiera salvado, en su persona, y en su idea, y en su pabellón de tres colores, y en el ejército de orientales que lo han seguido, la idea y el núcleo de resis-

tencia del pueblo argentino contra el espíritu escéptico de Buenos Aires, es evidente, de toda evidencia, que ni la república hubiera nacido entonces en el Plata, ni hoy existiría, como pueblo independiente, esta nuestra Patria Oriental: seríamos portugueses. Sólo una cosa es de sentirse: que no se haya retirado antes; antes que Rodríguez de Francia se hubiera hecho dueño del Paraguay siquiera... ¡Oh, la falta del Paraguay!

Se concibe, amigos artistas, que, en aquella época, hubiera quiénes no pudieran penetrar en el pensamiento de Artigas; dejaría éste de ser hombre superior si todos sus raciocinios hubieran estado al alcance de todos; no sería árbol vivo si mostrara sus raíces. Pero que hoy, después de abiertas las entrañas de la historia, haya quien no vea la llama que arde sobre la cabeza del héroe, cuando se retira del segundo sitio de Montevideo, entre las sombras de la noche, es algo que maravilla al sociólogo.

Pero ¿a dónde va ese hombre al separarse del asedio? Lo veréis, una vez que sepáis el término de éste. Lo veréis, y entonces os daréis cuenta de la magnitud de su idea.

Al saber la separación de Artigas, el gobernador español cree llegada, por fin, la coyuntura de reducirlo; pero no ya considerándolo como antes, sino reconociéndolo como el jefe más genuino de estos pueblos. Cumple, una vez más, las órdenes expresas que ha recibido de España sobre la reconquista del perdido capitán; expide una proclama, invitando a los orientales a unirse como hermanos; promete premios a todos, y manda proposiciones escritas a Artigas, que estudiaremos después, asegurándole grandes ventajas personales y políticas. La plaza sitiada cifra todas sus esperanzas en la misión enviada al

gran caudillo por conducto de la Robla, su amigo y compatriota. Dice Figueroa, el poeta oriental de quien hablábamos, que los mismos españoles empecinados llamaban *héroe* y *santo* al general Artigas, cuando esperaron que aceptase las amplias propuestas que se le hacían... «Ya sabe V. S., le dice Vigodet, la sinceridad con que he procurado, tanto su bien y engrandecimiento particular, cuanto el beneficio de todos los orientales.» Todo fué inútil. Una vez más, Artigas y el pueblo rechazan la sugestión; el caudillo deja de ser héroe y santo, para volver a su carácter de malhechor, en el concepto español, como ya lo es en el porteño. Ese pasar del cielo a los profundos infiernos, siempre en las profundidades, distingue el camino de Artigas en la historia, amigos artistas; aquellos hombres no podían entender a aquel otro hombre, que parecía uno de tantos.

El criminal Quijote lleva, a la grupa de su cabalgadura, la princesa heredera de Fernando VII; es la adorable bastarda de sangre real, en el sentido de realidad; la de ojos hondos, llenos de miradas negras: la democracia americana. Hay ojos que piden y ojos que toman. La heredera secuestrada y salvada por Artigas tiene de los segundos; su belleza morena, llena de sol de Mayo, no figurará en el séquito del vencedor de Montevideo. O entrará como reina, o no entrará; ella es la sola vencedora.

VI

Era, pues, necesario condenar a muerte al seductor. Se formó en Buenos Aires el tribunal que debía dictar la sentencia. En esos momentos, precisamente,



el cuerpo colegiado que allí gobernaba, y que, como sabéis, no podía hallar su propia cohesión, resolvió abandonar la forma colectiva, y adoptar la unipersonal. Era preciso buscar un hombre que gobernara; aquello no marchaba.

Y tan no marchaba, que, atraído por aquel vacío, el nublado español que relampagueaba en las montañas del Norte bajaba de ellas lentamente hacia la llanura y amenazaba descargar sobre el Plata. El general Belgrano, después de sus triunfos en Tucumán y Salta (1812-1813), había invadido de nuevo el Alto Perú; pero derrotado por Pezuela en el valle de *Vilcapugio* primero, y en la pampa de *Ayohuma* después (octubre y noviembre de 1813), comenzaba a hundirse en su crepúsculo de descrédito y desaliento. Pronto irá a Europa en busca de rey que ponga remedio a todo. Belgrano es substituído por San Martín; pero las rivalidades de la ciudad persiguen a éste, que, invocando motivos de salud, se va lejos: obtiene ser nombrado gobernador de Cuyo, es decir, consigue ser dejado en paz, a solas con los Andes, a los que comienza a mirar de alto abajo. Aquí empieza, observad esto bien, amigos míos, aquí empieza San Martín a ser héroe, a entrever una visión suya propia, más imperiosa que todos los directorios y mariscales: el genio de la montaña le habla del vuelo de los cóndores. San Martín es substituído en el Alto Perú por Rondeau, que es retirado del sitio de Montevideo para que vaya Alvear a terminarlo; pero Alvear, una vez recogido el lauro que busca, vuelve a acosar, según dijimos, a Rondeau, y a provocar su rebelión con una nueva tentativa de desalojo... Y he aquí que nuestro Rondeau, transformado también en alcalde de Zalamea, se rebela entonces, con todos sus

jefes, y con el apoyo de San Martín, aunque *sin jurisdicción.*

No, aquello no marchaba ni podía marchar, porque era la contradicción, es decir, la no entidad. Y el nublado español seguía, montaña abajo, hacia el Río de la Plata. No fueron los directorios ni los generales, por cierto, quienes lo detuvieron; Rondeau fué arrollado por él en *Sipe-Sipe,* y la tormenta bajó a la llanura. ¿Sabéis quién la conjuró? Fué el alcalde, el caudillo popular más próximo: Güemes, guerrillero de Salta, gloria de su estirpe allá en el Norte.

Este Güemes, pese a su rusticidad y a su tartamudez, hizo entonces de las lanzas de sus gauchos el pararrayos del Plata, y permitió a San Martín concentrarse en su empresa genial; pero vais a ver, amigos, cómo tras el guerreador salteño, que era sólo instinto y brazo, y que hasta será convertido al monarquismo por Belgrano, estaba el que era acción y pensamiento, el capitán, el *rex* de Carlyle, a quien nadie convierte ni reduce. Oportunamente sabréis eso y mucho más; veréis a ese Artigas que, aunque perseguido por Buenos Aires en consorcio con el portugués, enviará su voz de aliento a ese caudillo Güemes, a quien ha conocido en el segundo sitio de Montevideo. «Contener al enemigo, le dirá, después de la desgracia de *Sipe-Sipe,* debe ser nuestro principal objeto.» «Allá iré yo, en cuanto me desembarace de los enemigos que por aquí me acosan... Y todos los pueblos se salvarán por su propio esfuerzo y energía.»

El plan de campaña presentado por Artigas al triunvirato en 1812, el que terminaba en el Perú, persiste y persistirá en aquella fuerte cabeza.

Amigos: si Güemes, con sólo sus gauchos, contuvo al invasor triunfante, imaginad, con Sarmiento, lo que hubiera hecho Artigas, si, desembarazado de enemigos interiores y exteriores, hubiera acudido al Norte, como pensaba, a la cabeza de los pueblos. Pero en Buenos Aires no se pensaba en esas cosas; ese posible triunfo del esfuerzo popular lo llenaba más bien de zozobra; el mismo de San Martín le producirá inquietudes. Era preciso formar un héroe artificial, de composición, para salvar la patria amenazada, mientras llegaba el héroe verdadero: el rey europeo indispensable.

Y el artífice de tal obra no podía ser otro que el joven Alvear, jefe de la fracción política dominante después de la revolución de octubre de 1812, general de todas las fuerzas de la capital y dueño de la Asamblea, en la que impera por órgano del frenético Monteagudo; él es el árbitro de la paz y de la guerra. Es, pues, Alvear quien debe hacernos aparecer el héroe, el director.

Él mismo nos dice en sus Memorias que, para dar con el hombre predestinado, se pensó primero en Larrea; pero... era español; que después, el presbítero don Valentín Gómez atrajo la atención; pero... este mismo creía que su calidad de eclesiástico lo inhabilitaba para el cargo. Yo bien me sé, y vosotros ya lo estáis presumiendo, en quién pensaba Alvear para su coleto. Confirmaréis muy pronto vuestra presunción de que sólo pensaba en sí mismo.

Ello es que la Logia Lautaro, el general Alvear y demás, dieron, por fin, con el Antiartigas, salvador de la patria. Lo hallaron, felizmente, en la persona de un respetable tío del joven árbitro, don Gervasio Antonio de Posadas, que fué elegido por la Asamblea



Primer Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, cuando comenzaba el año 1814, precisamente cuando Artigas se retiraba del segundo sitio de Montevideo.

Para conocer a este *Primer Director Supremo*, que engendra, en Buenos Aires, la revolución de Mayo, tenemos sus *Memorias*, que acaban de publicarse, y que son un tesoro. Este señor Posadas fué una víctima, una verdadera víctima; con su cara plácida y bonachona, llena de candores, y sus ojos claros, amables y pacientes, y su levita negra de solapas coloniales, y su amplia corbata blanca, era uno de esos hombres que parecen nacidos para abuelos. Era un abuelo hasta en sus genialidades, que yo llamaría *sanchescas*, si no fuera irrespetuoso; lo veréis regañar a sus generales, como si les tirara las orejas. Era un original, sin duda alguna, no un hombre vulgar; pero difícilmente hubiera podido encontrarse una persona menos apta para el cargo de héroe que se le imponía. Lo dice Alvear, el mismo Alvear, con toda crueldad. «Su carácter, dice, tenía cierto aire de extravagancia que, unido a una credulidad candorosa, lo hicieron no muy a propósito para las circunstancias... *Incapaz de faltar a la verdad, así como de ocultar sus sentimientos*, creía que estas cualidades eran comunes a los hombres. Fué una verdadera víctima de ellos, y, tras sí, arrastró a sus amigos.»

¡Este joven Alvear, Señor!

En todo había pensado aquel excelente caballero de Posadas menos en ser gobierno, y mucho menos revolucionario, y muchísimo menos republicano. Era un personaje colonial que sentaba a su mesa oidores y virreyes; buen latinista; desinteresado y generoso;



honrado a carta cabal. Notario mayor de la Curia Eclesiástica desde hacía más de veinte años, fué sacado de entre sus legajos amigos para llevarlo, como diputado por Córdoba, a la Asamblea, a pesar de que él pedía a gritos «que nombrasen otro individuo desocupado e idóneo, pues él estaba impedido por su oficio de notario». No hubo más remedio que ceder, agrega; «parece que había un formal empeño en incomodarme, en meterme y comprometerme en la revolución, y en sacarme de mi casa y atenciones». Anduvo en volandas, como un genio del aire. A los seis meses era Presidente de la Asamblea; en el mes inmediato, Vocal del Poder Ejecutivo; a los cinco meses, Supremo Director; después lo echaban abajo, y no le dejaban hueso sano.

Sus *Memorias* no son otra cosa que una constante lamentación sobre las pellejerías que le ocasionó el malhadado gobierno de esta ínsula platense, que duró sólo un año, el 1814, en que pasó las de Caín. Después desapareció para siempre de la escena. Las *Memorias* empiezan así: «*No tuve la menor idea, ni noticia previa.* Yo vivía tranquilo en mi casa, con mi dilatada familia, disfrutando de una mediana fortuna, y ejerciendo el oficio de Notario mayor de este obispado, desde el año 1789. Me hallaba ocupado y entretenido en las actas del concurso a la vacante silla magistral de esta Santa Iglesia Catedral en el mes de mayo de 1810, cuando recibí esquela de convite a un *Cabildo Abierto*... (Era el mes de mayo de 1810.) No concurrí por hallarme legítimamente ocupado».

«Después supe, etc., etc.»... Así ingresa en la revolución de Mayo el *Primer Director Supremo de las Provincias Unidas*. Él declara francamente que dijo que aquello *nada le gustaba,* pues allí no había plan

ni combinación alguna; en aquella *celebérrima Junta,* son sus palabras, los gobernadores no se entendían.

Y tiene razón que le sobra el señor Posadas para no hablar bien, como no habla, de aquel toletole político en que se veía por arte de birlibirloque. Ni siquiera sé si pertenecía, o no, a la Logia Lautaro. Él no dice nada al respecto; pero era un hombre de bien, y prestó servicios, que le fueron pagados con perrerías. Lo dice con encantadora ingenuidad en sus *Memorias:* «Yo no era un genio, no tenía los talentos necesarios para el caso; pero dormía muy poco, algo discurría, y consultaba lo que ignoraba».

Fué tratado, sin embargo, con una crueldad inaudita, una vez caído del poder; peor que Sancho por los irrespetuosos duques, me parece, y tan mal, cuando menos, como lo había sido el pobre don Cornelio Saavedra, el presidente de la Junta de Mayo, nada menos, perseguido en modo implacable, aun durante el gobierno de Posadas, que hasta le niega la amnistía que concede a todos. La relación que éste nos hace de sus propias penurias es realmente conmovedora... Pero él, a los ocho días de subir al gobierno, firmó la ya preparada sentencia de muerte contra Artigas, y éste no se ha quejado, ni poco ni mucho, que yo sepa, a pesar de haber dormido menos quizá que el señor Posadas.

Todo puede ser perdonado a este buen hidalgo, sin embargo, en obsequio a la ingenuidad con que nos revela lo que allí pasaba. Artigas se retiró del sitio de Montevideo; pero los que no se retiraron asediaban de tal manera al pobre Director Supremo con sus exigencias, y sus discordias, y sus ambiciones, que ellos, sin retirarse del sitio, eran los solos rebeldes, y hacían peligrar, a cada paso, la terminación del ase-

dio. Por eso Artigas se resolvió a ponerlo por sí mismo: a ir en busca de auxiliares más constantes. El mismo señor Posadas considera como calamidades a sus jefes. Después de narrar los dolores de cabeza que le daban las disensiones en el ejército del Norte, que tantos desastres causaron, dice: «No eran menores los disgustos que me causaba el ejército sitiador de Montevideo, cuando lo mandaba Rondeau. Don José Artigas abandonó el sitio con la división de su mando; los demás jefes renunciaban sus empleos, y nada bastaba a aquietarlos...»

El *Director* se daba a todos los diablos; escribía a San Martín, a French, a Rondeau, a Soler, por ver de satisfacer sus ambiciones y apaciguarlos. «Mi amado hermano, escribe a French, acabo de recibir su apreciable del 4... Seguramente usted ha olvidado que yo estoy aquí sentado contra los sentimientos de mi corazón, y lo mismo se ha olvidado Rondeau, a quien ya he escrito sobre su infernal renuncia. Soler también renuncia de oficio. Conque, si a ustedes les parece, admitiré las tres renuncias, y me iré a mandar los tres regimientos.»

Pero entre todas las comunicaciones de Posadas, todas ellas llenas de la luz que yo difundo en lo que os digo, ninguna más expresiva que la dirigida al coronel don Miguel Estanislao Soler. «Mi amigo del alma, le dice: ya no sé con qué palabras he de hablar a los hombres. Algún demonio se ha metido en esta casa. Rondeau renuncia; French y usted renuncian; Artigas renunció, y nos destrozó 500 hombres. *Los oficiales que ha hecho prisioneros me escriben que los he sacrificado estérilmente,* PORQUE LA CAUSA DE ARTIGAS ES JUSTA. Belgrano renunció, y está enojado. San Martín dice que a su mayor enemigo no le desea aquel



puesto. Díaz Vélez ha renunciado y está enojado. ¿No es esto cosa de locos? ¿Se puede así marchar a ninguna empresa?»

Muy enojado debía de estar, efectivamente, San Martín, sobre todo, cuando escribe a Posadas una deplorable carta del 14 de abril, que nos hace conocer ahora Rodríguez; en ella, tanto o más penosa que la que escribía Belgrano al tomar el ejército del Norte, antes de Tucumán, llega San Martín hasta decir que «los oficiales de su ejército, en mucha parte, olvidados de cuanto deben a su propio honor y a las armas de la patria que se les confiaron, no se han embarazado en servir, dando repetidos testimonios de corrupción y cobardía, esparciendo el temor en la tropa y el desaliento en los pueblos».

«He tenido el desconsuelo, agrega, de verlos abandonados a sus vicios, distraídos y negligentes, dando más trabajo a sus jefes que sus soldados...»

Atribuyamos tan severo juicio a un mal cuarto de hora de San Martín; pero convengamos en que todo eso concurre a explicar el alejamiento de Artigas con su ejército de las líneas sitiadoras; él quiere obedecer a su propia visión, antes que al demonio que el Director Supremo ha creído ver sentado en su propia silla presidencial, y que, como lo veis, mete la cola en todas partes.

¡Los oficiales prisioneros proclaman *que la causa de Artigas es justa!*, dice el señor Posadas. Convengamos en que esta declaración no carece de interés, por más que sepamos, mejor que los oficiales prisioneros, lo que es la causa de Artigas. Quien no lo sabía, ni lo sospechaba, era el Primer Director Supremo de las Provincias Unidas. Éste comete un grave error en su carta: Artigas *no renunció;* no, *no renunció,* ni

mucho menos, porque su autoridad no procedía del señor Posadas; tenía «un origen y un destino más alto», según él mismo lo dice en una de sus notas. No renunció ni renunciará.

A pesar de todo esto, Posadas tuvo que ser el agente de ese demonio que él sospechaba alojado en la Casa de Gobierno de Buenos Aires.

Él fué el encargado de dictar la sentencia de muerte contra los vencedores de Las Piedras, raptores del fuego sacro; contra ese Artigas, cuya causa era justa. La sentencia es hermosa por lo implacable, sentencia de vampiro. Aunque todas las olas del mar, convertidas en sangre, corrieran por las arterias de Artigas, no tendría éste sangre bastante para aplacar la sed de esa sentencia.

Vosotros sabéis, mis queridos artistas, que la magnitud de un hombre se juzga, tanto por los que lo aman, como por los que lo aborrecen: juzgad del tamaño de Artigas por el odio de su condenación a muerte.

Comienza ésta por un largo preámbulo, en que la adulteración de los hechos notorios llega a un grado tal de candor, que hace pensar en la cólera de un niño felino.

¿Recordáis, amigos míos, aquel sereno capitán de blandengues, grado equivalente al de general en el gobierno colonial, que os hice conocer al principio, y que había sido indicado por Moreno como el hombre necesario, por sus talentos y prestigios, para levantar el pueblo oriental y adherirlo a la revolución de Mayo? ¿Lo recordáis en la Calera de las Huérfanas y en la batalla de Las Piedras, en que salvó a Buenos Aires y a la revolución? ¿Recordáis que Buenos Aires, llamándole «nuestro general del ejército del Norte», le pedía



su plan de campaña, y concentraba en él sus elementos y los de todos? Pues ese capitán, Jefe de los Orientales, es, en ese preámbulo, «un humilde y prófugo teniente, que vino a implorar el socorro de Buenos Aires en los comienzos de la revolución»; ese general del ejército del Norte es un injusto agresor de los portugueses, cuando defendía contra éstos a su pueblo, y Buenos Aires apoyaba su conducta; es un desobediente a Sarratea, al buen Sarratea, cuando, unido a Rondeau, lo obligó a separarse del sitio; es, por fin, un sospechoso de connivencias con el gobierno español...

Y por todo eso, el señor Posadas decreta:

«1.º Se declara a don José Artigas infame, privado de sus empleos, fuera de la ley y enemigo de la patria.

»2.º Como traidor a la patria, será perseguido y muerto en caso de resistencia.

»3.º Es un deber de todos los pueblos y las justicias, de los comandantes militares y de los ciudadanos de las Provincias Unidas, el perseguir al traidor por todos los medios posibles. Cualquier auxilio que se le dé voluntariamente será considerado como crimen de alta traición. *Se recompensará con seis mil pesos l que entregue la persona de don José Artigas, vivo o muerto.*

»4.º Los comandantes, oficiales, sargentos y soldados que sigan al traidor Artigas conservarán sus empleos, y optarán a los ascensos y sueldos vencidos, toda vez que se presenten al general del ejército sitiador, o a los comandantes y justicias de las dependencias de mi mando, en el término de 40 días, contados desde la publicación del presente decreto.

»5.º Los que continúen en su obstinación y rebeldía después del término fijado, son declarados trai-



dores y enemigos de la patria. De consiguiente, los que sean aprehendidos con armas serán juzgados por una comisión militar, y *fusilados dentro de las 24 horas.*»

Todo esto está firmado por el muy bonachón del señor Posadas; pero éste no fué su autor; él así lo dice, y yo se lo creo a pie juntillas. «Yo no soñaba en tirar semejante decreto, dice; pero lo firmé en mi sano juicio, sin el más leve odio ni enojo contra la persona de Artigas. Y no me retracto, porque lo conceptué justo, y aun *necesario en política.*»

Y menos se retracta Alvear, por cierto. En sus *Memorias* aplaude y defiende el decreto. «Pudo tal vez excusarse, dice, el poner a precio su cabeza, no por consideraciones a un hombre que era tan bien conocido, y del cual nada había que esperar, sino para no herir sentimientos filantrópicos de la sociedad.»

Al narrar estas cosas, amigos artistas, uno siente, de vez en cuando, la necesidad, como si se restregase los ojos, de adelantarse a los sucesos, porque casi se experimentan vacilaciones. ¿No obraría de buena fe esa gente que denigra tanto a Artigas? ¿No creería realmente lo que decía, cuando así lo presentaban como un facineroso o como un ente despreciable, que se mata sin escrúpulo? Veamos lo que sobre él pensaba realmente Alvear, por ejemplo.

No pasará un año, y éste, que habrá sido Director Supremo, caerá violentamente, y será tratado también muy mal. Sus émulos le imputarán, entre otros delitos, el de traición, por haber recibido solicitaciones de España. Él, en una larga publicación que hace en 1819, contesta el cargo, bien o mal; no es del caso juzgarlo ahora; pero dice:

«¿Quién no sabe que el actual Director, don Juan Martín Pueyrredón, siendo general del ejército del Perú, recibió insinuaciones repetidas del general Goyeneche? ¿No fueron convidados casi todos los gobiernos desde la primera Junta por los jefes españoles de Montevideo? El general Artigas, que acaba de fusilar en su campo al oficial don Isidoro Moreno por haberle llevado cartas seductoras del embajador español, ¿no ha sido mil veces solicitado por Vigodet y otros jefes para una composición? En la *Guía de Forasteros*, ¿no está su nombre en la lista de los brigadieres de los ejércitos de España? Bolívar, Morelos y los principales caudillos de la América Septentrional, ¿no fueron invitados a convenios pacíficos por cuantos gobernantes mandó España a sostener la guerra en aquellas comarcas del Nuevo Mundo?

»*Y con todo, no ha habido hasta ahora una lengua maldiciente que se atreva a tratar de traidores a la faz de los pueblos a tan ilustres ciudadanos.*»

¡Ilustres ciudadanos! ¡Bolívar, Morelos, Artigas! Uno se restrega los ojos, efectivamente, con ése y otros mil análogos documentos, y ve al héroe oriental a la luz de un incendio. Y se siente seguro, plenamente seguro, de que no engaña a sus semejantes, cuando, al narrarles esta verídica historia, les ofrece a Artigas como el clásico protagonista de la epopeya americana.

Imagínese, pues, todo el rencor y el odio comprimido que estaban depositados, contra el héroe oriental y su pueblo, en el fondo de las almas que dictaron aquella feroz sentencia, y el destino que le hubiera cabido, si penetra con Alvear en Montevideo, dispersando su ejército. No podía ser ése un odio reciente; los cachorros no rugen así; era un odio y un rencor

muy viejos, muy profundos: rugido de fiera anciana, de tigre octogenario, muchas veces secular quizá, y que ruge en lengua extranjera. Los tigres americanos no tienen tampoco esa voz.

Artigas es, pues, un ajusticiado, privado del agua y del fuego; su cabeza puesta está a precio. El Pueblo Oriental queda emplazado por cuarenta días. Si, en este término, no se presenta desarmado ante su severo protector, será fusilado a las veinticuatro horas. Será recompensado si se presenta: se le dará un buen premio, empleos, ascensos y sueldos devengados.

¡Los sueldos de los soldados orientales, que, muriendo, nos dieron patria!

¡Oh amigos, amigos artistas! No os imagináis lo que me conmueve pensar en eso. ¡Si sintierais lo que yo, al pensar en los sueldos de esos pobres ajusticiados que siguen a Artigas!

Son ahora tres mil hombres; después serán ocho mil, y todos morirán por la patria.

¡Sus sueldos! ¿Recordáis aquel ataúd, descomunal por lo grande, que quería Enrique Heine para enterrar su amor y sus infortunios? ¡Imaginad ahora vosotros el monumento que tendríais que fundir, si tuvierais que emplear en él todo el oro que no pagamos a los soldados de Artigas!

Esos soldados no tenían sueldo, como lo tenían los soldados de Washington; ya lo veréis más adelante. Artigas no tuvo sueldos; vivió muy pobre, murió muy pobre, lo enterraron de limosna.

No, el Pueblo Oriental no fué a buscar sus sueldos a Buenos Aires. Amó más que nunca a Artigas; su amor se transformó en culto, y se resolvió a morir



con él. Nadie ha sido más odiado ni más amado que ese hombre.

Para él está escrita, amigos artistas italianos, no para Bonaparte, la estrofa marmórea de vuestro Manzoni:

Segno d'immensa invidia,
E di pietà profonda;
D'inestinguibil odio,
E d'indomato amor.

CONFERENCIA XII

EL TRIUNFADOR EN MONTEVIDEO

LA REVOLUCIÓN EN CHILE.—JOSÉ MIGUEL CARRERA Y JUAN MARTÍNEZ DE ROSAS.—O'HIGGINS Y MACKENNA.—LOS TRATADOS DE LIRCAY.—CARRERA Y O'HIGGINS.—CAÍDA DE CHILE EN «RANCAGUA».—SAN MARTÍN.—CHACABUCO.—CARRERA ERRANTE POR EL MUNDO.—ENVÍO DE HOLLEMBERG.—COMBATE DEL ESPINILLO.—MISIONES ANTE ARTIGAS.—LA DE LA ROBLA.—LA DE AMARO Y CANDIOTI.—LA CONTINUACIÓN DEL SITIO DE MONTEVIDEO.—SAN MARTÍN EN «SAN LORENZO».—BROWN.—MONTEVIDEO ESTRANGULADO.—CAPITULACIÓN DE LA PLAZA.—APARICIÓN DE ALVEAR COMO LIBERTADOR.—¿ARTIGAS EN EL SÉQUITO DE ALVEAR?

I

Amigos:

Tengo mucho interés, ahora más que nunca, en que os deis cuenta bien exacta de la existencia de estas dos naciones, de lengua española, que han nacido a ambos lados de la profunda cuenca del Uruguay y el Plata: la occidental y la oriental; la inmensa región andina que se extiende de los Andes hasta aquella gran cuenca hidrográfica, y la nación atlántica, mucho menor que la otra territorialmente, pero mucho mejor situada, que va del lecho de los grandes ríos al Océano, y que debía extenderse hasta la altura de las Misiones Orientales.

Ambas tienen sus metrópolis como sabemos: Buenos Aires y Montevideo.

Buenos Aires está en poder de su dueño, si bien a nombre de Fernando VII, desde el 25 de mayo de 1810; Montevideo va a estarlo, por fin, a nombre propio, muy pronto.

Artigas, el ajusticiado, tomará en breve posesión de la plaza, y coronará en ella a la heredera legítima que ha robado; a la sola soberana que él ha reconocido y salvado: la democracia americana.

Ambas tendrán que continuar la lucha por la independencia, sin embargo; Buenos Aires contra el español, que insiste en decirse su señor natural, y que, partiendo de Lima, su sede colonial y postrer baluarte, bajará por los contrafuertes de los Andes en dirección al Plata; Montevideo, una vez desalojado el español, además de ser el centinela avanzado de América contra éste, tendrá que luchar contra el portugués, que también se cree su dueño, y que vendrá de Río Janeiro, su sede real en la región atlántica. España y Portugal son la misma causa, como lo comprendéis: son la metrópoli contra la colonia, Europa contra América.

El pueblo argentino occidental se cubrirá de gloria en el Norte, a pesar de los desastres que acaba de experimentar en *Vilcapugio* y *Ayohuma,* y del que sufrirá en *Sipe-Sipe;* cruzará los Andes, y pasará a Chile con San Martín; recogerá los laureles de *Maipú,* y, coronado con ellos, dará cima a la campaña del Perú, donde se encontrarán los dos héroes andinos: San Martín y Bolívar.

El pueblo argentino oriental emulará esas glorias del occidental en su lucha con el portugués. Pero no encontrará a Bolívar: luchará solo, y caerá sacrifi-

cado a la traición y el número; pero salvando, con la democracia, el germen de la futura patria rioplatense, y a costa de una parte del patrimonio de los orientales sacrificados.

Dentro de esa guerra contra el enemigo exterior, español el uno, portugués el otro, va a empeñarse la lucha entre el gobierno de Buenos Aires y la Provincia Oriental, constituída en núcleo de las argentinas litorales; lucha provocada, no tanto por las causas inmediatas que obligaron a Artigas a separarse del sitio, y por su estupenda condenación a muerte con todo su pueblo, cuanto por el antagonismo fundamental que representan Artigas y el Directorio de Buenos Aires. Es la guerra de la fe contra el escepticismo; la de la democracia republicana, la verdadera independencia, contra la monarquía.

Artigas acudirá en apoyo del pueblo argentino occidental, de todo el pueblo, sin excluir el de Buenos Aires, que es también víctima del gobierno que manda en la capital. Éste llamará en su auxilio, contra Artigas, al enemigo portugués, al que estimulará a la conquista del Uruguay, haciéndolo ejecutor de la sentencia de muerte dictada contra el Pueblo Oriental, que el que la dictó no puede ejecutar.

Para que os deis cuenta de la incubación de ese plan, os adelantaré este dato interesante: Sarratea ha ido, como sabemos, a Río Janeiro; el rey don Juan VI aprovechó su presencia para reclamar de la ley dictada por la Asamblea, que protegía a los esclavos. El primer acto de Posadas, al subir al poder, fué un decreto, en que retiraba la protección del esclavo, y devolvía los suyos al Brasil. Y la Asamblea dictó una ley en igual sentido. Era necesario mantener relaciones amistosas con Portugal, dice un historiador.

Ése es el problema que vais a ver planteado, amigos míos.

Ya estáis vosotros plenamente aleccionados para no confundir, como otros lo han hecho, esa lucha por la vida propia y por la democracia argentina, que empeña el Pueblo Oriental contra el Directorio de Buenos Aires, con otras luchas que estallaron en el seno de la revolución americana, y que son guerras intestinas.

Quiero haceros conocer someramente, sin embargo, para que veáis íntegro el cuadro de la revolución de América, y porque se vincula a la vida de Artigas, la independencia y la lucha interna de Chile, la amable hermana transandina.

La revolución tiene allí el mismo origen que en el Plata, como hemos dicho: formación de Juntas de Gobierno para custodiar los derechos de Fernando VII, Como en Buenos Aires, se desata allí la guerra interna, provocada por las ambiciones de los hombres: José Miguel Carrera lucha con Juan Martínez de Rosas, próceres ambos chilenos. El primero predomina al fin, y dirige la guerra contra España, que, desde el Perú, envía sus ejércitos por el Océano Pacífico, y los desembarca en el Sur del territorio chileno, de donde emprenden su marcha hacia Santiago.

Carrera, después de breve resistencia, es depuesto por sus compatriotas, y tomado prisionero por los españoles. Le suceden O'Higgins y Mackenna en el mando del ejército; pero éstos, cuando esperan la victoria de sus armas sobre Gainza, el jefe español, reciben orden de cesar en las hostilidades. Se han celebrado los tratados de *Lircay* (mayo de 1814), en que Chile, bajo ciertas condiciones, reconoce su de-



pendencia del rey de España. Aquí también interviene el representante inglés, Hillyar.

José Miguel Carrera, fugado de su prisión, reaparece de nuevo en Santiago, y promueve allí otra revolución; depone al gobierno, y él mismo se coloca a su cabeza: es la guerra civil. El bando caído llama a O'Higgins. Éste combate con Carrera, y es vencido. Cuando se prepara a renovar la batalla, sabe que España desaprueba los tratados de Lircay. España quiere restablecer su autoridad sin condiciones, y envía, con ese objeto, un nuevo ejército al mando del general Osorio. Carrera y O'Higgins marchan entonces unidos contra el enemigo, a las órdenes del primero. Pero la reconciliación no es sincera por ambas partes. O'Higgins, sitiado en *Rancagua,* hace una resistencia homérica. Espera a Carrera, que debe venir en su auxilio; le ve acercarse por el Norte; pero luego advierte, con asombro, que Carrera se retira, y que deja caer muerta a Rancagua. Muerta sobre el glorioso escudo. De sus dos mil defensores, sólo quedan trescientos, que se abren paso, con el filo de sus sables, entre las compactas líneas sitiadoras, con O'Higgins resplandeciente a la cabeza.

Chile cae de nuevo en poder de España (octubre de 1814), precisamente cuando Montevideo, el baluarte del Atlántico, es arrebatado a España para siempre.

Dos años después (enero de 1817), descenderá San Martín de los Andes, precedido por los guerrilleros chilenos, de que es tipo y ejemplar el bizarro Manuel Rodríguez, y comenzará, en *Chacabuco,* la libertad definitiva de aquel heroico pueblo... Pero estamos hablando de la guerra intestina.

José Miguel Carrera no tomará parte en el acto final de la libertad de su patria: O'Higgins, el compa-

ñero de San Martín, el soldado de *Chacabuco* y de *Maipú*, predominará allí, a título de gloria.

Carrera, después de abandonar a su rival en Rancagua, transpuso, fugitivo como él, la cordillera de los Andes, y se embarcó en Buenos Aires para los Estados Unidos, en busca de recursos con que volver como libertador a su tierra. Los obtuvo, y llegó con ellos a Buenos Aires, donde esperaba completarlos con los emigrados chilenos, sus parciales, que allí le esperaban. Entre éstos estaban sus dos hermanos, Juan José y Luis. Esos recursos, unidos a los de San Martín, hubieran sido fecundos; pero ni Carrera quería ofrecer a San Martín la gloria de libertar a su país, ni Buenos Aires a Carrera la ocasión de entrar en él, donde podía reanudar la lucha civil. El gobierno de Buenos Aires desbarató, con toda energía, la expedición de Carrera: fueron San Martín y O'Higgins quienes vencieron en *Chacabuco*, y quienes penetraron vencedores en Santiago.

Los Carreras se sintieron heridos en el corazón. Los dos hermanos de José Miguel parten entonces de incógnito para Chile, con el ánimo de derrocar el gobierno de los vencedores; son apresados en Mendoza, y fusilados el 8 de abril de 1818. Primer acto de una tragedia llena de tenebrosa noche.

Un mes más tarde, estalla en Santiago un motín popular contra O'Higgins, para provocar un cambio de gobierno. Lo acaudilla, entre otros, Manuel Rodríguez, el animoso precursor inmediato de San Martín. El motín es sofocado. Preso el impertérrito Rodríguez, es asesinado por sus guardias en Tiltil, al ser conducido de Santiago a Quillota. Una tragedia más.

Quedaba don José Miguel confinado en Montevideo por Buenos Aires. Convencido de que la muerte



de sus hermanos es obra de la Logia Lautaro, la misma que ha condenado a muerte a Artigas, cobra todo el aspecto de un arcángel vengador.

Porque el caudillo chileno era de la familia de los seres ígneos, de agilidad fulgurante: era legión. «*Voy a moverme,* escribe entonces a su hermana, *voy a vengarte, a vengar y a vengarme.*» Cree que Artigas es su hermano; busca su alianza. No le había mirado a los ojos, a buen seguro. Artigas no es venganza, no es impulso determinado por causas exteriores; es un silencio grande, el único grande, ya os lo dije al principio.

Artigas no tiene por qué ni para qué acudir al grito de aquel inflamado dragón alado, que pasa por el aire como un meteoro: nada tiene de común con él.

Pues si no es su hermano, será su enemigo, el objeto también de sus vengativos odios. Carrera concita contra Artigas a los caudillos argentinos que aclamaban y obedecían a éste; pero, después de contribuir a la caída del héroe oriental, no consigue que aquéllos le sigan; sólo Ramírez, de Entrerríos, el hijo desnaturalizado de Artigas, le será consecuente; pero pagará con la cabeza la traición a su verdadero jefe, el oriental. El arcángel chileno se queda solo, siniestro, envuelto en sus alas membranosas crepusculares, sentado en el desierto, en la Pampa. La desesperación se sienta a su lado. Allí se le aparecen los indios salvajes, y él los llama con el dictado de hermanos, con el nombre de esperanza. Comienza, con ese concurso, una guerra caótica, buscándose paso hasta Chile. Es vencido por el gobernador de Mendoza. Es fusilado en el mismo sitio en que, tres años antes, lo habían sido sus hermanos. Es un trágico personaje este hombre. Tiene hoy su estatua de bronce en Santiago. ¿O'Higgins ha



sido el matador de Carrera y sus hermanos? ¿San Martín fué coautor de esa tragedia, que reviste caracteres siniestros? O'Higgins hace pagar al anciano padre de los Carreras las balas con que han sido fusilados sus hijos; el anciano paga, y muere de dolor; las familias de los muertos son perseguidas. ¡Sombras flotantes en las noches de la historia!

O'Higgins gobierna en Chile durante seis años; pero, al fin, una nueva revolución se levanta contra él. La acaudilla Freire, el general más glorioso de su tierra, después de O'Higgins. Éste abdica. Su abdicación es el oro de su gloria.

En la capital de Chile, mis amigos artistas, tiene hoy O'Higgins su monumento de granito y bronce: el héroe, a caballo, salta las murallas de Rancagua. Muy cerca de éste, se levanta el de Freire, sereno y noble. Cerca de ambos está José Miguel Carrera, cubierto con su dolman de húsar, que, como un ala rota, le cuelga del hombro; José Miguel Carrera, el fusilado en Mendoza. Ahora acaba de levantarse la estatua de Manuel Rodríguez, el caudillo asesinado en Tiltil.

Por todas partes la apoteosis de los ajusticiados.

Todos esos fueron chilenos, que lucharon entre sí; pero sin dejar de luchar por la patria común chilena.

¡José Miguel Carrera!... Su delito podía acaso definirse: quería, en primer lugar, la libertad de Chile bajo su dominio; y, en segundo lugar, la libertad de Chile.

Os he narrado esos hechos, amigos míos, porque quiero haceros meditar sobre la diferencia fundamental, y la distancia inconmensurable, que median entre esas guerras intestinas, análogas a muchas otras de la independencia americana, y la que acaba de declarar Buenos Aires al Jefe de los Orientales.

Allá, en Chile, no luchaba ningún chileno contra San Martín en defensa de la persona de la patria; tampoco batalló nadie contra él, en defensa del pueblo chileno al darse su forma de gobierno. San Martín fué un conquistador de Chile contra los españoles, no contra los chilenos. Hoy tiene también su estatua en Santiago. Como la tendrá O'Higgins en Buenos Aires. Artigas está excluído, por ahora, de esa procesión de caballeros de bronce; no hay espacio bastante para la sombra de su caballo; es mucha sombra.

El general argentino sintió, al cruzar las altas cumbres de los Andes, que allí atravesaba una frontera; no pretendió borrarla con su espada. No lo hubiera conseguido tampoco, porque los chilenos, como los orientales, tenían también la suya. Es O'Higgins, jefe de los chilenos, pero menos representativo que Artigas como Jefe de los Orientales, es O'Higgins el que queda designado como Director Supremo del Estado, tras la expulsión de España. San Martín hará otro tanto en el Perú, aunque no encuentre allí un indiscutido jefe de los peruanos.

Cuando, acompañado del almirante Cochrane y del general Las Heras, desembarque en el Perú, a la cabeza del ejército libertador, se dirigirá a sus soldados y les dirá: «Ya hemos llegado al lugar de nuestro destino, y sólo falta que el valor consume la obra de la constancia. Pero acordaos de que vuestro deber es consolar a América, y que no venimos a hacer conquistas, sino a libertar a los pueblos que han gemido trescientos años bajo tan bárbaro derecho. Los peruanos son nuestros hermanos y amigos; abrazadles como tales; respetad sus derechos, como respetasteis los de los chilenos, después de la batalla de Chacabuco».

¿Por qué no se procedió así con los orientales y con



Artigas, el del levantamiento en masa, el del éxodo, el de Las Piedras? La cuenca del Uruguay y el Plata no es, como lo sabéis, una divisoria menos profunda que la del *divortium aquarum* de los Andes; esas honduras hidrográficas son montañas huecas invertidas. El Pueblo Oriental, por otra parte, no había hecho menos esfuerzos que el de Chile o el del Perú por su propia libertad. ¿Quién puede dudarlo?

¿Sentís, amigos artistas, la enorme diferencia entre Artigas por un lado, y Carrera, O'Higgins, Freire, Manuel Rodríguez?

Jamás tendré por hombre discreto a quien llame lucha intestina, y no rechazo de un opresor injusto, y defensa de la propia vida, a la que Artigas, como caudillo de los pueblos platenses, sostendrá contra la oligarquía bonaerense.

Antes de entrar en su estudio, conozcamos, sin embargo, los nuevos esfuerzos de Artigas por evitarla.

II

Desde el momento en que el caudillo oriental se retira del sitio de Montevideo para ir en busca *de otros auxiliares*, ya no es el colaborador de la iniciativa de Buenos Aires; él ha puesto por obra la suya, la de Montevideo, la otra metrópoli iniciadora; ha enarbolado su bandera tricolor. Artigas, como O'Higgins en Chile, es el jefe de un estado o germen de estado con misión y carácter propios, que lucha por su independencia; pero, como os lo hice observar, es también el depositario del pensamiento integral de la revolución de Mayo. La persona de Artigas es, desde aquel momento, el núcleo de rotación contra-

puesto al que forman, todas reunidas, las de la oligarquía virreinal; se ha dirigido a los pueblos del Plata, y les ha propuesto la opción: «Yo o Buenos Aires; mi pensamiento o el de los otros; mi bandera tricolor o la otra». Y aquéllos han contestado unánimes: «Tú; tu pensamiento es el solo que puede animarnos y conducirnos». El héroe emprende entonces la obra de organización democrática y de común defensa; los pueblos todos argentinos, bajo su protección y en torno suyo, comienzan a vivir la vida de la célula: forman sus congresos o asambleas; organizan sus gobiernos propios, en substitución de los que les enviaba Buenos Aires, que expulsan; arman sus ejércitos; buscan su cohesión orgánica en un ideal federativo más o menos confuso, pero fijo, como nebulosa polar en rotación espiral.

El primero que reconoce a Artigas en ese carácter es Vigodet, el gobernador español, que, como hemos dicho, ha iniciado las negociaciones directas que vamos a estudiar. El segundo será Posadas, el Director Supremo de Buenos Aires, que también las abrirá muy pronto con el reo que acaba de condenar a muerte.

Pero Posadas, que no sabe lo que es la revolución de Mayo, y está más cerca de Vigodet que de Artigas, no entrará en razón, antes de tentar la ejecución de su desgraciada sentencia. Envía sus soldados con ese objeto, y para que se incorporen después al sitio de Montevideo; van a las órdenes del coronel barón de Hollemberg, oficial del ejército alemán al servicio de Buenos Aires. Esa malhadada expedición militar fué un desastre en todo sentido; dió el primer triunfo al principio anímico federativo; es el primero de una larga serie que, comenzada aquí, en el *Espinillo*, ter-

minará en la misma plaza de Buenos Aires, ocupada por los capitanes de Artigas que enarbolan su bandera. Ése será propiamente el desenlace o escena final de esta nuestra EPOPEYA DE ARTIGAS: el triunfo de los principios del héroe en Buenos Aires. Mucho efecto es ése, si bien se piensa, para no serlo de una causa muy profunda. Sólo los necios pueden dejar de percibirla.

Tenemos, pues, al coronel Hollemberg en campaña; va en busca de la cabeza, viva o muerta, del Jefe de los Orientales; pasa el río Paraná con sus soldados, y, unido en Entrerríos con el Quintana y con el Planes, a quienes Artigas se refería en su comunicación al gobierno, antes de su retiro, y con el coronel Pintos, que también estaba allí, forma una fuerza de 750 hombres de tropa selecta.

Artigas, mal de su grado, ordena a Otorgués que pase el Uruguay y, en toda esa vasta región transuruguaya, entre los ríos Uruguay y Paraná, destruya todo aquello. Y todo aquello quedó destruído en pocos días. Otorgués se encontró con el enemigo (febrero de 1814) en el *Espinillo*, cerca de la Bajada; lo desbarató; tomó prisionero a Hollemberg y lo remitió a Artigas con sus oficiales. Éstos son aquellos oficiales que se quejaban a Posadas de haber sido sacrificados estérilmente, *porque la causa de Artigas era justa*. El Jefe de los Orientales los puso a todos en libertad poco después.

Aquello fué definitivo. Si queréis pensar en lo que significa, agregad a esa derrota de Hollemberg la que sufre Planes en *Mandisoví*, y la ocupación de *Curuzú Cuatiá* por Blas Basualdo, jefe bizarro y caballeresco del ala izquierda del ejército oriental, que remueve las autoridades dependientes del Direc-

torio y pone las provincias de Corrientes y las Misiones, el *continente de Entrerríos*, como entonces se le llamaba, bajo el protectorado de Artigas. Éste nombra gobernador militar de Entrerríos a su hermano Manuel Francisco, y, ejerciendo una autoridad indiscutida en Santa Fe y Córdoba, del otro lado del río Paraná, invita y estimula a todos esos núcleos de vida, a todas las provincias, a convocar congresos populares para constituirse y gobernarse por sí mismos. Veremos después cómo se dirige a Güemes, caudillo de Salta, cómo ejerce su autoridad en Santiago del Estero, etc., etc. Hoy leemos sus comunicaciones en ese sentido a los cabildos, a los hombres de influencia de cada región, y nos convencemos de que la palabra, más aun que la fuerza, de aquel agente de ignotas leyes, es el primer espíritu creador que flota sobre nuestro caos.

No en balde quiero haceros detener, acaso más de lo reclamado por la estética, en este momento de nuestra historia; es preciso que quedéis bien convencidos de que en Artigas, y no en Buenos Aires, arde la nebulosa espiral del nuevo mundo que se está conglomerando. Sólo dos núcleos quedarán fuera del influjo rotatorio de aquél: uno muerto y otro vivo: el Paraguay, bajo la tiranía de Francia; Buenos Aires, bajo su oligarquía monárquica, tanto o más funesta que el mismo despotismo, pues es su madre natural.

Esa oligarquía tiene, pues, que rendirse ante la realidad; no hay remedio. El Buenos Aires oligárquico, lo mismo que el Montevideo español, van a tratar directamente con Artigas, con el pueblo; pero ni España ni Buenos Aires proceden de buena fe.

Vigodet, con la ilusión de reducir a Artigas, ha en-

viado, como negociador, al capitán de dragones don José de la Robla, oriental y amigo personal del héroe; Posadas otorga sus poderes a otros dos amigos del Jefe de los Orientales: al comandante de milicias de Santa Fe, don Juan Candioti, y al religioso dominico, fray Mariano Amaro.

En las negociaciones que vamos a examinar, Artigas se nos ofrece en una actitud de imperturbable serenidad, que nos demuestra que aquellas sus *Instrucciones del Congreso del Peñarol* eran cosa viva; no doctrinas para los demás, sino ley imperiosa de la propia conducta; que Artigas era, como lo dijimos antes, pensamiento y acción compenetrados; una divina revelación, como lo diremos ahora, de la idea pura o fuerza anímica invisible de que todo lo visible procede.

Los embajadores son recibidos por el Jefe de los Orientales con recto corazón. «Os daré todo, dice éste al representante de Vigodet, todo cuanto puede y debe dar un caballero que no guerrea por odio: tendréis honor, garantías, aun mi afecto y el de mi pueblo, que no reniega de su origen español. Pero perderéis el tiempo si no comenzamos por establecer la base angular inconmovible: independencia política del Estado Oriental, que quiere vida democrática; caducidad del dominio español; caducidad absoluta en todas estas colonias americanas.»

A los enviados de Buenos Aires les dice: «Alianza sincera de dos estados hermanos, libres y dueños de sí mismos, aunque confederados; mutuo y eficaz y desinteresado auxilio contra el extranjero; república democrática, embrionaria, pero viva, en substitución de lo muerto. Sobre ese fundamento, tan inconmovible como el propuesto al español, todo lo

obtendréis de mí, todo, sin excluir el sacrificio de mi persona».

Lo que llevaba de la Robla, como os imagináis, no presumía en Artigas el héroe, sino el hombre, hijo de carne. Creían que sólo procedía por odio irracional a Buenos Aires. El gobernador Vigodet; el Cabildo de la ciudad sitiada; el mismo Embajador personalmente, todos dirigen al caudillo palabras seductoras, que están escritas; explotan, ante todo, sus resentimientos con *los porteños*; le ofrecen honores, prosperidades, libertades para su Patria Oriental... Pero será necesario reconocer al amado rey; conservar la unidad de la gloriosa monarquía. ¡Es ello tan fácil! ¿No lo están haciendo los enviados de Buenos Aires en Europa, Rivadavia, Belgrano, Sarratea, García, etc., etc.? Bolívar, el fulgurante venezolano, ¿no ofrece, en esos mismos momentos, el desarme de sus capitanes, si lo nombran virrey? ¿Por qué no ha de serlo Artigas? «Ponte anteojos en esos agujeros, dice el rey Lear al ciego; así serás ministro.»

«Artigas, dice Mitre en unos apuntes inéditos que ahora aparecen, Artigas, orgulloso y patriota, no podía entrar por ese convenio...»

Mejor que Mitre lo sabemos nosotros, mucho mejor. Oid, amigos, algunas siquiera de sus soberbias contestaciones; ésta, por ejemplo, que dirige a su amigo de la Robla: «Han formado un concepto muy equivocado sobre el motivo de mi separación del sitio. Mis medidas allí no podían conciliar todos mis objetos, y aquí, sí. Aquí estoy en el seno de mis recursos. No hay más motivo».

Y contesta a las proposiciones de Vigodet, el gobernador: «No puede V. S. desconocer el honor que, en todo tiempo, ha marcado mi conducta; tal vez los

últimos sucesos han contribuído a que V. S. equivoque sus conceptos; pero eso debe fijar mi juicio. Y sea cual fuere el convencimiento que tenga V. S. sobre la manera de conducirse Buenos Aires respecto de los orientales, todo debe servir a convencerlo de nuestra delicadeza, cuando se trata de la libertad».

¿Queréis ahora saber algo de lo que dice al Cabildo de su propia metrópoli, que invoca el común amor a la ciudad natal atribulada, extenuada por el largo sitio, para inducirlo a la concordia y a la unión? Sus palabras no son menos estupendas que las anteriores. Todas, amigos míos, todas las de Artigas en estos negociados lo son; cualquiera de ellas serviría de pedestal a un hombre de bronce.

«No hay unión posible con los orientales de la plaza, dice al Cabildo, no hay fraternidad verdadera, si no es de acuerdo con el honor con que nos hemos conducido en todos los períodos de la revolución, y la virtud que siempre hemos ostentado.»

Artigas instruye de esa su evangélica actitud a sus subordinados. Ved lo que escribe a Otorgués, su capitán inmediato, al informarlo de sus negociaciones:

«Recibí los pliegos del Cabildo, de Vigodet y de la Robla; pero nada encuentro en ellos que sea ventajoso.

»Todo viene bajo el pie de unión con la constitución española. Ya ves que no esperábamos semejante cosa... *Tú bien sabes mi modo de pensar y mis deseos. Proponerme estar yo con los orientales bajo España no es proponerme una paz.*»

Y tan era su modo de pensar, que en esos momentos precisamente (12 de julio de 1814) recibía y rechazaba a los embajadores del virrey de Lima, que buscaba su alianza.

No era ése, por cierto, el modo de pensar de aquel taimado de Otorgués, a quien su jefe, después del *Espinillo*, había dejado en el Sur con algunas fuerzas, mientras él, allá en el Norte, donde recibía a los embajadores de Posadas y Vigodet, convocaba a los pueblos, para regresar con ellos, con el paraguayo especialmente, al sitio de Montevideo. Otorgués estaba dispuesto, malgrado el pensar de Artigas, a quedar bajo España, y bajo Buenos Aires, y bajo el moro Muza o el gran turco, como lo estaban Alvear y sus congéneres, según lo veremos en oportunidad. En los mismos momentos en que su superior le decía lo que hemos visto, Otorgués buscaba acomodos con Vigodet, y hasta le daba prendas de amistad: sus caballerías, que recorrían las costas del Uruguay, auxiliaban las naves españolas mandadas por Romarate, que escribía a Vigodet sobre «nuestro fiel amigo Otorgués». Éste no tenía ni instrucciones ni elementos suficientes para entrar en hostilidades con tropas de Buenos Aires; debía sólo esperar el regreso de Artigas; mucho menos, es claro, para invocar un carácter político o representativo que jamás tuvo; pero la enorme distancia material que lo separaba de su jefe y la actitud hostil hacia Buenos Aires que debía conservar, le servían a maravilla en su plan de aparecer adicto a Artigas y al español, y de contrariar el expreso pensamiento del primero, apoyado en el segundo.

Pero Otorgués nada representaba ni podía; una mirada de Artigas bastaba para aniquilarlo. Lo veréis pronto nombrado por éste gobernador de Montevideo, por ser el jefe más próximo a la plaza cuando ésta sea entregada, y veréis cómo lo destituye duramente en seguida por su mala conducta, sin que él se atreva

a chistar. Irá donde aquél lo mande, sin perjuicio de seguir tramando.

Veamos, pues, entretanto, cómo recibe Artigas a los embajadores de Posadas, después de desahuciar a los de Vigodet, con quien Posadas busca acomodos, sin embargo, por intermedio de sus agentes Echeverría y Valentín Gómez, que siguen en Montevideo una larga gestión de paz.

Yo no doy, amigos míos, más importancia que la que ellos merecen a los papeles y a los hechos. «¿Qué son los hechos históricos, dice Carlyle, más aun, los hechos biográficos? ¿Se quiere conocer a un grande hombre, y sobre todo a la humanidad, enhebrando las cuentas de rosario de lo que se llama los hechos? Lo que caracteriza al hombre es *el espíritu con que ha obrado*. Los hechos son hierogramas grabados, de que muy pocos tienen la clave.» Eso es muy verdad; pero el prestigio de los papeles o manuscritos sobre los espíritus débiles es enorme; bueno es, por ende, que se sepa que los papeles de estos negociados de Artigas son ahora del dominio de todo el mundo; ahí están en la *Historia de Alvear*, publicada en buena hora por Rodríguez. Los que yo os ofrezco bastan, y aun sobran, sin embargo, para que vosotros sintáis algo más que hechos, al sentir la proximidad de la mole de este Artigas. Yo no conozco un carácter superior en la historia; me atrevo a afirmar que no lo hay, pese a la ausencia de abalorios, que echan de menos los más.

No fué posible, como hemos visto, el acuerdo del Jefe de los Orientales con España; sólo cuando se vea perdido, preferirá Vigodet entregarse a la buena fe de Artigas, antes que verse en manos de los porteños, y querrá volver a las proposiciones de éste, basadas

en la independencia absoluta; pero entonces ya será tarde, y Artigas le exigirá la entrega lisa y llana de la plaza.

Pero ¿será más posible que con España el acuerdo con Buenos Aires? ¿Verá mejor Posadas que Vigodet la verdad de Artigas?

¡Posadas! Sí, es Posadas, don Antonio Gervasio Posadas, quien va a tratar con él de paz y fraternidad; pero vosotros sabéis ya, tan bien o mejor que yo, que ese buen Director Supremo así cree en la revolución americana como en los milagros de Mahoma, y que lo que él diga o prometa no es mucho más estable que el viento. Lo que en Buenos Aires predomina es efímero y contradictorio; aquel noble y brioso pueblo, tan noble como el que más, parece ser sólo una neblina luminosa en vía de condensación.

Ha surgido allí, sin embargo, una idea fuerte, realmente fuerte y gallarda, en estos momentos: la de formar una escuadra que arrebate al español su dominio marítimo y fluvial, último apoyo de Montevideo. Ese pensamiento, concebido por Larrea, encargado de la hacienda pública, y acogido con entusiasmo por Alvear, árbitro militar de la política, produjo un infernal toletole: protestas, gritos, alborotos; se le creyó irrealizable, y también funesto, obra de ambición. El mismo general San Martín, que organizaba en Mendoza el ejército del Norte, no vió en tal proyecto otra cosa que «una intriga de Alvear, cuyo resultado sería reducir su ejército a la inacción». Así lo dijo a Larrea y al mismo Alvear. Éste le contestó que no, «*que si nuestros buques eran batidos, su opinión era, y la había adoptado el gobierno, que se dejara a Artigas el*



cuidado de hacer el bloqueo de la plaza, se retirara nuestro ejército, se le reforzara con tropas de la capital, y todo ello sería dirigido al Perú. Eso de contar con Artigas a falta de algo mejor, y en caso de derrota, sin darle parte en las victorias, tiene su ingenuidad, sin duda alguna. No en vano aquél se retiró del sitio, para no confundir su ejército oriental con el dispuesto siempre a retirarse, como lo veis, sin perjuicio de aprovechar sus triunfos, si los obtiene.

Pues bien: San Martín no tenía razón; satisficiera o no las ambiciones de Alvear, que sí las satisfizo, fué la de Larrea una gloriosa empresa. Pero esa gloria no era accesible sin el concurso, pasivo cuando menos, del caudillo de los orientales. ¿Qué hubieran podido hacer aquellos buques que se armaban, si Artigas, vencedor y dueño de todas las costas, presta su apoyo a los sitiados, como quería hacerlo, y lo hacía solapadamente Otorgués? Rondeau el primero lo comprendía así, y, no pudiendo concebir toda la grandeza de su viejo compañero de armas, creyó inminentes sus represalias, al verlo vencedor del Directorio en las provincias, y al observar la conducta de Otorgués, a quien suponía autorizado en todo por Artigas. Rondeau pedía angustiosamente refuerzos, en previsión del ataque de éste; indicaba la necesidad de levantar el sitio, para dar frente a ese enemigo que creía ver aparecer a su espalda, como un fantasma.

¡Oh, mi bravo Rondeau!

Ya habéis visto, amigos, cómo pensaba y procedía aquel caballero vencedor. Una palabra de Artigas a Vigodet hubiera bastado; pero se hundirá el mundo, y se apagará el sol como un candil, antes que tal palabra salga de aquella boca. Se la ha buscado en vano entre los papeles que aparecen aquí y allá,

¡Qué no hubieran dado sus enemigos por hallar en Artigas una frase siquiera, una sola, de las de Rivadavia, o Belgrano, o Sarratea, o Alvear a nuestro rey y señor!

Allá van, pues, a buscar a Artigas los embajadores de Posadas, en los mismos momentos en que la escuadra se apresta para ir al sitio. Posadas, como Rondeau, lo cree todo perdido si el gran caudillo se entiende con los españoles sitiados en Montevideo; la combinación de éstos con los que vienen del Norte, del Perú, sería, efectivamente, la ruina de la revolución, y, sobre todo, ¡pobres cabezas las de los promotores! Veréis cómo quien recibirá el apoyo de Artigas no será el español del Sur, sino el guerrillero popular que contiene al que viene del otro extremo, Güemes, el caudillo de Salta, de que antes hablamos, si mal no recuerdo.

Artigas recibe a Candioti y Amaro en su campamento de *Belén,* en la costa del Uruguay. «Todo con vosotros, les dice, todo con vosotros, mis amigos, mis grandes amigos. ¿Buscáis bases de paz y de armonía, para que vayamos todos juntos, con el mismo ideal, a debelar al común enemigo? El solo hecho de ser vosotros los elegidos como embajadores me hace creer que son aceptadas, por fin, las solas que puedo proponeros. Vosotros y todos los pueblos las conocen y las anhelan; sólo la comuna oligárquica las ha rechazado: son las *Instrucciones* sancionadas por el *Congreso de Abril.* Que se derogue, como es natural, la sentencia de muerte contra mi pueblo heroico; que no se perturbe a los de Entrerríos, a quienes he jurado protección, para que se organicen y vivan; que se reconozca la Independencia Oriental, *no como una separación de la nacionalidad por que luchamos todos,*



sino como la proclamación del respeto a la soberanía de los pueblos germinales que la constituyen, y que Buenos Aires dice acatar el primero; que no se rechacen sus representantes en la Asamblea; que se siga auxiliando a los orientales en la reivindicación de su capital, Montevideo; que, mientras no termine la guerra, ni se constituya la nueva nación, haya entre nosotros una liga ofensiva y defensiva; que regresen a Buenos Aires las tropas auxiliares, para destinarlas a repeler la invasión del Norte, dejando a los orientales continuar el sitio, en combinación con la escuadra que se ha formado... Yo arrancaré de allí el pabellón extranjero; después, me uniré a los libertadores del Perú.»

Eso es, en extracto, el «*Plan que, para el restablecimiento de la fraternidad y buena armonía, han convenido con el ciudadano Jefe de los Orientales, Protector de Entrerríos, don José Artigas, los ciudadanos Fray M. Amaro y Francisco Candioti, enviados al efecto por el Supremo Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, excelentísimo señor Gervasio Antonio de Posadas.*

. . . .

»*Dado en el Cuartel General, Paso frente a Belén, Costa Occidental del Uruguay, a 23 de abril de 1814.*

»Firmado: JUAN A. CANDIOTI. — JOSÉ ARTIGAS. — FRAY MARIANO AMARO.»

Los plenipotenciarios de Posadas aceptaron, como veis, las bases acordadas con Artigas, y, llenos de esperanza, las transmitieron para su ratificación. No me parece necesario decir que no fueron ratificadas. Con saber que quien entrará triunfante en Montevideo, dentro de dos meses, será el brigadier Alvear, y con decir que las misiones diplomáticas a Europa

están en actividad, lo mismo que la enviada a Vigodet, a Montevideo, todo está dicho. No podían ser ratificadas aquellas bases.

Imaginad, sin embargo, amigos míos, lo que hubiera acontecido, si esos principios, que son los de las naciones que hoy existen en América, hubieran sido entonces aceptados, antes de los grandes desastres. Todo estaba terminado; la dominación española había concluído; el Pueblo Oriental quedaba en su casa con las fronteras de Artigas, con el actual estado brasileño de Río Grande; el Occidental en la suya; aliados ambos en el común esfuerzo de afianzar y organizar la independencia conquistada y de repeler unidos toda agresión extraña, «aunque el universo se desplome sobre nosotros», como oiréis decir a Artigas. *Ayacucho* hubiera estado en el Río de la Plata, amigos míos, si el enemigo se atreve a llegar a él. Y también *Junín*... Las *Misiones Orientales* serían hoy territorio hispanoamericano; el Paraguay... Ya hablaremos de eso.

¡Ilusiones de gloria!, dirán algunos, acaso vosotros mismos. Sí, amigos; ilusiones de gloria y de imposible grandeza, abrigadas por aquel loco o semiloco profetizante de Artigas; las realidades eran otras. Si leyéramos juntos las larguísimas notas y cartas en que Posadas hace *sus observaciones* a las bases acordadas entre sus plenipotenciarios y Artigas para rechazarlas, entraríamos de lleno en esas deplorables realidades. «Yo estoy muy bien dispuesto, mi estimado paisano, dice Posadas a Artigas, yo estoy dispuesto a firmar todo lo que ustedes quieran; pero... pero... pero...» No había allí más que un *pero*, como sabéis; no eran *las formas* las que allí impedían la armonía; eran *los fondos*, los espíritus del fondo tenebroso, que

salían al paso de la realidad futura; el diablo vestido de caballero, que se sentaba en el sillón de Posadas. «¿Cómo es posible, dice éste a Artigas, que yo derogue mi sentencia de muerte contra usted, si usted no realiza alguna nueva acción que lo justifique, para borrar las que dieron mérito a esa sentencia? Rompa usted abierta y definitivamente con España; ataque usted; pelee, sin pensar en nada; deje que seamos nosotros, sólo nosotros, quienes pensemos y tratemos secretamente con ella; después daremos a los orientales lo suyo; tengan fe en nosotros. Por otra parte, en las bases que mis agentes han acordado con usted *no hay reciprocidad*. ¿Cómo *indemnizarán* los orientales, con qué pagarán a los occidentales los servicios que éstos les presten y los recursos que les proporcionen? ¿Y si los orientales son vencidos? No olvide usted, paisano, agrega el Director, que nosotros no tenemos otros enemigos que los españoles... Proponga usted a Vigodet que le entregue la plaza, y sólo usted mandará allí. Entonces conocerá Vigodet, y todo el mundo, *que nuestros batallones no van a conquistar, sino a destruir enemigos comunes...*»

Todo eso, y mucho más por el estilo, decía Posadas a Artigas, amigos; también le hablaba de los Estados Unidos y de la Suiza, como tipos de confederación inaplicable al Plata. Lo que no le decía, y que hoy sabemos nosotros, era que, en esos mismos momentos precisamente, abril de 1814, él, Posadas, enviaba a Sarratea, al celebérrimo Sarratea, a Europa, a iniciar las negociaciones con las Cortes, que conoceréis después; no le decía, sobre todo, que ese Sarratea, al pasar por Río Janeiro, abrió negociaciones oficiosas con Vigodet, y firmó la proposición de un armisticio, durante el cual se enviarían diputados a España,

encargados de arreglarlo todo; otro armisticio como el de 1811; otro abandono de la Banda Oriental, núcleo incontaminado de independencia platense.

Esas negociaciones de Sarratea, de acuerdo con Larrea y Alvear, son, sin embargo, muy instructivas; Alvear las invocará cuando implore perdón a Fernando VII. «Al proponernos el armisticio, escribe en sus *Memorias*, en las que nada dice, por supuesto, de su entrega al rey, *Larrea y yo* habíamos tenido intención de que él sirviera para entretener y distraer a Vigodet...» Y agrega: «Estábamos resueltos, en caso de que se hubiera consentido en el armisticio, a conducirnos de modo que no tuviese efecto».

Muy astuto es este caballero, como se ve; no en vano decía que el señor Posadas carecía de aptitudes, porque era incapaz de faltar a la verdad y de ocultar sus sentimientos; son ésos los mismos recursos que ha empleado y empleará con Artigas y con Otorgués; había perdido el uso de la verdad aquel soberbio joven. Pero contaba demasiado con la estulticia humana. Lo que es Artigas, ha tomado sus precauciones al retirarse del sitio y dirigirse a los pueblos, como lo habéis visto; pero también los españoles se precaven, los muy bárbaros. Ved, si no, lo que dice el Cabildo de Montevideo, al aconsejar el rechazo de las proposiciones de Alvear o de Sarratea: «Los de Buenos Aires nos ofrecerían la Provincia Oriental; pero ¿de qué nos serviría tal promesa si ellos no la pueden cumplir sin la anuencia y expreso consentimiento del coronel Artigas? Es, pues, inútil, tanto más cuanto que tenemos iniciada una transacción con ese jefe».

Estaban, pues, convencidos, por fin, los buenos españoles, de que sus arreglos con «nuestro fiel amigo Otorgués» no tenían más eficacia que la célebre cara-



bina de Ambrosio, como no la tenían los que celebraran con Buenos Aires; allí no había más hombre representativo que el coronel Artigas. Y, como lo hemos visto, la transacción iniciada con ese jefe, según dice el Cabildo, no es posible; ese jefe es un irreductible.

En medio de esos recursos de la ambición que esclaviza a los humanos, la figura del hombre libre, lo que se llama libre, sin necesidades, que allí aparece, se levanta de veinte a treinta codos sobre los demás, amigos míos. Ved a Artigas, que remite a Posadas *toda su correspondencia con la plaza,* toda, la de Vigodet, la del Cabildo, la propia, «con el objeto, dice, de sincerar mis pensamientos». Artigas no tenía logia secreta: nada fué clandestino en él. «Ahora, agrega, ahora digo a usted que todas mis ideas han tratado de ajustarse a todo lo que usted y mis amigos Candioti y Amaro me han insinuado. Yo no sé qué fatalidad habrá impedido que el gobierno acepte un giro tan equitativo, para que, convenidos en lo substancial, continuasen los trabajos contra Montevideo, sin emplear el tiempo en disputas inoportunas. Tampoco he podido conocer qué causa pueda haber yo dado jamás que fuese bastante a inspirar la menor desconfianza sobre mis intenciones. Mi desinterés parece que me salva de todo reproche, *y mi constancia en medio de las persecuciones más crueles* debía haber inspirado sentimientos más benévolos y dulces.»

«Lo que yo propongo, termina, está lleno de equidad; sus comisionados lo aceptaron; su ratificación nos traería el día más glorioso.»

¡Héroe ingenuo, y más que ingenuo! No sabe qué fatalidad había impedido la aceptación, por la oligarquía comunal, de sus bases de equilibrio, porque

no ha pensado en el demonio que Posadas decía alojado en la casa de gobierno. Fatalidad, pues, o gran diablo, ello es que por allí andaba un espíritu infernal. Y no es de extrañarse; esos tenebrosos espíritus, Egoísmo, Negación, Soberbia, Ambición, Concupiscencia, hacen siempre ronda en torno de la cabeza de los héroes, y les tienden asechanzas. Y hasta cuajan en extravagantes apariciones luminosas. Y los siguen hasta los desiertos; se convierten en pan cuando arrecia el hambre.

Resumamos, amigos, ya que hemos rendido, más de lo necesario quizá, nuestro tributo a los manuscritos. Con los conocidos basta y sobra, o mucho me equivoco, para que sintáis intensamente vuestro personaje. Lo que soy yo, no le conozco superior en la historia, vuelvo a decíroslo. Quizá os parezca exagerado. No importa.

Las bases de Artigas fueron, pues, rechazadas. No había arreglo posible con ese hombre, dice Alvear en sus *Memorias;* era un bárbaro. Y se continuaban las operaciones, para ver de tomar a Montevideo, prescindiendo de los orientales; la obra comenzada en el Ayuí.

Aquel rechazo produjo una grande irritación en todos los pueblos argentinos, bárbaros también, y un desagrado fácil de comprender en los plenipotenciarios Amaro y Candioti, representantes mucho más genuinos que Posadas de aquellos pueblos, como es sabido. Así creerán éstos desde entonces en a sinceridad de Buenos Aires, como agarrar un escorpión por la cola. Artigas se adueñaba cada vez más del alma popular, por la fuerza de penetración de su verdad. Díaz Vélez, jefe porteño que mandaba en la provincia de Santa Fe, escribía a Posadas, en los



momentos en que Montevideo capitulaba precisamente: «El pueblo se mantiene en el mejor orden; había olvidado bastante su fuego por Artigas; pero la venida del Padre Amaro lo ha reavivado. Lo elogia mucho, y dice que V. E. ha faltado a los tratados al mandar los cazadores a ésta, y a Alvear al sitio. Realza mucho el poder de Artigas, y dice que jamás será vencido. Sigo la conducta de tratar con mucho cariño y política a Candioti y doctor Aldao, quien no me parece tan malo como lo pintan.

»Santa Fe, junio 13 de 1814.»

Pronto veréis que esa conducta de los delegados de Buenos Aires en las provincias cambiará de aspecto; la política y el cariño serán substituídos por el hierro y el fuego... ¡Desgraciadamente!

III

Estáis ahora preparados, amigos artistas, para que volvamos al sitio de Montevideo, que, si bien cercado por Rondeau por la parte de tierra, y reducido a una grande extremidad, que soporta heroicamente, conserva, como principal elemento, el dominio sobre las aguas que le da su escuadra. Esta misma ha sufrido, sin embargo, aun antes de formada la escuadra patriota, un serio contraste, que debemos recordar aquí. En sus excursiones por los ríos, los buques españoles intentaron un desembarque en la costa del río Paraná, para llevar víveres a la ciudad sitiada. Lo hicieron, el 3 de febrero de 1813, en *San Lorenzo*, frente a un convento de frailes franciscanos, situado no muy lejos de la costa acantilada. Allí inició su gloria militar el coronel de *granaderos a caballo* don José

de San Martín. Oculto en la huerta del convento con 120 de sus jinetes, atisbó el desembarque de los 250 marinos españoles que tomaron tierra; cargó bizarramente sobre ellos, y, a pesar de la briosa resistencia de aquellos bravos, apoyada en los fuegos de sus naves, desbarató la expedición. Fué aquella una lucidísima refriega, que el Himno Nacional argentino canta, y canta bien, al lado de la batalla de *Las Piedras*, y *San José*, y la *Colonia*, y el *Cerrito*, y *Murallas de Montevideo*. Una descarga de metralla mató el caballo que montaba San Martín; un héroe humilde cambió entonces su propia vida por la del futuro general de los Andes. Cuarenta muertos y catorce prisioneros españoles quedaron en el campo; dos cañones y una bandera. Seis granaderos muertos y veinte heridos pagaron en sangre esa victoria, a que los orientales debemos rememoración entusiasta. Fué el único combate que libró San Martín en el Río de la Plata, y lo empeñó en defensa de Montevideo. Hoy recordamos, con alegría, que soldados orientales lucharon y murieron a su lado en *San Lorenzo*, como a su lado cruzaron los Andes, vencieron con él en *Chacabuco* y *Maipú*, y con él atravesaron el Pacífico, hasta el postrer baluarte de la dominación antigua.

Pero esos buques españoles eran, como hemos dicho, el nervio de la resistencia de Montevideo, y contra ellos se ha formado en Buenos Aires, a fuerza de energía y sacrificios, la escuadra de que hablamos, y que se ha dado a la vela, hacia *Martín García*, el 8 de marzo de 1814. Ha sido puesta bajo el mando del marino irlandés don Guillermo Brown, llegado al Plata en 1809. Fijémonos un momento en la noble figura de ese caballero del mar, hermano del viento que sopla las olas. Era un hombre capaz de arran-

car con los dientes la espoleta inflamada de una bomba navegante, el torpedo primitivo, que llevaba la corriente; creo que alguna vez hizo algo parecido ese impertérrito domador de olas y de fuego. Apuntaba los cañones con la pipa en la boca, y encendía la mecha. Sus maniobras eran simple preparación del abordaje. Si Brown no hubiera nacido irlandés, hubiera sido gaucho marítimo. Las balas enemigas le rompieron una pierna, y él no dejó caer la pipa de la boca, y siguió mandando el combate, tendido en el puente del *Hércules*, sobre un colchón.

Era mucho hombre aquel viejo almirante, hermano de Nelson. Porque Brown era todo un almirante, un marino genial, con su cara mofletuda, sus cabellos rojos, sus labios finos y sus pequeños ojos azules, encendidos y penetrantes. Era mucho hombre aquel viejo lobo marino. Cuando algunos años después, durante la guerra civil, sitia con su escuadra a Montevideo, sabe que en la plaza asediada ha muerto el general Martín Rodríguez, prócer de la independencia, y hace poner a media asta la bandera de los buques, para que lloren la muerte de su adversario.

La escuadra española fué destrozada por ese animoso de Brown; completamente aniquilada: en *Martín García*, primero; en el *Buceo*, a la vista de la plaza, después.

Y allí terminó la dominación española en el Río de la Plata.

Fué un momento solemne aquel en que la ciudad sitiada, ya casi exánime, vió aparecer en el horizonte las naves de Brown; fué en un amanecer de abril, el del 20. Os prometí, si mal no recuerdo, cuando hablamos de la bandera tricolor de Artigas, que hablaría-



mos de la que enarbolan estas gloriosas naves que el bravo irlandés conduce. Es también Figueroa, el poeta del sitio, quien, como entonces de la tricolor que veía en el rastrillo de Rondeau, nos habla ahora de esas gloriosas naves, y nos dice cosas que nos suspenden como a él.

Figueroa ve llegar la escuadra de Brown *tremolando su libre pabellón*. He aquí que, como antes lo dijimos, Montevideo conoce, por primera vez, el bicolor de Belgrano.

Pero llega el día del combate, el 14 de mayo; la escuadra española ha salido, a todo trapo, al encuentro de la enemiga; el primer choque se realiza a la vista de la plaza; suenan los primeros cañonazos; el humo rueda sobre las olas envolviendo los cascos; las velas se esfuman y los mástiles; aparecen y desaparecen las flámulas y banderas.

Y dice Figueroa, que, como toda ciudad anhelante, subida en los tejados y azoteas y amontonada en la costa, presencia la escena, y la sigue con el anteojo:

Al empezar el combate
¿Quién descifra este misterio?
La real enseña española
Las naves de Brown pusieron.
Diríase, al ver batirse
Bajo un pabellón dos pueblos,
Que son locos fratricidas,
O falaces sin ejemplo.

Misterio indescifrable parece, efectivamente, para quien no conozca, como nosotros, esta historia, ese comienzo del combate con bandera española; ni siquiera se ve en él una estratagema; pero más lo pare-

cerá lo que en seguida vió, con no menor sorpresa, el poeta informante. Las escuadras se han alejado combatiendo; van hacia el oeste; se pierden de vista... La ciudad espera anhelante el desenlace de aquello... pasan las horas... una noche... otro día...

Y he aquí que, en la madrugada del 17, reaparece en el horizonte el tropel de barcos; vienen siempre combatiendo; los disparos son más intermitentes, como de cañones heridos o cansados... ¿Cuál es la escuadra vencedora?

Allá viene la *Mercurio*, nave española; tras ella se ve, a toda vela, «la terrible y veloz fragata negra», como llama Figueroa a la *Hércules* que monta Brown. Y el poeta canta así:

Viendo en su mástil la española enseña,
Y que hasta tiro de cañón se acerca,
Figurábanse muchos que marchaba
En pos de la *Mercurio* prisionera.

No; la *Hércules* no venía prisionera, venía vencedora; pero con pabellón español. Sólo cuando la escuadra enemiga quede completamente destruída, el almirante arbolará su bandera bicolor.

Los bajeles de Brown que, en el combate,
Del rey enarbolaron la bandera,
Ya dejando la burla o los disfraces,
Con la blanca y azul su triunfo ostentan.
Con esta propia insignia, haciendo salvas,
La *Neptuno* y *Paloma* prisioneras,
Y el *San José* de Chávarri se miran
Celebrar ellos mismos su tragedia.

Veremos cómo, en esas mismas condiciones, esa nobilísima bandera, que ílameará sin sombras en el Pacífico, substituirá en Montevideo a la española, y, sobre todo, a la tricolor de Artigas, que flotaba en el rastrillo de Rondeau.

Pero la dominación española ha terminado, como hemos dicho, en el Atlántico; la ciudad de Montevideo, que ha sufrido, y soportado heroicamente penurias indecibles, hambre, peste, angustias mortales, quedó estrangulada entre la tierra y el mar. Esta sufrida ciudad, amigos míos, parece nacida para holocausto; siempre ha sido la inmolada. No en vano hemos cubierto la cabeza de su escudo con la corona almenada, como con un casco de piedra. ¡Nuestro buen Montevideo!

Rondeau, pues, el vencedor del *Cerrito*, iba a recoger solo, sin el de *Las Piedras*, la gloria de la larga jornada; los sucesos se precipitaban. La victoria naval definitiva tuvo lugar del 14 al 17 de mayo de 1814; el día 18, el almirante vencedor recibía de Vigodet una propuesta de armisticio, que transmitía a Buenos Aires... Y he aquí que, el mismo día 16, como caído de las nubes, aparecía en aquel teatro, con un ejército de 1.500 hombres, salido de Buenos Aires el 10, el antes sargento mayor y hoy ya *brigadier* don Carlos María de Alvear. Traía esa azul y blanca bandera que hemos visto subir y bajar en las naves de Brown, y venía a reforzar el asedio, para cuya terminación había pedido Rondeau sólo 500 hombres. Pero llegó sólo a presenciar el triunfo que le ponía término; a escuchar, desde su línea, los últimos cañonazos de las escuadras. Llegaba, sobre todo, a substituir a Rondeau en la dirección del sitio. Rondeau fué destinado, como sabemos, al ejército del Perú, en reem-

plazo de San Martín, que se decía enfermo por allá, como enfermo se dijo aquí el mismo Rondeau, al recibir la noticia de su inesperado retiro.

A los quince días de su llegada, el 6 de junio, inició Alvear sus negociaciones con la plaza, que, como sabéis, no pudo concertarse con Artigas porque éste no aceptó sus proposiciones; al mes, el 23 de junio, Montevideo capitulaba, y el brigadier triunfante, en la gloria de sus veinticuatro años, entraba en el recinto fortificado por la calle del *Portón*, jinete en su blanco corcel de guerra. Y fué declarado, con sus soldados, *Benemérito de la patria en grado heroico*. Y se acuñó una medalla con esa inscripción. ¡Las cosas raras que se hace decir al paciente bronce algunas veces!

Ese Alvear nos ha legado sus *Memorias*, recientemente conocidas por el inapreciable libro de Rodríguez. Son útiles para el estudio de un carácter, aunque no para el de los hechos y comentarios, porque sus narraciones no inspiran respeto. Por lo que a mí toca, no puedo mirar sin antipatía el modo como el conquistador de Montevideo trata en ellas al buen Rondeau, por ejemplo. Eso de decir que éste era un inepto, y que su ejército era todo relajación y división, y otras cosas por el estilo, no me parece bien; el ejército de Rondeau, dígase lo que se quiera, sostuvo el sitio, y merece más consideración. Pero menos gracia me hacen los vituperios de Alvear contra Artigas y sus *montoneros*, como llama a los soldados orientales, expugnadores también de la plaza en que él entraba lleno de gozo. Dice que, no bien desembarcó, tuvo que habérselas con éstos, comandados por Otorgués; afirma que éste, *enviado y autorizado por Artigas*, hostilizó su expedición, y hasta entró en connivencias

con los españoles contra él. Y que obtuvo muchas victorias sobre aquella *chusma*.

Nada de eso es verdad; ni Artigas autorizó entonces ni nunca a Otorgués para representarlo, ni aquel rústico caudillo hizo otra cosa *ostensible* que permanecer, como entidad militar pasiva, en su actitud de defensa preventiva contra Buenos Aires, mientras su jefe gestionaba un arreglo con el director Posadas.

Bien es verdad que ese Otorgués, al verse lejos de su superior, quiso tentar, una vez más, la realización del vaticinio de sus brujas, y se puso para ello, por su cuenta y riesgo, en relación con Romarate, que mandaba la escuadra española en el Uruguay, le prestó auxilios de víveres y hasta inició negociaciones clandestinas con Vigodet; pero éste se convenció bien pronto de que Otorgués nada representaba, y concentró su esfuerzo en sus inútiles negociaciones con Artigas, que, como sabemos, las transmitió a Buenos Aires. Y no sólo reprobó las clandestinas y atrevidas de su segundo, sino que, cuando muy pronto entre en arreglos con Alvear, para recuperar su ciudad natal, impondrá como primera condición de todo avenimiento la declaración expresa «de no haber estado él complicado en la correspondencia con los españoles de la plaza». Y así se hará en decreto de Posadas publicado en la *Gaceta* del 17 de agosto de 1814. «Resultando, dice ese decreto, resultando de la correspondencia interceptada en Montevideo, que don José Artigas no ha tomado parte en la coalición de la Banda Oriental con los jefes de la plaza, he venido en declararlo, oído previamente mi Consejo de Estado, buen servidor de la patria... sin que las resoluciones anteriores puedan perjudicar su opinión y mé-

rito. —GERVASIO ANTONIO DE POSADAS. —NICOLÁS DE HERRERA.»

No es menos verdad que Alvear, en su triunfal entrada a recoger las llaves de Montevideo, tuvo qué hacer con Otorgués; pero no fué para librar batallas campales con sus *montoneros*, ni mucho menos; lo llamó, como quiso hacerlo con el mismo Artigas, para entregarle la plaza, y jurándole por lo más sagrado que sólo para eso lo llamaba; pero una vez que lo tuvo a tiro, cayó sobre él y lo destrozó a mansalva durante la noche. Y, después de proceder en forma análoga con el gobernador español, según lo veremos, entró triunfante en la ciudad oriental, como dueño absoluto, en el esplendor de su juventud.

De todo lo que leemos con provecho en sus *Memorias*, pocas cosas más útiles, sin embargo, para clasificar el carácter de su autor, más de una clase social que de un hombre, que los términos en que nos dice se expresó con los parlamentarios españoles, cuando retardaban la entrega de la ciudad... «Señores, dice que les dijo; si para mañana no se rinde la plaza, o se derrama una gota de sangre en estas veinticuatro horas, serán pasados a cuchillo toda la guarnición y todos los habitantes de Montevideo. Después haré destruir sus edificios, y de sus escombros y sobre sus ruinas levantaré un monumento que atestigüe a las generaciones venideras el castigo que los patriotas han impuesto a esa pérfida ciudad.»

Si, como me parece leerlo en vuestros ojos, amigos artistas, no veis en esas arrogantes palabras otra cosa que una jactancia o fanfarronada, creo que las habéis apreciado sólo a medias. Hay, sí, jactancia juvenil; pero fijaos en ellas con mayor calma, y les hallaréis algo más serio: la revelación de un instinto,



de un carácter genérico, mejor dicho, trascendental en nuestra historia: el del gran señor feudal de horca y cuchillo, que colgaba de una almena al *pechero* inobediente, al *montonero* de Artigas, se llamaría en este caso. Pecheros y montoneros eran el pueblo, sin embargo, y no era prudente colgarlos, me parece. Pensad, amigos míos, en que esas amenazas de Alvear se cumplieron más de una vez, ya contra españoles, ya contra americanos indóciles, y meditad en vuestro corazón sobre la saña con que ciertos historiadores imputan todos los males a los pecheros, al *caudillaje* rioplatense, dejando inmunes a los arrogantes caballeros que habitaban el castillo señorial.

Y veréis resplandecer entonces, en su más alto significado, la figura misericordiosa de Artigas, el bravo y buen caballero que protege a los humildes.

Pero no sólo esas satisfacciones tenía reservadas el director Posadas para su impaciente sobrino, para *Carlitos*, como le llama cariñosamente en algunas de sus cartas; le quedaba aún el poder supremo, y éste correspondía también al presidente de la Logia Lautaro. Seis meses más tarde, el 9 de enero de 1815, lo puso en sus manos. Alvear, después de su triunfal entrada en Montevideo, fué inmediatamente al Alto Perú, a substituir de nuevo a Rondeau, con el carácter de «capitán general de las provincias interiores, general en jefe de los ejércitos de operaciones», e «investido de los más amplios poderes para deliberar y resolver en los negocios de paz, guerra o alto gobierno que estén fuera de los límites de su empleo militar». «Lo que arreglase, sin embargo, con cualquiera gobierno enemigo o aliado, necesitaría ratificación.» Rondeau rechazó entonces a Alvear, y éste tuvo que volverse a Buenos Aires por el mismo ca-

mino que había llevado; comenzaba su estrepitoso derrumbe. Es muy de advertir que, con Rondeau, se rebelaron los demás jefes: Martín Rodríguez, Pagola, Foresti, Alvarado, Martínez, etc. El general San Martín apoya también todo eso, como apoyará el derrocamiento de Alvear, que consumará el pueblo de Buenos Aires, con la protección de Artigas, pedida por su Cabildo, dentro de pocos meses.

Posadas, primer Director Supremo, entrega, pues, el 9 de enero de 1815, el poder a Alvear, segundo Director Supremo; legítimos ambos, perfectamente legítimos, con *jurisdicción;* no como el bárbaro Artigas, que no tenía poderes en buena forma, que era un simple Alcalde de Zalamea.

Quince días después de su elevación, firmaba Alvear dos notas, acordadas con su Consejo de Estado, y redactadas por su secretario, don Nicolás de Herrera, en que ponía las Provincias Unidas del Río de la Plata a disposición del gobierno inglés, pidiéndole que las salvara, a pesar suyo, de la perdición a que marchaban. En esas notas, dirigidas al ministro de la Gran Bretaña, Alvear declaraba a las Provincias Unidas inhábiles para gobernarse por sí mismas. «Estas Provincias, decía, desean pertenecer a la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer su gobierno. Ellas se abandonan, *sin condición alguna*, a la generosidad y buena fe del pueblo inglés, y yo estoy resuelto a sostener tan justa solicitud.» Más adelante, recordaba a Inglaterra que ella, la protectora de la libertad de los negros de África, no debía dejar entregados a su propia suerte a los pueblos del Plata, que se arrojaban en sus brazos generosos. Y terminaba diciendo: «Es necesario que se aprovechen los momentos; que vengan tropas, para imponerse a los genios díscolos, y un jefe plena-

mente autorizado, que dé al país las fórmulas que sean del beneplácito del rey y de la nación».

Y ese don Nicolás de Herrera, secretario de Alvear, redactor de la sentencia de muerte de Artigas, escribirá en seguida la carta que conocéis, en que declara imposible la independencia de América, y aconseja se trate con Pezuela y se vuelva al dominio español.

Al mismo tiempo, Rivadavia y Belgrano y Sarratea, recorrían la Europa, enviados por Buenos Aires, en busca de un príncipe para el Río de la Plata. Carlos IV, padre de Fernando VII, debía ser, como sabéis, el rey de la monarquía platense, y del Perú y Chile; después había de serlo don Francisco de Paula, hermano de Fernando; después otros, y otros más; cualquiera que fuese de sangre real. ¡Si vierais, amigos artistas, qué triste fué la odisea diplomática de esos próceres del 25 de mayo de 1810!... Todo fué inútil: corrían los años 14 y 15; Napoleón había caído en Waterloo; Inglaterra y España eran amigas; el Congreso de Viena restauraba la legitimidad; Fernando VII era el único dueño de América, a justo título; la Santa Alianza... ¡Pero allí estaba Artigas, felizmente; allí estaba Artigas!

No hablemos más de eso, por ahora; es muy largo y deplorable; miradlo y pasad, amigos míos. Y si quisierais imponeros de algo más, sabed, si es que ya no lo sabéis por presunción, que, entre las instrucciones dadas por Alvear a García, su embajador en Río Janeiro, estaba la de gestionar allí la ocupación de la Banda Oriental por los portugueses, a fin de deshacerse de Artigas y de los orientales, que eran el gran obstáculo a la realización de aquellos planes; los *genios díscolos,* contra los que se pedían tropas inglesas vestidas de colorado y con morriones negros.

Tal era el Libertador que, como San Martín en Santiago, después de Chacabuco, entraba vencedor en Montevideo, y enarbolaba allí su bandera bicolor en las condiciones que vamos a ver, después del sitio de veinte meses sostenido por Artigas y Rondeau, los vencedores de *Las Piedras* y el *Cerrito*, a la sombra del tricolor oriental.

¡Y ha habido, amigos artistas, quien no ha comprendido la causa ni los efectos de la separación de Artigas de la línea sitiadora de Montevideo! ¡Quien ha creído que el héroe oriental debió entrar en la plaza, caballero en un cisne blanco, confundido entre el séquito de Alvear!

Vamos a ver, pues, ahora, a dónde fué, para qué se fué, y qué hizo el héroe genuino de la revolución de Mayo, cuando se resolvió a no penetrar, en semejante compañía, en el circuito de su ciudad natal, y a reservarse para destinos superiores.

CONFERENCIA XIII

EL CARÁCTER DE ARTIGAS

LA DOMINACIÓN PORTEÑA.—VIOLACIÓN DE LA CAPITULACIÓN.—EL PABELLÓN TRICOLOR.—EN PAÍS CONQUISTADO.—NUEVA TENTATIVA DE SEDUCCIÓN DE ARTIGAS POR EL VIRREY DE LIMA.—«YO NO DEFIENDO A SU REY.»—LAS CORTES DE CÁDIZ.—EL HÉROE DE LA ESTIRPE HISPÁNICA EN AMÉRICA.—ARTIGAS, HÉROE DEL PARAGUAY.—EL CAUDILLO DE LOS CAUDILLOS.—PENSAMIENTO Y CARÁCTER DE ARTIGAS.—PSICOLOGÍA DEL HOMBRE.—SU AMBICIÓN.—SU FE Y SU VISIÓN PROFÉTICAS.—ACCIÓN CONSTANTE Y RESISTENCIA.—EL PROTECTORADO SOBRE LAS PROVINCIAS.—DEROGACIÓN DE LA SENTENCIA DE MUERTE.—BUEN SERVIDOR DE LA PATRIA. — TENTATIVAS FALACES DE ARREGLO. — CELADAS TRAIDORAS.

I

Comprenderéis, amigos míos, que la dominación extranjera no terminaba en el Uruguay, por más que terminara la española, con la entrada de Alvear en Montevideo. Era triste, más bien, arrojar a la madre, madre al fin, para ver los propios derechos arrebatados por un hermano, y la herencia común puesta en subasta. Si hubiera sido posible que Montevideo deseara volver a ser español, en ese momento hubiera abrigado ese deseo.

Dice Mitre, en su *Historia de San Martín*, que los directorios de Buenos Aires, «al dar la señal de la gue-



rra ofensiva en 1817, y reconquistar a Chile, impusieron a su general, por regla de conducta, infundir a los pueblos libertados por sus armas que ninguna idea de opresión o de conquista, ni intento de conservar la posesión del país auxiliado, la llevaba fuera de su territorio». Así lo hizo San Martín también en el Perú, según lo hemos visto.

Desgraciadamente, no se pensó en aplicar esa doctrina a los orientales... ¡Por qué no se hizo, Dios mío!

Alvear se condujo muy mal, oh, muy mal, preciso es confesarlo, con la madre expulsada, en primer término.

Los bizarros españoles defensores del rey en Montevideo eran dignos de otra despedida: Artigas no hubiera hecho eso, estad seguros.

La plaza fué entregada a Alvear bajo capitulación formal. Según ésta, el gobierno de Buenos Aires recibía a Montevideo en depósito, y reconocía la integridad de la monarquía española y a su legítimo rey el señor Fernando VII; enviaría diputados a España, para un ajuste definitivo. La guarnición de la plaza se retiraría con los honores de la guerra; no se sacarían armas, ni municiones, ni pertrechos, ni se enarbolaría más bandera que la española, etc., etc. El artículo 35 de la capitulación decía: «En la plaza no se enarbolará jamás, por pretexto ni motivo alguno, más bandera que la nacional». «Concedido», se lee al margen del documento, de puño y letra de Alvear. Era, más o menos, la repetición del armisticio de octubre de 1811, rechazado por Artigas, y causa del Éxodo.

Todo eso fué violado por el vencedor, una vez dueño de la ciudad: se enarboló el pabellón americano; se arrestó a Vigodet, y se le envió a Río Janeiro, donde escribió una enérgica protesta; fueron tratados como



prisioneros de guerra los soldados españoles, a quienes se quitó las armas y banderas, y se les enroló en los cuerpos de Alvear; se enviaron a Buenos Aires los jefes, y oficiales, y trofeos; se despojó la plaza de todo elemento bélico, que fué llevado a Buenos Aires, etc., etc.

Bien es cierto que Alvear nos dice, en sus *Memorias*, que Montevideo se entregó ***absolutamente a discreción;*** pero él mismo conviene en que eso parece inverosímil. «No puedo explicarme, dice, qué objeto condujo a Vigodet, cuando vió sus planes frustrados, a no exigir la ratificación de las proposiciones. Algunos jefes españoles me han asegurado que, en su desesperación, alimentaba la esperanza de que la caballería de Artigas batiría la nuestra, y que, en ese caso, estaba resuelto a unirse a ella con sus fuerzas, aun cuando ese movimiento no le proporcionara otra ventaja que la de ganar las fronteras del Brasil. Sea de ello lo que fuere, es indudable que yo esperaba se me hablara sobre el tenor de esas proposiciones.»

He aquí que el joven Alvear nos coloca en una difícil alternativa: o la desesperación ha transformado a Vigodet, que no era tonto ni cobarde, en un tonto, o el vencedor de Montevideo nos toma por tales a nosotros. Pero nosotros, que, magüer tontos, como dice Sancho, lo somos menos de lo que parece, sabemos a qué atenernos sobre esa *falta de ratificación de las proposiciones.* No; los españoles defensores de Montevideo no obtuvieron los homenajes a que son acreedores los bravos. Eso es bien triste; lo más triste que darse puede. Alvear no habló entonces de la supuesta esperanza de los españoles en el auxilio de Artigas; él comunicó a su gobierno la toma de Montevideo en estos términos: «A esta hora, que son las tres y media

de la tarde, acaba de entregarse *por capitulación* la plaza de Montevideo al ejército de mi mando». Y en ninguna de sus notas, del 20, del 22 y del 23 de junio, habla una sola palabra de la entrega a discreción.

Pablo Blanco Acevedo, que ha estudiado muy bien este episodio, afirma que el documento original de la capitulación ratificada fué robado a Vigodet por un su oficial infidente, antiguo amigo de Alvear, y entregado a éste; que Alvear, al verse con esa única prueba en la mano, violó lo pactado con su incauto enemigo.

Pero también de esto, como de los combates navales, son las banderas las que más claro nos hablan; y es también Figueroa, el poeta, quien nos transmite sus revelaciones de colores. Los misterios que éste no descifraba en los barcos, van a repetirse en tierra. El día antes de la entrega de la plaza, el 22 de junio, fué ocupada por los sitiadores la fortaleza del *Cerro*, situada frente a la ciudad, bahía por medio; su guarnición española salió ese día con los honores de la guerra, y los nuevos dueños tomaron posesión de aquella altura, «alzando en ella la hispana bandera», dice Figueroa.

Se ejecutaba, pues, el artículo 35, que hemos leído, de la capitulación.

Pero llega el día 23, y Alvear entra en la ciudad conquistada. También entonces, la capitulación comienza a cumplirse; el cuadro de esa entrada triunfal está lleno de tonalidades interesantes: por la puerta del Norte, *Portón de San Pedro*, entra el joven brigadier, a caballo, rodeado de su lucido estado mayor; por la del Sud, *Portón de San Juan*, sale Vigodet, con los honores convenidos, a la cabeza de los restos de la guarnición vencida. La ciudad está silenciosa.



Y he aquí lo que entonces ve y nos cuenta Figueroa:

Ya ocupados los baluartes
Y los militares puestos
Estaban, cuando una salva
Hace retemblar el suelo.
La blanca y azul enseña
Del argentino gobierno
En el Cerro y Fortaleza
Enarbolaron a un tiempo.
Con otra salva, la escuadra
Las saluda, y, antes de eso,
Vimos la hispana bandera
Descender con menosprecio.
Así Alvear, de los tratados
Violando el tenor expreso,
De infracciones más notables
Excita tristes recelos.

No sin mucha causa tales recelos abrigaban los orientales; éstos, los hijos de la tierra conquistada, cuya expulsión no era menos necesaria que la de España para el gobierno de Buenos Aires, no fueron tratados con mayor lealtad; ni ellos, ni su bandera tricolor. No, no fueron tratados como hermanos y amigos, desgraciadamente. Esto es deplorable; lo más penoso que darse puede.

En ausencia de Artigas, que preparaba en el Norte su regreso al sitio con sus nuevos aliados o protegidos, Alvear, como lo dijimos antes, se dirigió por escrito a Otorgués, invitándolo a intervenir en la capitulación, y a recibirse de la ciudad, en nombre de los orientales, sus legítimos dueños. Le protestaba, por lo más sagrado que hay en el cielo y en la tierra, la sinceridad de sus sentimientos. «Mi estimado paisano y

amigo, le dice en nota de 7 de junio de 1814, quince días antes de la capitulación, es decir, cuando, según sus *Memorias*, era hostilizado por Otorgués y lo vencía; mi estimado paisano y amigo, nada me será más lisonjero y satisfactorio que ver la plaza de Montevideo en poder de mis paisanos, y no de los godos, a quienes haré eternamente la guerra.»

«Mándeme dos diputados que vengan a tratar con los de Montevideo.»

«Yo, por mi parte, *me obligo solemnemente a su cumplimiento, protestándole, por lo más sagrado que hay en el cielo y la tierra, de la sinceridad de mis sentimientos.*»

«Crea que la franqueza de mi alma, y la delicadeza de mi honor, no me permiten contraerme a nimiedades. Que vengan luego, luego, los diputados, para concluir esta obra.»

¿A qué tanto juramento, diréis vosotros, mis amigos, a qué tanto juramento, por el cielo y la tierra, y el honor?

Es de advertir que Alvear quería entonces que quien acudiera a su llamado fuera el mismo Artigas; pero leemos en sus *Memorias:* «Artigas no vino, lo cual fué un suceso feliz, porque a él no hubiera sido tan fácil alucinarlo». Otorgués cayó en la trampa, efectivamente, una vez más; se acercó con sus tropas a Alvear; acampó en Las Piedras, dispuesto, sin duda alguna, a entenderse con quien más conviniera a los planes que le conocemos, tan opuestos al pensamiento de Artigas. Alvear se acercó a él con alguna fuerza; lo observó; se sintió débil, y pidió refuerzos, entreteniendo con parlamentos al otro... Y, recibida la nueva infantería, cayó sobre el campo dormido de Otorgués durante la noche y lo hizo pedazos. El



campo quedó sembrado de muertos; el vencedor hizo celebrar grandemente su victoria, la *alucinación* de Otorgués...

Y volvió entonces vencedor a la plaza como si tal cosa. Y trató a la *pérfida ciudad* como ciudad conquistada: se la llevó a Buenos Aires. Se apoderó de cuanto en ella existía; arrebató a los particulares sus armas finas, que destinó a sus oficiales; envió a Buenos Aires ocho mil doscientos fusiles, trescientos treinta y cinco cañones, las cañoneras de la flotilla, y otros elementos de guerra, avaluados en la suma de cinco millones y medio de pesos, de que la oligarquía porteña se juzgó propietaria exclusiva. Hasta la imprenta que existía en Montevideo fué enviada a la capital del virreinato. «Con la adquisición de Montevideo, dice el director Posadas en sus Memorias, nos hicimos de un soberbio armamento de que carecíamos, y de una considerable porción de dinero, que tanto ha contribuído a aumentar los fondos del Estado, pasándose, además, a esta capital muchos pertrechos de guerra, de que estaban llenos aquellos almacenes.» También se resolvió la demolición de las murallas, que fué encomendada a Hollemberg; pero no pudo realizarse. La ciudadela, aunque desmantelada, quedó en pie, esperando la bandera de Artigas.

No procedió Alvear en Montevideo como San Martín en Santiago de Chile o en Lima, por cierto. Se hizo cesar al gobernador intendente de la ciudad, y se envió uno de Buenos Aires, don Nicolás Rodríguez Peña. Éste destituyó a todos los miembros del Cabildo, y los substituyó por otros de su agrado, que nombraron a Alvear *Regidor Perpetuo de Montevideo*. Hasta los porteros fueron reemplazados. Se impusieron contribuciones, exacciones de todo género al

vecindario... ¿Con qué se defenderán ahora Montevideo y la Banda Oriental, en caso de ser atacados por el extranjero?

¡Oh! Ya los defenderá Alvear, o los que triunfen en Buenos Aires (porque Alvear durará allí muy poco), si juzgan conveniente defenderlos; si no, allá se la hayan.

Artigas está condenado a muerte por haber juzgado que no debía entregar su ejército y su pueblo a esos hermanos libertadores... No hablemos de eso con demasiada extensión, amigos míos; es en extremo penoso a mi memoria.

II

Vamos a hablar, en cambio, de algo más grato; vamos a ver a Artigas en otra noble actitud.

Ninguna coyuntura más propicia que la actual, para que el español tentara de nuevo al Jefe de los Orientales, en cumplimiento de las órdenes de la Regencia, que conocéis. Entre la conquista bonaerense y la dominación española, entre el tiránico hermano y la vieja madre, ¿no podría Artigas quedarse con ésta?

El virrey de Lima, que no podía sospechar, ni remotamente, lo que había en el alma fuerte del héroe oriental, lo creyó así, e hizo que el general Pezuela, jefe del ejército del Perú, que acaba de triunfar en Vilcapugio y Ayohuma, y pronto triunfará en Sipe-Sipe, le escribiera invitándolo a la unión. Un comisionado, munido de credenciales, entregó a Artigas un oficio que decía: «Los caprichos de un pueblo insensato como el de Buenos Aires han ocasionado

la sangre y desolación de estos Dominios, y las ideas de libertad con que han alucinado a los incautos han sido teorías que han corrompido a algunos fieles vasallos que, arrepentidos de su engaño, se han unido a las tropas del Señor Don Fernando VII, y defienden sus derechos. Las acciones de *Vilcapugio* y *Ayohuma* prueban que no podrían por más tiempo fomentar la guerra; que no tienen leyes ni sistema que puedan realizar sus ideas, y que el descontento de los que por desgracia dependen de la facción de los insurgentes abrevia el naufragio en que se miran. Antes de que se verifique, y a fin de cortar las desgracias consiguientes, cumpliendo con la orden del excelentísimo señor virrey de Lima, aventuro al dador con las correspondientes credenciales para que, hablando con V. S., convengamos en el modo más honroso de nuestra unión, para terminar los males que ha suscitado la facción. Estoy impuesto de que V. S., fiel a su monarca, ha sostenido sus derechos combatiendo contra la facción; por lo mismo cuente V. S. y sus oficiales y tropa con los premios a que se han hecho acreedores, y, por lo pronto, con los auxilios y cuanto pueda necesitar. Para todo, acompaño las instrucciones, a que se servirá contestar.

»Dios guarde a V. S. muchos años. Campamento en Jujuy, a 15 de mayo de 1814. —JOAQUÍN DE LA PEZUELA.— Señor Comandante en Jefe de los Orientales.»

Un poderoso aliado se ofrecía, pues, a Artigas contra el Directorio que lo había condenado a muerte con su pueblo, y que los condenará siempre; contra ese Alvear que ha arriado su bandera tricolor, y usurpado a los orientales su capital; estaba, cuando menos, en situación de iniciar, directamente con España, las

negociaciones que Buenos Aires ansiaba realizar para coronar un príncipe en el Plata, como solución de la revolución de Mayo. Él, con los pueblos que le obedecían, y no Buenos Aires, hubiera podido llegar a esa solución, que lo hubiera elevado al primer rango, sin excluir el de virrey que quería Bolívar.

Porque, si de las gestiones de Buenos Aires pasamos a estudiar las que se hacían en toda América, amigos míos, en toda América, y por todos los libertadores, en los momentos de desaliento o de ambición, entonces la actitud de Artigas, que habéis visto, y vais a ver, os produciría un asombro mayor. Que me baste con haceros saber que Bolívar, en este año en que estamos de 1814 precisamente, se compromete a desarmar a sus tenientes, si se obtiene para él el nombramiento de virrey. Nos lo dice y documenta Carlos A. Villanueva, apologista apasionado del glorioso Libertador. Y ya sabéis que Bolívar es el astro de órbita más cercana a la de Artigas... ¡Qué lejos están, sin embargo! Artigas no quería ser virrey, estad seguros. Cabe aquí, como dato pintoresco, la carta que, desde Londres, dirige entonces Sarratea a Posadas, el Director: «Me consta, le dice, que el rey manda cruces y condecoraciones *al modesto ciudadano Artigas*. Dicen que él ha recibido las condecoraciones del rey Fernando; por ese medio quieren sobornarlo.» El dato es más que pintoresco; es precioso para nuestro estudio de caracteres. Aquella gente que, mirando su propio interior, juzga a Artigas sobornable por medio de condecoraciones, es la misma que, por otra parte, lo denuncia como montaraz o selvático. ¡Artigas condecorado por el rey! Sería curioso de ver. No; ese hombre no es ni un montaraz ni un virrey; es una cosa muy distinta, que aquellos

sus enemigos no podían sospechar, como no sospecha el hombre falto de un sentido lo que a éste se refiere en el mundo exterior; era una cosa muy distinta.

¡Oh, si se piensa en lo que hubiera sucedido si Artigas hubiese aceptado esa alianza que le ofrece reiteradamente España, la de este momento, sobre todo: entre Ayohuma y Sipe-Sipe! Si uno se imagina al caudillo oriental, y su enorme prestigio en el Plata, puestos al servicio de la causa colonial, entonces parece que cobra mayor relieve su figura incorruptible de libertador republicano. Recordaréis lo que decía al respecto el mariscal español don Gregorio Laguna: «Con la ayuda de Artigas se conseguirá la destrucción de todos los rebeldes de aquel hemisferio».

Yo os pido que meditéis un poco, amigos artistas, sobre lo que pasaba en el alma de ese hombre de carne y hueso, en esta ocasión, y en todas las otras, que son muchas, en que se le presentaba la tentación. Advertid bien todo el carácter que ha sido necesario en él para rechazarla, y para no traicionar jamás, ni aun en las circunstancias más difíciles, la causa de América. Pensad en eso. Artigas no confunde el Directorio de Buenos Aires con el pueblo argentino occidental; éste es su aliado, su *único aliado* contra aquél; es más que su aliado, mucho más: es el gran cuerpo en que debe infundir su espíritu. No bien se presenta ante el fuerte caudillo la seducción extraña, su visión interna se le aparece y lo mira intensamente. No, Artigas, a pesar de su difícil situación, no vaciló ante las proposiciones de Pezuela. Ved su memorable contestación, escrita, notémoslo bien, en julio de 1814, es decir, un mes después de la capitulación de Montevideo:

«*Han engañado a V. S.*, contestó, *y ofendido mi*



carácter, cuando le han informado que yo defiendo a su rey. Y si las desavenencias domésticas han lisonjeado el deseo de los que claman por restablecer el dominio español en estos países con teorías, para alimentar sus deseos, la sangre y la desolación de América han sido causadas por la ambición española con derecho supuesto. Esta cuestión la decidirán las armas. Yo no soy vendible, ni quiero más premio por mi empeño que ver libre mi Nación del poderío español; y cuando mis días terminen al estruendo del cañón, dejarán mis brazos la espada que empuñaron para defender la Patria. Vuelve el enviado de V. S., prevenido de no cometer otro atentado como el que ha perpetrado con su visita. — Campamento y julio 28 de 1814.

José Artigas.»

Fuerza es detenernos, amigos, pues no es posible pasar adelante, ante esa dura contestación de Artigas al virrey. No creo que tenga yo nada de más importante que deciros, sobre ese hombre singular, que lo que ella nos sugiere.

Convengamos en que ese odio profundo al poderío español no es rasgo característico de Artigas: lo es común a todos los obreros libertadores de América. Pero ese sentimiento tuvo en aquél un significado sociológico que lo diferencia y engrandece.

Artigas es el enemigo «del poderío español»; pero no lo es de la casta española; él es, por el contrario, *el hombre de la raza, el hispanoamericano por excelencia.*

«Con los porteños podré entenderme, dijo una vez; con los españoles, no.» Pero también dijo en otra ocasión, que conocemos: «Nuestros opresores, no por su nación, sólo por serlo, deben ser objeto de nuestro odio.»

Hemos recordado los trabajos del general Miranda, insigne venezolano, mariscal de Bonaparte, y sus planes de entrega de la América española a la Gran Bretaña; Bolívar, compañero de Miranda en Londres, piensa, como sabéis, en una monarquía americana bajo el protectorado de Inglaterra; Alvear... ¡oh! Alvear llega hasta la entrega sin condiciones de estas tierras, con sus hombres correspondientes, al dominio del rey británico; Pueyrredón buscará, como supremo honor, un Orleans, un señor francés, como hijo que se decía de la patria de Enrique IV; los otros, un Braganza, un príncipe portugués... Hombres exóticos; todos exóticos.

Artigas es la antítesis de todo eso; él es... ¿el bárbaro queréis llamarle? Pues sea: el bárbaro, el americano, *el héroe criollo*. Y un criollo, como sabéis, si no es un indio o un mestizo, es lo que Artigas: un renuevo, en América, de pura cepa española.

Si es bueno o es malo que una parte siquiera del mundo de Colón haya permanecido como rama viva de la fuerte raza que lo descubrió, discútalo quien quiera. Yo de mí sé decir que me siento contento, y mucho más que contento, de mi buena sangre española, «sin mezcla de moro ni judío», como antes se decía; tan contento como lo estaba Artigas de la suya. También lo estoy de esta preciosa lengua en que os estoy hablando, amigos míos, eólico y divino instrumento de mi música interior.

La humanidad está bien convencida, me parece, de que la América española, para llenar su recóndito destino en la universal armonía, debía ser española por los siglos. Para ser de la civilización, tenía que ser primeramente de sí misma. Era ley de gloria y de justicia, que nadie con más alegría que el americano

debe escuchar en el eterno concierto de los orbes: la persistencia de la gente hispánica, su crecimiento y su gloria; la triunfante difusión de la lengua de Cervantes.

Ahora bien; se buscará en vano, en esta América, un agente más excelso que nuestro Artigas de aquella divina ley; el porvenir se encontrará siempre con ese enorme significado de su figura histórica, y el héroe de la Patria lo será también de la Raza, de la Lengua españolas; él no habló otra, a no ser el *guaramí* o *tupí*, la lengua americana.

Si la naturaleza de estas mis elementales lecciones de sociología nos lo hubiera permitido, amigos míos, yo os hubiera hablado largamente de las *Cortes de Cádiz*, de la memorable asamblea que, durante el cautiverio del rey Fernando, de 1808 a 1813, formó el pueblo español, al par que se inmolaba a su independencia, para conservar su vida orgánica renovándola. En aquellas *Cortes de Cádiz* se proclamaron nuevos principios, y, entre los fuegos mortales de los cañones franceses del emperador, se sancionó la Constitución de 1812, tipo de muchas otras, sobre todo americanas. Pero allí se persiguió, también, un altísimo ideal vagamente entrevisto, con relación a nuestra América: el de conjurar el peligro de su desprendimiento, incorporando a la asamblea gaditana sus representantes, proclamándola parte integrante y esencial de la nación española indivisible, y reconociendo como ciudadanos españoles a los nativos de este continente.

Aquellas Cortes, entre otros errores, incurrieron, sin embargo, en el gravísimo, pero muy explicable entonces, de identificar la unidad de la nación o de la estirpe hispánicas con la de la monarquía españo-

la; lo permanente con lo accidental y transitorio.

No veían aquellos hombres esclarecidos y bien intencionados que la unión política de América con España no podía realizarse sin arrancar a España de la Europa, monárquica en aquel momento. La Europa coaligada, una vez repuesto el rey español, tenía que reponer necesariamente a los americanos en su calidad de colonos, como a los españoles en la suya de súbditos del monarca absoluto. No había, pues, sino un medio de no restaurar el coloniaje: no restaurar el rey en América. Sólo así podía realizarse el nobilísimo pensamiento esencial de las Cortes de Cádiz, con respecto al Nuevo Mundo: separándolo políticamente de España, para separarlo de Europa; poniéndolo lo más lejos posible de la Santa Alianza, que no era española, por cierto, sino todo lo contrario, para que no dejase de ser hispánico.

Eso fué, si bien se mira, nuestra continental revolución: la España de América que rompe heroicamente con la España de Europa, no porque es España, sino porque es Europa, es decir, miembro inseparable, y secundario entonces, del organismo viejo; no para cambiar de linaje ni de lengua, sino para salvarlos en la libertad y para la libertad, y aun para la estirpe. Eso fué la revolución de Mayo, y eso fué Artigas en ella.

Los que en América recurrían, pues, a la Santa Alianza, en busca de independencia, eran simples miembros de las Cortes españolas de Cádiz, aunque sin el sentimiento de la raza; no miraban dentro de sí mismos, porque allí dentro no había nada; todo en ellos era aprendido. No eran héroes.

Artigas es todo lo contrario: todo cuanto veía lo veía dentro de su conciencia iluminada, en sus pro-



pias honduras psíquicas, atávicas, si queréis, como hoy suele decirse con fatigosa frecuencia; él era un español antieuropeo, es decir, el continuador, en el Nuevo Mundo, de la misión de una robusta permanente estirpe.

Ese rey a quien tan duramente se dirige Artigas en la nota que nos ha sugerido todo esto, podía serlo de la España política, de la de Pezuela, de la del virrey; pero no de la raza española. «Han engañado a V. S., cuando le han dicho que yo defiendo *a su rey.*» Si os parece, amigos artistas, escribiremos en durísimo mármol esa frase; el mármol se sentirá tan blando como la cera a su lado. Y mucho menos perdurable. Para pronunciarla, el héroe no ha necesitado salir de las tradiciones de su linaje; es la reproducción, en la América española, de la voz de romancero en que hablaban las viejas Cortes de Cataluña y de Aragón, al recibir el juramento de sus reyes: «Nosotros, que valemos tanto como vos, e juntos valemos mas que vos, os facemos nuestro rey y señor, con tal que guardeis nuestros fueros e libertades. *E si non, non*».

No diré yo, amigos míos, que ese hondo sentimiento de amor a la raza, que cada día se vigoriza más en el mundo americano, fuera abrigado sólo por el libertador oriental; pero sí podemos afirmar, sin temor de aventurarnos en lo más mínimo, lo que antes afirmamos: que él es su más alta y genuina encarnación.

Artigas rechaza duramente, como un delito, la alianza con el rey de España contra sus hermanos americanos, en los mismos momentos en que éstos ponen a precio su cabeza; jamás recurrirá al enemigo exterior para combatir a los interiores. Para esto, para luchar con el Directorio de Buenos Aires, él tie-



ne sus aliados en los propios hermanos occidentales, que lo llaman; en los que, como él, aunque con menos intensidad, ven en la pérdida de la propia autonomía el fracaso de la revolución de Mayo, y hasta el peligro de la grande estirpe predestinada.

Y por eso y para eso, para recurrir a esos aliados en defensa del destino de América, abandonó Artigas la línea sitiadora de Montevideo; por eso se ha erigido en guía y protector de todos ellos.

Llega, pues, con este motivo, amigos míos, la ocasión, que os anuncié, de hablaros algo más de ese punto: de a dónde iba y de lo que llevaba en aquella su fortísima cabeza caucásica, cuando se separó del segundo sitio de Montevideo, el 20 de enero de 1814.

No lo hizo, como lo habéis visto, para defender al rey, ni, como lo habéis presumido, para quedarse con los brazos cruzados; mucho menos para desistir de la toma de su capital. Tampoco ha dado ese paso sin tener previstas y preparadas sus consecuencias.

Hemos conocido ya bastante sus planes y propósitos, al verlo erigirse en inspirador, protector y representante de las provincias argentinas e iniciar sus negociaciones en pro de la común independencia, después de sus triunfos militares sobre la oligarquía; pero os dije entonces que la protección y apoyo de Artigas a los estados argentinos reclamaba especial estudio en lo referente al Paraguay. Allí, efectivamente, parece ofrecérsenos, con mayor claridad, si cabe, que en los demás estados, el pensamiento del héroe en toda su extensión.

Desde el principio os hice notar cómo esa provincia o estado mediterráneo, con su histórica ciudad de la ***Asunción*** por cabeza, tenía caracteres propios, que



hacían de él un núcleo sociológico de vida; fué el primero de la colonización española y el de mayor resonancia en aquella época. El Paraguay, cuya historia, análoga e inseparable de la nuestra, os he hecho conocer por eso con tanto empeño, era, en el vasto plan de Artigas, el primer aliado de la Banda Oriental, el vértice superior de su proyecto; la ciudad de la Asunción, a falta de Montevideo, era en aquel plan la capital histórica que contrapesaba la influencia de Buenos Aires. Recordemos sus comunicaciones al gobierno paraguayo, aquella nota, sobre todo, del 7 de diciembre de 1811, tan aclamada por el pueblo de la Asunción; las protestas de afecto de que éste era objeto en el *Ayuí;* la difusión, en aquel país, de las *Instrucciones de 1813,* que descubrimos en los archivos de aquella ciudad, precisamente, en copia refrendada por el mismo Artigas; la correspondencia, por fin, mantenida por Artigas con aquel gobierno desde la línea del segundo sitio de Montevideo.

No cabe duda de que el Jefe de los Orientales, en el momento en que nos encontramos, era, en el Paraguay, tanto o más que en las otras provincias argentinas, el hombre que se esperaba; pero con una diferencia: allí no predominaban, como en las otras provincias o estados, los caudillos populares; en la Asunción, como en Buenos Aires, aunque bajo otra forma, estaba también alojado el demonio que vió el director Posadas en la casa de gobierno, el diablo polimorfo; la Logia de Buenos Aires tenía, en el Paraguay, la cara de un hombre-logia, lo que se llama logia, cerrado, tenebroso: es claro que hablo de don Gaspar Rodríguez de Francia o França, que, hasta este momento en que nos encontramos, ha compartido con otros aparentemente el gobierno de aquel

estado, y hecho a Artigas las manifestaciones más apasionadas de adhesión y de altiva solidaridad; lo ha llamado su aliado, el defensor heroico del derecho de todos, etc., etc.; pero incuba otra cosa en su noche espiritual.

Artigas, sin embargo, era el verdadero dueño del alma paraguaya; su prestigio estaba sólidamente afianzado en aquella tierra; la juventud militar, encabezada por los soldados primeros de la independencia, compañeros de armas de Artigas algunos de ellos, pronunciaba el nombre del Jefe de los Orientales como un símbolo; se veía en él algo propio, tan paraguayo como oriental o argentino.

Artigas, desde la línea sitiadora de Montevideo, ha estado en asidua relación escrita con el gobierno aparentemente colegiado de la Asunción; hoy seguimos esa su correspondencia en los archivos, y una grande claridad parece brotar de ellos, al advertir que toda relación oficial se interrumpe bruscamente, y para siempre, el 26 de agosto de 1813, fecha de la última nota de Artigas. Es precisamente cuando, acabados los *consulados* o *triunviratos* o gobiernos colegiados, empieza la realidad: la tiranía de don Gaspar Rodríguez de Francia. Éste ya no contesta a Artigas; se calla; cultiva, en cambio, relaciones políticas con Alvear.

Pero, además de su correspondencia oficial, Artigas ha mantenido una muy asidua con los agentes inmediatos de su plan. Eran éstos dos jefes paraguayos, principalmente, Vicente Antonio Matianda, comandante de la Candelaria en la frontera del Sur, y Antonio Tomás Yegros, actor bizarro en Tacuary, jefe de las fuerzas que sostuvieron la primera Junta, y caudillo genuino de aquel pueblo. Este Yegros, que no



debe confundirse con Fulgencio, que está al lado de Francia, residía en las Misiones.

La Junta de Buenos Aires, que insistía en juzgarse la suprema autoridad de todos los pueblos, tiene también por allí su representante: lo es el comandante Planes, de quien ya hemos hablado, que reside en Yapeyú, río por medio de Candelaria.

Planes se da cuenta de lo que pasa, como no puede menos, y, en nota de diciembre de 1813, denuncia a sus superiores los ya claros propósitos de Yegros y Matianda, bajo la dirección de Artigas. Éste se ha retirado, por fin, del sitio de Montevideo, y, junto con la orden dada a Otorgués para que rechace la invasión de Hollemberg en Entrerríos, envía, sin pérdida de momento, la palabra de orden a sus fieles del Paraguay, que la esperan. El 26 de enero de 1814 dirige a Matianda esta nota, que acabo de recibir para vosotros del amable historiógrafo paraguayo Fulgencio Moreno, a quien debemos agradecer tan preciado obsequio:

«Señor D. Vicente Antonio Matianda.

»Mi muy estimado paisano y amigo:

»Ya llegó el caso. Active Vd. por su parte el momento de formalizar nuestra unión. Mis operaciones han empezado ya. A esta fecha tengo una parte de mis fuerzas atacando a Quintana, en el *Arroyo de la China*. Yo me hallo en las inmediaciones de *Tacuarembó Chico*, por levantar mi campamento, y marchar con él a destruir a Planes; pero como la prontitud es tan de primera necesidad en el todo, yo desearía que esa sabia República se encargase de ello, para yo entregarme al resto. Al Excelentísimo Sr. D. Fulgencio Yegros me dirijo oficialmente sobre el asunto, solicitando, al mismo tiempo, la venida de un diputado



para concluir nuestro negocio. Influya Vd., mi querido amigo, en la prontitud. Mire Vd. que los momentos son muy preciosos. *Yo he dejado las demás divisiones en el sitio, para después concentrar allí todas mis fuerzas, imponer con ellas a los auxiliadores y proporcionarnos todas las ventajas posibles sobre Montevideo, según el sistema en que al efecto nos pongamos de acuerdo con esa sabia República.* Para el todo de las operaciones es de mucha necesidad proveer a la seguridad del Paraná. Influya Vd. sobre ella, y acabemos de una vez una obra que tan mutuamente nos dictan nuestros deseos. Dispense Vd. el papel, la tinta... y todo; en campaña no hay más. Mis consideraciones hacia Vd. son las más afectuosas, y con ellas queda su siempre amigo,

JOSÉ ARTIGAS.»

En ese papel, tan lleno de carácter, podéis ver la actividad fulgurante de aquel hombre, con la que procura subsanar su retardo en retirarse, como debió, del sitio de Montevideo; percibiréis su pensamiento; pero también habréis advertido quizá su error. En algunos días, casi en algunas horas, Artigas ha volado, como un halcón, de Montevideo a Tacuarembó, donde ya está por levantar campamento; desde Tacuarembó, con otra parte de sus fuerzas, opera ya en Entrerríos, donde Otorgués ha tomado prisionero a Hollemberg; su espíritu salta al Paraguay, al Paraná, a las Misiones... Quiere regresar cuanto antes, con sus nuevos auxiliares, al asalto de Montevideo, a ganar de mano a los porteños en la posesión de la plaza que ha expugnado, de la ciudad oriental... Pero, para entenderse con el Paraguay, se dirige al «Excelentísimo don Fulgencio Yegros». Ahí está su error. ¿No habrá visto Artigas al otro, al de mirada felina,

que está al lado de Yegros? ¿No ha entendido su significado, sobre todo? Pues allí no hay más *excelencia* que esa.

En cuanto al pensamiento del héroe, vamos a verlo en toda su amplitud; es éste el momento oportuno. Completemos, para ello, la anterior lectura, con la de la nota siguiente, que me llega del mismo origen. Es la que Matianda dirige a los cónsules paraguayos, al remitirles la de Artigas. Y dice:

«La generosa invitación que hace este gran patriota para realizar una razonable unión con nuestra República, me parece muy favorable para la seguridad exterior; ahora resta que V. E. resuelva sabiamente lo más conveniente en tales circunstancias: *con algo más de energía y actividad, podemos hacernos de armamentos, y avanzar nuestros límites hasta donde nos haga cuenta*. Todo se puede conseguir sin mayor costo ni peligro.»

Penetremos en eso, amigos míos, en el ideal cultivado por Artigas en el espíritu paraguayo, y nos hallaremos en presencia de su idea. Artigas ha visto, en esta parte de América, los tres núcleos hispánicos de vida autónoma que, pese a los obstáculos opuestos por el hombre a la Naturaleza, han logrado prevalecer: el *meridional atlántico*, su patria; el *septentrional mediterráneo*, la patria paraguaya, y el *occidental andino*, el de sangre de volcanes, patria de los argentinos.

Pensad bien en lo que eso significa, amigos míos; advertid que, en el pensamiento de Artigas, el territorio oriental se extendía, hacia el Norte, hasta las Misiones del Uruguay, mientras que el Paraguay llevaría su frontera septentrional hasta la divisoria entre las posesiones españolas y las portuguesas, conser-



vando el río Paraná como límite meridional. Las Misiones occidentales, entre los ríos Paraná y Uruguay, formaban parte del *Continente de Entrerríos*. Quedaba así cerrado el circuito, digámoslo así, de la hispánica frontera con Portugal. Artigas galopaba en su caballo de guerra, desde Montevideo hasta la Asunción, sin solución de continuidad, por herencia española, por patrimonio platense. El casco de ese su caballo marcaba la senda de salida del Paraguay hasta el Atlántico... acaso la de Bolivia... ¿Qué sé yo?

Pensad, amigos, en lo que eran esas *tres entidades sociológicas* entrevistas por aquel agente heroico de la naturaleza y de las providenciales leyes. Eran tres naciones fuertes, compactas, en glorioso equilibrio; tres hermanas legitimarias a igual título, con igual derecho a ser fuertes y felices, sin celos y sin envidias.

Entrad en vosotros mismos, pues estáis obligados a hacer de bronce las entrañas del héroe, y no sólo su piel visible; suponed a Buenos Aires, reducido a la realidad de las cosas; substituída su malhadada corona virreinal apoyada en la Santa Alianza de los reyes europeos, por la de hierro del nuevo soberano; reconocido Artigas, si no como el profeta de la nueva ley, como el representante siquiera de ese ingénito anhelo de los pueblos platenses.

Substituid la influencia de Artigas a la de Francia en el Paraguay. Este pueblo hubiera vivido desde entonces... ¿Que lo hubiera hecho mal? —¡Oh, mal, sin duda alguna! Tan mal como todo recién nacido de la madre Libertad; como nosotros, los orientales, hijos de la turbulenta diosa; como nuestros hermanos gemelos, los argentinos, concebidos y paridos en la misma noche de tormenta. Lo hubiera lactado, es cierto, la otra furiosa divinidad de cabellera de serpientes, que roe las

entrañas de sus hijos; pero hubiera vivido la propia vida. El precioso caudal de su heroísmo hubiera entonces enriquecido su sangre, ensanchado sus fronteras y contribuído a dilatar las nuestras, las del patrimonio hispánico. Y después, oh, después... sería necesario, para conocer lo de después, que dejáramos la antigua historia y entráramos en la contemporánea. Después, amigos míos, se hubiera evitado el holocausto del hermano heroico, sacrificado a los implacables genios de la vida intrahistórica.

No fué el espíritu de Artigas, ciertamente, quien presidió tal holocausto a los malvados dioses tenebrosos.

En fin... no hablemos de eso. No pudo ser; el profeta fué lapidado; su plan quedó incompleto. Son sus vestigios los que quedan en nuestra América, amigos artistas, como los restos de un continente sumergido.

....

El pensamiento de aquel vidente comenzó a ejecutarse, sin embargo; los caudillos paraguayos, sin esperar las órdenes de la Asunción, invadieron, según las instrucciones de Artigas, el territorio dependiente de Buenos Aires y removieron sus autoridades. El comandante Matianda, con fuerzas paraguayas y orientales, a las órdenes éstas de Blas Basualdo, destrozó a Planes en el pueblo de la Cruz, y se disponía a encaminarse a Corrientes, para marchar sin demora sobre el español de Montevideo a las órdenes de Artigas, cuando sintió en la espalda la zarpa de Francia que lo detuvo bruscamente. El consulado, ya dominado por éste, le ordenó suspender toda operación bélica; poco después se le exoneraba del cargo. Yegros, como todos los demás, fué también tragado por la sombra.

Francia ya no quería nada de común con Artigas;

comenzaba su tiranía, y Artigas tenía que ser para él, lo mismo que para la oligarquía de Buenos Aires, un genio infernal. El Dictador Supremo paraguayo dispuso que el Paraguay guardaría *neutralidad* (esa es su palabra) en la lucha entre Buenos Aires y Artigas. También guardará neutralidad en la que empeñará este último con Portugal muy pronto, en defensa de orientales y paraguayos en primer término. Buenos Aires y Rodríguez de Francia coincidirán también entonces: observarán *neutralidad*.

Después de todo esto, el nombre de Artigas quedó vibrante, como el eco de un grito, en el corto crepúsculo que precedió la noche densa del Paraguay; ésta sobrevino, al fin, con su espantoso silencio.

Es muy interesante, y os conviene conocerlo, un proceso que la gentileza de Moreno me remite del archivo de la Asunción; es dato nuevo en la historia. El tal proceso fué levantado en esos momentos, en los comienzos de la tiranía, contra un grupo de personas, Cantero, Galeano, Irrazábal, etc., etc., que, acompañadas de un soldado en servicio activo, recorrían una buena noche las calles de la Asunción, cantando *coplas artiguistas,* al son de la guitarra.

Y pasaban cantando los muy inocentes, según leemos en el proceso:

«Viva el general Artigas
Su tropa bien arreglada...»

La nocturna ronda o serenata fué denunciada, por un estudiante, al oficial de guardia, que no atribuyó al hecho mayor trascendencia. No así el soldado que acompañaba a los trovadores, pues éste dió un buen susto al mísero seminarista delator, a quien corrió, con el sable desenvainado, hasta la puerta del colegio.

Pero he aquí que el suceso llega a noticia de Rodríguez de Francia, y la cosa se pone seria. ¡Coplas artiguistas! ¡Viva el general Artigas! ¿Qué es eso? El dictador meditó en su corazón, y cantores, músicos y acompañantes fueron procesados y llevados a la cárcel.

No es necesario decir, me parece, si el nombre de Artigas volvió o no a ser pronunciado en el vasto Paraguay.

Y allá se queda éste, aislado, en paz perpetua, encerrado para siempre en sus remotas fronteras; su ausencia de la lucha común será irreparable y funesta para todos: para él, para Artigas, para la América española. No serán suyas las Misiones; tampoco de los orientales..., y tampoco, en gran parte, de los argentinos. Allá se ha quedado nuestro aliado del Norte, en su neutralidad. Será el sepulturero de Artigas... Éste le ve hundirse con tristeza; pero, por ahora al menos, tiene que prescindir de él. Se vuelve entonces, sin mirar atrás, hacia los otros pueblos que creen en él, y que también esperan su advenimiento libertador; oye, entre éstos, la voz de Buenos Aires que lo llama, y a Buenos Aires acude, en auxilio de su pueblo.

El desalojo de España, primera empresa para la que Artigas fué en busca de aquellos pueblos, ya no reclama su concurso; esa obra acaba de consumarse con la terminación del sitio de Montevideo que hemos conocido. Artigas y Rondeau, que lo iniciaron y sostuvieron, han estado lejos en la hora del triunfo. El vencedor de *Las Piedras* se retiró de la línea sitiadora; el del *Cerrito* fué retirado de ella. Y vaya lo uno por lo otro; son dos retiros con significado propio.

Pero, como también lo hemos dicho y visto, ni los



orientales podían considerarse independientes y dueños de su tierra por el hecho de serlo Alvear de Montevideo, ni los pueblos argentinos se juzgaban libres, con sólo ver substituído Buenos Aires a España en el dominio del Plata. Ese fenómeno es muy claro, y sólo los majaderos pueden creer que el problema que él nos plantea queda resuelto con decir que eso no era sino anarquía. «Un mundo no puede ser rebelde», decía el canciller inglés para justificar la independencia de América, calificada también de rebeldía bárbara por los reyes. Un pueblo entero, digamos nosotros, no puede proceder con esa unanimidad contra la comuna de Buenos Aires, por sólo instinto salvaje. Es más honroso, cuando menos, dar más noble origen a ese sentimiento germinal de nuestros pueblos.

El Paraguay, por las causas complejas que hemos analizado, tuvo que someterse a su tirano personal, y casi morir en sus brazos; pero las otras provincias argentinas, el pueblo argentino, para honra y gloria propias y de América, no se resignaron a la tiranía colectiva que parecía tocarles en suerte, más dura acaso, y más arrogante, que la colonial. No era mayor, efectivamente, el menosprecio de España hacia los *insurgentes* americanos, que el de Buenos Aires, en aquella época, hacia los *caudillos* provinciales que llamaba la anarquía.

Aquellos pueblos, alzados instintivamente, buscaron entonces una cabeza articulada que pensara en ellos. Y, sin una sola vacilación, la vieron y aclamaron en Artigas. No fué aquello una elección; fué un hecho.

Imposible dejar de convenir en que ese fenómeno del protectorado de Artigas sobre toda aquella enorme y compleja región, incluído en ella el mismo pueblo

del estado de Buenos Aires, invita a la meditación. *Artiguismo* ha sido llamado el tal fenómeno; *veneno artiguista*, por algún áulico escritor, la causa que lo produjo.

¿En qué glándula tenía guardada su ponzoña sutil ese crótalo que apacienta pueblos y los lleva a la victoria? ¿Qué había en aquel hombre solo, para constituir la mole central de tan vasto sistema planetario, en que brillaban, sin embargo, satélites de masa considerable?

La contestación de Artigas a Pezuela, «han engañado a V. S. y traicionado mi carácter», que nos ha hecho detener en estas consideraciones, puede darnos la clave, o mucho me equivoco: allí había lo que levanta a los hombres al nivel de los astros: una verdad clara y una voluntad fuerte; un pensamiento y un carácter, *un carácter* sobre todo.

Examinemos, pues, amigos artistas, ese fenómeno que la historia americana ofrece al estudio de la sociología moderna: el pensamiento y el carácter de este hombre clásico de nuestra América, cuya ausencia, como lo veremos, fué acaso la verdadera causa de la anarquía y de la tiranía engendrada por ella. Es un fenómeno clásico de la historia universal.

III

¡Pensamiento!... ¡Carácter!... Son los dos polos, efectivamente, de las atracciones y repulsiones creadoras que hacen al héroe. En el hombre plenamente fuerte, la evidencia es acción, y la acción es evidencia, es decir, eficacia, obra permanente; porque, como dice Emerson, es privilegio de la verdad el ser creída. El carác-

ter se transforma en pensamiento; el pensamiento forma y da vigor al carácter; fuerza y materia. Hay caracteres complejos, múltiples, hasta contradictorios muchas veces; no es posible predecir en ellos la conducta. Los hay, en cambio, que son todo simplicidad y transparencia. El de Artigas es de estos últimos, como los de las simplicísimas epopeyas homéricas. Artigas es una idea elemental, primordial, hecha visible en un cuerpo y convertida en fuerza anímica; tiene algo, me parece, de la belleza arquitectónica griega, la construcción humana instintiva, la choza divinizada en el mármol, en que la resistencia es armonía, y la armonía resistencia. Dada una situación, podemos asegurar la conducta de ese hombre, y hasta sus palabras, como, conocido el módulo o el diámetro de la columna, vemos la silueta del monumento helénico.

Estamos, pues, en presencia de un *primitivo,* valga la palabra consagrada. Un primitivo es, no sólo en arte, sino en todo, la obra directa de la naturaleza inmortal, que *renace* o reaparece constantemente, después de las *decadencias*, determinadas siempre por las imitaciones o artificios. Eso es lo que hemos visto y veremos siempre en este Artigas: la idea democrática recién salida del instinto popular, en lucha con esa misma idea en decadencia, bastardeada por la decoración suntuosa, aniquilada por lo exótico.

Cómo y de qué elementos se formaron, en ese hombre extraordinario, el pensamiento y el carácter que estudiamos, es un problema que me parece insoluble. Los que han pretendido resolverlo han dicho más de una majadería. Hay quienes han visto en Artigas un ignorante, un analfabeto; los otros se han empeñado en presentarlo con suficiente ilustración y preparación

intelectual para haber concebido metódicamente una doctrina política, un plan empírico de acción y organización, y lo miden con el cartabón leguleyo, y lo aplauden o condenan según el Código. Éstos se esfuerzan por averiguar qué libros pudo haber leído; buscan, por ejemplo, cómo y por dónde conoció la Constitución de los Estados Unidos, para escribir sus *Instrucciones*. ¡Libros! «Lo que se sabe mejor, dice Chamfort, que leo citado por Morley, es: primero, lo que se ha adivinado; segundo, lo que se ha aprendido por la experiencia de los hombres y de las cosas; tercero, lo que se ha aprendido, no en libros, sino por libros, es decir, por las reflexiones que ellos nos hacen hacer; cuarto—y es el grado más bajo de conocimiento,—lo que se ha aprendido en los libros o con maestros.»

Es mucha verdad, me parece. En toda cabeza humana, si ya no es la de un tonto, siempre hay algo propio: experiencia de los hombres y las cosas, y también algo de adivinación. En el Genio predomina, domina, mejor dicho, esta última, la adivinación; ella despierta, con o sin el vestigio de la experiencia, o del libro, o de la palabra ajena, cuando llega el momento de obrar; la mayor parte de los hombres *recuerda;* el Genio *ve.*

Las formas, en los documentos de Artigas que leemos, son accidentales, diferentes; pueden distinguirse muy bien las del secretario A o B, y también las originales suyas; pero, al través de todas ellas, se ve siempre la substancia, el pensamiento invariable, el espíritu, el carácter de quien lo inspira todo.

No ha faltado, por fin, antes ha sobrado, quien sólo ha visto en el héroe oriental un ambicioso, un impostor sin conciencia, y sin más móvil que el ape-

tito salvaje, o poco menos, de predominio personal. Eso no pasa de una simpleza o majadería.

¡La ambición! Jamás tendré por hombre medianamente discreto al que no sepa distinguir entre el simple deleite de ser más que los demás, y que, siendo relativo, es ruin e infecundo, y la tendencia imperiosa a desenvolverse según la magnitud de las dotes que el ser humano siente en su propia naturaleza, aunque esas dotes sean superiores a las de los otros hombres. Si no es esta última la misión que tiene sobre la tierra el ser inteligente, ¿cuál es entonces?

Y eso, el anhelo de llenar la propia misión en el mundo, no es raquítico, sino muy grande; es la suma de los deberes del hombre. El deleite que ello proporciona no es sensual; es todo lo contrario del sensualismo.

Atribuir ambición a Bolívar, pongo por caso, que quiere ser virrey, y muere soñando en la restauración de su poder, y creyendo que, porque no lo restaura, la independencia de América es un mito, puede explicarse; pero suponerla en este Artigas, a quien habéis visto rechazar todos los halagos, y vais a ver morir, como un anacoreta, en un destierro voluntario, pobre, desdeñoso de toda gloria y de todo bienestar, pero seguro de que su obra no ha sido vana porque en él hay *otro yo*, firme en su fe y en su esperanza, y en el amor a su primera visión profética, eso me parece, cuando menos, os lo repito, una grandísima simpleza.

Descartado, pues, por innocuo, ese cargo de ambición atribuída a Artigas, ¿dónde encontraremos el gran motor de su vida?

Si no nos es fácil analizar, para hallar sus elementos componentes, el pensamiento y la creencia de un hombre vulgar, ni aun nuestro propio pensamiento,

¿cómo pretender hacerlo con los del hombre superior?

Tanto valdría querer averiguar los átomos de la tierra de que parten todos y cada uno de los elementos que forman la nube en que el vapor terrestre se condensa, y que vuelve a caer en forma de lluvia; cuáles las flores en que bebió la abeja el azúcar de que formó su miel, y cuáles las substancias impalpables que formaron el perfume de la flor, que es como el armonioso pensamiento del árbol. Para Carlyle, la creencia no es otra cosa que el ejercicio saludable, la acción vigorosa de la inteligencia humana; para llegar a creer se sigue un procedimiento misterioso, indescriptible, según él. Se nos ha dado inteligencia, dice, no para que cavilemos y argumentemos solamente, sino para que veamos y estudiemos las cosas, con el fin de obtener algunos conocimientos precisos sobre las mismas, de manera que podamos desde luego comenzar a obrar, con el asentimiento de nuestra conciencia.

Yo juzgo, mis amigos, que, en la creencia, aun en lo relativo al orden puramente natural, hay algo más que la acción vigorosa de nuestra inteligencia, bien que ésta sea el único medio de conocimiento. Es preciso creer en la existencia de la inspiración intuitiva, de ese dios interior de que tanto hemos hablado. «Haz un sitio para el misterio, dice el misterioso Amiel; no te ares entero con la reja del examen, sino deja en tu corazón un pequeño ángulo en barbecho, para las simientes que aportan los vientos; roba un rinconcito sombrío para las aves del cielo que pasen; ten en tu alma un lugar para el huésped que no esperas, y un altar para el dios desconocido.»

Si Artigas creyó, con incomparablemente mayor energía que todos los próceres de la independencia, en



el poder eficiente de este caótico pueblo americano para formar una nación; si él vió con intensidad lo que los demás no vieron, y amó con pasión lo que éstos odiaron, y ordenó lo que todos querían destruir, no fué sólo porque caviló y argumentó; los demás habían cavilado tanto o más que él. Fué porque vió la aparición que brotó en su alma, de la simiente que cayó en ella desde el viento que vive entre las nubes la patria democrática. Y los componentes de esa visión, y el proceso seguido para arraigar y crecer en la conciencia, son realmente, como dice el inglés, misteriosos, indescriptibles.

Yo os he indicado antes algunas de las causas sociológicas por las cuales parece natural que fuera en Montevideo, y no en Buenos Aires, donde naciera el hombre con la visión de la independencia americana; pero no es necesario que analicemos demasiado el fenómeno, para dar fe de su existencia. El hecho es que el hombre predestinado apareció en Montevideo, la ciudad desheredada. Artigas *había visto;* había visto, con sus propios ojos, que la dominación de Europa en América significaba, y tenía siempre que significar, la depresión del americano, y que eso *no tenía más remedio que la independencia plena, inmediata;* la substitución del rey por el pueblo; que era preciso reconocer a éste, al pueblo, respetarlo, pese a sus defectos. La experiencia de los hombres y las cosas despertó en él la adivinación de que habla Chamfort. Él se sintió poseído de esa idea; pero no se creyó su solo profeta. Esperó a que éste surgiera, para acatar en él la verdad, la realidad. Lo esperó hasta el fin. «Yo acataré a un negro, dirá en una ocasión, con tal de que ese negro sea la verdad.» Lo esperó en vano; hubo de convencerse de que ese

hombre era él, y sólo él. No había otro. Y se respetó a sí mismo. Y se resolvió a obrar como una fuerza de la naturaleza. Que el verdadero grande hombre se ignora a sí propio.

Poned la mano, amigos míos, sobre la cabeza de todas las patrias americanas, y sentiréis en todas ellas el calor del pensamiento y del carácter de Artigas. Alguien, no me acuerdo quién, ha dicho que la historia es una mezcla de necesidad y de libertad. Creo que tiene razón. Leo en Emerson: «Hay en la historia menos intención de la que creemos. Imputamos a César o a Napoleón planes profundos y largo tiempo combinados; pero lo mejor de su fuerza estaba en su naturaleza, no en ellos».

Y también se ha dicho, por fin, que los hombres de carácter son la conciencia de la sociedad a que pertenecen. Todo eso es oportuno aquí.

«Han engañado a usía, dice Artigas a Pezuela, y *ofendido mi carácter,* cuando le han dicho «que yo defiendo a su rey.»

¡El carácter! Pensad un poco más en eso, amigos míos: el carácter. Artigas es, sin duda alguna, el de la personalidad americana, formado por las influencias complejas del medio ambiente sobre una voluntad de energía extraordinaria.

Si lo observamos bien, el carácter es un llamamiento o vocación; no es otra cosa que la manera constante de pensar, de sentir y de obrar de una persona; es, para el alma, lo que para el cuerpo son la fisonomía, las actitudes, los movimientos, el aire de familia. Todo esto es el resultado de un gran cúmulo de circunstancias: influencias étnicas; herencia; organización fisiológica; medio ambiente fí-



sico, orgánico, doméstico, social, educación, cultura. Pero el carácter en el hombre depende, además de todo eso, de la propia y espontánea actividad voluntaria; es ésta la que experimenta la influencia de los factores antedichos, pero sin ser absorbida por ellos, antes al contrario, ejerciendo sobre ellos una acción recíproca, más o menos preponderante. Esa acción repetida se llama *virtud*, es decir, *fuerza moral*. Al través de todas aquellas influencias, persiste el hombre, la conciencia individual depositaria de la revelación. Sin ello, el mérito no existiría. Que también el carácter se regula, y también se ajusta a la razón.

El hombre tiene un conjunto de inclinaciones innatas, que forman su *temperamento;* ellas son la materia sobre que obra la voluntad. Si aquéllas predominan en absoluto sobre las facultades superiores, engendran la simple *pasión;* cuando aparece una voluntad capaz de dominarlas y someterlas a la inteligencia, entonces existe el *carácter*, la más poderosa de las fuerzas, la dominadora, que, elevada a una gran potencia, engendra las nobles pasiones: los héroes en el orden natural; en el sobrenatural, los santos; en el mitológico, los dioses. Si nuestro cuerpo es el instrumento para transformar el mundo, dominar nuestra carne es dominar el universo.

Conviene no confundamos, sin embargo, *la virtud* con *el carácter*. Si bien lo pensamos, virtud es fuerza moral, adquirida por la repetición de actos buenos al alcance de todos, y que nos habilita para hacer o no hacer aquello cuya ejecución u omisión viola la ley común a la especie humana. Carácter, en su alto sentido, es otra cosa: es la fuerza, dada por la naturaleza a ciertos hombres, de realizar o no aquellos actos cuya ejecución o abandono no sería un pecado,



pero sí la infracción de una ley que les es propia, de una vocación que los llama a ser superiores a los demás.

Virtud es presión constante de la voluntad sobre el temperamento; de ahí las varias clases de virtudes, según los temperamentos que son su materia prima, y de ahí también que la virtud sea obra, más que del raciocinio, de la práctica constante, de la *costumbre*. En el carácter existe también aquella presión; pero ella es ejercida por una voluntad formada, no tanto por la repetición de actos, cuanto por una ley de ella misma, tan personal como el temperamento; en el carácter hay siempre originalidad, y hasta cierto orgullo, que no siempre debe confundirse con la soberbia.

De ahí que puedan existir, y en el hecho existan, personas de carácter y sin virtudes; hombres virtuosos y sin carácter. La virtud es deber; el carácter es privilegio, sello de elegidos; la virtud conquista el cielo; pero aquéllos solos son dominadores de la tierra que tienen carácter. Los grandes caracteres sin virtud son los tiranos, fuerzas de la naturaleza perturbada, como el huracán o el rayo, que restablecen los equilibrios; más que maldecir de ellos, debemos procurar no merecerlos, no tener parte con ellos. Luzbel, el resplandeciente arcángel, es el arquetipo de esos caracteres tenebrosos; la superioridad de naturaleza engendra en ellos la soberbia, el odio, la negación; son los conquistadores de la tierra y de los abismos; espíritus de la contradicción y del vacío.

Los caracteres por excelencia son, en cambio, los santos, los dominadores de sí mismos, de sus cuerpos y de sus almas, carácter y virtud compenetrados; ellos atan los apetitos en el establo, para dar libertad a las potencias anímicas: a la inteligencia que cree y afirma, iluminada por lumbre divina, que acude a



la humildad de corazón; a la fantasía, clima del espíritu, que llama a la vida las imágenes sanas, que viven de sol; a la voluntad, a la voluntad sobre todo, que ama lo intrínsecamente bello. Son los conquistadores del cielo y de la tierra, seres hechos para flotar en el azul, notas afinadas en el acorde de las esferas.

El carácter benéfico es, por consiguiente, la garantía de encontrar, en los momentos de prueba, un pensamiento, una acción, *un hombre* que ajuste sus actos a su conciencia, a su razón, a su visión, sin ser agente pasivo de las circunstancias, o de la ajena libertad. Eso es lo que se llama *un hombre libre*, el solo hombre verdaderamente libre. El carácter *es acción constante y resistencia:* opera según el propio pensamiento, según la propia misión en la tierra; rechaza los motivos determinantes de índole inferior, que contrarían o enervan los de razón, de justicia, de consecuencia con el propio destino. «El carácter, dice Emerson, es un poder natural, como la luz y el calor, y opera por medio de leyes paralelas a las de toda la naturaleza; es el orden moral, al través de una naturaleza individual. De nada sirve remedarlo o contrariarlo; tiene una fuerza de creación, de resistencia y de persistencia que desafía toda imitación. Cuando ninguna otra mano, excepto la naturaleza, ha intervenido en una obra maestra semejante, entonces es cuando ésta se nos ofrece más completa.»

Este Emerson se aproxima a lo cierto, me parece; pero los hombres sencillos que no podemos concebir la idea de una ley, sin que se nos imponga la de un legislador, como se nos impone la de fuego cuando vemos humo, debemos convencernos de que esa maravilla de la naturaleza, el carácter heroico, es la cosa, entre todas las visibles e invisibles, que más y más



directamente nos anuncia la omnipresencia de Dios en esta inmensa máquina del Universo; vemos en el héroe el agente de su voluntad; huracán enfrenado y conducido por su mano invisible algunas veces; efluvio otras de la fuente de toda belleza, como le llama Carlyle, o escritura visible del Gran Hacedor del mundo. Y glorificamos el nombre de Dios en la persona de los héroes, y vemos altares en sus sepulcros.

Artigas era eso: un carácter, una fisonomía moral imposible de confundir con otra alguna, una fuerza natural que se imponía. Siempre lo veréis igual a sí mismo, con el pensamiento fijo en su misión, desdeñoso de todo lo que no concurre a su desempeño. La constancia, la resistencia, se revelarán hasta en sus últimos días. No acabará trágicamente; morirá durante treinta años, que serán una permanente renovación de su profético holocausto.

Si os he detenido demasiado, amigos artistas, en estas consideraciones, no lo sé; pero sólo así, meditando muy seriamente, podréis hallar la causa del prestigio y de la autoridad indiscutidos de aquella persona, que no tenía otro recurso que *la energía del hombre que se basta a sí mismo*. Su simple existencia obraba más que su acción; su poder latente, o *fuerzas en reserva*, sentido o presentido por los pueblos, era su verdadera fuerza, de expansión extraordinaria.

Si lográis penetrar, amigos, en este orden de pensamientos, comprenderéis a Artigas, y os daréis cuenta de por qué todos los pueblos argentinos se acogían al *protectorado* del caudillo oriental; y por qué esa causa se llamó *artiguismo*. Que no lo conseguirá quien no sepa de espirituales potestades reguladoras, o que confunda las grandes fuerzas naturales, voz de Dios que suena en sus obras, con las de artificio que in-



venta la soberbia humana, simple pasión desordenada.

IV

La oligarquía comunal bonaerense, producto de artificio, como sabemos, y llena de aquella arrogancia colonial de que nos habla Estrada, no podía acatar, ni acató jamás, la ley del héroe popular; hubiera sido un absurdo, y hasta un oprobio, tratarlo de igual a igual. Es curioso e instructivo observar cómo ese sentimiento, tan sincero en ellos como el de desprecio con que los arrogantes de Salamanca miraban al marinero genovés, persiste aún hoy en los historiadores herederos de aquellas disculpables infatuaciones. ¿Qué les parece a ustedes?, suelen decir asombrados, cuando se encuentran con una nueva revelación del pensamiento de Artigas. ¿Qué les parecen las pretensiones del caudillo? ¿Pues no sueña en imponer a Buenos Aires, nada menos que a Buenos Aires, sus ideas y proyectos?

Pero si bien aquellos hombres presuntuosos no acataban la ley, reconocían, sentían cuando menos, la existencia de aquella mole cósmica en rotación, cuya fuerza centrífuga desorbitaba o descentraba el viejo sistema, y lo amenazaba todo con un derrumbe caótico.

Si no se destruía aquel hombre, todos los planes del Directorio de Buenos Aires, monarquía inglesa, príncipe español, reyes incásicos, etc., etc., toda solución racional, en una palabra, fracasaría; vendría el caos republicano, la independencia absoluta, es decir, la muerte. Era, pues, necesario aniquilar a Artigas

por cualquier medio; sofocar en él al dragón democrático.

Se pensó en vencerle por engaño. Una vez tomado Montevideo, se le invitó a la paz. Para ello se comenzó por una insinceridad grotesca: el Director Supremo, no sólo derogó, el 7 de agosto, según vimos, su decreto de seis meses antes, en que declaraba a Artigas traidor, infame, etc., etc., y que ponía a precio su cabeza, sino que dictó uno nuevo, en que se reconocía *como un error lamentable e injusto* lo que antes se había dicho y hecho; se declaraba al Jefe de los Orientales *buen servidor de la patria,* y se le reconocía en su grado, con más el título de *Comandante General de la campaña de Montevideo.*

No juzgo necesario deciros, amigos artistas, que todo eso no tenía consistencia alguna. Nosotros no lo creemos. ¿Lo creyó Artigas? Yo supongo que, si no lo creyó firmemente, llegó, una vez más, a concebir alguna esperanza de realizar, con todos los hermanos occidentales, su inviolable ideal. Eso estaba muy en su carácter. Los grandes hombres tienen de esas ingenuidades a cada paso: el genio no tiene edad, porque no crece; es un niño de larga barba nevada.

El hecho es que, invitado a una conferencia por Alvear, envió a éste tres comisionados para arreglar pacíficamente la contienda y ver de recuperar a Montevideo para sus dueños, los orientales. Eran tres patricios: don Tomás García Zúñiga, don Manuel Barreiro y don Manuel Calleros. Alvear los recibió con los brazos abiertos... ¡Oh amable persona!

El joven príncipe americano se disponía a burlarse de aquéllos, para él, pobres hombres, como lo había hecho con Vigodet, el español, y con Otorgués: a *alucinarlos.* Les habló de la necesidad de la paz entre



hermanos; les prometió villas y castillos; les protestó su amor a Artigas, ***el grande hombre, el gran patriota;*** aceptó todas las bases de pacificación por ellos propuestas; les manifestó su firme propósito de retirarse inmediatamente de Montevideo, para dejar a éste en poder de sus dueños naturales, y hasta les hizo presenciar el comienzo del embarque de sus tropas con destino a Buenos Aires.

Fué aquello una parodia pintoresca. Las tropas bonaerenses salieron, efectivamente, de Montevideo; se embarcaron, en presencia de los delegados de Artigas. Pero, mientras éstos creían que zarpaban para Buenos Aires, aquéllas desembarcaron, por otro lado, en el mismo territorio oriental, en la Colonia. Como los comparsas de teatro.

De allí, de la Colonia, Alvear, en combinación con el coronel Dorrego, que había ido a situarse en el centro del territorio, se lanzó a destruir el campamento de Otorgués, que confiaba en los arreglos pendientes. Dorrego cayó sobre él, lo sorprendió el 6 de octubre de 1814, en *Marmarajá,* lo hizo pedazos, le apresó artillería y bagajes, tomó entre los prisioneros a la misma familia del jefe oriental, que fué tratada indecorosamente, y volvió vencedor a la Colonia, donde celebró, con no menos falta de decoro, su fácil victoria, con la que creyó dejar aniquilado a Artigas para siempre. Aquellas fiestas han dejado recuerdo perdurable. No me parece conveniente recordar ahora sus detalles, que hacen sangrar el corazón. Aquí tenéis que leer sólo en el timbre de mi voz, amigos míos. ¡La pobre familia de Otorgués! Yo os hablaré de eso, de las costumbres privadas de aquellos jóvenes militares, lo menos posible; sólo lo indispensable para reivindicar la memoria de Artigas, del héroe más humano, más

honesto y más caballeresco de América, cuando la calumnia acose demasiado su figura inmune.

Esa era la realidad, la sola realidad; aquello era una conquista de la Provincia Oriental; en ésta va a jugarse la suerte de todas las argentinas, pues todas serán tratadas así, ni más ni menos. Ya lo veis, mis amigos; la guerra es inevitable, desgraciadamente. ¿Quién podrá decir que es provocada por Artigas?

Vamos a ella, pues; a la segunda independencia de la Patria Oriental. Es preciso que Artigas, que no ha quedado aniquilado, ni mucho menos, con el aleve golpe recibido por Otorgués en *Marmarajá*, cumpla su promesa a la Junta de Mayo: arriar todo pabellón extranjero de la ciudadela de Montevideo; todo pabellón extranjero.

CONFERENCIA XIV

LA SEGUNDA INDEPENDENCIA

LA CAMPAÑA DEL «GUAYABO». — LA GUERRA A MUERTE DE BUENOS AIRES CONTRA ARTIGAS.—LOS ORIENTALES TRATADOS COMO ASESINOS E INCENDIARIOS.—CAMPAÑA DE EXTERMINIO.—EL PUEBLO ORIENTAL SE DEFIENDE EN MASA.—SOLER Y DORREGO.—OTORGUÉS.—RIVERA Y LAVALLEJA.—LOS DOS VÁSTAGOS DE ARTIGAS.—LA CAMPAÑA.—CARÁCTER DE LA GUERRA.—LA BATALLA DEL «GUAYABO».—LA DERROTA DE DORREGO.—ENTREGA DE MONTEVIDEO.—RETIRADA DEL HERMANO CONQUISTADOR.—DESPOJO Y EXPLOSIÓN.—LA PATRIA LIBRE POR FIN.—SU PABELLÓN Y SU ESCUDO EN LA CIUDADELA DE MONTEVIDEO.—«CON LIBERTAD NI OFENDO NI TEMO.»

I

Mis amigos:

Desde el momento en que penetra Alvear en Montevideo, ha terminado la primera campaña de Artigas, la empeñada contra la metrópoli española. Hemos visto cómo ha comenzado la segunda, la inevitable, la dolorosa contra Buenos Aires. Esta campaña, que llamaremos del *Guayabo*, por la gloriosa batalla que le puso término, duró sólo ocho meses: Alvear entró en Montevideo en junio de 1814; la batalla se librará en enero de 1815. Pero esa empresa de guerra no



cede, en trascendencia y en gloria, a ninguna de las de la historia militar del héroe.

Imaginaos por un instante a Artigas muerto, o vencido por Buenos Aires, en esta campaña, con su pueblo; suponed a las provincias argentinas con solos sus letrados coloniales, y faltas, en ese momento histórico, del núcleo de cohesión y de acción formado por el héroe y el Pueblo Oriental, y al Paraguay agarrotado por Rodríguez de Francia. Es evidente, de toda evidencia, que, sojuzgadas las provincias por la comuna porteña, y triunfante el espíritu de ésta, la República Argentina no hubiera nacido entonces; la Oriental hubiera podido ser provincia portuguesa, como el Paraguay. Todo hubiera dependido de lo que, en París, resolviera *la Santa Alianza*. En estos momentos, precisamente, Posadas envía a Europa a Sarratea con ese objeto; irán en seguida Rivadavia y Belgrano. Y Alvear, por fin, destruídos sus planes por Artigas, irá a confesarlos a Río Janeiro; a decir a España que jamás dejó de ser vasallo de Fernando VII, su solo señor y dueño.

Esa verdad, mis queridos artistas, como las cosas que van saliendo de la neblina cuando ésta se disipa, ha ido surgiendo de la historia, cada día más clara: estábamos al lado de ella y no la veíamos; oíamos su voz y no la reconocíamos.

La nación argentina, por iniciativa de Buenos Aires, va a reunir el memorable *Congreso de Tucumán;* memorable, porque en él se declarará (9 de julio de 1816) la independencia de las Provincias Unidas. En ese Congreso estallará la pugna entre las tendencias federalistas de las provincias y las centralistas de los patricios de Buenos Aires. Allí se verá, con toda evidencia, cómo el espíritu de Artigas es el de toda

la nación argentina, excepción hecha de los ilustres conservadores del viejo espíritu colonial, simples reformadores de la hispánica monarquía; allí se manifestará y estallará la antipatía de las provincias contra la comuna bonaerense. Ésta representa, en ese Congreso, el espíritu monárquico; Belgrano y San Martín son sus sostenedores más gloriosos. El grande, el honrado Belgrano, se estremece ante la idea de que pueda ser proclamada la república en el Congreso de Tucumán; para él, la república significaba la ruina de la patria, la pérdida de toda independencia. El Congreso comparte esa idea; uno solo de sus miembros, fray Justo de Santa María de Oro, la rechaza.

Sólo el instinto popular salvó entonces la democracia republicana, la plena independencia; pero es indudable que sólo Artigas salvó al instinto popular. Éste estaba disperso, difuso, incoherente, en la masa argentina inorgánica; hubiera sido aniquilado por el organismo político de Buenos Aires, cuyo espíritu triunfó en el Congreso, si otra entidad, también orgánica, viva, no hubiera existido frente a él. Esa entidad viviente era el Pueblo Oriental, que circulaba en las arterias de Artigas, y que, en esta campaña del *Guayabo* que os voy a relatar, contrapesaba y vencía al Directorio de Buenos Aires, y a Belgrano, y a San Martín, y al Congreso de Tucumán, y, como agente de aquel instinto, salvaba el fundamento de lo que, al fin, ha predominado, y llamamos patria.

Veamos, pues, esa *Campaña del Guayabo*.

II

Alvear, vuelto de Montevideo, en que queda de gobernador el coronel Soler, estaba en Buenos Aires

desde octubre de 1814. Allí predominaba en la Asamblea constituyente e inspiraba al director Posadas, a quien pronto sucederá. Bien comprendía éste, ocupado entonces en redactar las instrucciones con que Belgrano y Rivadavia iban a Europa en busca de un rey, bien comprendía que la campaña que debía iniciarse contra Artigas y sus orientales era el paso previo indispensable para traer al monarca. Artigas y sus orientales eran el obstáculo. Esa campaña era decisiva. «Es necesario, oficiaba Posadas, el manso y amable Posadas, al coronel don Miguel Estanislao Soler, nombrado capitán general del ejército y gobernador intendente de Montevideo, es necesario que todos los elementos se concentren, y que esa campaña se concluya en tres meses. *Los orientales deben ser tratados como asesinos e incendiarios*... Todos los oficiales, sargentos, cabos y jefes de partida que se aprehendan con las armas en la mano, serán fusilados, y los demás (es decir, el Pueblo Oriental) remitidos con toda seguridad a esta parte del Paraná, para que sean útiles a la patria en otros destinos.»

Creo que nada puede darse de más categórico, como programa de exterminio; el mismo será enviado a las provincias argentinas, como veremos.

Soler comunicó a sus subalternos la decisión superior, y adoptó medidas complementarias, para su fiel ejecución: muerte, a las cuatro horas de ser aprehendido, a todo el que, directa o indirectamente, auxiliara al enemigo; a los que no comunicaran a la autoridad su proximidad; a los que condujeran pliegos de los sublevados. Confiscación y destierro a los que tuvieran correspondencia, de palabra o por escrito, con Artigas; a los que ocultasen caballos, etc., etc.

Si el reo fuese una mujer, se la enviaría a Buenos Aires, para ser encerrada allí en un hospital.

Era la guerra a muerte declarada al pobre hermano demócrata. Éste comprendió que en esa lucha le iba la vida.

El odio al nombre de Buenos Aires, y a su ejército, levantó de nuevo en masa al Pueblo Oriental; los vecinos que no estaban en armas huían a los montes, a la aproximación del ejército enemigo; arreaban el ganado e incendiaban los campos, para privar de alimentos y forrajes a los porteños y dificultar sus marchas.

Todo el mundo, incluso las mujeres, era auxiliar de Artigas, y enemigo del invasor, al que desorientaban y extraviaban hasta los niños: se repetía la resistencia al portugués en el éxodo. Soler escribía al director: «Nada podemos contra un enemigo protegido por toda la población, que mira a nuestra tropa como extranjera». Desertaban los soldados y los oficiales, tenientes, capitanes, sargentos mayores; las partidas exploradoras no volvían; las tropas se pasaban a Artigas en el momento del combate; los soldados españoles que, por violación de la capitulación de Montevideo, habían sido incorporados a las filas de Buenos Aires, dejaban éstas y se amparaban a las orientales.

Observad esto, amigos artistas, y no lo confundiréis con una guerra civil: tiene todo el carácter de una guerra de independencia. Aquí es el caso de que recordéis todo lo que hemos visto en el fondo subterráneo de nuestra América. Los historiadores argentinos superficiales han ensalzado a los caudillos argentinos, y hasta los han sobrepuesto al prócer oriental, porque aquéllos, cuando menos, dicen, si bien odiaban el cen-



tralismo de Buenos Aires, no tendían a la separación definitiva. Pero precisamente ésa es la gloria de Artigas; eso lo que hace de éste una entidad distinta de aquéllos; el fundador de una patria destinada a llenar una misión propia en la historia de los pueblos argentinos: la de unirlos precisamente, no la de separarlos. El solo separatista esencial era Buenos Aires, como lo veis. Vosotros ya sabéis por qué Artigas no es ni Güemes, el caudillo local, ni Alvear, el príncipe excéntrico; él es la realidad futura: la patria argentina confederada; la Patria Oriental independiente.

Ya hemos estudiado por qué Córdoba o Mendoza no podían ser naciones, y el Uruguay debía serlo: éste tenía una misión propia, inalienable, que cumplir en el concierto de todos aquellos pueblos. Va, pues, a jugarse, en la campaña del *Guayabo*, la suerte de la Patria Oriental y la de la democracia platense. Artigas, en ese período de nuestra historia, toma un aspecto de serenidad maravillosa. No hay en él rencor; hay sólo una triste amargura, porque él ama, como nadie lo ha amado más que él, ni tanto como él, al pueblo argentino. Cuando toma oficiales enemigos prisioneros, los mira sin odio; les hace leer en su presencia el decreto de guerra a muerte de Posadas, y los pone en seguida en libertad. No derrama una sola gota de sangre, ni una sola, fuera del campo de batalla.

El héroe oriental se ha colocado, para dirigir la campaña, en el Norte, sobre la costa del Uruguay. Desde allí, ve la región occidental al otro lado del río, donde sus legiones se dirigen a Buenos Aires, y la oriental, en que sus hombres tienen en vista a Montevideo.



Las fuerzas del Directorio están bajo el mando supremo del coronel don Miguel Estanislao Soler. El coronel Dorrego, jefe valeroso en las batallas de Suipacha, Salta y Tucumán, carácter altivo e insubordinado, uno de los militares más brillantes y animosos del ejército argentino, pero de pocos escrúpulos en su conducta, debe ser el principal ejecutor del plan de campaña; el coronel Ortiguera le secundará. Las huestes de Artigas son mandadas por Otorgués, Rivera, Lavalleja, Bauzá...

Conozcamos, amigos artistas, a estos nuevos protagonistas de nuestra historia: Otorgués, Rivera y Lavalleja. Os es ya familiar la fisonomía del primero; pero estamos en el momento, que os anuncié al trazaros su semblanza colorida, de completar, con nuevos datos, el estudio de ese carácter, en contraste con el de sus dos compañeros de armas. Lo conocimos cuando Sarratea buscaba en él el instrumento de sus insidias en 1813; lo encontramos después, 1814, en tejemanejes directos y clandestinos con Vigodet, el español; con Romarate, el marino, etc.; lo hemos visto, por fin, llamado por Alvear, caer en la trampa que éste le tendió en *Las Piedras* y en la no menos traidora de *Marmarajá*. Desde ese momento (junio de 1814) hasta el actual en que lo hallamos, con Rivera y Lavalleja, atento al clarín de Artigas, ese tortuoso personaje, más inconsciente, quizá, que malintencionado, ha sido consecuente consigo mismo. No ha estado quieto, por cierto; las brujas de Macbeth lo han seguido por los campos; se las ve detrás de él, y se las reconoce por el parecido que tienen con el demonio que Posadas cree sentir bajo su sillón de director.

¿Por qué boca hablan? Hay un personaje, eminente por cierto, que solemos ver cerca de ese caudillo: es aquel doctor don Lucas Obes que, en 1810, pareció el más indicado para secundar en Montevideo el movimiento de Mayo. Era Obes, efectivamente, el congénere oriental de los prohombres de Buenos Aires. Discípulo apasionado de Bentham, el patriarca utilitario, fué de los adictos, con Belgrano, Moreno, Pueyrredón, Castelli, Vieytes, Saavedra, García, etc., a la coronación aquí de Carlota, la hermana de Fernando VII; fué siempre monárquico, y no es de maravillarse que esperara hallar en Otorgués, como Belgrano en Güemes, un instrumento de sus planes. No pensó para ello en Artigas, a buen seguro. Que todas las brujas, las chicas y las grandes, huían de éste, como el diablo de la cruz.

Inspirado, pues, en ellas, el oriental Otorgués, como el salteño Güemes, se ha convertido al monarquismo; quiere ser un fiel vasallo de Fernando VII, como Güemes del inca-braganza de Belgrano. Se ha dirigido, por su cuenta y riesgo, al representante del rey de España en Río Janeiro, y le ha ofrecido la devolución a su dueño de la Provincia Oriental, a cambio de la protección que se le preste contra los insurrectos de Buenos Aires. Nada sería eso, si se presentara como inspirado sólo de sus brujas familiares; pero el muy inocente se dice nada menos que «autorizado por mi general don José Artigas, como su segundo en el mando de este ejército oriental, y coronel de dragones del mismo».

Los detalles de esos curiosos negociados, que debemos a la investigación inteligente de Hugo Barbagelata, son de leer. El 13 de septiembre de 1814, desde su *Campo Volante de Casupá*, lejos de Artigas,

escribe Otorgués su carta a Villalba, el agente español en Río Janeiro, y expide sus credenciales e instrucciones a los embajadores que le envía. Son éstos dos inocentes personajes, el presbítero don Bonifacio Reduello, cura del Arroyo de la China, y el ayudante mayor de artillería, don José de Caravaca, que, según sus instrucciones, deben presentarse, en primer término, al gobernador capitán general de Río Grande; si éste no tiene facultades bastantes para tratar, deben ir en busca del príncipe regente a Río Janeiro, y de la infanta Carlota, y del embajador de la Gran Bretaña, y de cualquier otro que esté dispuesto a ayudarlo en su empresa de devolver a Fernando VII «*esta su alhaja*», la Banda Oriental, que los de Buenos Aires le han quitado.

Y allá fueron los originales embajadores, diciendo haber tenido conferencias con varios, y *hasta con el mismo Artigas*, que, en esos momentos precisamente, rechazaba con aquel «yo no defiendo a su rey» que conocemos, la embajada del virrey de Lima. Se presentaron primeramente al capitán general de Río Grande, que los envió a Río Janeiro; aquí acudieron a Villalba, al príncipe portugués, a Carlota, la infanta serenísima; hicieron valer en favor de Otorgués el recuerdo de los auxilios prestados por éste a Romarate, sus buenas relaciones con Vigodet, su lealtad española, sobre todo, la lealtad al rey, que expresan en términos casi idénticos a los que Alvear empleará, con igual propósito, y ante los mismos personajes, dentro de unos meses.

Y lo más interesante del caso es que fueron atendidos: Villalba se dirigió a su ministro de Estado; la infanta escribió sobre el asunto a su amado hermano Fernando. Es muy curiosa, entre otras, la carta

en que Villalba dice a los diputados de Otorgués que hagan saber a Artigas la llegada a Río, de paso para Europa, de los enviados de Buenos Aires, Rivadavia y Belgrano; es un dato muy curioso. Aquello fué tomado a lo serio: la grande importancia política del muy inocente de Otorgués. Aun en el momento en que estamos, en que éste ha vuelto a su puesto, y está atento al clarín de órdenes de Artigas, sus embajadores siguen ofreciendo el vasallaje de todo el mundo a nuestro señor Fernando, y sólo desisten cuando Villalba, el 2 de enero de 1815, precisamente cuando Artigas triunfa en el *Guayabo*, y va a enarbolar su bandera en Montevideo, les dice que no deben esperar auxilios del príncipe portugués, porque éste violaría con ello el armisticio que celebró con Buenos Aires, y hasta invadiría atribuciones de España. Y todo paró en eso.

Creo que no es necesario que os diga, amigos artistas, que en los papeles de esos tales negociados *otorgueños* no aparece ni la sombra de una firma de Artigas: vosotros sabéis lo que éste firmaba en esos momentos.

Y con lo dicho podéis dar por terminada la semblanza de Fernando Otorgués, y quedaréis curados de espanto para cuando, dentro de dos años, lo veáis de nuevo en connivencias clandestinas con Buenos Aires para *obligar* a Artigas a entrar en el orden y cumplir con su deber.

Miraremos, en cambio, para darles sin reservas nuestro afecto, a esos otros dos intrépidos capitanes, Rivera y Lavalleja, que aparecen ahora como protagonistas en nuestra historia, y que, al contrario del otro, que se disipa pronto, permanecerán en ella



y en el culto de la posteridad. ¡Los bravos héroes! ¡Hombres de bien!

El predominio en esta nuestra tierra de esos dos jóvenes soldados fieles de Artigas, amigos míos, tiene un significado más que histórico, sociológico. Fructuoso Rivera y Juan Antonio Lavalleja son hijos, como su jefe, de primitivos pobladores del país. El segundo lo es de don Miguel Pérez Lavalleja, fundador de la villa de la Concepción de Minas, allá por el año 1780; Rivera, de don Pedro Perafán de la Rivera, vástago directo de antigua estirpe esclarecida, que, con su esposa doña Andrea Toscano, se establece en Montevideo en 1752. Artigas, como sabemos, era segunda generación de criollos; estos sus dos predilectos capitanes fueron el tipo de la primera, es decir, de la en que se hacía más sensible la ruptura entre padres e hijos, exigida, como el más duro holocausto, por la independencia de estos pueblos.

El caso de Rivera es clásico. Su padre, caballero acaudalado, empecinado español, resuelve, en 1810, después de producido el movimiento de Mayo, enviar a Europa a este su hijo Fructuoso; educarlo fuera del ambiente americano. El viaje, bajo la dirección de don Manuel Durán, y en compañía de Luis Eduardo Pérez, estaba resuelto y preparado; fué preciso, sin embargo, desistir de él, porque Fructuoso Rivera cayó enfermo, enfermo de tristeza por dejar su tierra. Durán lo restituyó a su padre: no era humano llevar en tales condiciones aquel muchacho todo corazón.

Y ahí lo tenéis, algunos meses después, soldado de Artigas en el campo de *Las Piedras;* va en el mismo escuadrón de caballería en que su amigo Juan Antonio Lavalleja sirve la causa de la patria; los dos han

acudido de los primeros, con casi todos los miembros de sus familias, desde sus hermanos mayores, al llamado del capitán de blandengues; los dos van unidos, después de la batalla, a los puestos avanzados de la línea sitiadora de Montevideo. Rivera conduce las guerrillas de la extrema derecha; Lavalleja, según nos lo describe la tradición doméstica, se acercaba entonces a las murallas, en las horas de la noche, y cantaba, desde los fosos, al son de la guitarra, coplas irrespetuosas, para molestar a los sitiados. Y dicen que, en el silencio de la guardia, se solían oir las carcajadas con que contestaba a los disparos que se hacían sobre su voz en la obscuridad.

Y allá van los dos, Rivera y Lavalleja, en la grande caravana del *Exodo;* son de los que despejan el camino de la patria fugitiva con sus sables, y de los que sobrellevan las penurias del *Ayuí,* y de los que regresan en la repatriación, y ponen el segundo sitio. Son de los primeros, por fin, que siguen a Artigas, sin vacilación en la fe, cuando éste se separa, con su visión secreta, de la línea sitiadora; de los condenados a muerte, pues. Y aquí los tenemos, preparados a la campaña del *Guayabo.*

Eran dos tipos, esos dos hijos de Artigas; pudiera creérseles antagónicos, pero son complementarios.

Difícilmente veríamos a este joven Rivera mejor que al través de la impresión que produce en el presbítero don Dámaso Larrañaga, cuando éste lo ve, por vez primera, al llegar a Paysandú, poco después de esta campaña del *Guayabo.* «Observamos, dice en su *Diario,* que llegaba al pueblo, en tres columnas, la división que forma la derecha de vanguardia del ejército oriental, al mando del señor don Fructuoso Rivera, y que éste, dirigiéndose al puerto en una



canoa pequeña, y puesto de pie dentro de ella en compañía de un oficial, venía hacia nosotros. Yo deseaba mucho conocer este joven, por su valor y buen comportamiento. Él fué quien en *Guayabo* derrotó las fuerzas de Buenos Aires mandadas por Dorrego. Me pareció de unos 25 años, de buen personal, carirredondo, de ojos grandes y modestos, muy atento, y que se expresaba con finura. Su traje era sencillo: de bota a la inglesa, pantalón y chaqueta de paño fino azul, sombrero redondo; sin más distintivo que el sable y faja de malla de seda de color carmesí. Y este traje vestía también su ayudante.»

Ese es el Rivera, efectivamente, que vive en la imaginación popular. Era fino, de vivísimos ojos negros, de correcto perfil caucásico; de carácter jovial, decidor, manirroto. Dicen que fué dado al juego, y no lo juzgo inverosímil; para él, el dinero no tenía maldita la importancia; iba y venía como un huésped del servicio, que se despide sin pena y se recibe sin amor. Hablaba con facilidad y hasta con elocuencia; era amigo de las arengas, de los brindis chispeantes en los banquetes, de las frases espirituales en los corrillos. Había, sin embargo, una cierta melancolía en su mirada amable. Rivera sufrió mucho en la vida, y murió solo y triste, cuando su patria lo llamaba de nuevo, después de un destierro.

Lavalleja era otra cosa; más normal, más metódico, menos original. Era de talla regular, más bien baja que alta, pero de recia contextura. Sus ojos claros, benevolentes, casi apagados e inexpresivos en la vida ordinaria, se hacían fosforescentes en la pelea; desgarbado cuando andaba a pie, su figura a caballo, firme en los estribos, pero movida en la montura como si anduviera sobre ella, cobraba un carácter que lo

hacía visible entre mil; su poncho era una bandera que pasaba; su silueta una leyenda criolla, sabida de memoria por el pueblo. Era de fisonomía noble, pero poco característica; de expresión lenta como su palabra. Fué siempre de costumbres morigeradas y modestas, muy dado a la vida de familia. La falta de garbo o de gracia externa de Juan Antonio Lavalleja ha pasado a nuestro adagio vulgar, como pasará su nombre a la posteridad simbolizando nuestra gloria.

No hay que decir que esos dos amigos y compañeros de armas eran valientes y despreciadores de la vida; pero si bien ambos impetuosos, el empuje de Rivera, pese a su carácter vivaz, era más reflexivo; el de Lavalleja más intrépido o temerario. Rivera miraba al enemigo, y sonreía silencioso; Lavalleja sentía encendérsele los ojos, daba voces a sus soldados, ponía al galope, a lo largo de las filas, el caballo, cuyos arneses de plata rechinaban como una música guerrera; el olor de la pólvora le producía la comezón de la carga. Rivera era feliz cuando despistaba y dejaba atolondrado a su contrario; Lavalleja lo era cuando sentía desplomarse muerto entre sus piernas el caballo que montaba, cayendo él de pie con la rienda en la mano, o cuando, después de la refriega, mostraba en el poncho los agujeros de las balas enemigas; una de ellas le taladró una vez el ala del sombrero sobre la frente; otra le aplastó un botón de bronce de la chaquetilla, al lado del corazón. Rivera, en las retiradas, miraba mucho el terreno, los horizontes lejanos, las estrellas en la noche; ponía a salvo el ejército. Lavalleja cubría las retaguardias en contacto con el perseguidor. A Rivera no le gustaba el humo, porque le irritaba los ojos, y él quería ver; el otro

lo buscaba, porque le producía la embriaguez heroica, y él quería pelear. Es auténtica y característica la contestación que da Lavalleja a Alvear, cuando éste, después de *Ituzaingó*, le reprocha una carga que juzga imprudente: «Yo no entro en batalla con anteojos de larga vista», le contestó con sorna. Lavalleja caerá prisionero. Rivera, no; se le hubiera escapado al diablo.

Brotados estos dos jóvenes, como Artigas, de las profundidades étnicas y sociológicas de nuestra tierra, son la expresión genuina de nuestra idiosincrasia nacional, inclinada a la igualdad democrática, y rebelde a someterse a quien no le inspira respeto y, sobre todo, amor. Corazones bien puestos, Rivera y Lavalleja ganaron sus prestigios en el pueblo con sus proezas; pero sobre todo, como dice Larrañaga, con sus bondades y clemencias. Son muchos los actos de magnánima sencillez que la tradición nos ofrece para pintarnos esa amable cualidad en Juan Antonio Lavalleja; intercedió por sus propios enemigos convictos y confesos de haber intentado asesinarlo, y los salvó. Pero nadie poseyó más que Fructuoso Rivera, ni el mismo Artigas, el secreto de ganarse la voluntad de los hombres. Los soldados lo creían un amuleto; las muchedumbres lo tuteaban, le llamaban *don Frutos*, o *Frutos* a secas. El *petit caporal*, visible en todas partes, de la leyenda napoleónica, era en él una verdad. He hablado en estos días precisamente con uno de los soldados de Rivera, viejo de noventa años, fuerte todavía, con tres cuartos de sangre indígena. ¡Oh, el general!, me decía cuando yo le pedía sus recuerdos. Y se le iluminaban los ojos. En la noche que siguió a una durísima refriega, me contaba el viejo, yo sentí que alguien andaba entre los solda-

dos echados en la gramilla, heridos unos, muy cansados todos... ¡Era el general!, me decía sonriendo, y en voz baja, como si me revelara un secreto: era el general; yo lo conocí en seguida. Cuando vió que estaba yo despierto, me dijo, dándome un golpecito en la espalda: *Dormíte, che, que tenemos que ensillar muy de madrugada; date una friega en las piernas... por aquí, si te duele mucho...* ¡Oh, el general!

Rivera era padrino de todos los niños que encontraba a su paso por el campo, a los que hacía bautizar; se habla de una batalla ganada por él *con sólo sus ahijados:* en quince días formaba un ejército, con montar a caballo, sin armas. Rivera casi no las usó nunca.

Esas cualidades criollas de fascinación coexistían, sin embargo, tanto en Lavalleja como en Rivera, con la cultura suficiente para hacer de ellos, si no dos académicos, dos personas bien educadas; leían los libros en boga; llevaban su interesantísima correspondencia privada. La epistolar que se conserva de puño y letra de Rivera, es enorme. Leo, en el *Diario de la guerra del Brasil,* del ayudante Brito del Pino, esta nota: «El general Rivera vino hoy a mi rancho y estuvo leyendo el *Contrato Social*». Se conserva el ejemplar de *La conquista de Méjico,* de Solís, que leía en su prisión. Los hombres que trataron a Rivera nos han hablado unánimes de su inteligencia, de su extraordinaria facultad de asimilación, de la claridad de su criterio, aun entre los hombres de letras.

En cuanto a Lavalleja, recordemos que obtuvo el voto de don Manuel Moreno para presidente de la Confederación Argentina en la Asamblea en que fué elegido Rivadavia; su correspondencia, que conservamos copiosa, tiene un estilo flúido y expresivo; una persona vive en ella.



No terminemos esta rápida semblanza sin una nota, siquier somera, sobre el significado social de estos dos simbólicos soldados.

Ambos se casaron muy jóvenes: Lavalleja, en 1818, con doña Ana Monterroso, hermana del ilustre fraile secretario de Artigas; Rivera, en 1815, con doña Bernardina Fragoso. Y, un detalle muy interesante: el primero celebró su matrimonio por poder, y fué Fructuoso Rivera, su compañero de armas, quien hizo las veces de su amigo Lavalleja en la ceremonia nupcial.

¿Cómo no detenernos, un momento siquiera, pues nos salen al encuentro, ante esas dos amables mujeres que unen sus vidas y destinos a las de nuestros dos clásicos capitanes? Ellas, doña Bernardina Fragoso de Rivera y doña Ana Monterroso de Lavalleja, podrían serviros como tipo escultórico de la mujer patriota de aquellos tiempos, mujer fuerte, armada en el corazón, coronada para el holocausto. Esas dos ilustres damas que os presento, lo mismo que las visteis en el *Éxodo del Pueblo Oriental*, siguieron muchas veces, casi siempre, a sus maridos en las marchas, en los campamentos, en los cautiverios; la carreta de techo de cuero las condujo, escoltadas por los gauchos, en medio de la guerra, al través de las colinas sin sendas y de los ríos sin vado: tuvieron gestos marmóreos; los opresores de la Patria las hicieron sus prisioneras, las encarcelaron, las trataron, y no sin causa, como a soldados enemigos...

Y bien... yo juzgo que, con lo dicho, tenemos bastante, amigos míos, para conocer personalmente a los dos primogénitos de Artigas, y, en ellos, a la legión toda de aquellos hombres fuertes, que, en torno del Caudillo de los Pueblos, fueron los fundadores de la

estirpe. Están muy próximos, desgraciadamente, para que podamos verlos en su realidad estética. Yo no puedo hacer con ellos lo que el viejo Homero con sus aqueos; él los hubiera considerado hijos de diosa; los hubiera contado, uno por uno, sobre la colina que baña el Uruguay, como lo hizo en la llanura de Skamandros, al verlos pasar entre las huecas naves de los aqueos cabelludos y los muros de la sagrada Ilión. Como las multitudes aladas de las grullas y de los cisnes de largo cuello, pasaban los guerreros ante los ojos ciegos del rapsoda: los habitantes de Tisbé, abundante en palomas, y los de Arné, que abunda en uvas, y los de la margen del Kefisto, el río divino... Y pasaba Ulises, semejante en la inteligencia al dios que se alegra del rayo, y Politectetes, excelente arquero, y los dos Ayax, domadores de caballos, y Menelao, el vengador de Helena; y, en medio de todos, parecido en los ojos a Zeus, y a Ares en la estatura, y en la anchura del pecho a Poseidón, pasaba Agamenón el atreida. Nosotros no vemos nada de eso, a causa de nuestros ojos mortales, abiertos sólo hacia afuera; la realidad aparente nos mira como si fuera una verdad; una roca o un arbusto nos ocultan la montaña. Ni siquiera nos damos cuenta de cómo Palas Atenea, la diosa de ojos claros, pone en los corazones fuerza y valor, ni percibimos el vuelo de Iris, que pasa, como el viento, en dirección a Troya, con el mensaje de Zeus al viejo Príamo. ¡Ni siquiera sospechamos el secreto de los dioses que viven siempre!

No diremos, pues, oh amigos, los nombres de todos y cada uno de nuestros héroes; pero mirad vosotros, con mirada penetrante, a esos dos que os he ofrecido: Rivera y Lavalleja. En ellos están todos los buenos

y valerosos; reflejan, sobre todo, como asteroides ígneos, la inmediata luz solar, la del silencioso Artigas. Y la conservarán cuando el sol se ponga en el horizonte de las colinas. Y según la reciban más o menos de lleno, tendrán sus resplandores y sus eclipses o menguantes. Y después de morir juntos, formando una sola persona, miembros de un triunvirato gobernante, quedarán, por fin, en el cielo de la patria, como estrellas dobles, constelación amiga de nuestro polo.

Y ahora, si os parece, sepamos de esa campaña del *Guayabo*, en que nuestros griegos y troyanos cabelludos libran sus combates, en presencia de los dioses invisibles, que velan por la argentina estirpe.

III

La campaña del *Guayabo*, que ha estudiado notablemente Lorenzo Barbagelata, y que yo quiero trazaros en una línea lo más nítida posible, es el tipo de la guerra americana, en que el caballo es el verdadero proyectil, más rápido que el plomo; guerra de audacias, de marchas y contramarchas inverosímiles, de sorpresas temerarias, de irrupciones torrenciales. Lo que la distingue es la carga del pelotón de caballería, semejante a un vuelo sesgo de pájaros; la masa de lanceros, como un cañaveral que lleva el viento, se acerca en línea recta, crece, cobra formas varias, se detalla, va a estrellarse contra el enemigo; pero de repente, como la golondrina que roza el suelo, tuerce el rumbo en una curva tangente a la línea contraria, se aleja, casi se pierde en el horizonte, para reaparecer de improviso por otro lado, sin per-

der el impulso que llevaba, y acercarse, y agrandarse de nuevo, y chocar por fin, cuando halla entrada propicia, y derramarse como una ola sobre el enemigo, para destrozarlo o destrozarse a sí misma, y desaparecer pulverizada. Es el Aquelarre o *Sabbat* militar fantástico, en que las brujas, que cabalgaban sus palos de escoba, o sus esqueletos de corceles difuntos, son substituídas por el hombre semidesnudo, inclinado sobre el cuello del caballo sin domar, de largas crines, de ojos espantados resplandecientes y de nariz humeante; por el flotar del *poncho* y el tremar de la lanza primitiva; por el enjambre sonoro y casi aéreo de hombres que gritan con alaridos, de caballos que bufan, de lanzas que se entrechocan.

Dorrego y Rivera, protagonistas en esa justa homérica, son dignos el uno del otro; son dos bravos. Ambos son audaces y astutos, ágiles, sobre todo; tienen el vuelo del halcón, aparecen y desaparecen, caen del aire sobre su presa.

Artigas, situado en la costa Norte del Uruguay, atiende el desarrollo de las operaciones encomendadas a Blas Basualdo, Ramírez y otros jefes, sobre la Banda Occidental; y, al mismo tiempo, y ante todo, dirige las que se desarrollan en el territorio oriental. Rivera está situado en el centro de éste; frente a él, en la capilla del Durazno, acampa Dorrego; Otorgués opera en el Sur, y amenaza a Montevideo; el comandante Gadea en el Oeste, a lo largo del Uruguay; otros capitanes secundarios recorren el territorio.

Artigas ha ordenado a Rivera que ataque a Dorrego, y busque, en el Sur, la incorporación de Otorgués. El Río Negro, caudaloso y profundo, separa al capitán occidental del oriental; una lluvia copiosa lo ha desbordado; sólo asoman las copas de los árboles del



bosque, sumergidos en las aguas; éstas invaden la llanura detrás de él; está *campo afuera*, como dicen nuestros paisanos; invadeable para quien no tenga alas. Pero eso es, precisamente, lo que da carácter a esta clase de guerra: las alas, los caballos y los jinetes aéreos.

Dorrego se echa sigilosamente al río, con toda su división; lo atraviesa a nado en seis horas; pisa la ribera opuesta, con la firme persuasión de sorprender a Rivera, que está en un cardal, frente al paso de Las Piedras; cae sobre Rivera. Pero éste, que oye el paso del enemigo en el aire, lo ha sentido con el tiempo apenas suficiente para evitar el desastre; salta a caballo y se retira en orden hacia el Norte, librando encarnizados combates parciales en todos los vados, en *Tres Arboles*, en los brazos del *Salsipuedes*. Este nombre es una sugestión. Lavalleja, cuyo valor temerario fué clásico en aquellas luchas, conduce las guerrillas de retaguardia, en contacto con las avanzadas enemigas. Es él quien cierra los pasos, mientras el grueso de la división es salvado por Rivera.

Dorrego ha errado el golpe. Después de una persecución de doce leguas, sus hombres están rendidos, sus caballos extenuados. Rivera no se ha fatigado, no se fatiga nunca: ha continuado su retirada en medio de la noche. Al amanecer está ya muy lejos. Desensilla su caballo sudoroso y jadeante a orillas del *Queguay*, allá muy al Norte, cerca del campamento de Artigas.

Los centauros, empapados y semidesnudos, han encendido sus fogones a orillas del monte de talas y espinillos; la carne de la res salvaje se asa en el suelo; los soldados toman mate y cantan, al son de la guitarra, los cantos impregnados de las tristes victorias de la patria; las estrellas estivales de noviembre se

desvanecen en luz de aurora. Homero y Ossián oyen el canto, desde el borde de sus nubes, y reconocen, en la voz de los gauchos orientales, el inconfundible tono de los rapsodas, o de los bardos sinceros, que anuncian las nuevas patrias.

Dorrego advierte que ha avanzado más de lo conveniente; recurre a Entrerríos en busca de refuerzos, y no los consigue; no puede seguir adelante, sin dejar abandonado su flanco izquierdo y su retaguardia; no debe aventurar una acción, pues sabe que el enemigo ha sido reforzado. Retrocede entonces, y el perseguido se convierte en perseguidor. Rivera, que ha recibido de Artigas 300 hombres, entre ellos 200 blandengues, lo mejor de las tropas orientales, una pieza de artillería y las milicias de Gadea, vuela en pos del enemigo, que ha retrogradado hacia el Río Negro. Las guerrillas perseguidoras, conducidas por Lavalleja y Bauzá, doblan las avanzadas de Dorrego, y las empujan hacia *Mercedes;* Dorrego abandona la villa precipitadamente y se refugia en *Soriano,* para agrupar sus elementos dispersos. No es posible: el ágil enemigo no le da un momento de reposo; está ya cerca, y le obliga a continuar su fuga hacia el Sur; en ella, en un pequeño entrevero, Dorrego está a punto de caer prisionero al vadear el *Bizcocho.* Tampoco puede sostenerse en *San Salvador,* como esperaba; se corre a *las Vacas,* más al Sur, donde disputa el paso al enemigo durante tres horas de porfiada lucha. Es desalojado, y sigue, sigue hacia el Sur. Se encierra, por fin, tras los muros de la *Colonia,* sobre el Río de la Plata. Durante su retirada ha perdido 400 hombres, entre muertos, heridos y dispersos, e inutilizado sus caballadas. Es una larga derrota. El primer acto de este drama clásico está terminado.

Rivera deja a Lavalleja, con 200 hombres, en observación de Dorrego, y regresa al Norte, a buscar a Artigas.

Soler, el comandante militar, que se había dirigido a la *Florida* a observar el desarrollo de las operaciones de Dorrego y prestarle auxilio en caso necesario, recibe, el 8 de diciembre de 1814, el oficio en que éste le comunica su desastrosa retirada; refuerza el ejército con todas las fuerzas de que puede disponer —230 hombres de Ortiguera, 270 fusileros a caballo, 160 granaderos de infantería, 60 soldados del número 10, y 50 artilleros que se le envían de Montevideo— y, reunido con Dorrego en San José, acuerda, en consejo de jefes, un nuevo plan de campaña.

Dorrego recibe orden de buscar y atacar a Artigas, dondequiera que lo encuentre. Éste se halla en el Norte, atraída su atención por los acontecimientos de la Banda Occidental del Uruguay, donde Perugorría, caudillo de la provincia de Corrientes, ha desconocido su autoridad, y Valdenegro, enviado por Buenos Aires como gobernador de la provincia, ha derrotado a Blas Basualdo, capitán de Artigas, y amenaza caer sobre éste por la espalda. Esa defección de Perugorría, en ese momento de suprema expectativa, pudo haber sido, efectivamente, un golpe de muerte para el caudillo oriental y para su causa. Artigas sube hacia el Norte; envía recursos e instrucciones a Basualdo, y éste, después de derrotar y hacer prisionero al capitán traidor, restablece en Corrientes el predominio de Artigas. Perugorría fué condenado a muerte, previo consejo de guerra.

Artigas vuelve de nuevo la vista hacia la Banda Oriental. Dorrego avanza en su busca; ha cruzado el

Río Negro, forzando los pasos, después de librar combates con éxito vario.

Ha subido hasta el Queguay, donde recibe refuerzos de artillería de Valdenegro; ha acampado, por fin, en las caídas del *Arroyo Arerunguá*, a media legua del *Paso de Guayabos* o del *Guayabo*, y cerca del cerro del *Arbolito*, que domina el campo.

Al día siguiente, en la mañana del 10 de enero de 1815, sus descubridores le anuncian que una partida enemiga está en el paso del arroyo. Dorrego cruza éste tras la partida, que se repliega sin hacer resistencia, pues su propósito es el de atraerle. Y del otro lado, a 400 metros del arroyo, halla formado al enemigo, que le espera, que anhela el combate decisivo.

Artigas ha enviado allí todos los elementos de que ha podido disponer, y que están al mando de Rivera. Mil doscientos hombres de cada parte van a librar la acción.

Rivera estaba en orden de batalla: la infantería en el centro, en ala; detrás, una pieza de artillería, servida por 60 hombres; en los flancos, la caballería; en el izquierdo, los blandengues, mandados por Bauzá, y algunas milicias, apoyados en una zanja y protegidos por un corral de piedra; en el derecho, las milicias de Soriano, Mercedes y Paysandú, y el escuadrón de Lavalleja.

Dorrego tendió rápidamente su línea de combate: a la derecha, los granaderos a caballo; en el centro, el número 3, una pieza de artillería y los granaderos de infantería; en el costado izquierdo, los dragones; 50 hombres a caballo constituían la reserva.

Lavalleja inicia el combate, a las doce del día, rompiendo el fuego con vigor, amagando cargas y simu-



lando retiradas, para atraer al enemigo hacia una hondonada, en que están los blandengues de Bauzá. Los orientales protegidos por el corral de piedra son desalojados, y en vano intentan repetidas veces recuperar la posición, conservada por los granaderos a caballo de Dorrego. Éste avanza hacia allí con toda su línea, y se empeña un combate de fusilería, que dura varias horas. Un grupo de europeos, encabezados por un sargento, se pasa en ese momento a las filas orientales; son los soldados españoles de Vigodet que Alvear forzó al servicio, tras la violada capitulación de Montevideo, y que han sido traídos a pie, con penurias de toda laya. Rivera amaga entonces una carga contra la caballería enemiga, y simula, como Lavalleja, una huída para atraerla, como la atrae, por fin, al sitio en que está Bauzá con sus blandengues. Éste secunda bizarramente el propósito de Rivera. Los blandengues reciben al enemigo con nutridas descargas, que le hacen volver grupas, con intención de rehacerse en la altura; pero aquéllos, saltando a caballo, cargan, sablean y deshacen los escuadrones enemigos, que Dorrego intenta, pero no consigue, reanimar. En ese momento, la caballería oriental lleva una carga pujante contra la infantería enemiga, que ha quedado en descubierto; penetra por su flanco, arrollándolo todo; la empuja en dispersión sobre los escuadrones deshechos por Bauzá, y que en vano pretende reorganizar Dorrego. Todo es arrollado por las lanzas de Rivera y Lavalleja, incluso las reservas, que han llegado a detener y proteger a los batallones destrozados. El desbande se hace general; los enemigos huyen aterrorizados hacia el paso. «En el momento en que nuestras tropas dieron vuelta, dice Dorrego, los enemigos se mezclaron en nuestras filas, y como por



lo general venían desnudos, la tropa los conceptuaba indios, habiendo cobrado sin motivo un gran temor.»

Inútiles fueron los esfuerzos del jefe occidental para iniciar una retirada en orden. El pánico, «que desbarata las cohortes y precipita las derrotas», iba detrás de sus soldados; éstos descargaban sus armas contra los oficiales que pretendían contenerlos y reorganizarlos. «Era tal el pavor que se había apoderado de la tropa, dice Dorrego, que huía de sólo la algazara del enemigo. Yo mismo he visto cerca de 60 hombres corridos por sólo cinco, que los acuchillaban, sin que siquiera se defendieran.»

Las pérdidas del ejército vencido fueron grandes: 200 muertos y heridos, 400 prisioneros y dispersos, 2 carros de municiones, un cañón; hasta el manuscrito del diario de Dorrego cayó en manos del vencedor. Dorrego repasó el Uruguay con sólo 20 hombres. Soler, que recibió en Mercedes la noticia de la derrota, emprendió una marcha desastrosa hacia Montevideo.

La segunda independencia del Uruguay está consumada.

IV

El hermano transplatino ha sido desalojado, con el mismo título con que lo fué la madre transatlántica. Buenos Aires, desgraciadamente, no acaba de convencerse, sin embargo, de la verdad intrínseca, cuyo reconocimiento hubiera sido, en el Plata, lo que en el Pacífico el de la personalidad de Chile o del Perú; no se convence de que la Provincia Oriental es una persona idéntica a la occidental. Lo único de que se persuade es de que la conservación de la conquista de Montevi-

deo es imposible, y se resuelve a abandonarla por ahora.

En el mismo momento en que se libraba el combate del *Guayabo* (10 de enero de 1815), el joven Alvear tomaba posesión, en Buenos Aires, del cargo de Director Supremo de las Provincias Unidas. El director Posadas lo había abandonado el día anterior, «para retirarse, decía, al silencio de su casa, meditar en la nada del hombre, y dejar a sus hijos consejos por herencia».

Es, pues, Alvear quien tiene que entregar a Artigas las llaves de Montevideo.

La elevación al poder, en Buenos Aires, de ese joven dictador es precaria; sólo consigue conservarse en él a fuerza de despóticas violencias, y sosteniendo una lucha intestina, en la que caerá dentro de tres meses, al pretender buscar el desquite del *Guayabo*. Se somete, pues, a tratar con Artigas, y le envía comisionados a ofrecerle la paz, la unión. ¡La unión de Alvear y de Artigas para la consecución de un ideal común!

El Jefe de los Orientales acepta, una vez más, los parlamentarios. Exige el retiro de las tropas de Montevideo y de Entrerríos, para cesar en las hostilidades; reitera, en suma, sus bases angulares. Alvear se persuade de que nada es posible hacer con aquel hombre inconmovible. Con él no hay protectorado posible de Inglaterra, ni de potencia alguna civilizada. Se resuelve, pues, a entregar a los orientales su tierra: ordena la inmediata evacuación de Montevideo.

Las tropas de Buenos Aires se van; pero se van llevándose todo cuanto les es posible arrebatar de lo que allí ha quedado: artillería, armas, municiones. Es preciso desarmarlo, aniquilarlo todo, en aquel

foco de infección republicana; hasta los archivos son entregados al populacho, que los dispersa y destruye.

Una catástrofe espantosa vino entonces a poner término a aquella faena desatentada. Los jefes han recibido orden de echar al agua todo elemento de guerra que no sea posible transportar. En ese caso está la gran cantidad de pólvora depositada en unas robustas construcciones de piedra llamadas *Bóvedas*, cuyas ventanas se miran en la bahía. Los soldados, provistos de palas, arrojan precipitadamente la pólvora al mar, por las ventanas de los depósitos. Choca una pala en la piedra del muro, salta una chispa, y una explosión formidable, que sacude los cimientos de la ciudad, anuncia a sus habitantes, consternados, el fin de la dominación porteña en el Uruguay. Tres polvorines han volado; el humo, como una maldición de las noches subterráneas, sube al cielo y envuelve la ciudad: 120 cadáveres han quedado sepultados bajo las ruinas.

Las tropas de Buenos Aires se van silenciosas, al son de sus lúgubres tambores, dejando el recuerdo de una dominación mucho más angustiosa que la de España. Se van el 25 de febrero de 1815. El 27, los soldados de la patria, doscientos hombres, al mando del comandante don José Llupes, de las fuerzas de Otorgués, toman posesión de la plaza.

Los orientales, dueños por fin de su tierra, recogen lo que ha quedado de la ciudad reconquistada: lo que la hermana conquistadora no ha podido arrebatar o destruir. Ha quedado bastante, sin embargo; basta y sobra para enarbolar la bandera vencedora.

V

Y la bandera, la tricolor que flotaba en el rastrillo de Rondeau, se enarbola, por fin, en Montevideo; por fin Artigas ha cumplido su promesa a la Junta de Mayo, de arriar de aquella fortaleza todo pabellón extraño, y de substituirlo «por el estandarte de la libertad».

No fué éste levantado, por cierto, en las condiciones en que Alvear enarboló el suyo transitorio. Asistamos, amigos artistas, a ese acto del 26 de marzo de 1815, que los orientales conmemoramos, y no sin causa, con alegría.

A la entrada de Llupes, Otorgués, su jefe, ha quedado con el ejército en las afueras de la ciudad, en el *Miguelete*, a la espera de las órdenes e instrucciones del Jefe del Estado. Llegan éstas el 16 de marzo, y Otorgués, que ha recibido el nombramiento de gobernador militar, hace su triunfal entrada el 19, se instala en el fuerte de gobierno, en que el Cabildo, que ha estado en comunicación con él y obrado según sus órdenes, le ha dispuesto el alojamiento lujoso que él quería, y enarbola allí, el 26 de aquel mes de marzo de 1815, la bandera tricolor.

Las instrucciones de Artigas fueron categóricas al respecto, y nos hacen oir, una vez más, la nota imaginativa y pasional que tan a menudo hallamos en su carácter. Según ellas, la bandera tricolor debía ser izada con solemnidad; había de ser el Pueblo Oriental, todo él, quien con ella tomara posesión de aquella tierra y de aquel cielo que eran suyos. Nuestra primer fiesta patria fué decretada por quien sabía de glorias

nacionales. «Para las seis del día de mañana, escribe Otorgués al Cabildo, he dispuesto que se orle la bandera tricolor en esta fortaleza. V. E., que tanta parte toma en las glorias de la patria, no dudo se dignará asistir a este acto tan honroso al nombre oriental.»

El Cabildo, de gran gala, concurrió en corporación; el pueblo en masa, lleno de alegría; la bandera, bendecida en la iglesia matriz, después de solemne *Te Deum*, fué izada en medio de estrépitos militares y de aclamaciones populares.

Una nueva solemnidad tuvo lugar poco después, el 25 de mayo, dispuesta también por Artigas. Éste quiso que el quinto aniversario de la revolución fuese celebrado con el juramento de las tropas a la bandera nacional en el patio de armas de la ciudadela, y con la primera aparición de sus colores en los baluartes. Así se hizo: después de los honores religiosos y militares, aquel pabellón flotó, saludado por los cañones que fueron españoles, en la batería del Norte, *Bastión de San Fernando*. Era un día de gran sol. Y, en la noche, salieron todas las estrellas.

Los entusiasmos populares a que aquellos actos dieron ocasión han llegado hasta nosotros con todo su ambiente matinal: salvas de artillería, desfiles de soldados, romerías, iluminaciones nocturnas de antorchas y candilejas, y colgaduras en las ventanas, y rondas de guitarras por las calles. Una nota de color descuella para mí entre las muchas que tenemos, por su gracia, y también por su significado. Era menester que la bandera que se izase fuera en sí misma un acontecimiento; diez y nueve varas de largo debía medir, por nueve de ancho, según el proyecto del señor Roo, aprobado por el municipio. Pero

no contó éste con una seria dificultad: en aquella nuestra ciudad de Montevideo, desmantelada por el sitio, no se pudo encontrar tela suficiente para tamaña bandera. Hubo, pues, de desistirse del proyecto, en cuanto a sus proporciones materiales.

Pero las morales de aquellos júbilos de nuestro pueblo al sentirse libre, libre por fin, amigos artistas, aunque sin tela suficiente para su primera insignia patria, nos revela la firme subconciencia que tiene de su destino. Ese pabellón tricolor en el baluarte del Atlántico representa, notémoslo bien, amigos míos, *el primer acto de plena soberanía de la nación que depuso al virrey español en la plaza de Buenos Aires;* el *héroe anónimo* de aquel día es ya un hombre; tiene su nombre propio.

Bien vale, pues, la pena de que hablemos algo de eso, complementando datos anteriores: de las dos banderas que, como dos nebulosas desprendidas del vapor cósmico de la revolución, se formaron a ambos lados del Plata: la una, la más difusa, se tiñe de celeste y blanco; la otra, como el espectro de un astro más conglomerado, toma la coloración roja en una banda diagonal que se proyecta en la nube.

En la Banda Occidental encabezada por Buenos Aires no existe, como sabemos, en 1814, ni puede existir una bandera, porque la independencia, si bien latente en aquel pueblo, no ha sido declarada por quien aparece como su órgano de relación con las demás naciones. En Buenos Aires se gobierna, con más o menos sinceridad, pero expresamente, a nombre y representación de Fernando VII. Será ésa la razón que darán muy pronto los Estados Unidos para conciliar sus relaciones con España con la aceptación de agentes consulares de Buenos Aires; éstos son,

para la patria de Washington, funcionarios españoles, enviados de Fernando, y como tales son autorizados por sus propios comitentes.

Pero en la Banda Oriental es otra cosa; Artigas, su genuino representante, reconocido por propios y extraños, no invoca al rey como fuente de su autoridad; el nombre de Fernando está suprimido *expresamente* hasta de las preces de la Iglesia para substituirlo por el de la patria. «Mi autoridad emana de vosotros, dijo a los representantes de su pueblo, y ella cesa por vuestra presencia soberana.»

Bien es verdad que el noble signo celeste y blanco, que hoy amamos por igual los *argentinos o platenses*, los orientales y los occidentales del Río de la Plata, había comenzado ya a ostentarse en Buenos Aires, como escarapela primero, y como estandarte de guerra después; como tal ha flotado en las naves de Brown, y en el ejército de Alvear. Pero no sólo no había sido sancionado por ninguna entidad representativa, sino que su propia historia nos fija el sentido entonces de aquel predestinado emblema. Es el caso de que conozcamos esa historia; que la complementemos, mejor dicho, porque ya tuvimos ocasión de hablar de esos amables colores la primera vez que Belgrano los mostró, en forma de bandera, a sus soldados, en el Rosario, en 1812.

Si severa fué la orden que entonces recibió, y que os hice conocer, de arriar aquella imprudente bandera y substituirla por la española que se usaba en Buenos Aires, no lo fué menos, sino más, la reprensión de que fué objeto cuando, con toda inocencia, pues la primera intimación no había llegado a sus manos, repitió el acto del Rosario en Jujuy, el 25 de mayo de aquel año, para celebrar el aniversario de la revo-

lución. Belgrano se vió obligado a ocultar de nuevo su insignia, reservándola, según decía, «para el día de una gran victoria». Fueron, pues, los colores españoles los que presenciaron la obtenida providencialmente el 24 de septiembre en Tucumán, como fueron éllos los solos testigos de los combates intrépidos de Brown.

Pero conseguida aquélla, el general victorioso se juzgó habilitado para hacer reconocer de su ejército el predestinado signo, no sin hacer coincidir su juramento con el de obediencia al nuevo gobierno organizado por la Asamblea General Constituyente, recién instalada en la capital, y de que Alvear era el árbitro.

La nueva bandera, pues, atravesada por la espada de Belgrano en forma de cruz, recibió el juramento de las tropas en el arroyo de *Pasajes*, llamado desde entonces *del Juramento*, el 13 de febrero de 1813; precisamente cuando, del otro lado del Plata, nacía la bandera tricolor. Y aquella cruz simbólica llenó de sus resplandores el cielo de *Salta*, el 20 del mismo mes. *In hoc signo vinces.*

No fué adoptada, sin embargo, como bandera de la nación, sino como distintivo del ejército, y en forma tácita; sólo lo fué expresa en julio de 1816, en que el Congreso de Tucumán, después de declarada la independencia el día 9, sancionó lo siguiente, que se lee en el acta del 25: «Elevadas las Provincias Unidas de Sud América al rango de nación, después de la declaratoria solemne de su independencia, será su peculiar distintivo la bandera celeste y blanca de que se ha usado hasta el presente y *se usará en lo sucesivo exclusivamente en los ejércitos, buques y fortalezas, en clase de bandera menor, ínterin, decretada*

al término de las presentes discusiones la forma de gobierno más conveniente al territorio, se fijen, con arreglo a ella, los jeroglíficos de la bandera mayor.»

He ahí que aquellos nobles colores, distintivo sólo de guerra todavía, quedan a la espera de los jeroglíficos que los transformarán o no en una bandera nacional. Si ellos son los que quiere Belgrano, serán los de una nueva monarquía, como lo serán si se lleva a ejecución el pensamiento del Congreso casi unánime, o el del general San Martín, que, a fines de 1816, ha levantado aquella bandera menor en Mendoza, para hacerla mayor por veredicto de la gloria, que la llama desde los Andes.

Artigas ha creado entretanto ese estandarte tricolor que enarbola en el Baluarte Norte de Montevideo. Y ésa sí que es una bandera mayor y definitiva; lo que se llama una bandera: el signo de una nueva nación republicana que se ha levantado «a la faz de la tierra». El héroe oriental de la revolución ha adoptado, como no podía menos, los colores de Mayo, el azul y blanco que distinguió al *héroe anónimo,* al verdadero autor de aquella revolución, en la plaza de Buenos Aires; pero, como si, intérprete del pueblo, quisiera preservarlos de toda profanación; como si hubiera querido no dejar allí espacio para escribir otra cosa, tacha o rubrica aquel documento de gloria con una raya roja diagonal que lo atraviesa de parte a parte. Y la bandera fué: la bandera republicana de América.

Aquel chorro de sangre o toque de fuego fué la piedra hecha ascua que purificó los labios del profeta; no saldrá de allí más palabra que la de Verdad.

La bandera que de eso ha resultado se impone a



quien la mira por primera vez, como una cosa extraña, hecha con cierta torpeza o precipitación nerviosa, obra de un niño o de un alucinado. «La bandera inspirada» la llamó Rodó, al encontrarse con esa impresión en su propio espíritu. No se ve en ella, efectivamente, la mano del artífice de blasón; nadie la ha compuesto; parece un pájaro policromo de nueva especie, que ha salido de la espesura del pueblo enmarañado, y retuerce en el aire la larga cola extravagante, y mueve de un lado a otro la cabeza sonora, parecida a un casco.

Ahí la tenemos, pues, posada en el viejo baluarte de Montevideo, en el extremo del continente, como en una roca del mar; ahuyenta de todos los horizontes todos los colores extranjeros; suyo es el Atlántico; suyo y de su progenie.

Fué, pues, Montevideo, al enarbolarla, la primera capital emancipada, *sui juris*, en nuestra América austral; la primera metrópoli republicana que, sin reserva mental alguna, se gobierna a nombre del pueblo; la bandera americana.

El arte del blasón acudió entonces a comentar, con sus motes y heráldicas empresas, el sentido del no estudiado pabellón. Y vemos aparecer entonces, al lado de éste, el escudo nacional que, en substitución del de castillos y leones y flores de lis, ocupará la clave de la señorial fortaleza. Una cimera de plumas de avestruz americano lo corona; está cortado en dos cuarteles: en el *jefe*, o cuartel superior azul, un sol naciente brota del mar; en el inferior, un brazo desnudo sostiene una balanza proyectada en campo blanco. En la orla roja, el pensamiento, todo el genial pensamiento de Artigas, y todo el carácter de su

figura histórica, han tomado la forma heráldica, en este lema o divisa luminosa:

CON LIBERTAD NI OFENDO NI TEMO

Aquí tenéis, amigos artistas, un dibujo de ese escudo nuevo, imaginado por aquel hombre singular.

Y también la bandera, la que se alzó en el fuerte de gobierno el 26 de marzo de 1815; la que, en ese 25 de mayo, se enarboló en el bastión Norte de la ciudadela: tres fajas horizontales: de *azur*, como dice el arte antiguo, la alta y la baja; blanca la central, tronchadas todas tres por una banda roja diagonal, del ángulo superior diestro al inferior siniestro: *banda de gules*, diría, en su lengua, el viejo heraldo del blasón.

Es preciso que miremos largamente ese estandarte, amigos míos.

Si advirtierais en mí un si es no es de emoción candorosa al hablaros de él, es preciso que me miréis con piadoso corazón. Yo bien me sé que, al detenerme en estas *pequeñeces*, corro el peligro de rayar en el énfasis ingenuo. Y eso es de mal gusto para algunos; bien lo sé. ¡Qué le hemos de hacer!

Yo debo ser sincero con vosotros. Que de algo me ha de servir, alguna que otra vez, estar conversando con artistas y no con leguleyos, mercaderes, retóricos o contadores patentados.

Vosotros conocéis, tanto como yo, y acaso más que yo, el ignoto poder de las banderas sobre las almas sencillas. Y la mía lo es; no tengo empacho en confesarlo, reclamando absolución.

Pues bien: nosotros, los orientales, poseemos hoy nuestra bandera nacional, la que simboliza la patria, y es conocida de todo el mundo; fué creada por la

Asamblea de la nación, según ley de diciembre de 1828, modificada en junio de 1830, cuando el recuerdo de Artigas parecía escondido entre las nubes. Quedó fundida en el pabellón nuevo, sin embargo, en el sol heráldico que lo corona, la franja roja diagonal del pabellón antiguo. Que el sol es rojo; es un incendio navegante por los espacios. Miremos, pues, esa bandera; es ésta que aquí tenéis, listada de azul y blanco: cuatro fajas de *azur* en campo de plata, nueve fajas bicolores, con el sol de oro cenital, en el cantón diestro superior de plata. Convengamos en que es hermosa. No hay nada más amable entre las nobles criaturas que diluyen sus colores en el aire. Esta encantadora bandera, que aman y conocen los niños y los ancianos, y las tierras y los mares remotos, es el símbolo, pujante y laborioso, de la patria soberana, definitiva, constituída; es la bandera viva. Bendita sea. Y que ella viva mientras haya colores en la luz.

¡Pero esta vieja de Artigas, que desprendo conmovido de la antigua ciudadela, para ponerla en vuestras manos! ¡Ésta de los primeros holocaustos, que beso en vuestra presencia, amigos artistas, porque sois mis hermanos en la belleza... ésta es nuestra bandera muerta. Esa larga y roja cicatriz, que atraviesa sus tres fajas, es la herida de gloria que la mató. Murió de libertad. La historia que os estoy enseñando no es otra que la de esa bandera, amigos míos; la de su vida, y la de su martirio.

¡Muerta! Pues bien, no. Yo os aseguro que no lo está: vive la vida de los dioses inmortales, la subterránea del mito heroico, la interminable, la insondable del silencio, que, como lo dijimos otra vez, es el estado divino, el eterno, porque todo ruido es limitado y pasajero.

¡Nuestra bandera de Artigas!

El pabellón listado, que hoy enarbolamos para distinguirnos, es la patria que nos protege, la pujante, la llena de sol; es objeto de amor, y elemento también de fuerza, de trabajo, de progreso y bienestar. Pero la otra, la que sangra por su grieta diagonal, ésta de Artigas que os estoy mostrando, ésta es inútil, no sirve para nada. Y por eso es lo que es: sólo amor, gloria, belleza. Es la patria que protegemos, objeto de contemplación, tesoro, culto, abolengo, signo de fiera estirpe, de noble raza.

Esa es también nuestra, amigos míos; lo será siempre; creemos sentirla, detrás de la blanca y azul, como sombra acompañante, como aquel arcángel que, con su espada de fuego, guardaba la puerta del paraíso. En nuestros días de recuerdos nacionales, esa vieja bandera reaparece en nuestros aires, pasa por ellos goteando recuerdos de su herida, y se vuelve, cuando el sol se pone, a su inmortal silencio...

Si esta patria llegara a peligrar algún día, oh amigos, entonces se vería bien cómo la bandera de Artigas no está muerta. Será, para los orientales, lo que el viejo crucifijo recogido de las manos de la madre yacente: no se mira a menudo; sirve poco o nada en la vida cotidiana... pero sirve para morir.

Algo de eso está escrito, me parece, en la divisa misteriosa que en su escudo grabó Artigas:

CON LIBERTAD NI OFENDO NI TEMO

O yo sé poco, o es ése el lema más perpetuo que pueblo libre pudo adoptar.

¿Cómo formó nuestro Artigas esa frase inconsútil? ¿Dónde y cuándo se le apareció?



Bien... bien... Pasemos a otra cosa; a asuntos de más peso. Bastante tiempo hemos perdido, para los hombres sabios, filósofos, personas ocupadas, diligentes rebuscadores de documentos, etc., en hablar de estas cosas que parecen niñerías: escudos... banderas... Casi no me explico cómo yo, hombre serio, me he sentido conmovido, al daros el escudo y el desangrado pabellón de Artigas. Y hasta he llegado a creer que podía provocar en vuestro organismo, por simpatía fisiológica, la misteriosa vibración del mío.

Pasemos, pues, a lo muy serio... pero sin dejar de convenir, una vez más, en que la divisa es noble.

Y es serena y fuerte, como el mar sin límites:

CON LIBERTAD NI OFENDO NI TEMO

CONFERENCIA XV

EL GOBIERNO DEL HÉROE

El Hervidero.—La Meseta de Artigas.—Purificación.—Artigas, arquitecto de patrias.—Religión de Artigas.—Las tristezas íntimas del héroe.—La esposa enferma.—El hijo.—La Iglesia y el Estado.—El templo y la escuela.—Anécdotas.—Gobierno de Artigas.—Destitución de Otorgués.—Espíritu democrático.—La vida social en Montevideo.—Artigas y Larrañaga.—Semblanza de Larrañaga.—Su viaje a Paysandú y su descripción de Artigas.—La Biblioteca.—El protector en su despacho.—Artigas legislador, juez, maestro, pacificador.—La raza indígena.—Relaciones exteriores.—Unión aduanera.—Títulos y tratamientos.—Desinterés del héroe.—Los honorarios del Libertador.

I

Artistas amigos:

El 26 de marzo de 1815 se enarbola, en la ciudadela de Montevideo, el pabellón de la primera patria rioplatense independiente, de la patria de Artigas.

El 20 de enero de 1817, apenas dos años después, esa bandera será arrancada de allí, y substituída por otra.

¿Volverá a flotar en ese muro la de oro y llama de la metrópoli española?



Ese fué el ensueño de los peninsulares residentes en Montevideo, que, día a día, esperaron, por largo tiempo, la llegada de una escuadra que había de venir, que no podía menos que venir: los buques fantasmas. Eran *entes de razón;* no llegaron nunca felizmente. No: la gran señora Hispania no volverá más, como dueña, al hogar emancipado de sus buenos hijos uruguayos, que la despidieron con vigor, pero sin odio; no volverá más como dueña, sin por eso perder el carácter de madre. Artigas no la odió jamás por ser España, y mucho menos por ser madre, sino por negarse a serlo de un hijo digno de su sangre. Que fué América quien, al desprenderse de aquélla, la hizo fecunda generatriz de seres de su especie.

Tampoco la bandera inglesa volverá a flotar en el baluarte uruguayo, ni tiene por qué ni para qué, la muy exótica; no volverá, yo os lo aseguro, a pesar de que, como lo sabéis, el director Alvear la está llamando, no sólo a Montevideo, sino también a Buenos Aires y a todo el virreinato.

¿Será entonces la blanca y azul de Belgrano, la del Estado Occidental?...

No, mis amigos; ahora menos que nunca. Si eso hubiera sido posible, la campaña del *Guayabo,* tan injustamente provocada, hubiera roto toda comunidad de bandera entre los hermanos de ambos márgenes del Plata, por más que, como España madre, no han dejado ellos de ser hermanos, ni dejarán de serlo. Pero no era posible. Recordad lo que os dije cuando os expuse la situación especialísima de este territorio atlántico subtropical; no lo debéis perder de vista ni un instante, si queréis permanecer en la región de las *causas,* obscura y silenciosa, en que se engendran y nacen las banderas que vuelan en el aire.

El pabellón que va a venir no puede ser otro que el portugués, el hermano del español. Vosotros lo sabéis, y sabéis el porqué.

Esta tierra oriental forma parte, geológicamente, de la isla o continente del Brasil, del levantamiento atlántico, distinto del gran macizo andino; ya os lo dije al principio. Recordad que el ensueño de Portugal es hacer suyo todo ese continente, dando por límite a sus dominios el Río de la Plata, que lo recorta por el Sur y lo separa del macizo occidental.

El portugués cuenta con ese factor geológico, que atrae a su seno la Provincia Oriental; pero prescinde de los otros factores que la separan con doble energía: el climatérico, el sociológico y el histórico, el histórico sobre todo, que son la sugestión inmediata, determinante de la acción en los pueblos.

Portugal espera su hora, y ésta no podía ser otra que aquella en que la Provincia Oriental se desprendiera de la unión con las demás provincias españolas de la región occidental, sus hermanas; la hora en que aquélla se encontrara sola, abandonada, entregada acaso por sus afines. Ahora la cree sola, la considera, y no sin causa, abandonada, y va a lanzarse sobre ella. Peio, si está abandonada de la oligarquía de Buenos Aires, no lo está del pueblo argentino. es a éste a quien Artigas debe y quiere conservar en defensa propia y de la causa americana. He ahí el problema: cuál de esos dos espíritus es el que se inocula en aquel pueblo, y cuál el que triunfa en él y con él.

Pensad bien en esto, yo os lo ıuego, mis amigos artistas; pensad bien en esto, que es de capitalísima importancia.

Sólo así comprenderéis lo que aquí podría llamarse el secreto manifiesto de Goethe—manifiesto a todo

el mundo, y visto sólo por los héroes, según el sociólogo inglés,—y que no es otra cosa que el huevo de Colón de nuestra tradición española. Sólo así comprenderéis por qué Artigas, el vidente, después de hacer al Estado Oriental dueño de sí mismo, no aceptará su desmembración absoluta e inmediata de los demás estados rioplatenses, sino que, por el contrario, luchará por la autonomía *dentro de la alianza o federación*; pugnará por imponer ésta, en nombre, no sólo del pueblo oriental, sino también del argentino, y de la causa americana, a los que pretendan prescindir de la voluntad de los pueblos en la solución del gran problema.

La desmembración absoluta, la soledad de la Provincia Oriental, entrañaba su caída en poder del extranjero, como la soledad de todos los otros estados americanos, o de cualquiera de ellos, significaba la caída en poder de España del que se encontrara solo primeramente, y de todos los demás después. La América española era indivisible; la unión, el mutuo auxilio, la federación, o como queráis llamarle, era ley intrínseca de su revolución; constituía su propia esencia. Hablo de la federación internacional, que no debe confundirse, según ya os lo he dicho, con la forma de organización política interna de los distintos estados; me refiero a la federación formada por el común esfuerzo contra los enemigos comunes de la independencia, que el genio visionario de Bolívar llegó a creer posible ya entonces, empíricamente, como organización normal del continente americano, y que Artigas hizo verdad práctica en los estados del Plata; pienso en la federación del porvenir, que acaso vinculará a todos los pueblos *ibéricos* en un propósito solidario, sin que pierdan por eso su personalidad.

No tengo por profundo conocedor de la historia al que dice, pongo por caso, que San Martín con los argentinos, incluídos entre éstos los de la región oriental, dieron libertad a Chile porque le prestaron su apoyo, o que Chile y los rioplatenses la dieron al Perú. No es tampoco muy digna de respeto la afirmación según la cual Bolívar, el héroe venezolano, hizo la independencia de cinco repúblicas, y todo lo demás que ha solido decirse por ahí. Lo que todos hicieron fué dar libertad a la América hispánica, darse la libertad a sí mismos, combatiendo el incendio o extirpando el hormiguero, no sólo en casa o campo propios, sino también en la casa o en el campo del hermano vecino, de donde había de propagarse de nuevo. No era, pues, un servicio el que prestaban los libertadores, al cruzar fronteras y respetarlas después: era un deber de solidaridad americana el que cumplían.

En ese deber estaban los estados occidentales del Plata, Buenos Aires especialmente, con relación al oriental, su hermano, que tanto había contribuído a la común independencia, y a quien, según la Junta de Mayo, «la patria argentina era deudora de los días de gloria que más la honran»; residía, pues, en aquél, un derecho perfecto, correlativo de tal deber. Y era ese derecho el que ejercía Artigas, que se consideraba, *ante todo*, caudillo americano, al acaudillar las provincias occidentales de Entrerríos, Santa Fe, Córdoba, etc., y aun la de Buenos Aires; al fomentar y difundir en ellas el espíritu de autonomía, germen de la futura federación interna, y al imponer con ellas, a la oligarquía gobernante en Buenos Aires, el cumplimiento del deber de mutuo auxilio, que estaba en las mismas entrañas de la revolución de América.

Desgraciadamente, en Buenos Aires estaba el centro de los recursos, de que la oligarquía se consideraba propietaria exclusiva, como producto de la ciudad, y, sobre todo, el de la política secreta, el de la diplomacia ignorada de los pueblos. Y ésta será la que, en un momento dado, triunfará.

Con esa llave, mis queridos artistas, seguiréis abriendo la puerta de la historia argentina, que es necesario abrir de par en par. Cerrada lo ha estado, y bien herméticamente al parecer, para los que, maliciosos o ignorantes (inclinémonos caritativamente a lo segundo), han hablado aquí de guerra declarada por Artigas *a los argentinos*, de enemistades *entre ambos pueblos* y de otras majaderías de ese jaez. De todo podían tener aquellos directorios, o logias, o bandos, de la comuna de Buenos Aires con que tuvo que luchar el gran caudillo, de todo menos de cabeza de aquel pueblo, que entonces era uno solo. El Buenos Aires político, que tanto conocemos, era entonces menos cabeza de Córdoba, o Santa Fe, o Salta, menos aun, si cabe, que de la Banda Oriental; aquellos hombres eran más ajenos a Jujuy que a Montevideo, no os quepa duda.

¡Artigas enemigo del pueblo argentino! Abramos, amigos artistas, esas amplias puertas de la historia; sepamos, a ciencia cierta, de los amigos y de los enemigos de la patria común de argentinos y orientales. Os saldrá al encuentro, de entre la sombra disipada, el hombre de paz por excelencia, el grande inmortal amigo de aquellos pueblos.

II

Y bien, amigos; llega el momento de que observemos a nuestro modelo en su más épica actitud; de que lo miremos de alto a bajo. Quien conociera a Artigas sólo por las historias que han corrido por esos mundos de Dios, sin excluir muchas de las no malintencionadas, no sabría sino de la misa la media, como suele decirse; acaso admirara en él al caudillo armipotente, especie de Aquiles, destructor de ciudadelas; pero no sospecharía su rasgo verdaderamente original y heroico. El general Mitre, que fué su injusto detractor, inició una especie de reparación de sus agravios, en un boceto histórico que acaba de revelarnos Rodríguez. «Artigas, escribía Mitre en 1881, es una especie de mito, de que todos hablan y ninguno conoce, y cuyo significado histórico es más complejo de lo que a primera vista parece.» Y dice, además: «Es el tipo del caudillo, jefe de su escuela; representa un sistema y un pueblo. Es el Rómulo de la Banda Oriental; el fundador de su independencia, como su familia lo fué de su población.»

Rómulo... Rómulo... En fin, pase; algo puede eso significar en boca de Mitre; pero no me gusta el parangón. Ese Rómulo de la leyenda, el hijo de la vestal, el amamantado por la loba, nos sugiere la idea del fundador; pero del fundador aventurero, matador de Remo, raptor de sabinas y lo demás que por ahí se cuenta. Y Artigas no era eso, sino lo que voy a enseñaros ahora, al presentaros vuestro modelo en la actitud que lo hace aparecer, efectivamente, como una especie de mito: en la de constructor de cimien-

tos de democracia. Sólo quien se sienta capaz de amarlo estará habilitado para comprenderlo.

Desalojados, pues, del Estado Oriental todos los extraños, el fundador de la patria no entra, sin embargo, en Montevideo, a vestirse de los atributos exteriores de la realeza, o del poder, y a ser proclamado Presidente, o Gobernador, o Director Supremo, o cualquier otra cosa por ese estilo. Bolívar tenía necesidad de ese natural estímulo del hombre: el triunfo, la aclamación. Su hermosa cabeza reclamaba la corona de laureles, como las cumbres de las montañas sus bosques de pinos. El general San Martín, cuando dominó en el Perú y penetró en Lima, creyó honradamente que sólo con una monarquía podría consolidarse la nueva patria, y recurrió él mismo a la ostentación propia del régimen monárquico; a los accidentes o abalorios.

«No obstante su sencillez espartana, dice Mitre, acusó, en su representación externa, esa influencia enfermiza. Su retrato reemplazó al de Fernando VII en el salón de gobierno; para presentarse ante la multitud con no menos pompa que los antiguos virreyes, se dejaba arrastrar en una carroza tirada por seis caballos, rodeada de una guardia regia, y su severo uniforme de granadero a caballo se recamó profusamente de palmas de oro.»

Artigas es la antítesis de todo eso; él distingue bien los accidentes de las substancias; vive en la realidad de las cosas, y sabe que la conservación y el afianzamiento de la independencia oriental no está en la apariencia, en los títulos o chirimbolos de que se rodee el hombre que la ha creado y la custodia, sino que está en otra parte. Toda ella estriba en el triunfo del principio democrático, identificado con



la autonomía regional de las provincias occidentales, y en la derrota de la tendencia absorbente de Buenos Aires, que es la monarquía española, o inglesa, o cualquier otra más o menos transitoria, en las provincias argentinas. Y, como consecuencia, la monarquía portuguesa en la oriental, es decir, la muerte.

Artigas vió eso con intensísima claridad. Él, que no tenía participación ninguna en los secretos de la Santa Alianza rioplatense, no sabía a ciencia cierta, como lo sabemos hoy nosotros, que el director Alvear, de acuerdo con su Consejo, gestionaba en esos momentos la entrega incondicional de estos países a Inglaterra; tampoco sabía de las diligencias que se hacían entonces por Sarratea, Rivadavia y Belgrano, que ya conocéis, ni de los sanedrines que se congregaban en Río Janeiro, para entregar la Banda Oriental a Portugal. Pero él veía todo eso; lo veía dentro de sí mismo, por intuición profética, por revelación de su dios interior. Él no debía entrar ahora en Montevideo, como no debió entrar con el séquito de Alvear. Su puesto hoy, como entonces, estaba en otra parte. No debía aceptar atributos, ni preeminencias civiles; tenía otra cosa que hacer: defender la independencia de su patria en las provincias occidentales, y cumplir para con éstas el deber de mutuo auxilio contra los enemigos, así fueran interiores o exteriores, de la democracia americana, sinónimo de independencia; acaudillar esas provincias, que lo han aclamado, y prestarles el apoyo oriental, en la lucha que sostienen con la oligarquía.

En esas provincias Artigas ha triunfado, como lo hemos visto; éste es el momento de su apogeo. Corrientes, Entrerríos y Santa Fe le obedecen, enarbolan su bandera, y le dan el título de *Protector de*

los Pueblos Libres; Córdoba sigue el ejemplo: le aclama su libertador y escribe ese título en la hoja de la espada de honor que le consagra. Si quisierais ver esa espada por curiosidad, ella está a la vista en nuestro Museo Nacional, con su inscripción en el acero.

Estaba, pues, Artigas en el caso, no sólo de defender, pero de *gobernar* ese enorme esbozo de nación conglomerada por su genio; de inocularle el principio de vida orgánica; pero de vida propia. eso es lo que aquí debemos estudiar con alguna prolijidad: el gobierno del héroe, originalísimo, múltiple, articulado. Aquello era una materia cósmica palpitante; todo estaba por *formar*, según la ley de su esencia y de su rotación; todo tenía que ser, por ende, original, las adaptaciones inclusive. El héroe tiene que serlo todo: desde maestro de escuela, hasta legislador y juez y gendarme. Veamos, pues, ese clásico fenómeno; no tiene igual en la historia americana.

Artigas deja en Montevideo a Otorgués como gobernador militar, y al Cabildo como autoridad político-administrativa, y él va personalmente, con la bandera tricolor que ha enarbolado en Montevideo, a ponerse en contacto con los pueblos argentinos que ha emancipado de Buenos Aires, y a organizar allí su obra: a dejar en ellos gobiernos, emanados de ellos mismos, que adopten aquella bandera como la de la patria; a estimular la vida autónoma, iniciando la actividad cívica por medio del sufragio libre; delimitando las fronteras de los diversos estados y haciéndolas respetar; fundando escuelas; llamando a todos los hombres al trabajo y al comercio. Para ello cruza el río Uruguay y establece su cuartel general en la villa del Paraná, sobre el río del mismo nombre; desde allí apoya la formación del gobierno propio en

Santa Fe, cuyo pueblo, con la protección de sus tropas, rinde la guarnición de Buenos Aires que lo oprimía; hace otro tanto en Córdoba, donde su intimación escrita al delegado de Buenos Aires es inmediatamente obedecida por éste, que deja al pueblo cordobés en libertad de elegir sus autoridades; organiza los gobiernos autónomos de Entrerríos y Corrientes, que quedan bajo su amparo; coloca a su capitán Andrés Artigas de delegado y gobernador de las Misiones Occidentales, limítrofes, río Paraná por medio, del estado del Paraguay, ya dominado por el doctor Francia; obliga a éste a respetar esa frontera, y hasta tienta derrocarlo, para dar al pueblo paraguayo la disposición de sí mismo; acude, por fin, al llamado de la capital, donde consigue echar abajo la tiranía de Alvear, dejando al pueblo de Buenos Aires, como a los demás, en el uso de sus derechos.

El héroe realiza en las provincias todo eso en solos tres o cuatro meses, como si su persona y su palabra fueran un ensalmo; toda la simiente ha quedado en aquellos surcos. Repasa entonces los ríos Paraná y Uruguay; se vuelve a su tierra. Y, en la costa oriental del Uruguay, funda, con el nombre de *Purificación*, una ciudad original, única en su género, que será la capital de aquella federación embrionaria; el centro de rotación de aquel sistema que se desprende del caos.

Estaba *Purificación*, allá en el Norte, entre nuestras actuales ciudades de Paysandú y Salto, en el sitio en que el río Uruguay toma el nombre de *Hervidero*, a causa de los espumantes remolinos o rompientes que forma la corriente en las asperezas de su cauce. Allí, en la costa oriental, se levanta la que se llama *Meseta de Artigas*, abrupto promontorio sa-

liente, en forma de pirámide trunca, de 45 metros de altura, que recorta a pico sobre el río sus poderosos bancos horizontales de arenisca colorada, cimentados en tosca consistente y dura. Desde la cumbre de ese torreón natural, además de dominarse los canales del río hasta tiro de cañón, y más allá, se ven las tierras de ambas márgenes: las altas barrancas acantiladas y las verdes colinas orientales, de este lado; las costas deprimidas y las fértiles llanuras entrerrianas, del lado opuesto.

Al Norte de esa atalaya estratégica corre el arroyo del *Hervidero,* que se derrama en el Uruguay; y, entre el arroyo y la meseta, estableció Artigas ése su *Cuartel General* de que hablamos, primera capital de la confederación argentina: la ciudad de *Purificación.* Aquél será el centro de sus operaciones en ambas márgenes del Uruguay; centro estratégico, sobre todo si se tiene en cuenta que, como lo estableció Artigas en sus *Instrucciones,* los límites del Uruguay son, por el Norte, la línea divisoria de los dominios españoles y portugueses. El Estado comprendía, por consiguiente, las Misiones Orientales: toda la región atlántica subtropical, de que tanto hemos hablado.

Es preciso que nos detengamos a mirar en este momento al fundador de la patria, ya que estamos en el caso de fijarnos especialmente en sus actitudes estéticas. Nada más mitológico que esta página de nuestra historia, y nada que mejor defina aquella singularísima figura. Vamos a estudiar su gobierno, no con arreglo a los manuales o patrones, sino de acuerdo con la inspiración del hombre *que conversa con verdades.*

Artigas, al trazar el circuito de *Purificación,* tiene



un carácter homérico, que lo aleja del presente y lo coloca entre aquellos fundadores de pueblos que iniciaban su empresa cavando y defendiendo los fosos de la ciudad primitiva, y cerrando con un muro el sagrado recinto, que la leyenda poblará de sus supersticiones heroicas. Aquí se evoca, efectivamente, la figura del Rómulo que Mitre creyó entrever, la del *mito* o *enigma* que el ilustre argentino reconoció, cuando menos, en aquel hombre indescifrado. *Purificación* es la ciudad uruguaya; no es hija de conquistadores, es la primogénita. Allí no flameará más pabellón que el de la patria, como un pájaro que se posó una tarde, al pasar, sobre una ruina; el pabellón tricolor enarbolado el 26 de marzo en Montevideo. Hoy apenas se ven en aquellos lugares algunas piedras y cimientos de murallas y de construcciones toscas: depósitos de municiones, capilla, cementerio. La hierba crece sobre esos vestigios; la soledad pensativa los rodea, y los ganados pacen por aquellas colinas. Con el andar del tiempo, después del invierno, esa ciudad ha de retoñar en sus escombros.

En los tiempos remotos, en que el aire estaba lleno de dioses, como dice Homero, la ninfa Egeria hubiera descendido a la cumbre del pequeño promontorio del Uruguay; Artigas habría desaparecido en una nube. Vosotros, los artistas, los rapsodas de la forma, podéis creerlo así con sinceridad, si queréis: que Artigas desapareció, envuelto en tempestuosa nube. No es una mentira; es la forma estética, es decir, ajena a la vida práctica, objeto de simple contemplación, de una verdad o de una realidad intrínsecas.

El trazado de la villa, comprendida en él la meseta, estaba protegido, al Norte, por el arroyo *Hervidero*; al Oeste, por el *Uruguay*; al Sur y al Este, por fosos

profundos y por baterías colocadas en los ángulos aparentes. Era la *Roma Cuadrada* de la Patria Oriental. Al pie del promontorio, y defendidas por éste, como las primitivas poblaciones medioevales por el castillo feudal del picacho inaccesible, se extendían las viviendas de barro sin cocer y paja, en su mayor parte, de *Purificación*. Una construcción poco más sólida que las demás, de tres o cuatro habitaciones, era la residencia del Jefe de los Orientales, cuya vida, entonces como siempre, fué de una sobriedad espartana. Los habitantes de *Purificación* le veían cruzar solitario las callejuelas del pueblo, determinadas por estacadas de postes desiguales y toscos que cerraban sus parcelas, y dirigirse a la meseta, al paso de su caballo *picazo,* es decir, negro de cabos blancos, de grande alzada y de arneses modestos: pistoleras, pretal de cuero con guarniciones metálicas, rendaje fuerte y sencillo. Un cojinillo blanco cubría su montura. Iba vestido de su chaquetilla azul de blandengue, de collarín y bocamangas rojas con el cuello blanco cuidadosamente planchado, y cubierto por un poncho de seda, de color claro, que aun conservamos; en invierno se abrigaba con un gran poncho de paño azul. Calzaba botas con pequeñas espuelas de plata; un chambergo negro de castor le sombreaba la cara, que, como la piel de sus manos finas, conservó siempre una pálida blancura característica, al través de sus rudísimas campañas. Le veían subir lentamente hasta la cumbre del peñón, cuando el sol se ponía en las pampas argentinas; allí permanecía largas horas solitario, a la sombra de los pequeños arbustos que coronan la meseta. Miraba la corriente del Uruguay, en que se enfriaban las sombras trémulas de la barranca; las grises lejanías occidentales; las ver-

des colinas de la patria. Miraba, sobre todo, en su propio pensamiento, el reflejo melancólico de un porvenir incierto. Su fe triunfaba en él, sin embargo, la fe que lo acompañó hasta el fin.

Nada más peregrino que el carácter de aquella población, de que Artigas quiso hacer una gran ciudad, y que vivió y desapareció para siempre con su fundador. Mezcla de colonia y reducción de indios, de campamento fortificado y de parque o maestranza, de prisión política y de residencia de altas personalidades, ese centro original de sociabilidad refleja lo más intenso del pensamiento del héroe, a quien acompañan como secretarios dos hombres ilustres: Barreiro primeramente, y después Monterroso.

Artigas reúne allí una multitud de indios *guaycurús*, que ha reducido a la civilización, y que le siguen como a un dios, con la fe del hombre primitivo, tan inclinado a divinizar las fuerzas naturales: el sol, las estrellas, el viento; la superioridad de su propio semejante sobre todo. Aumenta ese plantel con 400 indios *abipones* que, acaudillados por sus cuatro caciques, se acogen a él; pone a todos ellos a labrar la tierra; los estimula al trabajo; hace de esas gentes y sus familias el núcleo de una ciudad, y, de esa obra, el título para él de supremo honor y patriotismo. Así se lo dice al Cabildo de Montevideo, a quien se dirige en una hermosa nota, de 22 de julio de 1816, pidiéndole la remisión de útiles de labranza, arados, picos y palas «para que empiecen estos infelices, decía, a formar sus poblaciones y emprender sus tareas. Y es preciso también, agregaba, que V. S. me remita semillas de todos los granos que se crean útiles y necesarios para su subsistencia».

Yo quisiera haceros conocer ese documento, al

menos ése, entre mil que poseemos, y en que se reconoce el estilo personalísimo de Artigas, para que percibierais lo que hay en éste de realmente intenso y original. En esa nota del 22 de julio, el héroe insiste en lo que constituye la obsesión de su espíritu: el problema de la población. Sus doctrinas, dignas de un sociólogo, sorprenden a quien mira algo más que las apariencias. Para Artigas, un estado es, ante todo y sobre todo, un conjunto de hombres, o, más bien, de familias, con un rasgo común diferencial. Y como disiente de los que juzgan que ese elemento «hombre» debe importarse de Europa, para que sirva de base única a la nueva patria americana, no concibe la formación de ésta sino por medio de la conservación de los hombres y familias que la pueblan. A ninguno desdeña; en todo ser humano ve la unidad sociológica de la patria que está formando. Quiere arrancar el indio a su vida nómada, y agruparlo, y hacerlo cristiano; desea educar, educar todo cuanto sea posible, a sus coterráneos; quiere «que sean los orientales tan ilustrados como valientes»; desea, como Bolívar, pero con más insistente energía que Bolívar, ver formarse una fuerte raza americana, que sirva de tronco a los injertos futuros y a las futuras transformaciones progresivas.

Ese su pensamiento no se limita a la Patria Oriental; abarca toda la Argentina, como hemos visto, las provincias que creen en él, sobre todo, y cuyos futuros destinos son, tanto como los de aquélla, el objeto de sus anhelos. Y aun más: habla *de América, de los americanos*, como de un solo pueblo o nación, según lo veréis en sus documentos.

Él es el verdadero arquitecto o constructor de patrias, que utiliza, como precioso elemento, lo que los

otros desechan o destruyen; no forma sólo soldados para la muerte; quiere economizar hombres para la vida.

¿Dónde aprendió Artigas esas altas doctrinas? Podríamos suponer que fueron despertadas en él por el ilustre sabio don Félix de Azara, quien, en 1800, planteó al virrey el problema de la población, le convenció de su importancia, y, comisionado para resolverlo, se consagró con pasión a la empresa. Recordaréis que Azara tuvo en Artigas su principal colaborador; le confió la tarea de repartir tierras, entregar su lote a cada poblador, preparar los títulos, etc., etc. La influencia del insigne historiador y naturalista puede haber perdurado en el gran caudillo; pero me parece más fundado afirmar que éste obraba, sobre todo, por inspiración propia, recogida en la vida, en el estudio del supremo libro.

Muy poco estudiado ha sido Artigas bajo ese aspecto; cuando lo sea, y lo será plenamente, su figura cobrará proporciones desconocidas. Vosotros, mis caros artistas, podéis adelantaros al porvenir. Yo os aconsejo que os detengáis a mirar un buen rato ese hombre extravagante, rodeado de sus familias indias en el Uruguay; que lo veáis poner el arado en manos de los aborígenes, y darles semillas que sembrar. Son la raza que poblaba América, la raza agonizante; muy pocos la quieren, muchos la execran o la desdeñan, aun cuando le piden su sangre. Ya os hice ver cómo Washington no mandó indios; cómo fueron exterminados por allá; en cambio, importaban negros esclavos... ¡el pavoroso problema de hoy en aquel mundo inglés! Por todas partes se extinguía la pobre estirpe indígena. Algunos no creían hombres a esos indios. Artigas, sí; los creyó hombres, y los amó con predi-

lección; hasta habló su lengua. Artigas se expresaba con facilidad en guaraní. Ellos, en cambio, lo juzgaron un semidiós, y le dieron toda la sangre que les pidió. Y él hizo de ellos soldados, soldados de la patria, disciplinados, valientes. ¿Habría soñado acaso aquel hombre en las leyes del hibridismo humano, y pensado en el natural del americano y del europeo en tierra americana?

Ya veréis cómo, cuando Artigas, vencido y abandonado de todos, se hunda en la sombra paraguaya, los indios de las Misiones, los últimos amigos, saldrán a su encuentro y le pedirán la bendición, como si vieran en él al gran sacerdote de un dios, o al dios mismo; la revelación de lo divino en la carne. Se dijera que la pobre raza condenada a muerte se agarraba a él para quedar en la tierra.

Refiere Saint-Hilaire, en la narración de su viaje a Río Grande, que vió allí un niño indio del Uruguay, que, caído prisionero en la guerra contra Artigas, servía de paje al gobernador portugués. El indio estaba bien vestido, bien tratado; tenía su bonita librea azul con botones dorados. El viajero francés le preguntó si estaba contento. El niño bajó la cabeza.

—¿Deseas algo?—le dijo.

—Sí.

—¿Y qué es lo que más desearías?

—¡Irme con Artigas — contestó el niño, — irme con Artigas!

III

Pero los tiempos aquellos no eran los de las mitologías norsas. Artigas no se convierte en Odino. Es-



tamos en tiempos cristianos, y el caudillo de los orientales es un cristiano.

Al daros este dato, advierto que nada hemos hablado, hasta ahora, sobre ese punto interesantísimo: la religión de Artigas. Y, si mi información no ha de pecar de deficiente, es menester que os ofrezca ese elemento de juicio.

Carlyle juzga que la religión es el hecho más importante para juzgar de un héroe. Bien es verdad que él no entiende por religión el credo eclesiástico o los artículos de la fe religiosa subscriptos por aquél, sino la creencia práctica, o el sentimiento íntimo, determinante de todos sus actos, sobre sus relaciones con el misterioso universo de que forma parte. «Esa es su religión, dice, o, tal vez, su escepticismo o no religión; la manera en que él se siente espiritualmente relacionado con el mundo invisible o no mundo.»

Yo de mí sé decir que no se me alcanza la diferencia esencial entre los artículos de la fe religiosa subscriptos por un hombre y la fe misma, si ya no es la mayor o menor instrucción de cada persona; pero si pensamos en que la religión cristiana, la Iglesia cristiana o católica, mejor dicho, antes que la depositaria y maestra de una doctrina filosófica o teológica, es un organismo vivo de cuya vida espiritual participan todos los hombres, vivos y muertos, que son sus células, nos convenceremos de que los artículos de la fe se identifican de tal manera con el sentimiento íntimo determinante de nuestros actos, que bien pueden ser considerados una misma cosa. La tradición, tanto como la escritura, acaso más, es el alma de la vida cristiana; y la tradición, expresada en la liturgia, es la escritura vivida, transmitida, como se transmite el color de los ojos en una raza,

las inclinaciones, los instintos o aptitudes colectivas.

La religión es el vínculo de todas las humanas facultades con Dios; pero no es posible desconocer la operación trascendente de la facultad afectiva; el supremo teólogo es el místico, el que pone la verdad religiosa en la fantasía, motor inmediato del corazón, para que en éste sea latido, amor, conducta. El mundo invisible no es el «no mundo», por otra parte; no es del todo exacta, aunque es feliz, la expresión de Carlyle. El mundo invisible es el mundo por excelencia en la inmensa creación. Que Dios creó las cosas visibles y las invisibles, *visibilium omnium et invisibilium*, el árbol y la piedra y el espíritu, como substancias despertadas por su palabra en el caos.

Y nadie con más intensidad que Carlyle, el raro místico protestante, lo ha sentido así.

Pero cualquier sea la expresión del maestro inglés, el sentido de ella es hondo, y convendremos en que tiene razón al reclamar, como dato esencial en el estudio de un carácter heroico, el relativo a su sentir religioso.

Yo me explico el por qué no se me ha presentado hasta ahora la ocasión de ofreceros tan importante factor, para la resolución del problema psicológico del héroe que estudiamos: es que lo he creído implícitamente dicho, al hablaros de su educación y de su vida. Hubiera dejado de ser la entidad humana que os he presentado como brotada de las profundidades de su tierra, si no hubiera tenido arraigada en las de su espíritu nuestra Religión Católica, tradicional en su país, como tuvo Washington la cristiana del suyo. Ella era la base de la sociedad y de la familia hispanoamericanas; modelaba las costumbres y compenetraba la educación y la instrucción que entonces

se recibía; lo contrario, si se veía alguna vez, era excepcional y exótico. ' era naturalmente enemigo de Artigas. Las invasiones inglesas fueron heroicamente rechazadas por eso, sobre todo: no en defensa de España, sino de la religión. En los archivos de la Orden Tercera de San Francisco, de Montevideo, he leído la profesión en esa orden de los padres de Artigas, la de su hermano y su esposa, doña Rafaela Villagrán. No he hallado la suya; pero sus vinculaciones con la comunidad franciscana, en cuyo colegio se educó, y la adhesión de ésta a su persona y a su causa son notoias, como lo es el concurso que le prestó el clero secuar unánime, los curas sobre todo.

Este dato, amigos artistas, no es despreciable; antes lo juzgo de capital importancia para el verdadero historiador que, ajeno, como tal, a todo prejuicio o proselitismo, sólo busca poner en claro *el hecho*, el fenómeno biológico, para analizarlo, y descubrir la ley que lo regula y determina. Nada como la actitud de los párrocos, formadores entonces de la conciencia popular, para no equivocarnos sobre el rasgo que imprime su carácter a nuestra revolución, y, diferenciándola de la francesa, por ejemplo, que influyó en algunos letrados, pero no en la masa popular ni en sus conductores, le da más bien analogía con la guerra de independencia española precisamente: la del pueblo armado.

Leamos, para precisar ese importante factor, la siguiente comunicación que Vigodet, gobernador de Montevideo, dirige al obispo de Buenos Aires, ilustrísimo señor Lue y Riega, partidario del rey y enemigo de nuestra revolución americana, el 14 de diciembre de 1811. Son los momentos, precisamente,

en que Artigas, después de *Las Piedras* y del primer sitio, conduce al Pueblo Oriental en el *Exodo.*

«Ilmo. Sr.:

»En vano sacrificaría mis desvelos para restituir el orden y tranquilidad perdidos en esta Banda Oriental, si los pastores eclesiásticos se empeñan en sembrar la cizaña, en enconar los ánimos y en alterar el orden, persuadiendo la rebelión a las leyes patrias...

»¡Qué doloroso me es decir a V. S. I. que ésa es la conducta de *casi todos los párrocos, eclesiásticos, seculares y regulares,* que sirven de cura de almas en esta campaña! Partidarios del error, lo defienden con desvergüenza audaz, muy ajena a su sagrado carácter; inspiran el odio contra los buenos vasallos del Rey, y a que sean despreciadas las providencias de su soberanía, y de los jefes que, en su nombre, regimos estos dominios. ¡Conducta blasfema!»

Vigodet denuncia individualmente a los principales culpables: al cura de Canelones; al de la Colonia; al clérigo Arboleya, «que estuvo en el Colla, dice, y cuyo paradero ignoro»; al de las Víboras, Soriano, San José, San Ramón; al que está en lugar del revolucionario Enrique de la Peña, etc., etc.

Y agrega en su nota: «Los religiosos mercedarios Fr. Casimiro Rodríguez, y el maestro Fr. Ramón Irrazabal, y el dominico Fr. José Rizo, el primero teniente de San Ramón, y el último de Canelones, abandonados a su capricho y locura, obran como los párrocos a quienes sirven. De modo que las ovejas de la grey de V. S. I. se hallan entregadas a los lobos carniceros».

El gobernador termina con la amenaza; dice al obispo: «Sentiría mucho tener que valerme de la autoridad que me conceden las leyes, para obrar por mí,

contra la conducta de unos ministros cuyo decoro quisiera conservar por todos los medios posibles».

Para conocer directamente el sentimiento de esos hombres, podríamos leer, con ventaja, me parece, la siguiente nota, que encuentro en la *Gaceta*. Es del presbítero doctor don Santiago Figueredo, cura de la Florida, que fué capellán de Artigas en *Las Piedras:*

«Excmo. Sr.:

»Nada hay más satisfactorio, para quien de veras ama a la patria, que haberla servido con desinterés. El sueldo de Capellán Castrense del Regimiento de Blandengues y Ejército Oriental, con que V. E. me ha honrado, no me es absolutamente necesario para mantenerme; en esa virtud, lo cedo íntegro para las exigencias de la patria, por el término de un año, reservándome extender la misma, si, en lo sucesivo, no variasen las circunstancias, y espero que tenga V. E. la bondad de aceptar esta pequeña demostración de mi amor patrio.

»Dios guarde a V. E. muchos años.

»Buenos Aires, 13 de abril de 1813.

»SANTIAGO FIGUEREDO.»

El presbítero don Valentín Gómez, cura de Canelones, levanta una subscripción patriótica; su teniente subscribe cuarenta doblones, y se ofrece *como ranchero.*

Creo que con esto basta para que os deis cuenta de las relaciones del gran caudillo con los ministros de su Religión, y deduzcáis de ello el carácter sociológico de la emancipación de América, pues el fenómeno es el mismo en toda ella.

No ha faltado quien, en presencia de tal hecho, haya querido presentar a Artigas como inspirado,

si no sojuzgado, por frailes apóstatas y malvados. Los nombres de los virtuosos sacerdotes que le acompañaron, Peña, Larrañaga, Lamas, Pérez Castellano, Ortiz, Figueredo, Monterroso, Barreiro, Gómez, y los de todos esos curas párrocos del país, sin excepción, que, como habéis visto, fueron sus entusiastas auxiliares, protestan contra esa inconsistente invención. Nadie ejerció ni pretendió ejercer influencia política predominante sobre el espíritu de Artigas, por otra parte. En aquella época, las doctrinas *regalistas*, emanación de las antiguas monarquías, eran corrientes, aun en el clero; en el más encumbrado sobre todo; en el formado en las universidades reales. Si fuera el caso de buscar doctrinas al respecto en Artigas, esos principios regalistas serían, más que otros, los que en él encontraríamos como vestigio de su educación colonial. Que bien sabemos cómo pensaban y procedían los Católicos Reyes Nuestros Señores en esas materias. No eran muy católicos, que digamos, si les aplicamos los principios verdaderamente ortodoxos.

Pero ello no tenía nada que ver con el sentimiento religioso que analizamos en el caudillo popular; el sentimiento religioso no era en él un producto de lo que Carlyle llama la parte *argumentativa* o externa de su espíritu, sino que brotaba unido a todos sus demás afectos, y de la misma fuente psíquica. Sus actos de religión no lo eran de controversia, ni profesiones de fe: eran emanaciones espontáneas de su vida íntima, que, lejos de pugnar, se fundían y se confundían con sus tendencias a la libertad democrática, hija primogénita de la cristiana, como todos sabemos.

En los estados del Norte, en los de Bolívar, las profesiones de fe religiosa, la proclamación expresa de



determinados dogmas de la Iglesia, que se escribían en las constituciones, presumían la contradicción; tanto o más que testimonio de piedad, parecen proclamaciones de principios sociales, o protestas contra los que querían presentar la revolución americana como obra herética o infernal, para inducir al pueblo a rechazarla precisamente.

En el Río de la Plata, la fe católica me parece menos argumentativa, más ajena a la idea de combate. Su más ferviente adicto es el general Belgrano; éste la proclama a cada paso con fervor de apóstol: declara a la Virgen de las Mercedes patrona de su ejército; atribuye a su intercesión las victorias de la patria; inclina ante ella solemnemente las banderas; congrega al pueblo en torno de sus altares.

San Martín no tiene la religiosidad de Belgrano; pero, inducido expresamente por éste, rinde su tributo a la fe popular; también él pone su bastón de general a los pies de la Virgen del Carmen, declarada patrona de su ejército, como del chileno, y preside personalmente las públicas rogativas.

Yo creo que también en religión, aun en la más sincera, puede existir algo que pudiera llamarse el énfasis teatral, como existe la vanidad o el orgullo espirituales.

Artigas no ofreció esas solemnes manifestaciones de religiosidad; menos ferviente que Belgrano, y más sincero en su piedad, mucho más, que San Martín, sus actos de religión no tenían el carácter de acciones extraordinarias, ni menos el de recursos resonantes.

Eran en él tan naturales y espontáneos, como los que respondían a los afectos domésticos, con los que se confundían.

El más amable y fiel cronista de nuestras tradi-

ciones, don Isidoro De María, ligado a Artigas con vínculo de familia, nos dice, al narrarnos la traslación, dispuesta por éste, del pueblo de las *Víboras:* «Accediendo a la petición del vecindario, resolvió su traslación, creando el pueblo de las *Vacas,* que se llamó del *Carmelo,* con la erección de su iglesia *bajo la advocación de la Virgen del Carmen, de que era devoto Artigas.*»

Ese dato, recogido de la fuente de familia, como lo veis, con encantadora sencillez, y que parece de escasa significación, no lo es para la ciencia. Esas *devociones* o formas del culto, aparte de su significado religioso, tienen uno psicológico, y aun sociológico, que el historiador no puede desdeñar. Ellas son tradición doméstica; persistencia de un oculto sentimiento delicado, caliente de hogar, al través de los hechos de la vida; unidad de carácter, de eso que llama Carlyle «conciencia de la relación del hombre con el no mundo». Es, por consiguiente, en esos afectos domésticos, más aun que en sus actos públicos, donde encontramos las profesiones más sinceras de fe en Artigas, por más que también las hallemos en aquéllos, como se ve en sus notas en que ordena acciones de gracias, dota iglesias, recomienda el cuidado del culto y de la enseñanza de la Doctrina Cristiana a los niños, etc.

Y aquellos afectos, razón tiene que le sobra el maestro Carlyle, son lo más hondo de un carácter histórico; son ellos, precisamente, los que distinguen al hombre que podríamos llamar *desarraigado* o *sobrepuesto* del que lleva en sí mismo, con el calor materno, el del cuerpo social cuya célula es la familia. Sólo eso nos permite atribuir a tales personas su carácter épico, el de personificación de las cualidades de una estirpe. Bien lo entendieron así los que, por maligno instinto,

y para arrancarle lo más precioso de su carácter, quisieron presentar a Artigas como un ambulante, divorciado de sus padres desde la juventud. Y han secundado tal propósito los que, por prevenciones transitorias, o por ese respeto humano que tan a menudo arrebata al hombre la libertad, han prescindido de rasgo tan visible y principal en aquella persona histórica. Tanto valdría suprimir en los héroes griegos de la *Ilíada*, los sacrificios a los dioses inmortales, o en los caballeros germánicos del Santo Graal, el cántico arrodillado. No comprenderá la belleza de la figura de Artigas, ciertamente, quien no se sienta con fuerza suficiente para penetrar respetuoso hasta aquel fondo de su espíritu en que, como una lámpara noctámbula, está encendida esa devoción a la Virgen del Carmen de que nos habla De María; no comprenderá esa belleza ni belleza alguna. Es la vieja armadura del antepasado, el escudo de Aquiles forjado por un dios, los penates de Troya salvados por Eneas para cimentar en ellos la nueva estirpe del Lacio, nuestra latina gloriosa estirpe.

La figura épica de Artigas en el Nuevo Mundo representa el gran paso hacia adelante, con relación al griego, y aun al caballero medioeval: él es el héroe cristiano de la democracia moderna arraigada en el pasado. Que las individualidades fuertes, como los árboles eternos, lo son tanto más, cuanto más penetren sus raíces tierra adentro, para erguir más briosamente sus troncos y sus ramas.

Es el caso de advertir aquí, sin embargo, que esas íntimas relaciones con el «no mundo», motor recóndito de aquella voluntad, no eran incompatibles, antes se compadecían y hasta confundían con las del mundo

sensible en su aspecto más espiritual: el relativo a ese instinto de supervivencia o de terrena inmortalidad que, como ley misteriosa de la naturaleza, encontramos siempre en la del hombre. Eso que llaman gloria, efectivamente, gloria humana, y que parece consistir en el anhelo de ser conocido y alabado por gentes a quienes uno no conoce ni conocerá jamás, tiene mucho de fantasma o ilusión, cuya inconsistencia sube de punto cuando aquellas gentes han de ser las que vivan cuando nosotros no vivamos; pero no es posible negar que es ése, sin embargo, uno de los más nobles motivos determinantes de la acción del hombre, y que esa gloria terrenal es, cuando menos, la cosa más parecida a la verdadera.

La inaudita creación de Cervantes, el español que creó a *Don Quijote*, es el poema de la inmortalidad; eso, que hace reir y llorar al mismo tiempo, sólo eso es lo que ha hecho del *Quijote* el humano poema universal. Las armas del hidalgo manchego cobran todas las formas de que puede vestirse el hombre; dentro de todas ellas cabe el caballero que sirvió a Dulcinea, «sólo para poder llamarse suyo»; ésta se llama Ciencia, Belleza, Patria... y siempre *Gloria*.

¿Será acaso menos locura el abnegarse por una Dulcinea real, pero puramente humana, simple labradora de tierra, que por la imaginaria del buen Alonso Quijano? ¿Dónde está la realidad objeto digno de la abnegación del hombre? Según sea ese objeto, y no según la armadura del caballero que lo sirve, la acción humana será más o menos cuerda; para serlo en absoluto, Absoluto ha de ser aquel objeto. Sólo los santos han sentido, pues, el amor heroico. Que sólo Dios es el Todo Amable. Y, sin embargo, aquel

instinto tiene siempre algo de sagrado; infunde siempre respeto.

Artigas, gran Quijote vestido de casaquilla de blandengue y de poncho americano, lo sintió en modo extraordinario; fué el agente inmediato más visible de su acción heroica. Para analizar esa faz de su carácter, tan ligada a la del sentimiento religioso que estudiamos, tenemos un caso en todo extremo interesante. Poco después de ocupado Montevideo por los orientales, en mayo de 1815, murió en campaña, de enfermedad natural, el comandante don Blas Basualdo, jefe animoso e inteligente del ala izquierda de nuestro ejército, y gobernador de Corrientes, a quien Artigas quería con predilección. Aquella muerte lo conmovió en grado sumo. Ordenó la celebración en todas partes, en Montevideo especialmente, de solemnes exequias religiosas en sufragio del alma de su amigo; pero la vida imaginativa reclamó en él algo más para la sombra del guerrero muerto. Leamos la singular comunicación que dirige, con tal motivo, al Cabildo de Montevideo, desde su cuartel general, el 21 de mayo de 1815:

«Cuartel General, mayo 21 de 1815.

»Acabamos de perder al virtuoso ciudadano comandante de división don Blas Basualdo. La muerte le arrancó de nosotros después de una dolencia dilatada, y en el lleno de sus destinos, señalando su carrera con mil servicios brillantes que reclaman el reconocimiento de la patria y el llanto de los hombres de bien. Yo he regado su sepulcro con mis lágrimas y he tributado a su memoria todas las honras debidas a su mérito admirable. Sin embargo, sus trabajos y sus glorias piden una demostración. La Provincia le debe fatigas de cinco años; la victoria coronó

tres veces sus esfuerzos, y sus resultados bienhechores halagaron la consolación pública. Yo excito todo el civismo, la ternura y la gratitud de esa noble corporación, para que, acompañando mi justo dolor y el del ejército, lleve su memoria al pie de los altares, dedicando un día la piedad religiosa en su obsequio. Y para eternizarlo como corresponde, en nuestra historia y en la gloria particular a que es tan acreedor, he tenido a bien determinar un *convite fúnebre*, que deberá seguirse a las exequias del templo.

»Vuestra señoría tendrá la dignación de celebrarlo en su casa consistorial, haciéndolo con la mayor frugalidad, concurriendo en ropa de ceremonia; y ofreciendo al fin la única copa que habrá, a la memoria de aquel ciudadano fiel, derramará todo su licor sobre una palma que ocupará desde el principio el centro de la mesa. Llevemos así su nombre glorioso a la posteridad, y, uniendo constantemente nuestras lágrimas, demos un ejemplo de gratitud, y enseñemos a honrar la virtud de un hombre que vivió para servir a sus hermanos, y bajó al sepulcro con tan preciosos anhelos.

»Tengo el honor...

»José Artigas.

»Al Muy Ilustre Cabildo de Montevideo.»

El deseo de Artigas fué satisfecho. Los solemnes funerales de Basualdo se celebraron en la iglesia matriz con pompa extraordinaria. Bajo la dirección del juez de fiestas, don Ramón de la Piedra, un túmulo suntuoso, ornado de guirnaldas y rodeado de cipreses y de columnas con inscripciones, fué erigido en la nave central del templo, enlutado desde sus cornisas y con las ventanas veladas de crespón; los cantos litúrgicos estuvieron a cargo de un buen coro de



voces acompañadas de orquesta; la profusión de luces de cirio que inundaban las tres naves nos ha sido conservada por De María, que nos ha transmitido y documentado hasta los gastos hechos. Más de un millar de pesos, suma cuantiosa con relación a la época, fueron invertidos en aquellas honras sin precedente; sólo la cera consumida, once arrobas, costó 318 pesos.

Pero es la ejecución del rito cívico concebido por Artigas lo que en este cuadro pone su nota de color original. Los capitulares montevideanos, Pérez, Blanco, de la Piedra, de León, Cardoso, de la Rosa, Juan María Pérez y Pla, vestidos de gala, rodearon la mesa, sobre la que se colocó la simbólica palma, traída para ello de Santa Lucía; una sola copa llena de vino se veía en aquella mesa. El alcalde de primer voto, don Pablo Pérez, pronunciando algunas palabras de glorificación y de duelo, derramó aquel vino sobre la palma. Y el cortejo, en terminando el festín, se retiró en silencio.

No acertaría a precisar, por mi parte, todo lo que esa singular escena pudiera sugerirnos, después de la primera impresión de sorpresa o de regocijado comentario que parece despertar. No todo es de sonreir, sin embargo, en esa escena; debemos hacer de manera a entrever la verdad escondida bajo las extrañas apariencias de aquel extravagante rito. Fácil es percibir, a primera vista, y en primer término, la influencia sobre nuestros hombres cultos, Artigas entre ellos, de los estudios de latinidad clásica que en el convento de franciscanos se hacían. Ese vino ofrecido a la memoria del bravo Basualdo sobre la palma simbólica no es otra cosa, si bien se mira, que las libaciones de los troyanos de Eneas sobre la pira funeraria, la

harina esparcida sobre la oveja negra inmolada a los manes de Anquises, o los ritos prescritos al mismo Eneas por la Sibila de Cumas. En esas mismas lágrimas con que riega el héroe oriental el sepulcro de su perdido amigo, cree uno ver las vertidas por Aquiles el griego sobre el cuerpo de Patroclo, en su tienda, «junto a las huecas naves».

Los hombres que constituían la sociedad de Artigas se habían formado en las letras grecolatinas; los versos de Virgilio, reflejo de los de Homero, los del canto VI de la *Eneida* sobre todo, les eran familiares; los maestros y discípulos de los claustros franciscanos, Monterroso, Larrañaga, Lamas, Barreiro, los traducían y recitaban, sin lugar a duda. Como los bardos de Ossián las de Fingal, el guerrero escandinavo, ellos entretuvieron muchas veces las noches del oriental en las veladas del campamento, a la luz del fogón, con los relatos homéricos o virgilianos. Artigas se ha inspirado en eso al concebir su *convite fúnebre*. no cabe duda.

Pero es otro el más hondo comentario que aquella escena nos sugiere. La adopción por Artigas del rito helénico en un momento de plena verdad, como el de la muerte de su predilecto amigo, nos revela en aquel espíritu la existencia de una vida imaginativa y afectiva, y la de un entusiasmo sacro, que sólo se encuentran en las almas sinceras como niños, representativas de lo más hondo y permanente y universal del alma humana.

¿También algo de locura o de insana exaltación quijotesca, me decís?

Como gustéis. Si los relatos homéricos han podido ser, para el caballero de América, lo que los libros de caballería para el de la Mancha, ellos han sido



para ambos los reveladores del alto sentimiento primitivo o primordial de que hablamos, característico del hombre épico: esa exótica libación de Artigas ante la palma simbólica, con toda su extravagancia, nos revela al hombre inspirado, igual en todas partes, necesitado, para sus fuertes impresiones extraordinarias, de la representación de lo que puede ser la eterna vida; la fe en la presencia de los muertos entre los vivos, innata en el hombre; la eficacia de la oblación o del holocausto propiciatorio; el vínculo perpetuo entre los que son y los que fueron.

No es tan exótica, por otra parte, como parece, en el ambiente cristiano de nuestro país, aquella libación de su personaje representativo. En las costumbres de nuestros gauchos, de origen español, ha existido, y aun existe, la de no agotar la copa que se bebe, sino dejar en ella una pequeña porción del licor, que el gaucho echa al suelo diciendo respetuosamente: *¡Para las ánimas!* Algo de eso, más o menos estilizado por el recuerdo homérico, nos parece reconocer en ese vino de Artigas derramado sobre la palma, evocando el nombre de Basualdo: la oblación o la ofrenda propiciatoria para el ánima invisible y presente.

Hay en todo eso una verdad recóndita: la del sufragio por los difuntos, que pertenece a la vida sobrenatural.

Pero está también en él, compenetrado, el sentimiento de la gloria humana, de una inmortalidad visible que parece reclamar nuestra propia naturaleza en su instintivo horror a la nada. La inmortalidad sin alguna especie de cuerpo o *periespíritu*, dice Unamuno con mucha gracia, no es inmortalidad. Bien puede ser así: la resurrección de la carne es también



dogma cristiano. Pero sea de ello lo que fuere, es indudable que ese anhelo de la fama, de la supervivencia sensible, es común a todos los hombres no vulgares en absoluto, y ha sido estímulo, en todos tiempos, de grandes y buenas acciones. El Quijote polimorfo anda por el mundo en todo tiempo y lugar, no cabe duda, y lleva una verdad dentro del yelmo.

En Artigas existió esa fe en la gloria, como motor inmediato, casi exclusivo, de sus actos. Cuando ya muy viejo, desterrado, pobre, abandonado de todos, reciba la visita de un extranjero que le dirá que su nombre y su fama persisten en el mundo, el héroe nonagenario sentirá una lágrima en los ojos, y dirá conmovido: «Es todo lo que me queda de tantos trabajos; hoy vivo de limosnas.»

Pero no es ése el agente profundo, persistente, ordinario que, fijando el concepto de sus relaciones con el «no mundo», determina, según Carlyle, su vida heroica. Como su congénere de la Mancha, que, ante la verdad de la muerte próxima, deja de ser el caballero andante para volver a ser Alonso Quijano el Bueno, y, vuelto a su ser racional, se prepara a morir como cristiano viejo, el Quijote de chaquetilla de blandengue, que hará otro tanto, no recurre a las libaciones homéricas ni a la invocación de los manes, cuando las amarguras y los pesares de su vida dolorosa lo llaman a silencio. Entonces se ve bien, en el fondo de ese noble espíritu, la realidad profunda.

Os ofrezco, para penetrar en ella, esta carta, que debo original a Lorenzo Barbagelata, dirigida por el gran caudillo a su madre política, doña Francisca Artigas de Villagrán, desde este caserío de *Purificación* en que estamos, precisamente. Está fechada en 1.º de mayo de 1816, en la misma fecha en que or-

dena el *convite fúnebre* de Basualdo. En ella dice:

«De Rafaela (la esposa enferma) sé que sigue lo mismo. ¡Cómo ha de ser! Cuando Dios manda los trabajos, no viene uno solo; Él lo ha dispuesto, y así me convendrá. Yo me consuelo con que esté a su lado, porque si Vd. me faltase, serían mayores mis trabajos. Y así, el Señor le conserve a Vd. la salud.»

No creo que disuene, amigos míos, esa nota melancólica, que no puede atribuirse a un secretario, en medio de nuestra narración homérica; antes la juzgo necesaria a su estructura orgánica. Ella nos da el acorde en tono menor, que diría un músico, de la heroica sinfonía que se va desarrollando en mis palabras, y que debéis escuchar íntegra. Sólo así sentiréis con claridad los pasos de un hombre de carne y hueso que camina sobre la tierra, y que lleva un corazón.

Esa carta que hemos leído nos conduce a recordar congojas íntimas del héroe; aquellas de que os hablé al principio, al haceros saber el matrimonio de Artigas con su prima Rafaela Villagrán. Artigas soñó entonces en la felicidad; una fugaz hora de sol brilló entre las tormentas de su vida.

Os dije que su joven esposa, al ser madre por segunda vez, y dar a luz su hija Eulalia, dos años después de su matrimonio, le fué arrebatada para siempre, por esa enfermedad que llaman locura o delirio puerperal, y cuyo germen morboso se ignora aún. Se pierde la conciencia del yo; el espanto relampaguea en el cerebro, y alumbra apariciones; se hiela la vida inteligente y la afectiva, la afectiva sobre todo; muere el amor; el alma se sumerge en esa noche con intermitencias; entra en sus tinieblas y sale de ellas, como la luna al través de las nubes. Cuando reapare-

ce, comienza por desconocerse a sí misma, y a los seres que más amó; se esfuerza por penetrar en sus propias tinieblas, y el esfuerzo la postra y reabre la herida misteriosa del cerebro. Ocurre una mejoría; la luz se va haciendo lentamente; raya una aurora pálida de inteligencia y de amor; se cree en la proximidad del día psíquico; pero la noche cae de nuevo, con sus relámpagos y sus apariciones negras. Y los caminos se llenan de sombras, y el alma huye espantada, y la herida del cerebro se hace mortal...

Artigas había perdido para siempre a su esposa; pero no la esperanza de recobrarla. Y ésta no hacía otra cosa que diluir, en los años, el dolor de las horas aciagas. Las horas nos quedan para llorar los instantes.

¡La esperanza de la tierra! ¿Es realmente una fuente de felicidad? «¡Oh hombre, dice Isaías, el profeta de las siderales estrofas; oh hombre! Desde que te destete tu nodriza; desde que te aparten del pecho que te nutre, aguarda tribulación sobre tribulación... aguarda también esperanza sobre esperanza!»

Esa esperanza atribulada acompañó a Artigas. Quien lo sigue como yo lo he seguido, amigos míos, siente, de vez en cuando, cómo gotea, en ciertas horas de su vida, la negra sangre de esa herida que lleva consigo. Obligado a alejarse de la mujer que amó, vuelve primeramente a su faena de blandengue; recorre los campos desiertos; acaudilla después a su pueblo; libra las batallas de la patria; pero su pensamiento insiste en su perdida felicidad, que no cree desvanecida para siempre.

Leamos esta carta que, desde el Paso de Polanco, escribe a su madre política, el 16 de agosto de 1809:

«Mi más venerada señora: Aquí estamos pasando

trabajos; siempre a caballo, para garantir a los vecinos de los malévolos. Siento en el alma el estado de mi querida Rafaela. Venda Vd. cuanto tengamos para asistirla, que es lo primero, y atender a mi José María, que para eso he trabajado.»

Ese José María es su hijo, cuya educación recomienda y encarece constantemente en sus cartas; en todas éstas, aun en medio de los azares de su vida, se reflejan sus horas de melancólicos recuerdos. Aquí tenemos una, entre muchas, dirigida a don Antonio Pereyra, después de la campaña del Guayabo. «¿Qué ha sido de mi desgraciada familia?» pregunta ante todo. He aquí otra llena de carácter. Es de 1818. Artigas, en el fragor de la lucha suprema, escribe a los suyos, y envía de regalo a su hijo, con expresiones de cariño, un pequeño tití o mono salvaje, que ha conseguido allá en el Norte; remite algunos modestos obsequios a su familia, yerba mate, frutas. Esas cartas domésticas me hacen conocer a Artigas, yo os lo aseguro, mucho más que las pragmáticas y documentos oficiales. En ellas se ve cómo su espíritu fluctúa entre la ilusión y el desencanto. Recibe, en 1815, una noticia favorable sobre la salud de su mujer, y escribe con jovialidad a su madre: «Expresiones a Rafaela; dígale que no sea tan ingrata, y que tenga ésta por suya.» Le llega, en 1816, la noticia de la reaparición del mal que se creía vencido, y entonces escribe esa doliente pero resignada carta, digna de un asceta cristiano: «Dios lo ha dispuesto así, y así me convendrá.»

Pero algo más que el análisis de la vida espiritual o afectiva de Artigas nos reclama en este momento. Pues vamos a seguirlo como gobernante, es razón que conozcamos el concepto que tiene, y hace práctico,

sobre las relaciones, no tanto de su persona, cuanto de la nacional, con ese «no mundo» o mundo invisible que, si no se equivoca Carlyle es lo primero para juzgar de una entidad heroica. Artigas, con todo su pueblo, y por tradición de su estirpe, creía también en eso: en que la persona de una nación, como la de un hombre, es un ente capaz de relaciones morales, y apto, por lo tanto, para cultivar las de todo ser inteligente con el Creador y Conservador del Universo; juzgaba, con el consenso humano, que han existido pueblos escogidos, como los ha habido protervos o malditos; y en su misión de constructor de pueblos, procedió de acuerdo con esos sus hondos sentimientos.

En Purificación levanta, como núcleo de sociabilidad, el primer templo erigido por la patria independiente. Ya os imaginaréis, mis bravos artistas, que esa construcción no era una maravilla de arquitectura. Pero era un templo; allí se adoraba al solo Dios, y a Jesucristo, Redentor del mundo. Su fundador pide a Montevideo la inmediata remisión de «una imagen de la Virgen de la Concepción, y los ornamentos y paramentos sacerdotales necesarios para el culto». Con su asistencia, se celebra allí, en octubre de 1815, la primera misa, a la que concurren las tropas y el pueblo; oficiaba fray José Benito Lamas, que había llegado el 30 de septiembre, con el carácter de «capellán del general don José Artigas», en compañía del presbítero Otazú, y que será más tarde Vicario Apostólico de la República. Lamas era uno de los franciscanos expulsados de Montevideo por el gobernador español. Las tropas continúan asistiendo a misa todos los días festivos.

Advirtamos, con este motivo, una vez más, el rasgo



épico u objetivo, que siempre hemos descubierto en este vigoroso carácter. Artigas no es un empírico ni un reformador; mucho menos un importador de cosas ajenas. Él no inventa una nación, al dar a la suya la libertad política; es el exponente de la América española que se emancipa de su metrópoli, pero no para interrumpir su historia, sino para continuarla; no para ser reengendrada, sino para seguir viviendo la propia vida orgánica secular. Y, si bien la vida es transformación progresiva, ella es sobre todo, conservación o persistencia del ser que nace, crece, se reproduce y muere.

Todo lo que en los pueblos americanos es embrión, raíz, palpitación anímica, todo está en Artigas armonizado, como en ninguno de los héroes de la gente latina, con la ingenua profundidad de lo no aprendido. En medio de los hombres que lo rodean, políticos clásicos, más o menos encasillados a lo Carlos III, o a lo Directorio, o a lo Bonaparte, él es, efectivamente, un extravagante, a fuerza de ser una verdad entre las ficciones. Artigas es a eso que se llama *la política* o *los políticos*, lo que es Cervantes, por ejemplo, a la literatura, o Velázquez a la pintura de su época y de todas las épocas. Quien llamara literato al autor del *Quijote* diría una simpleza análoga a la del que llamara pintor de cuadros al autor de las *Meninas;* pero la mayor de las majaderías es, me parece, la de los que clasifican a este Artigas entre los tales «políticos». Así como Velázquez y Cervantes no son intérpretes de la naturaleza, sino la naturaleza que se expresa a sí misma por sus órganos, Artigas es la América española que se hace libre en él. Él no es Rivadavia, pongo por caso, ni siquiera San Martín, porque éstos son literatos o pintores insignes, clásicos

cada uno de ellos en su género, dignos de la hornacina preparada para las estatuas debidamente proporcionadas; Artigas no tiene hornacina que le venga bien. Por eso los historiadores patentados no encuentran dónde ponerlo; no ajusta en ninguna parte; les desbarata el retablo de la historia platense convenida, y aun el de la americana. Y lo echan a las tinieblas exteriores.

La América inglesa tuvo uno de esos hombres, aunque no tan perfectamente autóctono como Artigas, en aquel Washington de que hablamos; no fué éste tampoco un reformador ni un inventor; y recordaréis que también él fué un buen hombre religioso, y, como el Oriental, creyó en el alma capaz de relaciones con Dios del pueblo que libertaba. Pero aquel pueblo, procedente de las emigraciones inglesas puritanas, tenía, bajo ese aspecto, una muy seria diferencia con el de cepa española: la reforma de Lutero, introducida allí por el rey Enrique no sé cuántos, hizo del mismo rey el pontífice del cristianismo inglés; la ruptura del vínculo político con el monarca tenía que entrañar, por ende, la del religioso con el pontífice. En la América de Artigas, en la católica, las cosas pasaban de otro modo: el rey no era pontífice; no debía serlo, cuando menos. Romper con el primero, representante de España, no era divorciarse del segundo, representante de Jesucristo, el solo Señor, y mucho menos substituirse a él. La unión, por lo tanto, del estado libre recién nacido con la Iglesia era ley congénita de la libertad, si ésta había de ser la de la misma persona desprendida de las entrañas españolas.

Artigas pensó en ello desde el primer momento: en las relaciones directas del Estado Oriental con la Santa



Sede; en la autonomía eclesiástica nacional. La existencia de un prelado oriental, emanación directa del Papa, al lado del soberano civil, directa emanación del pueblo, era elemento esencial de su pensamiento.

Con la impaciencia de toda gran pasión, soñó en satisfacer la suya sin pérdida de tiempo; quiso ver levantado un templo uruguayo desde sus cimientos, allí, en *Purificación*, su capital autóctona, como el mago de la leyenda. Tres meses después de reclamar del Cabildo de Montevideo la imagen y los ornamentos para su capilla provisional, le pide, en nota de 8 de octubre, las campanas «para la nueva iglesia que pienso levantar en esta villa». Muy interesante es ese ensueño de aquel hombre ingenuo; me trae de nuevo a la memoria la leyenda bretona de que una vez hablamos, la de aquella ciudad tragada por el mar, cuyas torres creen ver en el fondo de las olas, cuando el agua es transparente, los pescadores de la costa. Hoy leo aquella nota de Artigas, y me parece oir, en el fondo del Uruguay, junto a la meseta, en que el río es muy profundo, el sonido de las campanas que sólo aquél oyó sonar en su catedral sumergida. Las campanas que encargó al Cabildo de Montevideo no hallaron ciudad material en que posarse, desgraciadamente; no sonaron nunca; pero la ciudad moral, la iglesia uruguaya, tuvo allí sus cimientos.

También en esto, como en lo político, es el pensamiento de Artigas el que ha predominado. No pocos de sus émulos hubieran visto en la unión o separación de la Iglesia y el Estado algo tan accidental como la forma de gobierno. Como hubieran consentido la monarquía británica o borbónica sin maldita la repugnancia, ellos hubieran aceptado para estos pueblos la «no religión» de que habla Carlyle, y aun la religión

inglesa con su pontífice: la substitución de la persona. Artigas, no; él, como Washington, juzgaba el punto como cosa seria; eran hombres arraigados, y sus frutos tenían que ser según su especie. Examinemos, pues, al primero, bajo ese interesante aspecto.

Como en lo civil del virrey, la Banda Oriental dependía espiritualmente del obispado de Buenos Aires, y de allí procedía, por lo tanto, inmediatamente, la jurisdicción del presbítero don Juan José Ortiz, sacerdote insigne, cura párroco de la matriz de Montevideo, cuya espléndida iglesia construyó. Ejercía el curato desde la época colonial, desde 1785, y en él lo encontró la revolución de 1810.

Vimos cómo asomó con ésta el primer inevitable conflicto, cuando el doctor Pérez Castellano hubo de disentir de su obispo, con ocasión del Cabildo Abierto de Montevideo, en 1808; acabamos de oir las quejas y amenazas de Vigodet al mismo prelado de Buenos Aires, con motivo de la actitud patriótica del clero oriental. Muy común es, como sabemos, en la historia de los imperios, esa tendencia a atar sus cadáveres a la Iglesia para ver de flotar con ella. No puede ser: el hecho es, y no puede negarse, que los imperios pasan, uno tras otro, y la Iglesia permanece.

El cura Ortiz, al adherirse Artigas a la revolución en 1811, siguió, lo mismo que todo el clero, la suerte de los patriotas; formó parte del congreso de la capilla de Maciel; regresó, por fin, a su curato cuando, debelado el dominio español, cayó Montevideo en poder de los americanos. Terminada, a su vez, la poco juiciosa dominación de la comuna bonaerense sobre la ciudad oriental, y ocupada ésta por sus dueños, hemos visto y vamos a ver cómo Alvear caerá del



mando por obra del pueblo de Buenos Aires apoyado en Artigas, y cómo será substituído por un gobierno amigo, al parecer, del gran caudillo que lo ha elevado. Sucederá esto en abril de 1815.

Precisamente en esos momentos, 22 de abril, fallece en Montevideo el cura Ortiz, y es substituído por el ilustre don Dámaso Antonio Larrañaga, que toma posesión de la parroquia el 6 de julio de 1815. Procede su designación, muy grata a Artigas, su grande amigo, del señor don José León Planchón, Vicario Capitular de Buenos Aires en sede vacante, por muerte del último obispo español del Río de la Plata.

Artigas, en junio de ese año 1815, solicita para el señor Larrañaga una delegación expresa de jurisdicción espiritual sobre la Banda Oriental y Provincia de Entrerríos; es su primer paso hacia la autonomía eclesiástica que persigue. El señor Planchón, en 2 de julio, se dirige al Jefe de los Orientales, y le envía la delegación que solicita, para el caso de incomunicación con Buenos Aires.

Muy poco ha de durar, desgraciadamente, ese primer albor de emancipación plena. El substituto de Alvear en el gobierno, no bien considere que no le es necesaria la amistad de Artigas para sostenerse en él, continuará la injusta guerra contra su causa y su pueblo, y ella pondrá en peligro, por un momento, la armonía entre la potestad civil y la eclesiástica. El señor Planchón, llevado por el conflicto político, retiró a Larrañaga sus facultades, y éste, acatando la resolución de su superior jerárquico, la hizo saber al Jefe de los Orientales.

No eran los ejemplos y enseñanzas de los Reyes Católicos nuestros señores, a buen seguro, ni los de los canonistas en boga entonces, los que hubieran



podido inducir a Artigas a la más discreta actitud; y fueron ellos, no los principios democráticos, los que le sugirieron la nota que dirigió, con tal motivo, al Cabildo, el 25 de noviembre. En ella, adoptando los términos de los patronos reales, ordena, en son de represalia, la expulsión de los eclesiásticos venidos de Buenos Aires, y su reemplazo por sacerdotes orientales.

Mucha inteligencia y no menos virtud fueron entonces necesarias para conjurar el peligro de un cisma; pero felizmente estaba allí Larrañaga. Éste recibió del Cabildo la noticia de la resolución de Artigas, y, en 9 de diciembre, la contestó diciendo que escribiría al Jefe del Estado. Así lo hizo, efectivamente, y, pese a la intromisión de terceros, que hubieran enconado aquel maligno germen de discordia, la digna actitud y la palabra serena de Larrañaga disiparon el nublado. Artigas revocó su orden, y sus relaciones con la Iglesia fueron desde entonces de todo en todo cordiales.

Una circunstancia cooperó a tal resultado: el señor Planchón fué substituído por el doctor don Victorio Achega, y éste, amigo, como Planchón, y compañero de estudios de Larrañaga, se dirigió a Artigas haciéndole saber su elección de Vicario Capitular, y enviándole los documentos con que delegaba en Larrañaga su jurisdicción sobre la Banda Oriental y Entrerríos. No dejó aquél de aprovechar esa nueva ocasión de hacer práctico su anhelo de paz y de armonía: al par que remitió el diploma al prelado oriental, ordenó al Cabildo, por nota, que felicitase a Achega por su nombramiento, mientras él, el 8 de enero, lo hacía personalmente, en términos de respetuosa amistad, y expresandole su opinión «sobre el orden que, en su concepto, deben guardar los asuntos eclesiásticos,

mientras no terminen nuestras diferencias políticas».

Al revés de lo que pasará con éstas, aquella unión de la Iglesia y el Estado continuará sin tropiezo, hasta ser consagrada en la constitución de la república; las mayores vicisitudes no la conmoverán. La misma conquista extranjera, la portuguesa, fugaz pero inteligente, dejará intacto ese eslabón entre la patria nueva y la primitiva heroica; al hacer declarar por un congreso *ad hoc* la incorporación de esta *Provincia Cisplatina* a su corona, el rey de Portugal no tocará esta jurisdicción delegada en Larrañaga, ni se atribuirá facultades pontificias; acordará, por el contrario, en el acta misma de incorporación, recurrir a la Santa Sede, en demanda de jurisdicción directa para el prelado oriental. Y, sin solución alguna, esa autoridad espiritual pasará, de mano en mano, de Larrañaga, nuestro primer prelado nacional que desempeña el Vicariato Apostólico creado en 1832, a ese Lamas que celebra la primera misa en Purificación, y que muere en 1857, ya preconizado primer obispo de Montevideo, y al insigne don Jacinto Vera, que, en 1878, ocupa la sede episcopal de la nación. Y en la persona, por fin, de don Mariano Soler, varón esclarecido si los hay en América, la iglesia aquella a que Artigas quiso dar su primer templo en *Purificación* será incorporada, como iglesia metropolitana, al concierto del mundo cristiano. El 19 de abril de 1898, en el aniversario precisamente del desembarque, en la *Agraciada,* de los *treinta y tres hombres* a quienes veremos terminar nuestra epopeya, el sucesor de Larrañaga recibirá en Roma, de manos de León XIII, el palio de arzobispo de Montevideo.

La historia, pues, de la Iglesia en la República Oriental del Uruguay comienza con su fundador; no

sonaron sus campanas en «la nueva iglesia que pensaba levantar en su villa»; pero uno cree reconocerlas en las que hoy suenan en las torres de la catedral de Montevideo como si salieran del fondo de las olas en que estuvieron sumergidas con el nombre y la gloria del héroe.

Junto al templo, el prócer oriental funda en *Purificación* la escuela, para la que pide y recibe del Cabildo los textos y útiles de enseñanza. Es también fray José Benito Lamas quien la dirige.

Yo espero, mis amigos, que tampoco desdeñaremos este dato en nuestro estudio; por él podéis penetrar mucho en ese espíritu, y por eso os lo daré después más amplio. A cada paso vais a encontrar en Artigas, en él personalmente, esa constante preocupación de enseñar al pueblo; lo veréis desmontarse de su caballo de guerra, sólo para dejar fundada una escuela en un caserío; así lo vemos en un documento que ahora aparece en San José de Mayo, por ejemplo; otro nos ofrece el archivo de Corrientes, sobre una escuela en el Paraná, fundada por él. Lo vemos, entre el estrépito de las armas en los mismos momentos en que sus enemigos se lanzan contra él, sembrar escuelas en el Carmelo, en las Misiones, dondequiera que halla tierra removida.

Ninguna, sin embargo, tiene tanto color como ésta en que fray José Benito Lamas enseña a los niños al lado de Artigas; este mismo se presenta a veces en ella a estimular a sus ciudadanos al estudio, a la buena conducta, al patriotismo; ellos lo conocen bien; lo ven llegar con alegría; buscan, todos y cada uno, la caricia de su mirada severa.

Atraídos por aquel núcleo de nueva vida, los hom-



bres y las familias acuden a Purificación; la villa aumenta de día en día; los colonos dedicados a la agricultura le imprimen su sello de permanencia. Pero ese trabajo más es elemento de educación que de producción inmediata; nuestra verdadera fuente de riqueza era entonces, como lo es hoy, la ganadería, y Artigas organiza grandes *carneadas* de animales bravíos, cuyos cueros secos remite a Montevideo, y vende allí a comerciantes ingleses, o a las casas de Lezica o de Brown en Buenos Aires, y cuyo importe destina a la adquisición de armas, pólvora y demás artículos de guerra que aquéllos le remiten.

Quisiera que os asomarais un momento siquiera a ese plantel de vida civilizada creado por Artigas en el desierto; recurramos, para ello, a la siguiente carta que el padre Monterroso, sucesor de Barreiro en la secretaría, dirige a éste a Montevideo: «Por acá, le dice, esto va tomando un nuevo orden. Esta población se va aumentando a fuerza de trabajo. El comercio sigue en boga, y los cueros se pagan aquí a doce reales. Esperamos dos ingleses que vienen a pagarlos a plata y fueron a traer sus buques al Arroyo de la China. Hay muchas *pulperías* y tendejones, porque ya sabes lo que son los soldados: hacen sus cueritos a escondidas, y en ese trapicheo logran todo».

Y si queréis, por fin, una nota de color que os haga ver un momento la figura del mismo Artigas en aquel medio, leamos esta afectuosa carta que escribe desde Purificación a Barreiro: «Cómpreme una docena de sillas de las inglesas, y una mesa de arrimo... A doña Bárbara (esposa de Barreiro) dígale de mi parte que, aunque estamos viejos, nos gusta andar tiesos, y que me mande un poco de almidón».

Pero la original población del Hervidero no es sólo cuartel general, campamento fortificado, colonia y residencia del primer magistrado oriental. Es también una especie de cárcel correccional, que suple la falta de la que debiera existir en Montevideo, y, muy especialmente, lugar de destierro o confinamiento de los enemigos de la patria, *campo de concentración*, como hoy se le llama en las guerras modernas. Artigas quiere tener allí, bajo su vigilancia inmediata, a los que pueden ser elementos de destrucción de su obra, ya como agentes de reacción española, ya como perturbadores del orden político interno; exige premiosamente del Cabildo de Montevideo que le sean remitidos los culpables, y le reprocha más de una vez su poco celo en observar su mandato. Poco celo desplegaba, efectivamente, el Cabildo en ese sentido, y bien se explica el conflicto entre sus ideas y procederes y el pensamiento y la acción del jefe del estado. El Cabildo, persona colectiva formada de ciudadanos patriotas, pero vinculados a todos sus convecinos, no podía ver, no quería ver lo que la gran persona depositaria de todo el pensamiento tenía ante los ojos; anhelaba la libertad, pero al menor precio posible, sin sacrificar, a no ser en lo más indispensable, los afectos domésticos; era demasiado duro eso de enviar confinado a Purificación al jefe español de una familia amiga, que suplicaba, o al político influyente en Buenos Aires. Juzgaban, por otra parte, aquellos ciudadanos que las muchedumbres de que Artigas hacía soldados eran demasiado incultas; que sería mejor formar escuadrones disciplinados como los europeos, bien uniformados, de buena apostura. Es claro que eso era lo más civilizado, lo más amable, sobre todo; pero esos sacrificios eran, precisamente, el grande holo-

causto que reclamaba nuestra emancipación; era el que hacía Artigas especialmente. Éste veía bien que, para realizar la independencia americana, era preciso contar con algo más que con las compañías de cívicos de la ciudad colonial, de morriones bordados por amables manos; sólo las lanzas *gauchas* podían oponerse y se opusieron a los tercios españoles. Artigas tenía razón, como sabéis.

Una expedición de reconquista se preparaba en España; no se hablaba entonces de otra cosa; los españoles de Montevideo, sus aliados interiores, soñaban con ella; el portugués, por otra parte, se hacía ya sentir en el Norte, cerca del campamento del caudillo; y, lo que era peor de todo, éste tenía la intuición de la complicidad de Buenos Aires con el extranjero; tenía ya clavada en el corazón vidente esa amarga sospecha, que los capitulares de Montevideo juzgaban temeraria; era imposible. Por eso tachaban a Artigas de suspicaz, y de crueles sus precauciones, y de arbitrarias; por eso las atenuaban, cuando no las resistían.

Artigas se veía, pues, en la necesidad de intimar, duramente a veces, el cumplimiento de sus órdenes; de imputar al Cabildo una tibieza culpable en la defensa de la patria amenazada, cuando, aparentando cumplir aquéllas, le remitía gentes inofensivas, mientras, sin energía para resistir las influencias domésticas, conservaba dentro de la plaza los elementos adversos realmente temibles.

Eso dió ocasión a que los enemigos del héroe, los que él quería tener cerca de sí, forjaran una leyenda, en que Artigas figuraba consumando crueldades con sus prisioneros; los mataba por centenares; los estrangulaba, envolviéndolos en cueros frescos de vaca, que hacía se-

car al sol. Esa leyenda insidiosa aparecía verosímil, en Buenos Aires sobre todo, donde las ejecuciones de Liniers y de Alzaga, y las venganzas políticas sangrientas, ya de Alvear, ya de sus vencedores, llenaban la imaginación popular. Pero no; Purificación era el reverso de la vieja capital colonial: allí no se derramó una sola gota de sangre, *ni una sola*; no se cita el nombre de una sola víctima. Algunos ciudadanos fueron reducidos a prisión, y puestos después en libertad; muchos estaban allí sólo confinados, y hasta se les permitía trasladarse a Montevideo, en busca de sus familias, y regresar con ellas dentro de un plazo determinado.

Nada mejor que la pintura anecdótica para darnos idea del carácter de esa población, como lugar de confinamiento o de *concentración*, como hoy se dice. La tradición es copiosa, y nos ha sido conservada, con todo su color, por el inapreciable don Isidoro De María.

Nos encontramos con un talabartero español, Castro, que, con la cabeza alborotada por el vino, se echa en Montevideo a la calle, dando gritos de ¡viva España! ¡viva Fernando VII! Barreiro lo remite a *Purificación*. No es eso lo que Artigas quiere ver a su lado principalmente. Encuentra al pobre hombre, y le pregunta la causa de su prisión.

—Señor, le dice Castro, yo estaba borracho, y di un viva a España y al Rey.

—Pues mire usted, amigo, le dice Artigas sonriendo; aquí, hasta los borrachos gritan ¡viva la patria! Pero a usted lo autorizo a gritar ¡viva España!, porque también tengo por aquí algunos godos, y, como están bien seguros, no hay para qué disgustarlos.

—No, señor; también yo gritaré ¡viva la patria!...



—Bien, bien... Está usted en libertad; voy a mandarlo a su casa; pero lo malo no es lo que usted grita, sino lo que usted bebe... Váyase en paz, y no vuelva a alegrarse con exceso.

Muy distinto es el carácter de otro preso, con quien nos hallamos en *Purificación;* allí está el doctor don Lucas Obes, llamado por Artigas para dar cuenta de su administración como funcionario en el período de Otorgués, el tortuoso caudillo inspirado por las brujas; las ideas monárquicas de este Obes nos son conocidas, y bien puede ser la gran bruja de aquél. Según referencias de don José Benito Lamas, que acaso le sugirió la idea, el doctor Obes aprovechó el día de San José, onomástico de Artigas, y dedicó a éste algunos versos. Convengamos en que el recurso empleado no es de los que denuncian mucho temor. El doctor Obes fué puesto en libertad y restituído a Montevideo.

La anécdota es varia. El buen sastre Reventós, enviado también, como Castro, y por causas análogas, decía a De María: «Estaba mejor en Purificación, que en Montevideo con Otorgués; el general Artigas me destinó de ranchero, con la sola obligación de ir a misa de tropa todos los domingos. Estuve allí un mes, y luego me mandó libre a la ciudad.»

Si con eso tenéis bastante, como yo lo creo, de anécdota colorida, pasaremos a otra cosa, más importante al parecer, sin perjuicio de que hablemos más adelante del más ilustre de los prisioneros de Artigas, y que no será otro, aunque os sorprenda, que Luis XVII, rey de Francia por la gracia de Dios.

IV

Desde esa primera capital de la república, Artigas gobierna el nuevo estado, informe aun, que es su patria, y vela por la persona de los que formarán la patria argentina federal; la que hoy existe; conserva y cultiva en ellos todo germen de vida. Su principal empeño es apresurar el momento de dar a todo eso la forma política que tiene concebida, o de encaminarlo a ella rectamente.

Ese momento no llegó; todos los malignos elementos se conjuraron para no dejarlo en su tierra; la invasión portuguesa, incitada por Buenos Aires, cayó inmediatamente sobre él, como lo veréis, invocando *la anarquía y el despotismo de Artigas*, y las amenazas de éste contra la frontera. Pero ese fugaz período de gobierno y administración nos permite entrever lo que había en aquel espíritu extraordinario; lo que hubiera hecho ese hombre en otro ambiente. No tuvo ni elementos, ni tiempo, ni reposo; «tuvo que modelar su obra en barro, en vez de cincelarla en mármol; le faltó la materia; pero no la inspiración».

Como os lo he dicho, fué Otorgués, por ser el jefe que se hallaba más próximo, el designado por Artigas para tomar posesión de Montevideo y gobernar allí en su nombre. Nadie ignora lo que es, en cualquier parte del mundo, una soldadesca vencedora; la de Otorgués no era, por cierto, ni podía ser una excepción. Otorgués no podía ser muy superior a Alvear. Montevideo tuvo que ser víctima, por consiguiente, en los primeros momentos, de las brutalidades de aquella gente, cuyo jefe, aunque de origen urbano y

pariente cercano de Artigas, era el hombre rústico que conocemos, y que, contra lo que su jefe esperaba, fué incapaz, porque no lo quiso o no lo pudo, de reprimir las torpezas de *sus muchachos*. No faltaron gentes, por otra parte, y no de los gauchos, por cierto, que creyeron poder continuar, en provecho propio, y en nombre *de la Patria*, los abusos de la administración porteña: se sacaba dinero del vecindario, del español sobre todo, y no se rendían cuentas claras, ni mucho menos; Aquello fué un desbarajuste.

Lo que eso ha servido a los enemigos de la causa oriental para deprimir a Artigas, no es para narrado; las tropelías de la soldadesca de Otorgués han sido pintadas con los más vivos colores y con un celo virtuoso implacable. Cualquiera diría, en leyendo tales pinturas, que Montevideo vió lo que en parte alguna del mundo se ha visto, y que ese período de gobierno fué una larga *tiranía de Artigas*, que contrastaba con las honradeces y libertades de otros pueblos.

Y eso no es verdad. Lo es, sin duda, que la soldadesca cometió brutalidades; se cuenta, y yo lo creo, que hubo soldados que entraban en las tabernas, bebían, y se iban sin pagar, diciendo: «La Patria paga»; se dice, y tampoco me cuesta creerlo, que las familias vivían encerradas, para no exponerse en las calles a las groseras tropelías de aquella gente; aun recuerda la tradición las *gracias* del mismo Otorgués, que, en una recepción oficial, por ejemplo, invita, con irónica cortesía, a algunos concurrentes españoles a servir de asiento a las damas, a falta de sillas en el salón. Esa es la nota de color característica de aquellos días; pero hablar de *tiranía de Artigas*, con ese motivo, es algo más que injusto. En primer lugar, no se quitó la vida a nadie, ni cosa parecida; no se alzó allí, por

cierto, la horca de Elío, ni las de Rivadavia destinadas a Alzaga y sus compañeros, más numerosos aún que los de Liniers; tampoco se consumaron confiscaciones, tan en boga en aquellos tiempos; pero, sobre todo, esa angustiosa situación duró sólo tres o cuatro meses, el tiempo necesario para que los abusos llegasen, fidedignos, a conocimiento de Artigas, que, como sabemos, había estado ausente, lejos, allá en el Paraná, organizando las provincias occidentales y septentrionales. Si de algo sirven, por ende, en nuestra historia, esos tres o cuatro meses de desorden, es precisamente para poner de relieve la autoridad y los propósitos del gran caudillo.

No bien regresó a su país de la misión organizadora a la Banda Occidental, y llegó a su noticia lo que ocurría en Montevideo, destituyó a Otorgués, su deudo, su primer jefe, en términos que se pasaron de severos; envió en su reemplazo, de comandante militar, al honesto Fructuoso Rivera, que ya conocemos, y designó, como delegado civil, a don Miguel Barreiro, caballero sin tacha y magistrado integérrimo, cuya administración fué ejemplar. Para conocer, aunque de paso, a este Barreiro, redactor, según algunos, como recordaréis, de las *Instrucciones* de 1813, y secretario entonces de Artigas, atengámonos a la semblanza que de él nos hace Larrañaga en Paysandú, en el momento en que estamos precisamente. «Fuimos recibidos, dice, por don Miguel Francisco Barreiro, joven de 29 años, pariente y secretario del general, y que ha participado de todos sus trabajos y privaciones. Es menudo y débil de complexión; tiene un talento extraordinario; es afluente en su conversación, y su semblante es cogitabundo, carácter que no desmerecen sus escritos, en las largas contestacio-

nes con el gobierno de Buenos Aires sobre todo.»

Pero Artigas hizo más en presencia de las denuncias que recibió sobre la irregular conducta de su delegado militar en Montevideo: llamó a juicio a los que habían administrado dineros públicos, y, cuando sus cuentas no fueron claras, les castigó con no menos severidad que a Otorgués, captándose la malquerencia de hombres de letras, que serán sus detractores naturalmente. Esos, y sus congéneres, son los autores de la leyenda sobre las maldades del héroe. Bueno será que leamos, porque lo merece, la comunicación que dirige Artigas a Barreiro, al revestirlo de su representación. Es una especie de programa de gobierno, que os conviene conocer.

«Señor Delegado don Miguel Barreiro:

»Los sucesos ocasionados por los reiterados desórdenes de que ha sido víctima esa ciudad, por los desaciertos del jefe que burló mis disposiciones, y mi permanencia necesaria en campaña para repeler al enemigo, me ha puesto en el caso de separarlo inmediatamente, fijándome en la persona de Vd. para reemplazarlo en su empleo.

»Y aunque tengo plena confianza en su honorabilidad y rectitud, creyendo, como creo, que Vd. desempeñará la delegación del gobierno con toda aquella moderación que debe existir en el carácter del funcionario público, sin embargo, debo recomendarle, muy encarecidamente, que ponga Vd. todo su especial cuidado, y toda su atención, en ofrecer y poner en práctica todas aquellas garantías necesarias para que renazca y se asegure la confianza pública; *que se respeten los derechos individuales, y que no se moleste ni se persiga a nadie por sus opiniones privadas, siempre que los que profesan diferentes ideas a las nuestras no*

intenten perturbar el orden y envolvernos en nuevas revoluciones.

»Aunque verbalmente he suministrado a Vd. todas mis órdenes, he creído, no obstante, conveniente reiterar lo más esencial por medio de esta nota, para que tenga Vd. siempre presentes mis deseos de proporcionar la tranquilidad a los ánimos de los vecinos, que han sufrido tanto con las peripecias de la revolución.

»Así es que, en ese camino, sea Vd. inexorable, y no condescienda en manera alguna con todo aquello que no se ajuste a la justicia y a la razón; y castigue Vd. severamente, y sin miramientos, a todos los que cometan actos de pillaje, o atenten a la seguridad o a la fortuna *de cualquiera de los habitantes de esa ciudad.*

»Esperando que sabrá Vd. interpretar bien estos deseos, aprovecho la oportunidad para asegurarle mi confianza en sus medidas al respecto, congratulándome, con este motivo, en saludarle y repetirme afmo. amigo,

JOSÉ ARTIGAS.»

Muy de este momento me parece, para confirmar lo que estamos diciendo, y agregar una animada nota de color a nuestro cuadro, haceros conocer un hecho, nuevo en nuestra historia rioplatense, que acaba de llegar a mi noticia. He aquí que se nos ofrece un curioso testigo del gobierno de Artigas, en tiempo del selvático Otorgués. Os lo anuncié cuando hablamos de los prisioneros. Aunque os parezca inverosímil, ese testigo es nada menos que el hijo de Luis XVI, delfín de Francia, que fué prisionero del Jefe de los Orientales, sin que nos hayamos percatado de ello. Conozcamos ese caso, o cuento, o como queráis lla-



marle, que de todo tiene, sin excluir su parte de verdad. Es, cuando menos, una historia interesante, que puede distraernos.

Vosotros no ignoráis la leyenda, que ha tenido y aun tiene sus creyentes, relativa a la evasión de las prisiones del *Temple* de aquel amable niño, hijo de Luis XVI y de María Antonieta, que, entregado huérfano a la brutalidad del zapatero Simón, es tenido por muerto, pero reaparece a principios del siglo XIX. Los supuestos delfines de Francia que entonces brotan de la sombra, como sagrados dueños del restaurado trono, son varios: Fontolive y Persat, el Barón de Naundorff, Eleazar L'Iroquois, Mathurin Bruneau. Este último, que es el testigo de que os hablo, se presenta, en Francia, en 1815, diciéndose ser el hijo de Luis XVI que se evadió de manos del bárbaro zapatero, dejando en su lugar, para morir en su nombre, otro niño enfermo, introducido a la prisión en un caballo de cartón o de madera. Algunos partidarios o creyentes lo rodean, y hasta llegan a dar malos ratos a la legitimidad de Luis XVIII, que no las tiene todas consigo cada vez que la sombra de Luis XVII se pasea por el mundo.

¿De dónde viene este *Mathurin Bruneau*, o *Phelippeau*, o *Dufresne*, o *Charles de Navarre*, que con todos esos nombres figura ese delfín en los procesos? ¿Dónde ha transcurrido hasta entonces su misteriosa vida? Es eso lo que nos interesa. Viene de Montevideo; de ser aquí prisionero de Artigas, con el nombre de *Charles de Navarre;* precisamente en el momento en que nos encontramos de nuestra historia.

El proceso de este pretendiente al trono de Francia, que resulta condenado por impostor en 1818, y que muere, o no muere, dos años después, en las

cárceles del *Mont Saint-Michel*, existe en los archivos de Rouen, donde fué seguido. Ha sido publicado en parte; pero la que a nosotros nos interesa, y que figura en la pieza 29 del expediente, es completamente inédita, y me ha sido transmitida, con una interesante consulta, por la historiógrafa francesa madame de Saint-Leger. Dice allí el procesado que él, «Luis Carlos, rey de Francia por la gracia de Dios», salió fugitivo de su patria para los Estados Unidos, donde sirvió, como capitán de ingenieros, a las órdenes del general William; pasó después a la América española, y figuró, como coronel de dragones, en el ejército del virrey de Lima; y, en ese carácter, en una batalla que llama de *Grilly*, cae en poder del enemigo, y es enviado prisionero al general Artigas, que lo retiene en Montevideo, bajo el gobierno de Otorgués, y lo pone después en libertad. Conozcamos su declaración literal:

«En 1815, cuando yo me encontraba en Montevideo, detenido por orden del general en jefe de esta provincia, *Artigue*, y de *Othorgues*, gobernador de Montevideo, que han tenido muchas consideraciones (*beaucoup d'égards*) hacia mi persona, aunque prisionero de guerra en mi calidad de coronel de dragones del 1.er regimiento del virrey de Lima, permanecí en aquel país con un nombre supuesto.»

Esa es la fecha, como podemos recordarlo, en que el virrey de Lima hace sus proposiciones a Artigas, que éste rechaza; pero no se me alcanza, lo confieso, cómo y por dónde ese coronel del virrey de Lima, prisionero en una batalla de *Grilly*, que no conocemos, pudo llegar a poder de Artigas en 1815, si ya no es que, soldado del ejército con que Pezuela triunfa de Belgrano en Vilcapugio y Ayohuma (octubre y

noviembre de 1813), haya caído después en poder de las animosas *guerrillas (¿grilly?)* de Güemes, que, desde 1814, detienen al invasor triunfante. Artigas, como sabemos, desde su capital del Hervidero, ha seguido el proceso de esas campañas del Perú, con la misma pasión con que dirige las propias en el Plata; todas ellas no son más que una sola para el gran caudillo, que lo es de la libertad de América; él mismo se considera y se dice tal a cada paso, como hemos dicho; habla siempre de la causa de los americanos, a quienes considera y llama *paisanos,* sin distinción; nada de esa causa le es ajeno; Vilcapugio, Ayohuma, Sipe-Sipe lo preocupan tanto como la resistencia de Montevideo. Lo veréis dirigirse a Güemes para estimular su esfuerzo contra el español, en los mismos términos con que se dirige a sus caudillos de Entrerríos o Santa Fe, y que no difieren esencialmente de los que emplea en sus relaciones con San Martín, o con O Higgins, su gran paisano chileno, o con Bolívar, el de Venezuela; advertiréis cómo busca la mano de Monroe, el presidente angloamericano, al mismo tiempo que rechaza la que le tiende Pezuela, el español invasor, a cuyo ejército afirma haber pertenecido ese coronel de dragones y rey de Francia, que se dice nuestro prisionero. Bien pudiera, pues, hallarse por este camino, el seguido por el errante francés desde Pezuela hasta Artigas; pero sea de ello lo que quiera, bástenos con persuadirnos, por ahora, de que ese supuesto delfín que, en 1818, da cuenta en Rouen, en forma tal y tan exacta, de los gobiernos de Artigas y Otorgués, no ha inventado su dicho; ha estado en el Plata en 1815. Y convengamos, sobre todo, en que ese rey Luis XVII, que sólo recuerda de su cautiverio en Montevideo *las consideraciones de que fué*



objeto, no ha estado en poder de los bárbaros inventados por las historias perversas, sino en manos del soldado caballero y del jefe de estado que ya conocéis, y seguiréis conociendo bajo ese amable aspecto.

Algunos han dicho que Artigas gobernaba arbitrariamente, y hasta le han llamado tirano, porque se reservaba intervenir, en última instancia, en las resoluciones de los cabildos. Según las leyes españolas, los capitanes generales tenían hasta atribuciones judiciales. Durante 300 años no existió, con atribuciones efectivas, sino el ejecutivo del virrey o del gobernador. Ellos se ocupaban, en efecto, exclusivamente, en hacer cumplir los estatutos y decretos que, sobre las más triviales materias de administración, dictaban el Consejo de Indias y los reyes de España. Aquel poder fué el único omnímodo, y giraba solitario en la órbita de los atributos indecisos del gobierno colonial; porque, en efecto, las leyes de Indias eran «una extraña amalgama de disposiciones incongruentes y a veces contradictorias» ejercidas caprichosamente, lejos de todo contrapeso superior.

¡Aplicar a Artigas los preceptos constitucionales de hoy! ¡Investigar si, en la patria aquella recién nacida, los poderes ejecutivo, legislativo y judicial estaban debidamente separados y garantidos en su independencia! Creo que es exigir algo más de lo justo.

Os he citado alguna vez, si mal no recuerdo, la opinión de Sarmiento, según la cual «la autoridad se funda en el asentimiento *indeliberado* que una nación da a *un hecho permanente*».

Ningún hecho permanente más natural e indiscu-



tible que la supremacía de Artigas, y el asentimiento indeliberado de su nación; él había dicho, sin embargo, a los representantes del pueblo, en el Congreso del año 1813: «Mi autoridad emana de vosotros y cesa por vuestra presencia soberana».

Lo había dicho con plena sinceridad: Artigas era, ante todo y sobre todo, un hombre sincero. Hacer una verdad orgánica de aquella declaración es su ideal. Cuando, aplicando el método con que Carlyle estudia el gobierno clásico del héroe, se estudia, amigos artistas, esa época del gobierno de Artigas, se ve, con toda claridad, que el supremo anhelo del fundador de la patria, después de asegurar su independencia, no es otro que el de formar y organizar la entidad en cuyas manos *debe* y *quiere* colocar la autoridad que está en las suyas.

Su autoridad es tan indispensable como indiscutible; desaparecer Artigas y desaparecer la Patria Oriental en ese momento, es la misma cosa. Y, con ella, la federación republicana argentina. Pero Artigas no hace un gobierno absoluto; todo lo contrario. Conserva la autoridad y el influjo necesarios para dar un núcleo de unidad, de cohesión y de vida a aquel organismo inarticulado e incipiente; hace sentir ese influjo cada vez que la disolución lo amenaza; pero no mata la vida colectiva en la célula social; la estimula, la tonifica; quiere el gobierno propio, el de los más aptos, de los más honestos, designados libremente por el pueblo. Para eso procura dar a los cabildos de todos los estados cuya vida autónoma protege, al de Montevideo especialmente, con el que substituye el cargo de gobernador intendente fracasado con Otorgués, el mayor número de atribuciones; los incita a desempeñarlas con libertad; se

dirige a ellos en términos de respeto, y hasta de acatamiento; les pide recursos; jamás dispone de éstos por sí mismo; les recomienda las obras de progreso, la protección del pueblo, la de los desheredados principalmente, la escrupulosidad en la administración, la conservación, sobre todo, de la idea y del sentimiento de patria, y el deber de defenderla hasta el sacrificio.

El Cabildo de Montevideo es elegido por todos los demás cabildos del país, unidos a electores de la ciudad; éstos son uno por cada cuartel de la capital y extramuros. El caudillo no cesa de encarecer el respeto a la libertad de sufragio y de estimular su ejercicio. El pueblo comenzaba así a ejercitarse en la vida institucional, y se ve con toda claridad que Artigas no desea otra cosa: crear y vigorizar la entidad que debe substituirlo en el mando político; no ser él necesario a la vida de la nación que funda.

Es interesantísima, entre otras del mismo género, su nota de 3 de agosto de 1815, en que incita empeñosamente al Cabildo a la fundación de un periódico, con la imprenta que fué arrebatada por Alvear a Montevideo, y que Artigas ha logrado rescatar. El Cabildo publica el prospecto de *El Periódico Oriental,* y remite al caudillo, con nota, el primer ejemplar: «el primer fruto, dice, de la prensa de nuestro Estado libre Oriental, bajo los auspicios de V. E.».

No es posible dejar de observar, sin embargo, en este caso como en tantos otros, la convicción ponderada con que aquél procede; después de establecer las ventajas de la prensa libre, agrega en su nota: «Aquélla también imprime a los malvados el prurito de escribir con brillos apasionados ideas perniciosas a la sociedad;

pero es difícil que se desplome la grande obra de la libertad si los buenos escritores ayudan a fijar lo sólido de su fundamento.»

Este aspecto de la figura histórica de Artigas, amigos míos, el que nos lo presenta como hombre de estado original, fuerte en su sinceridad, maestro por su propia visión y no discípulo sumiso de teorizantes, será estudiado en el porvenir; no lo haremos ahora nosotros con toda la atención que reclamaría; pero sí con la necesaria para fijar muy bien ese rasgo fundamental de aquel hombre singular, «caudillo entre los pensadores y pensador entre los caudillos de América». Yo os aseguro que uno se siente atraído hacia tal estudio, cuando lee, con admiración, sus comunicaciones al Cabildo, en que dice, con cierta impaciencia, a sus compatriotas: «Piensen Vds. por sí mismos; obren por propia inspiración, resuelvan; no me lo consulten todo; recurran al pueblo; háganlo ser y pensar también a él; sean Vds. libres, conscientes, responsables de sus actos».

Artigas ha percibido, no hay duda alguna, y quiere extirpar, el germen del mal que, desde la lejana Rusia, veía León Tolstoi, el extraño patriarca, en estas nuestras repúblicas hispanoamericanas. Es muy curiosa esa opinión de Tolstoi. «He ahí una raza, dice, refiriéndose a nosotros, que tiene semejanza con la raza moscovita; es aguerrida, amante de las artes y de las letras; pero, como la nuestra, es refractaria a la homogeneidad democrática. En lo individual, el latinoamericano es el hombre más liberal del mundo, más aun que el francés; pero, en lo colectivo, pierde su identidad o se transforma en energía reaccionaria. En los sajones sucede lo contrario. En fuerza de ese fenómeno, las comunidades latinas tienden a la



concentración del poder, en tanto que las sajonas buscan su distribución y expansión. Toda nacionalidad o gobierno que centraliza el poder en perjuicio de la mayoría, camina, por razón natural, a la decadencia y a la disolución. Cuanto más absoluta es una tiranía, mayores son sus gérmenes de decadencia.» Es conveniente observar que, en esa visión del porvenir, coinciden con Tolstoi los representantes de la más pura ortodoxia. Toniolo, por ejemplo, el maestro italiano de la sociología católica moderna, la expone y sintetiza como «la dirección a *una general participación de todos los elementos de la sociedad* en una más perfecta forma de la civilización cristiana para el porvenir». Y no puede menos de existir tal coincidencia. Que toda verdad es ortodoxa, según afirma un grande obispo.

Tolstoi teme, según eso, la desaparición de los latinos ante los sajones en América. El pesimista patriarca ruso, al través de la distancia, y Artigas, el libertador autóctono, al través del tiempo, veían lo mismo en nuestra raza. Eso era lo que éste temía, y quería extirpar en germen, cuando pugnaba por vigorizar las entidades colectivas de estos pueblos con la *federación*, y las unidades físicas con la *democracia:* evitar la concentración que sus enemigos buscaban; realizar la distribución y expansión, por todo el organismo, del agente dinámico de vida.

Dejemos eso sugerido, para que lo estudie el porvenir, y volvamos a cosas más concretas.

V

Es de ver la vida nacional y social que, en ese fugaz período de existencia de la primera patria, se desarrolla en Montevideo estimulada por Artigas. Aquella sociedad, de una cultura tan elevada como la de una capital moderna, ofrece un espectáculo interesantísimo. Aquí me encuentro, entre mis tradiciones y documentos domésticos, a don Juan Benito Blanco, que hace bordar por manos amables, que no cobran su labor, el primer escudo, el coronado por la cimera de plumas, para el morrión de sus granaderos; las familias del país se reúnen para celebrar los triunfos de la patria y la gloria de su fundador y caudillo, mientras los españoles se congregan por las tardes, en la muralla o *Recinto* que da sobre el mar, a ver si aparece, en el horizonte, la escuadra reconquistadora que esperan, y que no puede tardar, con su bandera española al tope. Esos son los que Artigas quiere tener en *Purificación*, si amenazan el orden público, porque también él espera tranquilo la reconquistadora armada, como centinela avanzado de América. La espera sin temor. «Que se desplome el mundo sobre nosotros, le oiréis decir, con tal que estemos unidos.»

El pueblo aquel tiene una fe que parece supersticiosa en su caudillo; se juzga libre y seguro a la sombra de su escudo. El Cabildo, por decreto de 21 de enero de 1816, ordena «a todos los estantes y habitantes de esta Banda Oriental (excepción de los ministros, empleados públicos y militares al servicio de otras potencias) el uso en el sombrero de la escarapela tricolor»; y «recomienda al bello sexo la ostentación

de esos colores sobre el brazo y en el pecho, en amable recuerdo de que el pabellón oriental protege, reúne y procura la felicidad general de todos los habitantes del país».

En 27 de enero del mismo año, dicta un bando de 30 artículos «para promover esa felicidad». En él legisla sobre el orden y seguridad nacionales, prohibición de juegos, cafés y pulperías inconvenientes, uso de armas, asistencia pública, diversiones, seguridad de las construcciones, incendios, padrón del vecindario, administración de correos, vialidad, etc. Y, como nota fundamental, que nos da el espíritu de aquella ciudad, el interesante bando o decreto dice en su artículo 1.º: «Que toda persona que sea osada a blasfemar del santo nombre de Dios, manifestar irreverencias, cantar coplas deshonestas, proferir palabras malsonantes o contrarias a la santa religión y sagrada causa que defendemos, será castigada con todo el rigor de las leyes.»

El pabellón de Artigas, el de la banda roja diagonal, es aclamado por el pueblo en Montevideo. Se celebran fiestas sociales, saraos animadísimos y llenos de cortesía, en obsequio del patriarca libertador, ausente en el *Hervidero;* en ellos bailan los rigodones de honor los caballeros y las damas cuyos apellidos son el sedimento de la nación: Pereyra, Rivera, Larrañaga, Ellauri, Maturana, Blanco, Chopitea, Lapido, Trápani, Viana, Juanicó, del Pozo, Lamas, Aldecoa, Bauzá... Ya han aparecido los bardos de la nueva patria: Araucho e Hidalgo, soldados poetas, son su verbo musical; el segundo representa personalmente, en la *Casa de Comedias,* el 25 de mayo de 1816, su drama *Sentimientos de un patriota,* en que aparece, y es objeto de apoteosis, la bandera tricolor recién crea-

da, y cuyos colores ostentan las damas en el pecho; el primero da a las tablas su monólogo en verso, *Fillan*. La sociedad los aplaude. Sus inspiraciones patrióticas balbucientes son el tema que anima las tertulias de la tarde en el *Paseo de la Alameda*. Las funciones, en esa *Casa de Comedias*, se abrían con la *Canción patriótica*, letra de Hidalgo, cuyo coro era repetido por la concurrencia, y decía:

Bravos orientales,
Himnos entonad;
Que Artigas va al templo
De la libertad.

Pese a su candor ingenuo, esos cantos matinales lo son de una aurora verdadera; son los cantos del gallo, *trompeta del día*, como dice Shakespeare.

Artigas oye sólo de lejos esas aclamaciones; pero las recibe con alegría. El popular gobernante, que, como sabéis, es un caballero por su origen y sus relaciones, no va a su ciudad natal, que le debe su nueva vida; pero estimula en ella toda iniciativa de progreso, como hemos visto. El contraste entre esa vida social de Montevideo y la que lleva el primero de sus hijos en los campos, en medio de los pueblos, consagrado a mantener y educar los más remotos, y pobres, y desamparados, cuya miseria comparte, merece nuestra atención. Ese contraste es el tema de algunas preciosas páginas que nos ha legado el presbítero don Dámaso Larrañaga, que, en esos momentos, visitó a Artigas. Debemos conocerlas; pero, para bien apreciarlas, conviene conozcamos primeramente a su autor, al mismo Larrañaga, con quien ya nos hemos encon-



trado más de una vez. Es la figura más representativa, quizá, de nuestro medio social, y la de más alta autoridad.

El pueblo de Buenos Aires, que no ha querido ni quiere el despotismo de Alvear, va a derrocarlo muy pronto, como lo veremos, con el apoyo de Artigas. Éste concebirá entonces, después de su triunfo, una nueva esperanza de realizar su pensamiento, y convocará, con ese objeto, todos los pueblos, en *Purificación*. El estado de Buenos Aires responderá a su llamado, acreditando ante él una comisión formada de los señores Pico y Rivarola; Montevideo, a quien Artigas convoca como a todos los demás, enviará también una, formada de nueve miembros, entre los que descuella este Larrañaga de que hablamos, y vamos a conocer.

Imaginaos a Linneo o a Cuvier nacidos, no en Montbeliard o en Suderhof, sino en nuestra plaza fuerte de Montevideo, a fines del siglo XVIII. Algo de eso fué Larrañaga; éste es, en la esfera de la ciencia, lo que Artigas en la de la visión política: un caso, lo que se llama un caso. Como Artigas, y como Rivera y Lavalleja, y como Pérez Castellano, y Barreiro, y Monterroso, y demás próceres orientales, Larrañaga procede de antigua familia española fundadora de Montevideo; es un *criollo* que no ha estado en Europa. Nace a fines del siglo XVIII (1771); aprende, en nuestro convento de franciscanos, latín y filosofía; estudia algo más en Buenos Aires y Córdoba, donde sigue la carrera eclesiástica, que abraza abandonando la idea fugaz de dedicarse a la medicina, y se ordena de epístola. En Río Janeiro, por fin, recibe el sacerdocio a los veintiséis años de edad (1798).

Y he aquí que, con esa preparación, se encierra en



este su país, y en medio a nuestras tempestades políticas, y mezclado en ellas, brilla como un asteroide de lejana constelación intelectual, y nos deja, en su persona, la posesión del primer sabio americano de aquel tiempo.

Larrañaga fué un sacerdote ejemplar: primer vicario apostólico de la república, capellán de nuestros ejércitos en las invasiones inglesas, en la reconquista de Buenos Aires, en las campañas de la independencia. En medio del fuego, auxiliaba a los caídos; en la vida ordinaria, socorría a todo el mundo, a los niños especialmente; fué el fundador de la primera casa de expósitos de Montevideo; cultivó, conservó y difundió la vacuna; amó a los indígenas y veló por ellos; era todo caridad, todo virtud. Fué, además, hombre político, legislador, cabildante, diplomático... Si mal no recuerdo, diplomático fué también el italiano Dante; diplomático güelfo, y político de Florencia, y algo más por ese estilo. Pero Dante es el autor de *La Divina Comedia;* Larrañaga es el sabio rioplatense. Fué astrónomo, geólogo, botánico, naturalista, etnólogo, geógrafo, meteorologista, filólogo, hombre de letras; cultivó las lenguas clásicas y poseyó las vivas: inglés, italiano, francés; la literatura inglesa, sobre todo, ejerció en él grande influencia. Don Andrés Lamas lo coloca «en las alturas luminosas en que brilla don Félix de Azara»; pero sólo como botánico; que, como geólogo, lo supera; y también en erudición literaria y sentimiento de lo bello.

No es posible, amigos míos, daros una idea aproximada de la obra de Larrañaga, «primer monumento científico del Río de la Plata», como dice Lamas. Su solo *Diario de Historia Natural* (de 1803 a 1823), ajustado al sistema de Linneo, que elogió su obra, consta

de 2.600 páginas en folio; contiene una serie de observaciones meteorológicas y astronómicas del territorio oriental; estudios sobre el origen y costumbres de sus habitantes; lecciones prácticas de agricultura, etc. Entre sus obras, aun inéditas en nuestro Archivo Nacional, se registra un estudio sobre el idioma *chaná*, la lengua de una tribu aborigen del Uruguay; otro notabilísimo sobre la formación geológica de los terrenos del Plata; dibujos coloreados, admirables, de los objetos naturales que describe; escritos históricos, políticos, literarios. Ya que no directamente, podéis juzgar de lo que hay en todo eso por su reflejo en el espíritu de los sabios de aquel tiempo: Cuvier, Humboldt. Bompland, Saint-Hilaire, Freycinet. Con todos ellos, como con Linneo, mantuvo Larrañaga relaciones epistolares interesantísimas.

Bompland le escribe: «Me será muy grato cultivar con usted una correspondencia asidua, y estoy más interesado que usted en ello, pues usted está más versado que yo en la historia natural de estos países...» «Me desesperaría si se publicaran mis manuscritos sin su asentimiento; son obras a las que tiene usted mil veces más derecho que yo, y que considero propiedad suya.»

«Estoy cada vez más admirado de sus trabajos, que son inmensos, y sobrepasan, me atrevo a decirlo, cualquier idea exagerada que pudiera haberse concebido. Es increíble que, solo en ese país, entregado a la historia natural, sin guía, sin libros, haya usted podido reunir tantos objetos diferentes, y ordenarlos como usted lo ha hecho. Cada vez que miro sus cuadros, mi admiración se aumenta. En Europa se aguarda su obra.»

Y le escribe Saint-Hilaire: «No he encontrado en



América persona alguna con la capacidad de usted para hacer adelantar la ciencia, y consideraría una desgracia que se viera usted obligado a descuidarla».

«Los sabios franceses, le escribe Freycinet en larga carta, desearían aprovechar las investigaciones de usted, y me atrevo a esperar que tendrá a bien enviarles algún informe. Monsieur Cuvier quedaría muy satisfecho si usted le comunicara sus descubrimientos en historia natural; la *Sociedad de Geografía* desea contarlo en el número de sus miembros; pronto recibirá una nota oficial, y me atrevo a esperar que tendrá a bien satisfacer nuestros anhelos.»

«He comunicado a nuestro sabio Cuvier, le dice Saint-Hilaire, lo que usted me hizo el favor de enviarme sobre el *tatú fósil*. Como se propone una segunda edición de su obra, desea vivamente que usted publique algo sobre ese interesante objeto, y me encarga se lo pida en su nombre.»

Larrañaga mantiene entonces correspondencia directa con Humboldt y con Cuvier; este último lo menciona con honor, aunque suponiéndolo brasileño, en su obra monumental sobre las revoluciones del globo...

Pero es preciso que leamos algo, una página siquiera, del mismo Larrañaga, para conocerlo personalmente. Veamos esta carta, por ejemplo, que dirige a Bompland: «No puede usted figurarse la violencia que he tenido que hacerme para tratar cosas que ya tenía casi abandonadas, y que piden tiempo, tranquilidad y meditación, y, a veces, una paciencia más que estoica, para entrar en todos los pormenores en que entran hoy en día los naturalistas; éstos, tan delicados como los astrónomos, no tienen por perfectas aquellas observaciones en que no se computan los

átomos de la cantidad, como en las de éstos los segundos de tiempo...

»Linneo ha sido mi único maestro... No obstante, como es preciso seguir la moda, y someterse a las luces que nos suministra el siglo XIX, remito a usted los *Mammilares* clasificados por nuevos métodos; también con algunas innovaciones mías, ya que nos es permitido a todos metodizar. Los caracteres que presento son originales, y acomodados sólo al país. En esto he imitado a Lamarck en su *Flora de Francia;* pero tengo también trabajos generales para aquellas especies que no se encuentran en Goeclin. En el Janeiro compré la gran edición de Buffon por Sonnini, y las obras de Cuvier y otros célebres zoologistas; el señor Chapus tuvo la bondad de facilitarme la segunda edición de su *Diccionario de la Historia Natural*, que cuenta ya 15 volúmenes. Estoy ahora, por consiguiente, al nivel de la mayor parte de los últimos descubrimientos. Por eso me he atrevido a hacer algunos géneros y especies nuevos, y honrar de ese modo nuestra zoología con los nombres de los sabios más ilustres.»

Pero leer a Larrañaga, el sabio, sin agregar algo en que se revele el hombre espiritual, sería ofender, me parece, su memoria. Tomemos, al azar, este párrafo de su carta a Bompland, para que su noble espíritu descanse en su luz: «Cuando pueda reunir estos grandes materiales, ¿tendré tiempo de colocar estas hermosas piedras labradas y cinceladas? ¿Me moriré sin la dulce complacencia de dejar perfeccionado este suntuoso templo al Autor de la Naturaleza, para hacerme acreedor a que me reciba más benignamente en sus eternos tabernáculos?...»

Y bien, amigos; me parece que, con lo dicho, tene-

mos bastante para darnos una idea de lo que fué ese hombre de nuestro país que, en 1848, muere ciego, en su quinta del *Miguelete*; ciego, a fuerza de mirar al través del lente de su microscopio y de su telescopio imperfecto. Las estrellas de nuestro hemisferio aumentaron su luz con la de sus ojos humildes; la de su fuerte corazón quedó toda en esta su tierra, en que inoculó su vida entera; la infundió en su historia, en sus árboles nativos, en sus héroes gloriosos, en sus pájaros indígenas. Yo he recogido en mis tradiciones de familia, de don Juan Ildefonso Blanco, que hizo el retrato al óleo del prelado, la última imagen de aquel hombre sonriente, con los ojos fijos, ocultos en sus lentes negros, sentado bajo los árboles que él plantó, y que aun viven. Pero nada refleja aquella transfusión lenta y paulatina de un alma pura en la naturaleza amable que la rodea como la carta que escribe entonces Larrañaga a su sobrina doña Clara Errazquin de Jackson: hay en ella *Cantar de los Cantares, Noche serena*... «Estoy ciego; pero siento el olor de mis flores, oigo el zumbido de mis colmenas y los cantos de mis urracas; me da en la cara el viento suave de la mañana, y bendigo a Dios, que ha hecho tanta maravilla con un orden admirable...»

¡Oh noche azul estrellada!

Larrañaga fué admirador de Artigas, como hemos dicho; tuvo en él una fe que corría parejas con el respeto que el héroe le profesó, dicho sea en honor del uno y del otro; reconoció en Artigas al Profeta; cuando éste faltó, el sabio patriota se sintió en el vacío como muchos otros; creyó larga la noche sin astros. Son melancólicas, pero no desesperadas, las palabras que pronuncia cuando se resigna a aceptar, como mal menor, la dominación extranjera: «El dulce



nombre de patria, dice, debe enternecernos; pero el patriota no es aquel que invoca su nombre, sino el que aspira a salvarla de los males que la amenazan.» Ese criterio llevará a Larrañaga a formar entre los que, como en Buenos Aires, esperaban algo de la monarquía, y a aceptar, por fin, una vez vencido Artigas, la precaria dominación portuguesa; a aceptarla, no a buscarla. Él será el candidato indiscutible para senador del reino portugués; será, como Rivadavia en la otra Banda, el hombre representativo de la Oriental del Plata; pero siempre declaró, *expresamente*, que aceptaba aquello *para evitar mayores males*, para preparar el advenimiento de la soñada patria libre y democrática, anunciada por el héroe desaparecido.

En el momento en que estamos, 1815, el héroe vive; Larrañaga es su creyente, como volvió a serlo y proclamarlo después. Veámoslos juntos, que este cuadro está aún por hacerse: el de Artigas y Larrañaga. Acaso el bajorrelieve lo reclame para el tímpano del futuro Panteón Nacional. Se lee el *Diario* que aquél escribe en su viaje a Paysandú, y uno cree estar leyendo uno de los cantos de la *Ilíada*. El sabio, que va en busca de Artigas, cruza y describe aquellas nuestras soledades; se le encuentra dormido sobre una pila de cueros de vaca, al pie de una higuera, para evitar el humo de los fuegos atizados con la grasa de las reses; se le sigue al través de los ríos vadeados en el carruaje flotante sobre pipas atadas a las ruedas; los hombres desnudos lo escoltan a nado, agarrados a la crin del caballo; se le ve alojado en alguna estancia hospitalaria del camino, contento de hallar en ella pan y abrigo contra las heladas de las noches de invierno



crudo, contra los perros rabiosos, o los mosquitos, tan rabiosos como los perros; allí nos describe los banquetes en que se comen las reses gordas que se han asado en el suelo a fuego lento... Y, en medio de todo eso, el sabio, después de celebrar su misa al rayar la aurora y de leer su *Breviario*, se interna solo en el bosque, recorre las colinas y las costas, estudia la naturaleza, clasifica la fauna y la flora que se van ofreciendo a su examen, revela las ignoradas riquezas de su tierra, anuncia su porvenir, anhela su libertad. Cuando, años después, en 1837, juzgue que ésta está alcanzada, escribirá, al aceptar el cargo de presidente de la Biblioteca y Museo, a los que regala todos sus tesoros científicos: «Siempre esperé que llegaría el tiempo de esta suspirada y venturosa época, en que mis ocios mismos serían útiles a nuestra patria, y a los progresos de las ciencias; porque sabía que exploraba un país virgen y feracísimo, viéndome en la precisión de poner, como Adán, nombre a todas las producciones que se me presentaban, para darme a entender de los sabios.»

Llega, pues, por fin, este nuevo Adán en busca de Artigas a Paysandú, nuestra bella ciudad de hoy, y que era entonces, según él nos dice, «pueblo de indios, cristianizados en su mayor parte; sus casas, a excepción de cinco o seis, todas son de paja. La iglesia no se distingue de las demás sino por ser mayor...» «Y aunque es un pueblo tan infeliz, agrega el sabio, tiene el honor de ser interinamente la *Capital de los Orientales*, por hallarse en él su jefe y toda su plana mayor, con los diputados de los demás pueblos.»

Allí había ido, efectivamente, Artigas desde *Purificación*, a esperar a los enviados de los estados o provincias que había congregado en su torno, espe-

cialmente a los orientales; éstos reciben en el camino una nota suya, de 3 de junio de 1815, en que les ruega apresuren su marcha, pues nada resolverá sin su concurso; «cualquiera demora en ustedes, les dice en esa nota, retardaría mis providencias para la felicidad general; me hallo sin poder resolver. En esa virtud, apresuren ustedes sus marchas, que yo me hallo en este punto, desde donde los saludo con mis más afectuosas consideraciones». La embajada se apresuró, y llegó oportunamente a Paysandú.

Veamos, pues, cómo vivía el gobernante del *Hervidero*, mientras en Montevideo se aclamaba su nombre.

«Nuestro alojamiento, escribe Larrañaga, fué la habitación del general; ésta se componía de dos piezas de azotea, con otro rancho contiguo, que servía de cocina. Los muebles se reducían a una petaca de cuero y unos catres sin colchón, que servían de camas y de sofás al mismo tiempo.»

«El general estaba ausente; había ido a comer a un falucho en que se hallaban los diputados de Buenos Aires...» También se encontraban allí, en unos ranchos que servían de cuerpo de guardia, los jefes que, con una barra de grillos, habían sido remitidos a Artigas por el gobierno de Buenos Aires. Larrañaga recuerda la generosa conducta del caudillo para con esos prisioneros, que conoceremos después, y escribe con orgullo patriótico: «Ella ha sido, con justicia, sumamente aplaudida por los buenos americanos y ha acabado de desengañarlos de que nuestro héroe no es una fiera ni un facineroso, como lo habían pintado con negros colores sus émulos o los envidiosos de su gloria.»

Ya hablaremos de esos prisioneros más adelante; ahora veamos a Artigas que regresa, a las cuatro de



la tarde, acompañado de un ayudante y de una pequeña escolta...

La conferencia de la comisión oriental con Artigas dura varias horas, hasta la de la cena. El caudillo habla; pero, sobre todo, escucha. Larrañaga nos manifiesta en su *Diario* la admiración que siente por aquel hombre; no se ha percatado, sin embargo, por lo visto, de la que él mismo inspira al que llama «nuestro héroe». Y si por algo puede éste ser llamado tal, por nada lo es tanto como por ese rasgo que no ha percibido Larrañaga, y que distingue al héroe del tirano: por su capacidad de reconocer y respetar el heroísmo en todas sus formas. Sus relaciones con el sabio prelado nos dan esa nota de su carácter con mucha precisión. Larrañaga amaba y admiraba a Artigas, pero no era capaz de lisonjearlo; la mayor parte de lo que sobre él escribió, este *Diario* que estamos leyendo inclusive, fué ignorado de aquél.

Esas dos almas fuertes se revelaron con ocasión de la intriga que, en ese año de 1815, precisamente, poco después de la escena que ahora narramos, urdieron en Purificación algunos *celosos amigos* que soplaron en los oídos de Artigas informes y comentarios sobre la independencia de juicios del vicario apostólico, y de que hablamos al hablar de las relaciones de la Iglesia con el Estado. Larrañaga recibió una atenta carta del prócer, en que parecía hacerse eco de tales cosas. Y la fortaleza que estaba bajo la evangélica mansedumbre del prelado salió a luz; su carta contestación a Artigas es *toda una libertad*. «Si V. E., le dice, desea mi retiro, puede decirlo sin rodeos; yo no pretendo seguir en la vicaría, ni jamás la he pedido.»

Artigas era bien capaz de respetar aquella fuerza

moral que limitaba la suya, y le abrió paso inclinándose, como el caballero ante la castellana altiva. Ni un solo vestigio dejó aquel incidente; leemos las cartas posteriores del prócer al sabio, de enero de 1816 en adelante, y no hallamos en ellas sino términos amistosos, respetuosos, amables. No le fué en zaga, por cierto, su rendido admirador; él mismo recordaba después a Artigas, en una de sus cartas, aquel incidente; toda la culpa, le dice, la tuvo «esa clase de chismosos que pretendían separar a *dos hombres que tan bien se comprendieron siempre desde los albores de la revolución*».

Veamos, pues, ahora, el cuadro de Larrañaga y Artigas en Paysandú. El primero nos describe al segundo en estos términos: «Su conversación, dice en su *Diario*, tiene atractivo; habla quedo y pausado; no es fácil sorprenderlo en largos razonamientos, pues reduce la dificultad a pocas palabras, y, lleno de experiencia, tiene una previsión y un tino extraordinarios. Conoce mucho el corazón humano, principalmente el de nuestros paisanos, y así no hay quién le iguale en el arte de manejarlos. Todos le rodean y siguen con amor, aunque viven desnudos y llenos de miserias a su lado. Y no es por falta de recursos, sino por no oprimir a los pueblos con contribuciones; prefiere dejar el mando, a ver que no se cumplen sus disposiciones en esta parte. Ese ha sido uno de los principales motivos de nuestra misión.»

La cena que presenta Artigas a sus huéspedes mereció la descripción de Larrañaga, y creo que no es indigna de nuestro examen de artistas. «Un poco de asado de vaca, caldo, un guisado de carne, pan ordinario y vino servido en una taza por falta de vasos de vidrio; cucharas de hierro estañado, mante-



les de algodón de Misiones, sin servilletas... Y aun esto, agrega el narrador, según supe después, era prestado.» Ese *menú* se aumentará al día siguiente «con unos bagres amarillos, que se pescaron en el río Uruguay»; bueno es citarlos, porque Larrañaga los halló excelentes, y porque es *pescado clásico*. Podemos mirar con bastante precisión esa mesa, presidida por Artigas, que, como veis, ha hecho lo posible porque sea decorosa; cuatro personas están sentadas; las restantes, fray José Benito Lamas, Risau, Reyna, el cura Ortiz, están de pie; no hay asientos para más; no hay otra cosa. Y rasgo final de la buena voluntad del anfitrión: «Acabada la cena, dice Larrañaga, nos fuimos a dormir; el general me cede, no sólo su cama (un catre de cuero), sino también su cuarto, y se retira a un rancho. No hubo forma de hacerlo ceder en este punto; no oyó mis excusas, y desatendió mi resistencia.»

Al día siguiente, es el mismo Artigas quien madruga y sorprende a sus huéspedes en la cama... Y les ofrece frugal desayuno: un *ponche* con dos huevos batidos, que se hallaron con dificultad...

Os he ofrecido, amigos, formas propicias al relieve escultórico; os las he sugerido, cuando menos. Fuerza es penetrar ahora, porque de algo nos sirvan, en el espíritu que las habita, y que es la sola realidad estética; pensaremos en el porqué de esa tenacidad que se observa invariable en Artigas en no vivir en Montevideo ni en ciudad alguna. No ha faltado quien, mirando con ojos distintos de los de Larrañaga, no ha visto en ella otra cosa que instinto incivil.

Si estudiamos sociológicamente el fenómeno, observaremos que no es ese rasgo de Artigas el que más caracteriza a los caudillos populares que predominan;



éstos, por el contrario, tienen generalmente, como anhelo definitivo, el de ocupar el trono, chico o grande. Esa ambición está, muy a menudo, en razón inversa de las aptitudes. Las ínsulas son el ensueño de los Sanchos, de los escuderos andantes, que hasta se creen capaces de ser arzobispos, si a mano viene. Los verdaderos caballeros no se quitan las armas, ni comen pan a manteles, mientras no realizan su ideal: ser dignos del amor de Dulcinea. Ellos envían a sus escuderos, a quienes instruyen para gobernadores, a falta de más altas aptitudes; les enseñan a cortarse las uñas, a raparse las barbas aborrascadas, a vestir con lujo, y a adoptar gestos y actitudes adecuados. Que no pocas veces vemos en poder de Sancho la celada, la lanza y hasta la cabalgadura de su amo.

Pero hay algo más digno de atención. El anhelo de tronos y ducados, amigos artistas, es la limitación y el escollo de los mismos héroes; la carencia de ese deseo es lo que determina, precisamente, los dos caracteres extremos: o el del hombre montaraz que odia la vida civilizada, o el del héroe pleno que la forma, sin el estímulo de gozarla, porque para eso vino al mundo.

Yo me explico cómo y por qué los enemigos de este Artigas lo han presentado como el tipo del primero, del hombre selvático; porque no hay término medio: o es el más bárbaro, o es el más grande, el solo grande.

El *petit caporal* de Arcola, llevado por sus soldados del campo glorioso a la ciudad, a ser emperador y esposo de María Luisa, y tronco de dinastía, es el héroe transformado en tirano; el primero ennoblece la humanidad; el segundo la humilla. Nadie ha humillado más al hombre que ese Bonaparte, *petit caporal*.

«Cuando llega la soberbia, dice el Libro de los Proverbios, entonces llega la deshonra.»

El caudillo de Israel, aquel Sansón abstemio de la cabellera inviolada, oye el deleite de la mujer, y, con el cabello, pierde la vocación y el carácter. Sólo sirve, desde entonces, para tirar de la noria, como el mulo, o como todo el mundo.

¡Las delicias de Capua! ¡Los brazos de Dalila!

¡San Martín arrastrado en carroza dorada! ¡Bolívar adorado por hombres y mujeres!... Los espíritus de la tiranía acechan a los héroes en las ciudades; las brujas les salen al paso... ¡Tú serás rey! ¡Tú serás rey!

El claro conocimiento de las propias *aptitudes*, conjunto de inclinaciones innatas que, cultivadas por la voluntad, forman el carácter, eso, elevado a una gran potencia, es lo que determina la vocación del heroísmo; el cambio de empleo producido por las circunstancias es prueba de falta de energía en la aptitud. La energía en la propia vocación, por el contrario, engendra el respeto hacia las aptitudes de los demás. «A medida que se tiene más ingenio, dice Pascal, se ve que hay más hombres originales.» Recordaréis que Artigas decía a Posadas que sólo anhelaba realizar su pensamiento para retirarse al descanso. Nadie ha dicho eso con mayor sinceridad, y nadie lo comprendió como Larrañaga. Artigas no va a las ciudades, porque nadie ha sentido como él la propia vocación; él sabe que la suya no pugna con la de los escuderos ilustres; pero les es superior; pone la herramienta en manos de quien mejor la sabe manejar, como dice el inglés; el arco de Ulises en las de quien puede tenderlo; deja a los otros el cuidado de las cosas domésticas, y él se reserva la misión suprema: fundirse en el pueblo, confundirse con él,

amasar el *légamo sagrado* e infundir en éste el espíritu de que se siente poseído. Por eso no va a la ciudad; por eso come la carne asada a fuego lento de las hecatombes populares.

Una anécdota, que nos ha conservado la tradición, dará color local a esa bella idea de los antiguos.

El hecho tenía lugar en Las Piedras. Artigas se había sentado a la mesa, en compañía de sus más cultos oficiales y de algunas personas civiles, cuando se le anunció la llegada de uno de sus caudillos campesinos, portador de un parte verbal. El que llegaba era un *gaucho bravío;* había recorrido treinta y cinco leguas en veinticuatro horas, y venía transido, jadeante y sin comer. Artigas se separó de sus comensales; tomó un trozo de carne asada, que se puso a comer con su cuchillo de campo, y entonces hizo entrar al gaucho mensajero. Le ofreció un pedazo del asado que comía. El gaucho sacó su cuchillo, y comió, en compañía de Artigas, y mientras desempeñaba su comisión, de aquella simbólica carne asada.

Creo que el cuadro es homérico. El gaucho rioplatense vió siempre, en aquel hombre, un ser superior, pero un ser de su especie, digno de amor, al par que de respeto. Eso es lo que el héroe quería: no humillar al pueblo; estar en él; ser considerado *un semejante* por los más desgraciados; ser la forma personal, amable para todos, para esos desgraciados especialmente, de la patria por que morían. Más adelante leeremos papeles que nos iluminarán esa faz, la más grande y personal de esta noble figura.

La comida que Artigas presentó a Larrañaga, en *Paysandú,* tenía un carácter muy distinto de la que ofreció al gaucho hambriento.

Allí, entre otros pensamientos, le indicó el insigne sabio oriental la conveniencia de fundar en Montevideo una biblioteca pública. Artigas acogió la idea con entusiasmo; le incitó a realizarla sin pérdida de tiempo, poniéndose para ello de acuerdo con su delegado Barreiro. La biblioteca se inauguró el 25 de mayo de 1816, y su inauguración formó parte de los lucidos festejos populares y sociales que se realizaron, en los días 24, 25 y 26, en conmemoración de la fecha inicial de la revolución. Larrañaga hizo allí, en un discurso memorable, en su célebre *Oración inaugural*, calificada de magistral por Andrés Lamas, la apología del Jefe de los Orientales. Éste, por su parte, para incorporarse en espíritu al acto realizado en Montevideo, dispuso que en ese día el santo y seña del ejército fuera: «*Sean los orientales tan ilustrados como valientes*».

Yo quisiera que pudierais conocer, mis amigos, la correspondencia, que poseemos, de Artigas con Larrañaga; en ella nos ha quedado la huella de los anhelos de progreso moral y material alimentados por el hombre más extraordinario, después de Francia, según dice Robertson, entre todos los que figuran en los anales del Río de la Plata»...

Y pues el nombre de Robertson acude a mi memoria, recuerdo que nadie nos ha descrito como él, en sus *Letters on Paraguay*, la figura de Artigas en *Purificación*. Los tonos de su cuadro no son menos vigorosos que los del de Larrañaga en Paysandú, como vais a verlo.

Los hermanos Robertson, emprendedores comerciantes ingleses, se establecieron, en 1815, en las Provincias Unidas: en Entrerríos, Corrientes, Paraguay, etc. La empresa era audaz y arriesgada, allí,

como en cualquier parte del mundo que se hallara en circunstancias análogas. Uno de los Robertson remontaba el río Paraná, en un barco cargado de mercaderías, cuando éste fué detenido y secuestrado por partidas artiguistas. El comandante de la escuadrilla británica en el Río de la Plata, Jocelin Percy, reclamó ante Artigas, y éste satisfizo plenamente la reclamación. Quedaron, sin embargo, algunos perjuicios por indemnizar, y quiso entonces Robertson conocer y ponerse en relación directa con aquel famoso general Artigas; «con un hombre, dice, que se había elevado a tan singular altura de celebridad, *y cuya palabra era ley, en ese momento, en todo el ancho y en todo el largo del antiguo virreinato de Buenos Aires*». Fué, pues, personalmente a *Purificación*, con una carta del capitan Percy, y otra de un amigo personal del gran caudillo.

Llegó, por fin, al *Hervidero*, y grande fué su sorpresa al hallarse, en la amplia y rústica tienda de campaña del héroe, con la escena siguiente: «El Protector, dice, *estaba dictando a dos secretarios* (uno de ellos era Barreiro), que ocupaban, en torno de una mesa de pino, las dos únicas sillas que había en toda la choza, y esas mismas con el asiento de esterilla roto.

»Para completar la singular incongruencia, el piso de la choza (que era grande y hermosa) en que estaban reunidos el general, su Estado Mayor y sus secretarios, se veía sembrado de ostentosos sobres de comunicaciones procedentes de todas las provincias, distantes algunas de ellas 1.500 millas de ese centro de operaciones, y dirigidas a Su Excelencia el Protector.

»En la puerta estaban los caballos jadeantes de

los correos, que llegaban cada media hora, y los caballos de refresco de los que salían con igual frecuencia.»

El comerciante inglés se sorprende de la calma y seguridad con que Artigas, en medio de aquel ambiente, despachaba sus asuntos. «Pienso, dice, que si los negocios del mundo entero hubieran pesado sobre sus hombros, habría procedido de igual manera. Parecía un hombre abstraído del bullicio, y era, de este solo punto de vista, si me es permitida la alusión, semejante al más grande de los generales de nuestros tiempos.»

Y Robertson continúa:

«Al leer mi carta de introducción (la particular), Su Excelencia se levantó de su asiento, y me recibió, no sólo con cordialidad, sino también, lo que me sorprendió más, con los modales de un caballero, y de un hombre realmente bien educado.

»Iniciada mi conversación, la interrumpió la llegada de un gaucho; y, antes de transcurrir cinco minutos, ya el general Artigas estaba nuevamente dictando a sus secretarios, engolfado en un mundo de negocios, al mismo tiempo que me presentaba excusas por lo que había ocurrido en la Bajada, y condenaba a sus autores.»

VI

Más aun que el cuadro pintoresco, con ser de tonos tan justos, considero preciosa en esa página la descripción de la actividad intelectual de nuestro primer gobernante. Ella nos invita a estudiar su gobierno civil; a seguir esos correos gauchos que, con la pala-

bra-ley de Artigas, van y vienen en un espacio de mil quinientas millas: de Buenos Aires a Santiago del Estero; de Córdoba a Montevideo; a lo largo de los ríos inmensos Paraná y Uruguay, en cuyo extremo septentrional están las Misiones, limítrofes con el Paraguay; a lo ancho de las pampas argentinas, que se extienden desde Buenos Aires hasta la cordillera de los Andes. Es indispensable que estudiemos muy seriamente ese raro fenómeno, que no puede menos de tener causas profundas.

Aquella tienda de *Purificación* era, efectivamente, el centro de vida de una inmensa red circulatoria. Podemos darnos cuenta de las distancias que debía recorrer la palabra que de allí salía; pero nada son los centenares de leguas que alejan a Buenos Aires o Montevideo de Córdoba, de Salta o del Paraguay, si se los compara con las distancias morales que separan los hombres y pueblos que allí se mueven. Desde el estado social de Buenos Aires, por ejemplo, hasta el de las Misiones, pobladas por los indios de las antiguas reducciones jesuíticas, se recorre una larga escala de núcleos de vida heterogéneos, sin influencia alguna recíproca, sin nada casi que sea un principio de unidad orgánica.

Artigas quiere crear esa influencia con su espíritu: éste ha de alcanzar a todos ellos; en todos ha de penetrar, como el solo medio de amasar aquel conjunto con substancia propia: lo mismo en las poblaciones más o menos cultas, en que inocula el principio democrático, que en las masas indígenas, a quienes, en lenguaje evangélico o bíblico, despierta al sentimiento de libertad, y hasta al de la dignidad colectiva. Para ello este doctrinero laico ha de hablar a cada uno su lengua; ha de cultivar, sobre todo, cual-

quier principio de vida inmanente que allí se encuentre y que pueda servir de centro de conglomeración, así sea el más rudimentario.

Eso, la construcción de una patria, desde sus cimientos, es lo admirable que nos va a ser revelado por los papeles que Robertson vió dictar en la tienda de *Purificación*, y que entresacaremos de una enorme masa que hoy poseemos felizmente. Leamos primero los más sencillos; éste, por ejemplo: es una comunicación de Artigas al Cabildo de Montevideo. «Sería benéfico, le dice, la multiplicación de la vacuna, tanto en nuestra campaña como en *Entrerríos, Córdoba* y *Misiones*, donde la viruela hace fatales estragos. Espero con brevedad los virus que V. S. pueda mandarme, para repartirse entre estos pueblos y en todo el Entrerríos, debiendo cuidarse de su seguridad y acomodo.

»Espero igualmente los dos tomos que V. S. me ofrece referentes al descubrimiento de Norte América, su revolución, sus vários contrastes y sus progresos hasta el año 1807. Yo celebraría que ese libro tan interesante estuviese en manos de todos los orientales.»

Advertiremos más de una vez, en el curso de nuestro estudio, la afición de Artigas a la historia e instituciones de Estados Unidos, que sus émulos no conocían o desdeñaban. El coronel Cáceres, en sus *Memorias*, nos dice: «Artigas tenía grandes simpatías por los americanos del Norte, de cuyo gobierno tuvo muchas veces agentes cerca de sí; algunos de los oficiales que trajo don José Miguel Carrera para su empresa sobre Chile sirvieron a las órdenes de Artigas». Es eso interesante; pero, con ser muy concurrente a nuestro propósito, no es lo que más quiero

que notemos ahora. Veamos estos otros manuscritos concordantes con el anterior, que recibo inéditos de los archivos de Corrientes. Por más de un concepto, conviene que los conozcáis al pie de la letra; fondo y forma son en ellos esenciales. Que en éstos, como en todos mis papeles, más que probanzas, yo os ofrezco color, carácter, visión directa de hombres y sucesos. Artigas escribe: «Al muy Ilustre Cabildo de Corrientes: Adjunto a V. S. un oficio del Cabildo de Montevideo, con 250 almanaques. He substituído, en lugar de los cincuenta restantes, cincuenta cartillas, que podrán ser igualmente benéficas para la enseñanza de la juventud de ese pueblo. *Espero que V. S. hará uno de sus primeros empeños en su arreglo y fomento.*»

Bien; veamos éste, del 7 de marzo: «Acompaño a V. S. un ejemplar de la *Instrucción sobre la Vacuna*, un vidrio con pus, y otra instrucción manuscrita sobre el modo de preparar la operación; todo con el objeto de deparar a la humanidad un consuelo tan eficaz... Yo celebraré que V. S., penetrado del gran interés que reporta a la provincia su propagación, tome las más eficaces providencias para que ella se extienda con abundancia y a la brevedad posible.»

No dejemos de mirar, siquiera sea de paso, esta otra pieza, del 25 de abril, con la que remite, al mismo Cabildo, el *Compendio de la Historia de Norte América* que pidió al Cabildo de Montevideo, «ansioso, dice, de que sus luces basten a esclarecer las ideas de esos magistrados, y todo contribuya a fijar nuestros adelantos».

De esos documentos, amigos míos, están repletos los archivos de todas las provincias argentinas, lo mismo que los nuestros; en los propios términos de protección y enseñanza que emplea con el Cabildo



de Corrientes, habla Artigas, desde aquella su capital, con Güemes, el caudillo de Salta, como lo veréis; con López el de Santa Fe; con el Cabildo de Montevideo; con Andresito, su capitán en Misiones, de que hablaremos después; con el Cabildo y Directorios de Buenos Aires; con todo el mundo.

No seré yo quien tenga por hombre serio al que no atribuya su importancia a estos escritos, a los más ingenuos sobre todo; ellos nos sirven, más que el parte de una batalla, y aun de dos, para no confundir a este constructor contemplativo con los hombres genéricos, así se llamen capitanes generales, diplomáticos o políticos expertos, que todo es lo mismo: preceptistas o aplicadores de métodos aprendidos; personajes ausentes de todas partes, ausentes de sí mismos, sobre todo. Sólo a este general Artigas se le ocurría entonces, entre los guerreadores de la época, la peregrina idea de preservar de la viruela a los pobres de Entrerríos, y a los de Corrientes y Córdoba y las Misiones; sólo él pensaba en enviar cartillas y almanaques para que leyeran los niños indios, e Historia de Norte América para iniciar en sus principios o ideales a los conductores del pueblo.

La preocupación, la obsesión iba a decir, de este extraño soldado, con respecto a la enseñanza del pueblo, no bien tiene un momento de reposo, es algo que os llamará mucho la atención. A cada paso nos lo encontramos dominado por esa idea; aun en medio de sus campañas; aun en sus épocas de mayor miseria. Aquí me encuentro, por ejemplo, con un expediente que me remite el señor canónigo Borques, amigo mío; es un juicio iniciado en 1821, en el Paraná, por doña Francisca del Valle. Esta señora reclama el precio del alquiler de una casa, que el general Artigas,

cuando estuvo en el Paraná, en 1815, le tomó *personalmente* en arrendamiento, y que se destinó, por su orden expresa, a una escuela de primeras letras para la educación de la juventud». Recordaréis esa estadia de Artigas en el Paraná, donde, después de retirarse del sitio de Montevideo, fija su centro de influencia sobre Córdoba, Santa Fe, Misiones, etc. La reclamante obtiene del gobernador Hereñú el pago de los alquileres.

Yo convengo, amigos míos, en que muchos de aquellos pueblos eran entonces muy poca cosa, poblaciones pobres y rudimentarias. Pero no eran aduares movibles, sino vértices sociológicos, formados por la rotación espiral del vapor cósmico, células, o como queráis llamarles, de lo que, andando el tiempo, será nuestra nación argentina, tanto oriental como occidental, y que aquel hombre solo custodiaba por vocación recóndita. Hoy son capitales de estado; ese *Paraná*, caserío entonces esparcido en la barranca, en que el Protector deja su escuela, es hoy la capital del estado de Entrerríos, en la que el nombre de Artigas es casi desconocido, cuando no menospreciado o execrado. Otros prohombres, ajenos al medio, sólo yuxtapuestos a él, hubieran exterminado esas poblaciones sin maldito el escrúpulo; tal hubo entre ellos que las redujo a cenizas, como se hizo en el Rosario de Santa Fe, y estuvo por hacerse en Santa Fe mismo, en holocausto a la *civilización;* no les iba mucho en ello, por lo visto; no eran necesarias a la gloria que buscaban. Esos hombres no construían nada nuevo; la patria debía venir hecha de Europa; pero Artigas, sí; en su pensamiento se estaba edificando una nación. Su empeño en conservar hombres y pueblos; la extraña predilección que siente por los más humil-

des, sin excluir los indígenas, es lo que le imprime el carácter épico, de simplicidad suprema, que se advierte también en ciertos momentos de Bolívar, el venezolano.

Porque es de saber que no han faltado quienes han tomado ocasión de esa piadosa solicitud de Artigas hacia los indígenas de su tierra americana para motejarlo de bárbaro. Aquel Sarmiento, por ejemplo, que, entre los fugaces resplandores intermitentes de su *Facundo,* entrevió en el caudillo oriental el Bolívar del Plata, dice, cuando se da a estudiar *Conflictos y Armonías de Razas,* que «los movimientos de la Banda Oriental fueron *un levantamiento indígena encabezado por Artigas*». Es claro que lo dice con menosprecio. Eso no es verdad, como sabéis; Artigas no encabezó sólo indígenas como los jesuítas misioneros; pero los consideró hombres, eso sí, parte integrante del pueblo que conducía; no compartió, cuando menos, la idea de exterminarlos.

Problema es éste que nos invita como ninguno al análisis profundo: en dónde está en este caso la barbarie, y en dónde el espíritu de civilización. Artigas es, efectivamente, uno de esos espíritus; le hallamos, no cabe duda, ciertas analogías con aquellos misioneros jesuítas que, inspirados en caridad, soñaron con la fundación de una sociedad *sui generis* en las soledades del Paraguay, evitando la contaminación del hombre primitivo, y formando una conciencia colectiva pura; pero nadie dejará de notar la diferencia. Vale la pena de que nos detengamos en ella. Aquí tenemos un libro, por ejemplo, que puede servirnos; es el *Imperio Jesuítico,* de Leopoldo Lugones, libro oficial, que refleja doctrinas corrientes en el mundo moderno. Leamos esto que allí se dice para condenar

el sistema de los jesuítas, por contrario a la independencia americana. «La independencia sin la libertad espiritual era una subalterna evolución política con el resultado seguro de una reconquista, o de una nueva subordinación, dice el escritor argentino; las nacionalidades recién fundadas no habrían hecho más que subdividir la decadencia general, pero no remediarla, si adoptaban, en vez de las instituciones democráticas, que son las únicas progresivas en el medio moderno, *la teocracia, o la monarquía con cuyo advenimiento soñara el conservatismo miope de la revolución.*»

Hay en eso una parte de verdad, como lo veis; eran dos sueños, efectivamente. Pero rechazadas tanto la teocracia jesuítica, porque aparejaba la reconquista monárquica, cuanto la monarquía bonaerense, porque no era independencia de América, ¿qué nos queda como fundamento de la nueva nación, con respecto a la población indígena que estaba allí?

No restan, efectivamente, sino dos extremos: o el exterminio de aquellas poblaciones para dejar libre la tierra a la nueva raza, o la educación democrática de los hombres que aquí existían. Lugones va a exponernos y defendernos una de esas soluciones; Artigas es el héroe de la otra.

«Los portugueses primero, dice Lugones, con su horrenda incursión, que exterminó a los indios, y Carlos III, con la expulsión de los jesuítas, que dió por resultado la muerte de las misiones, *libraron a América del tropiezo más grave que habría sufrido al emanciparse.*

»*No hay*, agrega, *ni inocentes ni culpables*, sino organismos que luchan por subsistir en el campo de la vida.»

Os hice notar oportunamente, amigos artistas, que



en la América inglesa, en la de Washington, se pensó también de análoga manera: la nueva patria se libró allí de aquel tropiezo exterminando sus indios aborígenes; pero... importó negros esclavos para substituirlos.

Artigas no pensó así, efectivamente; Artigas no pensó así; es un original, un primitivo, ese buen hombre. Él creyó en lo sagrado de la persona humana, sin distinción de raza; para él, asesinar un semejante fué siempre un crimen; salvarlo, amarlo, una virtud.

El hombre aquel era conducido por una vieja voz: la del Sinaí; la del Decálogo. ¿Cuál de esos sentimientos se inspira en la ley del hombre? ¿Será Artigas o el matador de razas quien, en definitiva, se alzará en el alto promontorio de las gentes futuras como símbolo heroico del honor en nuestra América?

Fundid, amigos artistas, sin temor de hacer obra efímera, fundid bronce para vaciar este modelo de escultura que os ofrezco; sólo ese bronce dirá palabras eternas a la América definitiva. Que hay palabras que son de vida; que *no pasarán aunque pasen los cielos y la tierra:* el homicida es y será eternamente un culpable, como lo será el adúltero y el ladrón, sea cual sea la inmediata consecuencia de su crimen.

No dejemos de advertir aquí, ante todo, porque es oportuno, que el hecho que Lugones da por cierto, no es cierto. No, no es verdad que el portugués, con su horrenda incursión contra Artigas, que vamos a conocer, haya exterminado la raza indígena en América, librando a ésta de un tropiezo para su emancipación. Esa raza no murió, ni ha muerto todavía. Y muerta resucitará en el bronce. Y hará justicia.

El número de ilustres mulatos, y de mestizos americanos, y aun de indios puros, que hallamos entre

los próceres de la independencia rioplatense, es extraordinario; aun hoy tenemos frecuentes casos de regresión atávica: la mirada negra del indio reaparece en el fondo de ciertos ojos azules: es el pasado que mira hacia el porvenir.

La muerte de la monarquía, buscada por ese *conservatismo miope* de que nos habla Lugones, es un hecho, no hay duda, en América; pero el exterminio de la americana raza, no. Es el sentimiento de Artigas el que ha flotado sobre las aguas.

El ideal democrático de éste era la sola realidad, preciso es confesarlo; estaba más arraigado en la naturaleza, cuando menos, que el mismo de caridad que inspiraba al jesuíta la constitución de su reino indígena. Era éste tan imposible como el imperio de Buenos Aires, con ser mucho más amable y abnegado; por bueno que fuera el hombre que el jesuíta salvaba para la fe, el salvado por Artigas para la democracia rudimentaria era más real, más persistente como unidad sociológica, o más bien dicho, como base de evoluciones progresivas inevitables, providenciales. Artigas, como vais a verlo, coincidía con el misionero en el propósito de hacer bueno a aquel hombre primitivo, al hacerlo cristiano, laborioso, instruído; pero no lo separaba de su tiempo ni del futuro próximo; lo incorporaba, como ciudadano, y aun como héroe, a la sociedad civil, que se formaba como nueva unidad del mundo internacional.

No es de extrañar que se le haya culpado por ello de aversión al extranjero; los que tal le imputaban lo eran ellos mismos: extranjeros a la nueva nación, frutos del árbol viejo que creían abonar con la materia orgánica del cadáver indígena.

Artigas concibió la vida del *injerto,* es decir, la



existencia de dos tejidos vivos cuyas células cicatrizadoras, al ponerse en contacto, se alimentan recíprocamente; pero conservando, como *patrón*, el tronco vivo americano en contacto con la madre tierra. Así lo veréis cultivar con el extranjero relaciones de amistad, de comercio, de mutua consideración; pero siempre dentro de los principios conservadores de la persona nativa.

Eso es Artigas, bajo el más hondo de sus aspectos; desde que lo vemos trazar con Azara las fronteras de su patria, hasta que muere en el Paraguay rodeado de una población casi indígena, cuya sangre respetó, como a toda sangre humana, y amó con predilección.

Lo que en las naciones americanas, amigos míos, ha persistido y persistirá de aquella sangre indígena, puede ser y ha sido objeto de estudios y conclusiones varias; hoy comienza a analizarse la filogénesis de nuestro pueblo, su historia antropológica, la evolución de sus instintos, desde el núcleo primitivo hasta la aparición de una nueva raza, que dicen constituirá la definitiva nación de América. No diré yo que tales datos no puedan contribuir a la mejor comprensión de la historia del Plata, y hasta la de este nuestro Artigas, su iluminado protagonista; pero, francamente, atribuyo menos importancia que otros a ese factor. Yo tengo para mí que la existencia de tal nueva raza predominante, con estigmas hereditarios, como fundamento de las naciones de este continente, no es cosa averiguada, ni mucho menos; creo que este Nuevo Mundo será, en definitiva, de la raza caucásica o europea, sin perjuicio de las influencias del medio, que formarán acaso un subtipo de la misma estirpe. Con el andar del tiempo, de mucho tiempo, la raza indígena disuelta en el enorme aluvión inmigratorio,

será sólo un recuerdo, me parece; la naturaleza respeta a las razas, pero no a los híbridos. Y las superiores prevalecen. Ese proceso, sin embargo, para ser obra de civilización, y no de barbarie, ha tenido y tiene que ser evolutivo, secular, no de exterminio. En el asunto vivo, dice Carlyle, la transformación es de ordinario gradual; así, cuando la serpiente se despoja de su vieja piel, la nueva está ya formada... La creación y la destrucción se efectúan simultáneamente; siempre, a medida que se despiertan las cenizas del viejo Fénix, se desarrollan misteriosamente los filamentos orgánicos del nuevo.

Era, por tanto, Artigas quien vigorizaba el núcleo de la nación que se formaba y hoy existe, embrionaria acaso todavía, al acaudillar y respetar las diversas razas que lo constituían, sin excluir la indígena. Ésta, la obscura estirpe destinada a la inmolación, reclamaba, precisamente por eso, y aun reclama, la piedad, cuando menos, de la raza vencedora. Y era Artigas, cuando enviaba cartillas y catecismos cristianos y vacuna a los pobres indios de Corrientes, el héroe verdadero de la sola civilización, que fué cimiento de la nueva sociedad. A eso debe la independencia hispanoamericana, si no me equivoco, el rasgo supremo que la diferencia de la inglesa y la sobrepone a la misma civilización española: la abolición de la esclavitud; la igualdad específica de todos los hijos de Adán. Artigas, amigos míos, es el más alto representante de ese título de nuestra estirpe a la gratitud de los hombres; la raza hispánica en América puede reclamarlo para gloria propia.

Es de advertir que los Píndaros balbucientes de nuestro ciclo heroico, los primeros poetas de la independencia, sintieron el influjo subconsciente de esa

verdad, cuando en sus cantos, que aun son hoy los himnos nacionales de las repúblicas que aquí viven, invocaban la tradición y hasta la sangre indígena, cuyo sacrificio imputaban a España, para glorificar la libertad de nuestra América. Ellos no eran indios; pero sentían los soplos pasajeros de las remotas causas. Yo mismo hube de sentirlos, quiero creerlo, cuando diciendo verdades que no conocía, vi *algo nuestro* en esos «héroes sin redención y sin historia, sin tumbas y sin lágrimas», que murieron en *Tabaré*; yo entreví en ellos «los mártires acaso de una patria», y les dejé la rama del sauce de nuestro bosque sacro. No sabía yo entonces, como ahora lo sé, que el espíritu que me dictaba versos no podía ser otro que el de este misterioso Artigas, conductor piadoso de aquellas víctimas, más nobles y propiciatorias, por cierto, que las ovejas negras de los sacrificios de Aquiles, el domador de caballos, a las divinidades implacables de su estirpe.

Hoy leo con respeto casi religioso, y quiero que leáis conmigo, este papel, por ejemplo, dirigido por Artigas, el 22 de julio de 1816, al Cabildo de Corrientes:

«Informado por el cura y el cacique de Garay de las necesidades de aquella iglesia, el hecho ha excitado mi compasión; y, en consecuencia, creo oportuno exponer a V. S. que de los fondos de esa tesorería se franqueen cien pesos para vino y cera y otros útiles precisos para aquella iglesia.»

Y este otro que dirige a Andrés Artigas, que gobierna en su nombre y representación las Misiones, vestigio de las antiguas reducciones jesuíticas: «Incluyo a usted la relación de los efectos que conducen en la carretilla de Yapeyú los encargados de llevarlos.

Las velas de Castillo las repartirá usted, dos para cada una de las iglesias de Yapeyú, la Cruz, Santo Tomé y Concepción; y lo mismo el vino, que es para misas.»

Es chocante, no hay duda, la figura de ese general que así se pone en relación con curas y caciques, y personalmente se ocupa en mandarles cera y vino. Tiene que parecer un bárbaro, sin duda, a los que juzgan que, para librar a América del tropiezo más grave en su emancipación, era el caso de exterminar a aquellos hombres inocentes; tiene que parecerles un bárbaro; no se le ven analogías con los otros generales, cuando menos. Pero acaso se las encontramos con la figura de aquel expugnador de ciudadelas, fundador de reinos, que, de vuelta del sitio de la sagrada Ilión, conversa con «el divino porquero», y también con el cabrero de Itaca, «parecido a un dios». Ningún lector de las rapsodias homéricas dejará de recordarlas aquí; aquellos príncipes o caciques griegos, «bellos como inmortales», con sus escudos de siete pieles de buey, recibían también de Aquiles, «el de los pies ligeros», el vino dulce de las libaciones a Zeus que amontona las nubes, y los bueyes gordos de las hecatombes propiciatorias... Si vuestro espíritu, amigos míos, estuviera en disposición de escuchar palabras interiores, y de percibir bellezas invioladas, yo os haría notar aquí, no tanto la analogía cuanto la diferencia entre el héroe de la epopeya americana que estudiamos, y aquellos semidioses de las rapsodias bárbaras; os haría advertir que ese vino que enviaba Artigas al cura de Garay y a las pobres iglesias de Yapeyú y la Cruz, era muy otro que el de las libaciones a Zeus, aunque estaba destinado también a un sacrificio propiciatorio. Artigas enviaba

ese vino al pobre sacerdote para que le sirviese de materia en el Eterno Holocausto de la Nueva Ley, que, borrando los antiguos ritos sanguinarios, substituyó las víctimas degolladas a las divinidades implacables, niños, vírgenes, carneros y toros, por la Víctima Divina inmolada al Padre por la redención del mundo...

Bien comprendo, amigos míos, que esas reminiscencias mueren, cuando no se profanan, al solo tentar la forma articulada; serían necesarias palabras omnipotentes que yo no tengo, ni sé de quién las tenga, para hablar de lo inefable. *Immortalia mortali sermone notantes,* dice Lucrecio; expresar cosas inmortales en términos mortales. Excusado me parece deciros, por otra parte, que no creo que Artigas tuviera plena conciencia de esos misterios de su terrestre misión; el Dios del héroe era el *Deus absconditus,* el velado en el misterio; no las divinidades sensuales del bello mito homérico. Pero si el rapsoda ciego podía penetrar en los consejos de los dioses que no existieron, la inspiración cristiana bien pudiera ser el secreto entrevisto y adorado del Dios Providente, Causa de las Causas, que conduce a los inmortales y echa los cimientos de las naciones. Lo dejaremos, sin embargo, amigos poetas, pues pudiera ser tachado todo esto de inaccesible idealismo.

Accesible será, en cambio, para todos, el estudio, que llamaremos de tejas abajo, del gobierno de Artigas en sus relaciones internacionales, o en la resolución de los problemas económicos, políticos, administrativos, etc., etc., que se le ofrecían en aquella tienda de Purificación. De todo eso nos hablan los papeles, y de todo debemos hablar nosotros. Si os fatigan, des-

cansaremos; pero no podemos prescindir de ellos, de los venerables papeles; hay mucha gente que sólo en ellos encuentra la verdad.

En la misma fecha en que Artigas enviaba cera y vino al cura y al cacique, se dirigía a Monroe, el presidente de Estados Unidos, organizaba el corso marítimo, y concertaba, desde esa su primitiva cancillería, con el comandante de la escuadra inglesa, el arreglo de las relaciones comerciales de la Gran Bretaña con las provincias confederadas que protegía, mientras trazaba al Cabildo de Montevideo su norma de conducta para con las potencias extranjeras en estos términos: «Prevengo a V. S. que no se rebaje un ápice en su representación... jamás deben imponernos, sino al contrario, someterse a las leyes territoriales». Eso no obstaba, como lo habéis visto, a que atendiera y satisficiera toda justa reclamación, y bueno es advertirlo, para no atribuir a torpe jactancia sus palabras. No es éste el momento, sin embargo, de que nos detengamos en esta interesantísima faz del gobierno del héroe; una ocasión más propicia que la actual va a ofrecérsenos más adelante. En este momento, Artigas no ha perdido todavía la esperanza de realizar su idea en unión con todos sus hermanos, con Buenos Aires sobre todo; pero pronto vais a verlo entregado por éstos al extranjero, y entonces, solo, completamente solo, en guerra con el enemigo de América, beligerante en la tierra y en el mar, reconocido como tal por Estados Unidos, completaréis el estudio que ahora indicamos, con el conocimiento pleno de sus ideas sobre el derecho de gentes a que se acoge.

Conozcamos entretanto las que lo guían en lo relativo a la organización interna de su tierra: a la producción y distribución de su riqueza, a su incipiente



comercio, a su vida política y económica. Es éste, como os lo he dicho, el aspecto que imprime su verdadero carácter a esta original figura.

«No he perdonado fatiga, dice en una de sus comunicaciones al Cabildo, ni desmayaré en las que deban prodigarse, hasta ver planteada en el territorio la fertilidad que es de esperar, y que miro como una consecuencia de nuestros afanes.» «Sería convenientísimo, escribe en otra, que V. S. publicase un bando para que los hacendados poblasen y ordenasen sus estancias, sujetasen sus ganados a rodeo, los marcasen, etc....»

Llega ahora a mis manos y noticia el texto íntegro del *Reglamento Provisorio de la Provincia Oriental para el Fomento de la Campaña y Seguridad de sus Hacendados,* dictado por Artigas en su Cuartel General el 15 de septiembre de 1815, y en que toma forma concreta ese su ideal predominante. Ese *Reglamento,* que, como dice Carlos Arocena, es el origen de nuestra legislación rural, reclama nuestra atención toda entera. En los 29 artículos de que consta se crea, con atribuciones administrativas y judiciales, un *alcalde provincial* y tres *subtenientes de provincia;* éstos podrán instituir *jueces pedáneos;* todos dependen del gobierno de Montevideo. La principal misión de todos ellos es la de «fomentar con brazos útiles la población de la campaña». Distribuirán para ello las tierras disponibles, con prevención de que «los más infelices, sin distinción de raza, serán los más privilegiados, si con su trabajo y hombría de bien propenden a su propia felicidad y a la del estado». «Serán preferidos los casados a los solteros; los americanos a los extranjeros; las viudas pobres con hijos serán especialmente agraciadas.» Es de advertir que esos

favorecidos más son usufructuarios que dueños de las tierras que reciben; no tienen la facultad de venderlas ni gravarlas; el estado se reserva la de dar a todo eso su definitivo carácter una vez que se organice a sí propio.

En ese admirable *Reglamento* se ve atendida, sobre toda otra atención, nuestra primera fuente de riqueza, la ganadería; se establece en él un *Registro de marcas de ganado;* se somete a reglas la matanza y el procreo; se legisla sobre la exportación de los animales al Brasil, etc.; pero, como una protesta de fe en la patria recién nacida, se crea también una *Junta especial de Agricultura,* encargada de fomentar los progresos rurales, que parece adelantarse un siglo a su precario tiempo.

Para apreciar esa nuestra primera ley de tierras, promulgada en nuestro país, sería menester que nos diésemos cuenta de lo que era éste en aquella época. Trescientos mil kilómetros del fertilísimo suelo que conocemos tenían sólo algunos centenares de terratenientes; la población total no pasaba de algunos millares de hombres esparcidos. Aquellos campos no tenían lindes; eran un mar sin playas; como los peces en éste, los ganados innumerables parecían nadar entre aquellos pastos generosos; las reses vacunas corrían, mezcladas a los avestruces y a los venados, por las colinas desiertas; era una riqueza inagotable.

La faena del hombre para explotarla no podía ser otra que la que era: la caza a caballo con el lazo y la boleadora; lo solo apropiable era el cuero de la res; la carne pertenecía a las aves de rapiña.

Pero aun para esa labor eran necesarios y existían núcleos de vida civilizada, *las estancias,* especie de jalones con que el hombre amojonaba el desierto poco



a poco y se lo apropiaba. Los *hacendados* que tales estancias poblaban, sus familias, sus peones, fueron las células germinales de nuestro organismo social. Y eran células sanas, de buena cepa, os lo aseguro; aquellos núcleos lo eran de familias cristianas, honestas, patricias muchas de ellas, de costumbres puras, de sentimientos caballerescos. Desbravadores del desierto, aquellos hacendados, que, como recordaréis, sólo en el capitán de blandengues José Artigas veían, desde el tiempo colonial, la garantía de sus vidas y haciendas, fueron, con los *gauchos* que compartían su labor, y a quienes muchas veces sentaban a su mesa, los verdaderos núcleos de nuestro organismo democrático.

Es una simpleza calificar de bárbaras sus faenas o sus trajes por no adaptarse al corte europeo; es una simpleza.

Bien sabían ellos que aquellas faenas reclamaban mejora; pero el progreso en la labor campesina exigía uno previo en el régimen colonial; éste restringía los cultivos, la industria, el comercio; llegaba hasta a impedir el cultivo de la viña en América, para no perjudicar la producción de España. Organizados en corporaciones, aquellos hacendados acudieron varias veces al rey en demanda de libertad para explotar la riqueza ganadera y agrícola, más real que el oro tan codiciado, como ellos le decían; para aprovechar las carnes que se desperdiciaban; para dar valor a los primeros trigos que no tenían consumidores.

Pero era machacar en hierro frío; y eso, más que nada, engendró el anhelo de una patria independiente. De aquellos *hacendados* salieron nuestros principales caudillos ciudadanos; Artigas mismo era de su clase; lo habían sido sus abuelos; lo eran su padre y sus her-

manos. Él conocía, pues, el pensar y el sentir, las cualidades y los defectos, las costumbres y los caracteres de aquellas poblaciones rurales, y dijo alguna vez, en un momento solemne, y con pena, que «acababa por encontrar más virtudes en el *gaucho* que en los hombres de mayor cultura».

Artigas sabía todo eso; lo había tocado; lo había sentido ens us entrañas. No eran, pues, doctrinas o tesis aprendidas en libros exóticos las que sancionaba en esa ley de tierras que estamos analizando. Como labor superior a toda otra, era preciso proteger, vigorizar aquellos gérmenes de vida propia, los verdaderos, los únicos; era preciso multiplicarlos, diminuir las soluciones de continuidad, haciendo hacendados de los gauchos, fijando hombres nuestros, familias nuestras, en los inmensos espacios intermedios; atraer hacia ellos todos los elementos dispersos capaces de ser reducidos, sin distinción de raza; era preciso conglutinarlos, por fin, por obra del soplo democrático, e imprimirles su movimiento de rotación en torno de aquellos vértices, tributarios a su vez del gran vértice espiral: la independencia americana.

Bien claro se ve ese espíritu en este Reglamento o Ley de tierras públicas. Aquel legislador de Purificación, como lo veis y lo tocaréis con la mano más adelante, entrevió entonces el problema que aun hoy está por resolver la ciencia: los latifundios, el impuesto sobre la tierra, la propiedad misma de ésta, lo sagrado del trabajo. Todo estaba entrevisto en aquella tienda en que Robertson mira a Artigas con sorpresa; y si bien me guardaré de afirmar que tales problemas quedaron allí resueltos, basta y sobra a mi propósito el que sepáis que allí se estudiaron, y se intentó su solución.

Es muy interesante, para penetrar en el pensamiento de aquel genial legislador, la contestación dada por él a un joven de Montevideo, que busca su influencia para obtener un empleo administrativo. «Yo soy de parecer, le dice Artigas, que aproveche usted la oportunidad de los terrenos que se están repartiendo en la provincia; y, dedicándose a su cultivo, hallaría usted en ello su porvenir y el de su familia.»

Como complemento de ese *Reglamento,* es el caso de examinar otra ley fundamental, en que no se refleja menos la visión que tiene Artigas del porvenir. Es otro «*Reglamento Provisorio que deben observar los Recaudadores de Puertos Habilitados de Corrientes. conforme al que se observa en los demás puertos de la Confederación de la Banda Oriental del Paraná*». Está subscripto por Artigas, como lo veis, en Purificación, el 4 de abril de 1816; es, por lo tanto, como el que acabamos de estudiar, uno de los papeles que el caudillo dictaba a sus secretarios en aquella su tienda en que Robertson lo visitó. En ese *Reglamento* o *Tarifa de Derechos Aduaneros,* que es el primer jalon de nuestra organización comercial, se gravan con impuestos las mercancías procedentes de ultramar; pero, al par que se recargan las que proceden de Buenos Aires, como acto transitorio de represalia, se declaran exentos de derechos los de la Banda Oriental, y casi exentos, pues pagan un impuesto mínimo, *todos los frutos de América;* éstos abonan cuatro pesos, mientras los ultramarinos pagan veinticinco o más. Quedan libres de todo gravamen: «El oro o plata sellados o en barra. Toda clase de armamento o útil de guerra. *Los libros y todo instrumento de artes y ciencias.* Será libre de todo derecho la intro-

ducción de efectos a la campaña, *siempre que sean conducidos por americanos*».

Al través de sus errores económicos, bien se percibe, en este intercambio casi libre entre la Banda Oriental del Paraná y la Oriental del Uruguay, y en el de éstas *con toda la América*, la percepción instintiva de los *Zollverein* o *Asociaciones aduaneras*, que ha sido la base de las unidades nacionales europeas. Esa visión de Artigas es hoy todavía, como sabemos, la del porvenir en el continente americano. La Confederación de América, que será en Bolívar un proyecto empírico, es en Artigas una ley de la naturaleza, a la que obedece, en esto como en todo, sin necesidad de acuerdos ni reciprocidades.

¿Era ése el ensueño de un alucinado? Acaso sí; aquel hombre se adelantaba un siglo a su época; pero convengamos en que era un sueño genial; en el genio hay algo de alucinación, según dicen; yo no lo sé a ciencia cierta.

Pero era un soñador, efectivamente, un extravagante aquel buen hombre. Al rayar el año 1816, cuando el ejército portugués, incitado por Buenos Aires, está en marcha contra él, contra su anarquía, abriga la creencia de que la nueva nación está ya formada; que sólo falta afianzarla por la libertad y el trabajo perseverante. Quiere ser guerrero lo menos posible; sólo lo indispensable; la visión plena de la realidad futura se proyecta en su honrado pensamiento, con la intensidad de las cosas presentes. Se advierte en él, como rasgo característico, el que lo es del héroe fundador: el amor de la planta hacia su semilla. El héroe lo es todo, amigos míos; puede serlo, cuando menos; el árbol está todo en la simiente. «La bellota, dice Amiel, no es sino la encina que ha perdido sus



ramas, sus hojas, su tronco y sus raíces, esto es, todos sus aparatos, sus formas, sus particularidades, pero que se ha concentrado en su esencia, en su fuerza figurativa, que puede recobrar por completo.»

VII

Vais a ver ese carácter heroico en Artigas; pero antes hemos de distinguir lo que Carlyle, con ser Carlyle, no distinguió, me parece, con bastante precisión: el ***héroe*** del ***tirano***. Carlyle se siente tentado de ver un héroe hasta en Rodríguez de Francia. No: el tirano no puede ser el héroe pleno, porque no es germen de vida; la esencia de la vida está en el movimiento que la transmite, dice Bergson. La tiranía, amigos míos, es intransitiva; al condensar en sí toda la energía vital, difunde el frío de la muerte en torno suyo. Heroísmo es abnegación y sacrificio; sólo la inmolación es definitivamente heroica. El heroísmo está en razón inversa de los egoísmos o concupiscencias del hombre, sin excluir el ansia de gloria humana; los héroes son el agente de lo divino que reaparece, de tiempo en tiempo, para enderezar los senderos o restablecer las armonías; por eso no salen, generalmente, de las academias de ciencias progresivas. La verdad, el amor, vienen siempre al mundo en un establo, ha dicho alguien.

Vamos, pues, a convencernos plenamente, a la luz de algunos papeles, de cómo en este Artigas, si se advierten todos los rasgos del héroe, se excluyen todos los del tirano. Se ha discutido, y de eso hablamos oportunamente, sobre quién fué el redactor de las *Instrucciones de 1813*; otro tanto pudiera hacerse

sobre quién lo fué de los proyectos de ley o *Reglamentos* que acabamos de examinar; si fué Monterroso, si Barreiro, etc. Pero si la duda cabe sobre quién es allí el legislador, ella no se ocurre sobre quién es el maestro, el juez, el consultor y conservador de aquel vastísimo germen de república democrática; el alma de todo aquello. Los documentos que de eso nos hablan tienen tal carácter, que nos parece leerlos sobre el hombro de quien los está escribiendo.

En el archivo de Corrientes que examinamos existen 137 páginas manuscritas de comunicaciones de Artigas, subscriptas todas por él en ese año 1816; es una correspondencia asidua, casi diaria, en que el caudillo ordena, pero sobre todo aconseja, pacifica, estimula, enseña, incita a la vida y a la esperanza procura que todos compartan su pensamiento e imiten sus virtudes; que sean hombres de bien sobre todo. En Santa Fe se guarda un *in folio* manuscrito de la misma naturaleza; hasta las provincias más remotas llegaban, como los granos de un trigo germinal, las palabras de aquel sembrador de pan.

Y eso sí que no puede confundirse; el estilo de Artigas, que aquí, más que en cualquier otro caso, es el hombre, se reconoce en esos innumerables papeles, como si se le oyera la voz, o se le viera pasear, a largos pasos, por aquella su tienda de campaña en Purificación, envuelto en su poncho blanco. En esa enorme correspondencia, desconocida u ocultada, que hoy está brotando de todas partes, se ve confirmada la descripción del comerciante inglés; todos, de centenares de leguas a la redonda, recurren a Artigas; acuden a él por consejo, por órdenes, por justicia y protección. Aquel hombre atiende personalmente a todo el mundo: busca y distribuye los pocos recur-



sos que están a su alcance, lo mismo armas que ropas, lo mismo pólvora que vino y palabras vivas; estimula las desfallecientes energías, administra justicia, mantiene la vida inmanente en todo el ancho y en todo el largo del antiguo virreinato de Buenos Aires, en el que su palabra era ley, como dice Robertson. Sí, era ley; pero ley de la naturaleza; brotada como ésta de la propia esencia de la vida; acatada por los pueblos como acatan los árboles la grande voz de la estación en que cesa la muerte aparente, y se percibe la recóndita palpitación universal.

Notad los términos en que contesta Artigas a la provincia de Corrientes, que se queja de su falta de recursos y se los pide: «Mis soldados y oficiales, haciendo una campaña activa, se contentan con la ración y el vestuario. La guarnición de Montevideo no está tan bien dotada como el piquete de Corrientes». Aquí tenemos una gestión, que sigue con mucho empeño, para que le sea remitido un criminal, Toranzos, que ha cometido un asesinato alevoso en el Salto, y se ha refugiado en otra provincia; el caudillo quiere que le sea remitido, «para ser juzgado y sentenciado allí donde perpetró su odioso crimen». Observad, en cambio, su actitud, ante una sedición o asonada política, cuyos promotores le son denunciados y remitidos, según sus órdenes, por aquel Cabildo: «Quedo enterado, dice, de los motivos que dieron mérito al suceso de *Curuzú Cuatiá*. Vuestra Señoría hará que se siga sumaria información sobre los delitos de que son acusados los reos, y, a medida de la justificación de los hechos, se castiguen los delitos. Pero V. S. sabe a qué grado pueden ascender las pasiones, y que, las más veces, gime la inocencia

oprimida por la iniquidad. Hago esto presente a V. S. ansioso de que la justicia reluzca en su mayor esplendor.»

Os repito que no os leo estos papeles como narración o comprobación de hechos, sino para que conozcáis tipos, caracteres, ambiente social, visión sobre todo, visión de aquel hombre extraño que allí aparece como un mito. Conviene para ello que leamos este manuscrito de Andrés Artigas, hijo adoptivo y delegado del caudillo en Misiones, relacionado con el incidente de que hablamos; lo poseo autógrafo, como lo veis; conoced la correcta firma de ese Andrés Artigas, *Andresito,* de que hablaremos más tarde.

«Mi general: Adjunto a V. S. el oficio que me dirige el gobierno de Corrientes, para que se entere de él, y al mismo tiempo se trate de aclarar esto, porque mi honor es el que padece, pues yo soy uno de los nombrados. Yo he contestado que era muy sensible el que se formara mal concepto de mí, pues mis desvelos no eran otros que el de la felicidad pública; y que si las sospechas eran dimanadas de la reunión de gente en la capilla de la Merced, ésta era arreglada a las órdenes que también venían de V. S.; y que esa reunión no era en detrimento de esa provincia, sino para el seguro y quietud pública; y al mismo tiempo, que adjuntaba a V. S. el oficio, para que si me encontraba delincuente, era súbdito y me sujetaba a toda pena; y que intertanto, a esas personas tratase de asegurarlas, hasta que se aclarase la cosa, porque esos hombres no son más que unos perturbadores de la paz, quietud y sosiego. Estimaré a V. S. que esta cosa se aclare.

»He recibido los sables y lanzas, y quedo en armar



toda la gente que pueda; yo en todas partes tengo guardias, y así no me descuido en nada.

»Dios guarde a V. S. muchos años.

»Cuartel de la Candelaria, 15 de abril de 1816.

ANDRÉS ARTIGAS.»

Es muy de advertir, con este motivo, que Artigas tenía gran celo por los límites jurisdiccionales de cada provincia: hacía que se respetasen mutuamente las fronteras: la de Corrientes con Misiones; las de Misiones con el Paraguay; las de Santa Fe con Buenos Aires. Él mismo es el primero en respetarlas: es el protector, pero no el conquistador.

Veamos ahora los términos en que Artigas se expresa con motivo de esos sucesos. Se dirige al Cabildo de Corrientes, y le dice:

«Pacificadas las diferencias políticas de esa provincia, es forzoso meditar en la unión de esos ciudadanos. Los que estuvieron sujetos a la censura del Congreso sobre el resultado de su sumario, se hallan hasta la fecha retenidos, y creo que sus padecimientos han satisfecho sus delitos. Yo, después de haber examinado el sumario y la sentencia, hallo que a todos no corresponde de un mismo modo la resolución, y que, en general, no se presentan ante los ojos del observador sino hechos presuntuosos, dirigidos por el conflicto de las pasiones.

»Para mí es muy doloroso esta rivalidad y germen pernicioso entre paisanos e hijos de esta gran familia. Con ello se debilita el poder y la opinión, en un tiempo en que la concentración es del todo precisa.

»Por lo mismo, y deseando que la justicia no quede vulnerada, he creído conveniente exponer a V. S. que dichos ciudadanos regresen al seno de sus familias. El pueblo no podrá justificar sus recelos, cuando tiene



autoridades instituídas a su satisfacción. Yo increparé su conducta hasta el extremo de hacerles responsables de cualquier ulterior suceso, y protesto a V. S. no miraré con indiferencia cualquier tumulto en ese pueblo, después de mi generoso procedimiento. Corrientes mirará con asombro el benéfico influjo de su libertad, cuando, guiado por sus propios contrastes, prefiera la tranquilidad y el reposo a la turbulencia que ha aminorado su reputación, sus intereses y su salud pública.

»V. S., encargado de conservarla, *debe ser el ejemplar de aquellas virtudes que caracterizan a un magistrado celoso.* Lo espero, y que V. S. convenga conmigo en las ideas de *hacer respetable la justicia, y, por este principio, hacerse amar de sus conciudadanos.*

»Tengo el honor de saludar a V. S. con todo mi afecto.

»Purificación, 20 de marzo de 1816.

JOSÉ ARTIGAS.

»Al Muy Ilustre Cabildo de Corrientes.»

Como lo hemos ya observado, ese tono de mandato persuasivo, tan lleno de carácter, que aquí notamos, es el de todos los documentos de este original educador benevolente y fuerte de pueblos recién nacidos; los enseña a andar; los sostiene mientras ellos no pueden caminar sin apoyo, *pero sólo con el objeto de que lo hagan;* todos son chicos y son grandes para él, el solo grande en su simplicidad; lo mismo Buenos Aires o Montevideo, que Corrientes o las Misiones. ¡Hacerse amar de sus conciudadanos! Pensad, amigos, en el ideal de autoridad que ese caballero andante persigue, y mirad en qué términos contesta al Cabildo de Montevideo, una vez que éste le pide instrucciones: «La manera de entablar el comercio, le escribe, la

economía en todos los ramos de la administración pública, el entable de las relaciones extranjeras y varios otros negocios forman el objeto de la misión de V. S...»

«Mis esfuerzos y los del delegado, le dice después, no bastan; es preciso que V. S., encargado del gobierno inmediato de la provincia, se desvele igualmente. *Hay que constituir en las alturas ejemplos de virtud.*

»*Los primeros en la confianza de un pueblo deben ser los ejemplares donde aprendan virtud los ciudadanos.*»

Ese fundamental principio, el del gobierno propio, el de la autoridad *no soportada sino amada* por el pueblo; el del odio a la adulación del poderoso injusto, está en boca de Artigas en todo momento; es la piedra angular de su edificio. Tomemos cualquiera de sus cartas; ésta, por ejemplo, que dirige, en febrero de 1815, al ciudadano Juan Bautista Méndez, Mayor de Corrientes; es epístola evangélica:

«Quedo impuesto, por su favorecida, de sus deseos en mi obsequio. Crea usted que el tiempo es testigo de desengaños, y que él dará a entender que *yo no tengo enemigos, sino en los que se oponen a la pública felicidad, y que serán únicamente mis amigos los que contribuyan a fijarla.* Los hechos son los que forman los hombres públicos, y *la voluntad general decidirá el que sea digno de esa confianza. Yo y todo ciudadano estará dependiente de esa ley,* a la que tenemos ligada nuestra felicidad.

»Saludo a usted con todo mi afecto.

»Cuartel General, en marcha, 27 de febrero de 1815.»

Ese empeño de Artigas en que todos piensen con él, es rasgo propio de su gobierno; quiere que todos



sepan lo que él hace, y por qué lo hace; que sean conocidos sus pasos, sus propósitos, sus palabras. Tomad como tipo de esa tendencia esta comunicación, por ejemplo, de 21 de agosto; también es dirigida al Cabildo de Corrientes:

«Incluyo a V. S., en copia, este último parte del gobierno de Santa Fe sobre la prisión del general de mar Irigoyen y otros.

»Igualmente incluyo a V. S. esas gacetas que ha conducido un enviado de Buenos Aires, el doctor presbítero don Domingo Antonio Zapiola. Él regresa sin haber hecho más que invitar a la unión. Yo le respondí que siempre la había apetecido, y que, por parte de aquellos gobiernos, siempre se nos había provocado a la guerra.

»Que, por consecuencia, y mientras el gobierno no nos inspirase la debida confianza, y dejase al pueblo de Santa Fe, y los demás de la confederación, en su tranquilidad y sosiego, jamás podríamos partir de un principio sólido en las ulteriores resoluciones.»

Llega, por fin, amigos artistas, la oportunidad de haceros conocer especialmente, como la última nota de color de este cuadro de género, las relaciones de Artigas con su hijo adoptivo Andrés, que es su delegado, gobernador o doctrinero, en esas Misiones de que hemos hablado, linderas con el Paraguay, allá en el Norte, en el *Continente de Entrerríos*. Esas Misiones, pobladas por los indios, están casi abandonadas desde la expulsión de los jesuítas españoles que las fundaron; sólo Artigas piensa en ellas como parte de la patria; sólo él quiere conservar y conservó las occidentales del Uruguay para los argentinos, y sueña con recuperar de los portugueses las orientales para



los uruguayos. Portugal no debe interponerse allí; no debe haber solución de continuidad en el patrimonio de los herederos de España. En esa instintiva convicción estaban todos aquellos pueblos; sólo Buenos Aires no la comparte; sólo Buenos Aires, que no se preocupa de tal problema, porque cuenta con el rey que vendrá con su corte; tampoco Rodríguez de Francia, que no mira con tan malos ojos como Artigas al enemigo portugués, y hasta aspira a ensanchar más allá del río Paraná la frontera del estado que arrebata a la acción común.

Contra todos esos enemigos, tendencias de Buenos Aires, y amenazas portuguesas y españolas, y tentativas del doctor Francia, contra todo eso está allí de centinela avanzado ese capitán de Artigas, el misionero Andrés, que después conoceremos como una de las figuras más simpáticas de nuestra historia. El padre Artigas tiene una extraña predilección por él; lo inspira, lo educa, como si fuese el héroe niño de la leyenda, lo arma caballero de su ideal. Allí lo tiene, pues, con tres objetos fundamentales: cooperar a la defensa de la autonomía de las provincias contra los ataques de Buenos Aires; detener las pretensiones del doctor Francia, tentando una resurrección del pueblo paraguayo contra ese su tirano; estar prevenido, por fin, contra toda empresa de Portugal sobre las Misiones occidentales, y servir de núcleo para la reconquista de las Misiones orientales cuando suene el momento. Él, por su parte, está en guardia contra la amenaza de España, de que también habla a Andrés constantemente.

Respecto del Paraguay, escribe a éste el 22 de octubre de 1815: «Yo nada más tengo que repetir a usted sino que los paraguayos se guardarán de pasar

el Paraná. Ojalá que Francia entrase en ese delirio; *pero debiera venir en persona* para que entonces conociese más de cerca la injusticia con que ha procedido, y de que es responsable ante las aras de la patria». No es, pues, el Paraguay, sino aquel exótico personaje quien se atraviesa al paso del héroe.

Cuanto a Buenos Aires, veréis cómo ese Andrés Artigas baja de las Misiones en auxilio del gobierno popular de Corrientes, cuando las expediciones o agentes de la oligarquía pretenden dominar esa provincia para abrir paso al rey y a la raza que vendrán.

En cuanto a los portugueses, Artigas tiene en constante alerta a su bravo capitán misionero, «pues ese enemigo puede caer impensadamente», como le dice. Le ordena observar sus movimientos y colocar sus fuerzas estratégicamente; le remite, con ese objeto, desde *Purificación,* todo elemento de guerra de que puede disponer: fusiles, pólvora, balas, hierro para lanzas, sables para los oficiales, alguna pieza de artillería, ganados; le manda instrucciones concretas sobre todo, tácticas de defensa contra el doctor Francia, planes de ofensa y de defensa contra Portugal.

Pero son otros los envíos e instrucciones en que quiero ahora concentrar vuestra atención, amigos míos; más importante aun que ese aspecto político y militar, es el que deseo seguir haciéndoos advertir en vuestro modelo: el de educador de aquella región indígena primitiva, que quiere conservar y dignificar, como parte integrante de su patria. La copiosa correspondencia con Andresito al respecto es de lo más hermoso que puedo ofreceros como rasgo propio de esta figura homérica, puramente hispanoamericana. Hay en esa correspondencia documentos, como el primero que os haré conocer, que hacen dudar de

si es un comediante o un homérida de carne y hueso el que en ellos habla; el estudio de este carácter excluye, sin embargo, la insinceridad, y se recuerda lo que dice Mitre de Artigas: que es un enigma, una especie de mito. Mirad la nota que dirige a Andrés desde el Paraná, el 15 de marzo de 1815; comienza con una proclama o salmo profético en que habla a los indios misioneros, y les presenta algo así como una credencial que ha recibido de Dios. «Por un favor del cielo, les dice, he sido llamado al mando de las Misiones; he puesto mi ejército frente al tiránico dominio portugués que os esclaviza, fundado, en primer lugar, en que Dios favorecerá mis santos pensamientos, y en el brillante estado de mis armas después...» «El Dios de los Ejércitos, les agrega, me ha colmado de todos aquellos beneficios que son necesarios para rebatir todo enemigo de la empresa que defiendo...» «Ahora, pues, amados hermanos míos, abrid los ojos y ved que se os acerca y alumbra ya la luz de la libertad; sacudid ese yugo; descansad en el seno de mis armas...» «Yo vengo a ampararos, vengo a buscaros, porque sois mis semejantes y mis hermanos; vengo a daros lo que los portugueses os han quitado el año 1801 por causa de las intrigas españolas.»

Artigas se compara allí con Moisés, libertador de Israel del yugo de Faraón; declara que está pronto, con sus tropas, a derramar toda la sangre que tenga en las venas en defensa de los indios desventurados; les protesta su amor en términos entrañables. «¡Ea, pues, compaisanos míos, concluye; levantad el sagrado grito de libertad; destruid la tiranía!»

A continuación de ese apóstrofe, en la misma nota en que lo incluye, el caudillo comienza a instruir de

sus propósitos a su delegado entre esos indios, Andrés Artigas; le anuncia las gestiones de arreglo que tiene pendientes con Buenos Aires para la común defensa contra «la epidemia de los españoles que vienen de Europa, según le avisan de Montevideo»; lo hace ponerse en guardia contra los portugueses, que serán aliados de aquéllos, y también contra Rodríguez de Francia, el tirano paraguayo; le ordena que organice elecciones libres de diputados, a fin de que también los indios tengan sus representantes en los congresos que se realicen... Y termina: «Es cuanto tengo que prevenir a usted, y exhortarle a *que trate cada día con más amor a esos naturales, y les proporcione los medios que estén a su alcance para que trabajen y sean felices*».

Él mismo, por su parte, se consagra a esa empresa con una predilección singular; envía, como hemos dicho, a su capitán indígena los elementos de guerra, pólvora, hierros de lanzas, alguna pieza de artillería, piedras de fusil para que defienda la libertad; pero más aun, y con mayor empeño, elementos de cultura y bienestar: cartillas para enseñanza de los niños, un maestro herrero que enseñe su oficio a los jóvenes, telas y sombreros, ropas, enseres útiles, cirios para los altares, vacuna para preservar de la viruela, incitaciones al trabajo, al comercio, al orden y a la paz. «De las piezas de gasa blanca que le envío, le dice en una de esas cartas, dará usted una para repartirla entre don Andrés Yabacú y el corregidor de Concepción. A cada uno de ellos dará usted una pieza de listado azul. El corte de pantalón es para usted, y todo lo demás para que lo distribuya entre la tropa, y supla las necesidades de los más menesterosos.» «Remito a usted, le dice el 26 de abril, un libro que

contiene la instrucción de la vacuna, para que la ponga en todos los que no tienen la viruela, que es el mejor preservativo contra ese contagio asolador. Remito a usted los vidrios para que pueda usted recogerla y perpetuarla, haciendo ese beneficio a la humanidad.»

Convendréis, amigos, en que ese general que, sin perjuicio de cultivar correspondencia con Monroe, obsequia con un corte de pantalón a su capitán indígena, tiene algo de los héroes inverosímiles. Aquiles y Eneas hacían, como sabéis, de esos regalos a sus soldados, hijos de diosa algunos.

De ese pueblo que así cuida con solicitud casi maternal, forma el gran caudillo sus soldados; cuenta con ese ejército indígena para formar la patria independiente... Y le muestra su bandera tricolor, la de la franja diagonal, como sagrado signo y como prenda de victoria. «Celebro, escribe a Andrés en 22 de noviembre, que haya usted recibido cuanto llevó la carretilla, y también el sable y la bandera. ¡Cuando ésta sea enarbolada, que no sea para bajarla con deshonra de los orientales!»

Pero Artigas quiere que los defensores de ese estandarte lo sean sólo por amor a él; es ésta una nota muy digna de atención: aquel general no acepta sino soldados voluntarios. Los vecinos de Aguapey y Vera, por ejemplo, se quejan de haber sido forzados al servicio militar; Artigas escribe a Andrés sobre el caso, indignado de que se diga que tal atentado se ha perpetrado por orden suya. «Ninguno de mis soldados es forzado, le dice en nota de 13 de marzo de 1816; todos son voluntarios, y decididos por sostener su libertad y sus derechos.»

«No crea usted, le escribe el 25 de agosto, no crea



usted que nadie sea capaz de sorprender o prevenir mi juicio; ni permitiré que su autoridad sea ultrajada. Lo que interesa es que usted se porte como hombre de bien; que castigue a los delincuentes y premie a los virtuosos; que llene la justicia rectamente, sin atender empeños ni pasiones; que mire por los miserables; que los trate con amor, para de este modo hacerse obedecer y amar.»

La pasión de aquellos naturales hacia Artigas se comprende, pues; todos quieren llegar hasta él, verlo, tocarlo; en las carretas que se le envían a *Purificación* desde Misiones van todos los que pueden ir, hombres, mujeres, niños, familias enteras. Artigas recibe esas caravanas pintorescas, y las despide con gran cariño; les deja su recuerdo como un culto. He aquí cómo contesta un obsequio que su capitán le ha enviado en tres carretas con muchos bueyes y numeroso personal. Vale la pena de leerla íntegra; es todo un cuadro de género.

«Señor don Andrés Artigas.

»He recibido las tres carretas y ocho bueyes del alcalde de Candelaria que condujo la yerba. Regresa con una carreta y los demás bueyes, y toda la gente. *Todos van vestidos, hombres y mujeres;* también remito dos sacos de sebo para el alumbrado de ese pueblo.

»Ya dije a usted en mi oficio anterior lo que ahora repito: que daba a usted las gracias por su recuerdo, y que me avise el importe de las carretas, si no son pertenecientes al estado.

»Páselo usted sin novedad, y le desea toda felicidad su afectísimo

»JOSÉ ARTIGAS.

»Purificación, diciembre de 1815.»



Artigas agrupa así, por el afecto, a aquellos hombres primitivos, para incorporarlos a la sociedad; para ello las incitaciones al trabajo de que antes hablamos son aquí las más premiosas y expresivas. «Recomiendo a usted, dice a su delegado en nota de 20 de junio, inspire a esos naturales el deseo de activar su comercio y expender sus frutos. Al efecto, hágales hacer sus carretas; que corten maderas para vender; que fomenten sus siembras de tabaco, algodón y demás frutos, como también el beneficio de la yerba. Por muy lentos que empiecen esos trabajos, aquí son plata de contado. Así se remediarán las necesidades y se inspirará a esos naturales el amor al trabajo. Entonces verán su adelanto, como sucede entre nosotros. De ese producto es de donde vamos sacando armas y todo lo preciso.»

«Usted no deje de alumbrar a esos naturales, le dice en otra nota, para que conduzcan sus maderas algodón, yerba y tabaco, por el Uruguay, a este destino. Así abrirán el comercio. Ellos llevarán nuestros frutos, y que traigan los suyos. Anímelos usted para que hagan sus viajes en canoas y conduzcan sus efectos río abajo; que ellos verán la utilidad prontamente.»

En 20 de junio le envía un oficio para el Cabildo de Concepción, en que estimula a éste a establecer allí, bajo su protección, una fábrica de pólvora. «Yo desearía, dice, la formación de ese establecimiento, que sería benéfico para Misiones y para la masa común, proveyéndonos de un renglón que necesitamos comprarlo fuera, y que, en este caso, produciría al país ventajas incalculables.»

En ese mismo año 16, como lo recordaréis, se celebra en Montevideo el sexto aniversario de la independen-



dencia con lucidas fiestas públicas; se inaugura allí la biblioteca con el concurso entusiasta de Artigas; Larrañaga pronuncia su memorable discurso inaugural. Artigas remite este discurso y la descripción de las fiestas a su capitán misionero; le hace saber el santo y seña dado al ejército: «*Sean los Orientales tan ilustrados como valientes*»; y, como obsequio oportuno, le dice en su carta: «Igualmente remito a usted esa obra sobre la Revolución de Norte América. Por ella verá usted cuánto trabajaron y se sacrificaron por allá hasta realizar el sistema que defendemos.»

Sumergido en esa labor compleja está Artigas, cuando recibe las primeras noticias de la invasión portuguesa que las interrumpe. Inmediatamente transmite esas noticias a su capitán misionero, reiterándole las órdenes de estar en guardia; pero aun entonces le dice: «Mientras ellos no despliegan sus planes, es preciso que nos empleemos en poner orden en los pueblos, y empeñar su vecindario en el adelantamiento, siquiera para el remedio de sus necesidades. Eso es lo que estoy haciendo, y lo que debe usted hacer, aprovechando del sosiego a que nos tienen reducidos las circunstancias, tanto con respecto al Paraguay y Buenos Aires, como respecto a Portugal. Veremos por dónde aparece la tormenta».

La tormenta, amigos artistas, estaba ya sobre la cabeza de aquel hombre honrado cuando tal hacía y escribía; la veréis abatirse sobre él y dominar su patria, y no dejar piedra sobre piedra en esas pobres Misiones del Uruguay, orientales y occidentales. Las orientales serán arrebatadas para siempre a la familia española; exterminados los hombres; conquistados los territorios. Y todo por Portugal en consorcio con Buenos Aires; todo en odio a Artigas, motejado de bárbaro.

VIII

Y bien, amigos; os he detenido acaso demasiado en la lectura de papeles, con menoscabo, quizá, de la estética, tan respetable para nosotros; pero confío en que no consideraréis del todo perdido vuestro tiempo. Que bien sabréis vosotros transformar la arena en vidrio, y el vidrio en cristal de roca. Yo he querido haceros percibir las analogías, pero, sobre todo, las diferencias entre este moderno caudillo, que parece fabuloso, y los antiguos, fabulosos y reales, que, como él, fundaron o libertaron pueblos: Prometeos raptores del divino fuego, jueces de Israel, promulgadores de leyes de tempestad. Aquéllos, los hijos de diosa, o los profetas realmente inspirados de la Biblia, eran considerados ungidos, depositarios de una autoridad descendida a ellos desde el cielo; este Artigas, el profeta sincero y real de la democracia, siente en sí mismo el principio superior de que toda autoridad emana; pero, precisamente por eso, no cree que en su voluntad arbitraria está la fuente del derecho y la justicia; él odia la tiranía aun en sí mismo; declara a cada paso que su autoridad procede inmediatamente de la sociedad de que él mismo es una parte, como lo es la cabeza de todo el organismo; y que aquélla cesa, pese a toda fuerza material, desde el momento en que no existe la fuerza moral, la virtud, que es la sola vida, lo solo que de Dios procede. Él es de su pueblo; pero el pueblo *no es suyo* para atribuirse la facultad de entregarlo, por sí y ante sí, a Inglaterra o a Francia, o devolverlo a España si así lo resuelven las Santas Alianzas propias o ajenas; contra todas ellas está

apercibido en defensa de la *personalidad* de aquel pueblo. Tampoco se juzga con la facultad de substituirse a él, erigiéndose en dictador de sus destinos, y mucho menos con la de inmolarlo a nada que no sea la propia libertad. Que la vida sólo se inmola a un fin superior a la vida misma. Artigas, como lo veis, no quiere ser el hombre necesario; no ejerce un derecho de su persona; cumple un deber de su misión. Su autoridad es una vocación, un ministerio, y, por consiguiente, un sacrificio; cuando no se juzgue realmente útil, o se sospeche perjudicial, sentirá que no es nada; lo veréis transformarse en un mendigo vagabundo, y desaparecer como una nube del poniente, como un incorpóreo...

Ese es el hom re, amigos míos, aunque parezca inverosímil, que os ofrezco para el mármol: casi una abstracción. No ha vuelto a verse desde entonces por estos mundos, os lo aseguro; no ha vuelto a verse, ni se verá en mucho tiempo. Si aun estuviera por aparecer, que no lo creo, el último en la serie de los homéridas, ese inspirado encontraría en Artigas, no en Bolívar ni en Washington, el héroe de la última epopeya humana: la del Nuevo Mundo, predestinado a una futura democracia. Hablo, como lo comprendéis, y adopto para ello una ajena forma clásica, de la epopeya nacional directa, de origen popular, de inspiración ingenua y primitiva, nacida en las entrañas de una raza o incorporada a ella y hecha suya por un misterio de hipóstasis; que suele aparecer en el momento de conglomeración de una sociedad, y coincidir con la revelación o primer balbuceo de su idioma; que enlaza los primitivos himnos religiosos de cada pueblo con sus crisis de constitución política, con la consagración de su independencia, y con el

recuerdo del héroe mítico o representativo que las encarna».

Esa casi ya imposible *Epopeya de Artigas*, mis artistas, reaparición transformada del espíritu de los *Eddas* o los *Nibelungos*, de los cantos de *Gesta* o del *Romancero*, concentrará en su forma no aprendida el espíritu de la edad nueva, la de la democracia-virtud, democracia-amor y justicia, que hoy apenas entrevemos, como concentró Homero el alma de la mítica antigüedad, y Dante, en su *Comedia* enorme, los resplandores de la fecunda edad intermedia. Canto original en las humanas melodías, ella será la rapsodia terminal, para muchos siglos, del canto a los descubrimientos de portugueses y españoles, que oyó Camoens en el mar de ruidos innumerables; el nuevo homérida nos hará ver y sentir cómo la ráfaga de viento que llevaba a Artigas era la misma que empujaba las naos de *Colón* y las de *Os Luisiadas*,

por mares d'antes nunca navegados.

Y, al vestir de la suprema belleza, que es la verdad suprema, el cielo heroico de la democracia americana, encarnada en aquel hombre casi mitológico, quedará exento de su condición de mortal, pues vivirá la vida de un larguísimo futuro, al lado del héroe mismo, como su verbo musical.

. . . .

Y por si estas mis palabras os parecen enfáticas, lo que mucho, y acaso no sin razón, me temo, no terminemos con ellas nuestra larga conversación de hoy; volvamos, un momento siquiera, a los papeles, venerables personajes, que dejamos interrumpidos; daremos un toque final documentario a nuestro esbozo,

y nos haremos así perdonar nuestros momentos de extravío sibilino.

Como contraste al cuadro primitivo de la educación indígena, recordemos las relaciones de Artigas con el Cabildo de Montevideo, entidad muy respetable, cuyas iniciativas despierta y estimula. Notemos una que se resiste a secundar, sin embargo.

El Cabildo acuerda, por unanimidad, siguiendo el ejemplo de las provincias occidentales que han aclamado al héroe oriental, dar a éste y reconocerle la representación, jurisdicción y tratamiento de Capitán General, con el título de *Protector y Patrono de la Libertad de los Pueblos*. Algún tiempo después, aquella corporación pidió para sí misma el título de Excelencia, que le correspondía desde la reconquista de Buenos Aires. ¡El título español! Es indudable que el fundador de la Patria fué muy poco comprendido por sus contemporáneos, y no es de extrañarse. Recordaréis la carta de Sarratea a Posadas en que le hacía saber que Artigas, *el modesto ciudadano*, aceptaba condecoraciones de Fernando VII. Conviene que, en este caso al menos, conozcáis los términos textuales en que contesta Artigas: «Es superfluo, dice al Cabildo, que empleemos lo precioso del tiempo en cuestiones inútiles; los títulos son los fantasmas de los Estados, y sobra a esa ilustre corporación tener la gloria de sostener su libertad, sobre la base de su derecho. El Cielo quiera proteger nuestros votos, y, mientras se acerca tan feliz momento, es mi parecer que V. S. ajuste su tratamiento al que hoy conservan los demás cabildos. Por lo mismo he conservado yo hasta el presente el título de *simple ciudadano*, sin aceptar la honra con que me distinguió el Cabildo que V. S. representa».

Bueno es que recordemos que otro tanto hizo Artigas con el título de *Protector de los Pueblos Libres,* que le acordaron las Provincias Occidentales. Jamás lo usó en los actos realizados en nombre y representación de esas provincias; se limitó a expresar que éstas estaban *bajo la protección de la Provincia Oriental,* y se atribuyó sólo la dirección de su política.

Y pasemos a otro aspecto, que os será muy simpático, de la figura que estudiamos.

El Cabildo indica a Artigas un ciudadano, don Pedro Elizondo, como el más apto para el desempeño de un puesto administrativo; pero le hace saber que no le es adicto. «Si halla V. S. en ese ciudadano, contesta Artigas, las cualidades precisas para la administración de fondos públicos, *es indiferente la adhesión a mi persona.* Póngalo V. S. en posesión de tan importante ministerio, y a V. S. toca velar sobre la delicadeza de ese manejo. Es tiempo de probar la honradez, y de que los americanos florezcan en virtud. ¡Ojalá que todos se penetrasen de esos mis grandes deseos por la felicidad común!»

Para comprender, mis amigos artistas, el fenómeno que entraña esa escrupulosidad de Artigas en la administración, sería necesario que hiciéramos un estudio de las corrupciones coloniales, y de las que se siguieron en las administraciones patrias. Eso está escrito; pero no cabe en nuestras conversaciones, ni es grato recordarlo.

La situación de Artigas le hubiera permitido ser uno de tantos señores de vidas y haciendas; hubiera podido imponer contribuciones sin responder de su inversión, o rindiendo cuentas de gran capitán. Excusado es decir que os podría recordar casos por docenas en la revolución americana, como en todas las habidas

y por haber. Artigas no hace eso; no lo hizo jamás. Vivía en la pobreza; pedía recursos al Cabildo, pero le recomendaba la mayor economía, y, sobre todo, la más extrema parsimonia en imponer gravámenes al pueblo. «El solo nombre de contribución, decía, me inspira aversión irresistible.» Entre otros datos pintorescos, poseemos el expediente seguido por el Excelentísimo Cabildo para autorizar los gastos de decorosa instalación del Jefe de los Orientales, y que son abonados por el ministerio de Hacienda, previa intervención de la Sala Capitular y de varias oficinas y funcionarios. Algunas varas de tela blanca, vajilla de loza y cristal, un colchón y dos almohadas, un catre de campaña de hierro y lona constituyen el ajuar. Lo primero, minuciosamente documentado, costó ciento treinta y nueve pesos, dos reales y un cuartillo; por las seis varas de lona del catre se pagaron cinco pesos y dos reales; diez pesos fué necesario abonar al maestro talabartero Artayeta por su trabajo de «armar un catre para el señor General don José Artigas». Éste se consideró generosamente obsequiado por su patria.

¿Os parece esto una leyenda? Lo parece, sin duda alguna. Y es una verdad. Artigas vivió y murió pobre; sus manos, que no tuvieron una mancha de sangre, tampoco estuvieron manchadas de oro.

Tengo llenas las mías de esos elementos de juicio sobre el carácter del héroe que debéis interpretar, amigos artistas; sólo vacilo en la elección, para vosotros, de los más sugestivos. Tomad uno al azar. Artigas contesta la carta en que uno de sus fieles se duele de las calumnias que fraguan contra el héroe oriental algunos de sus enemigos. Esas calumnias llovían sin cesar, implacables, inverosímiles; han que-

dado, como sabéis, en la historia provisional: Artigas era un malvado, un bárbaro, un enemigo de la patria y de la humanidad. «Deje usted que hablen y prediquen contra mí, le contesta; eso ya sabe usted que sucedía aún entre los que me conocían, cuánto más entre los que no me conocen. Mis obras son más poderosas que sus palabras, y, a pesar de suponerme el ser más criminal, yo no haré más que proporcionar a los hombres los medios de su felicidad y desterrar de ellos aquella ignorancia que les hace sufrir el yugo de la tiranía. Seamos libres, y seremos felices.»

Artigas, preocupado sólo de defender la patria, nunca se ocupó en defenderse a sí mismo; estando, por otra parte, la prensa monopolizada por sus enemigos, apenas pudo levantar los cargos que oficialmente se le hicieron. Siempre despreció los demás. «No necesito, escribió una vez, vindicarme en el concepto público, y mucho menos asalariar apologistas.»

Yo quisiera, mis amigos, haberos hecho conocer personalmente a ese hombre de bien; haceros oir el timbre de su voz, ver el color de su mirada, sentir el contacto de su mano, que os tiende muy abierta, con la franca ingenuidad del hombre sincero.

En la plenitud de su predominio, vive frugalmente; sólo conserva cierta corrección en el vestir, desde aquella época de su juventud en que nos lo describía su anciana sobrina. Eso daba a su porte un aire de distinción que, como lo habéis visto, hacen notar todos los que lo visitaron en esa época. Era modesto y afable, pero enemigo de todo desaliño, refractario a toda familiaridad grosera, que engendra menosprecio; la carcajada, el grito desapacible, la explosión

ruidosa de la pasión eran ajenos a su modo de ser ponderado, armonioso y sobrio.

Es pobre, ya lo hemos dicho; tan pobre como todos los suyos. Su anciano padre, don Martín José Artigas, de rico estanciero que había sido hasta el momento en que acompañó a su hijo libertador en la bíblica emigración del pueblo, se ha convertido en un vecino indigente; la viuda de su primo hermano don Manuel, caído en la batalla de San José, aquel cuyo nombre está inscripto en la pirámide de Mayo de Buenos Aires, vive en el mayor desamparo; la misma familia del caudillo, su esposa enferma, su hijo pequeño, su suegra, habitan un pueblo de campo, en la escasez. Ninguno de ellos se juzga acreedor de la patria; todos callan; sobre todo Artigas.

El Cabildo de Montevideo determina, por fin, espontáneamente, invitar a la esposa del prócer a residir en la capital, y le señala una pensión de cien pesos mensuales, a más de amueblarle la casa, y costearle la educación de su hijo.

Artigas no se juzga con derecho a tanto. Él ha rechazado las ofertas reiteradas del opulento virrey español, riquezas, grados, predominio; pero acepta, para su mujer y su hijo, la protección de la patria, y, al recibir la comunicación del Cabildo, contesta: «Ordeno con esta fecha a mi mujer y suegra que admitan solamente la educación que V. S. proporciona a mi hijo; que ellas pasen a vivir en su casa, y que reciban de V. S. sólo cincuenta pesos para su subsistencia. Aun esta erogación—créalo V. S.—la hubiera ahorrado a nuestro Estado naciente, si mis facultades bastasen para sostener aquella obligación; pero no ignora V. S. mi indigencia, y, en obsequio de mi patria, ella me obliga a ser generoso, al par que agradecido.»

La viuda de Manuel Artigas, el soldado caído en *San José*, recibe treinta pesos mensuales, y el derecho de ocupar una pequeña casa del estado.

En cuanto al anciano padre del caudillo, es éste quien indica la remuneración de sus sacrificios por la patria: pide al Cabildo que, si no hay inconveniente, lo auxilie, como a los demás que están en su caso, con cuatrocientas o quinientas reses, de las destinadas a repartirse entre los estancieros patriotas, «pues le era doloroso oir los lamentos de su padre, a quien amaba y veneraba, y no se atrevía a proceder por sí mismo en el asunto, temiendo se atribuyera a parcialidad lo que era obra de la razón».

Y dejemos esto; me parece que es bastante para que conozcáis personalmente, amigos míos, a ese *hombre*. Vosotros me diréis si os sentís, o no, ante *la plenitud de un hombre libre*.

CONFERENCIA XVI

EL CORAZÓN DEL HÉROE

El apogeo de Artigas.—Tentativa de incorporar el Paraguay a su influencia.—Francia y Artigas. —Francia y Alvear.—Sobre Buenos Aires.—Caída de Alvear en Fontezuelas.—Los vencedores y el vencedor.—Homenajes a éste.—Las venganzas.—Los crímenes de la gloria.—Venganza de Artigas.—«No soy el verdugo de Buenos Aires.» —Bases de paz.—Derechos basados «en el antiguo régimen».—«El año 1816 será el año feliz de los orientales.»—Es necesario que un hombre muera por el pueblo.—La franja roja diagonal de la bandera.

I

Hemos dejado bien claramente establecido el carácter del primer Presidente o Jefe Supremo, o soberano legítimo, o como queráis llamarle, de ese *Estado Oriental del Uruguay y el Plata,* que habéis visto nacer de la madre democracia.

Afirmemos sin reservas que Artigas es el primer magistrado republicano de esta parte de América. Su nombre es lo de menos. Carlyle le llamaría *rex,* en el sentido de rector, regente, conductor; del más apto, del que nos marca la conducta. No es menos accidental la primera forma provisional de su gobierno; la forma definitiva, en éste como en todos los ca-

sos, y como todas las formas, brotará espontáneamente de la esencia.

Artigas se preocupó inmediatamente, como hemos dicho, de realizar aquella forma en toda la región sometida a su influjo. Ésta no se limitaba a su Patria Oriental; el predominio del héroe sobre las provincias occidentales se consumó como el cumplimiento de una ley natural. No sólo había aquél dominado la Mesopotamia argentina, comprendida entre los ríos Uruguay y Paraná, *el continente de Entrerríos,* de que hemos hablado, sino que, salvando este último, y mucho más allá, regía los destinos de Santa Fe y de Córdoba. Esos estados o provincias, Entrerríos, Corrientes, Santa Fe y Córdoba, se habían acogido expresamente a su protección, y lo aclamaban como el solo capaz de arrebatarlos a la absorción de las logias secretas de Buenos Aires, que, por colectivo instinto, rechazaban. Las demás provincias, hasta la falda de los Andes, se sentían misteriosamente atraídas a la órbita lejana de aquel ígneo capitán, y sentían su influjo, como el de una mole en rotación.

Artigas había, pues, realizado su vasto plan político: las provincias, bajo su protección, habían vencido a Buenos Aires y conservado su derecho a disponer de sí mismas. Las multitudes aclamaban al hombre oriental; los gobernadores, sostenidos por él, le obedecían y confiaban en él, y esperaban sus órdenes.

El campo abierto a su actividad se extendía, pues, desde el Plata hasta los Andes; como lo dice Robertson, su palabra era ley en todo el largo y todo el ancho del antiguo virreinato. Pero lejos de sobrecogerse, al verse solo en tan magna empresa, insistió en realizar íntegramente su primitivo pensa-

miento. En el concierto de aquellos pueblos, que serán, en Artigas y por Artigas, el núcleo de la independencia democrática argentina, faltaba uno, como sabemos, además de la comuna de Buenos Aires, que entraba como elemento esencialísimo en su vasto plan: el Paraguay.

El Paraguay continuaba encerrado en su caverna: el doctor Francia, con los ojos policromos encendidos bajo los párpados, asomaba la cabeza en la sombra. Hizo, como hemos visto, tentativas de ensanchar sus fronteras hacia el Sur, salvando la natural del río Paraná; pero Artigas, por órgano de Andrés, su capitán en Misiones, no sólo lo detuvo y rechazó sus fuerzas en un combate librado en *Candelaria*, sino que, como también lo hemos dicho, pensó en librar al pueblo paraguayo de aquel su tirano.

Esa provincia del Paraguay tiene con la oriental el vínculo de especial solidaridad que ya hemos estudiado; un enemigo común que las atisba: el portugués; son aliadas; tienen que serlo; pero Rodríguez de Francia no quiere conflicto alguno con los portugueses. Artigas ve eso con claridad meridiana. Allá, en la frontera paraguaya, está su futuro inevitable campo de batalla, en que orientales y paraguayos deben luchar por la vida. El Paraguay tiene, por tanto, que vivir; es fuerza se incorpore a la acción gloriosa de los pueblos presididos por Artigas. Éste no deja un momento de pensar en él; esa idea es una obsesión de su espíritu.

Recordad, mis bravos artistas, que nos encontramos en el año 1815. Sólo Artigas hubiera podido arrancar el Paraguay a su tirano, pues allí *el hombre* no había aparecido.

Bien será que recordemos también ahora las mi-



siones diplomáticas enviadas al Paraguay por Buenos Aires, en 1811 y en 1813, con el objeto de arrebatar al monstruo su presa por medio de halagos. Todavía en estos momentos en que estamos, el 20 de enero de 1815, el director Alvear, al mismo tiempo que ofrecía a la corona de Inglaterra la propiedad del Plata, se dirigía respetuosamente al dictador del Paraguay, describiéndole una situación llena de peligros, a causa de la expedición española que amenazaba. «Los celos contra Buenos Aires, le dice, sostenidos por algún tiempo en virtud de imputaciones y dudas maliciosas, no pueden continuar, después que se ha visto que ella misma ha desmembrado su provincia, y que está dispuesta a reconocer la federación o cualquier otra forma, si en realidad es ése el deseo de los pueblos, como lo ha hecho últimamente con la Provincia Oriental, de quien sólo exige una correspondencia amistosa.»

Artigas estaba al tanto de esas relaciones de los dos dictadores. «Así Alvear como Francia, escribe entonces a su capitán en las Misiones, Andrés Artigas, están unidos contra nosotros; de Buenos Aires se le mandan armas y municiones.»

Y así era, efectivamente; pero con detalles de interés. En 31 de marzo de 1815, por ejemplo, Nicolás Herrera escribe esta pintoresca carta a Robertson, el comerciante inglés, que parte para el Paraguay: «El señor director Alvear me ha encargado prevenga a usted haga presente al doctor Francia que le dará 25 fusiles por cada 100 paraguayos que le remita de aquella provincia para reclutas de estos regimientos, y proporcionalmente pólvora y municiones. Puede usted asegurárselo así, en la inteligencia que se cumplirá, y se darán garantías o fianzas si se quiere; lo

que interesa es la brevedad. Deseo a usted un viaje feliz, y mande a su atento servidor y amigo, q. b. s. m.,

NICOLÁS HERRERA.

Secretario del Estado de Buenos Aires.»

Pero si Artigas conocía a Alvear, no lo calaba menos el muy taimado de don Gaspar de Francia. «¿Conque cambiar paraguayos por fusiles?, se dijo para su coleto. No; me quedo con los paraguayos.» Y tapió más herméticamente su guarida, y se hizo confirmar en la dictadura perpetua, y se dijo *neutral* con relación a todo el mundo. Era un gran original ese caballero Francia.

Fué entonces cuando Artigas, que sabía muy poco de súplicas, resolvió penetrar personalmente en el Paraguay, y salvarlo de la tiranía. Inició una conspiración contra el dictador. Invitó de nuevo a los caudillos paraguayos a vivir.

Ya os hice meditar, amigos artistas, en cuán distinta hubiera sido la historia de ese esforzado pueblo paraguayo, que vivió cincuenta años bajo el yugo de tres despotismos consecutivos, si Artigas hubiera logrado incorporarlo a la acción heroica popular, desligando los brazos a sus hipnotizados caudillos.

Os haré ver, por otra parte, cuán distinta hubiera sido la acción del mismo Artigas, y el destino de su tierra, y el lote territorial de la América española, si, al descargar sobre la Banda Oriental el nublado de la invasión portuguesa, que Artigas veía en el horizonte, y que vosotros vais a ver, hubiera aquél contado con la alianza de esa nación paraguaya, de valor insuperable. ¡Oh! Las fronteras de las hermanas hispánicas serían hoy muy distintas de lo que son, probablemente; las de todo el mundo hispánico.

Y que el pueblo paraguayo, a no ser la fascinación de Francia, hubiera secundado, al par de las provincias occidentales argentinas, la acción de Artigas, es algo de que no puede dudarse. Bien sentía ese pueblo que el Jefe de los Orientales no abrigaba el propósito de conquistarlo, y bien se le alcanzaba que la causa de orientales y paraguayos era una sola. Artigas no hubiera sido rechazado, ciertamente, como lo fué Belgrano, en aquella tierra. Con sólo presentarse; con sólo mirar intensamente a los ojos de aquellos hombres, y decirles su mensaje, pueblo y caudillo hubieran formado un héroe solo.

No pudo ser. Artigas no pudo atravesar la frontera paraguaya.

Mejor que narraros el hecho, quiero comunicaros un pintoresco documento, casi nuevo en la historia, y que os impondrá del asunto más y mejor de lo que yo pudiera hacerlo. Es el proceso inédito, que llega ahora a mis manos, levantado por Francia contra don Manuel Atanasio Cabañas, primer campeón militar del Paraguay, vencedor, como recordaréis, en la batalla de Tacuarí. El proceso se inicia en 1822, y la sentencia que en él recae está fechada en agosto de 1833, es decir, después de muerto el procesado. Es de notar que Artigas estaba ya entonces en poder de Francia, pues se había refugiado en el Paraguay.

Puesto que oportunamente os hice conocer la sentencia del director Posadas, en que se ponía a precio la cabeza del Jefe de los Orientales, bueno es que conozcáis ésta del dictador paraguayo, hermana de aquélla, y no menos llena de color y de estética expresión. No me digáis que es larga y chabacana. Es una pieza intensa, que debéis conocer, quieras que no. Artigas lo necesita.

Y dice así:

AUTO

«Asunción y Agosto tres de mil ochocientos treinta y tres.

»Resultando que Manuel Atanasio Cabañas, *muerto sin herederos*, ha sido un traidor a la Patria y al Gobierno por haber mantenido correspondencia con el malvado caudillo de bandidos y perturbador de la pública tranquilidad José Artigas, y haberse encargado de reunir y aprontarle gente de auxilio para cuando viniese, según sus ridículos ofrecimientos, a tomar la República, llevarse la cabeza del Dictador, y ponerle a él y a otros en el gobierno; cuya nueva infamia y ruindad cometió el citado Cabañas después que no quiso tomar parte alguna en la revolución que aquí se hizo para extinguir el mando de España, cuando avisado del cuartel en que se habían reunido los patricios para que viniese a incorporarse con ellos, no sólo se enfadó con el portador del recado, sino que, con descarada vileza, respondió que vendría en siendo llamado por el Gobernador, que era el europeo Velazco; no obstante lo cual, el presente gobierno por exceso de bondad le dió los despachos de Coronel, aun sin mérito, sin servicio ni suficiencia, comprobándose con tan informes procedimientos que era un verdadero enemigo de la Patria y que, resuelto a auxiliar al Caporal de ladrones y salteadores Artigas, estaba dispuesto a quedarle vilmente subordinado y tenerle sometida la República, como era consiguiente, a fin de que después no le despojase de su soñado Gobierno, en que él y otros atolondrados, con quien igualmente estaba en correspondencia, como también

consta de autos, creían en su delirio y necedad que pondría a unos y engrandecería a otros sin reflexionar por su inepcia que lo que intentaba era ver si, al abrigo de algunos simples infatuados y embaucados con el aliciente y engaños de varias y disparatadas ofertas, lograba introducir sin peligro al Paraguay sus cuadrillas de miserables bandoleros y facinerosos, a robar y saquear cuanto pudiesen para remediar sus miserias, su pobreza y sus extremas necesidades como hacían en otras partes, viniendo últimamente, después de tanto ruido, alboroto y afectada valentía o fanfarronada, cuando se vió arruinado y perseguido de muerte aun de los suyos por consecuencia y efecto natural de sus desórdenes, locuras y desatinados procedimientos, a implorar la clemencia y amparo del mismo Dictador, cuya cabeza había ofrecido llevar, el cual, reventando de generosidad, sin embargo de que el alevoso y bárbaro malévolo no era acreedor a la compasión, no solamente le admitió, sino que ha gastado liberalmente centenares de pesos en socorrerlo, mantenerlo y vestirlo, habiendo venido desnudo, sin más vestuario ni equipaje que una chaqueta colorada y una alforja, sin que los ruines, aturdidos y revoltosos que fundaban en él las mayores esperanzas de gobierno, ventajas y adelantamientos, le hubiesen hecho la menor limosna o socorrido en agradecimiento de sus grandiosos o graciosos ofrecimientos, viéndolo en tal angustia y fatalidad que acaso la Providencia ha permitido para que los ilusos o deslumbrados, los facciosos, los depravados encubiertos y los deseosos de trastornos políticos abran los ojos y entiendan que las gentes de otros países, envidiando y odiando al Paraguay por no haberse sometido a sus ideas de logro predominio y conveniencia, lo que de-

sean y buscan es la ocasión de entrar a apoderarse del Estado engañando a los incautos y simples, subyugar e imponer leyes a los paraguayos, extraer y sacar riquezas, caudales y la plata, que sólo aquí corre todavía, y, finalmente, llevar gente para sus empresas y servicios, para después reirse del Paraguay y mofar orgullosamente a las paraguayas:

»En virtud de todo, se declaran confiscados y aplicados a gastos públicos y servicio del Estado todos los bienes que aparecieran corresponder al citado Manuel Cabañas, o ser de su pertenencia en su fallecimiento; y a ese efecto, se expedirán las providencias convenientes, rompiéndose igualmente el insinuado título de Coronel, de que se ha mostrado indigno y sin honor para obtener semejante grado, cuya denominación tampoco se le ha de poder dar en lo sucesivo.

»FRANCIA.

»POLICARPO PATIÑO,
»Actuario del Superior Gobierno.»

No diréis, mis amigos artistas, que hemos perdido el tiempo al leer ese documento precioso, con ser él tan deshilvanado y exigir tan largo aliento para ser leído de un tirón.

Según el expediente, la correspondencia sostenida por Cabañas con Artigas, y las gestiones de éste para preparar su entrada al Paraguay, tenían lugar en el momento en que nos encontramos de esta historia precisamente: el año 1815. Artigas, desde la provincia de Santa Fe y Entrerríos, gobernada a la sazón por Candioti, el que, con Amaro, fué embajador de Posadas, y por intermedio de Andrés Artigas, su co-

mandante gobernador en Misiones, de que acabamos de hablar, buscaba el hombre paraguayo a quien poder transmitir su mensaje de libertad, y armarlo caballero de su patria: Cabañas, Caballero, Yegros... cualquiera de los bravos de 1811. «Incluyo a usted, dice a Andrés Artigas, en nota de 27 de agosto de 1815, la copia de la carta que prometí a usted (supongo que es la de Herrera a Robertson). Por ella conocerán los paraguayos que iban a ser vendidos como esclavos, y que el doctor Francia ha tratado de intrigarnos con Buenos Aires... Usted saque de ella bastantes copias, y remítalas a los paraguayos para que se desengañen.»

«Escriba usted, le dice en otra nota, a los amigos de aquel pueblo, para ver si forman la revolución según usted les insinuó, o si hacen la representación que usted les dijo, a fin de que yo tenga el más poderoso motivo para auxiliar sus esfuerzos.»

No pudo s.r: la mirada de Francia estaba en todas partes y helaba la sangre. Y Francia, como los hombres de la oligarquía bonaerense, quería estar bien con los portugueses, enemigos de Artigas. Nadie se atrevió a secundar a éste; Artigas no pasará la frontera del Paraguay, sino para buscar en él su sepulcro; se refugiará en las garras de Francia. Veréis entonces el más extraño de los fenómenos. El tirano, que habrá hecho correr la sangre de los próceres paraguayos, al saber que Artigas, el facineroso, el caudillo de bandidos, el que buscaba su cabeza, es su prisionero, ni siquiera le mirará a los ojos...; reventará de generosidad, y no atentará contra la vida de aquel forajido; lo respetará como a cosa sagrada. Más aún: lo veréis proclamar, como título de honor para su país, el asilo que concederá a Artigas en su derrota,

y hasta compararlo con el concedido por los ingleses a Bonaparte en Santa Elena.

II

Artigas tuvo que desistir, una vez más, de la libertad del Paraguay. Su obra principal estaba en Buenos Aires. Tenía que incorporar esa provincia, la más importante de todas, al conjunto de las provincias hermanas; hacer prevalecer allí, en el centro vital del organismo, el espíritu americano, y derrocar, por consiguiente, a Alvear, que, como sabéis, pensaba en ese momento en entregar el Río de la Plata a Inglaterra, y era la encarnación más genuina del escepticismo oligárquico, el *antiartigas* por excelencia.

Pero era menester que Alvear fuese vencido, en la capital, como lo habían sido sus agentes en las provincias, y como Artigas quería lo fuese el doctor Francia en el Paraguay: por el mismo pueblo de Buenos Aires.

Y eso fué lo que acaeció. El joven Director, presa de un frenesí patológico, ejerce una dictadura sangrienta; pero no puede sostenerse. El cadáver del oficial Úbeda, acusado de *sedición* por haber dicho palabras sospechosas, amaneció un día colgado frente a los balcones del Cabildo. Ese cuadro es intenso, y lo dice todo: era un domingo de Pascua (7 de abril), día en que, según vieja costumbre, se colgaban unos muñecos o mamarrachos de paja, llamados *Judas*, en odio al *Iscariote*, que traicionó al Divino Maestro. Los primeros transeuntes de Buenos Aires que, por la mañana, vieron, frente al balcón del Cabildo, el cadáver de Úbeda, que se balanceaba en el vacío, lo creyeron un *Judas* admirablemente bien hecho. Cuando

la espantosa realidad se difundió, el pueblo de Buenos Aires desfiló silencioso bajo los pies del muerto oscilante; pero, lejos de intimidarse, se exacerbó; lo veréis echar abajo a Alvear dentro de ocho días. Uno se imagina lo que los historiadores apologistas de Alvear y de la cultura y humanidad bonaerenses hubieran dicho de Artigas, si éste hubiese sido capaz de hacer algo parecido a ese siniestro Judas, o a otros de su especie.

Alvear se ha hecho odioso, tanto en la capital como en Entrerríos, y Santa Fe, y Córdoba, y en todas las provincias. El espíritu democrático circulaba en Buenos Aires, difuso en el pueblo, con tanta energía como en los demás estados; allí existirá siempre una oposición, animada del espíritu de Artigas. Pero no se formará el núcleo vital; el centro democrático popular será siempre una nebulosa no espiral; el ambiente de Buenos Aires no había producido, ni podía producir, como personaje reinante, un Artigas; su naturaleza cósmica y su fuerza centrífuga tienden naturalmente a otra forma. Artigas tiene que ser odiado en esa ciudad; no por el pueblo, pero sí por la oligarquía que allí se conglomere, sea de tirios o de troyanos. Vais a tocar ese fenómeno sociológico con la mano, amigos artistas. Alvear caerá; caerá por obra de Artigas, que el pueblo de Buenos Aires ha llamado en su protección por órgano de su Cabildo; pero no por eso los sucesores de la dictadura se refundirán en el héroe oriental, ni comprenderán su carácter, ni su pensamiento, ni su mensaje.

Tracemos rápidamente los hechos, el cuerpo de la historia, que es lo accidental, a fin de conocer su alma, que es lo que debe hallar forma en vuestra creación estética.

III

Alvear se convence de que su situación es insostenible; ha recurrido, según hemos visto, a don Gaspar Rodríguez de Francia, el déspota paraguayo, en demanda de auxilio; se ha dirigido a él respetuosamente, y protestando «contra la degradante calumnia de que Buenos Aires pretenda esclavizar los demás pueblos de América, cuando su objeto *es y será siempre ayudar a su independencia*»; le ha propuesto «*una alianza de ambas provincias*». Pero todo ha sido inútil; el joven Dictador, rechazado por el viejo que hace orejas de mercader, y no creído tampoco por el Jefe de los Orientales, a quien también hace nuevas manifestaciones de amor entrañable, va a jugar la partida donde debe jugarla. Envía sus tropas al encuentro de Artigas, que, acudiendo al llamado del pueblo de Buenos Aires, como ha acudido al de los demás argentinos, ha cruzado el Paraná.

Es muy interesante la proclama que entonces dirige Alvear al pueblo de la capital, en 31 de marzo, para llamarlo a las armas; termina así: «Fijad la vista en el territorio de los orientales, y hallaréis el cuadro de los beneficios que se os preparan. Los campos desiertos; saqueados los pueblos; las estancias incendiadas; las familias errantes; destruída la fortuna particular; despreciada la religión de nuestros mayores; los asesinos con el mando; autorizados los más horrendos crímenes, y el país más hermoso del mundo convertido en teatro de sangre y desolación».

Artigas ha penetrado, pues, en territorio occidental y, después de ocupar Santa Fe, emprende su marcha

victoriosa sobre la capital. El ejército de Alvear va a su encuentro, al mando de los coroneles Álvarez Thomás y Valdenegro; pero éstos, que, al par del Cabildo, están en connivencia con Artigas, confraternizan con éste, se sublevan en *Fontezuelas*, al Norte de la provincia de Buenos Aires, el día 13 de abril, e intiman a Alvear el inmediato abandono de su cargo. El Cabildo de Buenos Aires encabeza el 15 un movimiento popular, al que se adhieren las tropas proclamando la caída de la dictadura y la disolución de la Asamblea, de la célebre Asamblea que rechazó los diputados orientales en 1813. Alvear, repudiado por los pueblos, abandonado por su ejército, sin opinión ni fuerza, huye a refugiarse en un buque inglés; huye sólo con su familia, abandonando a los suyos. El Cabildo se erige en gobernador; se designa, como Director Supremo, a Rondeau, que manda el ejército del Alto Perú, y, en su ausencia, a Álvarez Thomás, cabeza del pronunciamiento. El mismo San Martín, el antiguo compañero de Alvear y futuro general de los Andes, se ha adherido a la sublevación de Fontezuelas; está, pues, con Artigas, como lo están los jefes que acompañan a Rondeau: Martín Rodríguez, Pagola, Foresti, Alvarado, Martínez, etc.

Alvear, que, en el motín de octubre de 1812, había subido alzado por San Martín, cae ahora empujado por él; y cae también la Asamblea que del primer motín surgió. Y todo aquello se derrumba, como un tinglado.

El cuadro de ese momento histórico es muy interesante. Una convulsión de alegría epiléptica, con mucho de infantil y no poco de siniestro, pues las venganzas de los vencedores son terribles, recorre todo el territorio platense, desde Buenos Aires hasta el Alto Perú. En torno del derrumbe de la situación de

Alvear se forma una especie de *sabbat* fantástico: fiestas cívicas y religiosas, demostraciones militares y del pueblo, gritos, algarada, cruce de comunicaciones bombásticas.

Ese cuadro hubiera sido cómico, si no hubiera tenido tanto de trágico. El vencedor se entrega, en Buenos Aires, a toda clase de venganzas con los vencidos: encarcela, saquea, fusila, deporta. Todos se apresuran a protestar su adhesión al nuevo gobierno, y al ausente libertador Artigas sobre todo: los caudillos, los cabildos de las provincias, los generales de los ejércitos. El gobernador de la remota provincia andina de San Luis dice al Cabildo de Buenos Aires, que es tal el contento de aquel pueblo, que «por algún momento la razón no fué dueña de sí misma». El de Córdoba le hace saber que, después de respirar esa provincia el aire de la libertad, a la sombra del generoso y valiente Jefe de los Orientales, no faltaba otra cosa a su felicidad que ver al pueblo de Buenos Aires libre del peso que le oprimía. El Cabildo afirma que «las almas de los ciudadanos se han elevado al colmo de la alegría; que la provincia obraba con independencia de las combinaciones del gobierno caído, gracias al sostén de las armas orientales, que, sin manchar su libertad, dejaron al pueblo dueño de sí mismo, sin más deber que el de sostener el sistema de nuestra libertad; pero que, con la nueva situación, la unión de todos en ese propósito será una verdad».

El mismo gobernador de Montevideo, Otorgués, y el Cabildo, envían a Buenos Aires sus plácemes y manifestaciones de júbilo.

En medio de todas esas explosiones frenéticas, sólo una entidad permanecerá serena, casi impasible: Arti-



gas. Él era, a no dudarlo, el derrocador de Alvear; su espíritu triunfaba; en un *Manifiesto* que dirige *Al muy benemérito Pueblo de Buenos Aires*, y que remite al Cabildo, para que éste lo adjunte al que le ha enviado en consulta antes de difundirlo, Artigas explica y justifica su conducta ante aquel pueblo, y le dice: «Ciudadanos y pueblo de Buenos Aires: Vuestros hermanos, los orientales, no dudan de que sus votos serán correspondidos; olvidan sus quebrantos, y hacen votos al dios tutelar de la amistad de los pueblos. Que nada sea capaz de contrariar nuestra unión, y sólo se vea entre nosotros una grande familia de hermanos.»

Artigas había consumado, pues, la mitad de su obra, la negativa; faltaba la otra mitad, la más importante, que él no verá realizada: elevar en Buenos Aires el hombre de pensamiento y de carácter, capaz de realizar allí la idea de la revolución de Mayo: la libre intervención de los pueblos en la solución de sus destinos; la democracia. En el *Manifiesto* que hemos recordado, dice el héroe: «*Son tantos los trabajos que aun tenemos que afrontar para libertar la Patria,* que no podemos inspirarnos en otra ambición que la de merecer las bendiciones de la posteridad».

Para daros cuenta de esa claridad de visión del hombre oriental, es conveniente, mis amigos, que conozcáis la forma en que hace conocer la caída de Alvear al Cabildo de Montevideo, análoga a la que emplea con las demás provincias, la del Paraguay inclusive. Él, personalmente, puede estar muy satisfecho; ha sido objeto de protestas de apasionada adhesión por parte de Buenos Aires; el Cabildo que, días antes, el 5 de abril, había sido forzado por Alvear, so pena de mandar fusilar 300 personas, como fué ahorcado Úbe-

da, a dictar un bando infamante contra Artigas, hizo quemar el inocente bando en la plaza de la Victoria por manos del verdugo. Fué una escena muy curiosa, sin duda alguna: dieron fe del acto el alguacil mayor y el escribano; las tropas formaron cuadro en torno de la hoguera vindicadora; el Director Supremo solemnizaba el auto de fe desde las galerías del Cabildo. Fué cosa realmente interesante; algo así como lo que había hecho Posadas con la sentencia de muerte de Artigas, que, según lo recordaréis, también en estupenda forma revocó, declarando a Artigas «buen servidor de la Patria». El Cabildo encargó a Londres una cincelada espada, para obsequiar, con una más entre varias, al Jefe de los Orientales; el bando difamatorio de Alvear se substituyó por uno nuevo, largo, bombástico, insípido, como casi todos los documentos de aquella época de retóricas campanudas en América.—«Ciudadanos, decía al pueblo de Buenos Aires: libres vuestros representantes del duro despotismo que tan gloriosamente acaba de destronar, es un deber suyo reparar los excesos a que lo arrastró su escandalosa opresión. Empeñada la tiranía en alarmar al pueblo contra el que inicuamente suponía invasor injusto de nuestras provincias, precisó con amenazas a esta corporación a autorizar con su firma la infame proclama del 5 del corriente. Ella no es más que un tejido de imputaciones, las más execrables, contra el ilustre y benemérito Jefe de los Orientales don José Artigas. Sólo vuestros representantes saben con cuánto pesar dieron un paso que tanto ultraja el mérito de aquel héroe y la pureza de sus intenciones.»

Así sigue la proclama, y termina: «Ciudadanos: deponed vuestros recelos; vuestros verdaderos intereses son el objeto de los desvelos de vuestro Ayun-

T. I.-47

tamiento, y, para afianzarlos, procede de acuerdo con el Jefe de los Orientales; la rectitud de intención de este invicto general es tan notoria, y la ha acreditado de una manera tal, que no puede dudar de ella»; etc., etc.

¡Invicto General, ilustre y benemérito Jefe, héroe purísimo!... Palabras, palabras, palabras, que nos tienen muy sin cuidado.

Convengamos, mis amigos, en que todo esto es triste; no os lo cito, por cierto, para gloria de Artigas, pues él era el primero en desdeñarlo, como todo lo de su especie.

Mirad, pues, en qué términos hacía éste saber el suceso al Cabildo de Montevideo: «Me es muy satisfactorio comunicar a V. S. que los opresores de Buenos Aires han sido derribados. La pretendida Asamblea General Constituyente fué disuelta por sí misma, y el general Alvear destinado a bordo de una fragata de su Majestad Británica, heridos todos por la indignación del pueblo. En la Municipalidad se halla refundido el Gobierno *de aquella provincia.* V. S. hallará en tan afortunado suceso el triunfo de la justicia pública y el resultado de nuestros constantes esfuerzos por conservarla inviolable. Mis combinaciones han tenido una ejecución acertadísima, y espero que el restablecimiento de la tranquilidad general aparecerá muy pronto. Yo ya he repasado el Paraná, y circulado las órdenes precisas para que hagan lo mismo las fuerzas que había hecho avanzar desde la ribera occidental. Sin embargo, por ahora es preciso limitarnos a eso sólo, *por cuanto aun no se ha formalizado tratado alguno que fije la paz;* yo no perderé instante en comunicar a V. S. cuando llegue el momento de sellarla; y mientras tanto, tenga V. S. la dignación

de acompañar mis votos, reuniendo a esos dignos ciudadanos en torno del santuario, a consagrar el presente suceso, que agrega un laurel más a la brillante corona de nuestros afanes y desvelos.»

Observad, amigos míos, que Artigas, vencedor, no penetra en Buenos Aires a recoger las aclamaciones de que es objeto, ni a imponer su voluntad: auxilia al pueblo que lo llama, y se retira, dejándolo dueño de sí mismo; lo protege, pero no lo substituye, no quiere substituirlo; no entra en Buenos Aires, como no entró en Montevideo ni en Córdoba; no quiere ser Director Supremo o Gobernador de *ínsula* alguna; que para eso están los escuderos andantes. Él es sólo la fuerza vital ordenadora; la vida hará su obra por sí misma.

Notemos, pues, lo que dice Artigas al Cabildo de Montevideo; notémoslo bien: «*Aun no se ha formalizado tratado alguno que fije la paz*», es decir, nada hemos hecho, mientras no hagamos una verdad del evangelio republicano del año 13: la autonomía del Estado Oriental, y la alianza de éste, en pro del común propósito, con los demás estados hermanos, dueños de sí mismos, Buenos Aires inclusive.

Llega con este motivo el momento, amigos artistas, de que penetremos en lo hondo de las intuiciones de Artigas, pues comienza su apogeo; vamos a ver qué es lo que él combatía; qué es lo que él ha derribado en Alvear, y su asamblea y su máquina política. Conoceremos de cerca ese espíritu-legión que aparece en nuestra historia frente al héroe personal.

Alvear, el protagonista de todo aquello, huye de Buenos Aires, y, no bien arriba a Río Janeiro, corre en busca del Encargado de Negocios de España, don Andrés Villalba, y le ofrece, como antes lo había

hecho al representante de Inglaterra, la entrega de estas provincias a su solo dueño el rey Fernando. Hugo Barbagelata es quien acaba de dar, en el Archivo Histórico de Madrid, con el original de los papeles, en que el *Antiartigas* se nos revela en toda su deformidad; los ha publicado en su interesante libro *Artigas y la Revolución americana.* Yo os ofrezco esos papeles en copia fotográfica de los originales, porque Alvear, allá en 1818, desmintió su autenticidad. No; ellos son tan auténticos como la capitulación de Montevideo, también desmentida por aquél; tan auténticos como ella, desgraciadamente. Aquí los tenéis, pues; ved la nota de Villalba a su superior, don Pedro de Ceballos; es de 26 de junio de 1815. Villalba narra en ella las reiteradas visitas que le ha hecho Alvear; las razones que ha tenido para recibir benignamente *a ese sujeto,* que fué Director de Buenos Aires, a pesar de las insinuaciones portuguesas tendentes a que pidiera su prisión; las revelaciones de secretos de estado sobre las miras de Portugal y de Inglaterra que el tal sujeto le ha hecho; y remite a España, por fin, una *Relación de la fuerza de línea que tienen las Provincias Unidas del Río la Plata, que están en insurrección,* documento que, personalmente y subscrito por él, le ha confiado el Director fugitivo, como prenda de su entrega y la de los suyos.

Detalladísima, por cierto, y de mano experta es esa *Relación;* en ella se denuncian las fuerzas de línea y las milicias con que cuenta Buenos Aires; las que están en Mendoza, al mando de San Martín; las que, a las órdenes de Rondeau, operan en el Perú, lo mismo que las de Güemes; las de la Banda Oriental y Entrerríos, por fin, cuyo jefe es don José Artigas, con las divisiones de Otorgués, Rivera, Ojeda, Basualdo. Todo

está bien detallado: soldados de cada cuerpo, armas, municiones, recursos, estado de ánimo de los diversos pueblos; todo con indicaciones útiles para apreciar los puntos vulnerables. Se hace advertir allí, por ejemplo, que los pueblos de la Banda Oriental y Entrerríos, los más entusiastas revolucionarios, se agruparán casi unánimes en torno de Artigas, en caso de invasión; que esas tropas «son valientes y de una constancia admirable»; pero no tienen disciplina, según el informante; se denuncia lo que produce la fábrica de pólvora que hay en Córdoba, poco activa por la escasez de salitre; la de fusiles que existe en Buenos Aires, etc., etc.

¡Y el *Memorial*, por fin! ¡El doloroso *Memorial* del enemigo de Artigas! Está subscrito «*Carlos de Alvear*», y comienza así:

«Señor Encargado de Negocios de S. M. C.:

»Es muy sensible a un español que ha nacido con honor, y que procuró acreditarlo entre los gloriosos defensores de la nación, presentarse ahora a vindicar su conducta en actitud de delincuente, y con las sombras de rebelde y enemigo de su Rey. Yo me habría ido lejos de los hombres, a ocultar mi vergüenza, si no conservase una esperanza de hacer disculpables mis procedimientos, o si conociera menos la clemencia del Soberano y la indulgencia de sus ministros, enseñados en la escuela de las desgracias. La buena acogida que he merecido a V. S. y las relaciones que antes de mi salida de Buenos Aires empecé a tener con la Legación de S. M. C. en esta corte, me animan a hacer la exposición de mis operaciones, para que, elevándola V. S. al Rey Nuestro Señor, se digne recomendarme a su Soberana piedad.»

Recuerda entonces Alvear sus servicios en España,



y expone la necesidad en que se vió de trasladarse a Buenos Aires, en 1812, donde lo reclamaban sus cuantiosos intereses. Una vez aquí, no pudo, sin exponer su vida, dejar de aparentar su adhesión a los insurrectos, «animado de la esperanza de rectificar algún día las ideas que alimentaba el fanatismo de la multitud». Bien pudo hacer eso «sin que estuviera en contradicción con el honor y la justicia», porque las Cortes españolas, «apoderándose de la soberanía, y publicando con ruidoso aparato todos los dogmas de la democracia más exaltada, usurparon su autoridad al Rey, solo legítimo soberano, e inficionaron con ellos estos pueblos».

Alvear dice que él, por el contrario, pensó y obró de acuerdo y en servicio de su Rey absoluto; que procedió en odio a las doctrinas con que los escritores «habían envenenado los espíritus, con una dosis desmedida de liberalidad y filosofismo...» «La Majestad del Trono, dice, y la soberanía del Rey, que, apoyada en la religión, podía solamente calmar las convulsiones de un pueblo agitado, estaba minada por aquellas doctrinas, y desvanecida la saludable opinión que, fortificada por sus ejemplos, habíamos recibido de nuestros mayores.» «Agreguéme, pues, continúa el prócer antiartiguista americano, agreguéme al partido de los que eran conocidos por más vehementes y acalorados, con el objeto de adquirirme un crédito elevado de patriota, y de tomar ascendiente sobre los que suponía más capaces de una oposición sostenida a las ideas de conciliación.» Y, una vez arriba, todo cuanto hizo no tuvo más objeto que hacer retornar todo aquello «del gobierno popular al de uno solo». «Don Manuel José García, dice Alvear, que está aquí, y a quien elegí por sus notorios principios polí-



ticos, y que estuvo en el secreto de mis ideas y fué mi agente, podría informar a V. S. menudamente de los trabajos que fueron necesarios para llegar al término deseado»; también le recuerda la intervención de Sarratea y su viaje a Inglaterra en prosecución de aquel objeto.

Hasta que se supo, por fin, con indecible alegría, la restitución del amado Fernando VII al seno de sus vasallos. Y entonces se creyó posible «aventurarse a un paso decisivo *que pusiese término a esta maldita revolución*». Con ese objeto se mandaron, como diputados ante Su Majestad, a don Bernardino Rivadavia y don Manuel Belgrano, con órdenes de tocar en esta Corte; se despacharon pliegos a los generales Pezuela y Osorio, etc., etc.

«Pero había quienes no querían que el país volviese a su antigua tranquilidad, continúa Alvear; y ese ejemplo, *apoyado por la conducta de don José Artigas en la Banda Oriental,* iba a alejar toda esperanza de orden y de subordinación a la legítima autoridad.» Entonces, dice por fin, fué cuando creyó necesario aceptar el mando supremo. Y puso jefes de su confianza en los regimientos; dió órdenes para la formación de un cuerpo de soldados españoles, que encargó al coronel García, «español de toda mi confianza, etc.».

«Y por eso he caído, concluye Alvear su larguísimo *Memorial*, que apenas os extracto; por eso he sido víctima: porque mi decidido conato ha sido el de volver estos países a la dominación de un Soberano que solamente puede hacerlos felices. Por eso yo, con mi familia, así como otros compañeros de desgracia, no hemos trepidado en presentarnos voluntariamente a V. S., y permanecemos bajo su protección y la de Su Alteza Real.



»V. S. está en disposición de interrogar personalmente a muchos individuos que, habiendo tenido parte en la dirección de mis planes, son actualmente víctimas del furor de la revolución insensata que, con motivo de ellos, acaba de suceder en Buenos Aires.»

Allí estaban, efectivamente, en Río Janeiro, García, que ya prepara la invasión portuguesa contra Artigas; Herrera, ministro de Alvear, que vendrá como secretario del invasor, y que es, sin duda, el redactor del *Memorial* de Alvear, y otros miembros de aquel siniestro organismo.

Y concluye el documento:

«A lo menos espero que, considerándome como un vasallo que sinceramente reclama la gracia de su Soberano, y está dispuesto a merecerla, se sirva recomendarme a Su Majestad, ante quien me presentaré, luego que halle seguro transporte para mi persona y familia.

»Río Janeiro, 23 de agosto de 1815.

CARLOS DE ALVEAR.»

No es ante ese soberano, sino ante la Historia, el solo soberano de los hombres históricos, ante quien debiera reclamar alguna piedad esa doliente sombra; os conjuro a que me creáis, amigos míos, cuando os digo que, con angustias en el corazón, he sentido el impulso de acordársela; pero la otra sombra, la de Artigas, tan calumniado, y tan a mansalva, me marca con el dedo esos documentos vindicadores. Tengo que obedecerla: ahí tiene la historia de América esos papeles desenterrados que parecen espectros en demanda del honor de Artigas.

Quisiera haceros notar, siquier de paso, que la actitud de Alvear coincide casi literalmente con la de Otorgués, el caudillo gaucho que sueña con ser



marqués. El *Memorial* del primero, del joven patricio, parece calcado en la *Exposición* o *Credencial* con que el segundo, el tortuoso deudo de Artigas, acredita sus embajadores; también Otorgués, agente de orden y civilización, dice allí, como recordaréis, que la cautividad del monarca a quien pertenecen estos dominios era un torrente de desorden; que todo desapareció con su regreso al trono; que él, como Alvear, es vasallo de ese rey cuyas desgracias fenecieron, etc., etc.

Todo eso, la fusión de los Alvear y los Otorgués, que después se llamarán López, Ramírez, etc., forman, pues, la *Legión*, el *Antiartigas*.

Y ved al Artigas del otro lado; en el otro extremo: es José Artigas de carne y hueso, solo... No, no solo: con todos los pueblos argentinos, todos, desde Buenos Aires y Montevideo hasta Jujuy y las Misiones, que conserva y educa; él es el depositario de su espíritu, su verbo, su forma heroica. Y será, con su Patria Oriental, el holocausto ofrecido a su redención. Era entonces, precisamente, mientras aquellos hombres se refugiaban en la piedad del monarca, cuando aquel bárbaro de bronce devolvía a Pezuela sus embajadores, con la noticia de que él jamás había pensado en defender *a su Rey*, al de Pezuela.

¿Comprenderán al héroe Álvarez Thomás y los hombres políticos que con él predominan? ¿Lo aceptarán, sobre todo, reconociendo, de acuerdo con Artigas, que Buenos Aires es *una provincia autónoma* como las demás, obligada, como las otras, a la unión, pero también al recíproco respeto, es decir, lo que hoy existe?

¡Vana ilusión!... Todos aquellos hombres, cual más cual menos, son la ingénita negación de Artigas. Ál-

varez Thomás es tan enemigo de éste como Alvear y Posadas y los otros. En Buenos Aires se ha realizado una revolución política, pero no una transformación social; ha habido allí sólo un cambio de hombres dentro del elemento exótico, que así puede aceptar la posibilidad de hacer del pueblo argentino una nueva y gloriosa nación, como creer en los milagros de Mahoma. No hay más hogar, para esa fe germinal, que la mente profética de Artigas.

Por lo pronto, úrgeme mucho haceros conocer el concepto que del Jefe de los Orientales se han formado sus actuales aliados bonaerenses.

¿Sabéis lo que ofrecen a ese hombre Artigas, que vais a conocer como el más generoso y más humano de los héroes que labraron la independencia americana, para congraciarse con él y demostrarle que conocen y aprecian su carácter? No lo podréis conjeturar, si yo no os lo digo. Le dan parte en las venganzas de que ellos gozan; le envían, cargados de grillos, y con el proceso preparado, a siete de los jefes vencidos, escogidos entre los que más se han señalado como enemigos de Artigas: siete hombres vivos. Ese envío forma parte de la comisión o diputación que, *para formalizar el tratado que fije la paz*, como dice Artigas, acredita ante éste el bando triunfante en Buenos Aires, y que está constituída por los señores Pico y Rivarola. Recordaréis que Larrañaga, miembro de la diputación enviada por Montevideo, se encontró con aquella de Buenos Aires, y con los engrillados, en Paysandú, donde el caudillo los recibe. La elección de prisioneros ha sido bien hecha, al parecer. El envío, pongo por caso, del coronel don Ventura Vázquez, que va entre los siete engrillados, es inte-

ligente. Este Vázquez no es otro que el patricio aquel que, traicionando una vieja amistad íntima, había desertado de las filas de Artigas, con el escuadrón que éste había confiado a su lealtad en el *Ayuí;* es aquel cuya traición había llegado a conmover al héroe, según nos lo dice el coronel Cáceres, hasta arrancarle lágrimas.

Ahora veamos lo que proponen al libertador, como base de pacificación, y para demostrarle que penetran su recóndito pensamiento y sus ambiciones. Le ofrecen el reconocimiento, por Buenos Aires, *de la absoluta independencia de la Provincia Oriental,* de que él es jefe indiscutido. El menos avisado puede percibir que esa *independencia* que se ofrece a Artigas no puede ser la de los dueños europeos, que Buenos Aires mismo no tiene asegurada para sí, ni ha declarado ante los demás pueblos; ni siquiera es la independencia que se reconoció al Paraguay, en 1810, impuesta por los desastres de Belgrano, y que coexistió con un pacto de *federación* de ambos estados. Independencia, en el presente caso, sólo quiere decir disolución de la alianza necesaria del Estado Oriental con los demás estados, es decir, la soledad; lo que hubiera causado la pérdida de todas las naciones de América: de Chile, del Perú, de Colombia; lo que espera Portugal, precisamente, para caer sobre el territorio que ambiciona en el Plata. Imaginemos, por un momento, que esa propuesta es hecha por Buenos Aires a Chile, por ejemplo, o *viceversa,* que el uno propone al otro *reconocer su independencia.* Y pensemos en la contestación que hubiera recibido el proponente. Así nos daremos cuenta exacta de lo que la tal propuesta entrañaba, hecha al Jefe de los Orientales.

¡Y no ha faltado quien haya creído que esa *base*



de pacificación pudo, y hasta debió ser aceptada en aquel momento! Artigas debió encerrarse en su tierra, darse por independiente porque Buenos Aires lo reconocía como tal, gozar de su triunfo por el tiempo que éste pudiera prolongarse, y abandonar los demás pueblos argentinos al predominio absoluto de la comuna porteña, que gestionaba la monarquía en Europa y la entrega de la Banda Oriental al rey portugués.

Yo me imagino, amigos míos, la amargura de aquel hombre Artigas, al ver así desconocido su magnánimo carácter, y, sobre todo, al ver que su pensamiento era hasta ese punto inaccesible a los demás hombres. No; Artigas no tuvo el ofrecimiento a gran favor, ni mucho menos.

Quiero que os detengáis a mirarlo un rato, en ese instante de melancólica tristeza; es también un momento marmóreo. Artigas se nos ofrece, como el Moisés de Alfredo de Vigny, envuelto en su nube, solo...

Triste et seul dans ma gloire.

No lo comprenden, ni lo comprenderán; Artigas jamás buscó riqueza ni predominio personal; mucho menos venganza.

Quiero que nos detengamos, un rato al menos, mis amigos, en este rasgo, el más amable acaso, de su carácter: en su vida afectiva, en su humanidad.

IV

No existe, en la historia de la guerra, un soldado más caballeresco, ni un vencedor más clemente que



el fundador de la República Oriental del Uruguay.

El coronel Cáceres, enemigo de Artigas, nos dice en sus *Memorias:* «En fin, Artigas era hombre de bien, patriota y desinteresado; *era hombre muy humano,* y, si no constituyó su país, fué porque no tuvo tiempo, pues incesantemente estuvo ocupado en la guerra que le promovían los de Buenos Aires».

Un varón ilustre, que tenemos en nuestra historia como tipo de honestidad, y que conoceréis más adelante, don Joaquín Suárez, nos ha dicho en sus apuntes autobiográficos: «El general Artigas ha sido *el primer patriota oriental;* fué un amigo a quien hice mis observaciones; puedo decir que he sido el único a quien él ha oído. Si cometió algunos errores, no ha sido por ambición miserable, sino por llegar a ver a su patria independiente. En ese sentido, ha obrado siempre como hombre honrado. Jamás faltó a su palabra. *No era sanguinario, y sí muy sensible con los desgraciados.*»

Eso que dice Joaquín Suárez, con su ingenuidad de hombre limpio de corazón, es, para nosotros, la verdad, por el solo hecho de decirlo él. Suárez nunca dijo sino la verdad. Y nadie mejor que él conoció a Artigas. Y el retrato de Artigas era el único que decoraba los muros de su dormitorio cuando murió. Nada es, sin embargo, su testimonio, y el de muchos otros concordantes, Guerra, Larrañaga, Robertson, etc., sobre la humanidad del esforzado caudillo, al lado de la convicción que uno mismo se forma, en el estudio de su vida y de su muerte, de su carácter y de sus hechos. Sorprende, yo os lo aseguro, la imposibilidad en que se han visto los detractores de ese hombre bueno, cuando han buscado con afanoso empeño un caso concreto, uno solo, de crueldad, que

echarle en cara. Lo natural hubiera sido encontrarlos, sin embargo. Que no es frecuente la coexistencia del valor guerrero y la piedad

Lo sabe todo el mundo: las entrañas de la guerra, si es que las tiene, son demasiado frías, para engendrar corazones abrigados; su símbolo es la Palas Atenea, ceñida de su casco de oro, y con la cabeza cortada de la Gorgona en el centro del escudo. No tiene sexo; concibe sin amor; pare sin dolor. Su hija primogénita es de mármol; diosa inmortal. Se llama Gloria. Y es hermana de la muerte.

Et je marche effaré des crimes de la gloire!, dice Víctor Hugo.

Los crímenes no dejan de ser crímenes por ser la gloria quien los comete; la humanidad, deslumbrada al principio, los calla; pero no los absuelve. Y, tarde o temprano, también la joven marmórea diosa comparece, despojada de su casco de oro, ante la justicia.

Jamais l'odeur des morts n'attire les lions.

Nada de extraordinario hubiera sido, nada de extraordinario, hallar manchas de sangre en la memoria de Artigas. La guerra americana no fué, ni pudo ser, una excepción en la historia de la guerra. En la región del Norte, sobre todo, en la de Bolívar, las inmolaciones sangrientas hacen volver la cabeza. Los generales españoles juzgan que sólo hay un medio de triunfar de los rebeldes: el exterminio, la repoblación. Los nombres de Boves, de Monteverde, de Yáñez, deben incluirse entre los de la fauna carnicera.

Siniestras fueron las represalias de Bolívar. Declaró la *guerra a muerte*. ¡Esos ochocientos rehenes fusilados en una hora!...



Uno, dos, diez centenares de mujeres, y de viejos, y de niños, son inmolados una y diez veces.

Oid este toque lúgubre de campana mortal. Es una proclama del gran libertador, exacerbado por una inmolación de sus hombres y de sus viejos y de sus mujeres, de todo su pueblo, consumada por el enemigo. «¡Españoles: Contad con la muerte, aun siendo indiferentes! ¡Americanos: Contad con la vida, aun cuando seáis culpables!»

Creo que con eso tenéis bastante, para juzgar de aquellos lívidos espantos. Pasemos rápidamente sobre esos recuerdos; pasemos rápidamente.

La guerra no fué de esa ferocidad en el Río de la Plata. Las circunstancias fueron menos premiosas; Buenos Aires no oyó jamás un tiro español, como alguna vez os lo hice notar. No fué allí, sin embargo, donde halló Artigas el ejemplo de sus clemencias. Conocéis el *Plan de operaciones* aconsejado por Mariano Moreno a la primera Junta, y, lo que es más auténtico, lo habéis visto llevado a la práctica; sabéis bien cómo fueron sacrificados Liniers y sus compañeros, al iniciarse la revolución de Mayo; la primera victoria de la patria argentina, *Suipacha*, tiene el estigma doloroso de la sangre de los jefes vencidos, que habéis visto fusilar, de acuerdo con instrucciones expresas de la Junta, en Potosí; en 1812, un terror espantoso recorre las carnes de Buenos Aires: un español, don Martín de Alzaga, el defensor de la ciudad contra los ingleses, ha fraguado una inicua conspiración; los conjurados pagan con la vida la frustrada tentativa; durante muchos días sus cadáveres cuelgan en las plazas públicas; los procesos cabalgan en las furias aladas; el terror es tal, que los españoles se apresuran a vincularse por matrimonio

a familias del país, para hacer olvidar el delito de serlo; Rivadavia, que muy pronto gestionará la reconciliación con España, preside todo eso. Si queréis recordar ahora la sentencia de Posadas, que paga seis mil pesos por la cabeza de Artigas, y sus instrucciones para la campaña del *Guayabo,* podéis hacerlo, pues las conocéis, y el recuerdo es oportuno. Y cuando conozcáis en sus detalles la muerte, en Mendoza, de José Miguel Carrera y sus hermanos, veréis sangre de héroes salpicar las manos de otros héroes, cuyos nombres no pronunciaremos aquí. Y si os narraran la muerte, en las calles o en el patíbulo, de los prisioneros españoles confinados en San Luis (Carretero, Ordóñez, Primo de Rivera, Morgado, Berganza, etc.), que son sorprendidos en una imprudente y criminal tentativa de evasión, sentiríais inevitable escalofrío, ante la sangre de aquellos valientes desgraciados. La figura dolorosa, sobre todo, de un oficial adolescente, casi un niño, que, loco de terror, es obligado a renegar de su nombre y de su patria, a trueque de conservar la vida, inspira gran piedad. Y en la cara frígida, siniestra, de don Bernardo de Monteagudo, especie de Robespierre o de Marat patriota, que incita y precipita esa inmolación y muchas otras, veríais la máscara trágica, implacable, que hace su mueca horrible, tras la noble cabeza de la gloria americana.

Et je marche effaré des crimes de la gloire!

Bien es verdad, amigos míos, apresurémonos a decirlo, que esos horrores fueron, en general, provocados por los del enemigo; no lo es menos que la dureza de los tiempos, que hacen el deber obscuro, y las necesidades de la guerra, los explican o atenúan. Pero es



glorioso para América poder proyectar, sobre esas obscuridades, la figura de un héroe inmune, en la de este Artigas, el hombre genuinamente americano, el corazón autóctono. La América entera ha de reclamarlo para sí; ha de reclamar ese limpio corazón.

Lo habéis visto, al revés de lo acaecido en Suipacha, respetar y hasta rendir su homenaje al vencido, tras la batalla de Las Piedras; canjear los prisioneros; defender personalmente a los combatientes caídos del enemigo. Leed siquiera estas palabras del parte oficial de la batalla: «La tropa enardecida hubiera pronto descargado su furor sobre las vidas enemigas, para vengar la sangre de sus hermanos; pero, participando de la generosidad que distingue a la gente americana, cedió a los impulsos de nuestros oficiales, empeñados en salvar a los rendidos». Era él personalmente, como lo recordaréis, el mismo Artigas, quien salvaba a los rendidos en aquel glorioso campo. El coronel Hollemberg y quince oficiales, prisioneros de Artigas, son puestos en libertad sin condiciones; ya conocéis la carta de esos oficiales a Posadas, el Director Supremo, en que le dicen que los ha sacrificado sin razón, porque la causa de Artigas era justa. El general Viamont y veintiséis subalternos caen en poder de Artigas, y recobran su libertad sin ser tocados en un cabello... Y volverán a combatir contra él. Los episodios son numerosos; la anécdota, colorida y expresiva. Pero no debemos alejarnos demasiado de nuestra narración histórica, y nada más conducente a ver de cerca en el corazón del héroe, que el momento en que nos encontramos: el en que el partido bonaerense vencedor de Alvear envía engrillados al caudillo oriental siete de los jefes vencidos, sus enemigos.

Tengo aquí, en mis manos, un capítulo de las Memorias inéditas del teniente general don Antonio Díaz, sargento mayor entonces, comandante de los guías del ejército de Alvear, y que llegó a ser general de la República. Era español, y sirvió a la patria americana; fué un hombre de bien y de valía. Nadie mejor que él puede darnos cuenta del caso; él, como enemigo de Artigas, fué uno de los elegidos para formar parte del presente remitido a éste: uno de los engrillados. El capítulo es largo, y lleno de ingenua belleza; siento de veras que no quepa su lectura íntegra en nuestra conversación, que prolongaríamos demasiado; pero es fuerza que os lo extracte, y os lea siquiera algunos fragmentos.

Comienza el general Díaz a dar cuenta de la impresión causada en Alvear por el pronunciamiento de *Fontezuelas;* de su capitulación; de su huída bajo la garantía del cónsul inglés, dejando a todos los suyos a merced del bando vencedor. Nos presenta a éste entregado a sus represalias; engrilla a las personas más notables de la situación caída: ministros, miembros de la Asamblea, empleados civiles, jefes del ejército. Se piensa en fusilar, sin forma de proceso, a diez de los presos por *delito de facción;* se levantan los banquillos; pero, al fin, sólo se fusila a un pobre teniente coronel, don Enrique Pallardel, el más desvalido y falto de apoyo, y se pone a precio de dinero el rescate de la vida de los demás, sin perjuicio de aplicarles la pena de destierro perpetuo. Don Gervasio Antonio de Posadas, el primer Director Supremo, que ya conocéis, nos da en sus Memorias, de que os hablé en otra ocasión, muchos detalles sobre esas persecuciones. Él es uno de los caídos con el bando de su sobrino y sucesor. Lo arrancan de su casa donde

vivía retirado y enfermo; lo arrastran de cárcel en cárcel; le embargan los bienes; le remachan una barra de grillos, en la cama donde está postrado. «Yo no pude conseguir, dice, un médico, ni medicamento alguno... Me introdujeron un sacerdote franciscano, que vivamente solicitaba confesarme, y usaron de todo el aparato conveniente a hacerme entender que se trataba, como efectivamente se trató, de quitarme la vida, a mí y a otros muchos que habían engrillado... No pudiendo matarnos, trataron de robarnos, y una noche se entró al cuarto de mi prisión un hombre extraño... Vino a pedirme sesenta mil pesos si quería libertar mi vida, etc., etc.»

Dejemos las Memorias de Posadas, por interesantes que ellas sean, y volvamos a las de Díaz. Las escenas que éste nos describe, acaecidas en las horas en que, encerrados los presos durante muchos días en un calabozo, sin luz alguna, oyen el oleaje que ruge fuera, son dignas de Silvio Pellico. Esperan la muerte, que flota sobre sus cabezas; casi la desean, desde el fondo de aquella obscuridad, sobre todo cuando saben la de su infortunado compañero Pallardel, cuyos pasos han sentido, al ser llevado al banquillo. Se embargan y se saquean los bienes de los vencidos; y, por más que, según lo afirma el mismo Díaz, los hombres de la revolución no eran menos enemigos de Artigas que los anteriores gobernantes, se da parte a aquél en el festín, enviándole a sus enemigos, cargados de cadenas.

«Entre éstos estaba yo, dice Díaz. Habíamos sido condenados a muerte primeramente; nuestras vidas habían sido sorteadas con dados; la suerte cayó sobre nuestro compañero y amigo Enrique Pallardel que, aunque tan inocente como nosotros, sufrió el supli-



cio; se nos conmutó la pena por la de destierro; se cambió ésta, por fin, en la de remisión a disposición de Artigas, a quien habíamos hecho la guerra por orden del gobierno.»

«El general Artigas, continúa el narrador, asombrado de un proceder tan indigno, rechazó el horrible presente, declarando que no tenía motivo alguno para quitarnos la vida, pues, como militares, habíamos cumplido con nuestro deber haciéndole la guerra, siendo el gobierno el único responsable de ella y de los medios inicuos de que se había valido para aniquilarlo; y, finalmente, que si aquellos jefes habían dado algún motivo a los que gobernaban en Buenos Aires para matarlos, *que él no era verdugo de los porteños*. Este rasgo, agrega Díaz, de un caudillo reputado sangriento por esos mismos hombres que querían hacerle instrumento de su odio, merece que demos un paso retrospectivo, a fin de detallar este hecho con todos sus episodios, en el cual se destaca, a grandes rasgos, el proceder del Jefe de los Orientales.»

También yo tengo que detenerme en esto, mis amigos artistas. No extrañéis que lo haya hecho, y lo haga. La calumnia cometida por historiadores que pasan por honrados, ha sido implacable contra Artigas, y éste reclama vindicación luminosa. Recordad las palabras de Larrañaga sobre esto, casi idénticas a las de Díaz; ya entonces se reclamaba justicia para el hombre calumniado. ¡Cuánto ha tardado en llegar! Un siglo, que ha permanecido silencioso, quiere cobrar voz en estas palabras que os hablo, amigos míos; un siglo sordomudo quiere romper a hablar en mi boca. ¡Oh, la palabra! Es más dura que el mármol que vosotros golpeáis con el martillo. Derramemos, pues, en nuestro cuadro toda la luz y toda la sombra. Yo tengo

que ofrecer al héroe vilipendiado, como holocausto propiciatorio, la pena que a mí mismo me causa el narraros estas miserias de hombres a quienes sólo quisiera glorificar, para ofreceros el enorme contraste.

Los prisioneros son arrojados en el fondo de la bodega de un barco que parte. No saben a dónde se les lleva.

Durante el viaje conocen su destino: van a manos de Artigas. «Vamos a estar, por fin, en presencia de éste.» Miradle bien, amigos, que es un adversario suyo quien os lo muestra; completad los informes de éste con el conocimiento que ya tenéis del hombre; recordad su figura enigmática, sus movimientos graves y personales, su fina cabeza caucásica, sus ojos claros, pensativos, su palabra franca y reposada. Nunca le podréis ver más de cerca que en este momento.

La descripción de Díaz es insuperable, en su ingenua sencillez, y este momento de Artigas tiene una gran melancolía. Todas las calumnias que contra él se han urdido parecen formarle un nimbo de fuego al disolverse en la luz.

Los presos han llegado a su destino, en la costa oriental del Uruguay; están en el rancho en que los vió Larrañaga, y que les sirve de cárcel. Uno de los centinelas avisa, por fin, que viene el general.

Leamos el texto de Díaz: «Después de saludarnos, dice, permaneció algunos momentos en silencio, fijándose detenidamente en cada uno de nosotros. El coronel Vázquez estaba en un extremo, y el general pasó rápidamente por aquél, con quien tenía el motivo de resentimiento que antes hemos hecho conocer, fijándose después, con alguna atención, en los otros cinco que no conocía.»



Va a hablar, pues, el gaucho selvático que nos describen las historias americanas corrientes, inspiradas en los informes de las malvadas que se han escrito en el Plata. Díaz continúa:

«Tenía un papel en la mano. Luego tomó la palabra, y dijo: Siento, señores, ver con esos grillos a hombres que han peleado y pasado trabajos por la causa de la patria. El gobierno de Buenos Aires me manda a ustedes para que los fusile; pero yo no veo los motivos. Aquí me dice (señalando el papel que tenía en la mano) que ustedes me han hecho la guerra; pero yo sé que no son ustedes quienes tienen la culpa, sino los que me la han declarado, y me llaman traidor y asesino en los bandos y en las gacetas, porque defiendo los derechos de los orientales y los de las otras provincias que me han pedido protección.

»Si es que ustedes me han hecho la guerra, otro tanto hacen mis jefes y oficiales; éstos obedecen lo que yo les mando, como ustedes habrán obedecido lo que sus superiores les ordenaron... Y si hay otras causas, yo no tengo nada que ver con eso...

»*No soy verdugo del gobierno de Buenos Aires.*

»Luego preguntó a cada uno de los jefes que no conocía, que eran cinco, por sus nombres y empleos. Todos, al satisfacer su pregunta, agregaron que no se habían hallado en ninguna campaña contra él. Aunque el general Artigas sabía muy bien que yo no me hallaba en ese caso, cuando me tocó contestar, le dije que había hecho la campaña contra él. El general Artigas contestó solamente: *Ya lo sé; es lo mismo.*

»Animados por la favorable disposición que anunciaba su modo de expresarse, le hicimos una breve relación de los acontecimientos del 15 de abril y del

espíritu de venganza que caracterizaba todos los actos de los nuevos gobernantes, respecto de los jefes y demás empleados de la anterior administración.

»Después de algunos momentos de silencio, el general Artigas dijo: Sí... quien hace eso...—y volviéndose luego hacia mí, me dijo:—En el pueblo de la Bajada se dijo que usted y otros jefes, hasta diez, habían sido fusilados, cuando la caída del general Alvear.

»Y después de otro intervalo de silencio, prosiguió: *¿Ha visto usted el pago que han dado los porteños a nuestro amigo don Ventura?...*

»El coronel Vázquez, a quien se hacía aquella alusión por la deserción con su regimiento, quiso hablar algunas palabras, para explicar o disculpar su conducta; pero el general le interrumpió diciendo: *Eso ha pasado ya.*

»Y, fijándose con prontitud en el anciano coronel Balbastro, le preguntó cuántos años tenía y en qué ejército había servido. Contestó éste expresando su edad, y la campaña del Perú, y batallas en que se había encontrado desde 1810.

»El general Artigas permaneció algunos momentos callado y como pensativo, y dijo, acompañando la siguiente exclamación, con una sonrisa de desprecio: *¡Vaya!... ¡Ni entre infieles se verá otra cosa igual!...*

»Nos preguntó en seguida si teníamos algún sirviente; y, con ese motivo, el coronel Fernández le expresó, en pocas palabras, el tratamiento que habíamos recibido, y el coronel Balbastro le manifestó el disgusto que le causaba estar encerrado, avanzándose hasta significarle la mortificación que le producían los grillos a su edad, y en el estado de su salud, y el deseo de que nos los mandara sacar.

»La indicación, poco discreta, a la verdad, en tales



circunstancias, causó al general Artigas algún embarazo, y francamente nos dijo entonces que, si estuviera en sus manos, habría mandado que se nos quitasen los grillos desde que bajamos a tierra; pero que eso dependía de los diputados del Congreso de Buenos Aires, a cuya disposición, y no a la de él, nos hallábamos. Por fin, añadió: «Veremos si podemos arreglarnos con las proposiciones de paz de que vienen encargados.»

»Se despidió en seguida, diciendo que daría orden para que se nos proporcionaran las comodidades que fueran conciliables con las circunstancias que había indicado, y exhortó con especialidad al anciano coronel Balbastro a tener conformidad y paciencia.

»De ahí a un cuarto de hora, entró el comandante de la guardia con dos soldados, y nos dijo que, de orden del general, ponía éstos a nuestra disposición, como asistentes. Que la puerta quedaba abierta, por orden también del general, pudiendo nosotros mismos entornarla después de las ocho de la noche. Como era uno de los meses más rigurosos de invierno, y estábamos con poco abrigo, pedimos, y se nos concedió, tener fuego, agregando a esa condescendencia la de permitirnos salir a tomar el sol.

»La paz entre el general Artigas y los revolucionarios de Buenos Aires era el fundamento de las esperanzas que nos había hecho concebir aquel jefe; su intención, en ese caso, era la de quedarse con nosotros, y ponernos en libertad, según más adelante nos lo indicó él mismo; pero la paz no pudo ajustarse, y fuimos devueltos a Buenos Aires.

»A los doce días de nuestro arribo a Paysandú (el 18 de junio de 1815), vino a nuestra prisión, a las nueve de la mañana, un ayudante del general Artigas,



para anunciarnos que un bote estaba junto a la orilla del río para conducirnos a bordo, y luego nos pusimos en marcha hacia aquel paraje.

»El general Artigas se nos acercó en la mitad del camino, con varios jefes y oficiales que le acompañaban, y dió solícitamente su brazo, como apoyo, al coronel Balbastro, que estaba algo enfermo.

»Aprovechamos aquella ocasión para expresar al general nuestra gratitud por su generoso procedimiento hacia nosotros, de lo que pareció quedar muy penetrado. Nos dijo entonces que, si hubiera podido tener lugar la paz, no habría tenido inconveniente en ponernos en libertad; pero que los diputados porteños no habían querido avenirse con las proposiciones que les había hecho.»

Ahí tenéis a Artigas, mis amigos artistas; ése es el hombre. Creo que lo habéis visto bien de cerca. ¿No es interesante ese cuadro de Artigas que da su brazo al viejo coronel Balbastro, caminando a orillas de Uruguay? Los virtuosos de Buenos Aires, lo mismo que el amable dictador Rodríguez de Francia, le han tratado de inculto, de bárbaro y sanguinario... y hasta de facineroso. Y como tal ha ingresado en la historia americana. Creo que ya hemos encendido la luz suficiente para ahuyentar, para siempre jamás, esas rampantes tinieblas exteriores.

Los jefes devueltos por el Jefe de los Orientales pasaron por Buenos Aires, y, si bien salvaron la vida, fueron inmediatamente deportados, con plazo de cuarenta y ocho horas, y con la prevención de que sería fusilado cualquiera que se atreviese a volver al territorio de las Provincias Unidas.

V

Ahora es el caso de saber por qué no pudo concertarse la paz entre Artigas y Buenos Aires, con ser el primero, como lo habéis visto, el factor del nuevo gobierno.

Artigas, hermanos artistas, no pudo aceptar las bases de paz de Buenos Aires, por la misma razón porque no pudo recibir su presente siniestro; por la misma razón: porque éste era el desconocimiento brutal de su corazón, y aquéllas el de su pensamiento genial. Y todo lo era el de su carácter y misión profética. Buenos Aires no podía aprobar tampoco las bases de Artigas en 1815, por lo mismo que no aceptó sus *Instrucciones* en 1813, ni lo convenido con Amaro y Candioti en 1814, porque eran la encarnación de un pensamiento radicalmente antagónico al que representaba su oligarquía: la soberanía de los pueblos o estados, aunque *dentro de la unión o confederación* indispensable a todos ellos.

Veamos, pues, al prócer del Uruguay tomar en consideración el segundo testimonio de amistad que le envía Buenos Aires: la base que le propone para cimentar la paz entre el Estado occidental y el oriental.

Los comisionados de Álvarez Thomás, Pico y Rivarola, han llegado al campo de Artigas, como lo dijo éste a sus prisioneros. El Jefe de los Orientales, para concertar las bases de arreglo, comienza por colocar su piedra angular, como con Vigodet; como con Amaro y Candioti. Todo lo demás es accidental. El primer artículo de su proyecto decía: «Será reconocida la convención de la Provincia Oriental estable-

cida en el acta del Congreso del 5 de abril de 1813, del tenor siguiente: La Banda Oriental del Uruguay entra en el rol para formar el estado denominado *Provincias Unidas del Río de la Plata.* Su pacto con las demás provincias es *el de una alianza ofensiva y defensiva.* Toda provincia tiene igual dignidad e iguales privilegios y derechos, y cada una renuncia al proyecto de subyugar a la otra. La Banda Oriental del Uruguay está en el pleno goce de su libertad y derechos; pero queda sujeta, desde ahora, a la Constitución que sancione el Congreso General del Estado, legalmente reunido, teniendo por base la libertad».

Como lo veis, mis amigos, esa base de pacificación es la idea fundamental de Mayo: la independencia y la forma representativa republicana. A don Gaspar Rodríguez de Francia, el del Paraguay, le fué aceptada por la primera Junta de Mayo, como recordaréis, y mucho más amplia; acabáis de conocer los términos respetuosos en que Alvear se la propone de nuevo, y la acepta para todos.

Artigas llegó quizá a esperar, aunque ya hemos visto que con poco vigor, que la caída de Alvear, apoyada por él en Buenos Aires, le había aproximado, cuando menos, a la realización de su ideal.

¡Vana esperanza! Lo que ha triunfado en Buenos Aires no es eso, ni nada que a eso se parezca ni aproxime. Allí está la sede del espíritu exótico, el núcleo de las combinaciones políticas secretas y de las diplomáticas, más secretas aun; la negación del pueblo, es decir, todo lo contrario, absolutamente lo contrario de lo que Artigas representa. Álvarez Thomás, sociológicamente considerado, es el sucesor legítimo de Alvear, a quien ha derrocado, y de Posadas, y de Sarratea, como será el antecesor legítimo de Balcarce,

y de los hombres que van a reunirse en el Congreso de Tucumán, que serán monarquistas, y de Pueyrredón, que será el elegido por ese Congreso para regir a las Provincias Unidas.

En el otro círculo de acción, en el otro mundo, está Artigas.

Alrededor de Álvarez Thomás se ven los mismos hombres dirigentes que rodearon a Posadas y a Sarratea, y, sobre todo, está todavía en Río Janeiro, y permanecerá allí, el mismo agente diplomático enviado por Alvear a entregar las provincias del Plata a Inglaterra, García, el mismo que continuará, como representante de Álvarez Thomás, y de su sucesor Balcarce, y del sucesor de éste, Pueyrredón, negociando la misma entrega a España, a Portugal o a cualquier otro. Y Rivadavia y Belgrano están en Europa, golpeando las puertas de Fernando VII, y de Carlos IV, y de la Santa Alianza, en busca de un señor para estos pueblos. ¿Cómo conciliar eso con el bárbaro Artigas?

La aceptación de las bases de paz propuestas por éste significaría, por consiguiente, un cambio radical, no sólo político, sino sociológico; y no hay efecto sin causa. La antigua capital señorial del virreinato no ha podido convertirse, por arte de birlibirloque, en núcleo democrático; no ha podido ver quebrantada, de la noche a la mañana, la convicción que abriga de que Buenos Aires no es una de las provincias o estados de la unión, como lo ha sido en definitiva, sino que es, y debe ser, el solo núcleo de la nueva patria, la única entidad deliberante. Su puerto tiene que tener el absoluto predominio económico, como en la época colonial; su gobierno, el político absoluto: debe ser el único pensamiento. Todo lo demás ha de ser acción y obediencia a su supremo impulso. Ya

veréis a Buenos Aires pretender disponer, en sus combinaciones diplomáticas, no sólo de la suerte de las provincias del Plata, sino de la de Chile, sin anuencia del pueblo chileno; de la del Perú, sin la del peruano; de la de toda América, con la sola anuencia de la Santa Alianza europea. Resistirse a eso es anarquía, es crimen. Fué el crimen de Artigas.

A la proposición de éste, contestan inmediatamente los delegados de Buenos Aires con la siguiente estupenda base primera, que no era improvisada por ellos, como bien se echa de ver: *Buenos Aires reconoce la independencia de la Banda Oriental del Uruguay, renunciando a los derechos que por el antiguo régimen le pertenecían.*

Se comprometía, además, a cooperar, con todos los elementos que fueran de su resorte, para que la Oriental llevara adelante la guerra contra los españoles, fijémonos bien, *contra los españoles*, contando con la reciprocidad.

¡Renunciando a los derechos que, *por el antiguo régimen*, pertenecían a Buenos Aires sobre Montevideo, sobre la Provincia o Estado Oriental...! Bien será que penséis, mis amigos, en esos *derechos de Buenos Aires*, basados en el antiguo régimen, y que recordéis las razones que tuvo Montevideo, cuando se inició la revolución de Mayo, para rechazar al enviado de la Junta de Buenos Aires, y que no fueron otros que la tendencia que imputaron a Buenos Aires de substituirse a los virreyes, de *tener derechos, basados en el antiguo régimen*, sobre Montevideo. Esos malhadados derechos de un hermano sobre otro hermano, al emanciparse ambos de la madre común, nos dieron muchos dolores de cabeza.

«El Paraguay, dice Juan Bautista Alberdi, argentino ilustre, se levantó como se levantó Buenos Aires, y Chile, y toda la América: sección por sección. No por impulsión de Buenos Aires (esto es pueril), sino porque, para toda América, surgió la independencia del mero hecho de caducar España, su dominador común.»

No será tampoco incongruente que meditéis un momento en ese reconocimiento de la independencia de la Banda Oriental, que ofrece Buenos Aires a Artigas, como base de paz.

Y la independencia del mismo Buenos Aires, ¿quién la reconoce? ¿Quién puede reconocerla, si aun no ha sido proclamada, pues sólo Artigas ha pedido la declaración de independencia en sus *Instrucciones del año 13*, y Buenos Aires, no sólo ha continuado gobernando a nombre y con la bandera de Fernando VII, sino que tiene en esos momentos en Europa a Belgrano y Rivadavia para gestionar la vuelta de América al dominio monárquico europeo? Y nadie da lo que no tiene, ¿no es verdad?, nadie da lo que no tiene, según parece.

¡Reconocimiento de la independencia de la Banda Oriental!... Eso, como lo veis, y como lo veréis más claro después, tiene todo el carácter de un sarcasmo. Esa independencia de sus hermanos no es tal independencia para la Banda Oriental; es su abandono en ese momento; la soledad de que antes os he hablado como contraria a la esencia misma de la revolución americana.

Artigas no sabía en ese momento, a ciencia cierta, que el Directorio de Buenos Aires estaba concertando, en Río Janeiro, la entrega de la Provincia Oriental a Portugal; pero lo presentía. Y al rechazar el presente



griego de la independencia que le enviaba quien no la tenía para sí mismo, lejos de renunciar a la independencia verdadera de su patria, pugnaba por poner en acción el único medio de obtenerla y conservarla para sí y para los demás, para Buenos Aires inclusive.

Aunque me tachéis de antiestético, mis amigos artistas, yo quiero haceros meditar en esto, en este rechazo por Artigas de la independencia oriental. Algún espíritu frágil o perezoso ha creído ver en eso la disolución del héroe, como padre de la patria uruguaya. Artigas no pensaba en la independencia de su Patria Oriental, dicen muy seriamente, puesto que no la aceptó cuando se la ofreció Buenos Aires. La razón es de las que suelen ser llamadas de pie de banco, como lo veis. Es preciso que nos demos cuenta de lo que significa esa palabra *federación*, empleada en este caso por Artigas, para dar forma a su visión genial.

Que no sea yo quien os lo explique; cambiaremos de estilo, para dar mayor nervio a la atención. Es Sarmiento, en el *Facundo*, el que habla. «Cuando la autoridad, dice, es sacada de su centro, para fundarla en otra parte, pasa mucho tiempo antes de echar raíces...

»La autoridad se funda en el asentimiento *indeliberado* que una nación da *a un hecho permanente*. Donde hay deliberación y voluntad no hay autoridad. Aquel estado de transición se llama *federalismo*, y, después de toda revolución, y cambio consiguiente de autoridad, todas las naciones tienen sus días y sus intentos de federación.

»Me explicaré. Arrebatado a la España Fernando VII, la autoridad, aquel hecho permanente, deja de ser, y la España se reúne en Juntas Provinciales, que

niegan la autoridad a los que gobiernan en nombre del rey. Eso es *federación de la España.* Llega la noticia a América, y se desprende de la España, separándose en varias secciones: *federación de la América.* Del virreinato de Buenos Aires salen, al fin de la lucha, cuatro estados: Bolivia, Paraguay, Banda Oriental y República Argentina: *federación del virreinato...* La República Argentina se divide en provincias, no por las antiguas intendencias, sino por ciudades: *federación de las ciudades.*

»No es que la palabra federación signifique separación, sino que, *dada la separación previa,* expresa la unión de partes distintas.»

Me parece que Sarmiento ve bastante claro, y dice bien, por más que, en otras ocasiones, llama a Artigas *separatista* porque proclama la federación. Ésa era, pues, la *federación, la unión en el propósito común de independencia* proclamada por Artigas. Lejos de negar con ella la independencia o personalidad de las partes que tenían las condiciones de persona internacional, presumía esa personalidad independiente, la *separación previa,* que él no inventó por cierto.

Y eso es, precisamente, lo que no quiere Buenos Aires: no quiere reconocer la unión de personas distintas. La democracia, sobre todo, es, para la comuna bonaerense, una aspiración anárquica.

Los comisionados de Álvarez Thomás se retiran. No hay paz posible con Artigas, pues éste *quiere hacer la unión,* que, según Buenos Aires, y pese a la opinión de Sarmiento, y de Alberdi, y del buen sentido, *ya está hecha,* por el rey de España, con su núcleo en esa ciudad. Es preciso, pues, aniquilarlo, a él y a su patria, para salvar el resto de la América española, por medio de la monarquía.



El prócer oriental se queda solo una vez más con su visión. ¿Será realmente un fantasma, un ensueño? ¿O es quizá un genio infernal, hijo del pasado y de la noche, y no del porvenir y de la aurora, que le atrae a sus tinieblas? ¿Es un imposible, acaso un crimen, pensar en dar a estos pueblos americanos una intervención eficiente en la creación de las nuevas nacionalidades, y deben ser éstas sólo fruto de arreglos diplomáticos de los señores que tienen su sede en Buenos Aires y que negocian ante las cortes europeas?...

Artigas no vacila; su fe no se quebranta. Cree en las palabras que su visión le dice al oído; sigue creyendo en el espíritu de la revolución de Mayo. Es un obstinado, un bárbaro.

Realiza, sin embargo, una nueva tentativa de pacificación; él no quiere la guerra con sus hermanos. Convoca, en el *Arroyo de la China,* hoy *Concepción del Uruguay,* un Congreso de representantes de las provincias que obedecen a su influencia: Santa Fe, Entrerríos, Corrientes, Córdoba. Y ese Congreso envía a Buenos Aires cuatro diputados, los doctores Cossío, Andino, Cabrera y Barreiro, el secretario de Artigas, a agotar los recursos para evitar la guerra. En Buenos Aires se repite la escena de la recepción de Alvear a los comisionados orientales en Montevideo. Puesto que esos diputados no traen la sumisión incondicional de sus comitentes a lo que se resuelva en Buenos Aires, no son dignos de respeto. A fin de que no regresaran extemporáneamente, llevando a Artigas la noticia de la salida de tropas enviadas contra él a Santa Fe, al mando de Viamont, los nuncios de paz fueron encarcelados en la fragata de guerra *Neptuno,* con el pretexto de *alojarlos con más decencia y comodidad.* Aquéllos protestaron contra el ultraje; Artigas dirigió

al Director una intimación indignada y amenazante... pero Álvarez Thomás se rió grandemente de sus iras, y sólo dió sus pasaportes a los cuatro embajadores cuando lo estimó oportuno. Muy pronto dejará de reir, sin embargo, el señor Director; veremos cómo, dentro de tres o cuatro meses, el 29 de noviembre de 1815, ocurrirá el desastre de *Sipe-Sipe*, en el Alto Perú, donde Pezuela aniquilará a Rondeau; y veréis entonces a este director Álvarez recurrir consternado a Artigas en demanda de socorro, consternado y suplicante.

Pero, entretanto, los diputados del Jefe de los Orientales tuvieron que retirarse ultrajados.

Nos retiramos en paz, dijeron a Álvarez. *Yo quedo con ella*, contestó sonriendo irónicamente el Director Supremo, que se juzgaba perfectamente seguro en el puesto en que Artigas lo había colocado.

VI

Álvarez Thomás y sus hombres tenían motivos para hablar a Artigas con sangrienta ironía en ese momento, y para esperar tranquilos las resoluciones que éste adoptara con sus orientales. ¡Tenían motivos! Todo estaba preparado para no temer a Artigas.

Yo quisiera, mis amigos, no tener que hablaros de esto. Llego a esta hora de tinieblas con gran tristeza; quisiera que no sonara en el tiempo. Pero esas obscuridades son necesarias para que sobre ellas se proyecte la forma luminosa del héroe, y se ofrezca a vuestros ojos con su nimbo histórico.

El gobierno de Buenos Aires reasume la actitud de sus predecesores, que está en la esencia de las

cosas, con relación a Artigas, y reanuda la campaña de Alvear contra el hombre oriental, interrumpida por la sublevación de Fontezuelas; envía, como antes, sus ejércitos, a las órdenes de los generales Díaz Vélez y Viamont, a las provincias protegidas por aquél, para ver de dominarlas y extirpar en ellas todo artiguismo. Pero esos ejércitos, que se hacen odiosos por sus abusos e insolencias, «por sus excesos horrorosos», como decía el general Belgrano, son vencidos, como lo fué Hollemberg en el *Espinillo*, primer acto de guerra de esta tragedia, que terminará en la plaza de Buenos Aires. Si más adelante se nos ofrece la ocasión, leeremos algo de la nota de Vera, gobernador de Santa Fe, en que describe los horrores consumados, por ese general Díaz Vélez para sojuzgar aquel pueblo. El general Viamont, que manda uno de aquellos ejércitos, y que deja el mismo recuerdo que Vélez es tomado prisionero, y enviado con veinte oficiales al campamento de *Purificación*, que ya conocéis; allí está preso algún tiempo y es puesto después en libertad, según el proceder constante del héroe.

No hay, pues, fuerza humana capaz de arrancar de esas provincias el alma de Artigas. Éste mira, con la frente levantada, el campo de su influencia sobre los pueblos que se extienden desde las Misiones hasta el Plata, y desde el Paraná hasta el Atlántico; y mucho más allá, como hemos visto: en todo el largo y en todo el ancho del antiguo virreinato, como dice Robertson; cree firmemente que aquel potente núcleo de democracia se extenderá, hasta comprender todas las Provincias Unidas que arden de su espíritu; no excluye, por cierto, de esa unión, a Buenos Aires, donde su pensamiento sigue fermentando, y es el alma de un partido poderoso, que puede vencer, que debe vencer tarde o

temprano. Su ensueño se proyecta en el porvenir; Artigas cree que la hora de organizar la patria americana, libre por fin, ha sonado ya.

Ved lo que, al rayar el año 1816, escribe, en su cuartel general, al Muy Ilustre Cabildo Gobernador de Montevideo: «He recibido los dos partes que V. S. me incluye, relativos a las noticias últimas, adquiridas de las potencias extranjeras.

«Celebro que V. S. convenga conmigo en que *es difícil que ningún extranjero nos incomode*, y en que de nuestro sosiego resultará necesariamente el orden y adelanto de nuestro sistema.

»*Acaso la fortuna no nos desampare*, Y EL AÑO 1816 SEA LA ÉPOCA FELIZ DE LOS ORIENTALES.»

¡La época feliz de los orientales! ¡El año 1816! Leed de nuevo esas palabras, mis amigos; tienen la luz más transparente del alma de Artigas. Yo veo en el fondo de ellas, como en ningunas otras, proyectada toda la grandeza de ese espíritu en contemplación de una luz vivísima. Porque en ellas está el rasgo clásico del genio: la sinceridad, iba a decir la inocencia, que acompaña a la visión. Artigas no podía creer aquello de que no había elemento alguno en su propia alma. En ese momento, en que afirma que no ve, a pesar de ver todos los horizontes, la probabilidad de que el extranjero incomode a la patria, y piensa en organizarla, una invasión extranjera, armada de todas armas, formidable incontrastable, va a caer sobre esa Patria Oriental recién nacida, que se encontrará sola ante el invasor.

¡Sola!

Sí, sola; independiente para morir. Será la única patria sola en el mundo hispánico de la América del Sur. Artigas tendrá, mal de su grado, la *independencia*



que le ofrecía Buenos Aires, como prenda de amistad.

¿Y las demás hermanas de América?

¡Oh, las demás hermanas de América! Están muy lejos. Esa formidable invasión no es la española, que tanto se ha anunciado y temido; es la portuguesa, su hermana gemela. Y ella viene de acuerdo con el Directorio de Buenos Aires, y con el Congreso de Tucumán, el que declaró la independencia; es su aliada monárquica contra Artigas.

Mientras éste luchaba a la luz del sol, sus enemigos le minaban la tierra que pisaba. Alvear y Álvarez Thomás seguían, en Río Janeiro, la negociación de que hemos hablado, tendente a entregar a Portugal la Banda Oriental, a trueque de que aniquilara a Artigas, el único enemigo. Fué larga y laboriosa la empresa; pero, al rayar el año 16, ella estaba terminada. Ya podía Artigas tentar sus fuerzas: le habían cortado el cabello mientras dormía.

Amigos artistas: esta entrega, o venta, o inmolación, o como quiera llamársele, que vamos a conocer de Artigas y su pobre pueblo, consumada por sus malos hermanos, dará no poco que hablar a la futura filosofía de la historia, cuando la nuestra se incorpore a la universal. El caso es clásico, y nada importa que, en sí mismo, no sea de grandes proporciones. Menos grandes lo fueron, me parece, las del análogo que os ha acudido a la memoria: el de aquel José, hijo menor de Jacob, odiado por sus hermanos porque vió en sueños su propia grandeza, y metido en la cisterna, y vendido a los comerciantes que pasaban para Egipto montados en camellos. Y fué anuncio o figura, sin embargo, de sublimes cosas.

Hay mucho de humano, no cabe duda, mucho de miseria humana, en esta muerte dentro de la cisterna



de Artigas y de su pueblo. Ella ha tenido también su escriba o doctor de la ley en el más clásico representante del feudalismo bonaerense: os hablo de Vicente Fidel López. En el primer tomo de su *Historia Argentina*, dice este ingenioso hidalgo, cuando llega a este momento: «Lo que no admitía demora era el exterminio y la expulsión de Artigas, para neutralizar, cuando menos, las costas del Río de la Plata y del Atlántico... (alude al peligro de la invasión española). Pero ¿cómo hacer para eliminar a Artigas? Buenos Aires no tenía medios ni recursos para dominar por las armas *aquel movimiento genial de las masas que le seguían. Era preciso sacrificar al caudillo, y salvar a la nación.* Era preciso entregarlo al poder del extranjero, con parte del territorio donde tenía asiento propio su poder personal. La derrota de *Sipe-Sipe* ponía un fin necesario y urgente a los escrúpulos».

Una frase como esa «es necesario que un hombre muera por el pueblo» fué pronunciada, como recordaréis, en el momento más solemne de la historia humana. ¡Sacrificar al caudillo y salvar a la nación! Sabemos lo que por *nación* entendían los hombres cuyo espíritu interpreta López; la nación era la ciudad, la reina en la colmena, el ídolo en el ejército azteca. Y también sabemos perfectamente que no fué la batalla de Sipe-Sipe, ni mucho menos, la que puso fin a *los escrúpulos,* si éstos existieron. Mucho antes de la tal batalla, mucho antes, la alianza con Portugal y el exterminio de Artigas estaban acordados; lo sabemos perfectamente.

No creáis, con todo, amigos míos, que voy a clamar indignado a la traición; la ira es malísima consejera en historia. Os voy a exponer los hechos; pero os voy a indicar causas más profundas que la voluntad

o la deslealtad de los hombres, en esta entrega de la Banda Oriental al portugués, consumada por algunos hermanos extraviados.

Es preciso, sin embargo, que, en este penoso momento, os inculque una vez más, con toda la energía de que soy capaz, lo que ya os he dicho, mis amigos: no confundáis los directorios políticos, las logias secretas, las oligarquías exóticas que rigen las cosas en la capital del virreinato, con el pueblo argentino, sin excluir el mismo de Buenos Aires.

Éste, el pueblo argentino, es también el pueblo de Artigas; siente unánimemente que el vínculo sociológico que lo liga con los orientales es superior a la frontera geológica, como lo es el que lo liga con Chile y el Perú, a pesar de los Andes.

Ese pueblo argentino luchará, por esa causa, contra sus Directorios, mientras Artigas, al par de acaudillarlo, saldrá al encuentro del portugués. Saldrá a su encuentro con una confianza tal y tan fiera en las energías de su pueblo, que, aun después de producida la invasión portuguesa, en 30 de junio de 1816, escribe a Barreiro: «El año 16 ha corrido favorablemente; acaso complete, con sus días, la gloria de vernos triunfantes, libres y felices».

El héroe vidente no se equivocaba: el año 16 será la época feliz de los orientales: el ciclo de sus mártires, de los eternamente libres.

Vais a ver cómo sangra y resplandece la franja diagonal de su bandera.

FIN DEL TOMO PRIMERO



ÍNDICE

CONFERENCIA I

INTRODUCCIÓN

CONFERENCIA II

EL TEATRO

CONFERENCIA III

EN LA REGIÓN DE LAS MADRES



CONFERENCIA IV

WASHINGTON

CONFERENCIA V

MIL OCHOCIENTOS DIEZ

CONFERENCIA VI

LA FECHA INICIAL

CONFERENCIA VII

ARTIGAS

CONFERENCIA VIII

EL HOMBRE Y LOS HOMBRES

CONFERENCIA IX

LAS PIEDRAS Y EL ÉXODO DEL PUEBLO ORIENTAL

CONFERENCIA X

FRENTE A MONTEVIDEO

CONFERENCIA XI

EL PENSAMIENTO DE ARTIGAS

CONFERENCIA XII

EL TRIUNFADOR EN MONTEVIDEO

CONFERENCIA XIII

EL CARÁCTER DE ARTIGAS

CONFERENCIA XIV

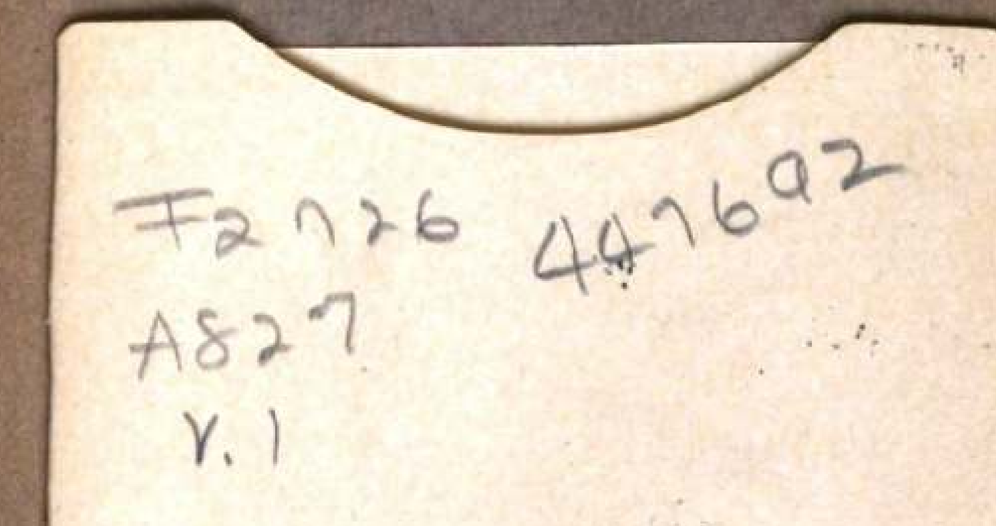
LA SEGUNDA INDEPENDENCIA

CONFERENCIA XV

EL GOBIERNO DEL HÉROE

CONFERENCIA XVI

EL CORAZÓN DEL HÉROE


F2776 447692
A827
v.1
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY


U.C. BERKELEY LIBRARIES
C024304414

